

Cayo Cornelio Tácito

HISTORIAS

CLÁSICOS DE HISTORIA 87

CAYO CORNELIO TÁCITO

HISTORIAS

Traducción de Carlos Coloma y texto latino original

ÍNDICE

TRADUCCIÓN

LIBRO PRIMERO.....	3
LIBRO SEGUNDO.....	31
LIBRO TERCERO.....	59
LIBRO CUARTO.....	85
LIBRO QUINTO.....	119

TEXTO LATINO

LIBER PRIMVS.....	129
LIBER SECVNDVS.....	151
LIBER TERTIVS.....	174
LIBER QVARTVS.....	195
LIBER QVINTVS.....	219

TRADUCCIÓN

Tomada de:

Las Historias de Cayo Cornelio Tacito, traducidas al castellano por Don Carlos Coloma.

Se han manejado las ediciones de Madrid 1794, y Barcelona 1866.

He actualizado la ortografía, y ligeramente el vocabulario.

LIBRO PRIMERO

Propone Tácito la ocasión, materia y sujeto de sus libros de historia, y tras esto el estado de las cosas romanas en tiempo de Galba, y sus costumbres y gobierno; el cual, sabidos los movimientos de Germania, adopta a Pisón. Oféndese Otón viéndose frustrado de su esperanza; y ganadas las voluntades de los pretorianos, tiraniza el imperio.— Mueren a hierro Galba, Pisón y Tito Vinio, conque queda Otón absoluto emperador. Levántasele por competidor Vitelio. Trátanse las causas de los movimientos de las legiones germánicas, cómo toman por emperador a Vitelio, y se encaminan a Italia a cargo de Valente y Cecina. Apercibe Otón ejército y capitanes. Acometen en tanto los Sármatas Roxolanos infelizmente la provincia de Misia. Sedición y tumulto en Roma ocasionado de vanas sospechas de los pretorianos, que temen de la fe del senado para con su príncipe, el cual los reprende con blandura, y poco después los aplaca con donativos. Apareja ejército, y envíale a la Provenza con deseo de sacar la guerra de Italia, y luego sale en campaña personalmente. Esto en espacio de pocos meses.

Comenzaré este trabajo del consulado de Sergio Galba la segunda vez, y de Tito Vinio; porque muchos escritores han dado cuenta de las cosas de aquellos primeros siglos, de setecientos y veinte años después de la fundación de Roma, mientras se podían escribir los sucesos del pueblo romano con igual elocuencia y libertad: mas después de la jornada de Accio, y que por la paz universal se redujo a uno solo el imperio del mundo, faltaron aquellos floridos ingenios, y con ellos la verdad, ofendida en muchas maneras. Principió por la poca noticia de la república, mirándola ya como cosa ajena: después, o por el gusto de lisonjear o por aborrecimiento para con los que mandaban; tal, que obligados los unos, y ofendidos los otros, ninguno tuvo cuidado de la posteridad.

Cosa fácil es vituperar la adulación del escritor. El reprender, el murmurar de los que gobiernan, esto sí que se escucha con atención: porque lo primero trae consigo el vituperio de una fea y vil servidumbre, y lo segundo una falsa semejanza de libertad. A Galba, a Otón y a Vitelio ni los conocí por injuria ni por beneficio; aunque no negaré que nuestra dignidad tuvo principio de Vespasiano, aumento de Tito y grandeza de Domiciano: mas el que quiere hacer profesión de fe y de verdad incorrupta, no debe escribir de alguno con afición ni con odio particular. Y si tengo vida, guardo como más fértil y segura materia para mi vejez el principado del divino Nerva y el imperio de Trajano; tiempos de rara felicidad, en los cuales es lícito entender las cosas como se quiere, y decirlas como se entendiere.

Doy principio a una empresa llena de varios casos, de guerras atroces, de sediciones y alborotos, crueles hasta en la misma paz. Cuatro príncipes muertos a hierro, tres guerras civiles, muchas extranjeras, y las más veces mezcladas unas con otras. Sucesos prósperos en Oriente, infelices en Occidente. Alborotado el Ilírico, inclinadas a levantamiento las Galias, Britania acabada de sujetar y perdida luego; los Sármatas y Suevos confederados entre sí contra nosotros; los Dacios ennoblecidos con estragos y destrozos, no menos nuestros que suyos. Las armas de los Partos casi movidas por la vanidad de un falso Nerón; Italia afligida de calamidades nuevas o a lo menos renovadas después de un largo número de siglos; hundidas y asoladas ciudades enteras. La fertilísima tierra de Campania, y la misma ciudad de Roma destruida con muchedumbre de incendios, consumiéndose en ellos templos antiquísimos, hasta quedar abrasado el Capitolio por las propias manos de los ciudadanos, violadas las ceremonias y culto de los dioses; adulterios grandes; el mar lleno de gente desterrada, y sus escollos y peñascos bañados de sangre. Crueldades mayores

dentro de Roma, donde la nobleza, la riqueza y las honras fue delito el rehusarlas y el tenerlas, y el ser un hombre virtuoso ocasión de certísima muerte. Ni causaba menor aborrecimiento y lástima el ver los premios en el acusador, que las maldades cometidas por alcanzarlos; teniendo algunos como por despojos de enemigos los sacerdocios, los consulados, las procuras, la privanza del príncipe y finalmente el manejo de todas las cosas. Los esclavos obligados a declarar contra sus señores; los libertos contra los mismos que acababan de ponerlos en libertad, y aquellos que habían sabido vivir sin enemigos, no poder evitar su destrucción por medio de sus mayores amigos.

Bien que no fue aquel siglo tan estéril de virtud, que faltasen muchos buenos ejemplos de que tomar enseñanza; pues se ven madres acompañar a sus hijos en la huida, mujeres a sus maridos en el destierro, parientes animosos, yernos constantes, y finalmente esclavos no sólo fieles, pero contumaces contra el rigor de los tormentos. Vense muertes de hombres ilustres sufridas con tal fortaleza de corazón, que en los generosos fines imitaron la constancia y celebrado valor de los antiguos. Y a más de la multitud y variedad de casos humanos, se ven prodigios en el cielo, amonestaciones de rayos en la tierra, presagios de cosas venideras, alegres, tristes, dudosas y claras: porque jamás se pudo verificar mejor con estragos más atroces del pueblo romano ni con más ajustados juicios, que los dioses no tienen cuidado de nuestra seguridad, sino sólo de nuestro castigo.

Mas antes de escribir las cosas ofrecidas, me parece conveniente representar qué tal era el estado en que entonces se hallaba la ciudad de Roma, cuál la intención de los ejércitos, en qué disposición estaban las provincias y lo que en el mundo se hallaba entero o flaco, para que no sólo se sepan los casos y sucesos de las cosas, que por la mayor parte suelen ser fortuitos y casuales, sino también las causas y razones de ellos. La muerte de Nerón, así como fue agradable al primer ímpetu para todos aquellos que la deseaban, así también causó varios movimientos de ánimo, no sólo en Roma entre los senadores, el pueblo y los soldados pretorianos, pero también en las legiones que estaban en las provincias, y en los capitanes de ellas, habiéndose ya descubierto aquel secreto del imperio que podía elegirse el príncipe en otra parte que en Roma. Estaban contentísimos los senadores, habiendo usurpado luego la libertad con mayor licencia de lo que fuera justo, incitados de ser el príncipe nuevo y estar ausente; y tras ellos los caballeros principales, y aquella parte del pueblo entera y sencilla, junto con los amigos y libertos de los muertos y desterrados, y los allegados y dependientes de casas grandes, que habían levantado el ánimo a nuevas esperanzas. Solamente la hez del vulgo, acostumbrado a los juegos del circo y a los teatros, y con ella los esclavos disolutos y los que, consumidas sus haciendas, se alimentaban de las infamias y vituperios de Nerón, estaban tristes y deseosos de revueltas.

Los soldados de la guardia de la ciudad, criados por el discurso de tantos años con el juramento y fidelidad de los césares, y antes con artificio y por fuerza que por propia inclinación reducidos a desamparar a Nerón, viendo que no se daba el donativo prometido en nombre de Galba, y que a los grandes merecimientos y a los premios no correspondía el mismo lugar en la paz que en la guerra; y que la gracia del príncipe se la habían ganado por la mano las legiones que le eligieron, añadida la ocasión que dio Ninfidio Sabino, capitán suyo, con la maldad que intentó de querer ocupar el imperio, comenzaron a inclinarse a novedades: y aunque habiendo sido oprimido Ninfidio al principio de sus intentos, le faltaba cabeza a la sedición, quedaba con todo eso a la mayor parte de ellos su mala conciencia; y no faltaban discursos de algunos que vituperaban la vejez y avaricia de Galba. Y a la verdad, aquella severidad suya, loada en otro tiempo y celebrada con fama militar, no agradaba a los que, aborreciendo la antigua disciplina, estaban de suerte habituados a la manera de vida de Nerón en los catorce años que le duró el imperio, que no amaban ahora menos los vicios de los príncipes que antiguamente se solían amar y reverenciar sus virtudes. Juntábase a esto el haberse publicado ciertas palabras en nombre de Galba, es a saber: «que él estaba enseñado a escoger, y no a comprar los soldados», palabras generosas para lo tocante a la república, aunque sospechosas en él, no correspondiendo a esta entereza las demás cosas de su gobierno.

Porque Tito Vinio y Cornelio Lacon, el uno el más perverso de los hombres, y el otro

inhabilísimo y para poco, cargaban sobre las espaldas de este viejo flaco y debilitado, el uno el aborrecimiento de sus maldades, y el otro el menosprecio de su flojedad y vileza. El viaje de Galba fue espacioso y sangriento; habiendo hecho morir a Cingonio Varron, electo cónsul, y a Petronio Turpiliano, varón consular, aquel, compañero de Ninfidio, y éste como capitán de Nerón: ambos a dos no oídos ni defendidos, murieron como si fueran inocentes. Fue de infeliz agüero su entrada en Roma con la muerte de tantos millares de soldados desarmados, y espantosa hasta a los mismos que la ejecutaban. Y habiendo metido en la ciudad una legión de las de Hispania, y estando todavía en ella la que Nerón había formado de la gente que sacó de la armada, estaba Roma llena de un ejército nunca visto ni acostumbrado en ella. A más de esta gente, había también muchas banderas de Germanos, Bretones e Ilirios; los mismos que, habiéndolos escogido Nerón y encaminado a ocupar las puertas o entradas de los montes Caspios para proseguir la guerra que había resuelto hacer a los Albanos, los había vuelto a llamar con deseo de oprimir los designios de Vindice; materia grande de novedades, y que así como no se hallaba mas inclinada a unos que a otros, así también estaba más pronta para seguir al primero que se atreviese a intentarlas.

Pudo ayudar también a que tuviese efecto este discurso el aviso que se tuvo de las muertes de Clodio Macro y Fonteyo Capiton. A Macro mató por orden de Galba Trebonio Garuciano, procurador de África, porque se averiguó que andaba en aquella provincia alborotando las cosas del Estado; y a Capiton, que intentó lo mismo en Germania, le quitaron la vida Cornelio Aquino y Fabio Valente, legados de las legiones, antes que se les ordenase. Creyeron algunos, que así como Capiton era hombre avaro y sepultado en sus vicios, asimismo faltó en él toda imaginación de novedades; además que los legados que le persuadían la guerra, después de desengañados de que no gustaba de emprenderla, fingieron de suyo el delito ejecutando la traición; y que Galba, o por la liviandad de su naturaleza, o por no escudriñar más un caso ya sucedido y sin remedio, se había resuelto en aprobarle de cualquier manera que hubiese sucedido. Fueron comúnmente mal recibidos ambos homicidios; porque en siendo una vez aborrecido un príncipe, lo bueno y lo malo se mide para con él con una misma vara y todo se le atribuye a delito. Y los libertos favorecidos ponían toda cosa en venta y pública subasta; y las manos de los esclavos, prontos a recibir, solicitaban tanto más este ejercicio por verle viejo. Igual dolencia padecían los nuevos cortesanos; tan grave sí y tan mala de sufrir, pero no tan excusable. La misma edad de Galba era juntamente ridícula y enfadosa a los acostumbrados a la juventud de Nerón: que, como suele el vulgo, juzgaban a los emperadores por la hermosura y apariencia del cuerpo.

Tales eran las disposiciones de ánimo que entre tanta muchedumbre se hallaban en Roma. Quanto a las provincias, las Hispanias eran gobernadas por Cluvio Rufo, hombre elocuente y que por haber atendido a los estudios de paz no era práctico en la guerra. Las Galias, a más de la memoria que conservaban de Vindice, se hallaban obligadas también a Galba por la merced nuevamente recibida de hacerles ciudadanos romanos, y por haberles moderado los tributos venideros. Todavía las ciudades de los Galos, vecinas a los ejércitos de Germania, que no habían recibido las mismas honras, y muchas también a quien se habían estrechado sus términos, medían con igual disgusto las comodidades ajenas y las injurias propias. Los ejércitos de Germania, cosa peligrosa en fuerzas tan grandes, estaban pensativos e hinchados de soberbia por la reciente victoria y con algún temor por haber favorecido la otra facción. Habían a la verdad tardado en apartarse de la obediencia de Nerón: ni Virginio se declaró luego por Galba, dando con esto algunas sospechas de que deseaba el imperio para sí: lo cierto es que se le ofrecieron los soldados. De la muerte de Fonteyo Capiton, hasta los que no se podían quejar de ella se mostraban enojados y ofendidos. Faltábales cabeza, habiéndoles quitado Galba a Virginio, llamándole so color de amistad; y el ver que no sólo no le volvía a enviar, pero estaba detenido en son de preso, era juzgado de ellos como por delito propio.

El ejército de la alta Germania hacía poco caso del legado Ordeonio Flaco, inhábil por la vejez y por la enfermedad continua de la gota; hombre inconstante y sin autoridad para poder gobernar soldados quietos, cuanto y más alterados: los cuales hasta de la flaqueza y poca salud del

que los gobernaba venían a tomar atrevimiento. Las legiones de la Germania inferior estuvieron mucho tiempo sin cabeza consular, hasta que por Galba fue enviado Vitelio, hijo de Vitelio el Censor y tres veces cónsul, pareciendo que bastaba aquello. En el ejército de Britania no había alteración alguna: y a la verdad, no hubo legiones que en todos aquellos movimientos civiles se gobernasen como ellas, o por hallarse apartadas y divididas del Océano, o porque, ocupadas en continuas facciones y rencuentros, no supiesen aborrecer sino a los enemigos. Estaban también con quietud las cosas del Ilírico, aunque las legiones llamadas por Nerón, mientras se entretuvieron en Italia, despacharon embajadores a Virginio. Mas hallándose los ejércitos divididos con tanta distancia, cosa muy saludable para mantener los soldados en fe, no podían mancomunarse entre sí las fuerzas, ni mezclar los vicios.

Estaba el Oriente hasta entonces sin rumor alguno; gobernando a Siria con cuatro legiones Licinio Muciano, hombre igualmente famoso, tanto en la buena como en la mala fortuna. Había en su juventud seguido ambiciosamente y con gran sumisión la amistad de los grandes: disipadas después sus riquezas y comenzando a caer de su estado y autoridad, sospechoso por otra parte de la cólera de Claudio, retirándose a lo más apartado de Asia, estuvo tan cerca de vivir como desterrado cuanto después de morir emperador. Hallábase en él una mezcla de buenas y ruines calidades; deshonesto e industrioso, arrogante y por otra parte apacible; si estaba en ociosidad, entregado del todo a sus deleites y pasatiempos; si en los negocios, dotado de infinitas virtudes; en lo público digno de suma alabanza, bien diferente en lo secreto. Era con sus inferiores, con sus amigos y con sus iguales artificiosamente atractivo; y al fin persona a quien fue más fácil dar el imperio a otro que tomarle para sí.

Hacía la guerra en Judea con tres legiones, electo de Nerón por capitán de aquella empresa, Flavio Vespasiano; el cual no estaba de mal ánimo para con Galba, habiendo enviado a visitarle con su hijo Tito, y a reconocerle y darle la obediencia, como diremos en su lugar. Mas podemos verdaderamente creer que por oculta ley de los hados, por pronósticos y respuestas de los oráculos, dejada aparte la buena fortuna de Vespasiano, le estuviese destinado el imperio a él y a sus hijos.

El Egipto y los soldados que le refrenan, ya se sabe que desde el tiempo del divino Augusto han tenido caballeros romanos que los gobiernan en lugar de los reyes; juzgando convenir para la conservación de aquella provincia de entradas difíciles, fertilísima de granos, y por sus vicios y supersticiones inestable y desunida, sin noticia de leyes y sin conocimiento de magistrados, tenerla dentro de sí misma, sin darle ocasión de inquirir las cosas de fuera. Gobernábala entonces Tiberio Alejandro. África y su legión, después del homicidio de Clodio Macro, vista la prueba del mejor señorío, estaban contentos con cualquier príncipe. Las dos Mauritancias, las Retias, el Nórico, la Tracia y todas las demás provincias gobernadas por procuradores, según la vecindad de los ejércitos, se resolvían en favor o desfavor, siguiendo con facilidad la persuasión de los que se les pintaban por más poderosos. Las provincias desarmadas, y en particular Italia misma, expuestas a cualquier servidumbre, quedaban por premio y recompensa de la guerra. Éste era el estado en que se hallaba el imperio romano cuando Sergio Galba la segunda vez, y Tito Vinio, cónsules, comenzaron el año último para ellos y poco menos para la república.

Pocos días después de las calendas de enero, vinieron cartas de la Galia Bélgica de Pompeyo Propinquo, procurador, que las legiones de la alta Germania, habiendo rompido la reverencia del juramento, pedían otro emperador, remitiendo la elección al senado y al pueblo romano, para que se recibiese más blandamente la sedición. Apresuró este accidente la resolución que ya de atrás tenía Galba hecha y comunicada con sus privados de elegir un sucesor, adoptándole primero. No se había tratado de otra cosa en la ciudad con mayor atención ni más ordinariamente que de ésta durante aquellos meses, tanto por la licencia que de ordinario se toma el vulgo, y gusto y deleite grande que halla en discurrir de semejantes cosas, como por ver a Galba tan cargado de años. Pocos hablaban con juicio o por amor que tuviesen a la república, y muchos por una esperanza secreta y ambiciosa, fundada en este o en aquel, pasaban voz, según los deseos y negociaciones de cada uno, o como allegados o como amigos suyos. Aborrecían también a Tito Vinio, el cual, cuanto era cada día más

poderoso, tanto iba siendo más malquisto. La facilidad de Galba encendía grandemente el ánimo de los que aspiraban a la grandeza de sus amigos, pudiéndose con aquel viejo crédulo y flaco aventurar a perder menos y a ganar más que con otro príncipe.

La autoridad del principado estaba dividida entre Tito Vinio, cónsul, y Cornelio Lacon, prefecto del pretorio. No era menos favorecido que ellos Icelo, liberto de Galba, llamado, después que como caballero romano se le dio privilegio de traer anillos de oro, comúnmente Marciano. Estos, discordes entre sí en las cosas de menos momento, tirando cada uno a su propio interés en la elección del sucesor, estaban divididos en dos parcialidades; Vinio por Marco Otón, y Lacon e Icelo, sin arrimarse a ninguno, convenían sólo en la exclusiva de Otón. Por lo que se discurría en la ciudad entre personas que no saben callar, había ya Galba penetrado la amistad de Tito Vinio con Otón; y que hallándose Vinio con una hija viuda y Otón sin mujer, habían hecho entre sí designios de suegro y yerno. Creo que asimismo atendió Galba al bien de la república, la cual mejoraría bien poco, si, quitada de las manos de Nerón, venía a parar en las de Otón. Éste, pagada la niñez con poco cuidado de su honra y la juventud desenfrenadamente, había sido agradable a Nerón por la semejanza de los vicios, y a esta causa depositó en él a Popea Sabina, su principal manceba, como en persona que tenía larga noticia de sus deshonestidades, hasta apartar de sí a su mujer Octavia; aunque después, concibiendo celosas sospechas de él con la misma Popea, se lo quitó de delante so color de enviarle a la provincia de Lusitania con nombre de legado. Otón, habiendo gobernado modesta y blandamente aquella provincia, fue de los primeros a seguir la parte de Galba, y no sin valor y espíritu; y mientras duró la guerra: se mostró esplendísimo entre todos los demás. Con esto iba fortificando cada día mas las esperanzas de su adopción, que desde la elección de Galba tenía concebidas, favoreciéndole en esto mucha parte de los soldados, e inclinándose a él toda la corte de Nerón, como a quien tanto le parecía en las costumbres.

Galba después de la sedición de Germania, aunque hasta entonces sin saber cosa alguna de Vitelio, estando todavía cuidadoso hasta ver a donde daba el ímpetu de los ejércitos, no confiando mucho en los pretorianos, y pareciéndole que era ya tiempo de jugar la postrer treta, hace juntar el consejo imperial para declarar su ánimo en materia de la adopción; y habiendo llamado a más de Vinio y Lacon, a Mario Celso, electo cónsul, y a Ducenio Gemino, prefecto de Roma, después de haber hecho un breve discurso sobre su vejez, hace llamar a Pisón Liciniano, o por propia afición suya, o, como otros han dicho, a instancia de Lacon, el cual, por medio de Rubelio Plauto, había trabado amistad con él; aunque encubriéndola astutamente, mostraba favorecerle como a persona no conocida por él, ayudando a la fe de su consejo la buena fama que corría de Pisón, el cual, nacido de Marco Craso y de Escribonia, noble por ambos lados, de aspecto y hábito conforme a la costumbre de los antiguos, era tenido por los que hacían de él verdadera estimación en calidad de grave y severo. Aunque los que lo interpretaban peor, le juzgaban por melancólico, riguroso y cruel: puesto que aquella parte de sus costumbres más sospechosa a los escrupulosos era la más agradable para quien le adoptaba.

Y así Galba, tomando por la mano a Pisón, dicen que le habló de esta manera: «Si yo, como hombre particular, te adoptase según la ley Curiata ante los pontífices, como se acostumbra, me sería a mi reputación, introduciendo en mi familia la estirpe de Pompeyo y de Marco Craso, y a ti ni más ni menos, añadiendo a tu nobleza el esplendor de la Sulpicia y de la Lutacia. Mas ahora, siendo yo por voluntad de los dioses y de los hombres llamado al imperio, la esperanza que de ti se tiene y el amor de la patria, me mueven a ofrecerte, puesto que estás bien apartado de este pensamiento, aquel principado por cuya posesión pelearon tantas veces nuestros mayores, que es este mismo que yo he ganado con las armas, siguiendo el ejemplo de Augusto que levantó tras sí a la suprema grandeza a Marcelo, hijo de su hermana, después a su yerno Agripa, tras él a sus sobrinos, y últimamente a su entenado Tiberio Nerón. Mas Augusto buscó en su casa el sucesor, y yo le busco en la república; no porque me falten parientes o compañeros de guerra, mas por mostrar que tampoco he tomado yo con ambición el imperio, de que es buen señal el haberte preferido no sólo a mi linaje, pero también al tuyo. Tienes un hermano de igual nobleza, mayor edad, digno de esta

fortuna, cuando yo no te juzgara a ti por mejor. Tu edad ha pasado ya mas allá de los apetitos y desordenados deseos de la juventud, y tu vida ha sido tal que no has hecho en ella cosa de que debas disculparte ni arrepentirte. Hasta ahora has sufrido solamente la adversa fortuna: las prosperidades hacen más peligrosa experiencia de nuestros ánimos, y nos combaten con más agudas armas y con pertrechos más violentos. Porque las miserias y desdichas, aunque nos pese, las sufrimos, pues no está en nuestra mano el evitarlas; mas las felicidades de ordinario nos estragan y empeoran. Sé bien que mantendrás con la misma constancia que hasta aquí la fe, la libertad y la amistad, principales bienes de los ánimos humanos; mas no dudo de que otros las irán disminuyendo con capa de agradarte y complacerte. Entrarán luego de golpe a combatirte la solapada adulación, la lisonja, y el mas peligroso y fuerte veneno de todo buen afecto, el propio interés. Y donde hoy tú y yo tratamos llana y sinceramente, los demás tratarán de mejor gana con nuestra fortuna que con nosotros. Porque el persuadir al príncipe lo que le conviene es cosa tan difícil y trabajosa, cuanto más llano y más seguro el camino de la adulación.

»Si este cuerpo inmenso del imperio pudiese tenerse en balanza y regirse sin quien le sostenga, quizá fuera yo digno de dar principio a la libertad. Mas estamos ahora ya reducidos a esta necesidad, que no puede mi vejez aprovechar en otra cosa al pueblo romano que en buscarme un buen sucesor, ni tu juventud que en procurar ser buen príncipe. Imperando Tiberio, Cayo y Claudio, hemos sido como herencia de aquel linaje: valdrá ahora en lugar de libertad el haber dado principio a la elección. Y acabada la casa de los Julios y de los Claudios, servirá la adopción de hallar los mejores; porque el ser nacido de príncipe es cosa casual, y como beneficio de la fortuna, no se le debe mayor estimación; mas en la adopción el juicio es libre; y si quieres elegir bien, por el consentimiento y aprobación universal conocerás los más beneméritos. Ten delante de los ojos a Nerón, el cual hinchado con una larga ascendencia de los Césares, no por Vindice con la provincia desarmada, ni por mí con una sola legión, mas por su crueldad y por su lujuria ha sido arrojado de las cervices de la república. Hasta ahora no había ejemplo que imitar de príncipe condenado por sentencia. Yo, elegido a esta grandeza por las armas y por juicio de los buenos, cuanto más envidiado sea, tanto pienso gobernarme más egregiamente. No te espantes ni hagas caso de que en esta conmoción del mundo estén levantadas todavía dos legiones, que ni yo tampoco hallé las cosas quietas: y como se entienda la adopción, no podré parecer viejo, pues es sólo esto lo que me imputan. Nerón será sin duda deseado siempre de los ruines, conviénenos ahora a ti y a mí el hacer con nuestras obras de manera que no lo sea de los buenos. No es tiempo de darte largas enseñanzas; sólo digo que habré cumplido con todos mis designios cuando sepa que he acertado a hacer en ti buena elección. El medio más provechoso y más breve para saber elegir lo bueno y reprochar lo malo es el considerar lo que tú, si te hallaras debajo del gobierno de otro príncipe, hubieras querido o no querido que se hiciese: porque aquí no nos sucede a nosotros como en las demás naciones que son señoreadas, donde una sola familia manda y otras sirven y obedecen; antes has de gobernar a gente que no puede sufrir del todo la servidumbre, ni absolutamente la libertad.» Decía Galba estas y semejantes cosas a Pisón, como haciéndole príncipe; mas los otros hablaban con él como quien ya lo era.

Dicen que Pisón, a quien le miró en aquel instante y después que llevó a sí los ojos de todos, no dio jamás señal alguna de ánimo alterado o alegre. Las palabras de que usó para con su padre emperador fueron de mucha reverencia: de sí habló modestamente, sin mudarse de hábito ni de rostro, casi como mostrándose antes apto que deseoso de mandar. Consultándose después sobre si la adopción había de confirmarse *pro Rostris*, o en el senado o en los alojamientos militares, se determinó de ir a los alojamientos en honra de los soldados, cuyo favor, así como era malo procurarle con ambición y donativos, asimismo no se debía menospreciar siempre que pudiese granjearse por medios lícitos y honestos. Estaba en tanto rodeado el palacio de una gran multitud de pueblo que tomaba con impaciencia lo que tardaba en descubrirseles aquel gran secreto, acrecentando más la fama los mismos que con poca discreción procuraban suprimirla.

A los diez de enero, día manchado con continua lluvia y turbado extraordinariamente de

truenos, rayos y amenazas celestes, reparándose antiguamente mucho en tales señales para despedir las juntas en que se hacían las elecciones, no se abstuvo Galba de ir a los alojamientos, como menospreciador de estas cosas a quien daba nombre de fortuitas y casuales, o porque resueltas una vez de los hados, no se pueden huir ni evitar por más que sean anunciadas. En el parlamento pues, juntado con mucha frecuencia y concurso de gente, con brevedad y decoro imperial declaró a los soldados cómo adoptaba a Pisón, siguiendo el ejemplo del divino Augusto, y al uso militar, que un varón puede elegir otro varón. Y porque el pasar en silencio la sedición no la hiciese parecer mayor, añadió que dos legiones, conviene saber, la cuarta y la diez y ocho, alteradas por algunos pocos escandalosos, no en otra cosa que en palabras y en gritos habían errado, y que presto volverían a la obediencia; sin añadir otra dulzura de palabras o promesa de premio. Con todo eso los tribunos, los centuriones y soldados más cercanos respondieron alegremente y como agradeciéndolo; mas los otros con silencio y mal semblante, como si hubieran perdido en la guerra el donativo, usurpado por ellos también en tiempo de paz. Lo cierto es que con cualquier pequeña muestra de liberalidad que diera aquel viejo escaso, les hubiera podido granjear las voluntades; mas fuele entonces dañoso aquel antiguo rigor y sobrada severidad, para cuya carga son ya incapaces nuestros hombros.

El parlamento que hizo después Galba en el senado no fue con mayor adorno de palabras, ni menos breve y enjuto que el de los soldados. El de Pisón fue agradable y comedido, y favorecíanle los senadores con varios afectos; muchos con descubierta voluntad, otros, que no gustaban de su elección, moderadamente, pero todos se concertaban en las demostraciones de obediencia y respeto, levantando sus esperanzas particulares sin algún cuidado del provecho público. En los cuatro días que siguieron entre la adopción y la muerte, no hizo ni dijo Pisón otra cosa en público. Y refrescándose cada día más los avisos de la rebelión de Germania en aquella ciudad pronta a recibir y aumentar las malas nuevas, determinó el senado que se enviasen embajadores al ejército, tratándose en secreto si sería acertado que fuese también el mismo Pisón por dar mayor crédito a la embajada, representando ellos la autoridad del senado, y él la de César. Pareció también que fuese juntamente Lacon, prefecto del pretorio; mas estorbólo él mismo. Y los embajadores también (porque el senado había remitido la elección a Galba) fueron con vergonzosa inconstancia nombrados, excusados y sustituidos muchas veces, por las diligencias y negociaciones que se hacían para ir o quedar, conforme a lo que cada uno se dejaba llevar del temor o de la esperanza.

Pensándose después en el modo de hallar dineros, considerado todo, pareció pensamiento justificado el sacarlos de donde tuvo origen la pobreza. Había desperdiciado Nerón en dádivas y mercedes sesenta millones de oro (dos mil doscientos millones de sextercios): y así Galba, haciendo llamar a los que los habían recibido, mandó que lo restituyesen todo, salvo la décima parte. Mas a estos apenas les quedaba la décima de lo recibido, habiendo echado a mal la hacienda ajena por el mismo camino que antes habían desperdiciado la propia; porque a los más perdidos y robadores de aquellos no les habían quedado casas ni viñas, sino solamente los instrumentos de sus vicios. Nombráronse para esta cobranza treinta caballeros romanos, oficio nuevo y cargoso, por la ambición de tantos exactores y gran número de interesados. Por todas partes había ventas en pública subasta; no se oía otra cosa que voces de pregoneros, ni se veía sino gente que acudía a comprar de las almonedas, como si fuera ropa de saco. Con todo eso era gran gusto el ver quedar tan pobres a los que Nerón había enriquecido, como a los que había quitado sus haciendas. En los mismos días fueron reformados de sus oficios de tribunos, de pretorianos Antonio Tauro y Antonio Nason, de las cohortes de la ciudad Emilio Pacense, y de los vigiles que tenían a su cargo las rondas, Julio Frontón. Y no fue esto remedio para los demás, sino principio de temor, como si con tenerlos atados por sospechosos, quisiesen con miedo y artificio irlos echando de uno en uno.

Otón en tanto, a quien acomodadas las cosas no le quedaba esperanza alguna, era a un mismo tiempo combatido de varios pensamientos: de los excesivos gastos que le causaban sus vicios y desórdenes, bastantes a oprimirle cuando fuera príncipe; de su pobreza, apenas sufrible a hombre particular; de la ira contra Galba, y de la envidia para con Pisón. Fingíase él mismo grandes temores por encender más sus ambiciosos deseos, publicando haber sido mal visto de Nerón, y que ya no le

estaba bien esperar otra Lusitania, ni otro semejante honrado destierro; que era sospechoso y aborrecible siempre al príncipe aquel que tenía partes para poderle suceder; que habiéndole dañado esto ya para con el príncipe viejo, era cierto que le dañaría mucho más con el mozo, cruel de su naturaleza y feroz con el largo destierro; que era cosa fácil hacer morir a Otón, y a esta causa más acertado tentar animosamente la fortuna, mientras estaba todavía débil la autoridad de Galba y no bien arraigada la de Pisón; que era muy a propósito para los negocios grandes el valerse de la ocasión con presteza, no siendo de provecho la dilación cuando es más dañoso el diferir que el usar temeridad; que la muerte de su naturaleza era común a todos, diferenciándose en los sucesores con el olvido o con la gloria. Y si al culpado y al inocente está aparejado un mismo fin, cosa de hombre más generoso es el morir por cosa que lo valga.

No tenía Otón el ánimo afeminado ni semejante al cuerpo. Y los libertos y esclavos más privados, a quien él había tenido con menos freno y diligencia de lo que convenía en casa particular, le representaban como suyas todas las grandezas de Nerón, sus palacios, sus pompas, sus adulterios y los demás deleites del que reina, deseadas con extremo por él, y le daban con ellas en rostro, como cosas que las había de ver presto en poder ajeno, si no se atrevía a tomarlas; apretándole también los matemáticos, con asegurarle por observación de las estrellas, que aquel año había de haber nuevos movimientos y ser muy dichoso y bien afortunado a Otón: linaje de hombres infieles a los poderosos, falsos a los que se ceban de esperanzas, y que en nuestra ciudad serán siempre prohibidos y conservados. Con estos había conferido sus secretos Popea, y fueron miserable instrumento de aquel matrimonio con el príncipe; de los cuales, un cierto Ptolomeo que acompañó a Otón en Hispania, habiéndole asegurado que alcanzaría de días a Nerón, acreditado con la verdad del suceso, y ayudado de las conjeturas y discursos hechos por los que hacían juicio de la vejez de Galba y juventud de Otón, le tenía persuadido a que había de ser llamado al imperio. Recibía todas estas cosas Otón como pronosticadas por ciencia y demostración de los hados, llevado de aquel humano y natural deseo de creer de mejor gana las cosas que entienden menos.

No faltaba tampoco Ptolomeo de instigarle a la maldad, a la cual de semejantes pensamientos fácilmente se pasa. Si fue improvisa la resolución hasta ahora no se sabe; pero es certísimo que mucho antes se había procurado el favor de los soldados, o con la esperanza de la sucesión, o por aparejo a la fuerza. En el camino al marchar el ejército, y en las guardias llamando por sus nombres a los soldados mas viejos, y acordándoles el haber acompañado como él a Nerón, nombrándolos compañeros y camaradas, mostraba conocer a unos, preguntaba de otros y con dineros y favores beneficiaba a todos; diciendo al descuido quejas o palabras de varios sentidos, que se podían torcer contra Galba, con otros semejantes artificios para ir disponiendo el vulgo a la sedición; los trabajos del camino, la falta de vituallas, la aspereza del mando desagradaban mucho a la gente de guerra, porque, acostumbrados a pasearse con la armada de mar por los lagos de Campania o por las ciudades de la costa de Acaya, hacían ahora de mala gana, oprimidos del peso de las armas, los viajes largos y difíciles de los Pirineos y de los Alpes.

Había añadido leña al fuego en los ardientes ánimos militares Mevio Pudente, uno de los familiares de Tigelino. Éste, incitando a los más livianos y necesitados a deseo de cosas nuevas, pasó poco a poco tan adelante, que cada vez que Galba iba a comer con Otón, daba a cada soldado de la cohorte que era de guardia diez escudos (cien sextercios), so color de aguinaldo del banquete. Este donativo hecho en público era aumentado también por Otón con otras liberalidades en secreto; habiéndose hecho tan animoso cohechador, que litigando Coceyo Próculo, soldado de la guardia imperial, sobre los confines de cierto campo con su vecino, compró con su dinero todo el campo sobre que se pleiteaba y lo dio a Próculo; y esto por indiscreción del prefecto, fácil a ser engañado en las cosas claras, cuanto y más en las oscuras.

Mas el cargo de ejercitar la maldad se dio a Onomasto, uno de sus libertos; por el cual, atraídos a lo mismo Barbio Próculo, furriel de los arqueros de la guardia, y Veturio que solía servir el oficio en su ausencia, después de haberlos conocido Otón en diversas pláticas por hombres astutos y animosos, los cargó de promesas y de premios, dándoles también dineros para tentar los

ánimos de otros: cosa notable que dos soldados ordinarios tomasen a su cargo el disponer del imperio romano y que saliesen con ello. Pocos fueron los agregados en la sabiduría del hecho, mas iban con varios artificios incitando y disponiendo los ánimos suspensos de los otros: a los soldados principales, con ponerles por delante las sospechas que se podían concebir contra ellos por haber sido beneficiados de Ninfidio; y al vulgo y los demás, con el enojo y con la desesperación del donativo, diferido tantas veces. No faltaba quien se moviese también por la memoria de Nerón y deseo de aquella vida licenciosa y disoluta; pero universalmente alcanzaba a todos el miedo de haber de mudar de milicia.

Alcanzó esta peste también a los ánimos de los legionarios y auxiliares, conmovidos ya desde que se divulgó la desobediencia del ejército de Germania. Y de tal suerte estaban preparados los malos a la sedición y los buenos a disimular, que a los trece de enero estuvieron por arrebatarse a Otón saliendo de cenar, si no lo estorbara el miedo de los desórdenes que suele ocasionar la noche, y estar esparcidos por la ciudad todos los soldados; de quien, a más de la imposibilidad que había para la unión y conformidad necesaria, se podía fiar bien poco, como de gente en aquellas horas por la mayor parte tocada del vino. No lo dejaron por amor de la república, a la cual en ayunas y en todo su seso se aparejaban a manchar con la sangre de su inocente príncipe, sino porque en aquella oscuridad los soldados del ejército de Panonia o de Germania, entre los cuales había muchos que no le conocían, no tomasen en vez de Otón, al primero que se les pusiese delante. Brotaban muchos indicios de la sedición, que fueron apagados por los cómplices, y de muchos se burló Lacon, prefecto, poco práctico de los humores militares, enemigo de todo consejo, aunque bueno, como no hubiese sido el autor, y obstinado contra los sabios y experimentados.

A los quince de enero, sacrificando Galba en el templo de Apolo, Umbricio, sacerdote arúspice, le predijo, hallando a los interiores de la víctima de mal agüero, que había traición y que el ladrón era de casa; oyéndolo todo Otón, que asistía allí cerca a los sacrificios, e interpretándolo al contrario en su favor y prosperidad de sus designios. No dilató mucho el libertino Onomasto en avisarle de que le esperaba el arquitecto y los que se habían encargado de la obra: que ésta era la contraseña de que estaban juntos los soldados, y puesto a punto todo lo que convenía para ejecutar la traición. Y así, yéndose de allí Otón, respondió a los que le preguntaban la causa de su partida: «Que por haber comprado una heredad cuyos edificios amenazaban ruina por su antigüedad, iba con expertos a tratar de su remedio.» Y así, arrimado a su libertino, por la casa Tiberiana al Velabro, y de allí al Miliario de oro, llegó debajo del templo de Saturno, donde de veinte y tres soldados de la guardia fue saludado emperador. Y así, medio perdido de ánimo, y temblando por el poco número con que se hallaba, puesto con prisa en una silla de manos, con las espadas desnudas, le arrebatan y caminan con él. Fuéronse juntando cosa de otros tantos soldados, algunos sabedores del hecho, otros llevados de aquella novedad; parte con espadas desnudas y dando gritos; otros con silencio, esperando a tomar resolución conforme al suceso.

Hallábase de guardia aquel día en los alojamientos Julio Marcial, tribuno, el cual, admirado de la grandeza de aquella súbita maldad, no pudiendo creer que los soldados conjurados dejasen de tener mucha parte en los alojamientos, con el miedo de perder la vida, si hacía resistencia, dio mucha ocasión de sospechar que tenía parte en la conjuración. Los demás tribunos y centuriones antepusieron las cosas presentes a las dudosas, aunque honradas. Tal fue entonces la disposición en que se hallaron los ánimos, que siendo pocos los que se atrevieron a tentar tan gran maldad, hubo muchos que se holgaron con ella, y al fin la sufrieron todos.

Galba entre tanto, no aun avisado de lo que pasaba, atendía con sus sacrificios a importunar a los dioses, encomendándoles el imperio que ya no era suyo, cuando llegó nueva de que llevaban en peso a un senador, y que se encaminaban con él a los alojamientos, sin declarar quién era, y poco después se supo que era Otón. Luego fueron viniendo de todas las partes de la ciudad por donde había pasado, acrecentando unos la causa del temor, y diciendo otros mucho menos de la verdad; no olvidados hasta en aquella apretura de sus acostumbradas adulaciones. Consultando pues lo que era bien hacer en aquel caso, pareció que se debía tentar el ánimo de la cohorte que estaba de guardia en

palacio; no con la persona de Galba, cuya suprema autoridad se reservaba para cuando fuese menester usar de mayores remedios, sino con la de Pisón, el cual, llamando a los soldados delante de las gradas de palacio, les habló así:

«Hoy ha seis días, soldados y compañeros míos, que yo, no sabiendo lo que había de suceder, ni si era de desear o de temer este nombre, fui elegido César: no sé con qué género de fortuna para nuestra casa o para la república, estando todo puesto en vuestras manos. No porque yo, cuanto a mí, tema ningún suceso por infeliz que sea; pues teniendo tan experimentada la adversidad, sé muy bien que ni en la próspera fortuna faltan trabajos y peligros. De mi padre, del senado y del imperio mismo me duelo, si acaso nos es necesario el morir, o (lo que para los buenos no es de menos sentimiento) hacer morir a otros. Teníamos contento grande de ver que hubieren pasado estos últimos movimientos sin derramar sangre de ciudadanos y sin discordias, proveyendo con la adopción a que tampoco después de la muerte de Galba hubiese ocasión de guerra.

»No quiero alabarme aquí de nobleza ni de mansedumbre, no siendo necesario acordarme de la virtud para competir con Otón, cuyos vicios (de que él solamente puede alabarse) tienen arruinado el imperio desde que se vendía por amigo del emperador. ¿Haránle digno de él por ventura aquel hábito, aquel andar y aquellos ornamentos femeniles? Engañanse por cierto los que dan nombre de liberalidad a los excesivos gastos, vicios y superfluidades; porque, a la verdad, él sabrá desperdiciar y echar a mal, pero no se infiere de aquí que sabrá dar. Ahora está revolviendo en su ánimo y premeditando estupros, banquetes y juntas infames de mujeres; cosas que tiene establecidas por premio del principado; de las cuales el gusto y los deleites serán solamente suyos; pero de la vergüenza y vituperio es sin duda que participaréis todos; porque jamás gobernó alguno el imperio con buenas artes si lo ganó con maldad. Fue elegido Galba de consentimiento de todo el mundo, y yo por él con el vuestro llamado César. Si la república, el senado y el pueblo son nombres vanos a vosotros, oh conmlitones, toca ahora el considerarlo, y procurar que los peores no se usurpen la autoridad de elegir emperador. Sabídose han otras veces movimientos y alborotos de legiones contra sus cabezas; mas vuestra fe y vuestra fama se ha conservado sin mancha hasta el día de hoy; y el mismo Nerón os desamparó a vosotros, que no vosotros a él. ¿Estará por ventura en manos de treinta o menos número de fugitivos y desamparadores de la milicia, a quien ninguno sufriría que se eligiesen un centurión o un tribuno, el disponer del imperio? ¿Permitiréis vosotros tan dañoso ejemplo, o haréis el delito común con no ponerle remedio? Pasará esta disolución hasta las provincias, y a nosotros nos tocará el suceso de la maldad, pero a vosotros el trabajo de la guerra. No es mayor premio el que se da al malo por matar al príncipe del que se concede al inocente que le conserva. Antes os prometo que recibiréis de nosotros mayores mercedes por conservar vuestra debida fidelidad, que de los otros por ayudarles a ejecutar su traición.»

Habiéndose ya a estas razones deslizado los soldados de la guardia, el resto de la cohorte, no menospreciada la plática de Pisón, aunque (como sucede en las cosas turbadas y revueltas) llevados más de la ira y furor, dado que se hallaban, algunos en quien quedaban todavía enteros el consejo y la resolución, sacan fuera las banderas y se ponen en armas; cosa que se creyó después haberse hecho por engaño y disimulación. Ordenóse después a Mario Celso que fuese a los soldados que habían sido escogidos del ejército del Ilírico, alojados en el pórtico de Vipsanio. Mandóse a Amulio Sereno y Domicio Sabino, primipilares, que llamasen a los soldados germanos del patio del templo de la libertad. No se tenía por confidente la legión de la armada, ofendida por la muerte de muchos de ella, a quien hizo matar Galba a su entrada en Roma. Los tribunos Cerio Severo, Subrio Dextro y Pompeyo Longino fueron al alojamiento de los pretorianos, para ver si estando todavía en su principio la sedición podían doblarse aquellos soldados a mejor consejo; mas Subrio y Cerio fueron detenidos con amenazas: a Longino, porque no era de aquella milicia, sino amigo de Galba, fiel a su príncipe y por esto sospechoso a los alterados, pusieron las manos en él y le desarmaron. Juntóse al punto la legión de la armada con los pretorianos. Los escogidos ilíricos, vueltas las puntas de los dardos contra Celso, le hacen volver más que de paso. Las banderas de germanos estuvieron irresolutas y suspensas por gran rato, no habiendo vuelto hasta entonces a cobrar sus fuerzas

corporales, y hallándose con los ánimos sosegados; porque habiéndolos enviado delante Nerón a Alejandría, vueltos de allá enfermos y quebrantados de la larga navegación, Galba los hacía curar y regalar con mucho cuidado.

Ya estaba lleno el palacio de gente popular, mezclados con ella los esclavos, que con voces desconcertadas pedían la muerte de Otón y el destierro perpetuo de los conjurados, como si en el circo o en el teatro pidieran alguna forma de juego o representación. No se puede de esta suerte de gente esperar juicio ni verdad, pues que en el mismo día y con el mismo ardor no dudaron de hacer instancia por lo contrario; procediendo todo de la antigua y heredada costumbre de adular a cualquier príncipe con la libertad y licencia de voces confusas, aclamaciones y con otras vanas muestras de afición. Estaba Galba mientras esto pasaba suspenso entre dos resoluciones. El parecer de Tito Vinio era, «que debía estarse en casa, armar los esclavos contra los enemigos, cerrar y fortificar las puertas y entradas de palacio, y en lugar de ir en busca de aquellos ánimos airados, dar tiempo de arrepentirse a los ruines, y de juntarse y conformarse a los buenos. Las maldades, decía él, toman fuerza del ímpetu, los buenos consejos del dilación. Y finalmente que cuando pareciese que convenía salir, estaba siempre en su mano el hacerlo, mas el volver cuando se arrepintiese de haber salido, pendía de voluntad ajena.»

A todos los demás parecía mejor el apresurar la salida antes que se hiciese mayoría conjuración, que todavía era de pocos, y que también Otón temblaría; el cual partiéndose a escondidas, y llevado a gente no advertida, con la pereza y el tiempo de quien en vano le estaba perdiendo, se enseñaba a hacer el personaje de emperador: que no era bien esperar a que, acomodadas sus cosas en los alojamientos, ocupase con sus soldados la plaza del foro, y a vista de Galba pasase al Capitolio, mientras el generoso emperador con sus valientes amigos, cerrada apenas la puerta de su casa, aguardaba en fila el cerco. «Bravo socorro, decían, es el que se puede esperar de los esclavos, especialmente si la unión de su muchedumbre, o, lo que más importa, el primer ímpetu se resfría. Las cosas vergonzosas son igualmente poco seguras; tal, que cuando nos sea el morir lance forzoso, lo es también el ir en busca del peligro. Con esto haciendo a Otón más aborrecible, ganaremos nosotros mayor gloria.» Contradiendo pues Vinio a este parecer, Lacon le acometió con grandes amenazas, incitándole Icelo, el cual, sin cuidado alguno del peligro público, conservaba contra Vinio una pertinaz y particular enemistad.

Y así sin mas dilación, arrimándose Galba al consejo aparentemente mas honrado, envió delante a Pisón a los alojamientos, como persona de gran nombre, de reciente favor para con los soldados y poco amigo de Tito Vinio; o porque era así verdad, o porque se persuadían a ello los que aborrecían a Vinio; y más fácilmente puede creerse por parte del aborrecimiento. Apenas había partido Pisón, cuando pasó voz incierta y vana al principio, que Otón había sido muerto en los alojamientos; y, como sucede en las mentiras grandes, afirmaban muchos haberlo visto, y aun haber intervenido en ello; acreditándose la fama entre los que se holgaban con ella, y entre los que no se curaban de inquirir la verdad. Muchos tenían a esta voz por artificio de los Otonianos, que andaban mezclados ya con los demás, los cuales, deseosos de sacar en descampado a Galba, sembraban falsamente estas buenas nuevas.

Entonces, no solamente el pueblo y el vulgo ignorante, con aplauso grande y regocijo extraordinario, más muchos caballeros y senadores, arrojado el temor, y rotas las puertas de palacio, corrían dentro desconsideradamente para hacerse ver de Galba, quejándose de que otros les hubiesen quitado la ocasión de emplearse en su venganza; pintándose valiente y lleno de atrevimiento cada cobarde, y los que cuando fue menester no le tuvieron para mirar al rostro al enemigo, no cesaban de mostrarse feroces y atrevidos con las palabras y con la lengua. Ninguno lo sabía, y todos lo afirmaban; de manera que Galba, por falta de quien le dijese la verdad, y obligado del consentimiento de tantos que estaban en este error, se puso la coraza: y no pudiendo, por la vejez y debilidad del cuerpo, sostenerse en aquel tropel y concurso grande de gente, fue llevado en una silla. Al salir de palacio encontró a Julio Ático, uno de los de su guardia, que gritaba, mostrando la espada sangrienta, haber él muerto a Otón. Entonces Galba, mirándole con enojo, le respondió:

«¡Oh compañero! y ¿quién te lo ha mandado?» Varón verdaderamente entero, y señalado en reprimir la licencia militar, y no menos sin miedo contra las amenazas, que incorrupto contra las lisonjas.

Mas en los alojamientos no había ya quien estuviese dudoso mi suspenso; antes creció de suerte el ardor en los soldados, que no contentos con guardar a Otón en el concurso de aquella muchedumbre y con sus propios cuerpos, poniéndolo en el trono donde poco antes había estado la estatua de oro de Galba, le rodean con las banderas: y no sólo no daban lugar a los tribunos y centuriones para que pudiesen llegar a él, pero hasta los soldados ordinarios se atrevían a detener a sus propios prefectos. Resonaba todo en torno de gritos, de estruendo y de exhortaciones que se hacían unos a otros; no como entre la hez del vulgo con voces disonantes y adulaciones viles, mas según iban viendo comparecer los soldados, los tomaban por las manos, los abrazaban con las armas, y acercándolos a Otón, enseñaban la forma del juramento, encomendando, ora los soldados al emperador, ora el emperador a los soldados. No faltaba por su parte Otón dando las manos, adorando al vulgo, ofreciendo besos, y no perdonando a toda acción servil a trueque de mandar. Y visto que toda la legión de la armada le había prestado el juramento, confiado ya de sus fuerzas, y pareciéndole, que así como hasta allí había encendido los ánimos de cada uno en particular, sería muy a propósito animar en general a todos, puesto delante la estacada de los alojamientos, comenzó así:

«No sé si sabría declarar, oh conmlitones, la calidad en que me presento ahora delante de vosotros, porque no sufro el ser llamado hombre particular, siendo aclamado por vosotros emperador, ni puedo llamarme príncipe, mientras haya otro que mande. Será también incierto vuestro nombre mientras se esté en duda si tenéis en vuestros cuarteles al emperador, o a un enemigo del pueblo romano. ¿No veis cómo se pide a un mismo tiempo mi pena y vuestro castigo? Tan claro está como esto que no podemos perecer ni salvarnos sino juntos. Y quizá, tal es la liviandad de Galba, lo había ya prometido, como cuando sin instancia ni persuasión alguna hizo morir a tantos millares de inocentísimos ciudadanos. Cáusame notable espanto y horror el acordarme de aquella su entrada fiera y cruel, única victoria de Galba, cuando a los ojos de esta ciudad hizo diezmar a los que ya se le habían rendido, y él recibido los humildes debajo de su palabra. Entrado en Roma después con estos auspicios, ¿qué otra gloria trajo al principado que haber muerto a Obultronio Sabino, y a Cornelio Marcelo en Hispania, a Betuo Chilon en la Galia, a Fonteyo Capiton en Germania, a Clodio Macro en África, a Cingonio en el camino, a Turpiliano en Roma y a Ninfidio en los alojamientos? ¿Qué provincia hay o qué ejército, que no esté corriendo sangre y contaminado, o, como él se alaba, enmendado y corregido? Porque a todas aquellas cosas a quien los demás llaman maldades, llama él provechosos remedios, mientras falsificando los nombres, se le da de justo rigor a la crueldad, de templanza a la avaricia, y de disciplina a vuestros castigos, afrentas y destrozos. No ha más de siete meses que acabó Nerón, y vale más lo que ha robado Icelo solo, que cuanto granjearon y juntaron, sin otros muchos, los Policletos, los Vatinios y los Elios. Con menor insolencia y avaricia hubiera salteado Tito Vinio, si fuera él el emperador; porque hasta ahora nos ha tenido sujetos como suyos y tratádonos como si fuéramos ajenos. Sola su casa que veis allí, bastaría al donativo nunca dado y tantas veces zaherido.

»Y porque no nos quedase siquiera alguna esperanza en el sucesor, ha traído del destierro a uno de humor melancólico y avaro como él. Bien visteis, compañeros míos, como hasta los mismos dioses por medio de aquella notable tempestad, se mostraron contrarios a su infeliz adopción. Del mismo ánimo están el senado y el pueblo romano. Sólo se espera el efecto de vuestro valor, en el cual consiste la fuerza de todo honesto consejo y acertada resolución; y sin cuya asistencia, cualquier otra ayuda por señalada que sea, es flaca y de poca estima. Yo no os llamo ahora a guerra ni peligro: todas las fuerzas militares están en vuestro poder. Ni aquella cohorte togada defiende ahora a Galba, que antes nos le entretiene. Cuando os vea a vosotros, cuando reciba mi contraseña, sólo habrá contienda sobre quién hará mas cosas por mi servicio. La dilación en suma no tiene lugar en los consejos que no pueden loarse sino después de ejecutados.»

Hecha tras esto abrir la casa de armas, al punto las arrebatan y visten de ellas, sin guardar orden ni costumbre militar, para con las insignias de cada uno diferenciar al pretoriano del legionario, dándose también confusamente a los auxiliares las celadas y los escudos. No había necesidad de que los tribunos ni centuriones los exhortasen: cada uno se servía a sí mismo de instigador y capitán, y era eficacísima espuela para los malos el ver la tristeza y desconsuela que no podían disimular los buenos.

Ya Pisón amedrentado de los bramidos de la creciente sedición, cuyos ecos resonaban hasta dentro en Roma, había vuelto a encontrar a Galba, salido ya de palacio y cercano a la plaza. Era ya vuelto Mario Celso con ruines nuevas, cuando querían algunos que se volviese a palacio, otros que se fuese al Capitolio, muchos que se ocupasen los Rostros, no sabiendo los más sino contradecir al parecer ajeno; y como sucede en los consejos desdichados, pareciendo siempre el mejor el que no había ya tiempo de ejecutarse. Díjose que Lacon, sin que Galba lo supiese, pensó en matar a Tito Vinio; o porque entendió que con su castigo se aplacaría el ánimo de los soldados, o creyendo que era cómplice con Otón en su levantamiento, o finalmente por el aborrecimiento que le tenía. Túvole suspenso el tiempo y el lugar, siendo difícil el templarse metiendo una vez mano a las armas; turbando también este designio las malas nuevas que iban llegando, y el ver que le desamparaban sus amigos, y se resfriaba por momentos el ardor de los que antes con tanta voluntad habían hecho ostentación de valor y de fe.

Iba entre tanto Galba fluctuando de acá y de acullá, llevado de las olas de la gente, viéndose por todo llenas de ella los palacios y templos de la plaza, con deseo de ver el fin de aquel espectáculo miserable. No había hombre del pueblo o de la plebe que hablase palabra; todos con el rostro atónito, con los oídos atentos, ni ruido ni inquietud, sino una forma de silencio, cual le suele causar un profundo temor, o un enojo gravísimo. Avisado con todo eso Otón de que el pueblo se armaba, manda a los suyos que caminen aprisa y procuren prevenir los peligros. Con esto los soldados romanos, como si fueran a echar del antiguo trono de los Arsácidas a Vologeso o a Pacoro, y no a matar a su propio emperador viejo y desarmado, desbaratada la turba, atropellado el senado, feroces y terribles con sus armas, a espuela batida los caballos, entran furiosamente por la plaza, donde ni la vista del Capitolio, ni la religión de los templos allí vecinos, ni el respeto de los príncipes pasados y venideros pudieron detenerlos de aquella maldad execrable, de la cual era lance forzoso tomar venganza cualquiera que sucediese en el imperio.

El alférez de la cohorte que iba con Galba (Atilio Vergilion dicen que era), vistas de lejos las tropas armadas, arrancada del asta la imagen de Galba, y dando con ella en el suelo, dio también ocasión a los soldados para que manifiestamente se declarasen por Otón. El pueblo huye y desampara la plaza, y al punto vuelven todos las armas contra los que dudaban en retirarse. Finalmente Galba, junto al lago Curcio, medrosos los que le llevaban, fue echado de la fila y atropellado. De sus últimas palabras se habló variamente, conforme al aborrecimiento o amor que le tenían. Algunos dicen que con voz humilde dijo, «¿Qué mal he yo merecido?» pidiendo pocos días de término para pagar el donativo. Pero los más afirman que ofreció prontamente el cuello, diciendo: «Que hiriesen en él, si así les parecía conveniente para el bien de la república.» Lo cierto es que no hicieron caso los matadores de cosa que dijese. No está averiguado del todo quien le mató, aunque quieren algunos que fue Terencio evocato, otros que Lecanio; mas la voz común lo atribuye a Camurio, soldado de la legión quince, que le degolló con la espada. Los otros, por hallarle el cuerpo armado, vergonzosamente le despedazaron los brazos y las piernas; añadiendo también por rabia y fiereza o por mayor crueldad muchas heridas al cuerpo hecho ya piezas.

Acometieron después a Tito Vinio, del cual no se sabe tampoco si el imprevisto miedo le ató la lengua: con todo eso, dijo a grandes voces, que no mandaba Otón que le matasen: lo cual, o lo fingió así por temor de la muerte, o realmente confesó la verdad, por ser cómplice de la conjuración. Pero creyóse, respecto a su vida y fama, que no fue después menos consabedor de la traición, que antes había sido la causa de ella. Cayó pues junto al templo del divino Julio, herido primero en la rodilla, y pasado después del un costado al otro por Julio Caro, soldado legionario.

Vio nuestra edad aquel día un hombre verdaderamente generoso en Sempronio Denso, centurión de una cohorte pretoria, el cual, añadido por orden de Galba a los que cuidaban de la guardia de Pisón, acometiendo a los armados con el estoque y vituperándoles su maldad, ya con las manos, ya con las voces llamando a sí todo el ímpetu y furor militar, hizo plaza para que por entonces se escapase Pisón, aunque herido: el cual, llegado al templo de Vesta, acogido allí por compasión de un esclavo público, y escondido en su pobre albergue, no iba difiriendo su cercana muerte con el respeto del lugar o celo de la religión, sino sólo en virtud de aquel escondrijo, cuando sobrevinieron nombrados para ello de Otón, como quien estaba sediento de su sangre, Sulpicio Floro, de las cohortes britanas, hecho poco antes por Galba ciudadano romano, y Estacio Murco, de la guardia del príncipe, por los cuales, sacado Pisón a las puertas del templo, fue en ellas mismas muerto cruelísimamente.

Dícese que Otón no oyó con mayor alegría la nueva de otra muerte alguna, ni miró y remiró otra cabeza con más ahínco ni con más insaciables ojos; y esto, o porque hasta entonces no se acabó de asegurar de toda sospecha para comenzar a engolfarse en la alegría, o porque la memoria de la majestad en Galba y de la amistad en Tito Vinio hubiesen tenido aquel ánimo, aunque cruel, confuso en aquella imaginación; teniendo por justo y por lícito el alegrarse con la muerte del enemigo y del émulo. Las cabezas hincadas en las lanzas se llevaban entre las banderas de las cohortes, delante del águila de la legión, haciendo a porfía ostentación de sus manos ensangrentadas los que los mataron y los que intervinieron a las muertes; o falsa o verdaderamente se alababan de ello, como de una noble y memorable hazaña. Y así halló Vitelio después más de ciento y veinte memoriales de personas que pedían merced por hechos notables de aquel día; los cuales, hechos buscar por él, fueron todos muertos, no en honra de Galba, mas por costumbre heredada de otros príncipes, los cuales suelen encaminar su propia seguridad con vengar las injurias hechas a sus antecesores.

Parecía realmente que eran ya otros aquel senado y aquel pueblo. Corren todos a los alojamientos, adelantándose unos a otros, y compitiendo en ser los primeros en vituperar a Galba, loar el juicio de los soldados, besar las manos a Otón; y cuanto más fingidas eran las demostraciones, tanto más las iban multiplicando. Agasajaba y recibía a todos Otón, templando con la voz y con el rostro el ánimo atrevido y amenazador de los soldados, los cuales, aborreciendo, como si fueran vicios y defectos, la industria y la inocencia de Mario Celso, electo cónsul, y fidelísimo a Galba hasta lo último, pidieron con gran instancia su muerte, comenzándose con esto a traslucir que se buscaban ocasiones de homicidios, de rapiñas y de destruir a los mejores de la ciudad. No tenía Otón autoridad aun de prohibir las maldades: el ordenarlas todavía le era permitido. Y así, fingiendo gran enojo contra Celso, y dando muestras de quererle castigar más severamente, haciéndole prender, le libró de la muerte violenta que se le aparejaba.

Hízose todo después a gusto de los soldados, eligiéndose ellos mismos por prefectos del pretorio a Plocio Firmo, que había sido soldado ordinario y era entonces prefecto de las guardias de noche; el cual, aun viviendo Galba, siguió la facción Otoniana; y añadiéndole a Licinio Próculo, por el intrínseco trato y familiaridad con Otón, tenido en cuenta de uno de los que más le ayudaron a poner en ejecución sus intentos. Hicieron prefecto de Roma a Flavio Sabino, siguiendo en esto el juicio de Nerón, en cuyo tiempo había administrado el mismo cargo; teniendo muchos respeto en él a su hermano Vespasiano. Pidieron los soldados también que se quitasen los donativos que solían dar a los centuriones, a título de que los hiciesen exentos de los trabajos y faenas personales; porque de muchos de ellos los cobraban, como si fueran tributos anuales; especial de los soldados ordinarios, íbanse del campo muchos en virtud de estos donativos, parte en escuadras enteras, parte con licencias limitadas, cruzando caminos, y otros se estaban ociosos en los propios alojamientos, sufriendoseles todo otro trabajo y vil ganancia, a trueque de ser pagado el centurión; comprando los soldados el ocio hasta con latrocinios, rapiñas y oficios serviles. Con esto los soldados más ricos eran trabajados más cruelmente hasta que compraban las vacaciones; y así consumidos de los gastos, sepultados miserablemente en la ociosidad, hechos de ricos pobres y de valientes cobardes, volvían de nuevo a sus manípulos: y cuando los unos hoy y los otros mañana se acababan de perder

en la licencia y en la pobreza, pasaban con facilidad a las sediciones, a las discordias y finalmente a las guerras civiles. Mas Otón, por no enajenarse los ánimos de los centuriones, usando en daño suyo de liberalidad con el vulgo de los soldados, prometió que les mandaría pagar de allí adelante las vacaciones cada año de los cofres imperiales; cosa sin duda provechosísima, y que como tal la observaron también con perpetua disciplina los buenos príncipes. Lacon, prefecto del pretorio, dando muestras de que le llevaban desterrado a una isla, fue muerto por Evocato, a quien Otón había enviado delante con orden de quitarle la vida. Marciano Ícelo, como liberto que era, fue justiciado en público.

Habiéndose pues gastado todo este día en maldades, la última de todas fue el contento y regocijo. El pretor urbano junta el senado; compiten todos los demás magistrados en apercibir adulaciones; corren con gran prisa los senadores; dase por decreto a Otón la potestad tribunicia, el nombre de Augusto, con todas las otras honras acostumbradas a darse a los demás emperadores, procurando cada cual borrar las injurias y vituperios que se le dijeron en aquella confusión; de las cuales, por la brevedad de su imperio, no se pudo saber si las guardaba en su ánimo para castigarlas a su tiempo, o si se le pasaron de la memoria. Otón, estando todavía la plaza corriendo sangre, fue llevado al Capitolio por medio de los montones de cuerpos muertos, y de allí a palacio, donde dio licencia para que los muertos se quemasen. El cuerpo de Pisón fue sepultado por su mujer Verania y su hermano Escribonio, y el de Tito Vinio por su hija Crispina, después de haber rescatado sus cabezas, guardadas para este efecto por los matadores.

Era Pisón de algo mas de treinta años, hombre de harto mejor fama que fortuna. A Magno, uno de sus hermanos, hizo morir Claudio, y Nerón a Craso. Él habiendo vivido largo tiempo desterrado, fue por esto preferido a su hermano mayor en aquella apresurada adopción que le hizo César por cuatro días, para que muriese primero.

Vivió Tito Vinio cincuenta y siete años con diversidad de costumbres. Su padre fue de familia pretoria, su abuelo materno uno de los encartados. Pasó con mal nombre su primer milicia debajo de Calvisio Sabino, legado, cuya mujer, viniéndole un deseo desordenado de ver el sitio de los alojamientos, entrando de noche en hábito de soldado, después de haber querido con la misma disolución y licencia visitar las centinelas e informarse de los demás oficios militares, en el lugar sagrado de los principios se atrevió a cometer adulterio: e inculpado de este delito Tito Vinio, por orden de César fue puesto en hierros, de donde, por la mudanza de los tiempos, salió libre, y después alcanzó los honores sin alguna dificultad. Tuvo tras el oficio de pretor el cargo de una legión, y gobernóla bien. Fue infamado tras esto de un delito servil, de haber hurtado un vaso de oro comiendo a la mesa del emperador Claudio, el cual, sabido el caso, en castigo y vergüenza del hecho mandó que sólo Vinio fuese servido el día siguiente con vasos de barro. Gobernó con todo eso en su proconsulado severa y sinceramente la Galia Narbonense: llevado después por medio de la amistad de Galba al estado peligroso, se mostró hombre atrevido, astuto y pronto; y según como se disponía al bien o al mal, era bueno o malo con la misma fuerza. Su testamento, por la grandeza de sus riquezas, no tuvo lugar, así como la pobreza de Pisón fue causa de que le tuviese el suyo.

El cuerpo de Galba, desamparado mucho tiempo, y por la libertad de la noche ultrajado en varias maneras, fue sepultado sencillamente y sin alguna pompa en un huerto de Argio, su despensero, y uno de sus más queridos esclavos. La cabeza desfigurada y hecha piezas por la canalla de los mozos y forrajeros de los soldados, se halló el día siguiente espetada en un palo delante del sepulcro de Patrobio, uno de los libertos de Nerón, a quien castigó Galba, y se puso con el cuerpo que ya estaba quemado. Este fin tuvo Sergio Galba a los setenta y tres años de su edad, después de haber pasado con próspera fortuna debajo del gobierno de cinco príncipes; más dichoso en el imperio de otros que en el suyo, de antiguo y noble linaje, de grandes riquezas, de mediano ingenio, y antes sin vicios que virtuoso. No fue menospreciador de su fama, ni tampoco la procuró conservar con ostentación. No deseó hacienda ajena, puesto que fue parco de la suya y de la pública avaro. A sus amigos y libertos sufrió, cuando acertaban a ser hombres de bien, todo lo que se podía sin merecer reprensión; y cuando sucedía que eran malos, vivía con tanto descuido de sus acciones,

que llegaba a hacerse participante de sus culpas: mas la nobleza y esplendor de su nacimiento y el miedo de los tiempos que corrían dieron causa a que se llamase sabiduría lo que era en él tibieza y falta de espíritu. En la flor de su edad ganó en Germania loor de valeroso soldado. Siendo procónsul gobernó a África modestamente, y ya más viejo, con igual justicia la Hispania citerior; pareciendo o siendo siempre más que hombre particular mientras lo fue, y, por consentimiento de todos, digno del imperio, si no hubiera sido emperador.

Espantada Roma, no menos de la atrocidad de la reciente maldad que del temor de las viejas costumbres de Otón, fue a más de esto afligida con las últimas nuevas que se tuvieron de Vitelio, encubiertas antes de la muerte de Galba, y publicada solamente la alteración del ejército de la Germania superior. Y así, no sólo el senado y los caballeros que tenían alguna parte o cuidado de la república, mas también el vulgo a la descubierta se entristecía de ver elegidos fatalmente, como para la destrucción del imperio, dos de los más perversos hombres de la tierra en todo género de vicio, deshonestidad y vileza de ánimo. No se habla ya más de los nuevos ejemplos de la paz cruel, sino repitiendo la memoria de las guerras civiles de Roma, tantas veces tomada por sus propios ejércitos, de Italia destruida, de las provincias saqueadas, de Farsalia, de los campos Filípicos, de Perusa y de Módena, nombres bien conocidos por los estragos y calamidades públicas. «Trastornóse el mundo, decían, aun cuando se peleaba por el principado entre buenos, quedando en pie el imperio con las victorias de Cayo Julio y de César Augusto, como la república lo quedara si vencieran Pompeyo y Bruto. Será bien ahora recurrir a los templos en honra de Otón o de Vitelio, oh ruegos impíos, oh abominables votos, por dos de cuya guerra no se puede juzgar otra cosa con certidumbre, sino que al fin será el peor aquel que quedare con la victoria.» Había quien iba profetizando de Vespasiano y de las armas de Oriente. Y así como Vespasiano se prefería a entrambos a dos, así también aborrecían guerras nuevas y nuevos estragos: y más siendo dudosa hasta entonces la fama de Vespasiano, pudiéndose con verdad decir, que él solo entre los demás príncipes antes de él fue quien mejoró de costumbres con el imperio.

Contaré ahora los principios y las causas de los movimientos de Vitelio. Después de muerto y desbaratado Julio Vindice, el ejército soberbio por la presa y por la gloria militar, enriquecido sin peligro y sin trabajo en aquella victoria, amaba más la inquietud del marchar que la ociosidad, y los premios extraordinarios que el sueldo limitado: habiendo sufrido largo tiempo una milicia sin provecho, áspera y trabajosa por la naturaleza de la tierra, calidad del cielo, y severidad de disciplina; la cual, así como observada con rigor en tiempo de paz, así también se corrompe fácilmente en las discordias civiles; no faltando de todas partes incitadores, ni el mal ejemplo de ver quedar impunida la traición. Había sobra de gente, de armas y de caballos no sólo para el uso, sino también para pompa y atavío. Antes de la guerra no conocían otra cosa que sus propias centurias y sus estandartes los de a caballo, dividiéndose los ejércitos con los confines y límites de las provincias. Mas unidas después las legiones contra Vindice, hecha experiencia de las fuerzas de las Galias y conocidas las suyas, comenzaron de nuevo a buscar ocasiones de armas y de nuevas discordias, no llamándolos más, como antes, confederados y compañeros, sino enemigos y gente sojuzgada. No cesaba aquella parte de la Galia vecina a las riberas del Rhin, que había seguido la misma facción, de instigar apretadamente contra los Galbianos, que así se hacían llamar, enfadados del nombre de Vindice; así pues, enemistándose con los Secuanos y con los Eduos, y de mano en mano con las ciudades más ricas, se prometían expugnaciones de tierras, talas de campos, sacas de casas; porque, a más de su insolencia y avaricia, defectos principales de los más poderosos, eran irritados también de la arrogancia de los Galos; los cuales, habiendo sido descargados por Galba de la cuarta parte del tributo y gratificados en público, se alababan de ello como de cosa hecha en afrenta del ejército. Añadióse la voz, esparcida astutamente y desconsideradamente creída, que las legiones se habían de diezmar, y reformar los mejores centuriones. De todas partes venían ruines nuevas, y de Roma malísimas. La colonia de Lugdunum, de mal ánimo contra Galba y obstinadamente amiga de Nerón, estaba siempre llena de vanas novedades. Mas en ningún lugar había mayor ocasión de inventar y creer cosas extravagantes que en el mismo ejército, por el odio,

por el temor y, consideradas sus fuerzas, por la seguridad.

Entrado Aulo Vitelio en la Germania inferior hacia el principio de diciembre del año antes, había con mucha diligencia visitado las guarniciones de las legiones, restituyendo en ellas a muchos con los cargos la reputación, aliviando la ignominia de algunas penas, y haciendo entre muchas cosas con ambición, algunas con juicio. Una de ellas fue remediar con entereza la infamia y avaricia de Fonteyo Capiton acerca del dar o quitar cargos militares, en que parecía que se usurpaba más autoridad de la que de ordinario suelen tener los legados consulares. Era por los hombres graves tenida por humildad y bajeza de ánimo en Vitelio aquella, que los que le favorecían, llamaban bondad y agradable trato; porque sin medida ni juicio daba lo que era suyo, y hacia largamente merced de lo ajeno. Con todo eso la codicia de mandar daba ocasión a que sus vicios fuesen tenidos por virtudes. En el uno y en el otro ejército, así como había muchos de modesta y quieta naturaleza, asimismo había también de extraños y atrevidos; pero los más llenos de deseos desordenados y de señalada temeridad eran los legados de las legiones Alieno Cecina y Fabio Valente. Éste, poco amigo de Galba por no haber sido gratificado cuando descubrió la causa por que temporizaba Virginio, y oprimió los designios de Capiton, comenzó a incitar a Vitelio, mostrándole la inclinación de los soldados y diciéndole «que la fama de su nombre era grande por todas partes; que sería seguido sin dificultad de Ordeonio Flaco, de las fuerzas de Britania, de las ayudas de Germania, y de las otras provincias poco fieles a aquel viejo: el cual conservaba por vía de ruegos el imperio, que presto había de transferirse en otro, sólo con que abriese los brazos a la fortuna que venía en su busca: que Virginio, nacido de familia ecuestre y de padre no conocido, tuvo causa de rehusar el imperio, siéndole tan desigual el aceptarle cuanto seguro el no admitirle: donde a él la censura y los otros tres consulados de su padre, el haber tenido en el suyo por compañero a César, ponían muy de atrás en su cabeza la dignidad imperial, quitándolo a la vida y seguridad privada.» Era conmovido por estas cosas el ánimo vil de Vitelio, antes a desearlas que a pretenderlas.

Mas en la Germania superior, Cecina, hombre de hermosa juventud, de estatura grande, de ánimo desmedido, presto de lengua y de andar soberbio, había sabido granjear el favor de aquellos soldados. Éste, hallándose cuestor en la provincia Bética, fue de Galba, por haberse pasado prontamente a su bando, hecho cabeza de una legión. Después, porque se supo que había puesto la mano en el dinero público, mandó que fuese llamado a dar cuentas. Sintió esto con extremo Cecina, y determinó de revolver el juego para cubrir con el mal público sus defectos particulares. No faltaban semillas de discordia en el ejército, habiéndose hallado todo él en la guerra contra Vindice, sin haber venido a la obediencia de Galba hasta después de la muerte de Nerón: prevenido también en el dar el juramento por la caballería de Germania inferior. Fuera de esto, los Treveros y los Lingones, con todas las demás ciudades que habían sido maltratadas de Galba o con edictos atroces o con daño de confines, frecuentaban mucho los presidios de las legiones, de que nacían sediciosas pláticas, haciéndose los soldados con el comercio de los de la tierra cada día mas insolentes, y con el favor para con la persona de Virginio, que había de aprovechar después a cualquier otro sino a él.

Había la ciudad de los Lingones, según la costumbre antigua, enviado a las legiones el don de las manos diestras en señal de amor y buen hospedaje. Los embajadores de los cuales, mostrándose abatidos y tristes en los principios y por las camaradas, se dolían ora de las injurias recibidas, ora de los premios dados a otras ciudades sus vecinas; y donde hallaban mejor dispuestos los ánimos militares, mostraban sentir también los trabajos y penalidades del mismo ejército, encendiendo aquellos ánimos. No estaban las cosas muy apartadas de sedición, cuando Ordeonio Flaco hizo saber a los embajadores que se volviesen a sus casas; y porque su partida fuese oculta, los hizo sacar de noche de los alojamientos. Nació de aquí una voz y queja terrible de que habían sido muertos, y que si no prevenían a sus mismas cosas los soldados más animosos y que se habían mostrado más mal satisfechos del estado presente, serían también hechos morir en aquellas tinieblas sin sabiduría de los demás. Hacen secretamente liga entre sí las legiones, agregándose también los auxiliares, aunque hasta allí los habían tenido por sospechosos, persuadiéndose a que habían pensado en cogerlos en medio, y acometerlos por todas partes con las cohortes y con toda la gente

de a caballo: mas no tardaron mucho en salir de aquel engaño, mostrando por la experiencia cuánto más fáciles son los ruines en concertarse entre sí para hacer la guerra que para gozar la paz.

Con todo eso las legiones de la Germania inferior fueron forzadas el primer día de enero a prestar el juramento solemne en favor de Galba: mas muy tibiamente, oyéndose de las primeras hileras algunas pocas voces favorables, callando los otros, y aguardando cada cual el atrevimiento de su compañero, como es naturaleza de los hombres el seguir con gran prontitud lo que temen de comenzar. Mas también entre las mismas legiones había diversidad de voluntades. Los de la primera y quinta estaban alterados de manera, que algunos de ellos apedrearon las estatuas de Galba: la quincena y la diez y seis no llegaron a más que a voces y amenazas, esperando a ver el que rompía primero. Mas en el ejército superior las legiones cuarta y veinte y dos que alojaban juntas, en el mismo día de primero de enero despedazaron las estatuas de Galba; la cuarta más atrevidamente, la veinte y dos con un poco de espacio. Después entrambas de acuerdo, porque no pareciese que se querían despojar del todo de la reverencia del imperio, dijeron que prestaban el juramento al senado y al pueblo romano, nombres olvidados ya y envejecidos, no moviéndose por Galba ninguno de los legados ni tribunos. Y puesto que algunos, como en tumulto, se mostraron con notable alteración y alboroto, ninguno con todo eso se atrevió a hacer parlamento, ni a subir al tribunal donde se solían recitar, faltando cabeza, como faltaba todavía, a quien poder imputar la rebelión.

Estaba Ordeonio Flaco, legado consular, como esperando a ver en lo que paraba maldad semejante, no atreviéndose a refrenar a los declarados, ni a tener en fe a los dudosos, ni aun exhortar a los constantes; amedrentado, vil e inocente por bajeza de ánimo. Cuatro centuriones de la legión veinte y dos, es a saber, Nonio Recepto, Donacio Valente, Romilio Marcelo y Calpurnio Repentino, queriendo defender las imágenes de Galba, fueron impetuosamente presos y atados por los soldados. No había ya quien tuviese cuenta con fe ni memoria de juramento: mas, como sucede en los motines, a donde estaban los más, allí estaban todos. La noche siguiente al día de las calendas de enero el aquilífero de la legión cuarta llevó la nueva a Vitelio, a quien halló cenando en la colonia Agripina, y le avisó de que las legiones cuarta y veinte y dos, derribadas por tierra las imágenes de Galba, habían jurado fidelidad al senado y pueblo romano. Entonces Vitelio juzgando por de ningún valor a este juramento, se resolvió en ocupar la plaza que le ofrecía la fortuna, y representárseles por príncipe. Con esto despacha al punto a las legiones y a los legados, advirtiéndoles de que el ejército superior se había ya rebelado a Galba, y dejando a su elección el ver si era mejor ir a pelear con ellos como con rebeldes, o, amando la quietud y la paz, hacer otro emperador, poniendo en consideración con cuánto menos peligro se podía elegir el príncipe, que irle a buscar.

Estaba cercana la guarnición de la legión primera con Fabio Valente, prontísimo entre todos los legados. Este el día siguiente, entrado en Colonia con la caballería de la legión y de los auxiliares, saludó con ellos a Vitelio por emperador. Siguiéron a porfía todas las otras legiones de la misma provincia, y el ejército superior, dejando los nombres aparentes de senado y pueblo romano, a los once de enero se arrimó a Vitelio, conociéndose muy bien, que en los dos días de antes no había estado a devoción de la república. Los ciudadanos de Colonia, Treves y Langres imitaban el ardor de los ejércitos, ofreciendo ayuda de caballos, armas y dineros, según que cada cual podía servir, o con persona, o con hacienda o con industria. Y no solamente los principales de las colonias y del ejército, que podían dar sin sentir falta, y alcanzada la victoria esperar mucho, pero las compañías y soldados ordinarios contribuían en lugar de dinero la propia comida, los talabartes de las espadas, los ornamentos y guarniciones de las armas tachonados de plata, y esto por una afición precipitada y por avaricia, pareciéndoles que lo habían de volverá cobrar todo con gran interés y lucidos aprovechamientos.

Y así, alabada por Vitelio la prontitud de los soldados, distribuyó los oficios del principado, que antes solían darse a libertos, entre caballeros romanos. Pagó a los centuriones las vacaciones del dinero del fisco; dio muchas veces muestras de aprobar la crueldad de los soldados en los castigos pedidos por ellos, y con igual disimulación libraba a los inocentes, con pretexto de tenerlos presos

con mayor seguridad. Pompeyo Propinquo, procurador de la Bélgica, fue luego muerto. Y a Julio Burdon, capitán de la armada Germánica, salvó con astucia. Estaba el ejército enojado grandemente con él, por haber primero acusado y después vendido a Fonteyo Capiton, cuya memoria era muy grata a los soldados, pudiéndose con estos insolentes matar los hombres a la descubierta, mas no salvarlos sino con engaño. Y así, preso entonces Burdon, fue después de alcanzada la victoria y amortiguado el aborrecimiento puesto en libertad. Entre tanto le traen delante a Vitelio, como por víctima con que purgar el yerro pasado al centurión Crispino, aquel que ensució sus manos en la sangre de Capiton, más conocido a esta causa por quien pedía su muerte, y menos estimado por quien le castigó.

Julio Civil después, en honra del favor y autoridad que tenía entre los Bátavos, fue librado del peligro porque aquella gente feroz no se alterase con su muerte; y más hallándose en la ciudad de los Lingones ocho cohortes de Bátavos, que era la gente de socorro de la legión catorce; de la cual se habían apartado por las discordias de aquellos tiempos, siendo de gran momento el tenerlas en favor o contra, conforme a donde se arrimasen. Nonio, Donacio, Romulio y Calpurnio, centuriones, de quien se trató arriba, fueron hechos morir, condenados por delito de fidelidad, gravísimo entre los que faltaban de fe. Arrimáronse a la parcialidad Valerio Asiático, legado de la provincia Bélgica, a quien Vitelio tomó después por yerno, y Julio Bleso, gobernador de la Galia Lugdunense, con la legión llamada Itálica, y la banda de caballos de Turín, que estaban alojados en Lugdunum. No tardaron en juntarse a los demás las gentes que militaban en la Retia; haciendo lo mismo los soldados de Britania.

Era cabeza de ésta Trebelio Máximo, despreciado por su avaricia, lujurias y robos, y aborrecido del ejército, a cuya mala voluntad fomentaba Rocio Celio, legado de la legión veinte, ya de antes poco amigos entre sí, y después con ocasión de las guerras civiles, enemigos declarados. Trebelio culpaba a Celio de hombre sedicioso y de haber puesto en confusión las órdenes de la disciplina militar, y Celio a Trebelio de haber robado y empobrecido a las legiones: y con estas feas diferencias de los legados vino el ejército a tanta discordia, y a perder de manera la obediencia a Trebelio, que, ultrajado y menospreciado también de los auxiliares, y arrimándose a Celio las cohortes y toda la gente de a caballo, hubo finalmente de acogerse a Vitelio. Quedó con esto la provincia quieta, aunque sin legado consular, gobernándose por los dos legados de las legiones, iguales entre si de autoridad, aunque, por su atrevimiento, más poderoso Celio.

Con la llegada del ejército de Britania, aumentado Vitelio de fuerzas y de riquezas, nombró para la guerra dos capitanes y escogió dos caminos. A Fabio Valente se envió por la Galia, ordenándole que procurase ganar la voluntad de aquellos pueblos; y que si se mostraban contumaces, saqueándolos y destruyéndolos primero, entrase después por los Alpes Cotianos impetuosamente en Italia. Cecina tuvo orden de seguir el camino más corto y bajar por el paso más cercano al Apenino. A Valente se dio la gente escogida del ejército inferior, con el águila de la legión quinta y las cohortes y caballos auxiliares, que todos juntos llegaban al número de cuarenta mil hombres armados. Llevaba Cecina treinta mil de la Germania superior, cuyo nervio eran las dos legiones primera y veinte y una, y a entrambos se añadieron los socorros de Germania, de los cuales también Vitelio reforzó sus tropas, como quien había de seguir tras ellos con la fuerza de la guerra.

Era maravillosa la diferencia que había entre el ejército y el emperador. Solicitaban los soldados que se viniese a las armas, mientras temblaban las Galias y las Hispanias estaban suspensas; que no se curase del invierno ni del entretenimiento de una perezosa paz; que convenía acometer a Italia y apoderarse de Roma; que no había en las discordias civiles cosa mas segura que la presteza, donde la obra es mas necesaria que el consejo. Vitelio en contrario, sepultado en sus comodidades y en sus vicios, iba antes de tiempo gozando de la fortuna del principado, y con necias pompas y banquetes tendidos se mostraba en medio del día borracho, y casi sin movimiento de puro pesado y gordo. Suplía de sí misma con todo eso a los oficios del capitán la diligencia y valor de los soldados, cumpliendo con todas las obligaciones, como si hubiera emperador que supiera animar a los valerosos con la esperanza y a los cobardes con el temor. Puestos pues en ordenanza y ajenos de

todo espanto, piden la seña de marchar, añadiendo luego a Vitelio el nombre de Germánico; el de César, ni aun después de la victoria le quiso aceptar. El mismo día que Fabio Valente se encaminó a la guerra se le presentó un felicísimo agüero para él y para su ejército: una águila con vuelo lento, al paso que el campo marchaba fue siempre delante largo espacio de tiempo, como sirviéndoles de guía: fue tal la grita de los soldados que se alegraban, y la seguridad del pájaro sin espantarse, que sin duda alguna se pudo recibir por anuncio de alguna gran felicidad.

Pasaron por los Treveros sin sospecha como entre confederados; mas en Divoduro, ciudad de los Mediomatrics, aunque recibidos con mucha benignidad, todavía revistiéndoseles un espanto intempestivo, tomadas las armas, degollaron a aquellos pobres ciudadanos sin alguna ocasión o culpa suya; no por robar ni saquear, sino incitados de la rabia y del furor, donde el ignorarse las causas hacía más difícil el remedio; hasta que, mitigados por los ruegos del capitán, se abstuvieron de la última ruina de aquella ciudad, quedando con todo degollados cuatro mil hombres. Amedrentó a las Galias de suerte este suceso, que al asomar del ejército, todas las ciudades le salían a recibir humildes con los magistrados, arrodillándose por los caminos los niños y las mujeres con toda aquella suerte de sumisión y de artificio que se acostumbra cuando se desea aplacar al enemigo: y esto no porque estuviesen en guerra, sino por conservarse en paz.

Tuvo Valente el primer aviso de la muerte de Galba y del imperio de Otón en la ciudad de los Leucos, sin alterarse por ello o con alegría o con temor los ánimos militares, teniendo por último fin la guerra. No se daba tiempo de pensar en sus cosas a los Galos; los cuales, aborreciendo igualmente a Otón y a Vitelio, tenían todavía temor a éste como a enemigo más cercano. Llegó entretanto el ejército a la ciudad de los Lingones, fiel a este bando, donde fueron recibidos amorosamente, compitiendo entre sí en modestia y cortesía: mas duró poco el contento por la insolencia de las cohortes, las cuales apartadas de la legión catorce, como se ha dicho, las había vuelto a juntar Valente con su ejército. Las primeras diferencias entre los legionarios y Bátavos fue de palabras; mas llegando tras ellas a las manos, y acudiendo muchos millares de soldados de ambas partes, se llegara a una formal batalla, si Valente con el castigo de pocos, no renovara en la memoria de los Bátavos la obediencia, que parecía ya tener puesta en olvido. Buscóse en vano ocasión de guerra contra los Eduos, porque ordenándoles que diesen dineros y armas, añadieron ellos a esto las vituallas de balde: haciendo después los Lugdunenses por voluntad lo mismo que los Eduos habían hecho por temor. Sacó Valente de Lugdunum la legión Itálica y la banda de caballos de Taurinum, dejando allí solamente de guarnición la cohorte diez y ocho, que solía invernar en aquella ciudad. Manlio Valente, legado de la legión Itálica, aunque benemérito de aquella facción, no fue muy honrado por Vitelio, habiéndole calumniado secretamente Fabio, y por engañarle mejor, alabándole en público.

La guerra pasada había renovado las discordias antiguas de los Lugdunenses y Viennenses, siguiéndose entre ellos muchos mas daños y muertes, mas de ordinario y con mayor furor de lo que se requería por solo defender los unos la causa de Nerón- y los otros la de Galba. El cual, enojado con los de Lugdunum, les había confiscado todas sus rentas y hecho en contrario muchas mercedes a los de Vienna: de aquí tomó fuerza la emulación y la envidia entre estos dos pueblos, separados por el río y asidos entre sí por el aborrecimiento. Iban los Lugdunenses incitando en uno en uno a los soldados para inducirlos a la destrucción de los Viennenses, diciéndoles: «que habían sitiado aquella su colonia, ayudado a rehacerse Vindice, y levantado poco antes dos legiones por servicio de Galba.» Y cuando les parecía que no los dejaban persuadidos del todo, sólo con las causas de enemistad, les mostraban al ojo la grandeza de la presa. No se hacían ya estas exhortaciones en secreto, sino con públicos ruegos. «Que fuesen a hacer venganza y a extirpar la silla de la guerra de las Galias; que no hallarían allí otra cosa que gente enemiga y bárbara: donde en contrario, su ciudad era colonia romana, y parte de aquel ejército compañeros siempre en la buena y en la contraria fortuna: que no quisiesen, si acaso se trocaba la suerte, dejarlos por despojos de sus enemigos.»

De estas y semejantes palabras quedaron de tal manera movidos los ánimos militares, que los

legados y el general desconfiaban ya de poder quietar la cólera y furor de los soldados, cuando los Viennenses advertidos del peligro, saliendo al encuentro por donde pasaba el ejército, con las vendas sagradas y ornamentos sacerdotales, abrazando a los soldados y a sus armas, poniéndose de rodillas y besando sus pisadas hicieron tanto, que enternecieron los ánimos militares. Valente añadió el donativo de siete ducados y medio (trescientos sextercios) por cada soldado, y entonces comenzó a prevalecer la antigüedad y reputación de aquella colonia, y la soldadesca a oír de buena gana las palabras de Fabio, que rogaba por la salud de los Viennenses. Con todo eso fueron condenados en común a dejar las armas, y a sustentar por aquel tránsito a los soldados, que lo hubieron de hacer ayudándose para ello de las haciendas públicas y particulares: mas la fama común fue que compraron por gran dinero la voluntad de Valente. Éste, habiendo vivido largo tiempo en pobreza, enriquecido de repente, encubría con dificultad la mudanza de su fortuna; porque teniendo con la pobreza represados muchos deseos ilícitos, recompensaba la dilación desenfrenadamente, convirtiéndose de mozo pobre en viejo pródigo. Llevó después el ejército con lento paso por los confines de los Alóbroges y Voconcios vendiendo Capiton los espacios del camino y mudanzas de alojamientos con vergonzosos pactos a los dueños de las posesiones y magistrados de las ciudades; y con tal espanto, que estuvo por abrasar a Luco, municipio de los Voconcios; y lo hiciera, si presto no se rescataba con dineros; y donde estos faltaban, se dejaba también vencer con adulterios y estupro, y de esta suerte se llegó a los Alpes.

Mayores robos hizo y más sangre derramó Cecina. Irritaron aquel ánimo inquieto y altivo los Helvecios, nación de la Galia, famosa ya de armas y de gente, y ahora de solo nombre, porque ignorando la muerte de Galba, rehusaban el someterse al imperio de Vitelio. Dio ocasión a la guerra la avaricia y la prisa de la legión veinte y una, cuyos soldados robaron las pagas que se enviaban a una fortaleza de los Helvecios, que a su costa y con sus soldados guardaban. Sufrieron los Helvecios este daño con impaciencia, y llegando en aquella ocasión a sus manos ciertas cartas, que en nombre del ejército Germánico iban a las legiones de Panonia, se alzaron con ellas, prendiendo al centurión que las llevaba y a algunos soldados. Cecina, deseoso de guerra, solía vengar las primeras injurias antes que pudiese tener lugar el arrepentimiento; y así, levantado luego el campo, y comenzando a talar y saquear la tierra, destruyó un lugar que con la larga paz estaba edificado a manera de una ciudad, y era muy frecuentado por su amenidad y por el uso de sus aguas medicinales: avisados pues los auxiliares Retos que acometiesen por las espaldas a los Helvecios cuando hiciesen cara a las legiones.

Ellos tan fieros antes del peligro como tímidos en el hecho, puesto que al principio del tumulto habían elegido por capitán a Claudio Severo, no sabían tan solamente conocer las armas, cuanto y más seguir las órdenes, y tomar saludables consejos en la necesidad. El ir a pelear con soldados viejos les parecía cosa peligrosa: el reducirse a sufrir el cerco poco seguro, teniendo abiertos y arruinados los muros su mucha antigüedad. De una parte tenían a Cecina con grueso ejército, de otra los caballos y cohortes Retas, y la juventud misma de los Retos, acostumbrada a las armas y ejercitada en las facciones militares: por todas partes correrías, presas y muertes. Ellos pues, hallándose derramados en medio de todos, arrojadas las armas, heridos la mayor parte o puestos en huida, se retiraron al monte Vocecio, de donde fueron echados luego por una cohorte de Traces que se envió contra ellos; y seguidos después por los Germanos y Retos, fueron todos muertos por entre aquellas selvas y escondrijos. Murieron muchos millares de hombres, y muchos fueron vendidos en pública subasta. Y como después de arruinado todo marchase el ejército la vuelta de Aventico, cabeza de aquella nación, enviando los de ella las llaves, fueron finalmente admitidos a merced. Cecina, después de haber castigado a Julio Alpino, uno de los principales, como a movedor de aquella guerra, remitió los demás al perdón o a la crueldad de Vitelio.

No es fácil de resolver a quién hallaron los embajadores Helvecios más implacables, al emperador o a los soldados. Estos pedían la ruina y destrucción de aquella ciudad, y con las manos y con las armas llegaban casi hasta los rostros de los embajadores. Ni Vitelio tampoco se abstenía de amenazas y palabras indecentes, cuando Claudio Coso, uno de los embajadores, harto conocido

por su elocuencia, aunque encubriendo entonces el arte con una manera de mostrarse a tiempos medroso, y por esto tanto más eficaz, mitigó los ánimos de aquellos soldados de manera, que como es costumbre del vulgo mudarse luego y doblarse a la compasión, con la misma facilidad que al principio se inclinaron al rigor, ellos mismos, llenos de lágrimas y pidiendo constantemente mejores condiciones, impetraron el perdón y la salud de aquella ciudad.

Cecina entreteniéndose algunos pocos días en los Helvecios hasta saber la resolución de Vitelio y aparejarse para pasar los Alpes, tuvo de Italia una buena nueva, que la banda de caballos Silana, alojada sobre la ribera del Po, había jurado fidelidad a Vitelio. Estos Silanos habían servido en África a Vitelio, siendo allí procónsul: después, llamados por Nerón para enviarlos a Egipto, y detenidos para la guerra de Vindice, hallándose todavía en Italia a persuasión de los capitanes, los cuales, no conociendo a Otón y hallándose obligados a Vitelio, engrandeciendo la fama del ejército Germánico y el valor de las legiones que venían, se arrimaron a este bando: y como por un donativo al nuevo príncipe, añadieron las mas fuertes ciudades de allá del Po, es a saber, Mediolanum, Novaria, Eporedia y Vercelli. Cecina avisado por ellos de esto, porque aquella tan ancha parte de Italia no se podía guardar con solo el presidio de una ala de caballos, enviadas delante las cohortes de Galos, de Lusitanos y de Bretones con los estandartes de caballos Germanos con el ala Petrina, se tuvo un poco en la cumbre de los Alpes Grayos, dudoso si debía pasar de allí al Nórico contra Petronio, procurador de aquella provincia: el cual, recogidas las ayudas y rotos los puentes de los ríos, se tenía por Otón: mas medroso de no perder las cohortes y caballos enviados delante, y considerando también cuánta más gloria era el conservar a Italia a su devoción, y que a cualquier parte que cargase la victoria sería después el Nórico presa y despojos del vencedor, por la vía de los Peninos cubiertos de nieve, pasa la infantería vieja y las legiones armadas.

Otón en tanto, fuera de la opinión de todos, no entregado a los regalos y al ocio, mas diferidos los deleites y disimulados los desórdenes y vicios a que era inclinado, atendía a componer las cosas del gobierno conforme al decoro y majestad imperial, ocasionando por esto mayor temor las virtudes forzadas y los vicios que habían de moler de represa. Manda llamar al Capitolio a Mario Celso, electo cónsul, aquel a quien, so color de que le mandaban prender, había librado del furor militar, por ganar nombre de clemencia con este hombre ilustre y enemigo grande de su facción; el cual conservó atrevidamente el delito de haber guardado la fe a Galba, y dado este mal ejemplo: ni Otón trató el negocio como que le perdonaba, porque no se atribuyese su reconciliación a miedo del enemigo; antes, sin otra cosa, le eligió luego por uno de los capitanes de la guerra; conservando Celso igualmente, como quiso su hado, también con Otón la fe sincera y desdichada. Fue grata a los ciudadanos principales la libertad de Celso, celebrada del vulgo y no desagradable a los soldados, que al fin admiraban la virtud de aquel contra quien habían mostrado tanto enojo.

Ocasionó el mismo contento, aunque nacido de diferente causa, el haberse impetrado la muerte de Sofonio Tigelino. Nació Tigelino de padre y de madre viles: su juventud fue sucia y su vejez deshonesta; porque habiendo por vía de sus vicios, como camino mas breve, obtenido la prefectura de las guardias de noche, y después la de los pretorianos, con otros premios de virtud, se acomodó también después a la crueldad y a la avaricia y a toda suerte de maldades, persuadiendo a Nerón a todas sus perversas acciones, y atreviéndose él a hacer otras semejantes sin su sabiduría, hasta que también desamparó y vendió al mismo Nerón; a cuya causa no se pidió jamás castigo de otro alguno con mas obstinación que el de Tigelino, ni más universalmente, concurriendo a ello con varios afectos, no tanto los que amaban a Nerón, como los que aborrecían su memoria. En el principado de Galba le valió la protección de Tito Vinio, con pretexto de que había salvado la vida a una hija suya, como era en verdad: aunque no lo hizo por clemencia, habiendo muerto a tantos, sino por tener en él seguro refugio para lo venidero. Porque todo ruin, temiendo siempre las mudanzas de estado, busca el arrimo de favores particulares contra el aborrecimiento público. Y así es cosa cierta que no se movió por protección de la inocente, sino por interés de su propia salud. A esta causa pues tanto más odioso, cuanto a sus propios deméritos se añadía el aborrecimiento para con Tito Vinio, corría el pueblo por toda la ciudad a palacio, a las plazas, y, donde el vulgo tiene más

mano y mayor licencia, al circo y a los teatros con gritos grandes y voces sediciosas, hasta que Tigelino, que se hallaba en los baños de Sesa, sabida la nueva de su mortal necesidad, entre los estupro, entre los besos de sus mancebas, gastando mucho tiempo en infames y feas dilaciones, degollándose finalmente con una navaja, acabó de manchar, aunque tarde, con la bajeza y deshonestidad de su fin su infame y deshonrada vida.

Pedíase en este tiempo con grande instancia la muerte de Calvia Crispinila, la cual con varios engaños y artificios se libró del peligro, no sin vituperio del príncipe que la ayudó con disimulación. Ésta, habiendo sido maestra de las deshonestidades de Nerón y pasado en África para mover a las armas el ánimo de Clodio Macro, maquinando descubiertamente el quitar las provisiones a Roma para matarla de hambre, ganó después la gracia de toda la ciudad casándose con un hombre consular, no siendo molestada por Galba, o por Otón ni Vitelio, antes por ser muy rica y sin herederos, cosas que aprovechan hartos no menos en los buenos tiempos que en los malos, tuvo siempre gran poder y autoridad.

Entre tanto escribió Otón muchas cartas a Vitelio llenas de palabras amorosas y halagos mujeriegos, ofreciéndole dinero, favor y lugares a su elección, donde pudiese hacer una vida pródiga y ociosa. Lo mismo le ofreció Vitelio a Otón con blandura al principio, y con necia y vergonzosa disimulación de entrambos. Después, como compitiendo entre sí, se daban en rostro el uno al otro con los estupro y maldades, y ninguno mentía. Otón revocando los poderes a los embajadores que había enviado Galba, envió otros de nuevo, como en nombre del senado, a entrambos ejércitos de Germania, a la legión Itálica, y a las gentes alojadas en el país de Lugdunum. Quedaron con Vitelio los embajadores más voluntariamente de lo que fuera menester para alegar que los detenían por fuerza. Y los soldados pretorianos, que, so color de honrarlos y hacerles compañía, había enviado con ellos Otón, fueron despedidos antes que pudiesen mezclarse con las legiones. Fabio Valente escribió con ellos en nombre del ejército Germánico a las cohortes pretorianas y urbanas, engrandeciendo las fuerzas de su facción, ofreciendo conciertos, y quejándose mucho de que habiéndose dado el imperio tanto antes a Vitelio, se hubiesen arrimado a las flacas esperanzas de Otón. Tentando de esta suerte los ánimos militares con promesas y amenazas, como inferiores de fuerza en la guerra, y que no aventuraban a perder con la paz: mas no por esto mudaron de fe los pretorianos.

Enviaron después Otón a Germania y Vitelio a Roma gente para matarse el uno al otro aunque sin efecto alguno. Salváronse los Vitelianos en el concurso de tanta multitud, no conociendo a nadie, ni siendo conocidos. Mas los de Otón, como rostros nuevos, fueron descubiertos luego entre los que no se conocían. Vitelio escribió a Ticiano, hermano de Otón, amenazándole de muerte a él y a su hijo si no salvaba la vida a su madre de él y a sus hijos; y quedaron en pie entrambas cosas en el imperio de Otón, quizá por temor; y después Vitelio, que venció, llevó consigo la gloria de la clemencia.

El primer aviso que añadió confianza a Otón le vino del Ilírico, diciéndole, que las legiones de Dalmacia, de Panonia y de Misia le habían jurado fidelidad. Lo mismo se entendió después de Hispania y por un edicto fue loado Cluvio Rufo: mas averiguóse luego, que Hispania se había vuelto en favor de Vitelio. Ni la Aquitania tampoco observó mucho el juramento de fidelidad a Otón, con que se había obligado en poder de Julio Cordo. En ninguna parte había rastro de afición ni de fe: todos se mudaban al uno o al otro bando, según que aconsejaba el temor y forzaba la necesidad. Por el mismo miedo se arrimó a Vitelio la provincia Narbonense: que es cosa fácil y natural pasarse uno al partido más cercano y más poderoso. Las provincias apartadas y todos los ejércitos ultramarinos quedaron con Otón; no por favor de aquel bando, mas porque era de gran momento el nombre de Roma, y el pretexto del senado, y había podido mucho en los ánimos de aquellas gentes la primera información. Vespasiano hizo jurar por Otón al ejército judaico; Muciano a las legiones de Siria, y en su nombre se tenían el Egipto con todas las provincias hacia Oriente. Conservó África también la misma obediencia comenzada de Cartago, habiendo Crecente, liberto de Nerón, que en aquellos tiempos infelices se había también él hecho miembro de la república, sin

esperar la autoridad de Vipsanio Aproniano, procónsul, por alegría del nuevo imperio, hecho un banquete público a la plebe de aquella ciudad; cuyo pueblo, apresurado, añadió otras muchas demostraciones favorables de suyo, sin regla ni medida. Siguiéron después a Cartago todas las demás ciudades.

Repartidos así los ejércitos y las provincias, no podía Vitelio sin guerra conquistar la fortuna del principado. En contrario Otón, como si gozara de una segura paz, hacía oficio de emperador, dando expedición a muchas cosas conforme a la dignidad de la república, y solicitando otras contra lo honesto, por acomodarse a los tiempos. El primer día de marzo entró a ser cónsul en compañía de su hermano Ticiano, habiendo concedido los meses primero vinientes a Virginio, como lisonjeando al ejército Germánico; dándole por compañero a Popeo Vopisco, so color de la antigua amistad, aunque muchos lo atribuyeron a deseo de honrar a los Viennenses. Los otros consulados quedaron conforme a lo ordenado por Nerón o por Galba, es a saber, a Celio y Flavio Sabinos, de julio; a Ario Antonino y Mario Celso, de setiembre; a la honra de los cuales no se atrevió a contradecir el mismo Vitelio, aun después de vencedor. Mas Otón añadió a los viejos que habían sido honrados ya con otros oficios, el sacerdocio augural y el pontificado por colmo de su dignidad; y a los mozos nobles, poco antes vueltos del destierro, por consuelo del mal pasado, honró con los sacerdocios de sus padres y abuelos. Restituyó a Cadio Rufo, a Pedio Bleso, y a Sevino Pontino las plazas de senadores de que habían sido privados en tiempo de Claudio y de Nerón por la ley de residencia; pareciéndole a quien los perdonó mudar el nombre del delito, y pudiéndosele dar de avaricia, dársele de ofendida majestad: en odio de la cual parecían entonces hasta las buenas y justas leyes.

Con la misma liberalidad procuraba ganar los ánimos de las ciudades y de las provincias: permitió a los de Hispalis y Emérita la grande el añadir algunas familias nobles al cuerpo de sus repúblicas con apellidos de linajes antiguos: a los Ilercaones en general hizo ciudadanos romanos, y a la provincia Bética hizo merced de las ciudades de los Mauros. Dio nuevos privilegios a la Capadocia y a la África, que al fin tuvieron mas ostentación que permanencia. Entre estas cosas, dignas de excusa por la necesidad de los tiempos presentes y cuidado de los por venir, no olvidándose tampoco entonces de sus amores, hizo por decreto del senado volver a levantar las estatuas de Popea. Sospechóse con esto que tuvo pensamiento de celebrar la memoria de Nerón, con esperanza de agradar al vulgo. Y no faltó quien se atreviese a sacar a plaza también las imágenes del mismo Nerón. Y aun en algunos días el pueblo y los soldados por aumentar honra y nobleza a Otón, le aclamaron con este nombre: *viva Nerón Otón*. Mas él estuvo suspenso entre el temor de rehusarlo y la vergüenza de consentirlo.

Hallándose de esta suerte los ánimos vueltos a las guerras civiles, no se hacía cuenta de las cosas extranjeras. A esta causa, tomando atrevimiento ciertos pueblos Sármatas, llamados Rojolanos, a la entrada del invierno degolladas dos cohortes, entraron en la Misia con grandes esperanzas en número de nueve mil caballos, mas aparejados a la presa que a la pelea, tanto por su natural ferocidad, como por la prosperidad del primer suceso. Mas la legión tercera con los auxiliares bien ordenados para la batalla los acometieron de improviso; y hallándolos divididos y descuidados, o por codicia de la presa, ocupados de la carga y del bagaje, impedida también la velocidad de los caballos del resbaladero de los caminos, como si estuvieran atados, sin peligro alguno los mataban. Porque es cosa maravillosa que todo el valor de los Sármatas está como fuera de sus personas; no hallándose gente más vil cuando se ofrece haber de pelear a pie, en que muestran tanta cobardía, como valor en el encuentro de a caballo, a que apenas hay ordenanza alguna que las resista. Mas lloviendo aquel día y derritiéndose el hielo, no podían valerse de las lanzas ni de las espadas que ellos usan muy largas de a dos manos, deslizando los caballos, agravados también del peso de las armas (porque los principales y más nobles entre ellos usan ir cubiertos de espesas láminas de hierro, o de cuero endurecido, tan impenetrables a las heridas, como inhábiles a levantarse de tierra cuando son derribados del ímpetu enemigo) quedando también muchos sepultados en la altura y blandura de la nieve. En contrario, el soldado romano con la coraza acomodada y armas arrojadas o con la espada ligera, hería de cerca al Sárмата desarmado,

porque no usan de rodela para defenderse, hasta que pocos de ellos, escapados de la refriega, se escondieron en aquellos pantanos, pereciendo finalmente todos dentro de ellos por causa del rigor del frío, y fuera por el de las heridas. Llegada a Roma la nueva de este suceso, Marco Aponio, que gobernaba la Misia, fue honrado con una estatua triunfal; y a Fulvio Aurelio, Juliano Ticio y Numisio Lupo, legados de las legiones, se concedieron insignias consulares con gran alegría de Otón, que todo lo atribuía a honra suya, como si con su felicidad y valor de sus capitanes y ejércitos se fuese dilatando y engrandeciendo la república.

En este medio de un pequeño principio, y de donde no se temía daño alguno, nació una sedición y alboroto tan grande que estuvo a pique de ocasionar la ruina de Roma. Había ordenado Otón que se hiciese venir de Ostia la cohorte diez y siete, y habíase dado el cuidado de armarla a Vario Crispino, uno de los tribunos pretorianos. Éste, por ejecutar la comisión más presto y con más quietud de los alojamientos militares, hace a entrada de noche abrir la armería y cargar los carros de la cohorte. El tiempo aumentó la confusión, el sacar las armas la apariencia del delito, y el deseo de sosiego fue ocasión de mayor alboroto: fuera de que, el ver las armas, dio deseo de manejarlas a muchos que se hallaban tomados del vino. Con cuya ocasión comienzan a inquietarse los soldados; y gritando contra los tribunos y centuriones, los imputan de traición, persuadiéndose a que se querían armar contra Otón las familias de los senadores: parte de ellos por ignorancia, parte por embriaguez, los peores prontos a la ocasión del robar, y el vulgo, como es su natural, deseoso de novedades, impedía por la noche la obediencia y prontitud de los buenos. Vínose a término, que queriendo el tribuno y uno de los mas severos centuriones remediar el tumulto, quedaron muertos y robadas las armas. Subidos finalmente a caballo y desenvainadas las espadas, se van la vuelta de la ciudad y de palacio.

Hacía Otón aquella noche un banquete solemne a las principales señoras y gente granada de Roma, los cuales, espantados del rumor, no sabiendo si era casual o por engaño del emperador, tampoco sabían resolverse en si era mas peligroso el estarse quedos y dejarse prender, que el ponerse en huida y esparcirse. Y así, fingiendo unas veces ánimo, otras mostrándose temerosos, fijaban todos los ojos en Otón, el cual, como sucede en los ánimos inclinados a sospecha, mientras teme de sí mismo, era temido de los otros. Mas no menos espantado con el peligro del senado que con el suyo propio, envió luego a los prefectos del pretorio a quietar los soldados, y mandó a los del convite que se fuesen con diligencia. Entonces los que tenían oficios, arrojadas las insignias y ornamentos de sus dignidades, despedido el acompañamiento de criados, y los viejos y las mujeres en aquella oscuridad, tomaron el camino acaso y por diversas calles, pocos a sus propias casas; los más a las de sus amigos; y cuanto estos eran de más baja condición, tanto les parecía estar más seguros.

No fue posible refrenar el ímpetu de los soldados aun en las puertas de palacio, ni pararon hasta la sala y lugar del banquete, pidiendo con gran instancia que se les mostrase a Otón, habiendo herido a Julio Marcial, tribuno, y a Vitelio Saturnino, prefecto de una legión, al querer resistir la furia. Todo estaba lleno de armas y de amenazas, ya contra los centuriones y tribunos, ya contra todo el senado: furiosos y con el ánimo ciego y rabioso de sospechas, no sabiendo particularmente y contra quién desfogar su enojo, pedían que se les dejase proceder en general contra todos; hasta que Otón contra el decoro imperial, estando arrimado a su estrado, con ruegos y con lágrimas dificultosamente los aplacó. Volviéronse al fin a los alojamientos contra su voluntad y no inocentes. Venido el día, parecía Roma una ciudad saqueada, las casas cerradas, poca gente por las calles, el pueblo triste, los soldados cabizbajos, dando antes muestras de enojo que de arrepentimiento. Licinio Próculo y Plocio Firmo, prefectos, dieron la corrección bandera por bandera, o más dulce, o más áspera, según su natural; concluyendo con que se darían a cada soldado ciento y veinte y cinco ducados: y entonces y no antes se atrevió Otón a entrar en los alojamientos. Fue allí luego rodeado de tribunos y centuriones, los cuales, dejadas las insignias militares, pedían quietud y seguridad. Conocieron los soldados el vituperio que de esto les resultaba, y con grandes muestras de obediencia instaban en que fuesen castigados los autores de la sedición.

Otón, aunque estaban todavía las cosas turbadas y confusas y las voluntades de los soldados muy diferentes entre sí, pidiendo los buenos remedio y castigo a tan gran atrevimiento, y alegrándose el vulgo y la mayor parte con alborotos y con todo imperio ambicioso mas que con el quieto y pacífico, considerando que se moverían mas fácilmente a la guerra civil por medio de inquietudes y robos, y reparando finalmente en que un principado adquirido con maldades, no era posible conservarle con una reformación repentina, ni con aquella antigua gravedad, congojoso por otra parte de la inquietud de la ciudad y peligro del senado, al fin les habló de esta suerte:

«No penséis, soldados y compañeros míos, que he venido aquí para mover vuestros afectos a mi amor, ni para exhortar vuestros ánimos a la virtud, que entrambas cosas se hallan aventajadamente en vosotros: no he venido sino para pedir templanza a vuestro valor, y límite a la afición que me tenéis. El principio del pasado tumulto no ha venido por codicia o por aborrecimiento, cosas que las más veces son causa de discordias en los ejércitos, ni menos por temer o huir los peligros: vuestro excesivo amor para conmigo lo ha encendido con mucha mayor fuerza que consideración: porque muchas veces de ocasiones honestas, cuando no se aplica el juicio, suceden efectos perniciosos. Verdad es que nos preparamos a la guerra; mas no por esto conviene que se sepa todo en público, ni que las resoluciones se traten en presencia de todos; pues no lo sufre la razón, la calidad de las cosas, ni la presteza de las ocasiones. Tan necesario es que ignoren los soldados algunas cosas, como que sepan otras. Y así conviene a la autoridad de los capitanes y al rigor de la disciplina militar, que muchas cosas se ordenen solamente a los tribunos y centuriones. Si el inquirir y querer saber las causas de las cosas que se ordenan fuese lícito a todos, faltando la obediencia caería también el imperio. ¿Serálo pues arrebatarse las armas a media noche? ¿Estará en arbitrio de uno o dos atrevidos y tomados del vino (que no quiero creer que son más los que perdieron el juicio en el tumulto de la noche pasada) el mancharse las manos con la sangre de sus centuriones y tribunos, y entrar impetuosamente en la tienda de su emperador?»

»Sé bien que habéis hecho todo esto por mí; mas en aquel concurso, en aquella oscuridad, en tanta confusión podía también nacer algún accidente contra mí. ¿Qué otra cosa pueden desear Vitelio y los que le siguen sino vuestras sediciones y discordias? Que los soldados no obedezcan al centurión, el centurión al tribuno, y que puestos de aquí en confusión los infantes y caballos, vamos todos a gran prisa en busca de nuestra ruina. Obedeciendo, compañeros míos, y no investigando ni queriendo adivinar los designios que trazan los capitanes se ejecutan las cosas de la guerra. Y aquel es ejército valerosísimo en la necesidad, que antes de ella se conserva con suma quietud. Tened vosotros corazón y armas, y dejadme a mí el cuidado y el gobierno de vuestro valor. De pocos ha sido la culpa, y así de solos dos será el castigo. Olvídense todos los demás de esta noche abominable. No haya jamás ejército alguno que oiga semejantes palabras. ¡Contra el senado pedir castigo; contra la cabeza del imperio, decoro y ornamento de todas las provincias! Por Hércules juro, que no lo intentaran los mismos Germanos que Vitelio ha llamado y trae contra nosotros. ¿Será verdad pues que los nacidos y criados en Italia, la verdadera y escogida juventud de Roma se hayan atrevido a pedir la sangre y la muerte de aquel senado, de aquel orden, con cuya gloria y esplendor procuramos confundir y oscurecer la vileza y suciedad del bando Viteliano? Tiene consigo Vitelio algunas naciones con cierta apariencia de ejército; mas está con nosotros el senado. Y así podemos decir con razón que de esta parte está la república y de aquella sus enemigos. ¿Por ventura creeréis vosotros que la hermosura de Roma consista en la fábrica de las casas, o en estos montes de piedra? Cosas son todas mudas y vanas que indiferentemente se pueden hacer y deshacer. La eternidad del estado, la paz del mundo, mi salud y la vuestra de la del senado pende. Este pues, instituido con dichoso agüero por el padre y fundador de esta ciudad, continuado y hecho inmortal desde los primeros reyes hasta los príncipes, así como le hemos recibido de nuestros pasados, así conviene que le dejemos a nuestros descendientes. Porque de la misma manera que de vosotros nacen los senadores, nacen de los senadores los príncipes.»

La oración, acomodada para apretar suavemente y juntamente ablandar los ánimos militares, y la templanza que usó en el castigo, habiendo mandado que se procediese solo contra dos, fue

recibida con gran gusto, mostrándose entonces bien dispuestos los que antes no se podían refrenar. Mas no por eso volvía Roma a su quietud, oyéndose todavía estruendo de armas y demostraciones de guerra: y continuando los soldados, aunque en lo común estaban quietos, el andar esparcidos por las casas, disfrazados y con mal ánimo contra todos los que por nobleza o riquezas, o por cualquier otra excelencia estaban puestos a los ojos del vulgo. Creían también muchos que habían entrado en Roma soldados Vitelianos con intento de escudriñar el favor y afición que había a las parcialidades; tal, que todo estaba lleno de miedo y de sospechas, hasta las casas más secretas y lugares más escondidos. Pero el mayor espanto se mostraba en público, donde todos estaban atentos a cualquier género de nuevas que trajese la fama, para acomodar el ánimo y el rostro de manera que no pareciesen desconfiar con las cosas dudosas, ni alegrarse poco de las prósperas. Juntado en la curia el senado, era también allí difícil el modo de gobernarse, para que el silencio no se atribuyese a contumacia, y el hablar a una sospechosa libertad: y más sabiendo que a Otón, como tan cursado, hasta pocos días antes, en todas las formas de adulación no se le podía echar dado falso. A cuya causa, torciendo los votos y haciendo rodeos, publicaban a Vitelio por enemigo y traidor a la patria. Los más prudentes y prevenidos usaban de injurias comunes; otros se alargaban a verdaderos vituperios, aunque entre el ruido de los demás, y cuando con la muchedumbre de las voces y batahola de palabras se podían embarazar a sí mismos.

Causaban también terror los prodigios divulgados de diversas partes. Que a los dos caballos que se mostraban delante del portal del Capitolio, tirando el carro de la Victoria, se les habían caído las riendas: que de la cella de Juno había salido una sombra mayor que de forma humana: que la estatua del divino Julio en la isla del Tíber en día quieto y sereno volvió el rostro del Occidente al Oriente: que en Toscana habló un buey: partos no acostumbrados de animales; y muchas otras cosas observadas en los siglos toscos hasta en tiempos de paz, en que ahora no se repara sino cuando hay temor. Pero el más principal prodigio, que con el daño presente traía también el miedo del porvenir, fue la súbita inundación del Tíber, el cual con grandísima creciente, roto el puente Sublicio, dilatándose por el embarazo de la ruina de aquella máquina, inundó no sólo las partes más bajas y llanas de la ciudad, mas los lugares que solían tenerse por seguros de aquellos accidentes. Fueron muchos los hombres que llevó tras sí, arrebatándolos de lugares públicos, y más los que se anegaron en las tiendas de sus oficios y en sus propias camas. Siguió luego hambre en el vulgo, falta de ganancia en los oficiales de todas las cosas necesarias para el sustento humano. Los cimientos de aquellos barrios, gastados por el rebalzo del agua, iban dando con las casas en tierra así como se iba retirando el río. Mas en desocupándose los ánimos del miedo del peligro, el ver que el campo Marcio y la vía Flaminia, que era el camino que se había de tomar para ir a la guerra, se había impedido y cerrado; por estas causas naturales se interpretaba por prodigio y anuncio de las calamidades cercanas.

Otón, purificada con sacrificios la ciudad y consultadas las cosas de la guerra; visto que los Alpes Cotios, Peninos y los otros pasos de las Galias estaban tomados por los ejércitos Vitelianos, se resolvió de acometer luego con su armada, harto fuerte y fiel a su facción, la Galia Narbonense, formando una legión de las reliquias de los soldados que fueron muertos en Pontemole, tenidos cruelmente en prisión por Galba; dando también a los otros esperanza de más honrada y noble milicia en lo venidero. Añadió a la armada las cohortes de la guardia de la ciudad, llamadas urbanas, y muchos de los pretorianos por fuerzas y nervio del ejército, guardia y consejo de los mismos capitanes. El cargo principal de la jornada se dio a Antonio Novelo, a Suedio Clemente, primipilares, y a Emilio Pacense, a quien había restituido el tribunado que le quitó Galba. El cuidado de las galeras se dio a Osco liberto, exhortándole a conservar la misma fe que conservaban los más honrados. Para el gobierno de la gente de a pie y de a caballo se eligieron Suetonio Paulino, Mario Celso y Anio Galo; mas fiándose principalmente en Licinio Próculo, prefecto del pretorio. Éste, harto suficiente para la milicia de Roma, no teniendo experiencia de guerra, culpaba, que es fácil cosa, la gravedad de Paulino, el vigor de Celso, la madurez de Galo y las virtudes de todos: y aunque mostraba con esto su astucia y malignidad, no dejaba por ello de anteponerse a los buenos y

a los modestos.

Fue en aquellos días encerrado en la colonia de Aquinum, aunque no en estrecha ni oscura prisión, Cornelio Dolabela, no por delito alguno, sino porque era persona de señalada nobleza, y pariente de Galba. Mandó Otón a muchos que eran magistrados y a buena parte de los consulares que le siguiesen; no como partícipes o ministros de la guerra, sino a título de tenerle compañía: entre los cuales fue Lucio Vitelio en la misma cuenta que los otros, ni como hermano de emperador, ni como enemigo. Esta mudanza de las cosas de Roma acabó de poner en cuidado a toda la ciudad, a donde no quedó ningún estado de gente sin peligro ni sin temor. Los principales senadores, poco aptos por la edad y por la larga paz aniquilados; la nobleza acobardada y olvidada de la guerra; los caballeros no prácticos en la milicia, cuanto más estudiaban por encubrir el temor, tanto más se hacían parecer medrosos. No faltaban algunos en contrario que con ambición necia compraban armas guarnecidas de oro, caballos hermosísimos, suntuosos aparejos de banquetes y otros incentivos de todo vicio y sensualidad, como si aquellos fueran instrumentos necesarios para la guerra. A los sabios daba cuidado la inquietud de la república; mas los livianos y descuidados de lo porvenir se cebaban de vanas esperanzas: y muchos con el crédito perdido en la paz, estaban alegres en las revueltas, y segurísimos en el trabajo universal.

Mas el vulgo y el pueblo, que no tiene cuidado ni parte del gobierno público, comenzaron a sentir poco a poco los daños de la guerra, convirtiéndose todo el dinero en servicio de los soldados, y encareciéndose el precio a las vituallas; cosa que en el movimiento de Vindice no pudo afligir al pueblo, estando entonces Roma en seguro y con la guerra en una provincia, que por ser entre las legiones y las Galias pudo llamarse extranjera: porque desde que el divino Augusto acomodó las cosas de los césares, el pueblo romano había peleado siempre de lejos, y con el temor y reputación de uno solo. Debajo de Tiberio y de Cayo no hubo que temer sino las adversidades de la paz; y contra Claudio no fueron antes descubiertos que reprimidos los designios de Escriboniano. Nerón fue echado del imperio antes por virtud de los avisos y de la fama que no por fuerza de armas. Mas ahora las legiones, las armadas, y, lo que había sucedido raras veces, los pretorianos y los otros soldados de Roma eran llevados a la pelea: el Oriente y el Occidente, con todas las fuerzas restantes a sus espaldas, fueran materia de larga guerra si se peleara entre otros capitanes. No faltó quien, por alargar la partida de Otón, le antepusiese un escrúpulo de conciencia, advirtiéndole de que los broqueles caídos del cielo llamados Ancilios no habían sido aun vueltos a poner en su lugar. Mas él menospreciando toda dilación, como cosa que había dañado hasta al mismo Nerón, incitado de los avisos de que Cecina había ya pasado los Alpes, a los catorce de marzo, encomendada la república a los senadores, hizo merced a todos los remitidos de destierro del resto de todas las condenaciones hechas por Nerón, con tal que no estuviesen ya en poder del fisco: justísimo don verdaderamente, y grande en apariencia, aunque sin fruto, por haberse antes solicitado la cobranza.

Convocado después el parlamento, exagerando la majestad de Roma y la conformidad del senado y del pueblo para con él, habló modestamente contra la facción Viteliana, acusando a las legiones, antes de inadvertencia, que de temeridad, sin jamás nombrar a Vitelio, o que fuese modestia suya, o que el escritor de aquella oración, medroso de sí mismo, se abstuviese de publicar injurias contra Vitelio. Creyéndose que así como Otón se servía en los consejos de guerra de Suetonio Paulino y de Mario Celso, así en las cosas de Roma se valió de Galerio Tracal: y había quien reconocía el estilo y modo de orar, harto célebre por la práctica del foro, y para henchir los oídos del pueblo muy extendido y sonoro. Los gritos de alegría y falso aplauso del vulgo fueron sin medida, conforme a la costumbre de adular. Tal, que como si se tratara de honrar a César dictador, o al emperador Augusto, porfiaban entre sí en desearle todo bien y felicidad. Y esto no por miedo o por afición, sino sólo por gusto de servidumbre, a la manera que se halla entre esclavos la emulación sin estima del honor público. Partido Otón, dejó el cargo del imperio y de la quietud de Roma a Salvio Ticiano, su hermano.

LIBRO SEGUNDO

Tito, enviado a Roma por Vespasiano a visitar y dar la obediencia a Galba, sabida su muerte, da la vuelta.—Visita el templo de Venus Pafia, con cuyo sacerdote consulta su fortuna: oye cosas alegres y grandes.—Vuelve a su padre a quien halla dudoso entre el temor y el deseo del imperio, y al fin se resuelve en aguardar ocasión.—Descúbrese y préndese a un falso Nerón.—Comienzan la guerra felizmente los capitanes de Otón en la Galia Narbonense, y en Córcega el procurador apoya antes de tiempo y a su costa el nombre y facción de Vitelio.—Entra Cecina en Italia.—Acomete a Placentia de donde es rechazado con infamia y daño.—Hace una emboscada contra los Otonianos, que al fin redundan en daño del mismo Cecina.—Llega Valente a Ticinum, y corre notable peligro por desorden y atrevimiento de sus soldados: y aplacados, junta con velocidad sus fuerzas con las de Cecina.—Avisado Otón de todo, junta consejo, y sin embargo del parecer de sus capitanes y en particular de Suetonio Paulino, que le persuade el alargar la guerra, resuelve el tentar la fortuna.—Vense los ejércitos en Bedriaco y queda roto, aunque no deshecho, el Otoniano.—Otón, enfadado de la guerra, se mata.—Altéranse los soldados después contra Virginio para hacerle emperador, el cual huye el cuerpo al cargo o a la carga.—Pasa peligro el senado con ocasión de un falso aviso.—En África es vencido Albino, y la provincia reducida a devoción de Vitelio, el cual separa las legiones y despide indiscretamente a los pretorianos.—Trábase otro tumulto en Ticinum, y casualmente se aplaca.—Tratan de la guerra en Siria Vespasiano y Muciano, y de éste se ve una famosa oración, persuadido de la cual Vespasiano, toma el imperio.—Vitelio entra en Roma feroz y amenazador. Todo esto en espacio de un año.

Andaba ya la fortuna fabricando en otras partes del mundo principios y causas de nuevo imperio con varios sucesos ora alegres, ora tristes a la república, como también a los mismos príncipes, de prosperidad o de muerte violenta. Vespasiano envió desde Judea a Tito, su hijo, viviendo Galba, no sólo por hacer cumplimiento con el nuevo príncipe, sino porque su presencia acreditase a su juventud para oponerse a los honores públicos. Mas el vulgo, muerto por cosas nuevas, había echado voz de que se llamaba para adoptarle; tomando ocasión de ver a Galba viejo y sin sucesión, y de la impaciencia de la ciudad en querer muchos hasta que se eligiese uno. Fortificaba la opinión el natural de Tito, capaz de toda gran fortuna, la hermosura del rostro, junto con una cierta majestad, los sucesos prósperos de su padre, las respuestas de los oráculos, y lo que más importa en los ánimos, dispuestos a creer su buena fortuna. Alcanzándole pues en Corinto, ciudad de Acaya, el aviso de la muerte de Galba, y habiendo quien le aseguraba de las armas y de la guerra de Vitelio, suspenso de ánimo, recogido con pocos amigos, iba considerando las cosas por todas partes, y advirtiendo que si siguiese el viaje de Roma sería poco acepto el suyo: destinado en honra de otro, pudiendo quedar por rehenes de Otón o de Vitelio: que si volviese atrás, era claro no poderlo hacer sin ofensa del vencedor: y estando todavía la victoria en duda, el arrimarse el padre a una facción, era bastante disculpa para el hijo: que si Vespasiano tentaba para sí el imperio, no había para qué hacer caso de ofensas, tratándose de guerra.

Combatido de estos, y semejantes discursos, entre esperanza y temor, prevaleció en él lo primero. No faltó quien creyese que el amor de la reina Berenice le acabó de resolver en tornar atrás. Tenía verdaderamente aquel ánimo juvenil inclinación a Berenice, aunque no bastante a divertirla de los negocios de estado; que aunque pasó su primer juventud alegremente en los deleites, fue con todo eso más modesto por su naturaleza que por freno de las órdenes paternas. Costeadas pues las riberas de Acaya y de Asia a la parte siniestra del mar, volvió hacia Rodas y Chipre, y de allí a Siria, a donde le vino deseo de ver el templo de Venus Pafia, famoso a las gentes naturales y extranjeras. No será fuera de propósito dar cuenta brevemente de aquella devoción, del sitio, del templo y de la forma de la diosa, diversa de las que se ven en otros lugares.

Tiénesse de memorias antiguas como aquel templo fue edificado por el rey Aeria, aunque otros quieren que sea este el nombre de la misma diosa. La opinión más moderna es que Cinara dedicó el templo, y que la misma diosa, después de concebida en el mar, aportó primeramente en esta tierra; mas que la ciencia y arte de los arúspices fue introducida allí por Tamira, natural de Cilicia. Y así se concertó que los sucesores de entrambos linajes asistiesen a aquella religión. Poco después, porque la estirpe real venciese en todo género de honra a los descendientes de la extranjera, renunciaron los forasteros la ciencia que ellos mismos habían traído. Consúltase solamente con el sacerdote de la

familia de Cinara. Las víctimas, según el voto de cada uno, han de ser animales machos, dándose fe certísima a las entrañas de los cabritos. Es prohibido esparcir sangre sobre la ara, sacrificándose sólo con ruegos y puro fuego sobre los altares, jamás humedecidos por las lluvias, aunque están a lo descubierto. El simulacro de la diosa no es en figura humana, sino un globo continuado, que de principio mas ancho, se va levantando en forma de pirámide: la razón se ignora.

Tito, después de haber visto las riquezas y dádivas reales, y las demás cosas que los Griegos, amadores de la antigüedad, atribuyen a una inmemorial vejez, consultó primero de su navegación; y siéndole prometido próspero viaje, sacrificadas muchas víctimas, preguntó encubiertamente y con rodeo de palabras de sí mismo. Sostrato (así se llamaba el sacerdote) como vio las entrañas de los animales, que conformes y propicias mostraban felicidad, y que la diosa se inclinaba a aquellos grandes designios, respondiendo por entonces pocas cosas y ordinarias, pedida audiencia secreta, le descubre los futuros sucesos. Vuelto Tito a su padre con mayores esperanzas, fue de gran momento para confirmar los ánimos sospechosos de las provincias y de los ejércitos. Había Vespasiano acabado la guerra contra los Judíos, no quedándole otra cosa que conquistar que Jerusalén: difícil, más por naturaleza y obstinación de aquella gente supersticiosa, que porque tuviesen fuerzas con que resistir a la necesidad. Estaban con Vespasiano, como se ha dicho, tres legiones ejercitadas en la guerra. Muciano tenía cuatro en paz; mas la emulación y la gloria del ejército vecino las había tenido de tal manera desveladas, que cuanto a las tres habían dado de fuerzas y de valor los peligros y trabajos, tanto añadía vigor a las cuatro el largo reposo y el no haber experimentado la guerra. Había de una y otra parte infantes y caballos, auxiliares, armadas, reyes y reputación grande, aunque por varias causas.

Vespasiano, gran guerrero, siempre delante al marchar del ejército, a tomar el puesto de los alojamientos de día y de noche, con el consejo y con las manos cuando era menester, pronto contra el enemigo, usando comer lo que a caso le venía delante y a vestir poco mejor que soldado ordinario, igual en todo, dejada aparte la avaricia, con los antiguos capitanes. Muciano en contrario, era estimado por su magnificencia, por las riquezas y por las demás cosas en que excedía de lo ordinario; más apto en el decir, en el disponer, en el proveer, y más práctico en las cosas civiles. Nobilísima mezcla de principado, si, quitados los defectos de entrambos, se hubiera hecho un príncipe de sola la masa de sus virtudes. Éste, puesto al gobierno de Siria, y aquel al de Judea, estaban por la vecindad de las provincias poco conformes entre sí, hasta que después de la muerte de Nerón, dejados a un cabo los odios particulares, trataron de tomar asiento y reconciliarse; al principio por medio de amigos, y después por obra de Tito, principal instrumento de esta concordia; el cual con utilidad reciproca atajó las diferencias, acomodado por su naturaleza, no menos que por arte, a ganar entre otras voluntades hasta la del mismo Muciano. Los tribunos y centuriones, y los otros soldados ordinarios eran acrecentados por industria, por trato licencioso, por virtud o por complacencia, según la naturaleza de cada uno.

Antes de la llegada de Tito habían ambos ejércitos jurado fidelidad a Otón, por la furia de mensajeros, como en semejantes casos se acostumbra, y por la tardanza con que se dejaban mover para la guerra civil, que entonces, por la primer vez tras una larga quietud, se preparaba en Oriente. Porque en los otros tiempos los movimientos de armas entre ciudadanos comenzaron en Italia y en la Galia con las fuerzas de Occidente. Y Pompeyo, Casio, Bruto y Antonio, que llevaron las guerras civiles allende el mar, tuvieron infelices fines; habiéndose en Siria y en Judea antes oído que visto alguno de los césares. No hubo allí motines ni alborotos de legiones, los cuales amenazaron solamente a los Partos con varios sucesos. Y en la última guerra civil, mientras estaban en trabajo las demás provincias, hubo allí quietísima paz, y después fidelidad para con Galba. Mas como se entendió luego que las armas desordenadas de Otón y Vitelio iban destruyendo el estado romano, porque no les quedasen a los otros los premios del imperio y a ellos solamente la necesidad de la servidumbre, comenzaron a resentirse, y a considerar y conocer sus propias fuerzas, que eran éstas. La Siria y la Judea con siete legiones prontas y gran número de auxiliares. El Egipto vecino con dos legiones. La Capadocia, el Ponto, las guarniciones de la Armenia, la Asia, y las otras provincias,

abundantes de hombres y de dinero; cuantas islas rodean aquellos mares, y el mismo mar seguro y cómodo a preparar la guerra.

Era notorio a los capitanes el ardor de los soldados, mas movieron por bien el esperar el suceso de la guerra de los otros, sabiendo bien que los vencedores y los vencidos no se aúnan jamás con fidelidad: ni para su intento era de importancia cuál de los dos quedase superior, Otón o Vitelio: porque en las prosperidades hasta los capitanes valerosos se pierden: estos con las discordias, con el ocio, con la lujuria, y finalmente con sus propios vicios quedarían destruidos, y en cualquier caso humillados del todo, el uno de la guerra y el otro de la victoria. Difirieron pues las armas para mejor ocasión, habiendo entonces conferido Vespasiano y Muciano sus designios, aunque los demás mucho antes, los mejores por el bien de la república, muchos incitados por la dulzura de los robos, los otros por la necesidad: de suerte que tanto el ruin como el bueno deseaba la guerra con igual afecto, aunque con diversos fines.

Por este tiempo las provincias de Asia y Acaya tuvieron una arma falsa de que venía a ellas Nerón: que contándose diversamente la manera de su muerte, fingían muchos que era vivo, y muchos lo creían. Diremos en el discurso de la historia el suceso de los otros, y lo que intentaron. Pero el de ahora fue que un esclavo de la provincia de Ponto, o, según otros, un libertino italiano, de linda voz, y gran músico de citara (cosa que a más de la semejanza del rostro dio lugar al engaño) juntado con algunos, que habiendo desamparado sus banderas andaban vagabundos y pobres, cargándolos de promesas, se puso en la mar con ellos, y arrojado por mal tiempo a la isla de Citno, tomó en su compañía algunos soldados que venían de Oriente, habiendo hecho matar a los que no quisieron consentir; y desvalijado los mercaderes, armó los más fuertes y robustos esclavos que pudo hallar. Tentó con varios artificios el ánimo de Sisena, centurión, que llevaba la semejanza de sus manos diestras (son estas señales de amor y de hermandad) en nombre del ejército de Siria, a los pretorianos: mas Sisena, medroso y dudando de violencia, escondidamente se huyó de aquella isla. Con esto se iba dilatando el temor, despertando muchos, con la reputación de aquel nombre, el deseo de novedades y el aborrecimiento ordinario del estado presente.

La fortuna disipó la fama cuando iba creciendo por puntos. Había dado Galba el gobierno de Galacia y Panfilia a Calpurnio Asprenate, con dos galeras de la armada de Miseno para llevarle, en las cuales aportó a Citno. No faltó quien llamase a los capitanes de las galeras de parte de Nerón: el cual, mostrándose ofendido e invocando la fe de los soldados, en otro tiempo suyos, les rogaba que quisiesen llevarle a Siria o a Egipto. Los capitanes mostrándose suspensos, quizá por engañarle, prometieron de tratarlo con los soldados, y que en habiéndolos dispuesto volverían a él. Mas habiendo dado cuenta de todo a Asprenate, fue por su orden entrada la nave y muerto este, sea quien fuere. El cuerpo admirado por los ojos y cabellos, como también por la fiereza del rostro, fue llevado a Asia y de allí a Roma.

En esta ciudad pues, llena de discordias, y por las muchas mudanzas de príncipes dudosa entre libertad y disolución, aun las cosas pequeñas se trataban con grandes movimientos. Vibio Crispos, de riquezas, de autoridad y de ingenio, contado antes entre los grandes que entre los buenos, citaba ante el senado a Anio Fausto, caballero romano, el cual en los tiempos de Nerón había hecho oficio de acusador: porque en el principado de Galba habían decretado los senadores que se viesen las causas de los acusadores. Este *senatus consulto*, interpretado variamente según que el reo era poderoso o flaco, valido o desvalido, estaba todavía en observancia. Habíase dispuesto Crispo con amenazas y con violencia a procurar la destrucción de Fausto, acusador de su hermano: y de tal manera había llevado a su opinión a mucha parte de los senadores, que sin más conocimiento de causa, querían que se pasase a la ejecución. Mas en contrario, para con los otros ninguna cosa aprovechaba mas al reo que la demasiada autoridad del acusador: pareciéndoles que se debía dar tiempo, publicar las defensas, y aunque mal quisto y culpado, observar al fin la costumbre de ser oído. Y prevalecieron al principio, habiéndose diferido la causa unos pocos días: mas fue después finalmente condenado Fausto, aunque no con aquel aplauso de la ciudad que merecían sus ruines costumbres; acordándose que el mismo Crispo había ejercitado por dinero la misma profesión de

acusar, desagradando no el castigo del delito, sino el autor de la venganza.

Mostráronse felices a Otón los principios de la guerra, habiéndose movido por su orden los ejércitos de Dalmacia y de Panonia. Fueron estas cuatro legiones de las cuales se enviaron delante dos mil infantes, seguidos del resto, poco intervalo; la séptima levantada por Galba, y de soldados viejos la undécima y la décimatercia, y, la de mayor nombre de todas, la catorcena, famosa por haber domado los rebeldes de Britania; a la cual honró Nerón mas que a todas, habiéndola escogido por la mejor: y así le fue a él fiel siempre e inclinada a Otón. Mas dado que este ejército era bien poderoso y fuerte, su sobrada confianza le hizo bajar más de espacio de lo que conviniera. La gente de a caballo de las ayudas y las cohortes llegaron antes que ellos. Salió de Roma un número de soldados no despreciables: cinco cohortes de pretorianos y los estandartes de caballos, con la legión primera, y la ayuda vergonzosa de dos mil gladiadores, puesto que con ocasión de armas civiles han sido empleados también por graves capitanes. Fueron diputados al cargo de esta gente Anio Galo y Vestricio Espurina, enviado este delante a ocupar las riberas del Po, ya que no tenían lugar los primeros consejos, habiendo Cecina pasado los Alpes cuando esperaban poderle encerrar en las Galias. Seguían la persona de Otón sus guardias, hombres escogidos, grandes y robustos, con las cohortes pretorias y los pretorianos reformados, con gran número de soldados de la armada. No fue su viaje de persona afeminada o entregada a los deleites, antes, armado de coraza, iba a pie delante de las banderas, fiero, sin ornamento alguno, y en todo contrario a la fama que corría de él.

Lisonjeábale la fortuna en los principios de aquella empresa, habiendo reducido ya a su poder, con ayuda de la mar y de las galeras, la mayor parte de Italia hasta las raíces de los Alpes marítimos: para tentar a los cuales y para acometer la provincia de Narbona, había despachado por capitanes a Suedio Clemente, Antonio Novelo y Emilio Pacense. Mas Emilio, vencido de la insolencia de los soldados, y Antonio Novelo sin autoridad, gobernaba solo absolutamente, y con mucha ambición Suedio Clemente; hombre no menos deseoso de menear las manos, que poco observante de la buena disciplina militar. No parecía que se caminaba por Italia ni por lugares y países nuestros, mas como por campos extranjeros y ciudades enemigas se abrasaba, se robaba y se asolaba todo: y tanto más desenfrenadamente, cuanto por todo estaba la gente más desproveida y sin sospecha alguna, llenos los campos, abiertas las casas; cuyos dueños, saliéndoles al encuentro con las mujeres y los hijos, se hallaban debajo de la seguridad de la paz, envueltos en el mal de la guerra. Gobernaba entonces los Alpes marítimos Mario Maturo, procurador. Este, juntada gente (no le faltaba juventud) hizo fuerza por echar de los confines de la provincia a los Otonianos; mas en el primer encuentro quedaron muertos y rotos los montañeses, como aquellos que, recogidos tumultuariamente, no reconociendo campo ni capitán, no hacían caso del honor de la victoria o deshonor de la huida.

Irritados de esta facción los Otonianos, volvieron su enojo con Albentemelia, porque en las batallas cesaba la ocasión de la presa, siendo aquellos villanos pobres y vilmente armados; a mas de que por su ligereza y plática de la tierra, tampoco era posible tomarlos en prisión; con todo eso hartaron su avaricia con la calamidad de los inocentes. Hízolos mas aborrecibles el ejemplo memorable de una mujer Ligura, la cual habiendo escondido un hijo suyo, y creyendo los soldados que con él había también ocultado el oro, atormentándola por esto y preguntándole dónde estaba, mostrando ella el vientre, aquí se esconde, respondió, y ni por nuevos tormentos, ni por muerte mudó jamás la constancia de estas generosas palabras.

Por mensajeros tan diligentes como temerosos tuvo aviso Fabio Valente que la armada de Otón se había descubierto sobre la provincia de Narbona, ya declarada por Vitelio; y juntamente comparecieron los embajadores de las colonias a pedir socorro, a cuya causa despachó luego la vuelta de allá dos cohortes de Tongros, cuatro cornetas de caballos, con toda la caballería de los Treveros a cargo de Julio Clásico, su capitán; de los cuales quedó parte en la colonia de Frexu, para que encaminándose todas las fuerzas por tierra, no se diese comodidad a la armada enemiga con dejarle el mar libre, para facilitar su camino y dar sobre aquella ciudad. Fueron contra el enemigo doce cornetas de caballos, un golpe de gente escogida de las cohortes Liguras, presidio antiguo de aquel lugar, y quinientos Panonios, no aun recibidos debajo de banderas. No se dilató mucho la

batalla, ordenándose de esta manera: una parte de los de la armada mezclados con los del país, se pusieron sobre los collados vecinos a la mar; en el llano, entre los montes y la marina, los soldados pretorianos; en la mar misma la armada con las proas a tierra en feroz ordenanza se extendía preparada a la pelea. Los Vitelianos que tenían pocos infantes, siendo su nervio la caballería, pusieron en los montes vecinos la gente de los Alpes, y las cohortes en ordenanza cerrada detrás de los caballos. Descubrióse desconsideradamente al enemigo la caballería de los Treveros, que fue recibida con mucho valor por los veteranos, y ofendida también por los lados de las piedras que arrojaban los del país, prácticos en el uso de esta suerte de armas: los cuales, mezclados con los soldados, no menos los cobardes que los valientes, hacían todo lo posible por vencer. Añadió terror y daño a los ya desordenados la armada que los ofendía por las espaldas: tal que cogidos en medio por todas partes, quedaran todos degollados, si la oscuridad de la noche no detuviera al ejército vencedor y excusara a los que huían.

No se quietaron los Vitelianos, puesto que llevaron lo peor; mas recogida alguna gente de socorro, asaltaron al enemigo desproveído y negligente por el suceso próspero; y muertas las centinelas, y forzados los alojamientos, pusieron terror también a la armada; hasta que cesado poco a poco el espanto, ocupado un collado vecino, al principio se defendieron, y después cargaron sobre ellos. Hubo allí gran estrago y mortandad, y los capitanes de las cohortes de Tongros, después de haber por buen espacio de tiempo sostenido la batalla, quedaron todos muertos. No ganaron los Otonianos esta victoria sin sangre, porque los que temerariamente habían seguido al enemigo fueron muertos por los de a caballo que hicieron rostro; y como si entre ellos se hubiera asentado tregua, que de acá la armada y de allá caballería no inquietasen la tierra, los Vitelianos se retiraron a Antipoli, municipio de la Galia Narbonense, y los Otonianos a Albenga, de la Liguria interior.

La fama de esta victoria, obtenida por la armada, sustentó a devoción de Otón las islas de Cerdeña y Corcega y las otras situadas en aquel mar. Mas estuvo a pique de arruinar a Corcega la temeridad de Décimo Pacario, procurador, de poco momento a la suma de aquella guerra, y a él causa de su muerte: porque aborreciendo a Otón, pensó favorecer a Vitelio con las fuerzas de los Corsos, ayuda débil, cuando bien saliera con su intento. Llamados pues los principales de la isla, les descubre su designio, y hace matar a Claudio Pirrico, capitán de las galeras Liburnicas de la guardia, y a Quincio Certo, caballero romano, porque se atrevieron a contradecirle, de cuya muerte, amedrentados los demás que estaban presentes, y la turba ignorante, compañera siempre del temor ajeno, sin saber lo que se hacían, juraron fidelidad a Vitelio. Mas queriendo Pacario hacer de ellos leva de soldados, y fatigar a aquellos hombres toscos con las cargas de la milicia, enfadados de aquel inusitado trabajo, comienzan a hacer reflexion en su propia flaqueza. Que habitaban una isla apartada de Germania y de la fuerza de las legiones, y que habían sido saqueados y arruinados por la armada, hasta los lugares presidiados de cohortes y caballería: tal que, mudado parecer en un instante, no por eso a la descubierta y con la fuerza, sino buscando tiempo cómodo para la traición, retirados los que acompañaban a Pacario, le mataron dentro del baño donde le hallaron desnudo y solo, y tras él a sus confidentes. Las cabezas de todos, como de enemigos, fueron llevadas a Otón; del cual, así como no tuvieron premio los matadores, tampoco fueron castigados por Vitelio, ocupados entrambos durante aquel gran concurso de infamias en maldades mayores.

Había ya, como se ha dicho, pasado a Italia la caballería Silana, y llevado consigo la guerra, sin que se mostrase alguno en favor de Otón; no porque los de la tierra quisiesen mas a Vitelio, sino que la larga paz los había quebrantado lo que bastaba para admitir cualquier servidumbre, obedeciendo a quien primero los ocupase, sin curarse de los mejores. Teníase por Vitelio la mas florida parte de Italia, cuanto se encierra entre los Alpes y el Po; habiendo llegado ya las cohortes enviadas delante por Cecina.

La cohorte de Panonios quedó en prisión junto a Cremona, y entre Placentia y Ticinum fueron desbaratados cien caballos con mil soldados de la armada. Con estos sucesos no eran detenidos los Vitelianos por ningún río ni otro embarazo, antes el mismo Po incitaba de manera a los Bátavos y a los de allá del Rhin, que, pasándolo junto a Placentia, y presos algunos de los corredores Otonianos

que iban a tomar lengua, pusieron tanto espanto en los otros, que mentirosos y amedrentados, refirieron haber pasado Cecina con todo el ejército.

Espurina, que guardaba a Placentia, sabía muy bien que Cecina no había venido: y, puesto que hubiera llegado, estaba resuelto en tener los soldados dentro de los muros, por no entregar en manos de un ejército de soldados viejos tres cohortes pretorias y mil vexilarios con poca caballería. Mas los soldados indómitos y no usados a la guerra, arboladas las banderas y estandartes, se movieron con furia, volviendo las armas contra el capitán que hacía fuerza por detenerlos, menospreciando a los centuriones y tribunos que loaban la prudencia del capitán, y diciendo, que Cecina venía llamado por Otón en su favor. Hácese compañero Espurina de la ajena temeridad, forzado al principio, y después fingiendo querer lo mismo, por tener mas autoridad en los consejos cuando cesase la sedición.

Como llegaron a las orillas del río y sobrevino la noche, convino atrincherar los alojamientos. Este trabajo, inusitado a los soldados de la ciudad, les quitó de manera el ánimo, que todos los mas viejos comenzaron a vituperar su liviandad, y a mostrar temer el riesgo que se corría si Cecina cogía con su ejército en aquella campaña rasa y abierta sus pocas cohortes. Ya por todo el campo se comenzaba a hablar con mas modestia; y entremetiéndose los centuriones y tribunos, loaban la providencia del capitán que hubiese escogido para seguridad y silla de la guerra una colonia opulenta, fuerte y poderosa. Finalmente el mismo Espurina, no tanto con acusarles la culpa cuanto con mostrarles la razón, dejada alguna gente a tomar lengua, volvió con los demás a Placentia, menos alterados ya y mas obedientes. Fortificadas pues las murallas, añadidas nuevas defensas, ensanchadas las torres, proveído y aparejado no solamente a los pertrechos y armas, pero también al respeto y disposición a obedecer, que fue lo que solo faltó en aquel bando, parece que justamente podían asegurarse del valor.

Mas Cecina, como si hubiera dejado de allá de los Alpes la crueldad y la insolencia, caminó por Italia con el ejército modesto y manso, puesto que las ciudades municipales y las colonias atribuían a soberbia el ver que acostumbraba dar audiencia a gente togada con vestidos cortos de varios colores y con calzas al uso bárbaro. Quejándose también, como si con aquello los ofendiera, de que su mujer Salonina, aunque sin injuria de nadie, iba sobre una hermosa hacanea, cubierta de púrpura: cosa natural en los hombres el mirar con ojos enfermos de pasión la felicidad ajena, no deseándose en ninguno mas escasa y corta fortuna que en aquellos a quien conocimos en estado igual con el nuestro. Pasado Cecina el Po, y tentada por vía de pláticas y promesas la fe de los Otonianos, persuadido él también a lo mismo, después de haberse representado por ambas partes en vano los honrados nombres de paz y de concordia, volvió todo su cuidado a la expugnación de Placentia, no sin particular temor, sabiendo bien que se iría encaminando su reputación conforme al suceso de este principio de la guerra.

Pasó el primer día, antes con ímpetu, que con arte de soldados viejos, arrimándose a la muralla descubiertos, inconsiderados y agravados de las viandas y del vino. En este combate un hermoso anfiteatro situado fuera de los muros fue consumido del fuego, encendido, o por los asaltadores mientras arrojaban sobre los sitiados hachas de fuegos artificiales, o por los de dentro al volver a arrojar las mismas cosas. El vulgo de aquella ciudad, inclinado a sospechas, creyó que por malicia de las colonias vecinas se había traído materia con que alimentar el fuego por emulación y envidia, no habiendo en toda Italia máquina de piedra tan grande y tan capaz como aquella. Sea cual se fuere la causa, lo cierto es que no se hizo mucho caso mientras se dudaba de mayor mal; mas sosegadas las cosas, se dolían como si no le hubieran podido recibir mayor. Fue rechazado del asalto Cecina con mucho daño de los suyos, y la noche siguiente se empleó en preparar los ingenios y defensas; los Vitelianos, las mantas, zarzos y cestones para arrimarse cubiertos a la muralla; y los Otonianos, vigas gruesas, piedras grandes, pedazos de plomo o de metal para romper las máquinas y aterrar con ellas al enemigo. A entrambas partes animaba la honra y la vergüenza; y con diversas exhortaciones, exaltándose de la una el valor de las legiones y el ejército Germánico, y de la otra la reputación de milicia urbana y las cohortes pretorias: vituperando aquellos la disciplina y valor de

gente sepultada en el ocio y acostumbrada a los juegos del circo y a los teatros, y estos la barbaridad del ejército extranjero: loando y vituperando entre sí igualmente a Otón y Vitelio, harto mas abundantes en los vituperios que en las alabanzas.

Apenas asomó el día cuando se hinchieron los muros de defensores, resplandeció el campo de hombres y de armas, la ordenanza cerrada de las legiones, las escuadras esparcidas de los auxiliares; arrójanse saetas y piedras a los muros mas altos, y las partes menos guardadas y enflaquecidas del tiempo se acometen de cerca. Los Otonianos echaban de lo alto plomo, y a golpe seguro sus armas enhastadas contra las cohortes de Germanos, que temerariamente se arrimaban con un canto espantoso a su modo, desnudos y sacudiendo los escudos sobre los hombros. Los legionarios, defendidos de los plúteos o mantas, y de los zarzos, descalzan la muralla, hacen trincheras y procuran romper las puertas. En contrario los pretorianos, aparejadas a este efecto gruesas y pesadas piedras, con ruina grande se las arrojan encima; tal que quedando muchos de los que se llegaban al asalto parte oprimidos, parte atravesados de los dardos o heridos gravemente, aumentando el temor, el daño y el estrago, y siendo por esto heridos con mayor crueldad por los del muro, se retiraron con gran pérdida de reputación; y Cecina por el mal nombre y vergüenza de la expugnación tentada tan temerariamente, por no quedar en los mismos alojamientos afrentado y ocioso, pasado de nuevo el Po, tomó la vía de Cremona. A su partida se pasaron a él Turulio Cerial con muchos de los soldados de la armada, y Julio Brigántico con pocos caballos. Este, capitán de una ala de caballos, nacido en los Bátavos, y aquel primipilar y amigo de Cecina, por haber pasado en Germania por algunos grados de la milicia.

Espurina, sabido el camino que tomaba el enemigo, avisó de la defensa de Placentia, de lo sucedido y de los designios de Cecina a Anio Galo; el cual, dudando de que aquellas pocas cohortes pudiesen resistir el sitio a la braveza del ejército Germánico, se había movido con la legión primera por socorrer a Placentia. Mas cuando entendió que, rechazado Cecina, tiraba la vuelta de Cremona, hizo alto en Bedriaco, refrenado con dificultad el ardor de la legión, que por querer pelear, faltó poco que no se amotinase. Es Bedriaco un burgo situado entre Cremona y Verona, infeliz y famoso por dos destrozos y mortandades de dos ejércitos romanos. Peleó estos días prósperamente Marcio Macro junto a Cremona, el cual con la prontitud de su ánimo, habiendo al improviso pasado en barcas los gladiadores de la otra parte del Po, rompió los auxiliares Vitelianos, muertos los que hicieron resistencia, huyendo los demás a Cremona, sin ser seguidos de los vencedores, por no dar ocasión a que se trocase la fortuna si acaso el enemigo era socorrido de gente fresca: cosa que puso en sospecha a los Otonianos, comenzando a echar a mala parte las acciones de todos. Mas en particular, según que eran de ánimo vil y sueltos de lengua, dieron a porfía todos en calumniar de varios delitos a Anio Galo, Suetonio Paulino y a Mario Celso, a quien Otón había encomendado también las cosas de la guerra. Y los que se hallaron a la muerte de Galba, como fuera de sí del temor de su mala conciencia, no cesaban de meterla todo en revuelta, sembrando asperísimos principios de sedición; unas veces a la descubierta con palabras escandalosas, otras secretamente con cartas a Otón. El cual, dando fe a toda persona vil y temiendo de los buenos, irresoluto y confuso en las cosas prósperas, mejor harto en las adversas, finalmente haciendo venir a su hermano Ticiano, le dio la superintendencia de las cosas de la guerra, puesto que debajo de Paulino y Celso había pasado todo felizmente.

Afligíase Cecina del mal suceso de sus primeras empresas, y sentía el ver que se iba envejeciendo la reputación de su ejército; echado de Placentia, degollados los auxiliares, y hasta en las escaramuzas de corredores, aunque más ordinarias que importantes, llevando siempre lo peor. Y así acercándose Fabio Valente, porque no se pasase a él toda la honra de la guerra, procuraba recuperar la que le parecía haber perdido, con más codicia que prudencia. Cuatro leguas de Cremona hay un puesto llamado los Castores, junto al cual, en unos bosques espesos a raíz del camino, escondió la gente más valerosa de sus auxiliares: y enviando delante los caballos para trabar la escaramuza, les ordena que tomando la carga, procuren llevar al enemigo a la emboscada. Vino esto a noticia de los Otonianos; y tomando Paulino el cargo de los infantes y Celso de los

caballos, pusieron al lado izquierdo el estandarte de la legión trece, cuatro cohortes de auxiliares y quinientos caballos: en la calzada del camino tres cohortes pretorias en ordenanza estrecha, y por la mano derecha marchaba la primera legión con dos banderas de veteranos jubilados y quinientos caballos. Tenían a más de estas gentes, por mayor ventaja en el suceso próspero, o por socorro en la necesidad, mil caballos entre pretorianos y gente de ayudas.

Celso, viendo que los Vitelianos tomaban la carga antes de llegar a las manos, como sabedor del engaño, detuvo los suyos. Con esto temiendo los Vitelianos ser descubiertos, cargaron con todas sus fuerzas sobre Celso, que a lento paso se retiraba; y usando menos recato que su enemigo, dieron en la emboscada: con que las cohortes por los lados, la legión por frente y por las espaldas los caballos, los cogieron en medio. No dio luego Suetonio Paulino la seña de pelear a la infantería: hombre de natural tardo, y que amaba más los consejos recatados y resoluciones prudentes y cautas que los sucesos prósperos dependientes del caso; antes comenzó a ordenar que se hinchiesen los fosos, que se ensanchase la campaña y se extendiese la ordenanza; pareciéndole que comienza harto temprano a gozar de la victoria el que se asegura de no perder. Esta dilación dio lugar a los Vitelianos de retirarse a las viñas intrincadas de sarmientos entrelazados, y poco después a un bosquecillo cercano, donde, haciendo de nuevo rostro, mataron los atrevidos de los caballos pretorianos, quedando herido el rey Epifanes, peleando valerosamente por Otón.

Saltaron entonces fuera los infantes Otonianos, y rota la ordenanza enemiga, pusieron en huida también a los que venían en su socorro. Cecina no había hecho marchar todas las cohortes juntas, sino una tras otra: que en aquella refriega acrecentó la confusión mucho, porque el espanto de los que huían, hallando a los otros a la deshilada y débiles por todas partes, los llevaban también de vuelta. De que nació después tumulto en los alojamientos, quejándose de no haber sido llevados todos juntos, poniendo en prisión a Julio Grato, prefecto del campo, como sospechoso de traición, por tener con Otón a su hermano Julio Fronton, tribuno, preso también él en el campo Otoniano por la misma sospecha. Mas fue tal en todas partes el temor en los que huían y en los que iban al socorro, en la ordenanza y delante los reparos, que en entrambas partes se tuvo por cierto que se hubiera podido romper aquel día a Cecina con todo su ejército si Suetonio Paulino no hubiera hecho tocar a recoger: excusándose él de haber temido que, saliendo de los alojamientos los Vitelianos frescos, asaltasen a los suyos cansados de la refriega y del camino, sin socorro alguno a las espaldas, cuando les obligasen a tomar la carga. Fue aprobada de pocos esta disculpa de Suetonio, y en el vulgo vituperada generalmente de todos.

No amedrentó este daño tanto a los Vitelianos cuanto los hizo más reportados, no sólo en el ejército de Cecina, el cual daba la culpa a los soldados, dispuestos más a la sedición que a la pelea, pero también en el de Fabio Valente que había ya llegado a Ticinum: cuyos soldados estimando en más al enemigo, y deseosos de recuperar la reputación, obedecían al capitán con más reverencia y orden. Sucedió con todo eso entre ellos poco antes un accidente de harta importancia, del cual (porque no se podía interrumpir la orden de los sucesos de Cecina) daré ahora cuenta desde su principio. Las cohortes de Bátavos, que apartadas en la guerra de Nerón de la legión catorce al ir a Britania, sabido el movimiento de Vitelio, dijimos haberse arrimado a Fabio Valente en la ciudad de los Lingones, tenían gran opinión de sí, alabándose en cualquier tienda de las legiones en que entrasen de haber tenido a raya a los de la dicha legión, de haber quitado la posesión de Italia a Nerón, y que de su mano pendía toda la fortuna de aquella guerra. Era esta una afrenta grande para los soldados, y un despecho terrible para el capitán, viendo destruir con las injurias y riñas la disciplina militar: a lo último comenzó a dudar Valente de que esta insolencia no se convirtiese en manifiesta rebelión.

Y así, llegada la nueva de que la gente de la armada de Otón había roto los Treveros y Tongros, y que corría y costeaba la Galia Narbonense, deseando defender a sus confederados, y, con astucia militar, valerse de este color para dividir las cohortes alteradas, que juntas eran siempre demasíadamente poderosas, mandó que una parte de los Bátavos fuese al socorro de aquella provincia: divulgado esto en el campo, sintieron disgusto sus compañeros, y las legiones

comenzaron a murmurar, viéndose privados de la ayuda de soldados tan valerosos, y que se quitaba de la batalla aquella gente vieja y en tantas guerras victoriosa, ya que estaban así a vista del enemigo: que si una provincia sola era de más importancia que la misma Roma y que todo el imperio, no se cumplía con menos que con ir todos en su socorro; mas que consistiendo el apoyo y la seguridad de Italia en la salud de la victoria, no era justo el cortar como de un cuerpo aquellos robustísimos miembros.

Decían estas cosas a voces; y como vieron que Valente, enviando sus lictores, comenzó a querer quietar la sedición, no dudan de acometerle a él mismo y de apedrearle: y huyendo él de su furia, le siguen gritando que él tenía escondidos los despojos de las Galias, el oro de Vienna y el precio de sus trabajos. Saquean el carruaje y pabellón del general, visitándolo todo, y tentando con sus lanzas y con sus dardos hasta el mismo suelo, mientras Valente vestido en traje de esclavo, estaba escondido cerca de un decurión de caballos. Entonces Alieno Taro, prefecto del campo, mitigado poco a poco el tumulto, tomó por expediente prohibir a los centuriones el meter las guardias; ordenando que no se tocasen las trompetas, con las cuales se suelen llamar los soldados a sus oficios; tal, que entorpecidos por esto todos, y atónitos mirándose unos a otros, medrosos de quedar sin quien los gobernase, y primero con silencio y arrepentimiento, y a lo último con ruegos y con lágrimas, piden perdón. Mas presentándoseles, fuera de toda esperanza, Valente sano y salvo, y llorando en aquel hábito vil, tuvo su lugar el contento, la compasión y la reverencia: con que, llenos de regocijo, como el vulgo es sin medida en todos sus afectos, loándole y alegrándose con él, rodeado de las águilas y de las banderas, lo llevan al tribunal. Él con provechosa templanza dejó de pedir el castigo de algunos de ellos; y porqu la total disimulación no engendrarse en los soldados mayor sospecha, los reprendió con pocas palabras, sabiendo muy bien que en las guerras civiles es concedido más a los soldados que a los capitanes.

Al hacer de los alojamientos junto a Ticinum se tuvo nueva de la rota de Cecina; con que estuvo a pique de renovarse la sedición, como si por engaño y por las largas de Valente no se hubieran podido hallar en aquella batalla. Con que sin tomar reposo, sin esperar al capitán, caminan delante de las banderas, dando prisa a los alféreces, y unos tras otros a la deshilada van a juntarse con Cecina, en cuyo campo estaba en ruín concepto Valente, quejándose de haber sido dejados en los cuernos del toro, tan pocos en número, respecto a todas las fuerzas del enemigo; sirviéndose de esta excusa y de la adulación de celebrar y engrandecer el valor del nuevo ejército, por no ser menospreciados de él como cobardes, y ya una vez vencidos. Y aunque eran mayores las fuerzas de Valente, por tener casi al doble de legiones y auxiliares, inclinaba con todo eso a Cecina el favor de los soldados, por ser (a más de su benignidad natural, que le hacía más amable) de menos edad, de gallarda disposición, y por una cierta gracia vana. Nació de aquí envidia y competencia entre los capitanes, motejando Cecina a Valente de hombre cruel, infame y vicioso, y él a Cecina de hinchado y vano: con todo eso manteniendo ambos a dos oculto el aborrecimiento, atendían al provecho común, hinchando sus cartas, sin esperanza de perdón ni respeto alguno, de vituperios contra Otón, de que se abstenían los capitanes Otonianos, puesto que tenían harto campo en que poder discurrir contra Vitelio.

A la verdad, antes de la muerte de entrambos, en la cual ganó Otón egregia fama y Vitelio sucia y abatida, causaban menos temor los regalos y deleites ociosos de Vitelio que los ardientes y desordenados apetitos de Otón, para quien aumentaba grandemente el terror y el odio el homicidio de Galba, donde en contrario, ninguno podía imputar a Vitelio el haber comenzado la guerra. Vitelio por el vientre y por la gula, era tenido por enemigo de sí mismo; mas Otón con la lujuria, con la crueldad y con el atrevimiento, por más dañoso a la república. Unidas las tropas de Cecina y de Valente, no rehusaban más los Vitelianos el venir a la batalla con todas sus fuerzas. Y consultando Otón si era mejor alargar la guerra o tentar la fortuna, Suetonio Paulino, pareciéndole cosa digna de su reputación, como quien era tenido por el más sagaz capitán de aquellos tiempos, discurrió sobre todo el estado de la guerra, mostrando, que al enemigo le convenía el solicitar y a ellos el diferir.

«Que había ya llegado todo el ejército de Vitelio, sin dejar muchas fuerzas a las espaldas:

porque siendo las Galias sospechosas, no le convenía desamparar las riberas del Rhin, pudiendo aquellas naciones inquietas romper por aquella parte: que los soldados de Britania estaban detenidos de sus enemigos y separados de la mar: las Hispanias no tan abundantes en armas: la provincia Narbonense puesta en temor por los progresos de la armada y por la rota recibida: que aquella parte de Italia de allá del Po estaba cerrada con los Alpes, sin ayuda de mar y destruida del paso del ejército: que por ninguna parte podía tener bastimentos el enemigo, ni era posible mantenerse sin ellos: que a más de esto los Germanos, que era la mejor soldadesca que el enemigo traía, gente de complexión sanguínea, alargándose la guerra hasta el verano, sufrirían mal las mutaciones del sol y destemplanza del cielo: que muchas guerras peligrosas en el primer ímpetu, se habían desvanecido alargándolas y contemporizando: que en contrario, tenían ellos todo el país abundante y fiel, la Panonia, la Misia, la Dalmacia y el Oriente con ejércitos enteros; Italia y Roma cabeza del imperio; el senado y el pueblo, nombres no del todo oscuros, aunque tal vez sombríos; las riquezas públicas y particulares, cantidad grande de oro, de mas fortaleza que el hierro en las guerras civiles: que tenían la soldadesca acostumbrada a los aires y calores de Italia: que les servía de reparo el Po y las ciudades fuertes de hombres y de murallas, ninguna de las cuales cedería al enemigo, como se había experimentado en la defensa de Placentia: que se alargase la guerra; pues habiendo de llegar en breves días la legión catorce, de tanta fama con las gentes de Misia, se podía consultar entonces de nuevo, y resolviéndose el pelear, hacerlo con mayores fuerzas.»

Arrimábase al parecer de Paulino Mario Celso; y los que se enviaron a tomar el voto de Anio Galo, que estaba enfermo de una caída de caballo, referían parecerle lo mismo. Mas inclinando Otón a la batalla, su hermano Ticiano y Próculo, prefecto del pretorio, solicitaban como poco prácticos, afirmando que la fortuna, los dioses y la divina felicidad de Otón, así como favorecían sus buenos consejos, así favorecían también el suceso de las cosas; pasando a vanas adulaciones para que nadie se atreviese a decir lo contrario. Resuelto pues el pelear, se trató si era mejor que el emperador se hallase personalmente en la batalla, o que se estuviese en lugar seguro. Los mismos autores del peor consejo, no contradiciendo Paulino ni Celso, por no parecer que querían aventurar la persona del príncipe, le forzaron a retirarse a Brixelo, donde, quitado del riesgo de la pelea, se guardase para la suma de las cosas del imperio. Fue este el primer día que afligió la facción Otoniana: porque partiendo con él una valerosa banda de las cohortes pretorias, de sus guardias y caballos, comenzaron a perder el ánimo los que quedaban; y más, teniendo a los capitanes por sospechosos: y Otón, en quien sólo confiaban los soldados por saber que no creía sino a ellos, había dejado a las cabezas en duda de lo que habían de hacer.

Eran notorias estas cosas a los Vitelianos, habiendo, como sucede en las guerras civiles, mucha gente que de ordinario se pasaba del uno al otro campo; y las espías, por poder saber y preguntar mucho de las cosas ajenas, no dudaban de publicar las propias. Estaban firmes y atentos a la ocasión Cecina y Valente, viendo que el enemigo se encaminaba neciamente a su perdición, esperando y considerando mucho, que es especie de prudencia, en los ajenos yerros; habiendo en tanto comenzado un puente, fingiendo querer pasar el Po contra los gladiadores que estaban de la otra parte. Y porque los soldados no estuviesen ociosos, hicieron llevar barcas el río arriba; y juntadas después de dos en dos en igual distancia, las trabaron entre sí con muy fuertes vigas, echando cantidad de áncoras, para tener el puente con mayor firmeza: advirtiéndoles en dejar flojas las gumenas para que, creciendo el río, pudiesen levantarse igualmente las barcas al peso del agua, sin desordenarse. Cerrábase el puente con una torre levantada sobre las últimas barcas para desde ella con ingenios y máquinas desviar al enemigo.

Habían también los Otonianos fabricado en su orilla otra torre, desde la cual tiraban piedras y fuego. Levantábase en medio del río una isla donde los gladiadores tentaban de arrimarse con sus barcas; mas los Germanos los prevenían a nado, y habiendo acaso pasado muchos, cargadas por Macro sus libúrnicas de los más atrevidos gladiadores, los acometió. Mas no siendo esta gente tan asegurada y diestra en las peleas como los soldados, no podían desde los bateles en continuo movimiento encaminar tan bien los golpes como los que los herían a pie firme desde la orilla,

comenzando los remeros y los defensores con varios meneos de los medrosos a embarazarse entre sí. Los Germanos, arrojándose al agua, y asidos a las popas de los bajeles enemigos, procuraban trepar por ellos, saltar en crujía y echarlos a fondo: lo que sucediendo a vista de ambos ejércitos, causaba efectos diferentes de gusto y de tristeza, maldiciendo los Otonianos la causa y el autor de aquel daño.

Finalmente, desasidos los bajeles que quedaban, con su huida se acabó la refriega. Pedían todos por esto la muerte de Macro; y herido de lejos con una lanza, le estaban ya encima con las espadas, cuando fue defendido por obra de los tribunos y centuriones que se interpusieron. Llegó poco después por orden de Otón Vestricio Espurina con las cohortes, habiendo dejado en Placentia poco presidio. Envió también Otón a Flavio Sabino, electo cónsul, para que se encargase de la gente que solía gobernar Macro: alegrándose los soldados de la mudanza de capitanes, y ellos, por tan ordinarias sediciones, rehusando el gobierno de aquella odiosa milicia.

Hallo acerca de algunos escritores que aquellos ejércitos, por el temor de la guerra o por el aborrecimiento de ambos príncipes, cuyos vituperios y maldades eran cada día más notorios, estuvieron a pique de, dejadas las armas, pensar ellos mismos en hacer nuevo emperador, remitir la elección al senado; y que a este fin persuadieron la dilación los capitanes Otonianos, principalmente Paulino, por ser el más viejo de los consulares, esclarecido en la milicia, y que había en las guerras de Britania ganado gloria y renombre grande. Mas yo, así como concederé que por algunos pocos y en secreto, se deseó la quietud antes que la discordia, y un príncipe bueno y sin tachas, más que otro viciosísimo y perverso, así tampoco creo que Paulino, hombre de singular prudencia, esperase en aquel siglo corrompidísimo tan gran templanza en el vulgo, que los mismos que habían turbado la paz por deseo de guerra, se resolviesen en dejar la guerra por caridad de la paz; ni que los ejércitos, varios de lenguas y de costumbres, pudiesen convenir en esto, o que los legados y capitanes, que sabían no haberse emprendido la guerra por otra cosa que por sus propios desórdenes, pobreza y ruines costumbres, sufriesen otro príncipe que con los mismos defectos, y obligado a reconocer sus servicios y méritos.

El antiguo deseo de mandar fue desde los principios de la naturaleza ingerido en los hombres: aumentóse con la grandeza del imperio, y con ella misma se descubrió. Porque en estado mediano fue fácil cosa conservar igualdad. Mas como, sojuzgado el mundo, extirpadas las ciudades émulas y los reyes, se podían desear con seguridad las grandezas, se encendieron luego los primeros contrastes entre los senadores y el pueblo, prevaleciendo unas veces los sediciosos tribunos, y otras los cónsules, viéndose en la ciudad y en el foro un principio y ensayo de las guerras civiles. Cayo Mario después, levantado del ínfimo vulgo, y Lucio Sila, cruelísimo entre todos los nobles, vencida con las armas la libertad, la convirtieron en tiranía: después de los cuales vino Gneo Pompeyo más cubierto, aunque no mejor que los demás: ni desde entonces acá se ha pleiteado por otra cosa que por el principado. No arrimaron las armas en Farsalia ni en los campos Filípicos las legiones de los mismos ciudadanos. Y ¿es de creer que quisiesen hacerlo voluntariamente los ejércitos de Otón y Vitelio? La misma ira de los dioses, la misma rabia y furor de los hombres, las mismas causas de maldades los incitaron a la discordia. Y si se atiende a lo presto que después se acabaron las guerras, casi como de un solo golpe, la vileza de los príncipes fue la causa: pero demasiado me he dejado llevar de la consideración de las viejas y nuevas costumbres: volvamos ahora al orden de la historia.

Partido Otón para Brixelo, quedó a su hermano Ticiano el título y el honor del imperio, la fuerza y el poder a Prúculo, prefecto de los pretorianos: Celso y Paulino, faltando quien se valiese de su prudencia, servían para llevar la culpa de los yerros ajenos. Los tribunos y centuriones estaban suspensos y dudosos, viendo que, despreciados los mejores, solo se hacia caso de los ruines. Los soldados alegres y resolutos, aunque acostumbrados mas a interpretar que a obedecer las órdenes de los capitanes: los cuales acordaron de pasar mas adelante los alojamientos a una legua distante de Bedriaco, con tan poca prudencia, que, aunque era tiempo de primavera, y con tantos ríos alrededor, se padecía con extremo de agua. Tratóse allí, si se debía venir a la batalla, haciendo para ello viva instancia con carta a Otón: mas los soldados pedían que se hallase el emperador, y muchos que se

hiciesen venir las gentes de allá del Po. Ni ahora es tan fácil de juzgar lo que fuera bien haber hecho, como que fue lo peor lo que se hizo.

Movieron al fin, no como para entraren batalla, mas como para marchar en guerra contra el enemigo, apartado cuatro leguas donde el Po y el Ada mezclan sus corrientes, protestando Celso y Paulino que era lo mismo que presentar al enemigo aquellos soldados cansados del camino y cargados de bagaje; y que hallándose los Vitelianos desembarazados, y con solo el espacio de una legua que marchar, no perderían la ocasión de acometerlos desordenados, o cuando los viesen ocupados en atrincherarse. Convencidos de la razón Ticiano y Próculo, se servían de la autoridad y orden imperial: aumentada de nuevo con terribles mandatos, por medio de un caballo ligero, nómida, queriendo que en todo caso se tentase la fortuna, quejándose de la flojedad de los capitanes, atormentado del esperar, e impaciente en las esperanzas.

En aquel mismo día dos tribunos de las cohortes pretorias fueron a verse con Cecina, que estaba ocupado en hacer el puente: y mientras se aparejaba a oír los capítulos y condiciones que traían y responderles, llegaron los corredores con aviso de que venía el enemigo; con que interrumpiéndose las vistas, tampoco se pudo saber después si se encaminaban con engaño o traición, o por algún partido honesto. Habiendo Cecina despedido los tribunos y vuelto al campo, halló ya en arma a los soldados, y que por orden de Fabio Valenle se había dado el señal de la batalla. Mientras se echaban las suertes sobre los puestos en que habían de pelear las legiones, trabaron los caballos la escaramuza: y es sin duda, que si no fuera por el valor de la legión Itálica, que puesto mano a las espadas les hicieron volver el rostro y tornar a la refriega, por menor número de Otonianos fueran encerrados en sus propias trincheras. Entraron en batalla las legiones Vitelianas sin confusión alguna; porque dado que el enemigo estaba cerca, los árboles espesos quitaban la vista de sus armas; pero de la parte de los Otonianos estaban los capitanes medrosos, los soldados mal satisfechos de ellos, los carros y el bagaje confusos entre sí y sin orden; de todas partes fosos y quebradas, y el camino estrecho aun para ordenanza quieta. Rodeaban algunos sus propias banderas, otros las iban buscando; por todas partes voces confusas, de quien corría, y de quien llamaba; y según que cada cual tenía valor o miedo, así se ponía y se quitaba de los primeros y últimos escuadrones.

Los ánimos atónitos del súbito terror se acabaron de entibiar con una falsa alegría, habiendo algunos que mentirosamente afirmaban haberse rebelado el ejército de Vitelio. No se sabe bien si esta voz, echada por las espías de Vitelio o de la parte misma de Otón, corrió acaso o por astucia de alguno: basta que los Otonianos, depuesto el ardor militar, saludaron a los Vitelianos que los recibieron con murmullo de enemigos: y muchos, no sabiendo la causa del saludar, dudaron de traición. Cerró entonces el ejército enemigo fresco y superior de fuerzas y de número. Los Otonianos, aunque desordenados, inferiores y cansados, cerraron animosamente. Y porque el puesto era impedido de árboles y de viñas, no se daba la batalla por una parte sola: acométense en diversos lugares, de cerca y de lejos, a escuadras y a tropas apiñadas; en la calzada se juntan de manera, que no pudiéndose ayudar de sus armas enhastadas, rempujándose con los hombros y con los escudos, procuraban abrir las celadas y corazas a golpes de espada y hacha. Conocidos entre sí, y fáciles a serlo de los demás, peleaban como por la final salida de aquella guerra.

Encuéntanse acaso entre el Po y el camino en campaña rasa dos legiones: la veinte y una de Vitelio llamada Rapace, famosa de antigua gloria, y la primera de Otón, por sobrenombre Ayutrice, no hasta entonces probada en batalla, aunque codiciosa del primer honor. Los de la primera de Otón, desbaratadas las segundas hileras de la veinte y una de Vitelio, tomaron el águila; de cuyo dolor, encendida la legión, rechazados los de la primera y muerto Orfidio Benigno, su legado, toman muchas banderas y estandartes al enemigo. En otra parte, del ímpetu de los de la quinta legión era maltratada la décima tercia; y los de la catorcena fueron rodeados por muchos que cargaron sobre ellos: porque habiéndose retirado temprano los capitanes de Otón, Cecina y Valente atendían a socorrer con gente fresca a los suyos. Sobrevino el socorro de Varo Alfenio con los Bátavos, los cuales, habiendo pasado en barcas el río, y degollado en él las compañías de

gladiadores que estaban a la defensa del paso, así victoriosos acometen por el costado al enemigo, y rompen el batallón de en medio.

Los Otonianos, rotos del todo, se ponen en huida corriendo la vuelta de Bedriaco. El largo espacio de la retirada, y los caminos llenos de cuerpos muertos hicieron mayor el estrago; y más el no acostumbrarse tomar prisioneros en las guerras civiles. Suetonio Paulino y Licinio Próculo, aunque por diversas vías, excusaron el volver a los alojamientos. Vedio Aquila, legado de la legión trece, con miedo inconsiderado, se expuso a la ira de los soldados: porque entrado en los reparos buen rato antes de la noche, rodeándole una banda de sediciosos y fugitivos, no abstuvieron la lengua ni las manos, llamándole vil y traidor; no por ningún demérito suyo, más, como es costumbre del vulgo, por dar en rostro siempre a otros con sus propios defectos. A Ticiano y a Celso valió el llegar de noche, estando ya puestas las guardias y aplacados los soldados; a los cuales Anio Galo con consejo, con ruegos y con autoridad había persuadido a no querer sobre el daño recibido en la pelea acrecentar la crueldad de matarse unos a otros; pues fenecida que fuese la guerra, o resolviéndose a tentarla de nuevo, era la unión el único remedio a los vencidos.

Perdidos de ánimo todos los demás, solos los pretorianos echaban fuego, diciendo: «que por traición y no por valor habían sido vencidos; y que los Vitelianos habían alcanzado una victoria muy sangrienta, rota su caballería, perdida la águila de una legión: que a ellos les quedaban todavía los soldados que estaban con Otón, los de allá del Po, y que se venían acercando las legiones de Misia: que había quedado buena parte del ejército en Bedriaco, no siendo ninguno de estos de los vencidos; los cuales, siendo necesario, morirían honradamente con las armas en la mano.» Con tales pensamientos, ya airados, ya medrosos, estaban en la última desesperación, trasportados antes de la ira que del temor. Los capitanes del ejército Viteliano haciendo alto más de una legua de Bedriaco, no se atrevieron a tentar el mismo día los alojamientos, esperando que se entregarían voluntariamente. Y así, hallándose sin bagaje, como quien solo había salido para pelear, no hicieron aquella noche otro reparo que el que les daban sus propias armas y la reputación de la victoria. El siguiente día, estando los más feroces del campo de Otón apaciguados y arrepentidos, todos de un acuerdo enviaron embajada. No dudaron los capitanes Vitelianos de conceder la paz, aunque con ocasión de detenerse algún tanto los embajadores, concibieron sospecha los Otonianos, no sabiendo que la hubiesen alcanzado. Mas vueltos después con buen despacho, y abiertos los reparos de los alojamientos, los vencidos y los vencedores con lágrimas en los ojos y miserable alegría maldecían la infidelidad de las armas civiles. Debajo unas mismas tiendas curaban unos las heridas de sus hermanos, y otros de sus amigos. A todos era dudosa la esperanza del premio, la muerte y el llanto ciertos y seguros. Ninguno había allí tan exento del mal que no se doliese de la muerte de alguno. Buscóse el cuerpo del legado Orfidio, y quemóse con la honra y solemnidad acostumbrada. Enterraron algunos pocos sus parientes y amigos, lo restante del vulgo quedó en la campaña.

Esperaba Otón las nuevas del suceso de la batalla sin algún temor, y resuelto ya en lo que había de hacer. Al principio la fama y después los escapados de ella dieron la nueva de la rota. El ardor de los soldados no esperó a que los hablase el emperador; mas ellos primero fueron a rogarle que mostrase buen ánimo, acordándole que no faltaban fuerzas con que renovar la guerra, y ofreciéndose ellos mas que nunca prontos a sufrirlo y a tentarlo todo. No había aquí adulación, mostrándose todos voluntariosos y verdaderamente llenos de afecto, y de un cierto furor en desear la batalla y renovar la fortuna del bando. Daban muestras de ello los apartados con alzar las diestras, y los cercanos con echársele a los pies: principalmente Plocio Firmo, prefecto del pretorio, le importunaba y rogaba que no quisiese desamparar un ejército tan fiel y unos soldados de tanto mérito. «Mucho mas se muestra, decía, la grandeza de ánimo en sufrir las adversidades, que en evitarlas. Los hombres fuertes y valerosos oponen el rostro a la fortuna, los tímidos y viles precipitan en desesperación.» Durante estas palabras, según el bueno o mal semblante que mostraba Otón, seguían las voces de alegría o de tristeza. Y esto no solamente los pretorianos, soldados propios de Otón, mas aquellos también que habían sido enviados de los de Misia prometían la misma constancia del ejército que estaba atrás, dando nueva que las legiones habían ya entrado en

Aquileya: de manera que nadie puede dudar de que se hubiera podido entablar de nuevo una terrible guerra sangrienta y peligrosa, no menos a los vencedores que a los vencidos.

Con todo eso Otón, ajeno de pensamientos de guerra, les dijo estas palabras: «El precio de poner a nuevos peligros ese vuestro ánimo y valor es sobradamente excesivo para el rescate de mi vida. Cuantas más esperanzas me mostráis, si yo desease vivir, tanto más se me hace hermosa y agradable la muerte. Hémonos tentado los aceros la fortuna y yo: no se ponga en consecuencia la brevedad del tiempo; que mayor dificultad hay en templarse uno en la felicidad que piensa haber de gozar poco. Vitelio comenzó la guerra civil, y de su parte ha venido la ocasión de competir sobre la posesión del imperio: vendrá de la mía el ejemplo de no pelear más de una vez. Hagan de aquí juicio de Otón los venideros. Goce Vitelio la compañía de su hermano, de su mujer y de sus hijos, que yo ni de venganza ni de consuelo necesito. Otros han gozado más largamente del imperio; mas ninguno le ha dejado con mayor valor. ¿Sufriré yo que de nuevo perezca tanta juventud romana y que se arrebatan a la república ejércitos tan valerosos? Venga conmigo vuestro buen ánimo, como pronto a morir por mí; mas quedad vosotros vivos y alegres: no dilatemos más, yo vuestra salud y vosotros mi constancia. Especie de vileza es hablar un hombre mucho de su fin: sírvaos de señal eficaz de mi firme resolución el ver que de nadie me quejo: porque el inculpar a los dioses o a los hombres es propio de los que desean la vida.»

Dicho esto, llamando a todos con mucho amor conforme a la edad y grado de cada uno, les iba exhortando a darse prisa, para que con la dilación no exasperasen el ánimo del vencedor; moviendo a los mozos con la autoridad y a los viejos con ruegos: el rostro sereno, franco en el hablar y sin miedo iba refrenando las lágrimas sin sazón de los suyos. Ordena que se den carros y barcas a los que parten. Hace quemar las cartas y memoriales, o demasiado officiosos para con él, o sobradamente injuriosos contra Vitelio. Distribuye dineros parcamente, y no como ya al fin de su vida. Tras esto, viendo a Salvio Coceyano, hijo de su hermano, amedrentado y triste, como quien estaba todavía en su primer juventud, comenzó a consolarle loándole el afecto y reprendiéndole el temor. «¿Será por ventura, le dijo, Vitelio de ánimo tan desapiadado, que en pago de haberle yo conservado todo su linaje, no pueda esperar de él este favor a lo menos; y más haciéndome merecedor de su clemencia con solicitar mi fin? Pues no en la última desesperación, mas cuando mi ejército pedía con mayor fervor la batalla ofrecí el último caso al amor de la república. Conténtome de la fama y de la nobleza ganada a mis sucesores; pues al fin soy el primero tras los Julios, los Claudios y los Servios, que ha trasferido el imperio en familia moderna: por lo cual atiende con ánimo generoso a vivir, no acordándote demasiado ni tampoco olvidándote del todo de que has tenido a Otón por tío.»

Después, despedidos todos, tomó un poco de reposo; y entrado ya en los cuidados postrimeros, le divirtió de ellos un ruido repentino que sintió, viniendo aviso de la insolencia y tumulto de los soldados, que amenazaban de muerte a cualquiera que tuviese atrevimiento de partirse; furiosos particularmente contra Verginio, a quien tenían sitiado en su casa: y así Otón, después de haber reprendido a los autores del tumulto, volviéndose, atendió después a los cumplimientos de los que se iban, hasta que todos hubiesen partido sin recibir daño ni molestia. Hacia la tarde se restauró la sed con un poco de agua fría, y haciéndose traer dos puñales, tentada a entrambos la punta y el corte, se puso el uno debajo de la almohada. Certificado después de que se habían partido los amigos, pasó la noche con quietud, y como afirman, no sin dormir. Al despuntar del día se atravesó el pecho con el hierro. Al último gemido, entrando los esclavos y libertos, y Plocio Firmo, prefecto del pretorio, hallaron al muerto una sola herida. Solicitáronse con gran prisa las exequias, habiéndolo él instado con apretados ruegos, para que la cabeza no pudiese ser dividida del cuerpo y escarnecida del vulgo. Las cohortes pretorias con loores y con llantos, llevaron el cuerpo, besándole las manos y la herida. Algunos soldados se mataron junto a la hoguera, no por haber cometido delito ni por temor, mas por deseo de participar de su gloria y mostrar el amor que tenían a su príncipe. Fue después celebrada universalmente esta manera de muerte en Bedriaco, en Placentia y en los demás alojamientos. Hízosele a Otón un sepulcro de mediana fábrica, y que

permanecerá.

Este fin tuvo Otón a los treinta y siete años de su edad. Tuvo su origen de Ferentino, de padre consular, y de abuelo pretorio. Fue menos noble de parte de madre, aunque de familia honesta. Pasó su niñez y juventud como hemos mostrado arriba, y con dos grandes acciones, una perversísima y otra gloriosa, dejó de sí a los venideros una mezcla de buena y de mala fama. Como el buscar cosas fabulosas y con ficciones deleitar los ánimos de los que leen veo que no conviene a la gravedad de la obra que tenemos entre manos, así tampoco me atrevo a quitar del todo el crédito a las cosas creídas y escritas por otros. En el día que se dio la batalla de Bedriaco, cuentan los naturales de aquella tierra, que en un lugar muy frecuentado de la ciudad de Regio Lépido, se puso un pájaro de extraordinaria especie; el cual, ni del concurso de la gente, ni del vuelo de las otras aves alrededor de él se espantó o se movió jamás hasta que Otón se hubo muerto, desapareciendo en aquel instante. Y los que computaron después el tiempo, el principio y el fin de aquel milagro, hallaron que convenía todo con la muerte de Otón.

En cuyo mortuorio, con la ocasión del llanto y de aquel dolor, se renovó la sedición: y no era maravilla, que no había quien lo impidiese. Y vueltos a Verginio los soldados, le rogaban con término amenazador, unas veces que aceptase el imperio, otras que fuese con embajada a Cecina y Valente. Mas él, saliéndose secretamente por la puerta falsa, no pudo ser hallado por los que entraron rompiendo la principal. Rubrio Galo llevó la embajada y ruegos por parte de las cohortes que habían quedado en Brixelo: y obtúvose el perdón, a causa de que Flavio Sabino, con las tropas que había tenido a su cargo, se pasó al bando del vencedor.

Habiendo por todas partes cesado la guerra, corrió muy gran peligro aquella parte del senado que había seguido a Otón desde Roma, a quien después había dejado en Módena; porque llegada allí la nueva de la rota, teniéndola los soldados por falsa, y persuadiéndose a que aquel senado aborrecía a Otón, escuchaban con gran cuidado sus razones y pláticas, atribuyéndolo todo a la peor parte, hasta los rostros y semblantes de cada uno. Finalmente, con injurias y malas palabras buscaban ocasión de hacer mortandad en ellos. Afligía también a los senadores otro temor, es a saber, de no dar muestra, siendo ya superior el bando de Vitelio, de haber oído con poco gusto esta victoria. Así medrosos y rodeados de angustias se juntan, no atreviéndose cada uno de por sí a aconsejar con resolución, donde juntos todos parece que se aseguraban con la compañía de la culpa. Aumentó el cuidado en aquellos ánimos medrosos la oferta de armas y de dineros que les hizo el magistrado de Módena, honrándolos fuera de tiempo con el nombre de padres conscriptos.

Nació de aquí contraste notable entre Licinio Cecina y Marcelo Eprio: porque estos en sus discursos no se dejaban entender, ni los demás descubrían su intención con mas libertad. Mas el nombre de Marcelo, aborrecible por sus denuncias, incitaba a Cecina, hombre nuevo y poco antes entrado a senador, a ganar reputación con la enemistad de los grandes; pero atajólos al fin la prudente moderación de los mejores que estaban presentes, y volvieron todos a Bolonia para consultar otra vez lo hacedero, esperando entre tanto a tener mas ciertos avisos. En Bolonia los que se enviaron por los caminos a saber nuevas, encontraron con un liberto de Otón, el cual, preguntado de la causa de su partida, respondió que traía los últimos mandatos de su señor: que todavía quedaba vivo, pero con sólo el cuidado de dejar a la posteridad una honrada memoria de sí, cortado del todo el hilo a las esperanzas lisonjeras de vivir. Quedaron de esto admirados y con una cierta vergüenza de no informarse mas adelante. Desde entonces inclinaron los ánimos de todos al bando de Vitelio.

Su hermano Lucio estaba presente a todos los consejos; el cual comenzaba ya a ofrecerse a los que le adulaban, cuando llegó Ceno liberto de Nerón, y con una horrenda mentira los espantó a todos, afirmando que llegada la legión catorce, con la gente de Brixelo, habían sido rotos los vencedores, trocándose la fortuna del bando. La causa de esta invención fue porque las órdenes y patentes de Otón, de que ya no se hacía caso, volviesen a tener valor por otra más alegre nueva. Y Ceno, que con gran diligencia pasó entonces a Roma, fue pocos días después castigado por orden de Vitelio. Aumentábase el peligro de los senadores con el crédito que daban a estas nuevas los soldados Otonianos. Fuera de esto hacía mayor el miedo el poderse persuadir los soldados a que su

salida de Módena so color de tener consejo público, no había sido sino por huir del bando de Otón. Y así, sin tratar mas de juntarse, atendía cada uno a su propio particular, hasta que llegadas cartas de Valente, acabaron de salir de cuidado: que la muerte de Otón, cuanto era más digna de alabanza, tanto se publicó con mayor presteza.

Mas en Roma no se vio por esto alteración alguna. Celebrábanse los acostumbrados juegos de la diosa Ceres, cuando llegó al teatro el aviso cierto de la muerte de Otón, y que Flavio Sabino, prefecto de Roma, había tomado el juramento por Vitelio a los soldados que habían quedado en guardia de la ciudad. Luego el pueblo con alegre aplauso para con Vitelio levantó las estatuas de Galba adornadas de laurel y de flores, y las llevó al rededor de los templos, haciendo después como un túmulo de guirnalda de flores junto al lago Curcio en el propio lugar donde Galba derramó su sangre. Decretóse luego en el senado en honra de Vitelio todo lo que por tiempos se fue inventando en los largos principados, añadiendo loores y gracias a los ejércitos Germánicos, y despachándoles embajadores en testimonio de la alegría del senado. Leyéronse las cartas que Fabio Valente había escrito a los cónsules con harta modestia, puesto que agradó mas y pareció mejor la de Cecina, que se abstuvo de escribir.

Italia entre tanto era afligida más gravemente y con mayor crueldad que si durara la guerra: porque los Vitelianos, esparcidos por los municipios y colonias, despojaban y robaban, y con la fuerza y los estupro lo violaban todo; no haciendo distinción de cosas vedadas o permitidas a trueque de sacar dineros, ni perdonando a lo sagrado ni á lo profano. Hubo muchos que mataron a sus enemigos particulares fingiendo que eran soldados del bando contrario: y los soldados que sabían la tierra, partían entre sí las posesiones llenas de bienes, y los dueños ricos de ellas; determinados de malar a quien les hiciese resistencia, no atreviéndose las cabezas irles a la mano, obligados del reciente servicio. Había en Cecina menos avaricia, aunque mas ambición. Valente, dado a la ganancia y al logro, era por esto infame disimulador de las culpas ajenas. Tal, que afligida por tanto tiempo Italia, no se podía sufrir mas la muchedumbre de infantes y caballos, ni las violencias, injurias y daños que se hacían.

Vitelio entre tanto, ignorante aun de la victoria, traía consigo, como si entonces se hubiera de comenzar la guerra, lo restante de las fuerzas del ejército Germánico, habiendo dejado en aquellas guarniciones algunos pocos soldados viejos, y tomado a sueldo con mucha prisa otros en las Galias para rehinchar las legiones que quedaban, dejando el cargo de la guerra a Ordeonio Flaco. Él, añadiendo a los suyos ocho mil soldados de los nuevamente levantados en Britania, y caminando adelante pocas jornadas, tuvo la nueva del próspero suceso que habían tenido sus cosas en Bedriaco, y como por la muerte de Otón se había acabado la guerra. Con esto, intimado luego el parlamento, celebró con muchos loores el valor de los soldados, y pidiéndole todo el ejército que quisiese dar la dignidad de caballero romano a Asiático, su liberto, refrenó su deshonesta adulación. Mas poco después, por su natural inconstancia, pidió secretamente en un banquete lo que en público había negado; permitiendo que Asiático se honrase con los anillos de oro: esclavo infame y sin vergüenza, y con malas artes lleno de noble ambición.

En estos mismos días le vinieron avisos de como se habían declarado por él ambas Mauritania, habiendo muerto al procurador Albino. Luceyo Albino, hecho por Nerón gobernador de la Mauritania Cesariense, añadiéndole después Galba la Tingitana, tenía fuerzas no despreciables: diez y ocho cohortes, cinco compañías de caballos y gran número de Mauros, con las presas y con los robos habitados también para la guerra. Muerto Galba, se había inclinado a Otón; y no contento con África, aspiraba también a Hispania, provincias divididas de un estrecho bien angosto de mar. Sospechoso de esto Cluvio Rufo, ordenó que la décima legión se arrimase a aquellas riberas, como dando a entender que quería pasar de la otra parte; y envió delante a África algunos centuriones con orden de procurar traer a los Mauros a la devoción de Vitelio. No tuvieron en esto dificultad, por la fama grande que tenía en aquellas provincias el ejército Germánico, y por haberse publicado que Albino, menospreciado el nombre de procurador, quería usurpar el título de rey y el nombre de Juba.

Mudadas con esto las voluntades, Asinio Polion, capitán de caballos, de los mas fieles amigos de Albino, y Festo y Scipion, prefectos de las cohortes, fueron muertos: y el mismo Albino, pasando de la Tingitana a la Mauritania Cesariense, fue muerto también al desembarcarse. Su mujer, que voluntariamente se presentó a los matadores, tuvo la misma fortuna, sin curar Vitelio de informarse de lo que pasaba, contentándose con una breve relación de todas las cosas, por grandes que fuesen: incapaz al fin de negocios graves. El cual encaminado el ejército por tierra y embarcado él en el río Arar, caminaba sin ningún aparato de príncipe, aunque admirado por la pobreza de antes, hasta que Junio Bleso, gobernador de la Galia Lugdunense, de sangre ilustre, y no menos espléndido que rico, le proveyó de familia y aparato imperial, acompañándole con mucha liberalidad; con tanto menos agradecimiento de Vitelio, cuanto procuraba encubrir mas el aborrecimiento que le tenía con humildes y viles lisonjas. Saliéronle al encuentro a Lugdunum los capitanes del bando vencido y los del vencedor: y habiendo en público parlamento loado a Valente y Cecina, quiso que se sentasen junto a su propia silla de marfil. Mandó después que todo el ejército saliese a recibir a su hijo de tiernos años; al cual, haciéndole traer a su presencia, y tomándole en los brazos, vestido con casaca de armas imperial, llamó Germánico; honrándole con todas las demás cosas convenientes a fortuna de príncipe. Aquel honor excesivo en la prosperidad le sirvió después de consuelo en sus adversidades.

Fueron tras esto hechos morir todos los centuriones más valerosos Otonianos: ocasión bastantísima para hacerse Vitelio aborrecer de los ejércitos del Ilírico, y para que las otras legiones vecinas, envidiosas de los soldados de Germania, comenzasen a pensar en la guerra. Trajo tras sí muchos días con secas dilaciones a Suetonio Paulino y Licinio Próculo antes de tener audiencia, hasta que dándosela al fin, les convino servirse de defensas antes necesarias que honestas. Ellos confesaron haber sido traidores, afirmando, que el largo camino hecho antes de la pelea, el cansancio de la gente Otomana, el embarazo de los carros entre los escuadrones, y otras cosas casuales, habían sido ocasionadas de su artificio. Vitelio tuvo por verdadera la traición y se la perdonó. A Salvio Ticiano, disculpó el amor fraternal para con Otón y su poco valor. Confirmóse el consulado a Mario Celso, aunque se creyó entonces, y después no faltó quien en el senado diese en rostro a Cecilio Simplicio, con que había querido comprar este oficio con dineros, y hasta con la muerte de Celso. Estorbólo Vitelio, y dio después a Simplicio el consulado sin mancha y sin gasto. Galería, mujer de Vitelio, defendió a Tracalo de los acusadores.

En este trabajo de los hombres grandes (cosa vergonzosa) un cierto Marico, del vulgo de los Boyos, se atrevió, so color de deidad, a ingerirse en la fortuna de los príncipes y provocar las armas romanas. Ya el librador y el dios de las Galias (éste era el nombre que se había puesto) seguido de ocho mil hombres, hubiera llevado a sí las vecinas villas de los Eduos, si aquella ciudad prudentísima con buen golpe de escogida juventud, añadidas por Vitelio algunas cohortes, no hubiera desbaratado aquella desatinada muchedumbre. Quedó preso en aquel conflicto Marico, y porque echado a las fieras no era despedazado al momento, el vulgo loco le tenía por inviolable, hasta que a vista de Vitelio fue hecho morir. No se procedió más adelante contra los rebeldes ni sus bienes.

Los testamentos de los que murieron en la jornada del bando de Otón fueron ratificados, habiéndose también dado lugar a las leyes por los abintestatos. A la verdad, si Vitelio hubiera moderado los desordenes y prodigalidad, no había de que temer a su avaricia. Mas era sobradamente insaciable y bestial su glotonería. Hacía traer de Roma y de todos los lugares de Italia viandas para incitar el apetito, no sufriendo los caminos el número grande de vivanderos que discurrían del uno al otro mar: consumidos en los aparatos de los convites los mas ricos de las ciudades, se consumían también las mismas ciudades. Y los soldados, con el uso continuo de los apetitos y regalos y con el menosprecio de su cabeza, desamparaban del todo el trabajo y perdían el valor. Envió delante a Roma un edicto, en el cual declaraba querer diferir el nombre de Augusto y no consentir jamás el de César, puesto que no se contentaba con un punto menos de autoridad. Fueron echados de Italia los astrólogos; y por un edicto muy severo se prohibió que los caballeros

romanos no se difamasen con emplear sus personas en los juegos ni esgrimas del teatro. Habíanlos obligado a ello los emperadores pasados con grandes dádivas, y muchas veces por fuerza: compitiendo entre sí muchos municipios y colonias en llevar a este infame ejercicio a fuerza de dádivas a los más disolutos mozos.

Mas Vitelio a la llegada de su hermano, ingiriéndose cada día mas con él los maestros de la tiranía, hecho más soberbio y cruel, hizo matar a Dolabela, desterrado ya por Otón, como se ha dicho, a la colonia de Aquino. Este Dolabela, avisado de la muerte de Otón, había vuelto a Roma, y con esta ocasión, Plancio Varo que había sido pretor, íntimo amigo de Dolabela, le acusó ante Flavio Sabino, prefecto de Roma, de haber roto el destierro con designio de hacerse cabeza del bando vencido: añadiendo también, que había intentado sobornar a la cohorte que estaba en Ostia: no arrepentido Plancio de mil delitos en que estaba convencido, procuraba sacar segundo perdón por medio de esta maldad. Suspenso pues Flavio Sabino en cosa de tanto peso, Triaria, mujer de Lucio Vitelio, más feroz de lo que suelen ser las mujeres, le puso miedo, diciendo: «que no quisiese con peligro del príncipe ganar nombre de clemente.» Y así Sabino, manso y benigno de su naturaleza, aunque fácil a mudar propósito por cualquier pequeño asombro, y a vueltas del peligro ajeno dudando también del suyo, por no parecer que le sostenía, le ayudó a caer.

Tal que Vitelio, por temor y por odio de haberse casado Dolabela con Petronia, que había sido su mujer, poco después de haberla repudiado, llamándolo por cartas, mandó que, divertido de la publicidad de la vía Flaminiay metido en Interamnia, fuese allí muerto. El matador, pareciéndole larga la jornada, después de haberle hecho entrar en una venta que estaba en el camino, echándolo en tierra, lo degolló: haciendo este acto en gran manera odioso el nuevo principado, de que se comenzaban a dar tan buenas muestras. Hizo parecer mayor la insolencia de Triaria el ejemplo grande que dio de modestia Galería, mujer del emperador, nada altiva con los afligidos, y de igual bondad la madre de los Vítenos, Sextilia, matrona de antiguas costumbres. Escriben que dijo a las primeras cartas de su hijo: a este no le parí yo Germánico, sino Vitelio. Así después, no habiendo jamás por lisonjas de la fortuna, ni por adulaciones de la ciudad dado señal alguna de alegría, vino a participar solamente de las adversidades de su casa.

Marco Cluvio Rufo, dejada la Hispania, alcanzó a Vitelio que había ya partido de Lugdunum, mostrándose exteriormente alegre y confiado, mas en lo secreto afligido y temeroso de ánimo, sabiendo muy bien de lo que había sido inculcado. Hilario, liberto de César, había referido de él que sabido el principado de Otón y Vitelio, había tentado de apoderarse de las Hispanias, y que por esto en sus patentes no había puesto jamás título de algún emperador. Había interpretado también ciertas palabras de una de las oraciones de Rufo, dichas en ofensa de Vitelio, solo por hacerse grato al pueblo. Mas prevaleció de suerte la autoridad de Cluvio, que mandó Vitelio castigar al liberto; ordenándole a él le fuese acompañando sin quitarle el gobierno de la Hispania; antes se lo dejó gozar estando ausente, con el ejemplo de Lucio Aruncio, que Tiberio retuvo cerca de sí por miedo: mas Vitelio no le tenía de Rufo. No se le hizo tanta honra a Trebelio Máximo, huido de Britania de la furia de los soldados, en cuyo lugar se envió a Vecio Bolano, de la comitiva del príncipe.

Inquietaba mucho a Vitelio el ánimo todavía alterado de las legiones vencidas, cuyos soldados, esparcidos por Italia y mezclados con los vencedores, hablaban como enemigos; especialmente los de la legión catorce que con su acostumbrada ferocidad negaban el haber sido vencidos: porque en la batalla de Bedriaco, rotos solamente los vexilarios, no se halló el nervio de la legión. Resolvióse de enviarlos a Britania, de donde habían sido llamados por Nerón, y con ellos también las cohortes de Bátavos, por la vieja enemistad que tenían con los de esta legión. No duró mucho la paz entre tantas enemistades de gente armada. En Turín, mientras un Bátavo se resiente contra un oficial que le había engañado y un legionario, su huésped le defiende, y acudiendo gente de entrambas partes, se pasa de malas palabras a homicidios: y sucediera cruel estrago, si dos cohortes pretorias que llegaron en favor de la legión no hubieran igualado las fuerzas, animando a los suyos y causando temor a los Bátavos. A los cuales hizo Vitelio juntar a su ejército, como confidentes suyos, y ordenó que la legión, pasados los Alpes Grayos, torciese el camino por no

pasar por Vienna; siéndole también sospechosos los Viennenses. La noche que desalojó la legión, habiendo dejado por todo fuegos encendidos, se quemó una parte de la colonia de Turín; de cuyo daño, como de otros muchos causados por la guerra, no se hizo cuenta, oscurecido de las ruinas mayores de otras ciudades. Los soldados más sediciosos de la legión catorce, pasando los Alpes, volvieron las banderas hacia Vienna: mas detenidos por la conformidad y unión de los mejores, pasaron finalmente a Britania.

Daban cuidado en segundo lugar a Vitelio las cohortes pretorias: y así, separadas por esto al principio, y ablandadas después un poco con darles una honesta licencia, comenzaban a traer las armas para entregarlas a sus tribunos, cuando se supo que Vespasiano se aparejaba para la guerra: y entonces vueltas al sueldo, fueron el mayor esfuerzo del bando Flaviano. La legión primera de la armada se envió a Hispania para que se amansase en la paz y en el ocio: la oncena y la séptima se volvieron a sus guarniciones de invierno. Los de la décima tercia se emplearon en la fábrica de los anfiteatros, preparando Cecina en Cremona y Valente en Bolonia los juegos de gladiadores; pues nunca se ocupaba Vitelio en los negocios de manera que se olvidase de los deleites. Había él, a la verdad, compartido discretamente de esta manera los soldados del otro bando.

Nació después entre los vencedores de un principio de burla una grave sedición, si el número de los muertos no la igualara con una razonable batalla. Estaba en Ticinum Vitelio, y había entre otros convidado a comer a Verginio. Los legados y los tribunos van siempre imitando la gravedad o los vicios, conforme a las costumbres de su general; y así estos atendían a banquetear todo el día alegremente, haciéndose a esta medida el soldado más o menos desordenado. Acerca de Vitelio fue siempre todo descompostura y embriaguez; semejante antes a vigiliias y a bacanales que a ejército disciplinado. Dos soldados pues, uno de la legión quinta y otro de los Galos auxiliares, irritados en el ejercitarse a la lucha, quedando debajo el legionario, y tratándose el galo demasiado como vencedor, dieron ocasión a que los circunstantes se hiciesen parciales: tal que dando los de las legiones contra los auxiliares; degollaron dos cohortes enteras. Remedió a este tumulto otro tumulto: porque vístose de lejos levantar polvo y resplandecer armas, se comenzó a gritar que la legión catorce, vuelta atrás, venía con intento de pelear; y a la verdad era la retaguardia del campo. Reconocidos entre si, cesó la sospecha. En este medio, encontrándose ciertos soldados acaso con un esclavo de Verginio, y levantándole que quería matar a Vitelio, van corriendo la vuelta del banquete para matar a Verginio. Ni el mismo Vitelio, puesto que sospechoso de cualquier cosa, dudaba de su inocencia: y con todo eso fueron detenidos con dificultad los que pedían la muerte de un hombre consular y que había sido antes su general. Nadie se vio jamás tan expuesto a los peligros de las sediciones como Verginio: era grande la admiración y la fama de aquel hombre; mas aborrecíanle ya, como cansados de él.

El día siguiente Vitelio, oídos los embajadores del senado, que por su orden le esperaban allí, pasó al campo, donde alabó mucho el afecto de los soldados; quejándose en contrario los auxiliares de que hubiese llegado a tal extremo la insolencia y orgullo de las legiones, y que se quedasen sin castigo. Las cohortes de Bávavos, porque no tentasen otra crueldad mayor, se envían a Germania; preparando ya los hados un principio de nuevas guerras civil y extranjera. Enviáronse también a sus casas los socorros de las ciudades de las Galias, buen golpe de soldados, que fue después al principio de la rebelión, una de las cosas mas importantes para mover aquellos ánimos a la guerra. Y porque las rentas del imperio, disipadas portamos gastos, pudiesen bastar para lo necesario, mandó disminuir el número de banderas de las legiones y gente de socorro; prohibiendo el rehenchir las plazas que fuesen vacando, ofreciéndose indiferentemente licencia a todos; resolución dañosísima a la república y poco grata a los soldados; a los cuales, siendo menos en número, tocaban más a menudo las facciones, trabajos y peligros: relajándose entre tanto las fuerzas con el vicio y desórdenes contra la antigua disciplina militar e institutos de los antiguos; acerca de los cuales se conservó mejor la grandeza romana con el valor que con el oro.

Dio la vuelta de allí Vitelio para Cremona, y vistas las fiestas de Cecina, quiso pasar por los llanos de Bedriaco y apacentar la vista en las reliquias de la reciente victoria: sucio y horrendo

espectáculo cuarenta días después de la batalla. Veíanse los cuerpos despedazados, los miembros divididos, formas hediondas de hombres y de caballos, la tierra inficionada de la putrefacción, derribados los árboles con sus frutos, cruelísima destrucción de todo. No daba indicios de menor inhumanidad el ver una parte del camino cubierta de Cremoneses, adornados de laurel y rosas, levantados altares, y ofreciendo víctimas a uso de reyes; cuyas demostraciones, aunque agradecidas entonces, fueron después causa de su ruina. Estaban presentes Valente y Cecina mostrando los lugares del conflicto. Aquí arremetieron las legiones a la batalla: allí cerraron las tropas de caballos: acullá rodearon al enemigo los auxiliares, no cesando de engrandecer los tribunos y prefectos sus propias hazañas; mezclando, no solamente encarecimientos, pero también mentiras. Hasta el vulgo de los soldados con voces y regocijo, dejando el camino, iban a ver la plaza de batalla, y miraban con admiración los montones de armas y de cuerpos. Hubo algunos que, considerando la variedad de la fortuna, se movían a piedad y a lágrimas. Mas Vitelio no apartó jamás los ojos, ni mostró ningún horror de ver tantos millares de ciudadanos sin sepultura; antes alegre e ignorante del infortunio que se le aparejaba, iba ofreciendo sacrificios a los dioses de aquel lugar.

Celebró después en Bolonia Fabio Valente su fiesta de gladiadores, haciendo venir los hábitos y aparatos de Roma. Cuanto más se iba acercando a Roma Vitelio, tanto mas crecía por el camino la disolución, mezclándose por momentos manadas de histriones y eunucos, con otros linajes de gente de la escuela de Nerón, cuya memoria celebraba Vitelio con admiración grande, como hombre que acostumbraba cortejarle cuando cantaba; no forzado como muchos buenos, sino hecho esclavo de su gusto, y comprado a precio de deleites y de gula. Por dar lugar en los honores a Valente y Cecina, se cercenaron los consulados de los otros: disimulando el de Marcio Macro, como capitán Otoniano, y difiriendo el de Valerio Marino, nombrado para cónsul por Galba; no por hallarse ofendido de él, sino porque, siendo hombre de buena pasta, no era para resentirse del agravio. Dejó a una parte a Pedanio Costa, poco grato al príncipe, como uno de los que conspiraron contra Nerón, y el que instigó a Verginio, puesto que alegó otras causas. Diéronse después por todas estas cosas gracias a Vitelio: también se les había asentado la servidumbre.

Hallóse estos días un cierto hombre que fingió ser Escriboniano de Camerino: el cual, temeroso en tiempo de Nerón, se había retirado a Istria, donde había algunas familias allegadas a los antiguos Crasos, posesiones y particular inclinación y favor a su nombre. Éste, llevando consigo una banda de atrevidos para acreditar la mentira, había hecho tanto, que él vulgo crédulo y algunos soldados, o engañados, o deseosos de novedades, le seguían a porfía: hasta que entregado a Vitelio y preguntado quién era, visto que no se daba fe a sus palabras, siendo ya reconocido de su dueño por un fugitivo llamado Geta, fue hecho morir como esclavo.

Es casi increíble lo que Vitelio creció de soberbia y negligencia después que tuvo nueva de Siria y de Judea, que todo el Oriente estaba a su devoción: porque si bien, hasta entonces sin certidumbre de autor, era grande y en boca de la fama la opinión de Vespasiano, cuyo nombre solía desvelar muchas veces hasta al mismo Vitelio, librados ya él y su ejército del miedo de tan gran competidor con la crueldad, con la lujuria y con las rapiñas, se gobernaban del todo como bárbaros.

Mas Vespasiano en este medio consideraba y medía con la guerra que pensaba emprender sus armas y sus fuerzas, tanto las apartadas como las cercanas. Los soldados de tal manera estaban a su devoción, que pronunciando las palabras del juramento y los ruegos que hacía por la prosperidad de Vitelio, le escucharon con silencio y sin las acostumbradas aclamaciones. Muciano no tenía el ánimo mal dispuesto por Vespasiano, puesto que amaba más a Tito. Habíase confederado con él Alejandro, prefecto de Egipto. Y porque la legión tercera había pasado de Siria a Misia, la contaba por suya, esperando que le seguirían también las demás del Ilírico: porque los soldados que venían del bando de Vitelio tenían ofendidos en todas partes a los demás: los cuales, de aspecto fiero y arrogantes en el hablar, despreciaban a los otros, como a inferiores. Mas la grandeza de la empresa iba difiriendo la resolución, hallándose Vespasiano tal vez lleno de esperanzas, y tal de pensamientos adversos. Imaginaba entre sí, que aventuraba con la guerra y en el suceso de un solo día su persona de sesenta años de edad, con dos hijos mozos que tenía: que se concede en los

designios privados el poder caminar paso a paso y encomendar mas o menos a la fortuna: mas a los que desean imperio no se da medio entre la cumbre y el precipicio.

Tenía delante el valor del ejército Germánico, conocido por él, como tan gran soldado: sus legiones no acostumbradas a guerras civiles, de las cuales habían quedado con victoria las de Vitelio, y los vencidos con mas lamentos que fuerzas: que la fe de los soldados era poco segura en las guerras civiles, conviniendo guardarse de cada uno. Porque, ¿de qué provecho serían las cohortes y bandas de caballos, cuando uno o dos se resolviesen a ganar con maldad el premio prometido por la otra parte? Que de esta manera había sido muerto Escriboniano en tiempo de Claudio, y de esta misma subió a principales cargos en la milicia Volaginio, que lo mató. Más fácil cosa es vencer a muchos que guardarse de uno.

Estando pues en duda por estos temores, no cesaban los legados y los amigos de animarle; y Muciano, después de haberle hablado muchas veces en secreto, le habló así en público: «Todos aquellos que se aconsejan sobre grandes cosas, deben considerar si lo que pretenden es útil para la república, honroso para ellos, y si no fácil a ejecutarse, a lo menos no muy dificultoso. Débese advertir también quién es el que lo aconseja; si se ofrece al mismo peligro, y sucediendo el caso prósperamente, a quién espera mayor gloria. Yo, oh Vespasiano, te llamo al imperio; empresa no menos saludable para la república que honrosa para ti, y después de la voluntad de los dioses, pendiente de la tuya. Ni puedes temer que sea este oficio de adulación, estando más vecino al vituperio que al loor el ser elegido después de Vitelio. No nos levantamos ahora contra el ánimo invencible de Augusto, ni contra los sagaces años de Tiberio, o contra la casa de Cayo, de Claudio o de Nerón, fundada con largo imperio: has cedido también a la nobleza de Galba: mas el estar en ocio de aquí adelante, es dejar contaminar y destruir la república; y por fuerza habría de parecer demasiada vileza y sobrado sueño, cuando demos que la servidumbre te fuese tan segura como vergonzosa. Fuese ya y pasóse el tiempo en que se podía dar muestras de desear el imperio. Necesario es ahora asegurarse con el mismo imperio. ¿Hásete olvidado por dicha el modo en que fue muerto Corbulon? De más noble sangre que nosotros, yo lo confieso: mas también Nerón excedió en nobleza a Vitelio. Harto ilustre y claro es para el que teme cualquiera que sea el temido: y que del ejército pueda salir electo el emperador, lo ha mostrado el mismo Vitelio, sin experiencia, sin fama militar, ayudado solamente del odio concebido contra Galba. Y ya vemos engrandecido y deseado el nombre de Otón; vencido, no por arte de capitán o valor de ejército, mas por su propia desesperación. Entre tanto que Vitelio va separando las legiones y desarmando las cohortes, fomenta cada día nuevas semillas de guerra. Y sus soldados, si en algún tiempo tuvieron punto de valor o ferocidad, imagina que lo van ahora menoscabando entre los banquetes y las tabernas, a imitación de su emperador. Tú tienes de Judea, de Siria y de Egipto nueve legiones enteras; no deshechas por las guerras, no estragadas por las discordias, sino soldados curtidos en los trabajos y vencedores en una guerra extranjera. De armadas, de caballos, de cohortes, la flor; amistad de reyes fidelísimos, y sobre todo tu experiencia.

»De mí no quiero decir mas sino que no soy tenido en menos que Cecina y Valente: ni debes despreciar a Muciano por compañero, porque no le pruebas competidor. Porque yo, así como me antepongo a Vitelio, así te prefiero a mí. Tienes en tu casa el honor de haber triunfado; dos hijos mancebos, uno ya capaz de imperio, y en los primeros años de su milicia claro y famoso hasta en los ejércitos Germánicos. Necedad y aun locura sería no ceder yo el imperio a aquel, cuyo hijo es sin duda que yo adoptara cuando fuera emperador. Mas no habrá ya entre nosotros el mismo orden en las cosas adversas que en las prósperas: porque venciendo, me contentaré con la honra que me darás: el riesgo y el mal se partirá igualmente entre nosotros. Antes, como es mejor, gobierna tú estos ejércitos y dame a mí la guerra y los sucesos inciertos de las batallas. Con más severa disciplina viven hoy los vencidos que los vencedores. Aquellos del enojo, del aborrecimiento y del deseo de venganza son animados a la virtud; estos con la hartura y con la desobediencia se entorpecen. La guerra misma abrirá y manifestará las llagas del bando vencedor, ahora encanceradas y escondidas. Ni yo confío más en tu vigilancia, mansedumbre y prudencia que en el

sueño, ignorancia y crueldad de Vitelio. Mas será de harto mejor condición nuestra causa en la guerra que en la paz; pues sólo el haber pensado en la rebelión bastará para que nos traten como a rebeldes.»

Después de la oración de Muciano comenzaron a rodearle más atrevidamente los otros, exhortándole y trayéndole a la memoria las respuestas de los oráculos y los influjos de las estrellas. No dejaba de dar algún crédito Vespasiano a tales supersticiones; porque hecho después señor del mundo, tuvo públicamente cerca de sí a un cierto matemático llamado Seleuco, que le gobernaba y pronosticaba lo porvenir. Acordábanle todas las cosas pasadas. Que un ciprés de notable altura en una de sus posesiones, caído de improviso en tierra, se había levantado el día siguiente y vuelto a poner en el mismo lugar, mostrándose mucho más grande y más verde; cosa, que de consentimiento de todos los adivinos arúspices, prometía a Vespasiano, entonces niño, gran prosperidad y suprema grandeza. Mas el haber obtenido primero el honor del triunfo, después el consulado, y últimamente la victoria Judaica, parecía que daba entero cumplimiento a la fe del agüero. Pero alcanzadas estas cosas, creyó que se le concedía también el imperio. Entre las provincias de Siria y de Judea se levanta el Carmelo: este nombre es común al monte y al dios, el cual no tiene simulacro ni templo, porque los antiguos lo han ido ordenando así de mano en mano. Hay solo un altar acompañado del respeto y reverencia. Sacrificando pues allí Vespasiano, considerando entre sí sus esperanzas secretas, Basíledes, sacerdote, después de haber visto y revisto los interiores de las víctimas, dijo: «Oh Vespasiano, todo aquello que designas, o fabricar palacios, o ensanchar las posesiones, o crecer el número de siervos, se te promete: honrado asiento, anchos confines, gran cantidad de hombres.» Divulgó al momento la fama esta ambigüedad, y ella misma la iba interpretando. No se hablaba otra cosa en el vulgo, discurriéndose tanto más de ordinario con él mismo, cuanto a quien espera se suelen decir más cosas de las que hay.

Partiéronse con resolución, Muciano para Antioquía y Vespasiano para Cesarea, metrópoli aquella de Siria y ésta de Judea. Tuvo principio en Alejandría el declarar a Vespasiano por emperador, habiéndose anticipado Tiberio Alejandro a tomar juramento a las legiones en su nombre el primero de julio, que fue después celebrado también por el primero de su imperio, puesto que el ejército Judaico prestó el mismo juramento, y le aclamó emperador a los tres del mismo mes con tanto afecto, que no se aguardó a Tito que se volviese de Siria, medianero de los consejos entre su padre y Muciano.

Hízose todo con ímpetu militar, sin preparación o discusión alguna del hecho, sin juntar las legiones, mientras se iba buscando tiempo y lugar cómodo, y, lo que en semejantes cosas es difícilísimo, la primera voz, mientras el ánimo de Vespasiano era combatido de la esperanza y del temor, de la razón y del caso, saliendo de su cámara algunos pocos soldados que estaban allí, según la orden acostumbrada, para saludarle como a legado, le saludaron como a emperador. Entonces concurriendo los otros, le llaman César y Augusto, con todos los demás nombres anexos al imperio. Había ya su ánimo pasado del temor al conocimiento de su grandeza; no mostrando en lo exterior ninguna alteración de soberbia o de arrogancia, ni una pequeña muestra de hallarse nuevo en tan gran novedad. Y en disipando la niebla de cuidados que le impedía la vista de aquella muchedumbre, hablando como soldado, halló los ánimos de todos alegres y dispuestos a su voluntad. Muciano, que esperaba esto solo, tomado al punto el juramento por Vespasiano a los soldados que no deseaban otra cosa, y entrado en el teatro de los Antioquenos, donde suelen juntarse a consejo, con gran concurso y porfiada adulación, habló a aquel pueblo, ornado él también de elocuencia griega, y artificioso pregonero de sus dichos y hechos. Ninguna cosa encendió más los ánimos de la provincia y del mismo ejército, que el oír afirmar a Muciano que Vitelio había determinado de enviar a Siria, como a país abundante y quieto, las legiones Germánicas, y en contrario, dar a las de Siria las guarniciones de Germania, enviándolas a padecer los importunos fríos de aquel clima, y otros innumerables trabajos. Porque a los de aquella provincia era muy agradable la conversación y trato de aquellos soldados; hallándose emparentados con muchos y unidos entre sí con estrecha amistad: y los soldados por la larga continuación del suelo, amaban a

sus alojamientos como a sus propias casas.

Antes de los quince de julio había ya prestado el mismo juramento toda la Siria; añadidos con sus reinos, Soemo, con fuerzas de algún momento, y Antíoco, poderoso por antiguas grandezas y el más rico entre los reyes que servían. Agripa, que estaba en Roma, advertido del suceso por mensajeros secretos que le enviaron los suyos, sin sabiduría de Vitelio, con una breve navegación llegó a juntarse con los demás. No con menor afecto favorecía la facción en la flor de su edad y belleza la reina Berenice, agradable también al viejo Vespasiano por la magnificencia de sus presentes. Juraron asimismo fidelidad todas las provincias bañadas del mar, desde la Asia hasta la Acaya, y la tierra adentro todo aquel espacio que se contiene entre Ponto y Armenia, puesto que las gobernaban legados sin otras armas, no habiéndose hasta entonces puesto las legiones en Capadocia. Túvose consejo sobre la suma de las cosas en Berito, a donde vino Muciano con los legados y tribunos, y con todos los centuriones y soldados de mas estima, como también del ejército Judaico se escogieron los mas vistosos; tanto aparato de infantes y caballos juntos; tantos reyes émulos en la grandeza y en el afecto hacían aparente muestra de una corte verdaderamente de príncipe.

Fue la primer resolución para la guerra hacer gente nueva y llamar los veteranos. Diputáronse las mejores ciudades para labrar armas. Abrióse la ceca de oro y plata en Antioquía; solicitándose todas estas cosas por ministros prácticos, repartidos por sus puestos. Vespasiano mismo iba en persona exhortando a los buenos con loores y a los tardos con el ejemplo: antes incitando que reprendiendo, y más presto disimulando los vicios, que las virtudes de sus amigos. Honró a unos con oficios de prefectos, a otros de procuradores; hizo muchos senadores hombres de valor y de partes, que no tardaron mucho en pasar a mayores grados. A otros algunos aprovechó su fortuna en vez de su virtud. Del donativo a los soldados, ni Muciano en su primer parlamento hizo mención sino de paso, ni Vespasiano, egregiamente constante contra los donativos militares, ofreció en las guerras civiles más de lo que en tiempo de paz hicieron los otros emperadores: caso que aumentó la opinión de su ejército sobre todos los demás. Despacháronse embajadores a los Partos y a los Armenios; habiendo proveído que, vueltas las legiones a la guerra civil, no se dejasen desarmadas las espaldas: que Tito atendiese a la Judea y Vespasiano tuviese el paso de Egipto: pareciéndole que contra Vitelio bastaban parte de sus fuerzas, con Muciano por capitán, el nombre de Vespasiano y la disposición de los hados, a que nada es difícil. Escribióse a todos los ejércitos y a los legados, ordenando que se llamasen con nuevo sueldo y grandes promesas a los pretorianos, mal satisfechos de Vitelio.

Muciano pues, mostrándose antes compañero que ministro del imperio, con una banda de gente escogida, no despacio, por no dar muestras de irse entreteniéndose, ni con demasiada diligencia, daba tiempo a la fama, conociendo sus pocas fuerzas, y sabiendo que las cosas que no se ven son tenidas de ordinario por mayores; visto que sólo le seguían la legión sexta y trece mil soldados jubilados, a quien llamaban vexilarios. Mandó que la armada de Ponto se arrimase a Bizancio; dudando si era mejor (dejada la Misia) ir con su infantería y caballería la vuelta de Dirachio, y cerrar con sus galeras la mar hacia Italia, asegurando a las espaldas la Grecia y Asia: que no presidiéndolas, quedarían por despojos de Vitelio, el cual estaría con esto suspenso sobre la parte de Italia que le convenía guardar, si se embistiese a un mismo tiempo con la armada a Brindez, a Taranto y a las riberas de Lucania y de Calabria.

Había por todas las provincias estruendo grande de bajeles, de soldados, de armas y de aparejos de guerra. Mas ninguna cosa apretaba más que los medios de juntar dineros, acostumbrando a decir Muciano que eran el nervio de las guerras civiles; teniendo el ojo por esto en las discusiones de las causas, no al deber o a la verdad, mas solo a la cantidad de las riquezas: admitiéndose sin distinción cualquier género de acusaciones, y tomando, como de buena presa, las haciendas de los más poderosos; cosas todas a la verdad intolerables y duras, que, aunque excusadas entonces por la necesidad de la guerra, quedaron después en tiempo de paz: aunque Vespasiano en el principio de su imperio no fue muy inclinado a perseverar en estas injusticias, hasta que, con el

favor de la fortuna y ruines maestros que le enseñaron, se atrevió a ejecutarlas. Acudía Muciano a las necesidades de la guerra con su propia hacienda, dando voluntariamente lo particular para poder después con menos freno robar lo público. De los otros que siguieron el ejemplo en el contribuir con sus propios, fueron raros los que alcanzaron la misma licencia de cobrar.

Solicitó en tanto los principios de Vespasiano la prontitud del ejército Ilírico, declarado por su facción. Dio ejemplo la legión tercera a las demás de Misia, que eran la octava y la séptima Claudiana, aficionadísimas a Otón; las cuales, aunque no intervinieron en la batalla, todavía hallándose en Aquileya, sin querer escuchar a los que daban malas nuevas de Otón, rotos los estandartes con el nombre de Vitelio, y a lo último robado también el dinero y repartido entre sí, se habían gobernado como enemigos. Y así, comenzando después a temer y admitiendo con el miedo el consejo, determinaron de cargar a Vespasiano la culpa, que les era imposible excusar con Vitelio. Así las tres legiones de Misia lisonjeaban con cartas al ejército de Panonia, y se preparaban a usar de fuerza cuando se mostrasen renuentes. Durante estos movimientos, Aponio Saturnino, gobernador de la Misia, tentó un hecho hartamente infame, habiendo enviado un centurión a matar a Tercio Juliano, legado de la séptima legión, cubriendo la enemistad particular con el pretexto del bando. Mas Juliano, avisado del peligro, tomados consigo hombres prácticos de la tierra, por caminos impracticables se huyó por los desiertos de la Misia a la otra parte del monte Hemo. Ni tampoco, después se halló en las guerras civiles, entreteniéndose en el camino que había emprendido en busca de Vespasiano con varios intervalos, caminando y haciendo alto conforme a los avisos que iba teniendo de las cosas.

Mas en Panonia la legión trece y la séptima Galbiana, conservando todavía el dolor y el enojo de la batalla de Bedriaco, sin dilación alguna se arrimaron al bando de Vespasiano, por obra particularmente de Antonio Primo. Este trasgresor de las leyes, y en tiempo de Nerón condenado por falsario, habiendo entre los otros males de la guerra, recuperado el grado de senador, fue puesto por Galba al gobierno de la legión séptima. Creyóse que escribió a Otón ofreciéndose por una de las cabezas de aquel bando, y que estimado por él en poco, no fue empleado en la guerra Otoniana. Mas cuando las cosas de Vitelio comenzaron a amenazar ruina, arrimándose a Vespasiano, añadió un gran peso a esta balanza, siendo hombre valeroso de manos, pronto de lengua, artificioso en sembrar enemistades, poderoso en las discordias y sediciones, gastador rapacísimo, peligroso en la paz y en la guerra no despreciable. Unidos después los ejércitos de Misia y de Panonia, llevaron tras sí también a los soldados de Dalmacia, puesto que no se movieron los legados consulares.

Gobernaba la Panonia Tito Ampio Flaviano, y Popeo Silvano la Dalmacia, ambos viejos y ricos: mas estaba por procurador Cornelio Fusco, de edad robusta y de sangre noble. Éste, en su primer juventud, renunciando por vivir quieto el grado senatorio, hecho después por Galba capitán de su colonia, y con aquella ocasión obtenido el cargo de procurador, arrimándose al bando de Vespasiano, sirvió después de una de las principales centellas para encender el fuego de aquella guerra: porque no deleitándose tanto en las recompensas que siguen a los peligros cuanto en los propios peligros, quería más las cosas nuevas inciertas y peligrosas que las ya adquiridas y seguras. Y así fue su empresa el ir conmoviendo y quebrantando todo cuanto veía estar enfermo y apasionado en el mundo. Escribió a Britania a los de la legión catorce, a Hispania a los de la primera, a causa de que ambas a dos habían servido a Otón contra Vitelio. Espárcense cartas por las Galias, y en un momento se inflama una terrible guerra, rebelándose a la descubierta los ejércitos Ilíricos, y los demás dispuestos a seguir la fortuna del vencedor.

Mientras que Vespasiano y los capitanes de su facción hacían estas cosas por las provincias, Vitelio, haciéndose cada día más negligente y despreciable, deleitándose por todas las casas de placer que hallaba y en todas las villas y lugares donde topaba alguna frescura o recreación, iba la vuelta de Roma con una gran multitud de gente. Seguíanle sesenta mil armados disolutos y atrevidos. Era mayor la turba de bagajeros y gente de servicio, insolentísimos de su naturaleza entre todos los esclavos; el acompañamiento de tantos legados, embajadores de tantos amigos poco aptos a estar a regla, cuando bien fueran gobernados con toda modestia y prudencia. Hacia por momentos

mayor la muchedumbre el concurso de senadores y caballeros que venían de Roma, algunos por temor, muchos por adulación y todos por no ser los postreros. Agregábanse plebeyos conocidos por Vitelio en servicios de sus maldades, truhanes, comediantes, carroceros, de cuya deshonesta conversación gustaba con extremo. No padecían solamente las ciudades y villas por haber de acudir con tan gran cantidad de bastimentos para el sustento de tanta gente, que los mismos labradores veían destruir ante sus ojos los frutos de los campos, prestos a meter la hoz, como si fueran de enemigos.

Los soldados se habían muerto entre sí cruelísimamente después de la sedición comenzada en Ticinum, viviendo siempre la discordia entre las legiones y los auxiliares, solamente de acuerdo cuando se había de pelear contra los pobres labradores. Pero el mayor estrago de todos fue el que se hizo a dos leguas de Roma. En este lugar tenía Vitelio hechas aparejar viandas para distribuir entre los soldados y hartarlos como si fueran gladiadores. Y hasta la gente popular, salida de la ciudad, se había mezclado entre los escuadrones. Algunos de ella con sobrada familiaridad, cortadas por burla las correas de las espadas a ciertos soldados poco cortesanos, les preguntaban después si las tenían al lado. No pudieron sufrir la burla aquellos ánimos no acostumbrados a recibir afrentas; mas empuñando las espadas, dan tras el pueblo desarmado. Entre los otros muertos fue el padre de un soldado que le salía a recibir, el cual, reconocido después y divulgándose el homicidio, fue causa de que cesase el estrago de aquellos inocentes. Había también dentro de Roma confusión y espanto grande, concurriendo muchos soldados a la ciudad, particularmente hacia el foro, para ver el puesto donde fue muerto Galba. No era cosa menos espantable el verlos a ellos vestidos de pieles de fieras y armados de horribles armas; fuera de que, no estando hechos a apartarse del concurso de la gente, si acaso encontraba con ellos alguno, o ellos tropezaban en lo empedrado, luego llegaban a decir injurias, y de ellas a las manos y a las espadas. Metían terror también los tribunos y prefectos, visitándolo todo con cuadrillas de armados.

Vitelio, partiendo de Pontemole, vestido con el casacón de armas imperial llamado paludamento, sobre un hermoso caballo, llevando delante de sí al senado y el pueblo en forma de cautivos, entrara en Roma, como en ciudad conquistada, si, advertido por sus amigos, no se hiciera dar la vestidura llamada pretexta, prosiguiendo de esta manera con traje mas modesto. Iban por frente las águilas de cuatro legiones y otras tantas banderas de las demás en torno de ellas: seguían doce estandartes de caballería, y tras la ordenanza de infantería los demás caballos: venían después treinta y cuatro cohortes, separadas entre sí conforme a la diversidad de armas o de naciones. Delante del águila marchaban los prefectos del ejército, y los tribunos y los primeros centuriones con vestiduras blancas, resplandeciendo los otros cada uno en su centuria de armas y de premios conquistados, como también brillaban los ornamentos y collares de los caballeros. Nobilísima muestra y ejército digno verdaderamente de otro capitán que Vitelio. Entrado de esta manera en el Capitolio, y abrazando allí a su madre, la honró con el nombre de Augusta.

El siguiente día, como si hablara a senado o a pueblo de otra ciudad, hizo de sí mismo una pomposa oración, exaltando con muchos loores su diligencia y su templanza, siendo bastantemente notorias a quien le oía sus maldades, y a toda Italia por donde había caminado, mostrándose sujeto a un vergonzoso sueño y a todo género de vicios y superfluidad. El vulgo con todo eso, ajeno de cuidados, el cual, sin distinción de lo verdadero o falso, sabe de coro las acostumbradas adulaciones, le iban lisonjeando con estruendo y aplauso confuso: y mostrando Vitelio por señas que no gustaba de que le llamasen Augusto, le forzaron a aceptarlo con la misma vanidad con que antes lo había rehusado.

En aquella ciudad, interpretadora de todo, fue tomado a mal agüero que habiendo tomado Vitelio la dignidad de pontífice máximo, hubiese mandado publicar por edicto que las plegarias y sacrificios públicos se hiciesen a los diez y ocho de agosto, día muy de atrás infeliz por las rotas de Cremera y de Alia; tal era su ignorancia en las leyes humanas y divinas, y con igual insuficiencia de sus libertos y familiares vivía como entre otros tantos borrachos. Pero con todo eso, celebrando después apaciblemente y con gran humanidad las elecciones de los cónsules, vestido de blanco,

como uno de los demás pretendientes, a quien por esto llamaban candidatos, apetecía el aplauso del ínfimo vulgo, en el teatro como uno del auditorio, y en el circo como fautor: cosas que viniendo de virtud fueran verdaderamente gratas y provechosas para ganar el amor del pueblo; mas teníanse por viles y deshonradas en él, por la memoria de su vida pasada. Iba de ordinario al senado aun cuando se trataban cosas leves. Y sucedido acaso que Prisco Helvidio, electo pretor, votase contra lo que él deseaba, enojado al principio no pasó mas adelante que a llamar los tribunos del pueblo en socorro de la potestad menospreciada; y a los amigos que luego le rodearon para mitigarle, dudando que el enojo fuese mayor de lo que mostraba, respondió: «que no era cosa nueva que dos senadores en la república fuesen de varios pareceres; habiéndole sucedido a él también contradecir muchas veces a Trasea.» Hicieron muchos escarnio de la desvergüenza de aquella emulación; a otros agradaba esto mismo, que por ejemplo de una verdadera gloria, no hubiese escogido alguno de los mas poderosos, sino a Trasea.

Había dado el cargo de los pretorianos a Publio Sabino, que había sido prefecto de la ciudad, y a Julio Prisco, que no era mas que centurión de una cohorte pretoria. Sabino, favorecido de Valente, y Prisco de Cecina; en la discordia de los cuales no servía de nada la autoridad de Vitelio. Gobernaban el imperio estos dos, llenos ya de rencores entre sí, que disimulados, aunque con dificultad en la guerra, por la malignidad de los amigos y por ser la ciudad fecunda en parir enemistades, se habían acrecentado, mientras ambicioso del favor con los acompañamientos, con las inmensas tropas de cortesanos, contienden y compiten sobre el primer lugar, coa varias inclinaciones de Vitelio, unas veces al uno y otras al otro. Nunca el poder, a donde es excesivo, causó seguridad ni confianza. Y así el ver a Vitelio mudable, por las súbitas ofensas o por lisonjas fuera de tiempo, hacia que juntamente fuese por ellos menospreciado y temido. Mas no por esto se mostraban mas lentos en usurpar las casas, los jardines y las riquezas del imperio, sin que una miserable muchedumbre de nobles, restituidos junto con sus hijos por Galba del destierro a la patria, hallasen ayuda en la piedad y misericordia de! príncipe. Fue cosa grata a los principales de la ciudad. y no desagradó a la plebe, la gracia que hizo a los restituidos a la patria del derecho que solían tener sobre sus libertos, puesto que aquellos espíritus serviles le hicieron inútil, escondiendo sus haciendas por medios ocultos, y tolerancia de personas grandes que las encubrieron a muchos. Habían también pasado algunos a la casa de César y héchose más poderosos que sus dueños.

Mas los soldados, llenos los alojamientos y sobrando todavía la multitud, alojaban por las lonjas y por templos, y andaban vagabundos por la ciudad, sin reconocer principios, sin hacer guardias y sin ejercitarse en algún trabajo, y perdidos en los regalos de Roma y en cosas que se callan por honestidad, consumían el cuerpo en el ocio y el ánimo en las lujurias. A lo último, no estimando en mas su propia salud, se retiró una gran parte de ellos a los infamados lugares del Vaticano, de donde nació después una mortandad grande en el vulgo. Fuera de esto, los Germanos y Galos, que tienen los cuerpos sujetos a enfermedades, alojados cerca del Tíber, adolecían tanto más presto cuanto, impacientes del calor, se bañaban más de ordinario en el río. Confundíanse también las órdenes militares, o por malicia o por ambición. Tomábanse a sueldo diez y seis cohortes pretorias, y cuatro urbanas, que habían de tener mil hombres cada una; usurpándose en efecto más autoridad Valente por haber socorrido a Cecina en el peligro. Y a la verdad, a su llegada tomó pie su partido, habiendo con el próspero suceso de la batalla restaurado el mal nombre que le había dado el caminar de espacio: y todos los soldados de la Germania inferior seguían a Valente, de donde se creyó que tuvo origen el comenzar a titubear la fe de Cecina.

Pero no concedió Vitelio tanta autoridad a los capitanes, que los soldados no se tomasen mucha más. Alistábanse de por sí solos en milicia, y cada cual, aunque indigno, si le daba gusto, se inscribía entre los soldados urbanos: como también en contrario, se permitía igualmente a los buenos y valerosos el quedar en los legionarios o entre los caballos, excusándose muchos con que se hallaban trabajados de enfermedades, o acusando la intemperie y malos aires de la ciudad. Quitóse con esto el mérito a las legiones y a los caballos legionarios; disminuyóse la reputación de aquel ejército, habiéndose antes entremezclado que escogido veinte mil soldados. Orando en

público Vitelio, fueron pedidos Asiático, Flavio y Rufino, capitanes de las Galias, para darles la muerte por haber peleado en favor de Vindice. No les hacía callar Vitelio, porque, fuera de su natural cobardía, acercándose el tiempo del donativo y hallándose sin dineros que dar a los soldados, les concedía todos los demás. Ordenó que los libertos de la gente más granada contribuyesen como una especie de tributo, según el número de esclavos que poseían. Él, no pensando en otra cosa que en desperdiciar, hacía fabricar caballerizas para los caballos de los carros, henchir el circo de espectáculos de gladiadores y de fieras, y como si le sobrara para echar a mal, se burlaba del dinero.

Cecina y Valente, haciendo por cada calle de la ciudad la fiesta de gladiadores con grandísimo aparato, y hasta aquel día nunca visto, celebraron el nacimiento de Vitelio. No causó tanto gusto a los ruines cuanto enfado y disgusto grande a los buenos el ver, que habiendo hecho fabricar altares en el campo Marcio, aplacó allí en honra de Nerón con sacrificios a los dioses infernales. Las víctimas fueron muertas y abrasadas públicamente, encendiendo el fuego los augustales, sacerdocio como de Rómulo y del rey Tacio, asimismo consagrados por Tiberio a la familia Julia. No habían pasado aun cuatro meses después de la victoria y ya Asiático, liberto de Vitelio, igualaba a los Policletos, a los Patrobios y a los otros antiguos y odiosos nombres. Ninguno compitió en aquella corte de bondad o cuidados del bien público, sólo era camino trillado para llegar a las grandezas el hartar con banquetes espléndidos y gastos excesivos la gula insaciable de Vitelio, el cual, contentándose con gozar de lo presente sin pensar en lo por venir, se cree que en pocos meses dio al través con veinte y dos millones y medio de oro (novecientos millones de sextercios). Grande verdaderamente, aunque miserable ciudad, habiendo sufrido en espacio de un año a Otón y a Vitelio con varia y vergonzosa fortuna entre los Vinios, los Fabios, los Ícelos y los Asiáticos, hasta que sucedieron a estos Muciano y Marcelo, antes otros hombres que otras costumbres.

La primer rebelión que supo Vitelio fue la de la legión tercera, avisado por cartas de Aponio Saturnino, antes que él se arrimase al bando de Vespasiano. Mas ni Aponio se lo acabó de escribir todo, espantado de aquel accidente repentino; y sus privados adulándole, interpretaban el aviso mas blandamente, diciendo que aquel era motín de una legión sola, y que los demás ejércitos estaban firmes en su devoción. Discurrió también Vitelio en este lenguaje a los soldados, inculcando a los pretorianos, despedidos últimamente, que hubiesen echado esta voz, afirmando no haber sospecha alguna de guerra civil, sin hacer mención de Vespasiano, y esparciendo por la ciudad soldados que reprimiesen los razonamientos del pueblo: que a la verdad no era sino dar ocasión y materia para que se dijese mucho mas.

Pero con todo eso envió por gente de socorro a Germania y a Britania y a las Hispanias, aunque lentamente y disimulando la necesidad. Iban también difiriendo los legados de las provincias. Ordeonio Flaco, sospechosa ya de los Bátavos, y temiendo su propio peligro; Veccio Bolano, por no estar nunca quieta del todo la Britania, y ambos por ser de suyo irresolutos. Ni en las Hispanias se hacía más diligencia, no habiendo entonces en ella varón consular: y los legados de las tres legiones, iguales entre si de autoridad, así como estaban prontos para servir a Vitelio en sus prósperos sucesos, así de un mismo acuerdo se resolvían en apartarse de su mala fortuna. En África la legión y las cohortes levantadas por Claudio Macro, despedidas por Galba, fueron otra vez tomadas a sueldo por orden de Vitelio. Hacíase escribir el resto de aquella juventud con gran afición a Vitelio, el cual se había hecho bien querer en el proconsulado de aquella provincia; y Vespasiano, al contrario, sacando de aquí conjetura los Africanos del imperio de los dos; aunque los desmintió la experiencia.

Ayudaba al principio fielmente Valerio Festo, legado, a la inclinación de los habitantes de la provincia: mas mudóse luego, favoreciendo en público con cartas y con edictos a Vitelio, y enviando secretas embajadas a Vespasiano para sustentarse con el uno o con el otro, conforme al que prevaleciese. Algunos centuriones y otros soldados hallados por la Retia y por las Galias con cartas y edictos de Vespasiano, presos y enviados a Vitelio, fueron hechos morir; y muchos se salvaron ayudados de sus amigos o de su astucia. Así venían a saberse los aparejos de Vitelio, y

muchos de los designios de Vespasiano quedaban ocultos al principio por la imprudencia de Vitelio; y después, porque ocupados con gente los Alpes de Panonia, detenían los correos, y por vía de mar, reinando los vientos Etesios, favorables para navegar a Oriente, eran contrarios a los que venían de allá.

Finalmente, amedrentado de las malas nuevas que llovían de todas partes de haber roto la guerra los enemigos, mandó a Cecina y a Valente que se pusiesen en orden para salir en campaña. Envióse delante a Cecina, porque hallándose entonces Valente en convalecencia de una grave enfermedad, estaba todavía entretenido del mal. Había mudado de aspecto el ejército Germánico, debilitadas las fuerzas del cuerpo y del todo helado el ardor del ánimo; las escuadras lentas y a la deshilada; las armas mal ceñidas, los caballos hovachones, los soldados impacientes al sol, al polvo y a las tempestades, y cuanto menos hábiles para sufrir los trabajos, tanto mas prontos a las discordias. Añadíase a esto la vieja ambición de Cecina, y su nueva locura; ambas cosas, por el demasiado favor de la fortuna, convertidas en desorden y disolución: si ya no decimos que pensando en faltar la fe a su señor, usaba de este artificio, entre otros, por debilitar el valor de los soldados. Muchos creyeron que, a persuasión de Flavio Sabino, comenzó Cecina a blandear en la fe, y que Rubrio Galo, medianero entre los dos, le aseguró de que ratificaría Vespasiano las condiciones de su rebelión; persuadiéndole también con la enemistad y el odio que le tenía Valente, y con que, no igualándole en la gracia y favor de Vitelio, era cordura adquirir ambas cosas con el nuevo príncipe.

Partido pues Cecina con mucho honor de los brazos de Vitelio, envió una parte de los caballos para ocupar a Cremona. Fueron seguidos inmediatamente de los vexilarios de las legiones catorce y diez y seis; luego por la quinta y la veinte y dos, y por retaguardia la veinte y una, llamada Rapaz, y la primera, por sobrenombre Itálica, con los vexilarios de las tres legiones de la Britania, y la gente escogida de los socorros. Partido Cecina, escribió Fabio Valente al ejército que solía ser suyo, que le esperase en el camino, que así estaba concertado con Cecina; el cual, hallándose presente y por esto con mayor autoridad, fingió que se había después mudado de parecer, resolviendo, que pues se sabía venirse acercando el enemigo, era bien salirle al encuentro con todas las fuerzas juntas. De esta manera ordenó que una parte de las legiones apresurase el camino hacia Cremona, y la otra no parase hasta Ostilia: él volvió la vuelta de Rávena so color de verse con la gente de la armada, y entrado después en Padua, dicen que negoció el secreto de su traición. Porque Lucilio Baso, después del cargo que tuvo de algunas alas de caballos, enviado por Vitelio al gobierno de ambas armadas de Rávena y de Miseno, por no haber obtenido inmediatamente la prefectura del pretorio, quería con malvada infidelidad vengar el enojo injusto. No se pudo averiguar si Baso ganó a Cecina, o (como suele suceder a los ruines, que de ordinario se parecen) si los llevó a entrambos la misma deslealtad.

Los escritores de aquellos tiempos que pusieron en historia los sucesos de esta guerra mientras tenía el imperio la casa de los Flavios, dijeron que fue por deseo de paz y celo de la república: pretextos inventados para cubrir su adulación. A mí a lo menos, fuera de su natural liviandad y fe violada una vez vendiendo a Galba, verosímil me parece que por emulación y por envidia que los otros no les pasasen delante en gracia de Vitelio, quisiesen dar en tierra con el mismo Vitelio. Cecina pues, alcanzadas las legiones, iba con varios artificios procurando minar los ánimos de los centuriones y soldados obstinados por Vitelio. A Baso, que procuraba lo mismo, era menos difícil, hallándose la armada harto dispuesta a mudar de fe, por la memoria de la reciente milicia que habían profesado en favor de Otón.

LIBRO TERCERO

Llegan a Italia algunas legiones del bando de Vespasiano.—Queda por general de ellas Antonio Primo, capitán atrevido y valeroso.—La armada de Rávena se pasa a Vespasiano, y poco después Cecina, aunque no consintiendo las legiones, le prenden.—Peléase en Bedriaco, y quedan vencidos los Vitelianos.—Sobrevienen las demás legiones de Vitelio, y renovando la batalla de noche, quedan de nuevo rotas.—Acomete y entra Antonio los alojamientos junto a Cremona, y poco después se rinde la misma ciudad, quedando sepultada en sus ruinas.—Cuéntase el vicio, no sin crueldad de Vitelio.—Sale en campaña Valente; y conocidas las fuerzas de Antonio y las suyas, se escapa con pocos.—Entra en la mar y queda preso.—Reitérense las inquietudes de la Britania, Germania y Dacia.—Encamínanse los Flavianos a Roma.—Vitelio hace guardar el paso del Apenino, pero desconfiado de la guerra, trata de conciertos con Sabino, hermano de Vespasiano. —Rompen este trato los soldados.—Sitian a Sabino en el Capitolio, el cual abrasado, queda en prisión Sabino y muere a manos de los soldados.—Lucio Vitelio, hermano del príncipe, emprende la guerra de Campania.—Entra en tanto el ejército Flaviano en Roma: toma por asalto los alojamientos pretorianos y muere infamemente Vitelio. Todo en un mismo año.

Con mejor fortuna y mayor fe trataban las cosas de la guerra los capitanes de la facción Flaviana. Hallábanse en Petovion, alojamientos de la legión trece; y consultóse si era mejor cerrar los pasos de los Alpes de Panonia, hasta que acabasen de juntarse a las espaldas todas las fuerzas, o embestir de golpe a Italia. Los que aconsejaban el esperar las ayudas y alargar la guerra, engrandecían «la fama y el valor de las legiones Germánicas, a más de haber llegado con Vitelio la flor del ejército Britano; que ellos, en contrario, no tenían legiones ni de número ni de ánimo igual, habiendo sido vencidas poco antes: las cuales, puesto que hablaban con altivez, es cierto que falta siempre el ánimo al que una vez ha sido vencido: mas teniéndose guardados los Alpes, no podía tardar Muciano con las fuerzas de Oriente. Quedariase Vespasiano con el dominio de la mar, el uso de la armada, el favor de las provincias, por cuyo medio podía mover casi como otra nueva guerra. De esta suerte con una saludable dilación se ayudarían de las fuerzas apartadas sin pérdida de las presentes.»

Respondía a estas cosas Antonio Primo (era este terrible instigador de guerra) «que el solicitar era provechoso a ellos y dañoso a Vitelio: porque los vencedores se habían hecho antes negligentes que cuidadosos, no habiendo sido tenidos debajo de banderas, ni en los alojamientos militares, sino ociosos por las ciudades y villas de Italia, espantosos solo a los huéspedes que los tenían en sus casas, y cuanto antes eran mas feroces, tanto mas se habían engolfado después en los deleites no acostumbrados. Fuera de que la frecuencia del circo y del teatro, el regalo y amenidad de Roma los tenía o inhábiles para el trabajo, o cargados de mil enfermedades. A los cuales, dándose tiempo, con el cuidado de la guerra cobrarían vigor. Tenían no muy lejos a Germania, capaz de acudir con nuevas fuerzas; la Britania dividida de breve espacio de mar; las Galias vecinas, y las Hispanias, seminario de hombres, de caballos y de tributos; la Italia misma con las riquezas de Roma. Y si se resuelven a ofender, ¿no tienen dos armadas y el mar Ilírico libre? ¿De qué servicio será entonces la clausura de los montes y el haber diferido la guerra para otro verano? ¿De dónde nos vendrá entre tanto el dinero y las vituallas? Mejor es valemos de la ocasión, que las legiones Panónicas, antes engañadas que vencidas, soliciten la venganza; y que los ejércitos de Misia no puedan disculparse con decir que les falta lo mejor de sus fuerzas. Si queremos contar antes el número de los soldados que el de las legiones, hallaremos de acá mas vigor y ninguna corruptela, y la vergüenza recibida por la rota pasada, servirá de tenerlos en mejor disciplina. La caballería, ni aun entonces deshecha, pues con toda la adversidad puso en desorden las escuadras de Vitelio. Dos compañías de caballos de Panonia y de Misia rechazaron entonces al enemigo: diez y seis estandartes ahora unidos en uno, con su choque, con su estruendo y con sola la nube de su sombra sofocarán y atropellarán los caballos y los caballeros ya olvidados de las batallas. Cuando no se me divierta, yo mismo seré autor y ejecutor de este consejo: vosotros, que no habéis aun tentado la fortuna, guardad las legiones, y bástenme a mí las cohortes desembarazadas. Presto veréis abierta de par en par a Italia y abatido a Vitelio. Aprovechéos a vosotros el seguir y pisar la huella del vencedor.»

Decía estas razones y otras semejantes echando fuego por los ojos y con voz terrible, por ser

oído de mas lejos: tal que habiéndose mezclado en el consejo centuriones y soldados, movió hasta a los mas cautos y mas pródidos: y el vulgo y los demás, despreciada la tibieza de los que aconsejaban en contrario, solo a este loaban y celebraban por hombre y capitán de valor. Había ganado Antonio gran crédito desde que se leyeron en el parlamento las cartas de Vespasiano, con sólo no haberlas comentado, como hicieron otros, rodeando las interpretaciones a su interés, antes parecía que había entrado en el bando libre y descubiertamente: mas agradable por esto a los soldados, como quien se hacia compañero de la culpa o de la gloria.

Era grande después de él la autoridad de Cornelio Fusco, procurador. Este también, acostumbrado a decir mal de Vitelio sin ningún respeto, no se había dejado lugar de esperar, cuando las cosas sucedieran siniestramente. Tito Ampio Flaviano, hombre tardo por su naturaleza y por su edad, era sospechoso a los soldados, creyendo que se acordaba del parentesco que tenía con Vitelio: y porque se había ausentado al principio del movimiento de las legiones, vuelto después voluntariamente, se tenía que esperaba ocasión para entregarle aquel ejército: porque desamparada la Panonia, y entrado en Italia, salido fuera de peligro, el deseo de cosas nuevas le había movido a volver a tomar el nombre de legado y a entremeterse en las armas civiles: persuadido también de Cornelio Fusco; no porque tuviese necesidad de la industria de Flaviano, mas porque el nombre de procónsul sirviese de cubierta y acreditase la facción que comenzaba a introducirse.

En lo demás, para que se pudiese pasar a Italia sin peligro, pareció acertado escribir a Aponio que caminase todo lo posible con el ejército de Misia. Y para excusar que las provincias desarmadas no quedasen por presa de las naciones bárbaras, se hizo liga con los principales Sármatas llamados Jacigios, los cuales ofrecían también su juventud y buena caballería, en que solamente consiste su valor; mas fue rehusada la oferta por no dar ocasión de guerras extranjeras entre las discordias civiles, con pensar que les estaba mejor romper la fe que mantenerla. Arrimáronse al bando Flaviano, Sidón y Itálico, reyes de los Suevos, devotos antiguamente a los Romanos, y gente de constantísima fe; púsose cantidad de gente de los socorros en frontera, respecto a la Retia enemiga, gobernada por Porcio Septimio, procurador, de incorrupta fe para con Vitelio. Envióse también a Sestilio Felice con las bandas de caballos Taurianos y ocho cohortes con la juventud de los Noricos a ocupar la ribera del río Eno, que divide los Retios de los Noricos. Mas como ni los unos ni los otros se movieron a llegar a las manos, pasó a otra parte la fortuna de las facciones.

Con Antonio, que se había tomado los vexilarios o jubilados de las cohortes y una parte de los caballos, se acompañó Arrio Varo, tenido por soldado valeroso; al cual habían dado reputación los sucesos prósperos de Armenia, y haber tenido por capitán a Corbulon: aunque se dijo, que en las pláticas secretas que tuvo con Nerón, no se olvidó de calumniar el valor y virtud del mismo Corbulon, y que por esta infame gracia alcanzó el cargo de primipilar: mas este honor mal adquirido, de que por entonces se alegró, fue después causa de su ruina. Primo pues y Varo habiendo ocupado toda la tierra al rededor de Aquileya, fueron recibidos alegremente en Opitergo y en Altino. Dejaron presidio en Altino contra la armada de Rávena, no habiendo sabido aun su rebelión. De allí recibieron a su devoción a Padua y a Este, donde, avisados que tres cohortes Vitelianas y una banda de caballos, llamada la Escriboniana, había hecho alto en Foro Alieno y fabricado allí un puente, no les pareció ocasión de perder el acometerlos así desordenados, como referían las espías que estaban, y dando sobre ellos al hacer del día, mataron a muchos que hallaron desarmados; teniendo concertado antes entre si, que después de la muerte de pocos, se procurase atraer a los demás, con ponerles miedo, a mudar de fe. Algunos se rindieron luego; los mas rompiendo el puente, quitaron al enemigo la comodidad de perseguirlos.

Divulgada esta victoria en favor de los Flavianos al principio de la guerra, dos legiones, conviene a saber, la séptima Galbiana, y la trecena llamada Gemina, con Vedio Aquila, legado, vinieron a Padua con gran alegría, donde, reposando pocos días, Minucio Justo, prefecto de la séptima, mandando con mayor altivez de lo que se sufre en guerras civiles, por quitarle de la cólera de los soldados, le enviaron a Vespasiano. Una cosa deseada ya de antes fue estimada en mucho mas por una honrada interpretación, y es el haber ordenado Antonio por todos los municipios que se

honrasen las estatuas de Galba, derribadas por las discordias de aquellos tiempos, pensando ayudar a la causa con mostrarse aficionado al principado y bando de Galba.

Tratóse después del lugar donde convenía hacer el asiento de la guerra, y pareció a propósito Verona, respecto a la llanura grande, cómoda para la caballería, en que consistían sus mayores fuerzas; como también por el servicio y reputación que se les seguía quitando al enemigo una colonia de tanta importancia. Tomóse de paso Vincencia, lugar por sí mismo de poco momento, siendo municipio de pocas fuerzas, mas de alguna cuenta a quien consideraba que nació allí Cecina, y que se le quitaba la patria al capitán del enemigo. Pero la conquista de Verona fue de mayor importancia, pues con el ejemplo y con sus riquezas aprovechó mucho a este bando; fuera de que el ejército, alojado cerca de allí, tenía cerrado el paso de la Retia y de los Alpes Julios a los que pudiesen bajar de Germania. Hacíanse estas cosas o sin sabiduría o contra la mente de Vespasiano; habiendo él mandado que se hiciese alto en Aquileya y que se esperase a Muciano, alegando esta razón: que teniéndose por ellos Egipto, granero de Italia, y las rentas de las provincias mas ricas, era mejor con la necesidad del dinero y de los bastimentos obligar al ejército de Vitelio a rendirse. Lo mismo amonestaba muy a menudo con reiteradas cartas Muciano, poniendo en consideración la victoria sin sangre y otros semejantes pretextos: aunque no había en él otro que deseo de gloria y codicia de guardar para si solo todo el honor de la guerra. Mas los consejos y advertimientos, por la gran distancia, llegaban siempre después de la ejecución.

Quiso Antonio con una improvisa corredería reconocer al enemigo cuyo valor, tentado en una pequeña escaramuza, se dividieron con igualdad. Fortificó entonces Cecina sus alojamientos entre Oslilia, lugar del Veronés, y los estaños del río Tarro, asegurado por las espaldas de él y por los costados de los dichos estaños: que si se resolviera en guardar fidelidad, se podían acometer con todas las fuerzas Vitelianas, y degollar las dos legiones antes que se juntara con ellas el ejército de Misia, o hacerlas desamparar Italia vergonzosamente. Mas Cecina con varios entretenimientos y difugios vendió al enemigo las primeras buenas ocasiones de la guerra, mientras va reprendiendo con cartas a los que podía echar de allí con las armas; hasta que por vía de mensajeros estableció las condiciones de su traición. Entre tanto llegó al campo Flaviano Aponio Saturnino con la legión séptima Claudiana, gobernada por Vipsanio Mesala, tribuno, nacido de gente ilustre, señalado él por su persona, y único entre todos los demás de aquella guerra en no traer a ella otra cosa que virtud. A esta gente no aun igual a los Vitelianos (por no ser mas que tres legiones) escribió Cecina, culpando la temeridad con que se atrevían a empuñar las armas que una vez habían perdido. Engrandeciendo en contrario el valor del ejército Germánico, y haciendo poca mención y ordinaria de Vitelio, sin ofender en cosa alguna a Vespasiano: nada en suma para persuadir al enemigo o causarle terror. En contrario, los capitanes del bando Flaviano, dejada aparte la defensa de su primer fortuna, respondieron de Vespasiano magníficamente, de la causa con atrevimiento, del suceso seguros, contra Vitelio, como enemigos, y celebrando al ejército de Misia como exento de la desgracia pasada. Daban después esperanza a los tribunos y centuriones de que se les conservaría todo lo que les había sido concedido por Vitelio, persuadiendo también descubiertamente al mismo Cecina a pasarse a su bando. Leídas en público parlamento las cartas de ambas partes, se confirmaron notablemente los ánimos Flavianos, viendo que Cecina había escrito en las suyas con mucha sumisión, casi como teniendo respeto a no ofender a Vespasiano, y sus capitanes con menosprecio, y como amenazando a Vitelio.

A la llegada después de las dos legiones, conducidas la tercera por Silio Aponiano y la octava por Numisio Lupo, pareció bien hacer muestra de sus fuerzas, y atrincherarse con las espaldas a Verona. Tocó por suerte a la legión Galbiana el labrar de la parte hacia la frente del enemigo; y descubriéndose de lejos los caballos confederados, tocaron una arma falsa, teniéndolos por enemigos. Corren luego a las armas, y porque estaban ya enojados contra Tito Ampio Flaviano, creyeron que les hacia traición; aunque sin causa alguna de sospecha, sino que aborreciéndole ya de antes, querían así a bulto que muriese, llamándole pariente de Vitelio, traidor a Otón y usurpador de su donativo. No se le daba tiempo de defenderse, aunque de rodillas y plegadas las manos lo

procuraba, con el vestido roto, hiriéndose el pecho y el rostro y dando mil sollozos y suspiros; antes esto mismo era incentivo para quien le aborrecía, como si el sobrado miedo testificara su mala conciencia. Y en abriendo Aponio la boca para hablar, era impedido por los gritos de los soldados, despreciándose todos los otros con el ruido y con las voces: solo a Antonio se daba oídos, siendo él elocuente y de gran autoridad y término para ablandar los ánimos del vulgo. Este, viendo crecer el tumulto y que de las malas palabras y de las injurias se encaminaban á emplear las manos y las armas, mandó que Flaviano fuese puesto en cadenas. Cayeron en el tiro los soldados, y haciendo apartar las guardias del tribunal, estaban ya para venir a la última violencia, cuando Antonio, oponiendo el pecho a las espadas y empuñando apretadamente la suya, juraba que queda morir por mano de los- soldados o matarse él mismo: llamaba en su ayuda a todos los graduados de algún honor militar y a los conocidos que se le ponían delante: vuelto después a las banderas y a los dioses de las guerras, rogaba que quisiesen enviar aquel furor y aquella discordia a los ejércitos enemigos. De esta suerte perseveró hasta que, cesando la sedición y viniendo la noche, cada uno se retiró a las tiendas. Partiósese Flaviano la noche misma, y recibiendo en el camino cartas de Vespasiano, se apartó del peligro.

Mas las legiones, como inficionadas de esta peste, se volvieron contra Aponio Saturnino, legado del ejército de Misia, con tanta mayor fiereza cuanto no emprendían el alboroto cansados de los trabajos y del cavar la tierra, sino en medio del día, con ocasión de haberse divulgado ciertas cartas que se creía haber escrito Saturnino a Vitelio. Como ya en otros tiempos se competía entre los soldados de virtud y de modestia, así en estos de insolencia y de arrogancia: a cuya causa no se consolaban de pedir con menos furor la muerte de Aponio que habían pedido la de Flaviano. Porque mostrando las legiones de Misia a las de Panonia, que habían intervenido a su venganza, y deseando estos purgar sus delitos con los ajenos, se holgaban de reiterar la culpa, como si bastara aquello para disculpar su atrevimiento. Vanse la vuelta de los huertos donde Saturnino alojaba: ni fueran bastantes Primo, Aponiano y Mesala (que todos hicieron lo posible por salvarle) si no le hubiera ayudado la vileza del lugar donde se escondió, metiéndose acaso en el hornillo de una estufa que entonces no hacía su oficio. Dejados después los lictores, se retiró a Padua. Por la partida de los consulares quedó en Antonio solo- toda la autoridad sobre ambos ejércitos, dándole lugar para ello sus colegas, y teniendo de su parte todo el favor de los soldados. No faltó quien creyese que ambas alteraciones sucedieron por artificio de Antonio, deseoso de gozar él solo del fruto de la guerra.

Tampoco entre los Vitelianos estuvieron los ánimos quietos, antes se hallaban embarazados de mas peligrosa discordia; no por sospechas de la gente vulgar, sino por infidelidad de las cabezas. Había Lucilio Baso, capitán de la armada de Rávena, llevado al bando de Vespasiano los ánimos suspensos de los soldados, los cuales eran por la mayor parte de Dalmacia y de Panonia, provincias que se tenían por Vespasiano. Escogiósese la noche para comenzar la traición, porque sin sabiduría de los otros se juntasen solamente los conjurados en los principios. Baso, o por vergüenza o por temor del sucesor estaba esperando en casa cuando los capitanes de las galeras con gran tumulto derriban las estatuas de Vitelio, y muertos algunos pocos que hicieron resistencia, todo el resto del vulgo, por un cierto deseo de cosas nuevas, inclinaba al partido de Vespasiano. En esto, salido fuera Lucilio, se hace a la descubierta autor del caso, y la armada se eligió por prefecto a Cornelio Fusco que acudió volando. Baso con honrada guardia llevado a Hadria por las libúrnicas, fue allí puesto en hierros por Menio Rufino, prefecto de una banda de caballos que estaba allí de guarnición; aunque alcanzó libertad luego, por causa de la llegada de Hormo, liberto de César, que también este se mezclaba entre capitanes.

Cecina, divulgada la rebelión de la armada, llamados en los principios, como en lugar secreto y retirado de los alojamientos, a los mas principales centuriones y algunos pocos soldados, mientras los otros estaban ocupados en sus oficios, comenzó a predicarles el valor de Vespasiano y las fuerzas de aquel bando: «que se había rebelado la armada, principal consignación para los bastimentos, declarándose enemigas las Galias y las Hispanias, sin poderse fiar de alguno en Roma, y que todas las cosas de Vitelio iban de mal en peor.» De esta manera, comenzando los que estaban

presentes, cómplices en la rebelión, hizo jurar también por Vespasiano a otros, mientras estaban atónitos de tan gran novedad; y juntamente, abatidas las imágenes de Vitelio, despide al punto correos a Antonio con aviso del suceso. Mas después que se publicó en el campo la fama de la traición, corriendo los soldados a los principios, y viendo escrito el nombre de Vespasiano y por tierra las estatuas de Vitelio, confusos primero y perdida la habla, prorrumpieron después con decirlo todo de una vez. «¿Habrán llegado, decían, a tanta desventura la gloria del ejército Germánico, que sin contienda y sin heridas ofrezca los brazos a la cadena y las armas al vencedor? ¿Qué legiones son las que nos buscan, sino las ya vencidas por nosotros, mientras falta todavía el nervio del ejército Otoniano, los de las legiones primera y catorcena, a quien con todo eso en aquellos mismos campos hemos vencido y roto? ¿Serán dados tantos millares de hombres valerosos, como un aduar de esclavos, a vender al forajido Antonio? ¿Ocho legiones, buena comparación por cierto, con una armada? Este es el gusto de Baso, este el de Cecina, después de haber usurpado al príncipe los palacios, los jardines y las flaquezas, robarle también los soldados: y cuanto esto sea con menos pérdida de sangre, tanto seremos tenidos por mas viles en la opinión de los Flavianos. ¿Qué podremos responder a quien nos pregunte por los sucesos prósperos o adversos?»

Esto decía cada uno, esto todos, alzando los alaridos, según que los instigaba el dolor: y así, comenzando la legión quinta, enarboladas de nuevo las imágenes de Vitelio, prenden y atan a Cecina, y eligen por capitanes a Fabio Fabulo, legado de la quinta legión, y a Casio Longo, prefecto del campo: poniéndoles después delante los soldados de las tres libúrnicas descuidados y sin culpa, los hacen pedazos, y desamparados los alojamientos y roto el puente, vuelven de nuevo a Ostilia y de allí a Cremona para juntarse con las dos legiones primera Itálica, y veinte y una Rapaz, a quien Cecina había enviado delante con parte de la caballería para asegurarse de Cremona.

Avisado de estas cosas Antonio, se resuelve de asaltar los ejércitos enemigos mientras están con los ánimos desunidos y con las fuerzas separadas, antes que cobren autoridad los nuevos capitanes, los soldados la obediencia y el vigor, y confianza las legiones después de juntas. Porque Fabio Valente, fiel a Vitelio, y soldado de algún valor, partido ya de Roma, apresuraría el camino al aviso de la traición de Cecina. Temía también que no tardaría en bajar por la Retia gran golpe de gente de Germania, habiendo ya Vitelio llamado los socorros de la Britania, de las Galias y de Hispania; materia pestilencial para larga guerra, si Antonio movido de este temor, no hubiera, solicitando la batalla, ganado la victoria por la mano. Partido pues con todo el ejército de Verona, llegó en dos alojamientos a Bedriaco. El día siguiente, detenidas las legiones para atrincherarse, envió las cohortes de auxiliares a correr las campañas de Cremona, para que, so color de buscar vituallas, los soldados se hinchiesen de presa. Él, acompañado de cuatro mil caballos, partió de Bedriaco, adelantándose legua y media mas para cubrir a su gente y darle ocasión de robar con mas seguridad. Los corredores pasaron aun mas adelante a descubrir, como se acostumbra.

Eran ya las once del día cuando corriendo uno de estos a espuela batida, trajo nueva que venía el enemigo; descubriéndose pocos delante, aunque se oía gran ruido y relinchos de caballos por toda la campaña. Mientras Antonio se aconseja de lo que debe hacer, Arrio Varo, deseoso de hacer alguna buena prueba, con los caballos mas atrevidos embiste al enemigo; y habiendo rechazado a los Vitelianos con muerte de algunos, socorridos después de muchos y trocada la fortuna, los que eran mas feroces en acometer quedaron los últimos en la fuga, conforme al juicio hecho por Antonio, contra cuya voluntad se había anticipado la refriega. Todavía animándolos a entrar valerosamente en la pelea, pone en dos alas los escuadrones, dejando en medio vacío para recibir a Varo y a sus caballeros. Avisa a las legiones que se armen, y hace dar el señal por la campaña, para que cada cual, dejada la presa, se retire a las banderas. Varo entre tanto, perdido de ánimo, envuelto en la confusión de los suyos, espanta también a los otros; y junto con los heridos, también los sanos toman la carga, angustiados de su propio temor y de la estrechura del camino.

No dejó Antonio en aquel espanto el oficio de prudente capitán y de valeroso soldado. Anima a los tímidos, detiene a los que huyen, donde era mayor la confusión, donde todavía quedaba alguna esperanza, por todo con el consejo, con las manos y con la voz, señalado al enemigo y admirable a

los suyos. Vino en lo último a tanto atrevimiento, que pasado con la lanza de parte a parte a un alférez que huía, arrebatándole el estandarte volvió contra el enemigo, seguido solamente de cien caballos que por vergüenza de aquel acto se movieron. Ayudó la estrechura del puesto y el hallar roto el puente de un río que corría por allí, cuyo vado incierto y altura de sus márgenes, estorbaba la huida. Esta necesidad o favor de la fortuna redujo a buen término las cosas del bando Flaviano, que ya iban de caída; porque hecho rostro con ordenanza estrecha, reciben a los Vitelianos esparcidos temerariamente y los ponen en rota. Antonio, ora apretando sobre los que huían, ora derribando a los que encontraba, y junto con él los demás, cada cual según su talento, despojaban, prendían, quitaban armas y caballos: tal que despertando al grito próspero de los suyos, también los que poco antes huían por aquellos campos se mezclan animosamente en la victoria.

Entre tanto a una legua de Cremona se ven relucir las insignias de dos legiones, es a saber Itálica y Rapaz, las cuales, avisadas de que su caballería peleaba al principio con felicidad, habían llegado hasta allí dándole calor. Mas en comenzándoseles a mostrar contraria la fortuna, no supieron ensanchar sus ordenanzas y recibir a los suyos ni pasar adelante y acometer al enemigo, cansado de tan larga carrera y de menear las manos. Puede ser que no desearon tanto capitán en la prosperidad, cuanto ahora les pesaba de no tenerle. La caballería victoriosa embiste aquellas escuadras mal animadas, seguida de Vipsanio Mesala, tribuno, con los auxiliares de Misia: los cuales, puesto que tomados a sueldo tumultuariamente, no cedían en gloria militar a los soldados legionarios; tal que unidos infantes y caballos, rompen la ordenanza de las legiones, a las cuales el ver los muros de Cremona vecinos, cuanto daba más esperanza a la huida, tanto más quitaba el ánimo para hacer rostro.

No quiso Antonio seguir mas adelante, acordándose de los trabajos y heridas que en aquella facción, aunque de fin venturoso, habían afligido a hombres y caballos. Al cerrar de la noche sobrevino toda la fuerza del ejército Flaviano, y habiendo por el camino pisado los cuerpos muertos y las señales de la reciente matanza, como si estuviera ya acabada la guerra, instaban el proseguir hacia Cremona para acabar de rendir a la gente que quedaba amedrentada y rota o pasarla a cuchillo. Todo eso decían en público; mas no había quien no pensase entre si mismo que aquella ciudad, situada en llano, era fácil de tomar por asalto; que esto se podía ejecutar mejor de noche y con mayor libertad para saquearla; que si se esperaba al día, entrarían los medios de paz, los ruegos, las intercesiones; y en premio de los trabajos y de las heridas no sacarían otra cosa que la reputación de honor y de clemencia, cosas inútiles y vanas, cayendo las riquezas de Cremona en solo las manos de los legados y prefectos. Concluían con que la presa de las tierras que se ganan por asalto toca de ordinario a los soldados, y de las que se rinden a los capitanes. Con esto, menospreciando a los centuriones y tribunos, y, porque no se entendiesen sus palabras, haciendo ruido con las armas, amenazaban de hacer cabeza de por sí cuando no los llevasen contra Cremona.

Antonio entonces, entrado entre los manípulos, después de haber con su presencia y autoridad impetrado silencio, los asegura de que no quiere en manera alguna defraudar del premio y de la honra a soldados de tantos méritos; mas que siendo oficios separados el de los generales y el del ejército, convenía a los soldados el deseo de pelear y a las cabezas el proveer y el deliberar; aprovechando muchas veces mas la paciencia del diferir las cosas, que la temeridad de aventurarlas; y así como por su parte había ayudado aquel día a la victoria con las armas y con las manos, asimismo quería aprovechar no menos con la razón y con el consejo, artes propias del capitán. «Nos son dudosas, decía, las cosas que ahora tenemos delante: la noche, el sitio de la ciudad no reconocido, ella llena de enemigos, y toda cosa cómoda para poner asechanzas; tal que cuando las puertas se nos abriesen de par en par, no convendría entrar sin reconocer y sin esperar al día. ¿Comenzaréis vosotros por ventura un asalto a ojos cerrados, sin poder elegir la subida mas fácil y reconocer la altura de las murallas, si nos conviene arrimar con máquinas, con armas arrojadas, con levantar caballeroso con las vineas?» Vuelto después a los particulares, «¿quién de vosotros, pregunta, ha traído consigo hachas, picos y azadones, y los demás instrumentos para expugnar ciudades?» Y mostrando ellos que ninguno, «¿qué manos pues, añade, podrán con las espadas o con

los dardos romper y echar a tierra las murallas? Si es menester hacer plataformas, si conviene prepararnos de mantas, zarzos, cestones y capacetes de madera para dar el asalto, ¿estarnos hemos por falta de esto como vulgo espantadizo, maravillándonos de todo y mirando la altura de las torres y fortificaciones ajenas? ¿Por qué no nos valdremos antes de la dilación de una sola noche, que es lo que basta para traer los instrumentos de batir y las máquinas? ¿No traemos nosotros por ventura la fuerza y la victoria juntas?»

Y dicho esto, con una escuadra de los caballos mas frescos envía la gente del bagaje a Bedriaco por vituallas, instrumentos de guerra y las demás cosas necesarias. Los soldados sufriendo mal esta dilación se iban encaminando a nuevo tumulto, cuando los corredores, que habían pasado hasta debajo de los muros de Cremona, tomando en prisión algunos Cremoneses desmandados, supieron de ellos que seis legiones Vitelianas, con todo el ejército que estaba en Ostilia, habiendo caminado ocho leguas aquel día, sabida la rota de los suyos, se preparaban a la batalla y estaban ya cerca. Este terror abrió los entendimientos ofuscados a los consejos del capitán, el cual hizo hacer alto en la calzada de la vía Postumia a la legión tercera, y a su lado siniestro en campaña abierta la séptima Galbiana, y después la séptima Claudiana, guardada de un reparo de cierto foso natural. Tal era la disposición del sitio. La octava quedó en el camino descubierto y la trecena rodeada de un bosquecillo espeso, esta fue la ordenanza de las águilas y de las banderas. Hallábanse los soldados a causa de la noche mezclados acaso; la bandera de los pretorianos junto a los de la tercera legión, las cohortes de auxiliares en los cuernos, los costados y las espaldas rodeados de la caballería; Sidon e Itálico, Suevos, con una banda de gente escogida suya estaban en la frente de la batalla.

Mas el ejército Viteliano que hubiera podido hacer alto en Cremona, con la comida y con el sueño recuperar las fuerzas y el día siguiente asaltar y romper al enemigo, consumido de la hambre y del frío, no teniendo cabeza ni consejo, casi a tres horas andadas de la noche se halló encima de los Flavianos, ya preparados y puestos en batalla. No me atreveré a afirmar la orden con que fueron los Vitelianos, a quien causaba confusión la ira y la noche; aunque han escrito algunos que tenía el cuerno derecho la legión cuarta Macedónica, la quinta y la quincena con los vexilarios o jubilados de la novena, de la segunda y de la veintena: de las legiones Bretonas formaban la batalla, como la diez y seis, con la veinte y dos, y la primera el cuerno siniestro. Los de las legiones Rapaz e Itálica se habían mezclado por todas las escuadras. La caballería y gente de socorro tomó el puesto y lugar que le dio gusto. La pelea toda la noche fue varia, dudosa y sangrienta; dañosa ya a los unos, ya a los otros, no aprovechando para antever los peligros el juicio, la mano ni aun la vista. Las mismas armas de una y otra parte, el nombre y contraseña notorio a todos, por las continuas preguntas y respuestas; las banderas mezcladas, según que cada tropa las arrastraba, después de haberlas quitado al enemigo. Pasábalo con mayor trabajo la legión séptima, poco antes levantada por Galba: muertos seis centuriones de las primeras ordenes y perdidas algunas banderas. Atilio Varo, centurión primipilar, con mucho estrago del enemigo, y al fin con su muerte, conservó el águila.

Sostuvo Antonio la ordenanza que ya doblaba, llamando en socorro a los pretorianos, los cuales, rechazado el enemigo al primer ímpetu, fueron después ellos rechazados: porque los Vitelianos habían alojado sus ingenios sobre la calzada del camino para tirar con ellos en lugares llanos y descubiertos; visto que, plantados al principio en diferentes sitios mal a propósito habían sin daño del enemigo herido en los árboles. Mas una balista de extraña grandeza de la legión quince con tiros de gruesísimas piedras aterraba las escuadras enemigas; y hubiera hecho mucho mayor daño si dos soldados con señalado valor no se atrevieran, amparados con sendas rodela recogidas de aquel estrago, a ir sin ser vistos y cortar las mimbres y contrapesos de aquel artificio. No se duda del caso puesto que, por quedar luego muertos, se perdieron con ellos también sus nombres. No declinaba la fortuna aun a los unos ni a los otros, hasta que, pasada buena parte de la noche, el salir de la luna mostró y engañó a un mismo tiempo a entrambos ejércitos, aunque mas favorable a los Flavianos que les asomaba por las espaldas: porque haciéndose mayores de lo que eran las sombras de los infantes y caballos, tiradas en vano las armas enemigas, herían las mas veces a lo falso pensando acertar a lo verdadero; donde los Vitelianos, descubiertos por el resplandor que les daba

en el rostro, eran heridos de sus contrarios casi como de man puesto.

Antonio pues, como pudo conocer y ser conocido de los suyos, incitando a muchos con la vergüenza y con injurias, a otros con loores y exhortaciones, y a todos con promesas y esperanzas, pregunta a las legiones Panónicas: «que para qué habían vuelto a tomar las armas; que eran aquellos los campos donde podían lavar la mancha de la primer falta y recuperar la fama perdida.» Volviéndose después a los de Misia, llamándolos cabezas y autores de aquella empresa: «que en vano habían con palabras y con amenazas provocado a los Vitelianos, si ahora no podían sufrir sus manos ni su vista.» Esto decía a todos los que encontraba; y vuelto a los de la tercera legión, les acordaba los antiguos y modernos sucesos: como rompieron a los Partos debajo de Marco Antonio, a los Armenios, gobernados por Corbulon, y últimamente a los Sármatas. Enojado después con los pretorianos, «vosotros, dijo, no soldados, sino villanos, si no vencéis, ¿de qué emperador, de cuáles alojamientos seréis recibidos? Allá están vuestras banderas y vuestras armas, y allí mismo la muerte si os resolvéis a entregaros a ella por medio de vuestra deshonra.» Levantóse un grito terrible de todas partes, y los de la legión tercera saludaron al sol que salía, como se acostumbra en Siria.

Estáse en duda, si casualmente o por astucia de Antonio pasó una voz, de que habiendo llegado Muciano, se saludaban ambos ejércitos. En esto, como aumentados de nuevos socorros, se arrojan delante, comenzadas ya a desunir las ordenanzas Vitelianas; entre las cuales, faltando cabeza, cada uno según el ánimo o el temor propio, se adelantaba o se recogía.

Viéndolos ya desordenados Antonio, los embiste con un cerrado escuadrón, y entonces claras ya y flacas las hileras, se acabaron de romper. Ni fue posible volverse a ordenar por el embarazo de los carros y de las máquinas. Van los vencedores atravesando los caminos, y cortando los pasos para alcanzarlos mas presto, con estrago y muertes tanto mas notables, cuanto con mayor verdad se prueba haber sucedido el homicidio de un padre por mano de su hijo. Contaré el caso y los nombres, por relación de Vipsanio Mesala. Julio Mansueto, hispano, alistado en la legión Rapaz, había dejado en su tierra un hijo de tierna edad, el cual, hecho hombre, y inscrito por Galba entre los de la séptima legión, encontrándose con el padre y echándolo herido en tierra, mientras así como estaba agonizando lo mira, conocido por él, abraza al cuerpo desangrado, y llorando tiernamente, suplicaba a los manes paternos que, aplacados con él, no le tuviesen por parricida; siendo antes este delito público que suyo, no teniendo él parte en las armas civiles sino como soldado ordinario. Acabándole de espirar en los brazos, toma el cuerpo en hombros, y hecha la fuesa, pagó el último oficio con el muerto padre. Considerando pues la gravedad del caso primero los que estaban más cerca, y después otros muchos, se acabó de publicar por todo la maravilla, la compasión y el aborrecimiento de guerra tan cruel. Mas no por esto se iban a la mano en despojar a los parientes, amigos y hermanos muertos, confesando el mal, y no excusando el cometerle.

Llegados a Cremona se les ofrece una nueva y difícil empresa. Habían los soldados Germanos en la guerra Otoniana juntado con los muros de la ciudad sus alojamientos, rodeándolos de buenas trincheras y palizadas, crecidas y reparadas de nuevo, a cuya vista quedaron los vencedores atajados, y los capitanes irresolutos en lo que habían de ordenar. Dar el asalto hallándose el ejército cansado por las continuas facciones del día y de la noche, era cosa difícil y peligrosa, no teniendo ayuda ninguna cerca donde retirarse: tornar a Bedriaco, fuera del intolerable trabajo de tan largo viaje, era perder el fruto de la victoria: ponerse a fortificar los alojamientos no podía hacerse sin peligro, teniendo a los enemigos tan cerca, que con improvisas salidas podían inquietar a los que estuviesen esparcidos acá y acullá, y a los que se ocupasen en el trabajo; poniéndoles en cuidado sobre todo la naturaleza de sus soldados, capaz de sufrir antes los peligros que la dilación. Porque no les agradaban a ellos las cosas seguras, sino las que se esperaban de la temeridad, recompensando la muerte, las heridas y la sangre con la codicia de la presa.

Inclinó con esto Antonio mandando que se rodeasen las trincheras enemigas. Peleábase al principio de lejos con saetas y con piedras, en que recibían mayor daño los Flavianos, heridos de lo alto con mayor fuerza. Distribuyó luego entre las legiones los puestos y las órdenes de acometer las trincheras y las puertas, para que, separado el trabajo, se distinguiesen los buenos de los ruines, y de

aquella emulación de honra se encendiesen. Tocó a las legiones tercera y séptima el espacio cercano al camino de Bedriaco; a la octava y séptima Claudiana, la parte diestra de los trincherones, y los de la trecena cerraron de rondón con la puerta de Bresa. Tras esto hubo un poco de dilación, hasta que de los campos y heredades comarcanas trajeron unos azadones y picos, otros hachas y escalas. Entonces poniéndose los escudos sobre las cabezas, hecha la tortuga cerrada, se arriman. Ejercitábanse de entrambas partes las astucias romanas. Los Vitelianos descolgaban por los reparos abajo piedras gruesísimas, y cuando la tortuga ondeaba o se abría, procuraban herir con sus armas enhastadas por entre las junturas de los escudos, hasta que, descompuesta aquella unión, pudiesen derribar los muertos o estropeados.

Hubiera por el espanto del estrago grande faltado el fervor, si los capitanes no mostraran y prometieran a los soldados, que ya no escuchaban exhortaciones, la ciudad a saco. Si fue treta del liberto Hormo, como escribe Mesala, o como refiere Plinio, el cual echa esta culpa a Antonio, no lo sabré resolver: lo que sé es que ni Antonio ni Hormo con este abominable acto degeneraron de su vida y de su fama. No había ya sangre ni herida que los impidiese el capar los reparos, romper las puertas y hacer la tortuga doblada, apoyados los unos sobre los hombros de los otros hasta alcanzar a coger con las manos las armas y los brazos enemigos. Allí los sanos con los heridos, los medio muertos con los que ya espiraban, envueltos trabucaban abajo, muriendo en varios modos con diferentes formas de muertes.

Terrible fue el combate de las legiones séptima y tercera, hallándose allí también Antonio con una banda de escogidos auxiliares: porque no pudiendo los Vitelianos resistir a esta gente obstinada, y viendo que las armas arrojadas de arriba deslizaban sin ofensa por la tortuga, les arrojaron encima finalmente la misma balista, la cual, así como entonces oprimió a muchos, así con su ruina, llevándose las almenas tras sí y lo mas alto de los reparos, quebrantó también la torre mas cercana, de manera que no pudo resistir mas a los golpes de las piedras con que era batida. A cuya abertura, mientras los de la séptima legión en escuadrones apiñados se esfuerzan de subir, los de la tercera con hachas y con las propias espadas rompen la puerta. Convienen todos los autores en que Cayo Volusio, soldado de la tercera legión, fue el primero a saltar dentro. Este, subido sobre la muralla y barajados los que le hicieron rostro, admirable a todos, con la mano y con la voz dio señal de que eran ya entrados los alojamientos: los demás entraron después cuando, atemorizados los Vitelianos, comenzaban ya a echarse por las murallas.

Hinchióse de muertos todo el espacio que había entre los alojamientos y los muros de la ciudad; presentando nuevo trabajo la altura de ellos, las torres de piedra, las puertas herradas y los soldados blandiendo las picas. El pueblo Cremonés, numeroso y devoto al bando de Vitelio, además de haberse encerrado dentro, por ser tiempo de feria, mucha parte de Italia, lo que no era de tanta ayuda a los defensores por la muchedumbre, cuanto de incentivo a los de afuera por la presa. Mandó Antonio que se pegase fuego a las fábricas y lugares amenos que había fuera de Cremona, para tentar si los ciudadanos por el daño de sus cosas se movían a mudar de voluntad. Y sobre los techos mas altos de las casas pegadas con los muros, que sobrepujaban la altura de la ciudad, hizo subir los soldados mas robustos, para que con vigas, con fuegos arrojados y hasta con las tejas procurasen quitar las defensas.

Ya las legiones se apretaban entre sí para hacer la tortuga, mientras los otros tiraban dardos y piedras, cuando poco a poco comenzaron los Vitelianos a perder el ánimo, y los que tenían algún grado y calidad mas a ceder a la fortuna; considerando que, forzada Cremona, no quedaba esperanza alguna de perdón; y que toda la ira de los vencedores se derramaría, no sobre el vulgo pobre, sino sobre los centuriones y tribunos, con cuya muerte se abría el camino a la ganancia. Los soldados ordinarios, sin cuidado de lo por venir y por su bajeza mas seguros, continuaban la pelea; mas los principales del ejército, echadas por tierra las imágenes de Vitelio y su nombre, quitan las cadenas a Cecina, en que todavía estaba, rogándole quisiese interceder por ellos: mas rehusándolo él hinchado de soberbia, se lo piden con lágrimas, prueba de notable miseria, que tantos hombres valerosos esperasen ayuda por mano de un traidor. Y después de haber sacado a las murallas las

señales de rendirse, los velos y las fajas sacerdotales, habiendo hecho detener el asalto Antonio, llevaron fuera las banderas y las águilas seguidas de un gran tropel de gente afligida, desarmada y con los ojos bajos. Hicieron ala los vencedores, y rodeándolos por todas partes, los cargaban al principio de vituperios, dando también muestras de ponerles las manos. Mas viendo que los tristes recibían los ultrajes, y dejados a una parte su valor y ferocidad, lo sufrían todo con paciencia, comenzaron a acordarse de que eran aquellos mismos los que en la reciente batalla de Bedriaco usaron modestamente de la victoria. Mas adelantándose Cecina en majestad consular, con la vestidura llamada pretexta, con los lictores, apartándose por todo la turba, los vencedores se inflamaron de despecho, dándole en rostro con su soberbia, con su crueldad y hasta con su traición: tan aborrecibles son las maldades. Interpúsose Antonio, y haciéndole acompañar con buena escolta, le envió a Vespasiano.

Estaba en tanto a mal partido el pueblo Cremonés: entre aquellas armas no podía tardar mucho el estrago, si del ruego de los capitanes no se fueran aplacando los soldados. Convocado después el parlamento, Antonio engrandeció el valor de los vencedores, habló con clemencia a los vencidos y de Cremona con ambigüedad. Estaba el ejército, fuera de la natural codicia de la presa, también por el antiguo aborrecimiento, obstinado a la ruina de los Cremoneses; teniendo opinión que favorecieron la parte Viteliana, aun en la guerra de Otón. Y habiendo quedado allí poco tiempo antes los de la legión trece para la fábrica del anfiteatro, como de su naturaleza es insolente el vulgo vil de las ciudades, habían sido mofados y ultrajados con mucha insolencia. Aumentaba el odio el haber celebrado allí Cecina los juegos de gladiadores, el haber sido el asiento de la guerra y dado vituallas a los Vitelianos; acordándose que habían sido muertas hasta mujeres salidas a pelear por afición a aquel bando. Fuera de esto, la ocasión y tiempo de la feria hacia parecer a aquella colonia, por sí misma rica, mucho mas abundante de riquezas. Ya no se hacia caso de los otros capitanes, habiendo la fortuna y la fama puesto ante los ojos de todos solamente a Antonio. El cual, retirándose con presteza al baño para lavarse de la sangre y del polvo, al entrar en la estufa, quejándose de que el agua estaba fría, oyeron algunos que dijo: presto se calentará. Divulgado este dicho, cayó sobre Antonio todo el vituperio, como si con él hubiera dado el contraseño para quemar la ciudad que ya ardía.

Halláronse en aquel saco cuarenta mil armados y mucha mayor cantidad de bagajeros y canalla de servicio, harto mas desenfrenados en la lujuria y en la crueldad. Ni grado ni edad bastaban para que no se confundiesen los homicidios con los estupros, y los estupros con los homicidios. Los viejos decrepitos, las mujeres de mayor edad, inútiles a la presa, servían por burla y pasatiempo. Las doncellas de edad competente y algún hermoso joven, ofendidos al principio de las violentas manos de los arrebatadores, a lo último servían de ocasión para que los mismos insolentes se matasen unos a otros. Mientras cada cual recogía para sí el dinero o las ofrendas de oro de gran peso colgadas en los templos, sobresaltado de fuerzas mayores, era muerto. Otros menospreciando la presa que les venía a las manos, a palos y con tormentos forzaban a los dueños de las casas a descubrir las cosas escondidas y a cavar las enterradas, recreándose muchos en arrojar hachos encendidos sobre las casas y templos que ellos mismos habían robado y despojado. Y así como en aquel ejército había variedad de lenguas y de costumbres, hallándose ciudadanos romanos, confederados y extranjeros, asimismo, teniendo entre sí varios gustos y diferentes afectos, sólo se conformaban en tener a todas las cosas por lícitas. Bastó Cremona para alimentar tan gran estrago por término de cuatro días: reducida en ceniza toda cosa sacra y profana, excepto el templo de Mefite, fuera de los muros de la ciudad, defendido del puesto donde estaba o de aquella deidad.

Este fin tuvo Cremona el año doscientos y ochenta y seis de su nacimiento. Edificóse en el consulado de Tiberio Sempronio y Publio Cornelio cuando Aníbal asaltó a Italia, por frontera de los Galos de allá del Po y de cualquier otra fuerza que pudiese bajar de los Alpes. Aumentóse y floreció con la frecuencia de habitantes, con la comodidad de los ríos, fertilidad de los campos y con los parentescos y alianzas; no ofendida en las guerras extranjeras, aunque infeliz en las civiles. Antonio avergonzado de esta maldad, y conociendo que el aborrecimiento universal en que había caído por

su causa crecía cada día, mandó por un pregón que ningún soldado se atreviese a retener en prisión cremonés alguno. Y de hecho el consentimiento común de toda Italia había quitado a los soldados el uso de semejante ganancia, rehusando el comprar esclavos italianos, de que resultó el comenzarlos a matar y de esto el rescatarlos secretamente sus parientes y amigos. Volvió poco después a Cremona el pueblo sobrado al estrago, y por su natural magnificencia aquellos ciudadanos, exhortados por Vespasiano, restauraron las plazas y los templos.

El ejército pues, medroso de la putrefacción de los cuerpos muertos, no quiso entretenerse mucho en las ruinas de aquella sepultada ciudad, mas apartándose cerca de una legua, recogieron debajo de sus banderas aquellos Vitelianos que andaban esparcidos y medrosos. Y las legiones vencidas, porque durando todavía la guerra civil no tentasen novedad, se compartieron por el Ilírico. Partieron después al mismo tiempo que la fama, correos a la Britania y a las Hispanias con aviso de los sucesos. A la Galia fue Julio Caleno, tribuno, y a Germania Alpino Montano, prefecto de una cohorte, por ser este Trevero y aquel Eduo, y que habiendo ambos a dos seguido el bando de Vitelio, podían servir de ostentar y certificar la victoria. Fueron también cerrados con presidios los pasos de los Alpes, sospechándose que la Germania se preparase para ayudar a Vitelio.

El cual, partido Cecina, habiendo pocos días después obligado a ir a la guerra a Fabio Valente, no pensaba en otra cosa que en satisfacer a sus apetitos, sin hacer alguna provisión de armas, sin animar a los soldados de palabra, ni ejercitarlos y sin mostrarse al pueblo; antes, escondido en los retretes de sus jardines, como un vil animal, al cual si le ofrecen vianda se está perezoso y holgazán, dejaba pasar con igual olvido las cosas pasadas, presentes y por venir. Estaba en la casa de placer del bosque de Aricia ocioso y descuidado, cuando le llegó el aviso de la traición de Lucilio Baso y la rebelión de la armada de Rávena, de que se alteró mucho. Poco después fue advertido del suceso de Cecina, que le causó un sentimiento mezclado con alegría; es a saber, que había tratado de rebelarse y que los soldados le tenían en prisión. Prevaleció en aquel ánimo vil el gusto al enojo; y volviéndose a Roma lleno de alegría, celebró con muchos loores en público parlamento el amor de los soldados para con él, mandando que fuese preso y encarcelado Publio Sabino, prefecto del pretorio, a causa de su amistad con Cecina, sustituyendo en su lugar a Alfeno Varo.

Habiendo después hecho una oración en senado llena de magnificencia y pompa, fue loado y engrandecido por los senadores con exquisitas lisonjas. Comenzó de Lucio Vitelio la sentencia atroz contra Cecina, siguiendo después los otros con artificiosa muestra de enojo, exagerando que siendo cónsul había vendido a la república, capitán a su emperador, y acrecentado de tantos honores y tantas riquezas a un amigo tan benemérito; doliéndose como en persona de Vitelio y desfogando el propio dolor. No se oyó en oración alguna de las que se hicieron un vituperio tan solo de los capitanes Flavianos, porque inculcando el error y la imprudencia de los ejércitos, andaban después circunspectos en el nombrar a Vespasiano y como huyendo la ocasión. No faltó quien con lisonjas le sacase a Vitelio de las manos un día de consulado, que solo le quedaba al de Cecina, con burla universal del que lo dio y del que lo recibió. Rosio Régulo en el último día de octubre tomó y depuso el magistrado. Notaban los sabios que por lo pasado no se substituyó jamás uno que no fuese privado el otro, o hecha ley: porque antes también debajo de Cayo César, dictador, dándose con prisa las recompensas de la guerra civil, fue por un solo día cónsul Caninio Rebilo.

Cosa pública fue en aquellos días y harto famosa la muerte de Junio Bleso, la cual hemos sabido que pasó así. Hallándose Vitelio enfermo gravemente en los huertos Servilianos echó de ver una noche que cierta torre cercana resplandecía de muchos fuegos. Y preguntando la causa, supo que Cecina Tusco tenía gran cantidad de convidados, entre los cuales el de mas consideración era Junio Bleso. Los aparatos del banquete y el regocijo de los que cenaban se pintó por mucho mayor de lo que era. Ni faltó quien culpase a Tusco y a los otros, aunque mas criminalmente a Bleso, de que estando enfermo el príncipe, asistiese a semejantes regocijos; como se aseguraron los acostumbrados a ir especulando las pasiones intimas de los príncipes que Vitelio se había alterado de esto, y que era aquella buena ocasión para arruinar a Bleso. Dieron a Lucio Vitelio el cargo de aquella acusación. Éste, con maligna emulación enemigo de Bleso porque adornado de muchas

virtudes era estimado y tenido en mas que él, siendo como era hombre manchado de mil faltas, entra en el retrete del emperador, y apretando al pecho el hijo de su hermano, se le postra a los pies: entonces interrogado por la causa de su alteración, respondió: «que no procedía su angustia de causa suya particular, mas que empleaba sus ruegos y sus lágrimas medroso del peligro de su hermano y de su sobrino: que en vano era temido Vespasiano, tenido a raya de tantas legiones Germánicas, de tantas provincias valerosas y fieles, y finalmente de tanto espacio de mar y tierra, teniendo a un enemigo dentro de los muros de Roma y en el propio seno, que se alaba de los abuelos Junios y Antonios, que se muestra a los soldados de estirpe imperial agradable y magnífico. Están vueltos allí los ánimos de todos, mientras Vitelio, estimando en poco los amigos y enemigos, favorece a un competidor que desde el banquete se recrea de ver los enojos y trabajos del príncipe; para cuyo remedio convenía recompensar aquel regocijo intempestivo con una noche triste y fúnebre para que sepa y sienta que vive y manda Vitelio, y que cuando sucediese algún trabajo, dejaría después de si un hijo.»

Dudoso pues Vitelio entre la maldad y el temor que el diferir la muerte a Bleso no le ocasionase su ruina y el ordenarla a la descubierta un odio atroz, se resolvió en satisfacer su deseo matándole con veneno. Fue causa de que se acabase de verificar esta maldad el haber querido Vitelio ver a Bleso con notable demostración de alegría, donde se le notó haber dicho estas crueles palabras (referiré las mismas) que había apacentado los ojos con ver la muerte de su enemigo. Era Bleso a mas de ser nacido noble y de costumbres nobilísimas, hombre de constantísima fe; tanto que tentado al principio por Cecina y otras cabezas de bando, que comenzaban a aborrecer a Vitelio, no quiso jamás darles oídos, mostrándose apacible y quieto, y tampoco deseoso de cualquier género de honor hasta del mismo imperio, que no estuvo lejos de ser reputado por indigno.

Fabio Valente en tanto, con un largo y lascivo acompañamiento de concubinas y de eunucos, caminando mas despacio de lo que pide la guerra, tuvo varios correos con aviso de la rebelión de la armada vendida por Lucilio Baso. Y es cierto que si solicitara el viaje, fácilmente hubiera alcanzado a Cecina cuando titubeaba, o a lo menos a las legiones antes de la batalla. No faltó quien le amonestase que con la gente de mas confianza, por caminos no platicados, apartándose de Rávena, diese consigo en Ostilia o en Cremona. Otros aconsejaban que, hechas venir de Roma las cohortes pretorias, fuese de golpe con buenas fuerzas a encontrar al enemigo; mas él contemporizando inútilmente, consumió en consultas el tiempo que debiera emplear en la ejecución. Menospreciados después ambos consejos, mientras determina de seguir el medio, resolución la peor que se puede tomar en los casos peligrosos, ni supo aprovecharse de la providencia, ni del valor.

Escribió finalmente a Vitelio que se le enviase socorro. Vinieron tres cohortes y la ala de caballos de la Britania, número incapaz de engañar al enemigo, ni de pasar contra su voluntad. Mas Valente ni aun entre peligros tan grandes huyó la infamia de atender a todo gusto y de manchar las casas de los huéspedes de adulterios y de estupro, incitado de la autoridad, abundancia de dineros y de una lujuria ardentísima en la declinación de su fortuna. Finalmente, a la llegada de los infantes y caballos, se conoció el mal partido que se había tomado; porque no podía con tan poca gente, aunque hubiera sido fidelísima, pasar por el país enemigo. Mas a la verdad habían traído consigo poca fe. Entreteníalos con todo eso la vergüenza y el respeto del capitán que estaba presente; ataduras que aprietan poco a gente no codiciosa de peligros y poco estimadora de honra. Por este respeto y por ser también seguido de pocos de quien se pudiese esperar firmeza en la adversidad, enviadas delante las cohortes la vuelta de Arimino, ordenó que los caballos marchasen de retaguardia. Él torciendo el camino por la Umbría y entrando en la Toscana, sabido el suceso de Cremona, tomó un partido animoso y de harto daño, si le saliera bien. Metióse en las naves y tentó de pasar en alguna parte de la provincia Narbonense para levantar las Galias y la Germania a nueva guerra.

Partido Valente, Cornelio Fusco, arrimándose con el ejército y haciendo correr las libúrnicas por las riberas vecinas, apretaba por mar y por tierra a los que, perdidos de ánimo, tenían a Arimino.

Ocupado así el llano de la Umbría, y aquella parte de la Marca que baña el mar Adriático, quedaba dividida toda Italia entre Vespasiano y Vitelio por las cumbres del Apenino. Fabio Valente del golfo de Pisa, o por crueldad de la mar, o por vientos contrarios, fue arrojado a puerto Hércules de Moneco. Hallándose no muy lejos de allí Maturó, procurador de los Alpes marítimos, fiel a Vitelio, a quien no faltó jamás la fe del juramento, aunque rodeado por todas partes de enemigos. Éste, recibiendo cortésmente a Valente, le espantó aconsejándole que no entrase tan acaso en la Galia Narbonense; y el temor hacia fieles a los demás.

Porque Valerio Paulino, procurador, soldado valeroso, y amigo de Vespasiano antes de su buena fortuna, habiendo reducido a su devoción todas las ciudades circunvecinas, y recogido a todos los que, despedidos por Vitelio, volvían de buena gana a tomar sueldo, tenía guardada con presidio la colonia de Frejulio y los pasos de aquel mar; seguido con mayor voluntad, por ser Frejulio patria de Paulino, y él no poco estimado de los pretorianos, entre quien fue ya tribuno. Y los habitantes del país, que no seguían las armas tanto por amistad de Paulino como por la esperanza de engrandecerse, favorecían en común a aquel bando. Todas estas cosas bien aprendidas y acrecentadas de la fama, como se divulgaron entre aquellos ánimos variables de los Vitelianos, Valente con cuatro soldados de su guardia, tres amigos y otros tantos centuriones se volvió con tiempo a sus bajeles, dejando en la voluntad de Maturó y los demás el quedarse o seguir el partido de Vespasiano. Mas así como le era a Valente mas segura la mar que la tierra ni las ciudades, así suspenso en lo que le había de suceder, y siempre mas cierto en lo que debía huir que en lo que le convenía buscar, llevado de la fortuna del mar a las islas Estecadas de Marsella, fue allí preso por las libúrnicas enviadas de Paulino.

Preso Valente, volviéndose todo a favor del vencedor, comenzó en Hispania la legión primera Ayudatrice, la cual aborreciendo a Vitelio por la memoria de Otón, llevó consigo a la décima y a la sexta. No tardaron mucho en resolverse las Galias, y el favor grande de Vespasiano añadió la Britania, por haber militado allí por Claudio y héchose nombrar en aquella guerra en calidad de prefecto de la segunda legión, no sin tumulto las demás, en las cuales muchos centuriones y soldados adelantados por Vitelio, mudaban con disgusto el príncipe ya aprobado por ellos.

Con la ocasión de estas discordias y con los continuos avisos de la guerra civil, se alborotaron los Bretones, haciéndose autor Venusio; el cual, a mas de su natural fiereza y odio del nombre romano, era también incitado de particular enemistad con la reina Cartismandua. A esta, de nobilísima sangre, obedecían los pueblos Brigantes, aumentado mucho su poder, porque habiendo tomado en prisión engañosamente a Caractaco, parecía haber ennoblecido el triunfo de Claudio César. Abundando de aquí las riquezas y después la superfluidad, que de ordinario sigue a los sucesos prósperos, despreciado su marido Venusio, casó con Velocato, su caballero, a quien hizo rey. Esta maldad ocasionó al punto la ruina de aquella casa. Estaba por el marido el favor de la ciudad y por el adúltero la crueldad y lujuria de la reina. Venusio pues, con la gente recogida de los socorros y con la rebelión de los Brigantes, redujo a mal partido a Cartismandua. Entonces acudiendo por socorro a los Romanos, nuestras cohortes y nuestra caballería con diversas batallas la libraron finalmente de peligro; quedándole empero a Venusio el reino y a nosotros la guerra.

En aquellos mismos días se turbó también la paz en Germania por negligencia de los capitanes y sedición de las legiones, quedando poco menos que destruido el imperio romano de la violencia extranjera y poca fe de los confederados. De esta guerra, que duró largamente, con sus causas y sus sucesos trataremos abajo. Rebelóse también la Dacia, gente jamás fiel, y menos entonces, que, sacado el ejército de Misia, había quedado sin temor. Estuvieron quietos al principio para ver la fama que tomaban las cosas, mas entendiendo que Italia se abrasaba en guerras, y que toda cosa andaba en revolución, forzadas las guarniciones de las cohortes y caballos, se apoderaron de ambas riberas del Danubio, y todavía se iban preparando para expugnar los alojamientos de las legiones, si Muciano, avisado ya de la victoria de Cremona, no hubiera enviado la vuelta de allá la legión sexta para que no viniese de todas partes ímpetu extranjero, si los Dacos y Germanos moviesen por diferentes partes. Aprovechó, como otras muchas veces, la buena fortuna del pueblo

romano con encaminar por aquellas partes a Muciano y a las fuerzas de Oriente, y, como hemos dicho, el suceso de Cremona. Quedó al gobierno de la Misia Fonteyo Agripa, que había sido el año antes procónsul en Asia, añadiéndole los soldados del ejército Viteliano que, por razón de estado, se juzgó a propósito repartirlos por las provincias y emplearlos en guerras extranjeras.

No se acababan de quietar las otras naciones. Un esclavo bárbaro, capitán ya en otro tiempo de la armada del rey de Ponto, movió al improviso las armas en aquella provincia. Llamábase este Aniceto, liberto del rey Polemon, el cual, habiéndose visto en gran crédito para con su señor, no podía sufrir la mudanza que había hecho aquel reino en forma de provincia. Y así, recogidas debajo de la sombra de Vitelio las gentes que habitan junto a Ponto, y engañados con la esperanza de la presa los mas necesitados, viéndose cabeza de una multitud no despreciable, [asaltó de improviso a Trapisonda, ciudad muy antigua y edificada por los Griegos a la boca del mar mayor. Fue degollada allí la cohorte que solía servir de guarnición a los reyes; mas hechos después ciudadanos romanos, retenían las banderas y las armas a nuestro modo, continuando el ser vanos y negligentes al uso griego. Puso también fuego a la armada, señoreando seguramente todo aquel mar, por haber Muciano recogido en Bizancio las mejores libúrnicas con toda la soldadesca. Discurrían aquellos bárbaros con mayor desprecio después que arrebatadamente fabricaron ciertos bajeles llamados cámaras, que tienen los costados estrechos y el vientre ancho, juntos, sin elevación de hierro o de otro metal, la cumbre de los cuales, cuando la mar se altera, cierran con labias hasta que la ponen en figura de techo. De esta manera van dando vueltas entre las ondas: usan de proa, no menos detrás que delante, y mudan la chusma cuando quieren, pudiendo indiferentemente y sin peligro abordar tanto de una parte como de otra.

Movió este accidente a Vespasiano a enviar los vexilarios de las legiones a cargo de Virdio Gemino, valeroso soldado. El cual asaltando al enemigo desproveído, y por la codicia de la presa, desordenado y vagabundo, le hace retirar a las naves; y fabricadas a prisa algunas libúrnicas, pudo alcanzar a Aniceto en la boca del río Cohibo, asegurado allí de la protección del rey Sedoquezoro, a quien había metido en la liga con presentes y con dineros. Quiso el rey al principio con amenazas y con armas defender a su confederado Aniceto; mas al partido que se le hizo de premio o de guerra, como es frágil la fe de los bárbaros, pactada la muerte del rebelde, lo entregó en compañía de todos aquellos fugitivos, con que se puso fin a la guerra servil. Muy alegre estaba por esta victoria Vespasiano, sucediéndole todo mas felizmente de lo que sabía desear, cuando le sobrevino en Egipto la nueva de la batalla de Cremona. Esto le hizo apresurar el viaje de Alejandría, deseando tras aquel buen suceso apretar también con la hambre a Roma, menesterosa de provisiones extranjeras. Porque él tenía determinado de acometer por mar a la provincia de África situada en la misma costa, para que, cerrados de todo los pasos a las vituallas, sintiesen los enemigos los daños y las discordias que suele traer consigo la necesidad.

Mientras la fortuna del imperio pasaba con esta conmoción universal, no se gobernaba Primo Antonio con tanta modestia después del suceso de Cremona, pareciéndole haber cumplido ya con la guerra, y que lo demás le era fácil: si ya no es de creer que en un hombre de tal naturaleza iba descubriendo la felicidad, la avaricia, la soberbia y los demás defectos ocultos. Porque él hollaba a Italia, como a provincia conquistada por las armas; acariciaba como suyas las legiones, y con palabras y con hechos se iba haciendo camino a la grandeza y al poder; y por ir haciendo mas libres y disolutos a los soldados, ofrecía a las legiones la elección de los centuriones muertos, hallándose con aquel voto elegidos los mas sediciosos. No estaba mas el soldado sujeto al capitán: el capitán si que era llevado de la violencia militar; cuya semilla de sedición y corruptela de disciplina la convertían todos en robos; no temiendo de Muciano que venía, puesto que era mas peligroso el despreciarle a él que a Vespasiano.

Mas acercándose el invierno y comenzando el Po a inundar los campos, marchó la gente suelta, habiendo dejado en Verona las banderas y las águilas de las legiones vencedoras, con los soldados heridos o débiles por la edad, y muchos también sanos; juzgando que bastaban, estando ya fenecida la guerra, las cohortes con los caballos auxiliares y la gente escogida de las legiones.

Añadióse la legión undécima, que entreteniéndose al principio, habiendo visto después suceder las cosas prósperamente, se dolía de no haberse hallado en ellas. Seguían seis mil Dálmatas, levantados nuevamente, a cargo de Popeo Silvano, varón consular, aunque la resolución de las cosas dependía de Anio Baso, legado de una legión: el cual, so color de obediencia, hallándose siempre pronto, con destreza y diligencia en los negocios, gobernaba del todo a Silvano, hombre de poco en la guerra y que gastaba en palabras el tiempo de la ejecución. Entre estas gentes se recibieron también los mejores de la armada de Rávena, que pidieron el ser escritos entre las legiones; habiendo suplido a la armada con parte de la gente levantada en Dalmacia. El ejército y los capitanes hicieron alto en Fano, para tratar la suma de las cosas, habiendo entendido que eran partidas de Roma las cohortes pretorias, y creyendo que estaban tomados los pasos del Apenino; hallándose ellos en país gastado de la guerra, trabajados de la carestía y de las voces de los soldados, que pedían el clavario (este es nombre de una suerte de donativo), sin haber hecho provisión de granos ni de dineros, haciendo mayor el desorden la impaciencia y la codicia de los que quitaban por fuerza lo que pudieran tener por amor.

Tengo relación de autores de mucha estima, que fue tal en aquel tiempo el poco respeto y menosprecio de lo justo y de lo honesto, que un jinete ligero, alabándose de haber muerto en la última facción a un hermano suyo, pidió el premio a los capitanes: mas no permitiendo la justicia humana que se honrase aquel homicidio, ni la razón de la guerra que se castigase, difirieron la resolución como de cosa merecedora de mayor premio de la que por entonces, tan de repente, se le podía dar, ni se habló mas de este caso. Sucedió también el mismo exceso en las primeras guerras civiles. Porque en la batalla del Janículo contra Cina, como escribe Sisena, un soldado pompeyano mató a su hermano; y después conocida la maldad, se mató a sí mismo: tan poderosos eran acerca de los antiguos el premio de la virtud y el arrepentimiento del yerro. Estas y otras cosas semejantes, sacadas de las memorias antiguas por ejemplo del bien o consuelo del mal, no dejaré de contarlas cuando vengan a propósito.

Resolvieron Antonio y los otros capitanes de enviar delante jinetes a reconocer la Umbría para ver si por alguna parte podían penetrarse los Peninos, y de hacer venir de Verona las águilas y las banderas con los soldados que allí habían quedado, haciendo por el Po y por la mar correr las vituallas. Había entre los capitanes algunos que buscaban ocasión de diferir; porque habiéndose ya hecho insufrible Antonio, esperaban mas seguro gobierno de Muciano. El cual, ansioso de tan acelerada victoria, y pareciéndole que si no se hallaba a la presa de Roma no le alcanzaría parte alguna en la gloria de aquella guerra, escribía a Primo y a Varo con mucho artificio, que era bien seguir el curso de la victoria, discurriendo por otra parte del provecho de diferir; acomodándose de manera en el estilo, que según el evento de las cosas se pudiese colegir que por su orden se habían evitado las adversas y encaminado las prósperas. Escribiendo después mas abiertamente a Plocio Grifo, puesto poco antes por Vespasiano en el orden senatorio y al gobierno de una legión, y a los demás sus confidentes, los cuales todos volvieron a escribir interpretando siniestramente la prisa de Antonio y de Varo, loando todo lo que resolviese Muciano: y enviadas estas cartas a Vespasiano, causaron que no eran después tan aceptos los consejos y las acciones de Antonio como él esperaba.

Sufría esto con impaciencia Antonio, e inculpaba de ello a Muciano, por cuyos ruines oficios decía haberse aumentado sus peligros; no pudiéndose abstener de decir mal; hombre largo de lengua y no acostumbrado a ser inferior. Escribió a Vespasiano jactándose con mayor altivez de lo que se sufría con el príncipe, no sin calumniar cubiertamente a Muciano, diciendo: «que él había hecho tomar las armas a las legiones de Panonia: que incitados y persuadidos por él se habían movido los capitanes de Misia; que por medio de su constancia se atravesaron los Alpes, se ocupó Italia, se cerró el paso a los socorros de la Germania y de la Retia: que primero con el encuentro de los caballos, y después con el valor de sus infantes había peleado continuamente un día y una noche, roto las legiones Vitelianas, generosísima acción y obra de sus manos: que del caso de Cremona se debía echar la culpa a la guerra; pues era cierto, que las antiguas discordias entre ciudadanos se habían acabado con mayor daño de la república y ruina de mas ciudades: que no servía a su

emperador con mensajeros ni con cartas, sino con el cuerpo y con las armas, no pretendiendo por esto perjudicar a la gloria de los que entre tanto se habían ocupado en acomodar las cosas de Asia: que aquellos habían tenido celo de la paz de Misia, y él de la salud y seguridad de Italia: que por sus exhortaciones las Galias y las Hispanias, partes las mas principales del mundo, se habían declarado por Vespasiano. Mas que sin embargo le saldrían vanos todos sus trabajos, si el premio de tantos peligros se daba al que los había mirado de talanquera.» Tuvo noticia de todo Muciano; y de aquí nacieron graves rencores, alimentados de Antonio con mas libertad, aunque de Muciano con mayor astucia, y por esto mas implacables.

Vitelio, arruinadas sus cosas en Cremona, teniendo ocultos los avisos de aquella rota, con necia disimulación iba antes difiriendo los remedios que la enfermedad. Porque si la hubiera confesado y pedido consejo, pudiera ser que no le faltaran esperanzas ni fuerzas: donde por el contrario fingiendo las cosas prósperas, con esta falsedad hacia mas grave la dolencia. Era cosa de admiración el ver que cerca de él no se podía hablar cosas de guerra: y el haber prohibido lo mismo en la ciudad, era causa de que se hablase mucho mas: y los que, cuando se permitiera, hubieran contado la verdad, por solo que se les vedaba, divulgaban cosas mas atroces. Ni les faltaba a los capitanes enemigos arte para aumentar la fama con volver a enviar las espías Vitelianas que se prendían, haciéndoles ver primero por menudo las fuerzas de aquel ejército victorioso: a todas las cuales mandó matar Vitelio después de haberlas examinado secretamente. Julio Agreste, centurión de señalada fe, después de muchos razonamientos pasados en vano con Vitelio para incitarle a mostrar valor, le indujo a enviarle a él mismo a reconocer las fuerzas del enemigo, y lo sucedido en Cremona: el cual, sin tentar de engañar a Antonio con espiar a escondidas, le descubrió libremente su deseo y la orden del emperador y le pidió que se lo dejase ver todo. Envió Antonio con él quien le mostrase el lugar de la batalla, las ruinas de Cremona, y las legiones vencidas. Volvió Agreste a Vitelio, y no queriéndole creer que era verdad lo que le refería, imputándole a mas de esta de que venía ya sobornado; «pues que es necesario, dijo, dar buenas señas, y cierto que no te puede aprovechar de otra cosa mi muerte o mi vida, yo las daré tales que no te quede ocasión de ponerlo en duda»; y partiéndose, con la muerte voluntaria confirmó su relación. Quieren algunos que fue muerto por orden de Vitelio, refiriendo lo mismo de su fe y de su constancia.

Vitelio, como despertando de un sueño, mandó a Julio Prisco y a Alfeno Varo que con catorce cohortes pretorias y toda la caballería tuviesen guardados los Peninos. Seguidos también por la legión de la armada. Tantos millares de gente de guerra, tanta gente escogida de infantes y caballos, si tuvieran otro capitán, eran fuerzas bastantes para embestir al enemigo. El resto de las cohortes consignó a Lucio Vitelio, su hermano, para la guardia de Roma. Él, no dejando un punto de sus acostumbrados vicios y superfluidades, y apresurándose por la desconfianza, solicitaba los comicios, queriendo declarar cónsules por muchos años, renovar las ligas a los confederados, dar a los extranjeros la naturaleza del Lacio, remitir a estos los tributos, conceder a aquellos exenciones, y finalmente, sin pensamiento alguno de lo por venir, despedazar el imperio. Mas el vulgo corría tras la grandeza de los beneficios, comprándolos a fuerza de dinero los necios, y teniendo los discretos por vanas y de mala data todas las cosas que no se podían dar ni recibir con salud de la república. Finalmente, haciendo instancia el ejército alojado en Bevaña, con gran acompañamiento de senadores, llevados quien por ambición, quien por temor, pasó Vitelio al campo, suspenso de ánimo y obligado a consejos no fieles.

En el parlamento que hizo a los soldados (cosa prodigiosa) le volaron por encima una banda de pajarotes sucios tan espesos, que con aquella nube oscurecieron el día. Siguió a este otro mal agüero. El toro, huido del altar, descompuso el aparato del sacrificio y fue muerto bien lejos de donde se suelen ofrecer las víctimas. Pero sobre todos los prodigios era señalado prodigio el mismo Vitelio: ignorante de las cosas de la guerra, sin juicio en las resoluciones, del orden del marchar, del modo de espiar al enemigo, del dar la batalla y del retirarse, iba preguntando a los otros: en toda cosa nuevo, a toda nueva medroso y pálido, y a la postre borracho. A lo último, enfadado de estar en el campo, sabida la rebelión de la armada de Miseno, se volvió a Roma; espantado siempre más de

toda fresca herida, sin cuidar del peligro mayor. Porque cuando estaba en su mano pasar el Apenino y con las fuerzas enteras de su ejército asaltar al enemigo, cansado del invierno y de la hambre, dividiendo la gente, envió a la carnicería y a las cadenas aquellos soldados valerosos, y fieles hasta lo último, contra el parecer de los centuriones mas prácticos, los cuales, a ser preguntados, no callaran la verdad. Mas teníanlos apartados los amigos de Vitelio, habiendo acomodado de suerte los oídos del príncipe que le fuesen desagradables las cosas útiles y solamente de gusto las dañosas.

A la armada de Miseno (tanto vale en las discordias civiles el atrevimiento de uno solo) hizo rebelar Vitelio Claudio Faventino, centurión, reformado ya vergonzosamente por Galba, mostrando con cartas fingidas de Vespasiano el premio de su alevosía. Era capitán de la armada Claudio Apolinar, ni constante en la fe, ni valeroso en la traición. Con que Apinio Tiron, que había sido pretor y que acaso se hallaba entonces en Minturno, se ofreció por cabeza a los rebeldes. Por los cuales fueron también atraídos los municipios y las colonias, con particular inclinación de los de Puzol a Vespasiano, como de los de Capua a Vitelio: desfogando entrambos pueblos con ocasión de la guerra civil su propia emulación. Vitelio, por mitigar los ánimos de aquellos soldados, envió a Claudio Juliano (había este gobernado aquella armada apaciblemente) con una cohorte urbana y los gladiadores de que era prefecto. Mas en acercándose los ejércitos, no tardó Juliano en pasarse al bando de Vespasiano, apoderándose de Terracina, lugar fuerte mas por la comodidad del sitio que por su vigilancia o industria.

Lo que sabido por Vitelio, dejando en Narni una parte de la gente con el prefecto del pretorio, envió a su hermano Lucio Vitelio con seis cohortes y quinientos caballos para oponerse a la guerra que comenzaba en Campania. Él, de ánimo enfermo, se consolaba solo con el favor de los soldados y con las voces del pueblo que pedían las armas, mientras con falsa semejanza llamaba ejército y legiones al vulgo vil, cuyo atrevimiento no pasa mas allá de las voces. Exhortado de los libertos (porque de los amigos cuanto mas de valor fiaba menos) hizo juntar las tribus, y dados los nombres, prestaron el juramento militar. Sobraba la multitud, y así se repartió entre los cónsules el cargo de escoger los soldados. Quiso de los senadores un número de esclavos y un peso de plata por cada uno: ofrecieron los caballeros sus personas y su dinero, obligándose voluntariamente a lo mismo también los libertinos. Aquella disimulación le dio a entender que procedían de afecto los oficios hechos por temor; habiendo muchos que no se lastimaban tanto de Vitelio cuanto del caso en sí y de oficio de príncipe. Ni se descuidaba él de moverlos a piedad con el rostro, con las palabras y con lágrimas; no solo largo en sus promesas, como es propio de los que temen, pero desmoderado en ellas. Y lo que es mas, quiso ser llamado César, habiéndolo menospreciado antes, por superstición de aquel nombre entonces, y porque en semejantes temores se oyen igualmente los consejos de los sabios y los rumores del vulgo. Mas así como todas las cosas comenzadas con ímpetu desconsiderado son en sus principios fuertes y con el tiempo se debilitan, asimismo los senadores y caballeros comenzaron poco a poco a irse retirando de su presencia lentamente al principio y cuando él estaba ausente; después a la descubierta, medrosos y dolientes del peligro, hasta que Vitelio, por vergüenza de una empresa tentada en vano, dejó de querer lo que no se le daba.

Así como la salida de Vitelio a Bevaña había atemorizado a Italia, como si entonces volviera a renacer la guerra, así sin ninguna duda su retirada con tanta vileza aumentó reputación al bando Flaviano; enajenándose a los Samnites, a los Pelinos y a los Marsos, que con emulación de haber sido prevenidos por los de Campania, se comenzaron a mostrar prontísimos para todas las necesidades de la guerra, como acontece en las nuevas amistades. Mas el trabajo que el ejército tuvo en atravesar el Apenino a causa del rigor del invierno y el embarazo de las nieves, bastante a negar el paso a gente suelta y sin recelo, mostraron el peligro a que se puso, si no hubiera sido llamado Vitelio a otra parte por la fortuna, la cual no favoreció menos veces a los Flavianos que su prudencia. Encontraron allí a Petilio Cerial que, vestido en hábito de villano y práctico en el país, había escapado de las guardias de Vitelio. Tenía Cerial estrecho deudo con Vespasiano y había adquirido reputación en la guerra; y a esta causa fue recibido entre las cabezas. Escriben muchos, que hubieran podido huir también Flavio Sabino y Domiciano, habiéndoles avisado Antonio por

mensajeros que pudieron llegar a ellos con varias disimulaciones, de la parte por donde se podían salvar, y de la gente que hallarían para poderlo hacer con seguridad. Disculpóse Sabino con su poca salud, incapaz de trabajos y ajena de atrevimientos. A Domiciano no le faltaba ánimo, mas no se fiaba de las guardias que le tenían. Vitelio, por intereses de sus parientes, no se mostraba de mal ánimo contra Domiciano.

Llegados a Carsole los Flavianos, reposaron allí algunos días, hasta que les alcanzaron las águilas y las banderas de las legiones; agradándoles aquel sitio vistoso, y eminente y cómodo para las vituallas, por tener a las espaldas muchos y buenos lugares de donde proveerse. Esperaban también, con ocasión de tener a los Vitelianos distantes menos de tres leguas, el conferir con ellos y persuadirles la traición. Oían esto con poco gusto los soldados, a quien agradaba mas la victoria que la paz; ni aun a sus propias legiones querían aguardar, pareciéndoles mas dañosa su compañía para la presa que necesaria para evitar los peligros. Por lo cual, llamándolos al parlamento Antonio, les advirtió «de que Vitelio tenía todavía buenas fuerzas, poco estables si se les daba tiempo de pensar, y de momento en la desesperación: que se permite el encomendar a la fortuna los principios de las guerras civiles, mas que la victoria se perfecciona con la razón y con el consejo. Háseles rebelado, decía, la armada de Miseno, con todas aquellas amenísimas riberas de Campania, sin que de todo el mundo le quede a Vitelio otra cosa que lo que hay entre Narni y Terracina. Hemos adquirido harta reputación con la batalla de Cremona, y no menos aborrecimiento con su ruina; no deseamos ahora mas tomar a Roma por fuerza que conservarla. Mayores serán los premios y mucho mas noble la reputación, si ven que procuramos sin sangre la salud del senado y pueblo romano.»

Mitigados los ánimos con estas y semejantes palabras, llegaron poco después las legiones; con que, espantadas las cohortes Vitelianas, medrosas del aumento y reputación del ejército enemigo, comenzaron a blandear en la fe, no habiendo quien las exhortase a seguir la guerra, y aconsejándoles muchos que se rindiesen; de los cuales no faltaba quien procurase hacer un presente al vencedor de sus compañías de infantes y de las tropas de caballos, compitiendo en adquirir gracia y favor para lo por venir. Estos mismos avisaron a los Flavianos de como estaban de presidio en Terni, situada en lo llano cerca de allí, cuatrocientos caballos de Vitelio, contra los cuales marchó luego Varo con gente escogida; y degollando algunos que hicieron rostro, los demás, arrojadas las armas, se rindieron: y los pocos que se escaparon huyendo a su campo, lo hinchieron todo de temor, exagerando el número y valor de los enemigos para cubrir la vergüenza del perdido presidio. Acerca de los Vitelianos no tenía lugar el castigo del mal, dándose en la otra parte entero cumplimiento a las promesas en premio de la traición; y así solo se competía en infidelidad, huyéndose continuamente los tribunos y centuriones: porque los soldados ordinarios estuvieron siempre obstinados por Vitelio, hasta que Prisco y Alieno, desamparado el campo y vueltos a Vitelio, libraron a todos de la vergüenza y de la traición.

En estos días fue hecho morir en Urbino, donde estaba preso, Fabio Valente. Mostróse la cabeza a las cohortes Vitelianas por apartarlas de toda esperanza, habiendo hasta entonces creído, que pasado en Germania, trataba de juntar nuevos ejércitos. El verle muerto acabó de ponerlos en desesperación. Y el ejército Flaviano reputó a la muerte, aunque cruel, de Valente por el fin de la guerra. Nació Valente en Añani, de familia de caballeros, de costumbres licenciosas y de ingenio vivo, con el cual procuraba ganar nombre de agudo y de gracioso. En los juegos juveniles en tiempo de Nerón, al principio como forzado y después voluntariamente, hizo del bufón, antes con artificio que con gracia. Legado de una legión, favoreció y disfamó a Verginio; mató a Fonteyo Capiton, a quien persuadió la traición, o quizá porque no se la pudo persuadir. Fue traidor a Galba, fiel a Vitelio, y a la postre le dio reputación la infidelidad de los otros.

Faltando pues las esperanzas por todas partes, resueltos los soldados Vitelianos en pasarse al otro bando, hasta esto hicieron vergonzosamente. Porque traídos en aquella llanura junto a Narni, con las armas y con las banderas, los recibió allí el ejército Flaviano, puesto en batalla como para pelear, y con la ordenanza cerrada. Tomados en medio y rodeados por los Flavianos, les habló Primo Antonio con mucha clemencia; ordenando después que una parte de ellos quedase en Terni y

la otra en Narni, junto con algunas de las legiones victoriosas, para total seguridad, si se mostrasen contumaces. No faltaron en aquellos días Primo y Varo con continuos mensajeros de ofrecer a Vitelio seguridad de la vida, dineros y el país de Campania para retirarse, si, dejadas las armas, ponía su persona y las de sus hijos en poder de Vespasiano. Del mismo tenor recibió también cartas de Muciano, a las cuales mostró muchas veces dar crédito Vitelio, llegando hasta tratar del número de esclavos y elección de lugares marítimos. Habíase hecho este hombre tan bestialmente descuidado, que a no acordarle otros que era emperador del todo se le hubiera pasado a él de la memoria.

Exhortaban los ciudadanos principales secretamente a Flavio Sabino, prefecto de Roma, a entrar también él a la parte en la victoria y en la reputación, diciéndole, que advirtiese que tenía de su parte por razón de su oficio las cohortes urbanas, y que no le faltarían las de guardia de noche: ni le podían faltar los esclavos de todos, la voz del bando y la disposición universal de favorecer al que vence: que no quisiese ceder de gloria a Antonio y a Varo: que Vitelio, en contrario, tenía pocas cohortes, y aquellas amedrentadas de las malas nuevas que por todas partes les sobrevenían, el pueblo fácil a mudar de propósito, y cuando él se resolviese en mostrarse cabeza, capaz de hacer las mismas demostraciones por Vespasiano: que Vitelio no era hombre para mantenerse en buena fortuna, cuanto y mas debilitado en su propia ruina: que el mérito de fenecer la guerra sería de quien se apoderase de Roma. Y que no convenía menos a Sabino reservar el imperio a Vespasiano, que a él el tener justa causa de estimar en mas que a todos a Sabino.

Oía él estos discursos con el ánimo poco dispuesto, como no apto por la vejez; imputándole algunos, que por ocultos respetos de envidia y emulación retardaba la fortuna de su hermano. Porque Flavio Sabino, mayor de edad, cuando ambos a dos eran hombres privados, precedía de autoridad y de riquezas a Vespasiano: creyéndose a mas de esto que sostuvo y ayudó su poco crédito con tomarle en prendas casas y posesiones. Tal que aunque aparentemente se mostraban muy amigos, se dudaba que en secreto no había mucha conformidad. Mas mejor interpretación es creer que aquel buen viejo aborrecía la sangre y las muertes y que a esta causa trató tantas veces de paz con Vitelio, y antepuso el dejar las armas con algunas condiciones; viéndose muchas veces juntos en sus casas, y últimamente en el templo de Apolo, donde se concertaron, según se dijo. Cluvio Rufo y Silio Itálico escucharon y oyeron las palabras: por los mas apartados se notaban los rostros; el de Vitelio abatido y como degenerando de su dignidad; el de Sabino compasivo y nada arrogante, donde si Vitelio hubiera con tanta facilidad doblado la voluntad de sus amigos, como ya acomodado la suya, el ejército de Vespasiano entrara en Roma sin derramar sangre.

Mas todos sus confidentes vituperaban la paz y las capitulaciones, mostrando el peligro y la vergüenza, y que el mantenerlas quedaba en arbitrio del vencedor, diciendo: «que cuando Vespasiano fuese tan soberbio que sufriese a Vitelio, hombre privado, era cierto que no lo sufrirían los vencidos mismos, ocasionándole nuevo peligro esta misericordia: que a la verdad él era viejo, y debía estar cansado ya de las prosperidades y adversidades de la fortuna. Mas ¿con qué título y en qué estado quedaría Germánico su hijo? Prométenle ahora dineros, gente de servicio, y los felices golfos de Campania. Mas en ocupando Vespasiano el imperio, ni a él mismo, ni a sus amigos y finalmente ni a los mismos ejércitos parecerá estar seguros hasta que muera el competidor. No han podido sufrir en prisión a Fabio Valente, a quien fuera cordura guardar para en cualquier suceso; y Primo, y Fusco y el principal fautor del otro bando Muciano, ¿estarán sin deseo de que muera Vitelio? No fue dejado vivir Pompeyo de César, ni Antonio de Augusto; y ¿será de espíritu más generoso Vespasiano. cliéntulo de Vitelio, mientras Vitelio acompañaba en el consulado a Claudio? Antes, como conviene a uno que ha tenido a su padre censor, tres consulados, y tantos honores en su noble linaje, tome ánimo, aunque sea por desesperación: que soldados le quedan y el favor del pueblo. Finalmente no puede suceder cosa mas atroz que a la que ahora nos arrojamus voluntariamente. Morir tenemos si somos vencidos, y morir también si nos entregamos: considérese ahora si es mejor dar el último espíritu con escarnio y afrentas, o con fortaleza de corazón.»

Estaban sordos a todo consejo generoso los oídos de Vitelio, quedando el ánimo oprimido de

la compasión y el pensamiento del cuidado de no dejar al vencedor menos placable a su mujer y a sus hijos, si se resolvía con pertinacia en seguir la guerra. Tenía a su madre cansada ya de la vejez, la cual, con morir a buen tiempo, anticipó de pocos días la ruina de su casa; no habiendo sacado otra cosa del principado del hijo que desconuelos y buena fama. A los diez y ocho de diciembre, advertido Vitelio de que la legión y las cohortes que estaban en Narni se habían entregado al enemigo, salió de palacio vestido de luto, rodeado de su afligida familia, y llevaba consigo en su misma literilla a su hijo pequeñuelo, como en pompa fúnebre: el pueblo con gritos alegres fuera de tiempo; los soldados con silencio amenazador.

Y no había ni era posible hallarse un hombre tan olvidado de las pasiones humanas que dejara de conmoverse en tan gran espectáculo, viendo al príncipe romano poco antes señor del mundo, desamparado el trono de su grandeza, por medio del pueblo, y por medio de la ciudad salir del imperio; cosa jamás oída ni vista. César fue oprimido de violencia repentina. Cayo de secretas asechanzas: la noche y la casa en el campo no conocida escondieron la huida de Nerón. Pisón y Galba murieron como en batalla: mas Vitelio, en la junta del pueblo convocada por él, entre sus soldados, a vista también de las mujeres que le miraban de las ventanas, y diciendo algunas pocas palabras conforme a la presente miseria: que renunciaba el imperio por amor de la paz y celo de la república: que quisiesen solamente tener memoria de él, y piedad de su hermano, de su mujer y de la edad inocente de sus hijos. Y luego mostrando al hijuelo que tenía en los brazos, lo encomendaba ora a particulares, ora a todos en general, hasta que, impedido del llanto, sacándose del lado el puñal, le daba al cónsul Cecilio Simplicio, que le estaba cerca, como renunciándole la autoridad de la vida y de la muerte de los ciudadanos. Mas no queriendo aceptarlo el cónsul, y reclamando en contrario todo aquel concurso de gente, se partió como que quería despojarse solemnemente de las insignias del imperio en el templo de la Concordia, y de allí retirarse después a casa de su hermano. Levantáronse a esto mayores voces, resistiendo que no volviese a casa de hombre particular; y llamándolo a palacio, y habiendo cerrado el paso de la otra calle, dejaban abierto solamente el de la calle llamada Sacra. Entonces faltó de consejo se vuelve.

Había ya pasado voz que renunciaba el imperio, y Flavio Sabino escrito a los tribunos de las cohortes que refrenasen el furor de los soldados. Por lo cual, como si toda la república estuviera ya en poder de Vespasiano, los principales senadores y muchos caballeros con todos los soldados urbanos y de la guardia de noche hinchieron la casa de Sabino. Donde, llegada poco después la nueva del favor de la plebe y de los fieros de las cohortes Germánicas, se había ya pasado tan adelante que no era posible tornar atrás. Y así temiendo cada uno de si mismo, y todos de enflaquecerse dividiéndose, y de ser acometidos en desorden por los Vitelianos, instaban a Sabino que no difiriese mas el tomar las armas. Mas, como suele suceder en semejantes accidentes, de todos era dado este consejo y pocos se ofrecían al peligro. Al bajar abajo los armados que acompañaban a Sabino junto al lago Fondano, se encontraron con los mas atrevidos Vitelianos; donde, trabada al improviso una pequeña escaramuza, quedaron superiores los de Vitelio. Sabino, durante el tumulto, no ofreciéndosele por entonces partido más seguro, se apoderó del Capitolio, seguido de los soldados que le acompañaban y de algunos senadores y caballeros: de los cuales no se puede fácilmente decir los nombres, porque quedando después victorioso Vespasiano, fueron infinitos los que fingieron tener este mérito mas con aquel bando. Encerráronse en aquel sitio también mujeres; entre las cuales de las más nobles fue Verulania Gracilia, siguiendo, no los hijos o parientes, sino la guerra. Rodearon los soldados Vitelianos a los sitiados con guardias tan poco cuidadosas, que pudo Sabino al primer sueño hacer venir a sus hijos al Capitolio y a Domiciano, hijo de su hermano; y despachados mensajeros por los lugares no guardados de enemigos a los capitanes Flavianos, avisándolos de como estaban sitiados, y de la estrechura de las cosas si no era presto socorrido. Pasó después la noche con tanta quietud, que hubiera podido escaparse sin peligro. Porque los soldados de Vitelio, puesto que valerosos en los peligros, no eran muy aptos para los trabajos, ni gustaban de perder el sueño; y mas que sobreviniendo una recia lluvia al improviso, les estorbaba el ver y oír lo que se hacia.

Al hacer del día, antes que se comenzasen unos y otros a tratar como enemigos, envió Sabino a Cornelio Marcial, uno de los primipilares, con ciertas instrucciones, y a dolerse con Vitelio «de que no se guardaban los conciertos. Que se echaba bien de ver que el fingimiento de renunciar el imperio había sido para engañar a tantos hombres ilustres. Porque, ¿a qué efecto querer ir de los Rostros a casa de su hermano, levantada sobre el Foro, propia para mover los ánimos populares, sino al Aventino a las propias casas de su mujer? Que esto convenía a persona privada y a quien quería huir de toda apariencia de príncipe: donde, en contrario, Vitelio había vuelto a palacio y a la misma residencia del imperio. Que había enviado de allí escuadras de armados, cubriendo de cuerpos de inocentes la mas noble parte de Roma, sin abstenerse de sitiar el Capitolio: que él no se había desnudado la toga, como uno de los demás senadores, mientras con las batallas de las legiones, expugnaciones de las ciudades, entrega de las cohortes, se juzgaban las diferencias entre Vespasiano y Vitelio, a quien rebeladas las Hispanias, las Germanias y la Britania, el hermano de Vespasiano había conservado la fe hasta ser llamado por Vitelio mismo para tratar las condiciones de la paz: que la paz y la concordia eran cosas provechosas a los vencidos, y solamente servían de lustre a los vencedores: que si se arrepentía de los conciertos, no quisiese ir con las armas con él, engañado con falta de fe, ni contra el hijo de Vespasiano, apenas entrado en la edad juvenil. ¿Qué honra ganaría con la muerte de un viejo y de un muchacho? Que se opusiese a las legiones y pelease allí por la suma de las cosas, que conforme al suceso de la batalla se acomodaría después todo lo demás.» Espantado de estas cosas Vitelio, se excusa con pocas palabras, inculpando a los soldados, a cuya excesiva afición no podían poner freno sus buenos intentos. Y advirtió a Marcial de que pasase escondidamente por las partes mas secretas de palacio, porque como medianero de una paz odiosa no fuese muerto por los soldados. Él, perdida del todo la autoridad de mandar y de prohibir, no era ya emperador, sino solamente la causa de la guerra.

Apenas había vuelto Marcial al Capitolio, cuando los soldados furiosos sin capitán, gobernándose cada cual por su cabeza, atravesando con velocidad el Foro y los templos que le dominan, alargaron las escuadras al través del collado hasta las primeras puertas del Capitolio. Había antiguamente pórticos a la parte diestra de aquella subida, desde cuyos tejados con piedras y tejas eran rechazados los Vitelianos armados de solas sus espadas, habiéndoles parecido cosa de sobrada dilación el hacer venir máquinas y armas arrojadas. Y así arrojaron hachas encendidas en el pórtico mas eminente, iban siguiendo el fuego, y hubieran entrado por las puertas ya quemadas del Capitolio, si Sabino, arrancadas de sus asientos las estatuas, honra de nuestros mayores, no las hubiera hecho servir en lugar de muro. Con esto acometieron al Capitolio por diversas partes, es a saber, arrimados al bosque de la inmunidad, y por donde la roca Tarpeya se deja subir con cien escalones. Fueron improvisos ambos acometimientos: el mas cercano y mas terrible fue el que venía por el bosque. A este fue imposible resistir, subiendo por los edificios vecinos, a los cuales la larga paz había dejado igualar con el llano del Capitolio. Aquí se duda si los expugnadores fueron los que pegaron fuego a los techos, o los sitiados, como afirman los mas, por rechazar a los que se esforzaban a pasar o ya habían pasado. Porque de allí, discurriendo el fuego por los soportales apegados a las casas, las águilas que sostenían el cornisón, siendo de madera antigua, tomaron la llama y la alimentaron de suerte, que el Capitolio, a puertas cerradas, sin ser defendido ni tampoco entrado, se abrasó.

Este exceso fue el más infeliz y lastimoso que sucedió al pueblo romano después de su fundación: no por manos de enemigos extranjeros, sino en tiempo que, si nuestras costumbres no lo desmerecieran, parece que teníamos propicios a los dioses. Porque, ¿qué cosa pudo haber de mayor lástima que ver la habitación de Júpiter Óptimo Máximo, fabricada por los antiguos dichosamente por prenda del imperio, a quien Porsena con la ciudad rendida no pudo profanar, ni los Galos cuando la entraron por fuerza, quedar ahora asolada por el furor de sus propios príncipes? Ardió ya otra vez el Capitolio en las guerras civiles, mas por engaño particular; donde ahora fue a la descubierta sitiado, y abrasado a la descubierta. Mas veamos con qué ocasión o por qué premio para la patria en recompensa de tan gran estrago. El rey Tarquino Prisco, haciendo la guerra a los

Sabinos, hizo voto de edificarle, y echó los fundamentos; mas confiado en la esperanza de futuras grandezas, que porque pudiesen bastar las fuerzas, entonces pequeñas, del pueblo romano. Después Servio Tulio con el favor de los confederados, y tras él Tarquino el soberbio, tomada Suesa Pomeria, lo fabricaron con los despojos enemigos. Mas la gloria de esta obra fue reservada al tiempo de la libertad. Porque echados los reyes, Horacio Pulvilo, siendo cónsul la segunda vez, lo consagró con tanta magnificencia, que las riquezas infinitas del pueblo romano pudieron antes ornarle que acrecentarle. Fue de nuevo reedificado sobre los mismos cimientos cuatrocientos y veinte y cinco años después, porque en el consulado de Lucio Scipion y de Cayo Norbano se quemó. Encargóse de restaurarle el victorioso Sila, aunque no le dedicó, que fue solo esto lo que le faltó para el colmo de su felicidad. El nombre de Lulacio Catulo, que al fin alcanzó a dedicarle entre tantas obras de césares se conservó hasta Vitelio.

Ardía entre tanto el templo, cuyo incendio era de mayor espanto a los sitiados que a los sitiadores: porque a los soldados Vitelianos no faltaba astucia ni corazón en los peligros: de la otra parte los soldados medrosos, el capitán débil, al cual, como perdido de ánimo, ni la lengua ni los oídos le servían, no sabiendo gobernarse por consejo de otros, ni ejecutar el suyo; llevado de acá y de acullá por los gritos del enemigo, ora vedando lo que había mandado, y ora mandando lo que había vedado, de suerte que, como sucede en las cosas desesperadas, todos ordenaban y ninguno ejecutaba. Finalmente, arrojadas las armas, comienzan a pensar en la huida y en el modo de salvarse con engaño. Entran impetuosamente los Vitelianos, pasándolo todo a fuego y a sangre, degollados algunos pocos hombres de guerra que se atrevieron a hacer rostro, entre los cuales los mas señalados fueron Cornelio Marcial, Emilio Pacense, Casperio Negro y Dedio Ce va. Rodean a Flavio Sabino, a quien hallaron desarmado y sin señal alguno de quererse huir, y a Quinto Ático, cónsul, descubierto a la sombra de aquella dignidad y de su vanidad propia; habiendo publicado al pueblo magníficos edictos en favor de Vespasiano y llenos de oprobios contra Vitelio: los demás en diversos modos se salvaron; algunos vestidos de esclavos, otros asegurados de la fe de los amigos y escondidos entre el bagaje. Hubo otros que, tomado el contraseño o nombre de los Vitelianos, con el cual se reconocían entre si, pidiendo y dándolo resolutamente, en vez del escondrijo les valió su atrevimiento.

Domiciano al primer asalto, metido en el aposento de una de las guardas del templo, por advertencia de cierto liberto que le hizo después vestir de lienzo y pasar entre los demás ministros de los sacrificios, sin ser conocido, se retiró en casa de Cornelio Primo, cliéntulo de su padre, junto al Velabro. A cuya causa, imperando Vespasiano, derribado el aposento de la guarda del templo, hizo una capilleja a Júpiter conservador, en la cual puso un altar, y en un mármol la memoria del suceso. Después siendo él emperador, consagró un templo grande a Júpiter custodio, y mandó poner su imagen en los brazos del mismo Júpiter. Sabino y Ático, cargados de cadenas, fueron llevados a Vitelio, que no los recibió con palabras o rostro de enemigos, bramando sobre ello los que pedían licencia para matarlos y premios por las hazañas de aquel día. Y levantando las voces los que estaban mas cerca, una parte del vulgo mas vil pedía la muerte de Sabino, mezclando adulaciones con amenazas. Y queriendo Vitelio así en pie como estaba rogar por él desde las gradas de palacio, hicieron tanto que desistió de ello. Entonces, atravesado Sabino y acribillado de golpes, quitándole al fin la cabeza, fue su cuerpo arrastrado a las Gemonias.

Tal fue el fin de este hombre a la verdad no despreciable. Había militado treinta y un años por la república, claro en la guerra y en la paz. No se podía argüir cosa contra su inocencia y justicia. Era largo en sus razonamientos, y de esto solo dicen haber sido tachado en el discurso de siete años que gobernó la Misia, y en doce que fue prefecto de Roma. En el fin de su vida fue tenido de algunos por hombre de poco; de muchos por manso y escaso de la sangre romana. En lo que convinieron todos fue, que antes que Vespasiano fuese emperador, la reputación de aquel linaje consistió en Sabino. Hallamos que su muerte fue agradable a Muciano, y decían muchos que con ella se había prevenido a la paz, quitada de por medio la competencia entre dos, de los cuales el uno se conocía por hermano del emperador, y el otro por compañero. Hizo Vitelio resistencia al pueblo

que pedía la muerte del cónsul, aplacado con él y casi pagándole en la misma moneda; porque preguntado por algunos quién había puesto fuego al Capitolio, había voluntariamente Ático echándose a sí la culpa. Con cuya confesión, o mentira acomodada al tiempo, cargaba sobre sí el odio y vituperio de aquel crimen, quitándolo al bando Viteliano.

En los mismos días Lucio Vitelio, hecho alto con el campo en Feronia, se aprestaba para ir a expugnar a Terracina, donde tenía tan encerrados a los gladiadores y a la chusma de la armada, que no se atrevían a salir fuera de las murallas ni atentar la batalla en campaña. Era cabeza de los gladiadores, como dijimos arriba, Juliano, y de los remeros Apolinar, en lascivia y vileza mas parecidos a gladiadores que a capitanes. Sin hacer guardia, sin fortificar los lugares mal seguros de las murallas, día y noche en pasatiempos, haciendo resonar con sus músicas aquellas amenas riberas, con los soldados esparcidos y empleados en servicio de sus desórdenes y hablando de la guerra solamente en los banquetes. Había partido pocos días antes Apinio Tiron, el cual buscando dineros rigurosamente y pidiendo donativos por aquellos municipios, había adquirido mas aborrecimiento que ayuda para su bando.

En tanto un esclavo de Verginio, capitán, huyó a Lucio Vitelio, prometiendo que si se le daban soldados, se atrevería a meterlos escondidamente en el castillo vacío de gente. Con este, pasada una parte de la noche, se enviaron algunas cohortes sueltas a la cima de un monte caballero a los enemigos. Y de allí corriendo los soldados, mas presto a matar que a pelear, los pasaron a cuchillo hallándolos desarmados o buscando las armas: muchos también despertando del sueño, y todos espantados de la noche, del rumor de las trompas y gritos del enemigo. Hicieron rostro unos pocos gladiadores, y no murieron sin venganza. Los otros huyendo hacia las galeras, donde con el mismo espanto había la misma confusión, eran muertos indiferentemente con los de la tierra, con quien se habían mezclado. Salváronse al principio de la refriega seis libúrnicas con Apolinar, general de la armada: las otras, o fueron tomadas en la costa, o sobrepujadas del peso de la gente que concurría, sorbidas de las ondas. Juliano llevado ante Lucio Vitelio y azotado feamente, fue degollado en su presencia. Imputaron muchos a Triaría, mujer de Lucio Vitelio, el haber entre aquellos llantos y muertes de la presa de Terracina, con la espada al lado, procedido cruel y soberbiamente. Él enviando a su hermano la laurea de aquel próspero suceso, le avisó que ordenase si debía volverse luego, o procurar acabar de reducir a su obediencia la provincia de Campania, cosa que no solamente sirvió mucho al bando Flaviano, pero también a la república; porque si aquellos soldados frescos en la victoria a mas de su natural obstinación, fieros también por la prosperidad volvieron hacia Roma, se hubiera peleado con tantas fuerzas, que sucediera sin duda la ruina de la ciudad: siendo Lucio Vitelio, aunque infame, hombre despierto, y no por vía de virtud como los buenos, mas como los mas perversos por el vicio de algún valor.

Mientras suceden estas cosas a los Vitelianos, partido de Narni el ejército Flaviano, se entretenía ociosamente en Otricoli a las fiestas saturnales. Ocasión de esta dilación nial considerada era el esperar a Muciano. No faltó quien concibiese sospecha, imputando a Antonio que hubiese contemporizado con engaño después de haber secretamente recibido cartas de Vitelio, en las cuales le ofrecía en premio de la traición el consulado y una su hija por mujer, ya en edad de marido, con riquísima dote. Otros tenían a todas estas cosas por calumnias, compuestas en gracia de Muciano; y algunos tuvieron por opinión que el designio de estos capitanes fue mostrar a Roma la guerra, antes que hacérsela; pues que rebeladas a Vitelio las mejores cohortes, y quitados todos los socorros, parecía imposible que dejase de renunciar el imperio. Mas primero la prisa de Sabino, y después su poco valor lo estragaron todo; habiendo tomado las armas temerariamente y no sabido defender contra tres cohortes el castillo fortísimo del Capitolio, inexpugnable aun a gruesos ejércitos. Aunque malamente se puede atribuir a uno solo la culpa que fue de todos; porque Muciano con sus cartas de diversos sentidos detenía a los vencedores, y Antonio con obedecerle fuera de tiempo, o con querer prevenir su aborrecimiento, excusando el entrar armado en Roma, mereció ser inculcado de esta falta: y los otros capitanes, teniendo por acabada la guerra, hicieron el fin de ella mas señalado. Ni Petilio Cerial, enviado delante con mil caballos y orden que, salido fuera del camino de la Sabina,

entrarse en Roma por la vía Salaria, había usado de bastante diligencia, hasta que despertó a todos de golpe la fama del Capitolio.

Antonio por la vía Flaminia llegó ya de noche a Sasi Rosi con su tardío socorro. Supo allí la muerte de Sabino, el incendio del Capitolio, que temblaba Roma y que todo estaba en lastimoso estado. Advirtiéronle también de que la plebe y los esclavos se armaban en favor de Vitelio. A mas de esto Petilio Cerial había peleado con su caballería infelizmente; porque corriendo con poco recato, como contra gente vencida, fue recibido con valor por los caballos Vitelianos mezclados con infantería. Peleóse no lejos de la ciudad entre los huertos y edificios, y en aquellas revueltas de calles, notorias a los Vitelianos y no al enemigo, con que se desordenó fácilmente. A más de que, no todos se conformaban a menear las manos, habiendo entre ellos de los caballos ligeros rendidos en Narni, los cuales se iban entreteniendo hasta ver quién llevaba lo mejor. Quedó preso Tulio Flaviano, capitán de caballos, y los demás, volviendo vergonzosamente las espaldas, fueron seguidos de los vencedores sólo hasta Fidene.

Aumentó este suceso el favor del pueblo, y armándose el vulgo de Roma, pocos con escudos militares, los mas con toda suerte de armas que les venían a las manos, pedían el señal de la batalla. Agradecióselo Vitelio, y mandóles que saliesen en defensa de la ciudad. Luego llamado el senado, se eligieron embajadores que enviar a los ejércitos para que, con el pretexto de la república, les persuadiesen la concordia y la paz. Fue varia la suerte de los embajadores. Los que dieron con Petilio Cerial corrieron gran peligro de sus vidas, no queriendo aquellos soldados oír tratos de paz. Quedó herido Aruleno Rustico, pretor, haciendo mas grave el delito, a mas de hallarse en él violada la dignidad de embajador y de pretor, la propia reputación de su persona. Huyeron los que le acompañaban; fue muerto el lictor que le estaba mas cerca, atreviéndose a querer hacer plaza: y a no haber sido defendidos por el general con buena guardia que les puso, la dignidad embajatoria, tenida por sacra hasta de las gentes extranjeras, debajo de los propios muros de la patria, hubiera sido violada hasta la muerte por la rabia civil. Fueron recibidos con ánimo mas compuesto los que encontraron con Antonio; no porque aquellos soldados fuesen mas modestos, mas porque el capitán era de mayor autoridad.

Habíase metido en docena con los embajadores Musonio Rufo del estado militar, que hacia profesión de filósofo estoico; el cual, entremetiéndose entre aquellos soldados, comenzaba a discurrir del bien de la paz y de los peligros de la guerra, dando advertimientos a la gente armada. Dio a muchos este acto materia de risa, aunque a los mas enfado y disgusto: y no faltaban muchos que le pisaban ya y daban de empujones, si advertido de los mas modestos y amenazado de otros, no se dejara de filosofar fuera de tiempo. Envió también Vitelio a las vírgenes vestales con cartas para Antonio, pidiendo sólo un día de tiempo; que con aquella breve dilación sería posible acomodar con facilidad las cosas. Despidiéronse honradamente las vírgenes, y a Vitelio se respondió, que la muerte de Sabino y el incendio del Capitolio habían quitado entre ellos todo el comercio y trato de buena guerra. Tentó con todo eso Antonio el mitigar las legiones llamándolas a parlamento, y pidiéndoles que se contentasen, hecho el alojamiento en Pontemole, de entrar en Roma el día siguiente. La causa que hallaba para diferir era porque los soldados exasperados y encendidos con las batallas pasadas, no tendrían respeto al pueblo, al senado, ni a los templos ni lugares sagrados de los dioses. Mas ellos tenían por impedimento de la victoria cualquier pequeña dilación; y tras esto se veían ya por aquellos collados tremolar las banderas, que, aunque seguidas del poblazo vil, hacían con todo eso muestra de ejército enemigo. Compartidos pues en tres escuadrones los Flavianos, se movía uno así como estaba por la vía Flaminia, el otro caminaba por la ribera del Tíber, y el tercero por la vía Salaria se iba arrimando a la puerta Colina. Púsose la plebe en huida en arrojándole encima los caballos. Los soldados Vitelianos salieron a defender la ciudad también en tres batallones. Hiciéronse fuera de los muros muchas y diversas escaramuzas, llevando siempre lo mejor los Flavianos por el valor de las cabezas. Tuvieron solamente un poco de trabajo y peligro los que torcieron hacia la parte izquierda de la ciudad por los huertos Salustianos, por causa de la estrechura de los pasos y resbaladeros, y porque estando los Vitelianos sobre las paredes de los

huertos con piedras y con dardos, los entretuvieron todo el día, hasta que ya a la tarde los rompió y degolló, acometiéndolos también por las espaldas, la caballería, que había rompido y entrado por la puerta Colina. Embistiéronse también después las escuadras enemigas en campo Marcio, peleando por los Flavianos la fortuna y la gloria de tantas victorias, y por los Vitelianos solo la desesperación. Y así, aunque puestos una vez en huida, volvían de nuevo a hacer rostro en la ciudad.

Estaba el pueblo presente a animar los combatientes, y, como acostumbra en los espectáculos y juegos de burla, con voces y con aplauso favorecían ora a estos, ora a aquellos. Y cuando una de las partes flojeaba o se escondía por las tiendas o por las casas, gritaban detrás de los vencedores, diciendo que los sacasen de allí y quitasen la vida; y esto por gozar ellos de la mayor parte de la presa: porque atendiendo los soldados a la sangre y a la matanza, quedaban al vulgo los despojos. Cruel vista y monstruosa la de toda aquella ciudad. En unas partes había batallas y heridas, y en otras baños y banquetes: aquí sangre y cuerpos muertos, acullá rameras y otras poco mejores. Cuantos vicios y desórdenes podían tener lugar en un ocio vil y sensual, y cuantas maldades podían hacerse en el mas fiero saco. De suerte que absolutamente creyeras que aquella ciudad a un mismo tiempo se enloquecía en ira y furor, y se alegraba y retozaba en sus pasatiempos. Habían peleado en tiempos pasados ejércitos en Roma, dos veces siendo Sila victorioso, y una siéndolo Cina; ni entonces hubo menos crueldad por parte de los vencedores. Mas ahora una seguridad bestial, sin desamparar por un pequeño instante los deleites, como si también esto acrecentara solaz a los días festivos, se regocijaban furiosamente, sin cuidado del bando que habían profesado, alegres todos solamente con los males públicos.

Lo que ofreció mayor dificultad fue la expugnación de los alojamientos, defendidos por los soldados mas valerosos, como por postrer refugio y última esperanza. Y así se esforzaron mas aquí los vencedores, con diligencia y cuidado particular de las cohortes viejas; empleando a un mismo tiempo todos los instrumentos hallados para la ruina de las ciudades mas fuertes, formando tortugas, arrojando fuegos, abriendo trincheras, arrojando mantas, levantando plataformas, y diciendo a grandes voces: que aquel era el cumplimiento y fin de todos sus trabajos y peligros, pasados en tantas otras batallas: que la ciudad se había de restituir al senado y pueblo romano, y los templos a los dioses; quedando y consistiendo la honra y reputación peculiar de los soldados en ganar los alojamientos: que era aquella su patria y aquellas las casas de todos. Y que no ganándose luego no se podían aquella noche desnudar las armas. En contrario los Vitelianos, aunque inferiores en número y en fortuna, atendían a dificultar la victoria y a retardar la paz, manchando en sangre las casas y los altares, último consuelo de los vencidos. Muchos heridos de muerte quisieron espirar sobre las torres y en defensa de las murallas; y habiéndose arrancado al fin las puertas por los Flavianos, los que quedaban hechos una pila se ofrecieron ellos mismos al vencedor, y todos cayeron muertos con el rostro vuelto al enemigo; tan a su cargo tuvieron la honra hasta en este último trance.

Vitelio, después de tomada la ciudad, puesto en una litera y saliendo por la puerta trasera de palacio, se hace llevar al Aventino a casa de su mujer con designio de procurarse esconder allí aquel día y huirse a Terracina a su hermano. Después por su natural inconstancia, y siguiendo la calidad de los medrosos que temiéndolo todo, temen particularmente las cosas presentes, se vuelve a palacio, a quien halló yermo y vacío y desamparado de todos, habiéndose deslizado a diferentes partes hasta los esclavos y gentes de servicio, o apartándose de él por no encontrarle. Espántale aquella soledad y aquellas salas ocupadas de un mudo silencio. Va tentando las partes que ve cerradas, medroso de las abiertas y vacías, y cansado de aquel miserable andar discurriendo de una parte y de otra, mientras andaba procurando disimularse en un sucio y vergonzoso escondrijo, lo saca fuera Julio Plácido, tribuno de una cohorte. Átanle las manos atrás, y después de haberle despedazado el vestido, lo llevan en feo espectáculo, injuriado de muchos y llorado de ninguno; habiéndoles quitado del todo la compasión la infamia y bajeza de su fin. Encontrándose con él un soldado de los Germanos, le tiró un golpe, o por cólera del caso o por librarle más presto de aquel vituperio, si ya no quiso coger al tribuno, a quien cortó una oreja: lo cierto no se sabe; que el

soldado fue luego hecho piezas. Era forzado Vitelio por las puntas de los estoques y puñales enemigos, a tener el rostro levantado unas veces, y aparejado a sufrir mil oprobios y afrentas; otras vuelto a mirar sus estatuas que se arrojaban por el suelo; otras la plaza de los rostros y el lugar donde fue muerto Galba, y a lo último lo arrojaron a las Gemonias, donde había estado tendido el cuerpo de Flavio Sabino. Salió de él una sola palabra que no diese señal de ánimo vil, respondiendo a un tribuno que se burlaba de él, que aunque le pesase había sido emperador. Después de esto, dándole muchas heridas, le acabaron de matar, persiguiéndole el vulgo después de su muerte con la misma malignidad con que le había loado y favorecido vivo.

Fue hijo de Lucio Vitelio y cumplía los cincuenta y siete años de su edad. Tuvo el consulado y sacerdocios, nombre y lugar entre los grandes de Roma; no por mérito alguno suyo, sino todo por el esplendor de su padre. Diéronle el principado los que menos le conocían. El favor de los ejércitos raras veces fue tan grande para los que le procuraron con buenas artes, cuanto para con este por su vileza. Hallábanse con todo eso en él sencillez grande y liberalidad; virtudes que si se ejercitan sin medida, fácilmente se convierten en daño y ruina de quien las tiene. Las amistades, mientras pensó mantenerlas con grandeza de dones y no con entereza de costumbres, podemos antes decir que las mereció, que no que las tuvo. Fue sin duda provechoso a la república que Vitelio quedase vencido, mas no por esto pueden excusar su infidelidad los que le vendieron a Vespasiano, habiéndose ya los mismos rebelado a Galba. Hasta la fin del día, porque los magistrados y senadores estaban por el temor o huidos de la ciudad o escondidos por las casas de sus amigos, no se pudo juntar el senado. Domiciano en no temiéndose ya de cosa alguna, presentándose a los capitanes de su bando, fue saludado César, y acompañado de gran número de soldados, así como estaban en armas, a casa de su padre.

LIBRO CUARTO

Píntase el miserable aspecto de Roma. Entrégase Lucio Vitelio con sus cohortes.—Confirma el Senado el Imperio de Vespasiano.—Dase cuenta de Elvidio Prisco, famoso varón, y de sus diferencias con Eflio Marcelo.—Llega Muciano a Roma, y a su llegada hace matar a Calpurnio Pisón.—Dase cuenta de los principios y movimientos de la guerra Germánica, y de Civil, su capitán y autor, el cual llega varias veces a pelear con los Romanos.—Las cohortes viejas de Bátavos se pasan a Civil; y a fuerza de armas por Bona, a pesar del Legado Erento Galo.—Cerca Civil los alojamientos viejos, o llamados comúnmente de Vetera.—Muéstranse los soldados Romanos insolentes contra Ordeonio, Presidente.—Toma Vócula a su cargo el socorro; y aunque vence al enemigo, no se sabe aprovechar de la victoria.—Renuévase la sedición contra Ordeonio, y muere en ella.—Dase cuenta de algunas acciones de los Senadores, y de como salen a plaza de nuevo muchas acusaciones.—Escríbese la muerte de Lucio Pisón en África.—Reedifícase en Roma el Capitolio.—Los Treveros y Lingones se apartan de los Romanos.—Vacila lo restante de las Galias; y hasta las mismas legiones Romanas se rebelan, sellando su maldad con la sangre de su Legado Vócula.—Ríndense los sitiados de Vetera, y pasan los Germanos mucha parte de ellos a cuchillo.—Salen de Roma Domiciano y Muciano para remedio de esta guerra.—Envían cuatro legiones y otras fuerzas con Petilio Cerial; el cual en la primera batalla vence a los Treveros.—Vuelven las legiones rebeldes a su antigua fe, y con todas juntas rompe Cerial a Civil y a Clásico.—Vespasiano en Egipto es lisonjeado del demonio con falsos milagros y animado al Imperio.—Sucede todo en el mismo año.

Habíase con la muerte de Vitelio, antes acabado la guerra, que comenzado la paz. Perseguían los vencedores a los adversarios por toda Roma con implacable aborrecimiento y rencor, listaban las calles llenas de muertos, las plazas y templos de sangre; matándolos y haciéndolos pedazos donde quiera que su mala suerte se los ponía delante. Y poco después, creciendo su disolución y licencia, los buscaban; y sacándolos fuera de sus escondrijos, mataban a los que en el traje y aspecto mostraban ser personas de tono, sin hacer diferencia entre los soldados y el pueblo. Esta crueldad, por causa de los recientes odios, después de bien harta de sangre, se convirtió en avaricia; no dejando de escudriñar cosa alguna, por guardada o escondida que estuviese en cualquier lugar, so color de que allí se encubrían Vitelianos: que fue principio de escalar las casas, y tras esto de matar a los que resistían. Y no faltaban muchos plebeyos pobres que los acompañasen, ni esclavos tan atrevidos y alevosos, que descubrían y acusaban a sus señores ricos. A otros en lugar de sus esclavos, los descubrieron y acusaron sus propios amigos. En todas partes se oían voces, y lamentos, se veía gente pedir socorro, y una forma y semejanza de ciudad entrada por fuerza y dada a saco; tal, que se hubiera deseado aquella primera insolencia poco antes tan aborrecida de los soldados de Otón y Vitelio.

Los capitanes Flavianos, prontísimos para encender la guerra civil, no lo eran tanto para templar la victoria. Porque entre las discordias y alborotos, los más poderosos y de mayor autoridad suelen siempre ser los que se muestran peores: la quietud y la paz solas necesitan de medios honestos y virtuosos. Tenía Domiciano el nombre y lugar de César: mas poco atento a los negocios, se valía de la autoridad de hijo de Príncipe en los estupros y adulterios.

Tenía Arrio Varo la Prefectura del Pretorio, y Antonio Primo la potestad suprema. Éste robaba el tesoro, y la demás hacienda del Príncipe, como si fueran los despojos de Cremona. Los otros, o por modestia, o por falta de nobleza, como no habían sido conocidos en la guerra, tampoco participan de los premios de la victoria. La ciudad medrosa y aparejada a servir, instaba que se fuese luego contra Lucio Vitelio que volvía de Terracina con las cohortes Pretorias, y que se acabasen las reliquias de las guerras.

Envióse delante la gente de a caballo a Aricia, y las legiones pararon en Bovile. Mas no dilató Vitelio el entregarse a sí y a las cohortes a discreción del vencedor, arrojando aquellos soldados sus armas infelices, no menos por ira que por temor.

Marchaba por medio de la ciudad la larga hilera de los rendidos, rodeada por todas partes de hombres armados, sin que ninguno diese en el rostro muestras de pedir misericordia; antes iban todos tristes y soberbios, y como menospreciando (sin mudanza ni alteración) al aplauso y a la mofa del insolente vulgo. Algunos pocos que tentaron el escaparse, fueron muertos por los que tenían

alrededor. Los otros, puestos en cárceles y no habiendo salido de algunos de ellos palabra indigna, conservaron también en la mala fortuna la fama de su valor.

Poco después fue hecho morir Lucio Vitelio, igual a su hermano en los vicios, aunque más despierto en su principado; no tan compañero en los sucesos prósperos, cuanto inseparable en los adversos.

En los mismos días se envió a Lucilio Baso con la caballería ligera a aquietar la provincia de Campania, estando los ánimos de aquellas ciudades antes alterados entre sí que contumaces contra el Príncipe. A la primera vista de los soldados se pacificó todos, y perdonándose a las Colonias menores, se puso a invernar en Capua la legión tercera, donde fueron afligidas muchas casas principales, sin que por otra parte sintiesen los de Terracina ningún favor o reconocimiento: tanto somos más inclinados a vengar injurias, que a satisfacer beneficios: porque el agradecimiento se tiene comúnmente por carga, y la venganza por comodidad. Sólo tuvieron un consuelo, y fue el ver al esclavo de Verginio Capiton, que, como he dicho, vendió a los Terracinenses, puesto en cruz, con los mismos anillos que había recibido de Vitelio en premio de la traición.

Mas en Roma el Senado concedió por decreto a Vespasiano todos los honores y títulos que se suelen conceder a los otros Príncipes; con alegría y firme esperanza de que habiendo las armas civiles discurrido por las Galias y las Hispanias, movido a la guerra a los Germanos, después al Ilírico, tras haber visitado el Egipto, la Judea y la Siria, todas las provincias y todos los ejércitos de la tierra (como si con aquello se hubiera purificado el mundo) habían de tener fin aquellos trabajos.

Hicieron mayor el regocijo las cartas que llegaron de Vespasiano, escritas como si todavía durara la guerra. Tales eran en apariencia; porque en lo demás hablaba en ellas como Príncipe: de sí con modestia, y egregiamente de la República. Ni el Senado faltaba por su parte en la debida obediencia y respeto. Por cuyo decreto se les dio Consulado a él y a Tito, su hijo, y la Pretura a Domiciano con el Imperio Consular. Escribió al Senado también Muciano, cuyas cartas dieron harta materia de hacer discursos: porque siendo él ciudadano particular, no tenía para que hablar como hombre público, y más quedándole harto tiempo para decir después aquello mismo en forma de voto, cuando le cupiese el darle, como los demás Senadores. Pareció también que eran tardíos los vituperios que decía contra los Vitelianos, y poco proporcionados a la libertad.

Mas en lo que se mostró excesivamente soberbio contra la República, y afrentoso para con el Príncipe, fue en vanagloriarse de haber tenido en su mano el Imperio, y dádole a Vespasiano. Todavía los aborrecimientos quedaron encubiertos y patentes las adulaciones: porque con honradísimas palabras se dieron a Muciano los honores triunfales por la guerra civil, aunque debajo de un nombre fingido, de que todo aquel aparato había sido contra los Sármatas.

Diéronse también a Primo Antonio las insignias Consulares, y a Cornelio Fusco y Arrio Varo las Pretorias. A la postre, acordándose de los dioses, resolvió el Senado que se restaurase el Capitolio. Todas estas cosas propuso Valerio Asiático, nombrado para Cónsul: los demás consintieron con él, haciendo señas con el rostro y con las manos. Algunos, más señalados en dignidad, y por esto mas ejercitados en las lisonjas, lo aprobaron componiendo largas oraciones a este propósito. Cuando se llegó a Helvidio Prisco, nombrado Pretor, dijo su parecer con honradas consecuencias para con cualquier buen Príncipe, aunque apartado de todas muestras de adulación. No había en él artificio, y así mereció por esto grandes loores de todo el Senado; siéndole con todo eso aquel día el más señalado de toda su vida, como principio de grandes enemistades, y de gloria grande.

No será fuera de propósito (pues ya es ésta la segunda vez que hemos hecho mención de este hombre, verdaderamente digno de acordarnos de él muchas) contar con brevedad su vida, su profesión, y la fortuna que tuvo. Helvidio Prisco fue natural de Terracina, lugar situado en la séptima región de Italia: su padre se llamó Cluvio, Capitán Primipilar. Aplicó desde su juventud su nobilísimo ingenio a los estudios más graves; no como muchos, por disimular el ocio perezoso con la magnificencia del nombre; mas por servir a la República con mayor fortaleza de ánimo contra los casos de fortuna.

Siguió la opinión de aquellos filósofos que tienen sólo por bien las cosas honestas, sólo por mal las torpes y feas: contando entre los bienes indiferentes el poder, la nobleza, y las otras cosas que están fuera del ánimo. Había sido solamente Cuestor, cuando fue escogido por yerno de Trasca Peto: ni de las costumbres del suegro aprendió ninguna otra cosa con mayor estudio, que la libertad. Ciudadano, Senador, marido, yerno, amigo, y finalmente en todos los oficios de esta vida fue rectísimo despreciador de riquezas, porfiado defensor de la justicia, y firmísimo contra todo linaje de temor. Parecióles a algunos que era más codicioso de fama de lo que fuera justo; puesto que hasta los más sabios filósofos, es el deseo de gloria el último afecto de que se despojan.

Desterrado pues con ocasión de la ruina del suegro, apenas fue restituido a la patria en tomando el Imperio Galba, cuando tomó él a su cargo la empresa de acusar a Marcelo Eprio, acusador de Trasca.

Esta venganza no sé si más grave o más justa, había dividido el Senado en varias inclinaciones: porque cayendo Marcelo, se daba en tierra con toda la tropa de reos en la misma culpa. Hubo al principio entre ellos una contienda llena de amenazas, y defendiéronse ambas opiniones con oraciones bien graves. Poco después estándose en duda de la voluntad de Galba, rogado Prisco por muchos Senadores, renunció la acusación con varios discursos del pueblo, (según lo son ingenios humanos) de quien loaba su templanza y mansedumbre, y de quien deseaba en él mayor constancia.

Mas en el Senado que se juntó este día, que fue cuando se votó sobre el Imperio de Vespasiano, habiéndose resuelto en enviar Embajadores al Príncipe, nació contraste grande entre Elvidio y Eprio. Quería Prisco que se hiciese elección por los Magistrados jurados de las personas que habían de llevar esta embajada: y Marcelo Eprio que se sacasen por suertes, conforme al voto que había dado el nombrado para Cónsul. Pero lo que movió a Marcelo a sustentar esta opinión, era el temor de su propia vergüenza; pareciéndole, que escogiéndose otros y no él, había de quedar estimado en menos. Y poco a poco pasaron de estas competencias a continuadas y mordaces oraciones.

Preguntaba Elvidio a Marcelo la causa «por que temía tanto el juicio de los Magistrados; pues teniendo dineros y elocuencia más que otros muchos, no podía ser otra que el remordimiento de sus maldades: que con la suerte y con la urna, no se conocían ni diferenciaban las costumbres. Los votos y el juicio del Senado, decía el, se inventaron para saber y pesquisar la vida y fama de cada uno; y en esta ocasión mas que en otras es interés de la República y honra de Vespasiano, que le salgan al encuentro aquellos a quien el Senado tiene por mejores; para que con discursos honestos y virtuosos abrevien los oídos del Príncipe. El cual habiendo tenido no pequeña amistad con Trasea, con Sorano y con Sencio, no gustara de que ya que sus acusadores no tienen el merecido castigo, se los envíen como por muestra y ostentación. Con este juicio y elección se da un advertimiento al Príncipe, y en cierta manera se le avisa de los que aprueba o teme el Senado, y se le presentan otros tantos amigos; que cuando son buenos, es el instrumento más importante para un buen Imperio. Bástele a Marcelo el haber incitado y movido a Nerón a la muerte y ruina de tantos inocentes: goce de los premios y del perdón, y deje ahora a Vespasiano para los mejores que él.»

Decía en contrario Marcelo, «que aquel voto no era solamente suyo, sino del nombrado para Cónsul; el cual, según la costumbre antigua, quería que se sacasen por suerte los Embajadores, por no dar lugar a la ambición y a las enemistades: que no había causa por donde dejar de seguir los institutos de nuestros mayores, ni era justo comprar el honor del Príncipe a costa del vituperio de los ciudadanos: que cualquiera era bueno para hacer aquel oficio, y dar la obediencia al Príncipe: que a lo que más se debía mirar era a que con la porfía y obstinación de algunos no se irritase el ánimo del nuevo Príncipe, suspenso en el principio de su grandeza, y que consideraría el rostro y las palabras de todos: que se acordaba bien del tiempo en que había nacido, y de la forma de gobierno establecida por sus padres y abuelos: que admiraba las cosas antiguas; pero sin atreverse a dejar de seguir las presentes: deseando buenos Emperadores tanto como el que más, aunque con resolución de sufrir a los no tales: que Trasca no había sido derribado más por su oración, que por juicio del

Senado: el cual con semejantes apariencias de justicia se atrevió a retozar con la crueldad de Nerón, cuya amistad no le había sido a él menos dañosa, que a otros el destierro. Finalmente, que se contentase siquiera Helvidio de igualarse en la constancia y en la grandeza de ánimo con los Catones y con los Brutos: acordándose, que también era él uno de los Senadores que habían estado en aquella servidumbre; y que le aconsejaba, que no presumiese hacer piernas sobre la autoridad del Príncipe, ni dar leyes con sus preceptos a Vespasiano, viejo triunfal, y padre de dos hijos mozos: porque de la misma manera que agradaba a los malos Emperadores el mandar sin límite ni tasa, así se holgaban los buenos, de ver ejercitada con regla y con medida la libertad.»

Estas cosas dichas de ambas partes con gran contienda, se oían con varias inclinaciones, hasta que quedó superior la parte que quería que los Embajadores se sacasen por suerte: gustando los Senadores neutrales de que se conservase en esto la costumbre; y todos los más ilustres y aparentes inclinaban a lo mismo, por huir la envidia y aborrecimiento, caso que fueran ellos los escogidos.

Sucedió tras ésta otra contienda, y fue ésta. Los Pretores del Erario, (gobernábase entonces por Pretores el tesoro público) quejándose de la pobreza pública, pedían reformación a los excesivos gastos. El nombrado para Cónsul, por la importancia del negocio y dificultad de remedio, lo reservaba para el Príncipe; y Helvidio quería que se remitiese al albedrío del Senado. Y pidiendo sobre ello los Cónsules sus votos a los Senadores, se opuso Vulcasio Tertuliano, Tribuno del pueblo, instando que no se hiciese determinación de cosa de tanta importancia en ausencia del Príncipe.

Había votado Helvidio que se restaurase el Capitolio con el dinero público, acudiendo también Vespasiano para el gasto de la obra: a este parecer respondieron los más modestos y recatados con silencio, y después lo pasaron en olvido: aunque no faltaron algunos, que con cuidado particular le encomendaron a la memoria.

Levantóse tras esto Musonio Rufo contra Publio Celere, acusándole de haber hecho condenar a Barea Sorano, testificando falso. Con el conocimiento de esta causa parecía que se volvían a renovar los odios de las acusaciones; mas no se podía patrocinar ni defender a un reo tan culpado y tan vil, y más siendo tan santa y venerable la memoria de Sorano, y habiendo Celere, que hacía profesión de filósofo, testificado contra Barea, traidor y violador de la amistad de aquel, de quien el mismo se preciaba de haber sido maestro. Diputóse el día siguiente para ventilar esta causa, esperándose en aquella conmoción de ánimos a la venganza, oír no solo a Musonio y Publio, sino también a Prisco, a Marcelo, y a los demás.

En este estado de las cosas, mientras por la discordia de los Senadores, por el enojo de los vencidos, y por la poca autoridad de los vencedores faltaban en Roma las leyes y el Príncipe, entrado Muciano en la ciudad, llevó a sí en un momento todas las cosas, aniquilada la potencia de Primo Antonio y de Varo, disimulando Muciano mal el enojo contra ellos, por más que procuraba encubrirle en el semblante. Pero la ciudad, astuta y sagaz en escudriñar enemistades, se había pasado toda de su parte. Sólo Muciano era el honrado y reverenciado, y sólo su favor era el que se procuraba por todos los medios humanos. Ni él se abstenía, rodeado de armados mudando casas y huertos, con el aparato, con el paseo, y con las guardias, de usurpar la autoridad de Príncipe, en todo, sino en el nombre.

Ocasionó gran terror el homicidio de Calpurnio Galeriano (fue este hijo de Gneo Pisón) sin alguna otra causa, sino sólo porque celebraba el vulgo su nombre señalado y la belleza de su juventud: y en la ciudad todavía inquieta, y deseosa de hacer nuevos discursos, no faltaba quien echase en campaña ciertas vanas voces de su Principado. Ordenó Muciano, (porque no fuese tan aparente su muerte si se hacía en la ciudad) que con buena guardia de soldados se llevase a la vía Apia, diez leguas de allí, donde le quitaron la vida abriéndole las venas. Julio Prisco, Prefecto de las cohortes Pretorias en tiempo de Vitelio, se mató con sus manos, antes por vergüenza, que por necesidad. Alfeno Varo guardó la vida, para mayor prueba de su infamia y vileza. Asiático, porque era liberto, pagó con suplicio servil la pena de su poder mal ejercitado.

Poco cuidado y menos tristeza se tenía en Roma en este tiempo de oír cada día mayor la fama del estrago recibido en Germania, rotos los ejércitos, ganados los alojamientos de invierno de las

legiones, y rebeladas las Galias. La ocasión de esta guerra, y con cuánto movimiento de gentes extranjeras ardió y se encendió, diré desde el principio.

Los Bátavos, que mientras habitaban de allá del Rhin eran una parte de los Catos, siendo echados de entre ellos por sus discordias, ocuparon los últimos extremos de las riberas Gálicas, a quien hallaron vacías de habitantes, y juntamente una isla situada entre aquellos bancos de arena, bañada por frente del Océano, y por las espaldas y costados del Rhin. Estos (al revés de lo que suele suceder en las confederaciones con los más poderosos) no fueron tan oprimidos de la grandeza Romana; contribuyendo solamente hombres y armas: habiéndose ejercitado largamente en las guerras de Germania, y aumentando mucho su reputación en las de Britania, a donde pasaron cohortes de esta nación, gobernadas según su antigua costumbre, por la gente más noble. Tenían también en sus casas un escogido golpe de caballería con particular práctica en el nadar, acostumbrando a pasar el Rhin en tropas a nado, conservando los caballos y las armas.

Julio Paulo y Claudio Civil, de sangre Real, eran entre ellos los más principales. Fonteyo Capiton hizo morir a Paulo, imputado falsamente de rebelión; y Civil llevado a Nerón en hierros, y absuelto después por Galba, corrió peligro de nuevo con Vitelio, haciendo el ejército viva instancia por su muerte. Nació de aquel enojo en él, y del suceso de nuestros trabajos la esperanza y ocasión de satisfacerse.

Civil pues, de ingenio más sagaz y astuto de lo que lo suelen ser los bárbaros, publicando que era otro Sertorio u otro Aníbal, visto que también a él le faltaba un ojo, porque no le acometiesen como enemigo público, si se rebelaba descubiertamente al pueblo Romano, se sirvió del color de la amistad que tenía con Vespasiano, y del favor de aquel bando. Y a la verdad, había recibido cartas de Antonio Primo, en que le ordenaba, que procurase impedir el socorro que pedía Vitelio, y que entretuviese allá las legiones, so color de que se temían tumultos en Germania. Había hecho el mismo oficio a boca con el Ordeonio Flaco, por favorecer a Vespasiano, y servir a la República; cuya ruina se podía con razón temer, si, renovada la guerra, pasaran a Italia tantos millares de gente armada. Civil pues, resuelto ya en rebelarse, encubriendo entre tanto su principal designio, y esperando a ejecutar las demás cosas conforme se fuesen encaminando los primeros sucesos, comenzó a introducir novedades de esta manera.

Hacíase por orden de Vitelio una gran leva de gente de guerra de la juventud Bátava, cosa de suyo desagradable, y agravada también mucho más por la avaricia y lujuria de los ministros; los cuales alistaban personas viejas y débiles, para rescatarlos después con dineros; o mozos desbarbados de señalada hermosura (como lo es por la mayor parte la juventud de aquella tierra) para ejercitar en ellos sus vicios nefandos.

Tomada ocasión de una cosa tan detestable los autores de la sedición, incitaban a los demás de la provincia a que de todo punto rehusasen la leva. Civil habiendo convocado y juntado los principales de la nación, y del vulgo los más animosos y prontos, con voz de hacerles un banquete en el bosque sacro, después que los vio calientes con la noche y el regocijo, comenzando su parlamento por los loores y gloria de aquella gente, pasó después a referir las injurias, las rapiñas, y los demás daños de la servidumbre.

«Que no eran ya tratados y tenidos (como antiguamente) por confederados, sino poseídos como esclavos. Menos mal sería, decía él, si al fin nos gobernase un Legado, aunque con grave y cargoso acompañamiento, y no menos soberbio que pesado dominio: pues en su lugar nos envían Prefectos y Centuriones, a quien nos entregan; los cuales, hartos de nuestros despojos y de nuestra sangre, se mudan por momentos, y dejan su plaza y su codicia a otros, buscando todos nuevos sacos que henchir, y nuevos nombres y títulos de robos. Ahora usurpando el oficio a la muerte, nos vienen con esta leva de soldados, para hacer perpetua separación de padres e hijos, de hermanas y hermanos. No se ha visto jamás el pueblo Romano tan afligido como ahora, ni en sus guarniciones hallaremos otra cosa, que sus viejos y nuestros despojos. Levantemos una vez los ojos al cielo, y no temamos los nombres vanos de las legiones. Tenemos también nosotros gallardo nervio de infantes y caballos, y de nuestra parte los pueblos de Germania de nuestra misma sangre, y las provincias de

Francia con el mismo deseo. Ni a los Romanos será desagradable esta guerra, cuya mala fortuna se imputará a Vespasiano; y de la victoria no hay para qué dar cuenta a nadie.

Oído Civil con universal consentimiento, los obliga a todos (conforme a sus ritos bárbaros) con execrables juramentos. Despachó luego a los Caninefates para meterlos en la liga. Habita esta gente una parte de aquella isla; de origen, de lenguaje y de valor igual a los Bátavos, aunque no de número. Después de esto, por medio de secretos mensajeros, trajeron también a su opinión a los socorros de Britania, y a las cohortes de Bátavos que se habían enviado a Germania, (como se ha dicho) que se hallaban entonces en Maguncia.

Había entre los Caninefates un hombre llamado Brinon, desatinadamente atrevido, y de sangre nobilísima y esclarecida. Su padre, que intentó muchas empresas de enemigo contra el Imperio Romano, menospreció y se burló sin castigo de las vanas empresas de Cayo César.

Agradóles el buen agüero de aquel linaje rebelde; y poniéndole sobre un escudo, según la usanza de aquella nación, llevándole sobre los hombros algún espacio, le eligen por su Capitán.

Éste habiendo, llamado luego en su favor a los Frisones, (gente que vive de la otra parte del Rhin) ganando las espaldas del vecino mar, acomete el alojamiento donde invernaban dos cohortes Romanas.

No tuvieron aviso los soldados del ímpetu enemigo hasta que los tuvieron encima: y tampoco, aunque le hubieran antevisto, tenían fuerzas para defenderse. Fueron al fin entrados y saqueados los alojamientos; y tras esto acometen a los vivanderos, gente de servicio, y mercaderes Romanos, a quien hallaron vagabundos y derramados por la tierra, como en tiempo de paz. Trataron luego de arruinar los castillos que guardaban los nuestros, cuyos Capitanes se anticiparon en pegarles fuego, viéndose imposibilitados de defenderlos. Juntos pues los pocos infantes y caballos que había con las banderas y estandartes, se reparan en la parte superior de la isla, con Aquilio, Capitán Primipilar por Cabeza: ejército antes en el nombre, que en las fuerzas: porque mandando entresacar Vitelio los mejores soldados de estas cohortes para llevar consigo, había en su lugar cargado con las armas a un número de gente inútil y para poco, haciéndola levantar en las aldeas y villas circunvecinas de Nervios y Germanos. Civil resuelto en saltar con engaño a los enemigos, reprendió a los Prefectos, porque habían desamparado los castillos; ofreciéndose con sola su cohorte de Bátavos a reprimir el tumulto de los Caninefates, y pidiéndoles que cada cual se volviese a sus presidios.

Descubrióse luego el engaño, y echóse de ver que daba Civil este consejo para poder oprimir más fácilmente las cohortes separadas, y que no era Capitán de aquella gente y cabeza de la guerra Brinon, sino Civil; brotando poco a poco indicios de ello, que los Germanos, gente deseosa de guerra, no los pudieron disimular mucho tiempo.

Visto después por Civil que no le habían sido de provecho las asechanzas, se resolvió en usar luego de la fuerza, poniendo cada nación por sí en escuadrones distintos: es a saber Caninefates, Frisones y Bátavos. De otra parte se puso también en batalla el ejército Romano, poco apartado del Rhin, volviendo hacia el enemigo las naves que se habían traído allí después de quemados los castillos. Apenas se había comenzado a pelear cuando la bandera de la cohorte de Tongros se pasó con toda su gente a Civil. Y atemorizados los Romanos con la improvista deslealtad, eran a un mismo tiempo hechos pedazos por los enemigos, y por los que hasta allí habían tenido por compañeros.

La misma traición se vio luego en los navíos de remo: porque de una parte la chusma, que era de Bátavos, fingiendo ignorancia, impedían el oficio de los marineros y combatientes; y por otra, remando en contrario, arrimaban los bajeles a la ribera enemiga. A lo último comienzan a degollar a los Capitanes y Centuriones que no eran de su opinión, hasta que toda la armada, que constaba de veinte y cuatro bajeles, parte se pasó al enemigo, y parte fue tomada por fuerza.

Ocasiónoles de presente gran reputación esta victoria a los enemigos, y para lo de adelante les fue de mucho servicio, habiendo ganado armas y navíos, de que tenían gran falta. Celebrábanse por todas las provincias de Germania y de las Galias los autores de la libertad. Las de Germania enviaron luego Embajadores, ofreciendo ayuda: y Civil con arte y con dones procuraba la

confederación de las Galias; enviando a sus patrias los Prefectos de las cohortes que tenía en prisión, y dando facultad a las mismas cohortes de irse o quedarse, conforme a su voluntad: a los que se quedaban, lugares honrados en la milicia; y a los que se iban, los despojos que habían quitado a los Romanos.

Junto con esto, discurriendo secretamente con ellos, «les presentaba el daño padecido en el discurso de tantos años, durante los cuales no se habían avergonzado de dar falso nombre de paz a la miserable servidumbre. Que los Bátavos, aunque nunca habían pagado tributos, se habían resuelto en tomar las armas contra los tiranos comunes: que en la primer batalla habían sido vencidos y puestos en huida los Romanos, ¿qué sería, si los Galos se dispusiesen a sacudir el yugo? ¿qué refugio hallarían en Italia los Romanos? Decía más: que las provincias habían sido sojuzgadas con la sangre de las mismas provincias: que no hiciesen caudal del suceso de la batalla de Vindice, en la cual los Eduos y los Arvernos fueron rotos por los Bátavos, y entre los auxiliares de Virginio estaban también los Belgas. Y que si bien se consideraba, había, caído la Galia oprimida de sus fuerzas propias, donde ahora fuera de ser todos de un mismo bando, se añadía la plática de la disciplina militar, adquirida en los ejércitos Romanos: que tenían consigo las cohortes viejas, que poco antes habían rompido a las legiones Otonianas: que sirviesen en buen hora Siria, y las demás provincias de Oriente, acostumbradas al dominio de Reyes: que en las Galias vivían todavía muchos, nacidos antes de los tributos, dejado aparte el no poderse negar que con la muerte de Quintilio Varo, se desterró poco antes de Germania la servidumbre: que no se habían provocado entonces las armas del Emperador Vitelio, sino las de César Augusto: que hasta a los animales mudos, se había dado la libertad por naturaleza: que la virtud es el propio y peculiar bien del hombre, y que los dioses favorecen siempre a los más valerosos y fuertes. Por eso que ahora que se hallaban sin embarazos, acometiesen de veras a los ocupados, enteros a los quebrantados y afligidos, y más con la ocasión que daba el favorecer los unos a Vespasiano, y los otros a Vitelio, para hacerse lugar a pesar de entrambos.»

Poniendo pues Civil con esta capa la mira en llevar a su opinión a las provincias de Germania y Galia, si las cosas que llevaba trazadas le hubieran sucedido conforme a su deseo, venía a hacerse Rey de estas naciones riquísimas y poderosísimas. Alimentó Flaco Ordeonio con necia disimulación, los primeros acometimientos de Civil: mas en sabiendo que había entrado los alojamientos, degollado las cohortes, y echado de la isla de los Bátavos el nombre Romano, envió luego contra el enemigo a Mumio Luperco, Legado que gobernaba dos legiones en los alojamientos de Invierno.

Pasó Luperco con la mayor diligencia que pudo a la isla, llevando consigo los legionarios, y los soldados Ubios que le cayeron mas cerca; la caballería de los Treveros, que tampoco estaban lejos, y una banda de caballos Bátavos, que aunque ganada ya por el enemigo, daba muestras de conservar la fe para poder venderse a los de su nación con mayor premio, desamparando a los nuestros en la misma batalla. Civil, cercado de las banderas de las cohortes vencidas, para que sus soldados tuviesen delante de los ojos la reciente gloria, y los Romanos se amedrentasen con la memoria de aquel estrago, mandó poner a las espaldas del ejército a su madre y sus hermanas con las mujeres y tiernos hijuelos de los demás, para animar los suyos a la victoria, o avergonzarlos, caso que volviesen las espaldas.

Al estruendo del canto de los hombres y alaridos de las mujeres, que se oyó en el ejército bárbaro, no se correspondió en manera alguna con igual clamor por las legiones y cohortes auxiliares; porque los caballos Bátavos, dejando desarmado el cuerno siniestro de nuestro campo; con pasarse al enemigo, dieron luego la vuelta contra nosotros. Los legionarios, aunque veían reducidas las cosas a mal partido, mantenían la batalla, y conservaban sus puestos.

Mas los socorros de los Ubios y Treveros vergonzosamente se pusieron en huida, derramándose por la campaña.

Siguieron a estos los Germanos, y entre tanto tuvieron las legiones tiempo de retirarse a los alojamientos llamados viejos. Claudio Labeon, Capitán de los caballos Bátavos, competidor de

Civil en las diferencias que suele haber entre poderosos y naturales de una misma patria, por huir el aborrecimiento del pueblo, si le quitaba la vida, y la semilla de discordias, si le tenía consigo, fue por su orden llevado a Frisia.

En estos mismos días las cohortes de Bátavos y de Caninefates, que por orden de Vitelio marchaban la vuelta de Roma, alcanzadas por los mensajeros de Civil, comenzaron a ensoberbecerse, y a dar muestras de su fiereza, pidiendo reconocimiento del viaje, donativo para doble, y que se acrecentase el número de los caballos; cosas que, aunque a la verdad les habían sido prometidas por orden de Vitelio, no las pedían ahora tanto por alcanzarlas, como por tener ocasión de tumultuar. Y Flaco con concederles muchas, no hizo otra cosa que darles ánimo de pedir con mayor insolencia lo que sabían que se les había de negar. Finalmente, menospreciado Flaco, toman el camino hacia la Germania inferior para juntarse con Civil.

Ordeonio, llamados los Tribunos y Centuriones, consultó si era bien refrenar a aquellos inobedientes con la fuerza. Tras esto, por su flojedad natural, y viendo a sus Ministros temerosos, (a quien daba cuidado el ver los ánimos alterados de los auxiliares) y a las legiones llenas de gente nueva, determinó de no salir contra ellos, y de detener a los suyos en los alojamientos.

Mas arrepintiéndose después, y reprendido por los que antes le habían persuadido, como si se resolviera en seguirlos, escribió a Herenio Galo, Legado de la primera legión que estaba en Bona, que impidiese el paso a los Bátavos, y que él con el ejército les iría siempre a las espaldas: y quedarán sin duda deshechos, si de una parte Ordeonio, y de otra Galo con sus gentes los hubieran tomado en medio.

Mas Flaco, dejando la empresa, ordenó con otras cartas a Galo, que los dejase pasar. Nació de aquí después sospecha, que se había levantado aquella guerra de voluntad de los Legados, y que todo lo sucedido, y lo que se temía que había de suceder, era por engaño de los Capitanes, y no por cobardía de los soldados, ni por sobrado valor del enemigo.

Acercándose pues los Bátavos a la guarnición de Bona, enviaron delante quien declarase su intención a Galo, que era no querer guerra con los Romanos, en cuyo favor habían peleado tantas veces, sino que, cansados de inútil y larga milicia, iban llevados del deseo de su patria, y de algún descanso: que no siendo molestados, seguirían el viaje sin hacer daño alguno; mas que siéndoles impedido el paso con las armas, no podían dejar de abrirse con ellas el camino.

Suspense el Legado, y dudoso en la resolución que tomaría, le forzaron los soldados a que tentase la fortuna. Tres mil legionarios, las cohortes levantadas arbatadamente de los Belgas con una multitud de los de la tierra y mozos de bagaje, gente vil y fiera solamente fuera del peligro, salen furiosamente por todas las puestas, para rodear por todas partes a los Bátavos inferiores en número: los cuales, sirviéndose de la experiencia militar, se ordenan en escuadrones formados en figura de cuñas, agudos y cerrados de todos lados; teniendo sin esto bastante seguridad por la frente, retaguardia y costados, rompen la ordenanza flaca de los nuestros; y comenzando a ceder los Belgas, echan también del campo a la legión, procurando todos con el miedo ganar las estacadas y puertas de los alojamientos.

Hubo allí gran mortandad, hinchiéndose los fosos de cuerpos muertos, y muriendo no sólo de las heridas, sino ahogados y atropellados, y cayendo sobre las espadas y dardos de sus compañeros. Los vencedores, procurando apartarse de la colonia Agripina, pasaron sin gobernarse en alguna otra cosa como enemigos, y disculpando el suceso de Bona con que habiéndoseles negado el paso que pedían con paz, les había sido forzoso abrirle con las armas.

Civil, a la llegada de las cohortes viejas, hecho ya Capitán de un suficiente ejército, aunque suspense en la resolución, considerando entre sí las fuerzas Romanas, hizo que toda la gente que tenía consigo prestase el juramento de fidelidad en favor de Vespasiano, y envió Embajadores a las dos legiones retiradas de la primer refriega a los alojamientos viejos, para que hiciesen el mismo juramento; respondiéndose que no acostumbraban a gobernarse por consejo de traidores y enemigos. Que tenían a Vitelio por su Príncipe, por quien pensaban conservar la fe y las armas hasta el postrer suspiro. Y que era sobrado atrevimiento para un Bátavo fugitivo quererse hacer árbitro del Imperio

Romano; mas que no le faltaría por su perfidia y maldad el merecido castigo. Rabioso de esta respuesta Civil, hace poner en armas toda la gente Bática, juntándosele los Bruteros, los Tenteros, y toda la Germania solicitada por sus mensajeros, y llamada a la presa y al saco.

Contra estas amenazas de guerra, los Legados de las legiones Mumio Luperco y Numisio Rufo, atendían a fortificar las murallas, a ahondar los fosos, y en particular a hacer derribar los arrabales que se habían ido edificando, como en una ciudad, por ocasión de la larga paz, junto a los alojamientos, porque no se sirviesen de ellos los enemigos. Mas habiendo prevenido poco a las vituallas, permitieron que se fuesen a robar: tal, que con aquella licencia desordenada, se consumió en pocos días cuanto pudiera bastar para mucho tiempo en la necesidad.

Civil habiéndose puesto en medio de la batalla con el nervio de sus Báticos para hacer más espantosa muestra de sí a los enemigos, hinche la ribera del Rhin arriba y abajo de las escuadras Germanas, corriendo y escaramuzando su caballería por aquellas campañas, y llevándose los navíos contra nuestro ejército, haciéndolos tirar contra la corriente del río.

El ver de una parte las banderas de las cohortes viejas, y de la otra las figuras de bestias fieras, quitadas de los bosques sacros, según la costumbre de cada nación, al comenzar la batalla, (que juntamente hacía muestra de guerra civil y extranjera) atemorizaba tanto a los sitiados, cuanto aumentaba a los Báticos la esperanza de la victoria el ver el ancho circuito de las trincheras; las cuales, hechas para dos legiones, eran defendidas apenas por cinco mil armados. Había también un gran número de gente de bagaje, los cuales en turbándose la paz, se recogieron allí, como Ministros de guerra.

Subía una parte de los alojamientos suavemente un collado arriba; por la otra estaban situados en llano; porque se persuadió Augusto a que con aquella guarnición se podían tener sitiadas y refrenadas ambas Germanias: no pensando en que se podía llegar a término que se atreviesen a tentar la expugnación de nuestras legiones. Por esto no se hizo otra diligencia acerca de la fortificación del puesto, confiándose en la fuerza y en las armas. Los Báticos y Transrenanos, porque fuese más visto el valor separado de cada uno, se pusieron abiertamente a tirar de lejos: mas visto que muchas de las armas arrojadas daban en vacío, quedando enclavadas en las torres y almenas de las murallas, y que ellos eran ofendidos de arriba con piedras, se movieron con ímpetu y voces grandes al asalto de las estacadas.

Muchos, arrimadas las escalas, otros con la tortuga hecha, comenzaban a subir, cuando por las espadas y golpes de los defensores fueron derribados y oprimidos con los dardos y con gruesos maderos que les arrojaban encima; demasiado feroces al principio, y atrevidos con exceso en la felicidad. Aunque entonces la codicia de la presa les hacía sufrir animosamente la mala fortuna.

Atreviéronse también a querer servir de máquinas con que combatir las murallas, cosa no usada por ellos; pero a la falta de su industria suplía la de los prisioneros y fugitivos, que les enseñaron a fabricar ciertos maderamientos en forma de puentes, asentados sobre ruedas, para hacerlos mover hasta debajo de las murallas: de suerte, que los que estaban encima pudiesen pelear desde lo alto, y los de dentro picar los muros cubiertos.

Mas las piedras arrojadas por las balistas echaron por tierra la fábrica mal compuesta, y sobre los que arrimaban zarzos y mantas, se tiraban con máquinas hasta encendidas, echando también toda suerte de fuegos sobre los que tentaban temerariamente el asalto: hasta que, desesperados de poder hacer efecto alguno por vía de fuerza, tomaron por partido el valerse de la dilación, sabiendo muy bien que tenían vituallas para pocos días, y mucha gente inútil, con algunas esperanzas entre tanto de que la necesidad y la fe mudable y flaca de la gente de servicio ocasionaría alguna traición, además de otros accidentes que suele traer consigo la guerra.

Sabido en este medio el sitio por Flaco, después de haber enviado a levantar gente a las Galias, consignó a Dilio Vócula, Legado de la legión veinte y dos, un golpe de escogidos legionarios, para que por la ribera del Rhin se encaminase a grandes jornadas la vuelta del enemigo.

Él, medroso y negligente, se estaba sepultado en el ocio sin cuidado alguno, aborrecido de los soldados, los cuales decían públicamente: «que de industria había dejado salir de Maguncia las

cohortes Batavas, disimulado los intentos de Civil, y su confederación con los Germanos: que no habían cobrado fuerzas el bando de Vespasiano tanto por obra de Muciano y de Primo Antonio, como por la suya: que las armas y las enemistades públicas se podían contrastar y reprimir, donde las secretas y ocultas eran inevitables: que cuando tenían a Civil en campaña poniendo en orden sus ejércitos, estaba Ordeonio desde su aposento y desde su camilla mandando sólo aquello que le parecía ser provechoso al enemigo. ¡Que tantas escuadras armadas de valerosos y fuertes soldados sean gobernados por un viejo enfermo! Antes que sufrir más esto, libremos a nuestra fortuna de este mal agüero, y saquemos a este traidor del mundo.»

Encendiéndose por momentos los soldados con estas y semejantes razones, los acabaron de inflamar las cartas que llegaron de Vespasiano, las cuales leyó Flaco en el parlamento público, porque ya no se podían disimular: y a los que las habían traído envió presos a Vitelio. Mitigados con esto algún tanto los ánimos militares, se llegó hasta Bona a los alojamientos de invierno de la legión primera. Halló a los soldados allí con mayor enojo, echándole todos la culpa de la rota pasada: afirmando que por su mandado habían salido en campaña y dado la batalla a los Bátavos, creyendo que los venía siguiendo desde Maguncia con las legiones, y que por traición suya habían sido degollados sus compañeros: que no eran notorias estas cosas a los otros ejércitos, ni avisado su Emperador, visto que con el concurso de tantas provincias se hubiera podido castigar con brevedad aquella repentina rebelión.

Leyó entonces Ordeonio públicamente al ejército todas las cartas que había escrito a las Galias, a Britania y a las Hispanias pidiendo ayuda, introduciendo una costumbre harto pernicioso de dar las cartas a los Aquilíferos de las legiones, para que fuesen leídas antes a los soldados, que a los Capitanes.

Manda tras esto atar a uno de los sediciosos, más por reputación de su autoridad, que porque aquella culpa fuese de uno solo. Partido de Bona el ejército, pasó a la colonia Agripina, a donde iban acudiendo con gran diligencia los socorros de las Galias, que al principio nos ayudaban con gran voluntad y brío. Aunque cobrándole después los Germanos, se armaron muchas ciudades contra nosotros con esperanza de libertad, y no menos, si una vez sacudían el yugo, de señorear a las demás.

Crecía por momentos el enojo de las legiones, sin que les hubiese causado temor la prisión de un soldado, antes bien el mismo acusaba la mala conciencia del General, afirmando, que le venía aquel daño, porque no se supiese como el propio había sido el medianero de los tratos entre Civil y Flaco. Vócula entonces con maravillosa fortaleza de ánimo, subido al tribunal, mandó que aquel soldado preso que daba voces fuese luego ahorcado; con que mientras duraba el temor en los malos, comenzaron los buenos a obedecer. Pidiendo tras esto todos a Vócula por Capitán, Flaco le remitió, y entregó a él el gobierno del ejército.

Mas aquellos ánimos llenos de discordia, eran provocados de varios accidentes, falta de pagas y de trigos; y junto con esto, el rehusar las Galias de dar soldados y pagar tributos. El Rhin con una sequedad extraordinaria en aquel clima podía sustentar apenas los navíos. Padecíase por esto de vituallas: los puestos ocupados por toda la orilla del río para impedir el paso a los Germanos, era ocasión de que hubiese menos provisiones, y más bocas a consumirlas.

Tenían los ignorantes por mal agüero hasta la misma falta de agua, como que con aquello los desamparasen los ríos, antiguas murallas de nuestro Imperio; y lo que en tiempo de paz se tuviera por cosa natural y fortuita, entonces se atribuía al hado y a ira de los dioses. Entrados pues en Novesio, se juntó con ellos la legión trece, entrando Erenio Galo, Legado de ella, a la parte con Vócula en las cargas y cuidados de la guerra; y no atreviéndose a ir contra el enemigo, se acuartelaron en un lugar llamado Gelduba. Allí comenzaron a ejercitar los soldados en ponerse en escuadrón, en fortificar y atrincherar el campo, y en otros actos y ejercicios de guerra. Y porque con la dulzura del robar se animasen al valor, llevó Vócula parte del ejército a los lugares vecinos de los Gugernos que habían hecho liga con Civil, quedando la otra parte a cargo de Erenio.

Sucedió acaso, que no lejos de los alojamientos un navío cargado de trigo, que por la falta del

agua había quedado en seco, los Germanos a brazos procuraban llevarle a su ribera. No pudo sufrir esto Galo, y envió en su socorro una cohorte. Creció también el número de los Germanos; y poco a poco reforzándose de ambas partes, se unió a pelear en escuadrón formado: donde, quedando superiores los Germanos, con mucho estrago de los nuestros se llevaron finalmente el navío.

Los vencidos (que esto se había ya convertido en costumbre) no daban la culpa a su cobardía, sino a la perfidia del Legado: y sacándole de su tienda, hiriéndole y despedazándole el vestido, le mandan que confiese el precio en que ha vendido aquel ejército, y quien eran los cómplices de la traición. Y volviendo en ellos otra vez el enojo contra Ordeonio, llaman a él autor, y a Galo ministro de la maldad: hasta que, amedrentado con las amenazas de muerte, él también imputó la traición a Ordeonio; y aprisionado a esta causa, fue suelto después a la llegada de Vócula, el cual en el día siguiente hizo morir a los autores de aquella sedición. Tal era la contrariedad de aquel ejército licencioso y paciente. No hay duda en que los soldados ordinarios eran fieles a Vitelio, mas los nobles todos se inclinaban a Vespasiano: y de aquí nacía la alternativa de maldades y de castigos, y el furor mezclado con la obediencia: de suerte, que no se podían refrenar los que podían castigarse.

Civil, loado y engrandecido de toda Germania, habiendo establecido la liga con rehenes que recibió de la gente más noble, manda que todos (según que le estaban vecinos) diesen sobre los Ubios y los Treveros, y que con otro golpe de gente, pasada la Mosa, quebrantasen las fuerzas de los Menapios y Merinos, y de aquellas últimas partes de las Galias. Hicieron presas por todas partes, mas con mayor rabia en los Ubios: porque siendo Germanos de origen, menospreciada la patria, se hacían llamar con nombre Romano Agripineses.

Fueron degolladas sus cohortes en la villa de Marcoduto, donde por estar apartados del Rhin, vivían con descuido. No se abstuvieron los Ubios de robar y correr en la Germania: al principio sin daño, y después llevando siempre lo peor, pudieron en toda aquella guerra alabarse antes de fe, que de fortuna.

Civil, después de quebrantados los Ubios, hecho más insolente y más fiero por los sucesos prósperos, apretaba el sitio de las legiones con diligentes guardias, porque no les entrase algún aviso del socorro que les venía. Y dado el cargo y el cuidado de las máquinas y otros pertrechos de la expugnación a los Bátavos, mandó a los Transrenanos (que pedían la batalla) que procurasen ganar los alojamientos rompiendo la palizada; y rechazados del asalto, manda que acometan de nuevo, hallándose con gran multitud de gente, y teniendo por de poco daño la pérdida de ella.

No puso fin al trabajo la noche, porque trayendo de todas partes leña y haciendo grandes montones, pegándoles fuego, bebían y banquetaban al rededor de ellos: y conforme a cada uno le iba calentando el vino, eran llevados a la pelea por manos de su propia temeridad. Porque los tiros que ellos arrojaban daban todos en vacío por ocasión de la obscuridad, y los de los nuestros asestados de puntería a las tropas de aquellos bárbaros con el resplandor de aquellas hogueras hacían maravilloso efecto; especial en los más atrevidos o más aparentes por sus insignias; cayendo en la cuenta Civil manda que se apaguen los fuegos, para mezclarlo y confundirlo todo con la noche y las armas.

Comenzó entonces un estruendo y alboroto desordenado, casos inciertos, sin que se pudiese usar de providencia, tanto en el acertar, como en el huir los golpes. Donde se oían mas voces, allí se encaminaban los cuerpos y se disparaban los arcos.

No era allí de algún provecho el valor; que todo lo confundía la fortuna, muriendo muchas veces los mas fuertes y valerosos a manos de los más cobardes y viles. Era el ímpetu de los Germanos inconsiderado: donde los nuestros, llenos de experiencia en los peligros, no arrojaban jamás en vano los herrados troncones, ni las gruesas y pesadas piedras, sino donde el ruido de los que trabajaban, o el que se causaba de arrimar las escalas, les daba a conocer al enemigo, y juntamente se le ponía en las manos. Entonces, empujándolos con los escudos, y derribándoles, los seguían con los dardos; y a otros que habían tenido osadía de subir, los mataron a puñaladas. Pasada de esta suerte la noche, descubrió el día otra nueva batalla.

Habían levantado los Bátavos una torre con dos sobrados; la cual, mientras la quieren acabar

de arrimar a la puerta Pretoria, que era el lugar más llano, batida con vaivenes de fortísimas vigas por los defensores, la rompen no sin gran daño de los que estaban encima. Y haciendo al mismo tiempo una repentina salida, se peleó felizmente contra aquella tropa confusa y amedrentada. Por los legionarios (que excedían de mucho a los bárbaros en industria y experiencia) se fabricaron también varios instrumentos militares.

Pero sobre todos los demás causó espanto grande una máquina, muy artificiosa que estaba en la murallas la cual, dejándola caer al improviso, arrebatada uno y más enemigos, y pudiéndose volver a todas partes por medio de los contra pesos, los arrojaba dentro de los reparos. Y así Civil, perdida la esperanza de la expugnación, volvió de nuevo el ánimo al asedio, tentando entre tanto el de las legiones con muchos mensajeros y largas promesas.

Todo esto pasó en Germania antes de la batalla de Cremona; de cuyo suceso dieron aviso las cartas de Primo Antonio y un edicto de Cecina. Y Alpino Montano, uno de los Prefectos de las cohortes vencidas, confesaba la felicidad del otro bando. Nacieron de esta nueva varios movimientos de ánimo; porque los auxiliares Galos, no teniendo amor ni odio a ninguna de las partes, (como milicia al fin sin afecto) exhortados por sus Cabezas, se rebelaron luego a Vitelio, y los veteranos comenzaron a dar muestras de estar dudosos.

Mas apretándolos Ordeonio Flaco, y haciendo instancia los Tribunos prestaron el juramento, aunque con tan poco gusto, que mientras se les recitaba la fórmula, llegados a nombrar a Vespasiano, o estaban suspensos, o lo nombraban entre dientes: y muchas veces también le pasaban en silencio. Y habiéndose leído tras esto en el parlamento las cartas que Antonio escribía a Civil, se aumentó con ellas la sospecha de los soldados, viendo, que tratándole como a su amigo y parcial, hablaba del ejército Germánico como de enemigos.

Luego, llevados los mensajeros a la parte del campo que estaba en Gelduba, se hicieron y dijeron allí las mismas cosas; desde donde se envió a Montano, para que dijese a Civil, que dejase la guerra o se apartase de los vanos pretextos con que había tomado las armas: porque habiendo sido su intento valer a Vespasiano, le había ya conseguido bastantemente. A estas cosas respondió primero Civil con astucia. Después echando de ver que Montano era hombre de natural feroz, y dispuesto a cosas nuevas, comenzando por las quejas, y discurriendo por los peligros que había pasado sirviendo a los Romanos veinte y cinco años en sus ejércitos, habló finalmente así:

«Generoso galardón he sacado por cierto de tantos trabajos: la muerte de un hermano, mis prisiones y cadenas, y los gritos crudelísimos de aquel ejército que pedía mi muerte, contra quien, siguiendo la razón y el dicho de las gentes, procuro y pido ahora con razón venganza: y vosotros, oh Treveros, y las demás almas de los que estáis en servidumbre, ¿qué remuneración esperáis de tanta sangre derramada, sino sólo una milicia ingrata, eternos tributos, vivir sujetos a las varas y a las segures, y probar toda día peores condiciones en los que os mandan? Veisme aquí a mí, Prefecto de una sola cohorte, y a los Caninefates y Bátavos, (pequeña partecilla de las Galias) que hemos deshecho estos espacios vanos de los alojamientos, o encerrados como veis, los apretamos con el hierro y con la hambre. Y finalmente a nuestro atrevimiento seguirá la libertad, o siendo vencidos quedaremos en el mismo estado que antes.»

Incitado así Montano, y advertido a referir las cosas mas blandamente, le despidió. Vuelto él como sin fruto alguno de su embajada, disimuló las demás cosas, que poco después se publicaron impetuosamente ellas mismas.

Civil quedándose con parte de aquella gente, envió las cohortes viejas y los mejores soldados Germanos contra Vócula, dándoles por cabezas a Julio Máximo y a Claudio Víctor, hijo de su hermana. En el camino tomaron la guarnición de una banda de caballos que estaba en Asciburg; y tan de improviso dieron sobre los alojamientos Romanos, que Vócula no tuvo tiempo de exhortar a los suyos, ni de ponerlos en ordenanza: sólo pudo advertirles en aquel sobresalto, que se fortificase de gente vieja el cuerpo de la batalla. Los auxiliares ocuparon los dos costados. Cerró nuestra caballería denodadamente, mas recibida por el enemigo bien ordenado, volvió las espaldas.

De allí adelante cesó la pelea y comenzó la matanza; y las cohortes de Nervios, o por vileza, o

por deslealtad, desguarneciendo nuestros costados, dieron comodidad al enemigo de penetrar a las legiones: las cuales, perdidas ya las banderas, eran degolladas dentro de los reparos, cuando repentinamente por un nuevo socorro se trocó la fortuna.

Las cohortes de Vascones, tomadas a sueldo por Galba, y convocadas después para esta necesidad, acertando a llegar entonces, y oído el rumor de la batalla, acometieron al enemigo por las espaldas que estaba ocupado en ella, causándole mayor espanto del que parece que podía prometer su poco número. Creyendo unos, que de Novesio, y otros que de Maguncia habían venido todas las gentes de socorro. Dio este error ánimo grande a los Romanos: los cuales, mientras confían en las fuerzas ajenas, recuperan las propias.

Fue rota y degollada toda la mejor infantería de los Bátavos: los caballos se salvaron con las banderas ganadas, y con los prisioneros adquiridos en el primer asalto. Murieron en esta facción más de los nuestros, aunque de los más viles, y de los Germanos todas sus fuerzas.

Ambos Capitanes con igual culpa, merecedores de aquella adversidad, faltaron igualmente también cuando tuvieron a la fortuna de su parte: porque si Civil hubiera enviado más grueso ejército, no fuera tomado en medio por tan poco número de cohortes, y hubiera destruido los alojamientos ya ocupados; y Vócula ni previno la venida impensada del enemigo, de que resultó el quedar vencido a la primer vista, ni supo después aprovecharse de la victoria, gastando vanamente muchos días antes de ir en busca del enemigo; que si siguiera sin dilación el curso de sus buenos sucesos, pudiera sin duda con el mismo ímpetu librar a las legiones del sitio.

Había en tanto Civil tentado los ánimos de los sitiados, como si las cosas hubieran ido mal por los Romanos, y los suyos vencido. Haciendo a este efecto muestra de las banderas ganadas y de los prisioneros, uno de los cuales con generoso atrevimiento manifestó a grandes voces la verdad del caso, a quien al punto quitaron los Germanos la vida, que sirvió de que se le diese más crédito. Fuera de que, por la destrucción e incendios de edificios, se echaba de ver la venida del ejército victorioso. Había ordenado Vócula, que se hiciese alto con las banderas, y que se fortificasen con fosos y estacadas a vista de los alojamientos; para que, dejando allí los soldados sus fardeles, y todo el bagaje, pudiesen pelear desembarazadamente.

Mas levantándose de repente contra el Capitán el grito de los que le pedían la batalla, (acostumbrados a proceder con amenazas) sin dar tiempo tan solamente de ponerlos en escuadrón, desordenados y cansados traban la pelea; estando Civil no menos atento y confiado en los defectos y faltas del enemigo, que en el valor de los suyos. Era varia la fortuna de parte de los Romanos, donde se mostraban más flojos y para poco, los que antes se habían mostrado más sediciosos. Algunos, acordándose de la reciente victoria, conservaban a pie firme el puesto al enemigo, y animaban a sí mismos, y a los que les estaban cerca: y habiéndose renovado la batalla, hacían señas con la mano a los sitiados, que no perdiesen la ocasión que se les ofrecía de hacer salida.

Ellos, que de los muros lo miraban todo, salen fuera por todas las puertas con ímpetu grande. Sucedió acaso, que resbalando el caballo de Civil, cayó con él: con que no es fácil de decir lo que se alegraron sus enemigos y entristecieron sus amigos, teniéndole en ambos campos por muerto.

Mas Vócula, dejando de seguir al enemigo puesto ya en huida, comenzó a reparar las torres y a fortificar los reparos de los alojamientos, como si de nuevo le amenazara el sitio: tal, que no sin causa, viéndole tantas veces menospreciar la victoria, fue imputado de que holgaba de alimentar la guerra.

Ninguna cosa afligía tanto a nuestros ejércitos, como la falta de vituallas, para cuyo remedio se enviaron a Novesio todos los carros de las legiones con toda la gente de menos cuenta para traerlas por tierra, visto que el enemigo se había hecho señor del río. Volvió a salvamento el primer convoy, no estando Civil del todo sano: el cual, como supo que de nuevo se había enviado por trigo a Novesio, y que las cohortes que iban de escolta marchaban como en tiempo de paz, con las armas en los carros, ausentes de sus banderas, disolutos y desordenados, enviando delante a ocupar los puertos y lugares estrechos, con buen orden los acomete. Peleóse allí con varia fortuna, hasta que los separó la noche. Las cohortes marcharon la vuelta de Gelduba, estando todavía en pie los

primeros alojamientos, guardados por la gente que había quedado en ellos de guarnición.

No se ponía duda en el peligro que se había de correr a la vuelta, hallándose los que traían el trigo tan pocos y con tanto embarazo. Vócula añadió a su ejército mil soldados escogidos de las legiones quinta y catorcena que estaban sitiados en los alojamientos viejos, gente indómita y enemiga de sus Capitanes. Partieron con él muchos más de los que había ordenado, murmurando a la descubierta en el marchar, que no pensaban sufrir (además de la hambre) las traiciones de los Legados. Los que quedaban por otra parte, se quejaban de ser desamparados, y de que se les quitaba el nervio de sus legiones. De suerte que nacieron de aquí dos motivos; uno, de los que querían que volviese Vócula; y otro, de los que rehusaban el volver a donde habían padecido tantos trabajos. Civil en tanto pone su campo otra vez sobre los alojamientos viejos, y Vócula va a Gelduba, y de allí a Novesio.

Tomó Civil a Gelduba, y poco después tuvo un reencuentro favorable con nuestra caballería no lejos de Nobesio. Mas nuestros soldados, tanto en la buena fortuna, como en la mala, tiraban siempre a las partes vitales de los Capitanes.

Las legiones pues, habiendo cobrado nuevos bríos con la llegada de los de la quinta y quincena, pedían el donativo, sabiendo que Vitelio había enviado dinero. No tardó mucho Ordeonio en dársele en nombre de Vespasiano, que fue materia para alimentar los alborotos y sediciones: porque dándose a mil vicios y superfluidades, y pasando el tiempo en banquetes, y ociosas y nocturnas conversaciones, se les volvió a encender el antiguo rencor y enojo que tenían con Ordeonio. Y no hallando ánimo en los Legados y Tribunos para hacer resistencia, porque a todos había quitado la vergüenza la noche, sacándole por fuerza de la cama, le quitan la vida. Lo mismo hubiera sucedido a Vócula, si no se salvara vestido en traje de esclavo, y con el beneficio de la noche. Mas como aplacada la furia comenzó el temor a hacer su efecto, envían Centuriones con cartas a las ciudades de las Galias, pidiéndoles socorro de gente y dineros. Ellos después (como es el vulgo sin cabeza precipitado, medroso, y sin discurso y consideración alguna) sabiendo que venía Civil en su busca, toman temerariamente las armas; y volviéndolas luego a dejar, se ponen en huida.

Produjeron estas adversidades otra discordia, que fue apartarse y dividirse los que eran del ejército superior. Con todo eso, se volvieron a enarbolar en los alojamientos y en las ciudades circunvecinas de los Belgas las imágenes de Vitelio, cuando ya el estaba destruido. Arrepentidos después los de las legiones primera, quinta y veinte y dos, siguen a Vócula: y habiendo vuelto a prestar en su poder el juramento por Vespasiano, marchan con él para hacer levantar el sitio de Maguncia. Los sitiadores, que era un ejército compuesto de Catos, Usipios, y Maciacos, sin aguardar a los nuestros, dejaron la empresa contentándose con los robos que habían hecho, aunque no sin sangre, a causa de haber sido acometidos por los nuestros, hallándolos esparcidos y descuidados. Hicieron también los Treveros en sus confines reparos y estacadas, peleando con los Germanos con mucho estrago de ambas partes, hasta que rebelándose también ellos, mancharon feamente los grandes méritos con que se habían obligado al pueblo Romano.

Entre tanto que sucedían estas cosas, habiendo tomado el Consulado Vespasiano la segunda vez, y Tito su hijo ausentes, se hallaba la ciudad descontenta y sobresaltada de muchas causas de temor. Porque además de los males presentes, había concebido falsos espantos de que se había rebelado la provincia de África, por ocasión de haberse inclinado a cosas nuevas Lucio Pisón, Prefecto de aquella provincia, hombre de naturaleza bien ajena y apartada de aquello. Y dio la causa a esta sospecha la aspereza del invierno, estorbando el venir navíos de aquellas partes. El vulgo, acostumbrado a comprar cada día el sustento ordinario, y que de todos los cuidados de la República sólo se le da la falta de mantenimientos, creía que estaban tomados los puertos de mar, y que se detenían las vituallas; y esto no más de porque lo tenían aumentado esta fama los Vitelianos, no acabados aun de despojar de la afición que tenían a aquel bando.

Ni era agradable esta nueva a los mismos vencedores, cuya sed insaciable, aun en las guerras extranjeras, no era posible acabarla de hartar con cualquier victoria civil. En el primer día de Enero, hecho juntar el Senado por Julio Frontino, Pretor Urbano, se decretaron loores y gracias a los

Legados, a los ejércitos, y a los Reyes. Proveyóse en Plocio Grifo la Pretura de Tercio Juliano, quitándosela a éste por haber desamparado la legión cuando se pasaba al bando de Vespasiano. Diose a Hormo, liberto, la dignidad de caballero, y poco después renunciando Frontino con la solemnidad acostumbrada el oficio de Pretor, se encargó de él Domiciano César.

Poníase su nombre en todas las cartas y edictos públicos: la fuerza y autoridad del Imperio residía en Muciano, puesto que Domiciano se atrevía a muchas cosas, o instigado de sus amigos, o llevado de sus propios antojos. Temía Muciano particularmente de Primo Antonio y de Varo Arrio, los cuales, señalados por la fama de sus recientes hazañas, y por la gracia que tenían ganada con los soldados, eran también amados del pueblo; no habiendo mostrado ellos contra nadie (fuera de la guerra) señal alguna de crueldad.

Decíase que Antonio había incitado a Escriboniano Craso (hombre de mucha estima por la nobleza de sus mayores, y de gran esplendor por la memoria de su hermano) a pensar en ser Emperador; y que no le hubieran faltado amigos, a no haberse excusado de aquella empresa; siendo, como era, hombre difícil de ganar aun para las cosas ciertas, cuánto y más para las que eran tan dudosas.

Muciano pues, viendo que a la descubierta no era posible desembarazarse de Antonio, honrándole en el Senado con públicas alabanzas, le muestra con secretas promesas la Hispania Citerior sin gobierno, por la partida de Cluvio Rufo; y junto con esto, aparta a sus amigos con Tribunados y Prefecturas: y después de haber henchido de esperanzas y de deseos aquel ánimo vasto, le va quitando las fuerzas con enviar a invernar a la legión séptima, que amaba entrañablemente, a Primo; la tercera a Siria, aficionada a Varo, y parte del ejército a Germania. Evacuada de esta manera toda materia de sedición, volvió a Roma su pasada forma, y la antigua autoridad a las leyes y a los Magistrados.

El primer día que Domiciano entró en Senado hizo un breve y discreto razonamiento de la ausencia de su padre, y de su hermano y de su juventud con gran aseo y compostura: y no teniéndose aun noticia de sus costumbres, aquel volverse colorado, como mostrándose vergonzoso a cada palabra, era tenido por señal de modestia. Proponiendo César que se restaurasen las honradas memorias de Galba, Curcio Montano votó que se celebrase también la de Pisón.

Decretaron ambas cosas los Senadores; pero lo que tocaba a Pisón no tuvo efecto. Sacáronse tras esto por suerte algunas personas, a quienes se encargó el hacer restituir las cosas usurpadas en la guerra; otras que reconociesen las tablas de metal donde estaban grabadas las leyes, y renovasen y volviesen a su lugar las que se hallasen gastadas o caídas por la incuria del tiempo; y finalmente otras que se encargasen de descargar los Fastos manchados con la adulación de aquellos tiempos, y procurasen poner alguna tasa y moderación a los gastos públicos. Restituyóse la Pretura a Tercio Juliano, averiguándose que se había retirado a Vespasiano, quedándole a Grifo solamente el honor Pretorio.

Pareció después que se volviese a ver la causa pendiente entre Musonio Rufo y Publio Celere; y quedó condenado Publio, y satisfecha en esta parte el alma de Sorano. Fue este un día harto señalado por ejemplo de la severidad pública, sin que faltasen también causas de alabanzas en lo particular, pareciendo que Musonio hubiese seguido y dado fin a un justo juicio; y en Contrario Demetrio, que hacia profesión de filósofo cínico, defendido más ambiciosa que honestamente a un culpado manifiesto. A Publio mismo ni el ánimo ni la lengua le sirvieron en este peligro. Dado con esto el señal de venganza contra los acusadores, Junio Máurico suplicó a César que se sirviese de dejar ver al Senado los comentarios y memoria de los Príncipes, para tener entera noticia de los que habían tomado a su cargo denunciaciones.

Pero respondiésele que era necesario consultarlos con el Emperador. El Senado, comenzando los más principales, hizo una forma de juramento, en virtud del cual los Magistrados a porfía unos de otros, y todos los demás conforme al orden y autoridad en que solían dar sus votos, llamaban a los dioses por testigos, de que no habían jamás prestado su medio, ni dado su consentimiento para hacer cosa alguna contra la honra o la vida de nadie; y que no habían recibido premio ni cargo

público comprado con la calamidad de algún ciudadano; hallándose turbados, y mudando con varios artificios las palabras del juramento, los que se hallaban con la conciencia cargada. Aprobaban los Senadores este escrúpulo de conciencia, y por otra parte vituperaban el pecado del perjurio. Fue esta como una estrecha censura contra Sarioleno Vócula, Nocio Antiano, y Cestio Severo, infames por haber acusado a muchos ante Nerón; remordiéndole a Sarioleno también el delito reciente de haber hecho el mismo oficio con Vitelio. Y no dejó todo el Senado de amenazar con más que palabras a Vócula, hasta que él tomó por partido salirse de la Curia.

Pasando luego contra Africano, le echaron también a él, como perseguidor de los hermanos Escribonianos, ilustres por su concordia y grandeza, hasta hacerles quitar la vida por Nerón. No se atrevía Africano a confesar, ni tampoco hallaba camino como negarlo: y así volviéndose contra Vibio Crispo, (por cuyas preguntas se hallaba apretado) mezclándole en las cosas de que no podía defenderse, disminuyó con la compañía de la culpa el justo y universal aborrecimiento.

Vipstano Mesala alcanzó este día fama grande de piedad y elocuencia, habiendo tenido ánimo, sin ser aun de edad Senatoria, de rogar por Aquilio Régulo, su hermano, aborrecido sobre manera, por haber provocado la ruina de la casa de los Crasos y de Orfito. Parecía que voluntariamente y sin decreto del Senado, siendo aun muy mozo, había tomado a su cargo esta acusación; no para librarse de algún peligro, sino para facilitar sus pretensiones. Y estaba allí presente Sulpicia Pretextata, mujer de Craso, con cuatro hijos, para pedir el castigo de Régulo, caso que el Senado conociese de la causa.

Mesala pues, no tratando de justificar la causa ni defender al reo, sino contraponiéndose al peligro de su hermano, había ya inclinado los ánimos de algunos, cuando levantándose Curcio Montano con una terrible oración, pasó tan adelante, que opuso a Régulo haber dado dineros después de la muerte de Galba al matador de Pisón, y mordido inhumanamente la cabeza destroncada.

«Esto a lo menos, dijo, no te lo pudo mandar Nerón, ni con este acto tan crudo redimiste tu dignidad y tu vida. Yo, cuanto a mí, no sé si me atrevería a impedir la defensa de los que quisieren más la destrucción ajena, que su peligro propio. Mas a ti, Régulo, te habían dejado en seguro el padre desterrado, los bienes divididos entre acreedores, y la edad, incapaz de honores públicos: no podía Nerón desear ni temer cosa alguna de ti: por codicia de sangre, por sed de premio has aplicado tu ingenio, no aun conocido ni experimentado en defensa de alguno, en procurar la muerte de los nobles, mientras robados los despojos Consulares en las obsequias de la República, recompensado de setenta y cinco mil ducados, honrado de Sacerdocio, con igual ruina dabas en tierra con los mozos inocentes, viejos ilustres, y venerables matronas: mientras reprendías la bajeza de Nerón, porque trabajaba a sí mismo y a los acusadores en ir destruyendo las casas de una en una, pudiendo abismar todo el Senado con una sola palabra. Guardad bien, Padres conscriptos, y conservad, a este hombre de tan de embarazado consejo; dejadle que sirva de guía y de instrumento a todas las edades para que así como nuestros viejos imitaban a Marcelo y Crispo, así los mozos tengan a Régulo por dechado y por ejemplo. Hasta la infeliz maldad ha hallado émulos y competidores en su imitación, ¿qué será si florece, y por su medio va un hombre cobrando fuerzas y reputación; y si a aquel, a quien siendo solamente Cuestor, no nos atrevemos a ofender, le vemos Pretor y Cónsul? ¿Pensáis vosotros por ventura, que ha de ser Nerón el último de los Príncipes que nos gobiernen con tiranía? Lo mismo creyeron los que alcanzaron de vida a Tiberio y a Cayo; y con todo eso hemos visto otro mucho más detestable y cruel. No tememos a Vespasiano Príncipe de tanta edad, y de tan singular modestia. Pero lo que veo es, que duran más los ejemplos que las costumbres. Hemos ya perdido el ánimo, Padres conscriptos, no somos más aquel Senado que, muerto Nerón, hacía viva instancia porque los acusadores y sus ministros fuesen castigados al uso de nuestros mayores. Verdaderamente os digo, que el mejor día después de la muerte de un mal Príncipe, es el primero que sigue.»

Fue oído Montano con tal aprobación y consentimiento del Senado, que Helvidio Prisco entró de nuevo en esperanza de poder dar en tierra con Marcelo; y así, comenzando por las alabanzas de

Cluvio Rufo, el cual, aunque tan rico y elocuente como él, nunca puso en peligro a ciudadano alguno en tiempo de Nerón, iba con la calidad del delito, y contraposición del uno al otro, apretando a Marcelo, inflamándose por momentos los ánimos Senatorios, cuando Marcelo cayendo en el peligro, dando muestras de que se quería salir de la Curia: «Nosotros, dijo, oh Prisco, nos vamos, y te dejamos a ti tu Senado. Reina muy enhorabuena en presencia de César.» Seguía Vibio Crispo, airados entrambos, aunque con diversos semblantes: Marcelo con ojos amenazadores, y Crispo sonriéndose, hasta que acudiendo a ellos sus amigos, los hicieron volver: y creciendo poco la contienda, arimándose aquí muchos y buenos, y allá pocos, aunque poderosos, todos con pertinaces rencores y enemistades, se consumió todo aquel día en discordia.

En el siguiente Senado, dando principio César, y proponiendo que se pudiese fin al dolor, se olvidasen enojos, y que no se tratase más de la necesidad de los tiempos pasados, votó Muciano prolijamente en favor de los acusadores: y volviendo las palabras a los que habiendo emprendido acusaciones, dejadas una vez, volvían a proseguirlas de nuevo; les amonestó blandamente casi como rogándose, que las dejaran. Y los Senadores viendo que se les impedía, se apartaron de la emprendida libertad.

Con todo esto Muciano, para que no pareciese que se despreciaba el juicio del Senado, y que se concedía impunidad a todos los delitos cometidos en tiempo de Nerón, hizo volver a las mismas islas de donde se habían partido del destierro, a Octavio Saeta, y Antistio Sosiano, del Orden Senatorio.

Había Octavio cometido adulterio con Poncia Póstuma; y rehusando ella después el casarse con él, no pudiendo resistir a la fuerza del amor, la mató. Sosiano con la malignidad de sus costumbres había sido ocasión de la ruina de muchos. Estos dos pues, habiendo sido condenados y desterrados por un solemne *Senatus consulto*, aunque a otros muchos se permitió el volver a la patria, se quedaron sujetos a la misma pena. Mas no por esto se disminuía el odio contra Muciano: porque Sosiano y Saeta eran de poca estima y cuenta, aunque volvieron a Roma: lo que se temía era el valor y las riquezas de los acusadores, y la potencia ejercitada en el mal.

Reconcilió algún tanto la gracia de los Senadores la cognición de una causa tratada en Senado conforme al uso antiguo; y fue ésta. Manilo Patruito del Orden Senatorio, se quejaba de haber sido maltratado y ofendido en la colonia Sinesa, de la multitud plebeya, y por orden de los Magistrados: y que no contentos con esta injuria, le habían llorado alrededor con tristes endechas en forma de mortuorio, diciéndole mil injurias y oprobios, afrenta cuya satisfacción era sin duda que tocaba a todo el Senado.

Citáronse todos los acusadores, y ventilada la causa, se hizo justicia de los que quedaron convencidos del delito: añadiendo un decreto del Senado contra la plebe de Sena, en virtud del cual se les amonestaba que de allí adelante procediesen con mayor modestia y respeto. En los mismos días Antonio Flama, a instancia de los Cirinenses, fue condenado en la ley de residencia, y en destierro perpetuo, a causa de su crueldad.

Entre estas cosas faltó poco que no se encendiese un motín y sedición entre los soldados. Pedían ser vueltos a escribir entre la milicia Pretoriana los soldados que fueron echados de ella por Vitelio, y recogidos después por Vespasiano. Y los que habían sido sacados de las legiones con la misma esperanza pedían importunamente sus pagas. Y los Vitelianos tampoco podían ser echados sin derramamiento de sangre. Muciano pues, entrado en los alojamientos, con voz de que quería sacar las cuentas y alcances de todos, hizo poner a sus soldados victoriosos, con sus armas y banderas en pequeñas tropas, divididos entre sí con breves espacios. Trajéronse tras esto los soldados Vitelianos, que como dijimos se rindieron en Bovile, y todos los demás que con particular diligencia se habían buscado por Roma y por los lugares circunvecinos, trayéndolos allí casi desnudos. Puestos todos estos a una parte, mandó Muciano dividir y apartar también a los Britanos y Germanos, y finalmente a todos los que había del otro ejército.

Quedaron al principio atónitos, viéndose rodeados de un ejército de gente armada y fiera, y ellos puestos por terrero, sin armas y llenos de suciedad; pero como después comenzaron a ver que

los llevaban y apartaban a unas partes y a otras, creyendo (y en particular los soldados Germánicos) que con aquel apartamiento los señalaban para darles la muerte, se acabaron de atemorizar del todo. Comienzan entonces a abrazar a sus compañeros y camaradas, cuélganse de sus cuellos, y pídense los unos a los otros los últimos besos por despedida, animándose a no desampararse, ni pretender en una causa, tan común desigual fortuna.

Conjuraban a más de esto unas veces a Muciano, otras al Príncipe ausente, y finalmente al cielo y a los dioses, hasta que Muciano llamándolos a todos soldados de una misma fe, y de un mismo Emperador, les aseguró de aquel falso temor; porque hasta el ejército victorioso con grandes voces ayudaba a sus lágrimas, y con esto se acabó aquel día. Pocos días después, hablándoles Domiciano, le oyeron con ánimos más quietos. Rehúsan los campos que se les ofrecían, suplicando que fuesen restituidos a la milicia y al sueldo. No hay duda en que estos eran ruegos, pero de tal calidad, que no admitían contradicción. Y así fueron recibidos entre los Pretorianos, y los que tenían ya edad competente y habían cumplido con los años que hay obligación de servir en la milicia, fueron despedidos con mucha honra, y otros borrados por sus defectos: mas no todos a un mismo tiempo sino uno a uno, remedio segurísimo para ir debilitando y enflaqueciendo la unión y conformidad de una multitud.

Después de esto, o porque fuese verdadera la necesidad, o conveniente el darla a entender, se trató en Senado de tomar prestado de particulares hasta millón y medio de oro; y encargándolo a Popeo Silvano, cesó poco después la causa o la disimulación. Tras esto, en virtud de una ley hecha por Domiciano, fueron privados del consulado todos los que tenían esta dignidad por Vitelio. Hicieron a Flavio Sabino las obsequias como a Censor: documentos grandes de la inestabilidad de la fortuna, que suele mezclar y confundir también las cosas altas.

En este tiempo sucedió la muerte violenta de Lucio Pisón, Procónsul, de cuyo suceso me desembarazaré más puntualmente tomando de atrás algunas cosas, no indignas de ser sabidas, para declarar el principio y ocasiones de semejantes maldades.

La legión y los auxiliares que había en África para defensa de los confines del Imperio en tiempo de Augusto y de Tiberio obedecían al Procónsul. Cayo César después, como hombre de ingenio levantado y sospechoso, temiendo de Marco Silano que gobernaba la provincia de África, habiendo sacado a la legión de la obediencia del Procónsul, la entregó a un Legado que envió para aquello.

El fin que tuvo Calígula en esta división fue encaminar la discordia entre los dos, para asegurarse de entrambos: y así repartió la autoridad y las demás comodidades del gobierno, para que, encontrándose en las cosas tocantes al ejercicio de él, lo estuviesen también las voluntades. En esta perniciosa contienda prevaleció al fin el poderío de los Legados: o porque duraban más en el oficio, o porque en los menores es de ordinario mayor la emulación; fuera de que hasta los más esclarecidos Procónsules atendían antes a encaminar su seguridad, que a conservar su potencia.

Mandaba ahora a la legión de África Valerio Festo, mozo espléndido y gastador, y que no aspiraba a cosas moderadas, aunque vivía afligido y triste, siendo, como era, conjunto con Vitelio por afinidad. Si éste en las ordinarias conversaciones que tuvo con Pisón le tentó para emprender novedades, o incitándole a ello Pisón le resistió y contradijo, no está hasta ahora averiguado; porque ninguno se halló presente a sus secretos; y muerto Pisón, hubo muchos que se inclinaron a ganar la gracia del homicida. En lo que no se duda es, que los soldados y toda la provincia estaban con los ánimos muy ajenos de Vespasiano. Y algunos Vitelianos huidos de Roma mostraban a Pisón las Galias alteradas, la Germania pronta, el peligro de su persona; y como en una paz sospechosa no hay seguridad, sino en la guerra.

En tanto Claudio Saeta, Prefecto de la banda de caballos llamada Perrina, favorecido de los vientos, llegó antes que el Centurión Papirio que enviaba Muciano, y certificó a Pisón que el Centurión venía con orden de matarle. Avisóle cómo había sido muerto Galeriano, su primo, y juntamente yerno; tal, que no podía ya fundar la esperanza de su vida, sino en sólo el atrevimiento. Que se ofrecían solos dos caminos de ejecutarle; o mover luego las armas, o embarcándose en su

armada, pasar a las Galias, y darse allí por cabeza a los ejércitos Vitelianos.

No moviéndose Pisón a estos consejos, como tocó el puerto de Cartago el Centurión enviado por Muciano, publicó que traía buenas nuevas a Pisón, y que continuarían sus felicidades hasta llegar a ser Príncipe: exhortando también a los que le salían al encuentro, maravillados de cosa tan inesperada, a que publicasen lo mismo. El vulgo crédulo corre a la plaza, pide que le dejen ver a Pisón, y con alegría y con voces lo revuelve y lo inquieta todo, descuidados en apurar la verdad, y prontos a ejercitarse en las lisonjas. Pisón, o no movido por el aviso que dio Saeta, o por su modestia natural, no salió en público, ni quiso fiarse en los favores del vulgo: mas interrogado el Centurión, como supo el delito, que se le había buscado, y que venía para matarle, mandó que fuese castigado con pena de muerte, no tanto por esperanza de vivir, como por enojo particular contra el Centurión; porque habiendo sido uno de los ejecutores de la muerte de Clodio Macro, con las manos teñidas de la sangre de un Legado, venía a mancharlas otra vez en la de un Procónsul. Y tras esto cuidadoso de su propia salud, reprendió con un edicto muy resentido a los Cartagineses: y quitándose aun mucha parte de la autoridad que le tocaba por razón de su oficio, se estaba retirado en su casa, por quitar del todo la ocasión de nuevo alboroto.

Mas como supo Festo el que había habido en el vulgo, y la muerte del Centurión, y todo lo que sobre lo verdadero y lo falso añadía la fama, envía luego alguna gente de a caballo con orden de matar a Pisón. La cual, llegada con diligencia, acomete violentamente la casa del Procónsul tan de mañana, que aun no era bien de día, todos con las espadas desenvainadas, sin que la mayor parte de ellos conociese a Pisón: porque Festo había escogido para aquel efecto a gente de los Penos y Mauros auxiliares.

Sucedió, que topándose acaso con un esclavo cerca de la cámara de Pisón, preguntándole por él, respondió con una generosa y loable mentira, afirmando que él era Pisón, y luego le cortaron la cabeza; aunque poco después mataron también al verdadero Pisón; hallándose entre ellos Bebio Masa, uno de los Procuradores de César, que residían en África, por cuya relación le conocieron. El cual desde este punto procuró siempre la destrucción y ruina de todos los buenos: ejercicio en que le hallaremos muchas veces nombrado en los males y desventuras que nos sucedieron después.

Festo, partido de Adrumeto, donde había estado esperando a ver en lo que paraba aquella empresa, se fue a donde alojaba la legión, y allí mandó prender a Cetronio Pisano, Prefecto del Campo, por competencias propias y odios secretos, aunque en público le llamaba corchete de Pisón.

Castigó también a algunos soldados y Centuriones, y premió a otros; ninguno según sus méritos; mas por dar a entender que había con esto apaciguado la guerra. Compuso después las diferencias que había entre los Ofenses y Leptitanos; las cuales, comenzadas con débiles principios entre los villanos de la tierra, robándose los frutos y los ganados, hablan llegado a las armas, y a formar ejércitos.

Porque el pueblo Ofense, como inferior de número, había llamado a los Garamantes, gente indómita, y entre aquellas naciones famosa por sus latrocinios. Y así, reducidos a mal partido los Leptitanos, y habiéndoseles talado y destruido todos sus campos, se estaban amedrentados dentro de los muros, hasta que sobreviniendo las cohortes y caballos, fueron puestos en huida los Garamantes, y recuperada la presa, salvo lo que se había ya vendido a los que habitan en las partes más interiores de África, a cuyas chozas y cabañas pastoriles no llega otra cosa que la fama de gente extranjera.

Después de la jornada de Cremona, y tras las buenas nuevas que de todas partes llegaban, hubo muchos de todos estados, que con igual atrevimiento y fortuna, navegando en el corazón del invierno, llevaron a Vespasiano el aviso de que había sido muerto Vitelio.

Hallábanse con Vespasiano los Embajadores del Rey Vologeso, que ofrecían cuarenta mil caballos Partos; cosa verdaderamente magnífica y de gran alegría que se le ofreciesen tantos socorros y confederados, pretendiendo todos ganarle la voluntad, y que no los hubiese menester.

Agradeciósese la oferta a Vologeso, ordenándole que enviase sus Embajadores al Senado, y haciéndole saber, que había ya paz en la República. Vespasiano, que con particular atención cuidaba de las cosas de Italia y de Roma, avisado de que Domiciano daba mala cuenta de sí, pasando los

límites de su edad, y de lo que convenía a su hijo, consignó a Tito la mayor parte y mejor del ejército para fenecer la guerra Judaica.

Dicen que Tito antes que el padre partiese, le había diversas veces suplicado con gran humildad, «que no quisiese dar por constantes las culpas que se acriminaban contra Domiciano; antes bien que le recibiese y oyese, conservándose entero, y en estado de poderse aplacar: que ni las legiones, decía él, ni las armadas eran tan firmes fundamentos, ni tan seguras fuerzas del Imperio, como el número de los hijos. Porque los amigos se disminuyen, se mudan o faltan del todo con el tiempo, con la fortuna, y hasta con sus propios engaños y varias aficiones: mas que la misma sangre no es posible apartarla de aquel a quien toca; mayormente a los Príncipes, de cuyas prosperidades participan también otros: pero de las cosas adversas solos los más conjuntos tienen parte; y que ni entre los hermanos era posible conservar concordia, si el padre no les daba ejemplo de ella.» Vespasiano, no tan mitigado contra Domiciano, cuanto alegre de la fraternal piedad de Tito, le manda que esté de buen ánimo, atendiendo a engrandecer la República con las armas: que él tomaba a su cargo las cosas de la paz, y en particular las de su casa.

Ordenó después, que se hiciesen a la vela los bajeles más ligeros cargados de trigo, puesto que el mar estaba todavía hinchado y tempestuoso; habiéndose reducido Roma a término, que a la llegada de la flota de Vespasiano no había qué comer más que para diez días.

Encargó la restauración del Capitolio a Lucio Vestino del estamento de los caballeros, aunque de autoridad y de nombre igual a los más grandes. Éste, juntando los Arúspices, fue advertido por ellos, de que las ruinas del primer templo se llevasen a las lagunas, y se fabricase después el nuevo sobre los mismos fundamentos; teniendo consideración a que los dioses no querían que se mudase la forma antigua. A los veinte y uno de Junio, con tiempo claro y sereno, todo el espacio que se dedicaba para el edificio del templo, se rodeó de vendas sagradas y de coronas de flores: y entrando en él todos los soldados que tenían nombres de buen agüero con ramos de arboles felices, después las vírgenes Vestales acompañadas de niños y niñas, cuyos padres y madres eran vivos, los rociaron todo con agua sacada de arroyos, fuentes, o ríos corrientes.

Entonces Helvidio Prisco, Pretor, yéndole delante Plaucio Eliano sumo Pontífice, purificado todo aquel espacio con el sacrificio del puerco, oveja y toro; y poniendo las entrañaste los animales sacrificados sobre unos céspedes, y suplicado a Júpiter, Juno, Minerva, y a los dioses protectores del Imperio que prosperasen aquellos principios, y que con el favor divino exaltasen aquellas sus sillas fabricadas por la devoción de los hombres, tocó a las vetas con que estaba atada la piedra; y concurriendo todos los Magistrados, Sacerdotes, el Senado, y caballeros con buena parte del pueblo, forcejeando todos a una con igual prontitud y regocijo, arrojaron aquel gran peñasco en donde sirviese de primera piedra en el cimiento del edificio. Echáronse por todas partes en ellos pedazos de plata y oro, y otras primicias de metales, no aun fundidos en las hornazas, sino así como los engendra naturaleza, habiendo prevenido los Arúspices que no se profanase la obra con piedras o con oro destinado para otros usos. Diósele al templo más altura de la que antes tenía, concediendo sólo esto la Religión, visto que en aquello parecía que se hubiese faltado a la magnificencia del primer templo donde había de caber tanta multitud de hombres.

La nueva de la muerte de Vitelio había entre tanto doblado la guerra en Germania y en las Galias; porque Civil, quitada la máscara, peleaba ya a la descubierta contra el Imperio Romano. Las legiones Vitelianas querían antes servir a extranjeros, que tener por Emperador a Vespasiano.

Los Galos, persuadiéndose a que nuestros ejércitos habían tenido por todas partes la misma fortuna, cobraron nuevo ánimo con la falsa voz que corrió, de que los Sármatas y Dacios tenían sitiadas las guarniciones de Misia y de Panonia; fingiendo lo mismo también de Britania: pero ninguna cosa les movía más a creer que había llegado ya el fin del Imperio Romano, que el incendio del Capitolio. Que ya otra vez fue entrada Roma por los Galos; mas quedando intacta la Silla de Júpiter, permaneció el Imperio; donde ahora con el fuego fatal se había dado una certísima señal de la ira celeste.

Y los Druidas con vana superstición iban cantando, que se pronosticaba el Imperio del mundo

a la gente de allá de los Alpes. Decíase también públicamente, que los principales de las Galias, enviados por Otón contra Vitelio, antes que se partiesen, habían capitulado entre sí de no faltar a la libertad, caso que el pueblo Romano comenzase a debilitarse por la continuación de las guerras civiles, o por los trabajos domésticos. No brotó señal alguna de esta conjuración antes de la muerte de Ordeonio Flaco.

Mas después comenzaron a ir y venir cartas y mensajeros entre Civil y Clásico. Era Clásico Capitán de la banda de Caballos Treveros; en nobleza y en riquezas superior a todos los demás, como hombre de sangre real, y de progenitores esclarecidos en paz y en guerra. Solía vanagloriarse más de haber heredado de ellos la enemistad, que la compañía del pueblo Romano. Con este entraron en la liga Julio Tutor, y Julio Sabino; el uno Trevero, y el otro Lingon. Tutor puesto por Vitelio a la guardia de las riberas del Rhin, Sabino, a más de su vanidad natural, llevado también de una falsa presunción de su linaje, solía jactarse de que una bisabuela suya, por su gran hermosura y gentileza, agradó al Divo Julio cuando hacía la guerra en las Galias, y que cometiendo con él adulterio, descendía él de aquel ayuntamiento. Estos tres con secretos razonamientos iban tentando los ánimos de los demás. Y habiendo recibido en el trato a todos los que les parecieron más a propósito, se juntan en la Colonia Agripina en una casa particular, porque en general la ciudad estaba muy ajena de semejantes designios. Halláronse con todo eso algunos Ubios y Tongros, aunque el nervio principal eran los Treveros y Lingones; donde, sin gastar mucho tiempo en consultas, todos a porfía unos de otros comienzan a dar voces diciendo: «que el pueblo Romano estaba combatido del furor de sus mismas discordias, las legiones degolladas, Italia destruida, la ciudad misma de Roma entrada por fuerza: que todos los ejércitos Romanos estaban ocupados en guerras particulares; y que si se tomaban los pasos de los Alpes, y los guardaban con fuertes presidios, asegurada una vez la libertad, podían después señalar a sus fuerzas los límites y aledaños conforme a sus deseos.»

Fueron dichas y aprobadas a un mismo tiempo todas éstas cosas: solo se puso en duda lo que era bien hacer de las reliquias del ejército Viteliano; proponiendo muchos, «que se pasasen todos a cuchillo, como sediciosos e infieles, y manchados en la sangre de sus Capitanes. Tuvo con todo eso más votos el parecer de los que aconsejaban que fuesen perdonados: y decían, que no era acertado hacerles obstinar del todo con quitarles la esperanza del perdón: que antes era mejor recibirlos en su compañía, matando solamente a los Legados de las legiones, con que se les juntaría sin duda todo lo restante del vulgo; como quien teniendo contra si su propia conciencia, buscarían sólo aquello que pudiese encaminar su impunidad. Ésta fue la substancia de lo que se trató en la primer junta. Despacháronse luego mensajeros por las Galias a levantar los ánimos de aquella gente a la guerra; fingiéndose entre tanto obedientes, para poder oprimir a Vócula, cogiéndole descuidado.

El cual, aunque fue avisado, conoció luego que le faltaban fuerzas con que refrenar aquellas provincias, hallándose con las legiones deshechas, y entre soldados poco fieles, y conocidamente enemigos ocultos. Y así, pensando en lo que le estaba mejor hacer por entonces, escogió por el mejor expediente valerse también de la disimulación, y procurar la ruina de sus enemigos con las mismas artes que usaban contra él. Con esta resolución, bajó a la Colonia Agripina, donde vino a el Claudio Labeon, aquel que dijimos que fue preso por los rebeldes, y enviado a Frisia para tenerle apartado de sus juntas, y ahora se había escapado sobornando las guardias.

Éste pues prometió, que siempre que se le diese alguna gente de guerra, iría a las tierras de los Bátavos, y reduciría a la amistad Romana a la mejor parte de aquella nación; y así dándosele para esto un número no grande de infantes y caballos, no atreviéndose a tentar cosa alguna contra los Bátavos, hizo tomar las armas a algunos de los Nervios y de los Betasios; y más a escondidas, que en forma de guerra descubierta, comenzó a inquietar a los Caninefates y a los Marsacos.

Vócula, cebado engañosamente por los Galos, fue a buscar al enemigo. No estaba muy lejos de los alojamientos viejos, cuando Clásico y Tutor pasando adelante, so color de descubrir la tierra, establecieron sus conciertos con los Capitanes Germanos, y entonces fue la primera vez, que separados de las legiones, rodearon con trincheras particulares sus alojamientos, protestándoles

Vócula, y diciendo: «que aun no tenían en tan miserable estado las guerras civiles al Imperio Romano, que le hubiesen de menospreciar así los Treveros y Lingones: que les quedaban todavía las provincias leales, los ejércitos victoriosos, la fortuna del Imperio, y los dioses vengadores: que de la misma suerte habían caído antiguamente Sacroviro y los Eduos, y poco antes Vindice y las Galias; unos y otros oprimidos con el suceso de sola una batalla: y que así, que los violadores de la paz y confederación se desengañasen, de que habían de tener contra si los mismos dioses y los mismos hados: que harto mejor habían sido conocidos sus ánimos por el Divo Julio, y por el Divo Augusto: que la blandura de Galba y la disminución de los tributos les habían infundido alientos de enemigos: que ahora lo eran, por la blanda y apacible servidumbre; mas que en siendo tratados como merecían, y en viéndose desposeída de sus haciendas, serían amigos.»

Habiendo dicho Vócula estas cosas áspera y altivamente, viendo que Clásico y Tutor perseveraban en su traición, volvió atrás a Novesio, habiendo plantado los Galos su campo media legua distante del suyo: donde, con ocasión de la comunicación que había entre unos y otros, iban comprando los ánimos de los Centuriones y soldados, para que el ejército Romano (maldad nunca vista ni oída) prestase juramento de fidelidad y obediencia a gente extranjera, y en prendas de tan gran maldad, se obligasen a entregar a sus Legados muertos o presos. Vócula, aunque muchos le aconsejaban que se pusiese en cobro, pareciéndole que era mejor mostrar valor y atrevimiento y convocando la gente de guerra, les habló así:

«No me acuerdo haberos hablado jamás con mas cuidado de vuestro propio interés, ni con mayor descuido y seguridad del mío: porque oigo con gusto que se trate de darme la muerte, esperándola entre tantos males, como fin de las miserias. De vosotros me avergüenzo, de vosotros me apiado, contra quien no se aparejan ejércitos, no batallas, (cosas ordinarias de enemigos, y derecho de las armas) sin que Clásico aspire a mover guerra al pueblo Romano con vuestra ayuda, y haga ostentación de querer transferir el Imperio a las Galias, y de obligaros a procurararlo en virtud del juramento. ¿Nos faltan por ventura (porque el valor y la fortuna nos desampare ahora) mil ejemplos antiguos, de cuantas veces las legiones Romanas quisieron antes morir que perder un dedo de tierra? ¿Nuestro confederados no han sufrido muchas veces las ruinas de sus ciudades, el quedar abrasados ellos y sus mujeres e hijos, sin otro premio por fin de su constancia, que la gloria de haberla tenido? ¿No sufren hoy en día nuestras legiones, con mayor valor que nunca la hambre y los demás trabajos de un largo cerco en los alojamientos viejos, sin que las hayan podido vencer con espantos ni con promesas? Nosotros además de las armas y los hombres, y de las gallardas defensas con que estamos fortificados, tenemos toda suerte de granos, y vituallas bastantes para cualquier larga guerra. Dineros no podéis decir que faltan; pues no ha mucho que hubo hasta para daros el donativo; el cual, ora le le conozcáis de Vitelio, ora de Vespasiano, lo cierto es que le habéis recibido del Emperador de Roma. Si es así que después de victoriosos en tantas guerras, roto el enemigo tantas veces en Gelduba y en los alojamientos viejos, teméis ahora la batalla (cosa no menos indigna en su tanto) todavía tenéis reparos, aun os quedan murallas y artes de entretener la guerra hasta que vengan socorros y ejércitos de las provincias vecinas. Si acaso soy yo el que ofendo, no faltan otros Legados y Tribunos; gobiérneos cualquier Centurión, cualquier soldado con tal que no se publique en el mundo un caso tan prodigioso, como que Civil y Clásico con vuestras fuerzas y consejo presuman de acometer a Italia. Si los Germanos o Galos os llevan hasta los muros de Roma, ¿moveréis vosotros por ventura las armas contra la patria? Horror le causa al ánimo la imaginación de tal exceso, y de tan execrable maldad. ¿A Tutor Trevero se harán las guardias? ¿Dará un Bático la señal de batalla? ¿Supliréis vosotros, y haréis mayor el número de las escuadras Germánicas? ¿Qué salida o qué fin le imagináis después a tanto exceso? Cuando os salgan al encuentro las legiones Romanas, hechos de nuevo fugitivos sobre fugitivos, traidores sobre traidores, ¿qué haréis sino andar vagando, aborrecibles a los dioses, entre el nuevo y el viejo juramento? Rúégate con toda reverencia, oh Júpiter Óptimo Máximo, a quien con tantos triunfos hemos adorado ochocientos y veinte años: a ti Quirino, padre y fundador de Roma, sino os place que debajo de mi mano se conserven incorruptos y sin mancha estos alojamientos, yo os suplico a

lo menos, que no permitáis que sean contaminados y sucios por Tutor y por Clásico. Dad, os ruego, a los soldados Romanos, ya que no entera inocencia, a lo menos un arrepentimiento tan presto, que les llegue antes del delito.»

Fue oída esta oración con varios afectos de esperanza, de temor y de vergüenza. Y retirado de allí Vócula, y tratando de dejar la vida, impidieron sus libertos y esclavos, que con la voluntaria no previniese a una feísima muerte que se le aparejaba.

Porque Clásico, enviando a Emilio Longino, que había desamparado la primera legión, le solicitó la muerte; contentándose, respecto a los otros Legados, Erenio y Numisio con ponerlos en prisión. Clásico, tomadas después las insignias del Imperio Romano, se vino a los alojamientos. Y puesto que estaba ya endurecido en toda maldad, no le sirvió la lengua de más, que de recitar las palabras del juramento.

Juraron todos los que se hallaron presentes en su poder la conservación del Imperio de las Galias. Honró con honrosos cargos en la milicia al matador de Vócula; a los otros dio diversos premios, conforme los habían sabido merecer en el ejercicio de sus maldades.

Dividido después el cargo entre Tutor y Clásico, sitiando Tutor con buenas fuerzas a los Agripinenses, los recibió debajo de la obligación del mismo juramento, con todos los soldados que estaban sobre la ribera superior del Rhin.

Muertos pues los Tribunos que estaban en Maguncia, y echado el Prefecto del campo, por haber rehusado todos el juramento, mandó Clásico a los peores y más insolentes de los que se habían rendido, que fuesen a los sitiados en los alojamientos viejos; mostrándoles, como, queriéndose acomodar al estado presente, serían perdonados, y que haciéndolo de otra suerte, podían perder toda esperanza; aparejándoseles hambre, hierro y muerte violenta; añadiendo los que habían sido enviados a todo esto el ejemplo de sí mismos. Los sitiados, combatidos de la fe y de la necesidad, estaban suspensos y dudosos entre lo que convenía a su reputación, y entre la infamia de la maldad que se les proponía. Y dilatando la respuesta, les iban faltando los usados y desusados alimentos: habiendo comido ya las bestias de carga, los caballos de guerra, y los demás animales, que de profanos y sucios, había hecho comestibles la necesidad. A lo último, sacando a pura fuerza alguna substancia de los ramos, raíces y yerbas nacidas entre las piedras, fueron ejemplo grande de miseria y de paciencia, hasta que vinieron a manchar su gloria y alabanza con un fin miserable y afrentoso, enviando Embajadores a Civil, pidiendo la vida.

No fueron oídos sus ruegos hasta que hubieron prestado el juramento en favor de las Galias. Entonces, habiendo capitulado la presa y saco de los alojamientos, envió guardias para quitar a todos el dinero y las demás cosas de precio, con orden de reconocerlo todo, y detener hasta los mozos de servicio y gente de bagaje: dando a los soldados alguna escolta, para que así desvalijados, los acompañasen. No habían caminado legua y medía, cuando dieron los Germanos sobre ellos: y hallándolos a todos descuidados, degollaron a los más atrevidos, que hicieron valerosamente rostro sin moverse de un lugar. A muchos mataron también, procurando salvarse por unas partes y por otras.

Los demás vuelven huyendo al campo, quejándose a voces de Civil, y vituperando a los Germanos, de que con aquella maldad habían rompido la fe prometida. Se tiene la duda si fue fingido aquel sentimiento, o si realmente no pudo detener a los Germanos, irritados en la crueldad. Saqueados pues los alojamientos, les pegan fuego, en el cual quedaron abrasados los que sobraron a la batalla o mortandad pasada.

Civil, para cumplir el bárbaro voto que hizo cuando tomó las armas contra los Romanos, habiéndole al fin satisfecho con el estrago de las legiones, se cortó el cabello rubio y peinado que traía. Díjose también, que habiendo hecho traer delante de su pequeño hijuelo algunos prisioneros, hizo que por las tiernas manos del niño fuesen atravesados con saetas y con dardos. Entre tanto, ni quiso él, ni consintió que ningún Bático prestase el juramento por las Galias, confiándose en las fuerzas y poder de los Germanos, y pensando en sí, que si acaso se había de pelear por el supremo dominio con los Galos, era él el Capitán de más esclarecida reputación, y se hallaba el más

poderoso. Mumio Luperco, Legado de una legión, se envió entre otros presentes a Veleda.

Era Veleda una virgen de nación Bruterá, que señoreaba un extendido dominio, conforme a la costumbre antigua de los Germanos, que solían tener muchas mujeres por profetisas: las cuales, creciendo después la superstición, llegan hasta adorarlas como a diosas. Estaba entonces en gran aumento la autoridad y crédito de Veleda, porque había pronosticado la prosperidad de los Germanos, y la ruina de las legiones. Con todo eso fue Luperco muerto en el camino. Algunos pocos Centuriones y Tribunos nacidos en las Galias, se reservaron por prenda de la confederación. Las guarniciones donde solían invernar nuestras legiones y las cohortes y caballos auxiliares, se abrasaron y destruyeron; dejando en pie solamente los de Maguncia y Vindonisa. A la legión trece, junto con los auxiliares que se habían rendido, se ordenó que de Novesio, onde estaban, pasasen a la Colonia de Treves, señalándoles el día en que habían de hallarse fuera de los alojamientos.

Durante este tiempo, fue esta gente combatida de varios pensamientos: los más viles y para poco estaban espantados del ejemplo de los muertos en los alojamientos viejos; y los de más sangre en el ojo llenos de vergüenza, considerando que viaje había de ser aquel, a quien llevarían por guía y por cabeza, y que estaban todas las cosas en arbitrio de aquellos a quien habían hecho señores de sus vidas y de sus muertes. Otros, curando poco de estas consideraciones, se ceñían al cuerpo y escondían donde mejor podían el dinero y las joyas de valor, los vestidos y las cosas de más estima. Otros cuidaban de alistar las armas y aperibir los dardos, como para entrar en batalla.

Mientras estaban en esta variedad de imaginaciones, llega la hora del partir, más dolorosa de lo que habían temido. Porque dentro de aquellos reparos no estaba tan aparente la bajeza del caso, cuanto la mostraron después la campaña y el día. Veíanse arrancadas de su lugar las imágenes Imperiales, plegadas las banderas Romanas, sin lustre ni atavío, tremolando y resplandeciendo por unas partes y por otras las de los Galos; marchaba el ejército sepultado en triste silencio, como en pompa fúnebre.

Diósele por guía y caudillo a Claudio Santo, tuerto de un ojo, cruel y horrible de rostro, aunque más contrahecho de ingenio. Redobléseles la afrenta después que se mezcló con ellos otra legión, habiendo antes desamparado los alojamientos de Roma: y divulgada la fama de las legiones cautivas, todos aquellos que poco antes temblaban del nombre Romano, dejando sus campos y sus casas, corrían confusamente por los caminos a solo apacentar la vista en tan inesperado espectáculo.

No sufrió la banda de jinetes Picientinos el vergonzoso regocijo que con saltos y risotadas iba mostrando el insolente vulgo: mas despreciadas las promesas y amenazas de Santo, toman el camino de Maguncia: y habiendo encontrado acaso con aquel Longino que mató a Vócula, empleando en él todos sus tiros, dieron principio a la satisfacción que les convenía dar para lavar la mancha del furor pasado. Las legiones, sin torcer el camino, plantaron su alojamiento junto a los muros de Tréveris.

Ensoberbecidos Civil y Clásico con los sucesos prósperos, estuvieron dudosos sobre si darían a saco a sus ejércitos la Colonia Agripina. Tirábales a la destrucción de aquella ciudad su crueldad natural y codicia de la presa: repugnaba la razón de la guerra, y el ser de singular provecho para los que dan principio a nuevos Imperios el entrar con fama de clemencia.

Hizo también doblar a Civil la memoria del beneficio recibido; habiendo los Agripinenses tratado honradamente a un hijo suyo, después de haberle prendido en aquella Colonia al principio de la rebelión. Pero las gentes de la otra parte del Rhin vivían con particular aborrecimiento a los de esta ciudad, por envidia de sus grandes riquezas y repentino aumento. Y tenían por constante, que no era posible acabarse la guerra, si no la hacían asiento común para todos los Germanos; o resolviéndose en destruirla y arruinarla, no disipaban y esparcían a toda la nación de los Ubios. Los Tencreros pues, pueblos separados de Colonia sólo por los límites del Rhin, enviaron sus Embajadores con orden de referir la embajada en presencia de todo el Ayuntamiento de aquella ciudad: y llegados a ella, comenzando el más feroz, la declaró con estas palabras.

«Muchas gracias damos a los dioses comunes, y en particular a Marte, el mayor y más principal de todos, de ver que os habéis vuelto a juntar en el cuerpo y nombre Germánico: y junto

con vosotros, nos gozamos y alegramos de ver, que, siendo libres, viviréis entre libres. Porque hasta este día habían los Romanos cerrado los ríos, la tierra, y en cierta manera basta el mismo cielo, a fin de quitar el comercio entre nosotros, o verdaderamente; (lo que es más afrentoso a hombres nacidos para las armas) porque así desarmados; y casi desnudos, viviésemos debajo de guardias, rescatando por precio nuestras vidas. Mas para que nuestra amistad y confederación sea estable y permanente, os pedimos, que os resolváis en derribar con los muros de esta Colonia los reparos, defensas, y el castillo roquero de la servidumbre. Hasta los más fieros animales, si los tienen encerrados, se olvidan de su virtud, y pierden su fortaleza y ferocidad: que matéis a todos los Romanos que se hallaren dentro de vuestra jurisdicción; pues con dificultad se juntan en uno la libertad y el señorío: que las haciendas de los muertos se pongan en público, y se dividan en común, para que nadie pueda esconder cosa alguna, o apartar de los demás su causa: que sea lícito a nosotros y a vosotros el habitar las dos riberas del Rhin, conforme a la antigua costumbre de nuestros mayores: porque así como naturaleza dio la luz y las tinieblas a todos los hombres, asimismo hizo comunes todas las tierras a los varones fuertes y valerosos. Volved a cobrar las instituciones, costumbres y culto de vuestra patria, sacudiéndoos de los tributos con que los Romanos pueden más contra los que sirven, que con las armas. Con que siendo un pueblo puro y sincero, y olvidado de la servidumbre, o seréis igual a todos, o mandaréis a los demás.»

Los Agripinenses, tomado tiempo para consultar, visto que el temor de lo por venir no les daba lugar a la ejecución de las condiciones, ni el estado presente sufría que se rehusasen a la descubierta, respondieron así:

«La primera ocasión que se nos ha ofrecido para abrazar la libertad hemos tomado, con mayor codicia, que recato y consideración; deseando juntarnos con vosotros, y con los demás Germanos, de nuestra sangre. Los muros de nuestra ciudad, juntando ahora con mayor vigor sus fuerzas los Romanos, sería antes más justo para nuestra seguridad fortificarlos, que destruirlos. Los Italianos o extranjeros de otras provincias, si algunos había en nuestros términos, los ha consumido la guerra, o se han vuelto a sus casas. A los que antiguamente se trajeron a esta Colonia, y con legítimos matrimonios se casaron entre nosotros, y a los que descienden de ellos, podemos decir que ésta es su patria: y no os tenemos por gente tan inhumana y sin razón, que queráis que matemos a nuestros padres, hermanos e hijos. Los tributos y cargas por razón del comercio están ya quitadas: sean muy en buen hora los pasos libres y comunes a todos, pero solamente de día, y para gente sin armas, hasta que estas nuevas leyes se vayan acreditando y tomando fuerza con la costumbre. Tendremos por nuestros árbitros a Civil y Veleda, ante los cuales se podrán confirmar las capitulaciones.»

Ablandados con esto los Tencteros, se enviaron diputados por ambas partes, cargados de presentes para Civil y Veleda: y al fin se concluyó todo muy a gusto de los Agripinenses. No se les permitió a los Embajadores el presentarse delante de Veleda, ni hablar con ella. Prohibíase con gran cuidado su vista, por tener a su fama en mayor veneración: y a esta causa vivía en una altísima torre, y un pariente suyo escogido entre los demás, llevaba y volvía las consultas y respuestas, como mensajero de alguna deidad.

Civil, aumentado de fuerzas con la confederación de los Agripinenses, determinó de tentar con inteligencias a las otras ciudades comarcanas, hasta con las armas si era menester: y habiéndose apoderado de los Sunicos, y levantado cohortes de aquella juventud, le impidió el hacer otros progresos Claudio Labeon, con una multitud de Betasios, Tongros, y Nervios recogidos tumultuariamente, confiándose en el puesto por haber ocupado el puente de la Musa.

Peleábase en aquellos lugares estrechos sin ventaja, hasta que los Germanos pasando a nado el río acometieron a Labeon por las espaldas. Y junto con esto Civil, o por su atrevimiento, o por inteligencia que tuviese con los Tongros, metiéndose de golpe en su escuadrón, les dijo en alta voz estas palabras: *«No hemos emprendido la guerra para que los Bátavos, o los Treveros manden a las otras naciones. Apártese de nosotros tal arrogancia. Vuestra compañía pedimos y vuestra confederación. A vosotros me paso como más me quisiéredes, o por Capitán, o por soldado.»*

Comenzaba el vulgo a moverse y a envainar las espadas cuando Campano y Juvenal, dos de los más principales de los Tongros, se pasaron a él con toda su nación. Huyó entre tanto Labeon, antes que pudiesen echarle mano.

Civil, recibidos debajo de su fe a los Betasios y Nervios, los juntó con lo demás de su gente, cobrando por momentos más reputación con esto, y con írsele entregando muchas ciudades, unas perdidas de ánimo, y dándosele otras voluntariamente. Julio Sabino entre tanto, animado de la memoria vana de su origen Romano, se hace saludar por César. Y recogida una gran turba desordenada de aquellos pueblos, la lleva sobre los Secanos, ciudad confinante suya y muy fiel a nosotros.

No rehusaron la batalla los Secanos; en la cual, ayudando a los mejores la fortuna, quedaron rotos los Lingones, habino con temor igual a la prisa que tuvo de venir a las manos temerariamente desamparado la batalla. Y por adquirir fama con la muerte, quemó la aldea donde se había retirado, con que se creyó que había acabado allí voluntariamente: mas después diremos en su lugar las trazas que tuvo, y el escondrijo que buscó para alargar la vida otros nueve años; y juntamente la constancia de sus amigos, y el señalado ejemplo de su mujer Eponina. El próspero suceso de los Secuanos, entibió el fervor de la guerra.

Iban las ciudades poco a poco cayendo en la cuenta, y echando de ver lo que les era más lícito y honesto, y las confederaciones y alianzas, que hasta allí habían tenido con los Romanos, a ejemplo de los de Remis, los cuales fueron los primeros que hicieron publicar por las Galias, que todos enviasen sus Diputados para consultar en común lo que les estaba mejor, la libertad o la paz.

Publicadas pues en Roma todas estas cosas mucho peores de lo que eran, trabajaban grandemente el ánimo de Muciano: porque aunque estaban elegidos por cabezas de aquella guerra Anio Galo y Petilio Cerial, no le parecían sujetos suficientes para llevar el peso de ella.

Por otra parte veía que no era cordura dejar a la ciudad sin Gobernador, injusto el fiarla de los apetitos desordenados de Domiciano. Éranle sospechosos (como dicho es) Antonio Primo y Arrio Varo. Varo era Prefecto de los Pretorianos, y a esta causa tenía en su poder las armas y la fuerza; para cuyo remedio se resolvió Muciano en quitarle el cargo, dándole, porque no quedase descontento del todo, el de comisario de las provisiones de trigos: y por dar satisfacción a Domiciano, que amaba algún tanto a Varo, proveyó la Prefectura del Pretorio en Aretino Clemente, deudo de Vespasiano por afinidad, y gran privado de Domiciano; diciendo que su padre había ejercitado con gran satisfacción aquel cargo en tiempo de Cayo César: que era muy agradable a los soldados la memoria de aquel nombre; y que aunque era Senador, sabría cumplir bastantemente con ambos oficios. Llamóse para esta jornada toda la gente más ilustre y más noble de la ciudad, y de los otros los que lo procuraron.

Poníanse en orden Domiciano y Muciano, aunque con diversos intentos. Domiciano apresurado por la juventud y esperanzas; y Muciano poniendo dilaciones con que ir entreteniéndolo el ardor del mozo, para que con la ferocidad de sus pocos años, y con los ruines terceros, cuando tuviese el ejército en su poder, no se arrimase a ruines consejos en las necesidades de la paz y de la guerra. La sexta y la octava de las legiones vencedoras, la veinte y una de las Vitelianas, y de las levantadas de nuevo la segunda, se enviaron hacia los Peninos y dos Alpes Cotlanos, y parte por el monte Grayo. Mandáronse venir de Britania la legión catorce, y de Hispania la primera y la tercera.

Divulgada pues la fama de la venida de este ejército, como por su misma naturaleza son inclinadas a los más sanos consejos las ciudades de las Galias, ordenaron su junta en Remis, donde se esperaban los Embajadores de los Treveros, entre los cuales se hallaba Tulio Valentino, acérrimo instigador de guerra.

Éste, siendo hombre pronto a mover sediciones, y agradable a muchos por su desconsiderada elocuencia, no dudó de vomitar en una estudiada oración todo aquello que puede oponerse a los grandes Imperios; añadiendo graves injurias, y mostrando conocido aborrecimiento contra el pueblo Romano.

Mas Julio Auspice, uno de los principales de Remis, discurriendo de las fuerzas de Roma, y

de los bienes de la paz, y advirtiéndole que la guerra era ordinariamente procurada y deseada por los cobardes y viles, y ejecutada con el trabajo y peligro de los más valerosos, y que ya tenían a las legiones sobre sus cabezas, refrenó a los más sabios con el respeto de la fe prometida, y a los más mozos con el peligro y con el miedo; y dio a todos ocasión de alabar el ánimo de Valentino, y de seguir el consejo de Auspice. Es cosa cierta, que a los Treveros y Lingones dañó mucho para con los Galos el haber seguido a Verginio en los movimientos de Vindice.

A muchos apartó de la confederación la competencia de las provincias, sobre quién había de ser cabeza de la guerra, de donde se habían de tomar las leyes y los agüeros, y sucediendo bien todas las cosas, cuál había de hacerse silla del Imperio. No tenían aun la victoria, y ya discordaban sobre el modo en que la habían de gozar; y para obtener la primacía, sacaban unos a plaza sus confederaciones, otros sus riquezas, otros su poder, muchos la antigüedad de su origen, y hasta de haberse rebelado más veces se jactaban. Tal que por el enfado de las cosas por venir, se contentaron al fin con las presentes.

Escribióse a los Treveros en nombre de las Galias, que dejasen las armas: que no tenían por que desconfiar del perdón, y ofreciéndose por intercesores cuando diesen muestras de arrepentimiento. Pero el mismo Valentino hizo resistencia, tapando los oídos de su patria, y atendiendo más a hacer continuos y prolíjos parlamentos al pueblo, que a prevenir lo necesario para la guerra. Y así ni los Treveros ni los Lingones ni las otras ciudades rebeldes procedían conforme a la grandeza del peligro que habían tomado sobre sí; ni tampoco las cabezas tenían cuidado de juntarse, para conferir y resolver las cosas tocantes a la guerra. Sólo Civil por caminos inusitados y desiertos andaba rodeando las tierras de los Belgas, deseando prender a Claudio Labeon, o por lo menos estorbarle sus intentos. Y Clásico, estándose casi siempre en floja ociosidad, atendía solamente a gozar del Imperio, como si ya le hubiera conquistado.

Ni Tutor fue diligente en cerrar con presidios la ribera superior del Rhin, ni en tomar los pasos estrechos de los Alpes; conque dio lugar a que pasase por Vindonisa, la legión veinte y una, y por la Retia Sextilio Felice con las cohortes auxiliares, a quien se juntó la banda de caballos singulares, levantada antes por Vitelio, y pasada después en favor de Vespasiano. Gobernábala Julio Brigántico, hijo de una hermana de Civil, el cual (como es excesiva la enemistad entre parientes) era aborrecido del tío, y gran su enemigo.

Tutor, aumentadas las escuadras de Treveros con la nueva leva que hizo de Vangiones, Caracatos y Tribocos, las reforzó con infantes y jinetes veteranos, habiendo ganado las voluntades de los Legionarios, parte con la esperanza, y parte con el temor; los cuales degollaron al principio una cohorte que enviaba delante Sextilio Felice.

Mas después, acercándose los Capitanes y ejércitos Romanos, con una honesta fuga se reincorporaron con ellos; siguiéndolos los Vangiones, Tribocos y Caracatos. Tutor, acompañado de solos los Treveros, y apartándose de Maguncia, pasó a Bingio, confiado en el puesto de aquel lugar, por haber roto la puente del río Nava. Mas con la llegada de las cohortes que guiaba Sextilio, hallado el vado, y dando sobre él, fue derrotado y puesto en huida. Quedaron amedrentados de este suceso los Treveros; cuya plebe, dejadas las armas, comenzó a derramarse por los campos. Y algunos de los principales, por dar a entender que habían sido los primeros en retirarse de la guerra, se recogieron en las ciudades que hasta entonces no se habían apartado de la confederación Romana. Las legiones, que, como dijimos arriba, de Novesio y de Bona, a donde estaban, llevó Claudio Santo a Tréveris, ellas mismas de su propio motivo hicieron el juramento de fidelidad por Vespasiano. Sucedieron estas cosas en ausencia de Valentino; el cual, lleno de furor volvía otra vez con intento de turbarlo y alborotarlo todo.

Mas las legiones se retiraron a los Mediomatrics, una de las ciudades confederadas nuestras. Valentino y Tutor hicieron volver a tomar las armas a los Treveros, haciendo matar a Herenio y a Numisio, Legados, a quienes hasta allí habían tenido en prisión; para que las ataduras de esta maldad los apretase a hacer el deber, como gente a quien faltaba toda esperanza de perdón.

Éste era el estado en que se hallaban las cosas de la guerra, cuando llegó a Maguncia Petilio

Cerial; por cuya venida comenzaron a levantarse las esperanzas de los leales. Él, mostrándose deseoso de pelear, y más aparejado a no estimar al enemigo, que a guardarse de él, animaba y encendía a los soldados con la ferocidad de sus palabras, prometiéndoles de no perder ocasión alguna, ni diferir el llegar a las manos.

Vuelve a enviar a sus casas a los soldados de socorro, levantados últimamente en las ciudades de las Galias, mandándoles que les dijese que al Imperio le bastaban solamente las legiones: que los compañeros volviesen en buena hora a los ejercicios de paz, con la seguridad, que si dejaban acabada la guerra pues era lo mismo haberse encargado de ella los Romanos. Aumentó esto mucho la obediencia de los Galos, porque habiendo vuelto a cobrar su juventud, sufrían después más voluntariamente los tributos, haciéndolos más prontos a servir el verse menos estimados.

Mas Civil y Clásico, como supieron que Tutor había sido roto, los Treveros degollados, y que se encaminaban prósperamente las cosas por el enemigo, mientras medrosos se apresuran a juntar sus fuerzas que estaban derramadas por varias partes, advirtieron muchas veces a Valentino, que no aventurase con la batalla la suma de las cosas. Por esto mismo Cerial, enviando con toda diligencia a los Mediomatrics, quien encaminase por el camino más corto las legiones contra el enemigo, juntando el todos los soldados que estaban en Maguncia y cuantos había traído consigo, en tres alojamientos, llegó a Rigodulo, donde se hallaba alojado Valentino con las fuerzas de los Treveros, ceñido por todas partes de montes, o del río Mosela: y además de esta fortificación había añadido fosos, y en donde era menester, trincheras de piedras muy grandes.

No detuvieron estas defensas al Capitán Romano, ni le impidieron que no arrojase su infantería la vuelta de ellas, y plantase en lo alto del monte las tropas de caballos, menospreciando al enemigo, y echando de ver, que siendo toda aquella gente colecticia, y juntada con mayor temeridad que prudencia; no le podía ayudar tanto la fortaleza del puesto, que bastase a resistir al valor de los suyos.

Halló la infantería alguna dificultad en la subida del monte, ofendida algún tanto la vanguardia de las saetas y dardos del enemigo. Mas llegando a poder menear las manos de cerca, comenzaron los contrarios a caer despeñados por aquellos precipicios, derribándolos nuestra gente, como quien derriba algunas murallas y edificios antiguos; y parte de la caballería, entrando en el campo enemigo por los lugares mas accesibles, después de haber hecho algunos rodeos, tomaron en prisión a los más nobles de los Belgas, y entre ellos a Valentino, su Capitán.

Entró Cerial el día siguiente en Tréveris, y mostrándose los soldados todos codiciosos de la ruina de aquella ciudad, decían: «que era aquella la patria de Clásico y de Tutor, por cuya maldad habían sido cercadas, y después degolladas las legiones: que no mereciendo tan gran castigo las culpas de Cremona, sólo porque dio ocasión a que se dilatase a los vencedores una sola noche la victoria, fue arrebatada del regazo de Italia: que aquella silla del enemigo se estaba entera en los confines de Germania, triunfando de los despojos de los ejércitos, y de la muerte de los Capitanes: que se contentaban, y venían en que toda la presa fuese del fisco; no pidiendo ellos otra cosa, sino que les dejasen abrasar y destruir aquella rebelde Colonia, en recompensa de la destrucción de tantos alojamientos militares.»

Mas Cerial atribuyendo a gran afrenta suya el entrar en opinión de hombre que alimentaba la disolución y crueldad de los soldados, refrenó su enojo: y ellos habiéndose enseñado a ser más modestos en las guerras extranjeras, después de haber dejado las civiles, obedecieron. Divirtió también los ánimos militares de este pensamiento el aspecto miserable de las legiones que se habían hecho venir de los Mediomatrics.

Estaban todos por la conciencia de su maldad tristes y con los ojos clavados en tierra. No hubo salutación alguna de una parte a otra al juntarse los ejércitos, ni tan solamente se atrevían a responder a quien los consolaba o animaba, escondiéndose por las tiendas, y huyendo de la misma luz. Y no los atemorizaba ni afligía tanto el peligro, cuanto la deshonra y vergüenza: mostrándose también atónitos los vencedores, y no atreviéndose a hablar o a rogar, pedían perdón con las lagrimas y con el silencio, hasta que Cerial los consoló, diciendo: «que a solo la fuerza del hado

debía atribuirse todo aquello que por discordia de los soldados o Capitanes, o por engaño de los enemigos había sucedido hasta entonces: que tuviesen a aquel día por el primero del sueldo y juramento militar, pues de los yerros pasados ni el Emperador ni él tendrían memoria.» Con esto, recibidos y alojados en los mismos cuarteles, se pregonó por todo el campo, que ninguno en sus diferencias y rencillas particulares diese en rostro a su compañero con la sedición o con el vencimiento pasado. Y habiendo después llamado a los Treveros y Lingones, les habló así:

«Aunque no hice jamás profesión de la elocuencia, contentándome con haber mostrado por las armas el valor del pueblo Romano, todavía, sabiendo que por vosotros se tiene gran cuenta con las palabras, y el bien y el mal se estiman, no por su naturaleza, sino conforme a las voces de los sediciosos, he determinado de deciros algunas pocas cosas; las cuales, fenecida la guerra, os será a vosotros de más provecho el haberlas oído, que a mí el haberlas dicho. No entraron en vuestras tierras ni en los términos de los otros Galos los Emperadores y Capitanes Romanos por ningún deseo desordenado, sino llamados por vuestros antecesores, a quien sus propias discordias fatigaban hasta la misma muerte; y porque las Germanos, llamados en su socorro, habían puesto en servidumbre igualmente a amigos y enemigos. Harto notorio es al mundo con cuántas batallas contra los Cimberos, contra los Teutones, con cuántos trabajo de nuestros ejércitos, y finalmente con qué suceso hemos tratado la guerra de Germania. Ni nos hemos alojado sobre las riberas del Rhin para defensa de Italia, sino para estorbar que no viniese otra Ariovisto a usurpar el reino de las Galias. ¿Creeréis vosotros por ventura, que sois más caros a Civil, a los Bátavos y Transrenanos, que no lo fueron a sus mayores vuestros padres y abuelos? Vivirán siempre en la Germania las mismas causas de pasar en las Galias; pues no son otras que sus apetitos, su codicia y el deseo de mudar de asiento; para que, dejados sus pantanos y desiertos, puedan apoderarse de estas fertilísimas provincias y de vosotros mismos; por más que se hayan servido siempre del nombre de libertad y de otros no menos aparentes; y por más que sea este estilo y lenguaje común en todos los que cautelosamente tratan de reducir a los otros a servidumbre.

»Siempre hubo reinos en las Galias hasta que vinistéis a nuestro dominio. Nosotros, aunque tantas veces provocados, no hemos usado jamás de otros derechos de la victoria, sino sólo de los que no podían excusarse para conservar la paz. Porque ni puede el mundo estar quieto sin el presidio de las armas, ni éstas se pueden sustentar sin sueldos, ni los sueldos sin tributos. Todas las demás cosas son comunes entre nosotros: vosotros presidís y mandáis muchas veces a nuestras legiones, y gobernáis estas provincias y otras. No tenemos cosa escondida ni separada de vosotros, con quien, gozando igualmente de los buenos Príncipes, aunque estéis lejos, padecemos mucho más nosotros con los ruines, los cuales de ordinario se muestran más crueles con los que tienen cerca. Como se sufren la esterilidad de la tierra, excesivas lluvias, tempestades, y los demás accidentes de naturaleza, así debéis vosotros sufrir los desórdenes y la avaricia de los que gobiernan. Mientras hubiere hombres, ha de haber vicios, pero tampoco éstos serán continuos, pues muchas veces se recompensan estos trabajos con interponerse otros mejores, si ya no es que esperáis más apacible dominio reinando Tutor y Clásico, o que os parezca que se pueden juntar ejércitos bastantes a tener, apartados a los Britanos y Germanos con menores tributos de los que pagáis ahora: porque después de echados los Romanos, (no lo permitan los dioses) ¿habría otra cosa entre todas las naciones que guerra y más guerra? Ochocientos y más años ha ido en aumento esta inmensa máquina del pueblo Romano sólo con su fortuna y disciplina: y no hay que pensar que puede dar en tierra sino con la destrucción y ruina total de los que presumieren derribarla. Mas en cualquier caso seréis vosotros los que corréis mayor peligro, poseyendo como poseéis oro y riquezas, principales causas y ocasiones de las guerras. Amad pues, y reverenciad la paz y a la ciudad de Roma, a quien con igual autoridad poseemos los vencidos y los vencedores. Sírvaos de nobilísimo ejemplo la experiencia de entrambas fortunas, y muévao a no querer antes la desobediencia con la ruina, que la obediencia con la seguridad.» Con esta oración aseguró y animó a los que se temían de mayor castigo.

Estaba todavía en los Troveros el ejército victorioso, cuando llegaron cartas de Civil y de

Clásico para Cerial, en esta substancia: «que sabían muy bien que Vespasiano era muerto; por más que procuraban tener secreto el aviso: que toda Italia y la misma Roma estaban consumidas en guerras civiles: que Muciano y Domiciano eran ya solamente nombres vanos y sin fuerza alguna: que si Cerial quería para sí el Imperio de las Galias, que ellos vivirían contentos sólo con los términos de sus ciudades, pero que si todavía gustaba más de proseguir la guerra, no estaban puestos en rehusarla.»

No respondió cosa alguna Cerial a estas cartas de Civil y Clásico, antes las envió luego a Domiciano, junto con el que las trajo. Luego los enemigos (que hasta allí habían tenido divididas sus gentes) comenzaron a juntarse por todas partes, y a venir cargando sobre él; no sin culpar muchos a Cerial, de que hubiese querido antes aguardar a los rebeldes juntos, que acabarlos y destruirlos separados. El ejército Romano se fortificó de fosos, trincheras, y estacada en el propio alojamiento, donde hasta entonces había estado inconsideradamente poco seguro. Había entre los Germanos gran diversidad de pareceres.

Quería Civil «que se esperasen los de allá del Rhin, para acabar de quebrantar del todo las fuerzas Romanas, atemorizadas ya de atrás con el terror de esta gente. Porque de los Galos, ¿podía esperarse otra cosa que el ser presa del vencedor? Y con todo eso estaban de su parte a la descubierta, o por lo menos con la inclinación los Belgas, que son el nervio de aquellas naciones. Tutor, en contrario, afirmaba que con la dilación crecía la potencia Romana por medio de los ejércitos que se les iban juntando de todas partes; pues de Britania había pasado ya una legión, de Hispania se esperaban dos, y de Italia venían marchando otras muchas tropas: no milicia nueva y colecticia, sino soldadesca vieja y ejercitada en muchas guerras: que los Germanos, a quien deseaba que se aguardase, no era gente que se dejaba gobernar, antes querían hacer siempre todas las cosas a su gusto: y que el dinero con que solamente se gana y se corrompe aquella nación, no había duda en que le tenían en mucha mayor abundancia los Romanos: y ninguno hay tan dado a la guerra e inclinado a las armas, que al mismo precio no escoja antes la quietud, que los peligros. Donde, si luego eran acometidos, no tenía Cerial otras legiones que las que había cobrado de las reliquias del ejército Germánico, y estas obligadas al juramento de confederación con las Galias: y que lo mismo en que podían fundarse de haber desbaratado poco antes contra su propia esperanza la gente mal plática y peor en orden de Valentino, les serviría a los soldados y al Capitán de un poderoso incentivo la temeridad: que atreviéndose segunda vez a mostrar el rostro, caerían en manos, no de un mozuelo inexperto, más apto para hacer arengas y estudiar oraciones, que para mandar ejércitos y manejar las armas, sino en las de Civil y Clásico, a cuya vista les volvería sin duda el temor la memoria de la huida, de la hambre, y la del deseo de la vida, tantas veces rescatada con humildes ruegos. Finalmente, que ni los Treveros ni los Lingones se podía decir que estaban con ellos por benevolencia o por afición: y que en pasándoseles el miedo, volverían a tomar las armas.»

Atajó la diversidad de pareceres Clásico, aprobando el consejo de Tutor, y luego se puso en ejecución. A los Ubios y a los Lingones se dio el cuerpo de la batalla; el cuerno derecho se formó de las cohortes de Bátavos, y el siniestro de los Bruteros y Tenteros: y una parte de ellos por los montes, y otros entre el camino y el río Mosela acometieron tan de improviso a los nuestros, que Cerial desde su aposento y desde su cama (no habiendo dormido aquella noche en el campo) oyendo las relaciones de los que le advertían de que se peleaba, y que los suyos iban de vencida, reprehendiendo la vileza y miedo de quien le traía aquellos avisos, estuvo incrédulo, hasta que tuvo delante de los ojos la mortandad y estrago.

Vio pues entrados los alojamientos, rotos los caballos, y que el enemigo se había apoderado ya del puente sobre la Mosela, por donde se comunican los de una parte de aquella Colonia con los de la otra. Y no faltándole el ánimo, por más que vio turbadas y casi perdidas del todo las cosas, haciendo detener a los que huían, con las manos y con voces, desarmado él, y casi desnudo, se arroja con dichosa temeridad por entre las armas y tiros de los que peleaban; con que acudiéndole allí los más valerosos, volvió a ganar el puente: y dejando en el guardia de gente escogida, volviendo de nuevo al campo, vio las escuadras de las legiones que se rindieron al enemigo en

Novesio y en Bona, desordenadas, con pocos soldados en defensa de las banderas y casi perdidas del todo las águilas.

Encendido con esto en ira y en furor, «¿qué es esto?, les dijo, ¿pensáis que desamparáis a Vocula o a Flaco? No hay aquí traición alguna, ni yo me debo disculpar de otra cosa, que de haber creído que estabais ya olvidados de la confederación hecha con los Galos, o persuadidome a que os quedaba alguna memoria del sacramento prestado al Imperio Romano. Por ventura ¿entraré yo en la cuenta con los Numisios y los Herenios, para que se pueda decir que mueren a vuestras manos todos los Legados, o a las de los enemigos por vuestra culpa? Id y referid a Vespasiano o (lo que os vendrá más a cuento) a Civil y a Clásico, que habéis desamparado en la batalla a vuestro Capitán: vendrán otras legiones que no me dejarán a mí sin venganza, ni a vosotros sin castigo.»

Eran verdaderas estas cosas; y replicándose las igualmente los Tribunos y Prefectos, hacen rostro, ordénanse cohorte por cohorte, escuadra por escuadra; porque peleando dentro de los reparos, impedidos de las tiendas y del bagaje, con el enemigo esparcido por todas partes, no se podían tender en escuadrón formado. Tutor, Clásico y Civil, cada uno por su parte exhortaba a los suyos a la pelea, instigando a los Galos con la libertad, a los Bátavos con la honra, y a los Germanos con la presa. Estuvo finalmente todo por ellos, hasta que la legión veinte y una, ordenada en más ancho espacio que las otras, sostuvo primero, y después rechazó el ímpetu del enemigo: de tal manera, que mudándose en un instante los ánimos, no sin ayuda divina, volvieron los vencedores las espaldas.

Decían haber sido aterrados con la vista de las cohortes; las cuales, esparcidas al primer acometimiento, volvieron a hacer rostro en la cumbre del monte, dando muestras de nuevo socorro. Pero lo que dañó a los que ya iban venciendo no fue otra cosa que su desorden y mal gobierno; porque en lugar de seguir al enemigo, comenzaron todos a cebarse con la presa. Cerial así como por su negligencia lo había puesto casi todo, en ruina, así también lo recuperó con su constancia. Y siguiendo valerosamente la fortuna, en aquel mismo día tomó, y deshizo los alojamientos enemigos.

No se concedió más largo reposo a los soldados, porque los Agripinenses pedían con gran instancia socorro, y ofrecían a la mujer y a la hermana de Civil, y a la hija de Clásico, dejada allí por prendas de la confederación; y entre tanto por no estar ociosos, habían muerto a todos los Germanos que tenían repartidos por las casas. De aquí les procedía el temor, y se daba por legítima la causa de satisfacer a sus ruegos, socorriéndolos antes que reparados los enemigos de fuerzas, se dispusiesen a nuevas esperanzas, o a vengar el agravio. Porque Civil también había vuelto allá su ánimo, y no sin fuerzas considerables: quedándole todavía enteras las tropas de la gente más valerosa y ardiente de su ejército, que eran los Caucios y Frisones.

Hallábase ya en Tolbiaco, plaza situada en los confines Agripinenses, cuando le divirtió de su empresa la triste nueva que tuvo de que la cohorte había sido acabada toda por engaño de los Agripinenses; los cuales, viendo a los Germanos sepultados en el sueño y en el vino, habiéndolos cerrado las puertas de las casas donde estaban, pegándoles fuego los abrasaron a todos. Por esto también apresuró el socorro Cerial, haciendo marchar algunas tropas con gran diligencia. Detuvo también a Civil, el temer que la legión catorce juntándosele las fuerzas marítimas de Britania, no acometiese a los Bátavos por la parte que están rodeados del Océano; pero no fue así, porque Fabio Prisco Legado de esta legión, la llevó por tierra contra los Nervios y Tongros, y recibió la obediencia de sus ciudades: con que acometida la armada por los Caninefates, tomaron y echaron a fondo la mayor parte de ella, y ellos mismos rompieron una gran multitud de Nervios, que voluntariamente habían tomado las armas en favor de los Romanos. A mas de esto tuvo Clásico otra buena suerte, peleando con la gente de a caballo que Cerial enviaba delante a Novesio: de suerte, que estos daños, aunque pequeños, por venir tan a menudo disminuían mucho la fama de la victoria, poco antes ganada.

En estos mismos días hizo morir Muciano al hijo de Vitelio, con color de que vivirían siempre las discordias mientras no se acabase de quitar la semilla de la guerra. Ni sufrió que Antonio Primo fuese de los nombrados para acompañar a Domiciano, sospechando mucho del favor militar para

con él, y de la soberbia del hombre, no acostumbrado a sufrir iguales, cuanto y más superiores. Antonio pues yéndose a Vespasiano, puesto que no fue recibido por él con el acogimiento que esperaba, no le miró con malos ojos. Era combatido en su ánimo el Emperador de varios respetos: por una parte de los merecimientos de Antonio, a cuyo valor sin duda se debía el fin de aquella guerra; y por otra de las cartas de Muciano, y de muchos ruines oficios de otros, que como a hombre inquieto y soberbio, le perseguían, ayudando a ello también la memoria de su vida pasada. Ni el de su parte dejaba de ganar cada día mas enemigos con traer ordinariamente a la memoria de todos sus encarecidos merecimientos, dando en rostro a los demás con su cobardía y negligencia, ya Cecina, con que era un cautivo, y rendido a discreción. De donde comenzó poco a poco a perder el crédito, y a ser menos estimado; quedándole todavía en apariencia la amistad del Príncipe.

En aquellos meses que Vespasiano se entretuvo en Alejandría, esperando a que la mar se sosegase, y soplasen los vientos del estío, sucedieron muchos milagros, que testificaron el favor de los cielos, y una cierta buena inclinación de los dioses para con él. Un hombre de la pleble alejandrina, harto conocido por su ceguera, arrodillándosele delante, y pidiendo con grandes llantos y gemidos remedio a su trabajo, afirmando ser aquella la voluntad del dios Serapis, (a quien tiene en gran veneración aquella gente supersticiosa) suplicaba con gran instancia al Príncipe, que se dignase de mojarle con la saliva de su boca los párpados y niñas de los ojos. Otro, manco de una mano, alegando el mandamiento del mismo dios, pedía el ser pisado con la planta del pie de César. Reíase al principio Vespasiano, haciendo gran burla de semejantes pretensiones: mas instando ellos siempre, comenzó unas veces a temer la fama de ser tenido por hombre que se creía de ligero; otras a entrar en esperanza, a fuerza de los ruegos y adulaciones de los circunstantes, finalmente, manda a los médicos que consulten sobre si aquella ceguera y manquedad se podían curar por medios humanos. Discurrieron variamente los médicos, y resolvieron que no habiéndosele apagado al ciego totalmente la virtud visiba, si se le quitaban los impedimentos, era posible restituírle la vista: y que al manco habiéndosele encogido los nervios, con aplicarle medicamentos saludables, podía también cobrar salud: añadiendo, que por ventura era aquella voluntad de los dioses, y que tenían ya escogido al Príncipe para aquel divino ministerio; en el cual, si la salud tenía efecto, sería de César la gloria; y no teniéndole, de aquellos miserables el escarnio. Con esto Vespasiano prometiéndose aquello y mucho más de su buena fortuna, y no teniendo ya en orden a ella cosa alguna por imposible, con rostro alegre, en presencia de gran multitud de pueblo que estaba presente ejecuta el mandamiento que referían ser de los dioses. Restitúyesele con esto al manco el uso de su brazo, y al ciego la luz del día. Cuentan hoy entrambas cosas los que se hallaron presentes, no teniendo para qué esperar premio alguno de la mentira.

Vínole de aquí a Vespasiano mayor voluntad de visitar aquel sagrado lugar, deseoso de consultar allí sobre las cosas del Imperio. Y llegado a él, mandando salir a todos del templo, y quedando solo, mientras estaba en profunda meditación de aquella deidad, echó de ver que tenía a las espaldas a uno de los principales de Egipto llamado Basíledes, el cual sabía muy bien él que estaba apartado muchas jornadas de Alejandría, y en aquella sazón enfermo. Pregunta a los Sacerdotes si Basíledes había entrado aquel día en el templo; infórmase de cuantos encuentra, si le habían visto en la ciudad. Finalmente, enviando para esto gente de a caballo, se vino a averiguar, que en aquel mismo punto que Vespasiano le vio en el templo estaba apartado veinte leguas de allí. Entonces echó de ver, que aquella había sido visión divina; y por el nombre de Basíledes interpretó la fuerza de la respuesta.

El origen de este dios no ha sido hasta ahora celebrado por nuestros autores. Cuéntanlo así los Sacerdotes Egipcios. Al Rey Ptolomeo, que fue el primero de los Macedonios que estableció la grandeza de Egipto, mientras aumentaba los muros de Alejandría, poco antes edificada, y la adornaba de templos y religión, se apareció en sueños un mozo de extremada belleza y majestad, mayor que de estatura humana; el cual le amonestó que enviase a Ponto los amigos de quien más confiaba con orden de traer su estatua: que sería esto ocasión de gran alegría y felicidad para todo su reino, y que la ciudad que la poseyese sería muy famosa y esclarecida. Y luego vio levantarse

hacia el cielo al mozo rodeado de un grandísimo fuego. Despierto Ptolomeo con este anuncio y milagro, manifiesta la nocturna visión a los Sacerdotes de Egipto, que tienen de costumbre interpretar semejantes sueños. Mas hallándolos poco informados de Ponto y de las cosas extranjeras, llamando a Timoteo, Ateniese, del linaje de los Eumólpidas, a quien había hecho venir de Eleuso por Sumo Sacerdote de las ceremonias, le pregunta lo que sabía de aquel dios y de aquella superstición. Timoteo, informado de algunos que habían estado en Ponto, supo que había allí una ciudad llamada Sinope, y no lejos de ella un templo antiguo, muy venerado de aquellas gentes, dedicado a Júpiter Dite; porque también se veía cerca de él una estatua de mujer, a quien muchos llamaban Proserpina. Mas Ptolomeo (como es la naturaleza de los Reyes que se atemorizan fácilmente, y pasado el peligro se inclinan más a sus gustos que a la religión) comenzó poco a poco a no hacer caso de esto, y a volver el ánimo a otros cuidados, hasta que de nuevo le apareció la misma visión mucho más terrible, y anunciando más apretadamente su ruina y la de su reino, si no ejecutaba sus mandamientos.

Entonces despachó luego Embajadores con presentes al Rey Cidrotémides, que en aquella sazón reinaba en Sinope, ordenándoles que antes de embarcarse consultasen su viaje con el simulacro de Apolo Pitio. Tuvieron próspera navegación, y esta clara respuesta del oráculo: que fuesen y trajesen la imagen de su padre, dejando la de su hermana. En llegando a Sinope, ofrecen sus presentes, y declaran su demanda y las comisiones de su Rey a Cidrotémides, el cual, con ánimo suspenso, unas veces mostraba tener temor de aquella deidad que le mandaba; otras mudaba de parecer, medroso de las amenazas del pueblo que lo contradecía, y muchas también se ablandaban con los dones y promesas de los Embajadores. Ni entre tanto (pasados ya en esta negociación tres años) faltaba Ptolomeo de hacer nuevos oficios y aplicar nuevos ruegos, añadiendo otra embajada con Embajadores de mayor realidad, mayor número de navíos, y mucho más oro. Apareció entonces a Cidrotémides una figura muy espantable, amenazándole si ponía más largas al cumplimiento de la voluntad divina. Y difiriéndolo él todavía, le sobrevinieron diversos desastres y enfermedades, mostrando los dioses cada día más manifiesto su enojo. Con esto, haciendo el Rey juntar el pueblo a parlamento, les da cuenta de los mandatos de aquel dios, declara sus visiones y las de Ptolomeo, junto con las adversidades que se aparejaban. El vulgo, obstinado contra el Rey, envidioso del Egipto, y sospechoso de sí mismo, cercaba por todas partes el templo. De aquí tuvo origen la fama mas creída en el vulgo, de que el mismo dios por sus pies había entrado en los navíos que estaban dados fondo en el puerto, y que en tres días, (cosa maravillosa para quien se resolviere en creerla) surcado tanto espacio de mar, habían surgido en Alejandría.

Allí pues se le edificó un templo correspondiente a la grandeza de aquella ciudad en el lugar llamado Racotis, que era el puesto donde antes solía estar una capilla dedicada a Serapis y a Isis. Estas son las cosas más celebres que hay del origen y translación de aquel dios. No ignoro yo la opinión de algunos que afirman fue traído de Seleucia, ciudad de Siria, reinando Ptolomeo el Tercero, ni la de otros, que hacen fundador del templo al mismo Ptolomeo, y quieren que de donde hizo traer el simulacro, no fue sino de Menfis, en otro tiempo nobilísima ciudad, y Metrópoli del antiguo Egipto. Muchos piensan que aquel dios es Esculapio, movidos de ver que cura enfermedades. Otros sustentan que es Osiris, el más antiguo dios de aquella tierra. Otros que es Júpiter, como el más poderoso, y el que dispone de todas las cosas. Pero los más afirman que es el padre Dite; opinión que la conjeturan por señales manifiestas que hay en él, o por otras imaginaciones diferentes que van rastreando.

Volviendo a Domiciano y a Muciano, antes que se acercasen a los Alpes, tuvieron aviso de los sucesos prósperos contra los Treveros. Pero el verdadero testigo de aquella victoria fue el mismo Valentino, Capitán de los enemigos: el cual, aunque preso, sin perderse de ánimo, mostraba en el rostro su fiereza natural. Fue oído solamente lo que bastó para conocer su ingenio, y luego condenado a muerte. Estándole justiciando, a uno que entre otros ultrajes le dijo que los Romanos habían tomado ya a su patria, respondió: que tomaba aquella nueva por consuelo de su calamidad.

Mas Muciano publicó por resolución nueva lo que había ya mucho antes resuelto en su ánimo;

es a saber: que pues por la benignidad de los dioses estaban ya quebrantadas las fuerzas del enemigo, no podía redundar en reputación de Domiciano el presentarse acabada casi ya la guerra, como por testigo de la ajena gloria: que si se tratara del peligro del Imperio o de la conservación de las Galias, entonces si que estuviera muy en su lugar el dejarse ver César al ejército: que los Caninefates y los Bátavos eran empresa de otro Capitán de menos nombre: que haciendo alto en Lugdunum, mostraría desde lugar cercano las fuerzas y fortuna del Imperio, apartado de peligros pequeños, y pronto a ofrecerse a los grandes, si era menester. Conocíanse los artificios; mas era la parte más principal de la lisonja el mostrar que no se entendían.

Así se llegó a Lugdunum, desde donde se creyó que Domiciano por medio de secretos mensajeros envió a tentar la fe de Cerial, deseando saber de el, si yendo en persona le entregaría el ejército y el Imperio. Y no está averiguado, si con esta prevención pensaba en hacer guerra a su padre, o preparar riquezas y fuerzas contra su hermano.

Porque Cerial con saludable templanza se burló de él, condenando a sus deseos por vanos y juveniles. Domiciano pues, viendo menospreciada por los más viejos su mocedad, comenzó a irse descargando de los negocios y cuidados leves del Imperio, ejercitados antes por el. Y so color de simplicidad y de modestia, se retiró profundamente dentro de sí mismo, fingiendo gustar de los estudios de las letras y poesía, con que procuraba encubrir su ánimo, deseando apartarse poco a poco de la emulación del hermano, cuya naturaleza tan diferente de la suya, y tanto más mansa y apacible, siniestramente interpretaba.

LIBRO QUINTO

Tito emprende la conquista de Jerusalén.—Trátase con esta ocasión del origen, costumbres y ritos de los Judíos, del sitio y fortificación de esta santa ciudad.—Cuéntase el progreso de la guerra Germánica, y algunos otros reencuentros entre Cerial y Civil, de que resulta la paz, a que parece que encamina el fin de este libro, que por la incuria del tiempo lo es también de esta obra.

Al principio del mismo año, Tito César escogido por su padre para acabar de sujetar a los Judíos, el cual, aunque siendo entrambos no más que hombres particulares, era ya de esclarecida fama en la milicia, procedía entonces en estas materias con mucha mayor fuerza y reputación, compitiendo en su favor los ejércitos y las provincias. Y él también para dar a entender que excedía de mucho a las esperanzas concebidas de su valor, se mostraba muchas veces armado gallarda y vistosamente, pronto para cualquier suceso, apacible y afable, incitando a todos cortésmente a dar buena cuenta de sus oficios; mezclándose muchas veces en las obras manuales y en el marchar con los soldados ordinarios: todo esto sin perjuicio del decoro y gravedad perteneciente a un General.

Recibióle en Judea tres legiones, la quinta, la décima y la quincena, toda soldadesca vieja de su padre. Diole la Siria la legión doce, y de Alejandría hizo venir la veinte y una y la tercera. Seguíanle veinte cohortes de confederados, y ocho alas de caballos, junto con los Reyes Agripa y Sohemo, los socorros del Rey Antíoco, una gruesa banda de Árabes, grandes enemigos de los Judíos, por los aborrecimientos que ordinariamente suele haber entre vecinos. Habían llamado a muchos de Roma y de toda Italia sus propias esperanzas, deseosos de ocupar la voluntad de aquel Príncipe, no declarada hasta entonces por alguno. Entrado pues con este florido ejército en los términos enemigos, marchando siempre en batalla, reconociéndolo todo, y procurándose informar de los secretos de la tierra, asentó su campo, pronto a pelear, no muy lejos de Jerusalén. Mas porque hemos de escribir aquí la destrucción total de esta ciudad famosa, parece cosa conveniente el dar primero cuenta de sus principios.

Cuentan, que los Judíos fugitivos de la isla de Creta asentaron en las últimas partes de Libia en el tiempo que Saturno fue echado de la tierra, por la violencia de Júpiter, y obligado a dejarle el reino. Fúndase ese argumento por el nombre, siendo como es en Creta muy famoso el monte Ida, cuyos habitantes llamados Ideos, aumentado después el nombre al uso bárbaro, se llamaron Judíos.

Muchos creen que reinando Isis, hallándose el Egipto muy cargado de gente, envió la que le sobraba a poblar las tierras circunvecinas a cargo de dos Capitanes llamados Jerosolimo y Judas. A otros les parece dar crédito a los que afirman que son descendencia y generación de Etiópes, a quien en tiempo del Rey Cefeo movieron a mudar de habitación el miedo y el aborrecimiento. Otros los hacen Asirios, pueblo vagabundo y falto de campos; el cual, apoderándose de parte de Egipto, habitó y pobló después ciudades propias, y las tierras Hebreas más cercanas a Siria. Otros les dan principios más nobles, y afirman que los Solimos, celebrados en los versos de Homero, fueron los que edificaron y dieron el nombre a la ciudad de Jerusalén.

En lo que muchos convienen es que habiendo sobrevenido en Egipto cierta enfermedad contagiosa que manchaba y afeaba los cuerpos; el Rey Ochoris consultando al oráculo de Amón, y pidiendo remedio, se le respondió que limpiase su reino, y enviase a otras tierras aquella generación de hombres, como aborrecible a los dioses. Y que buscada, y juntada con diligencia esta gente, sacándola del reino, y dejándola desamparada en los desiertos de Arabia, estando todos, los demás entorpecidos en lágrimas, sólo Moisés, uno de los desterrados, les amonestó que no esperasen ya socorro alguno de los dioses ni de los hombres, pues unos y otros los habían desamparado: mas que confiasen en él, como en Capitán dado del cielo, con cuya ayuda principalmente vencerían las calamidades y miserias presentes. Consintieron con él todos: y sin saber el camino que habían de seguir, como ignorantes de todo, le tomaron a la ventura.

Con todo eso ninguna cosa los afligía tanto como la falta de agua; y ya estaban todos rendidos y echados por aquellos campos, entregados casi a la muerte, cuando una manada de asnos salvajes,

dejando la pastura, pasó hacia a unos peñascos cubiertos de sombría y espesa arboleda. Siguiólos Moisés, y por la conjetura de hallar el suelo con yerba, vino a descubrir grandes venas de agua. Con este alivio y fresco siguieron su viaje seis días continuos; y al septeno echando los habitantes de la tierra, se apoderaron de aquella región, donde se edificó la ciudad y dedicó el templo. Moisés por confirmar a esta gente en su devoción para en lo venidero, les dio nuevos ritos, contrarios a los otros hombres. Porque les son a ellos profanas todas las cosas que nosotros tenemos por sagradas; y por el contrario, se les conceden a las que a nosotros se nos prohíben.

Consagraron en la parte más secreta del templo la efigie del animal por cuyo medio se libraron de la sed y de andar vagabundos; matando el carnero, como en vituperio de Amón. Sacrificase también entre ellos el buey, adorado por los Egipcios con nombre de Apis. No comen carne de puerco, por memoria del daño, cuando fueron inficionados de aquella especie de sarna, de que padece aquel animal. Confiesan hasta hoy con prolijos ayunos la larga hambre que padecieron aquellos tiempos: y en señal de que robaron los frutos para tentarse, el pan de los judíos se hace hasta el día de hoy sin levadura. Dicen, que les agradó el reposar cada séptimo día, y estar ociosos, a título de que tuvieron en él fin sus trabajos. Cebados después con esta pereza, dieron también cada séptimo año al ocio y flojedad. Otros quieren que el hacer esto era en honra de Saturno, o porque sea verdad que tomaron de los Ideos éste entre otros principios de religión; los cuales entendemos, como dicho es, fueron echados de Creta con Saturno, y se hicieron autores de esta gente; o porque de los siete planetas que gobiernan a los mortales, es Saturno el que habita en esfera más alta, y tiene mayor poder; fuera de que mucha parte de las influencias celestiales acaban su curso y su fuerza con el número septenario. Estos ritos pues, como quiera que se hayan introducido, se defienden ahora con la antigüedad. Los demás institutos y siniestras ordenanzas han ido acreditándose con la fea y torpe malicia de los hombres. Porque toda la gente malvada y facinerosa, menospreciada la religión de su patria, lleva allí ofrendas y tributos.

Esto fue causa de que se engrandeciese el estado y pueblo Judaico; y también el ser de suyo obstinados en la fe que dan, y prontos a la misericordia y caritativos entre sí; puesto que aborrecen a todos los que no son de su gente, como a enemigos mortales.

Diferéncianse de los demás hombres en la forma del comer y dormir: y siendo gente muy dada al vicio deshonesto, se abstienen de mujeres extranjeras, supuesto que entre ellos no hay cosa ilícita. Instituyeron el circuncidarse, para ser conocidos por esta diversidad: los que se pasan a sus costumbres hacen lo mismo.

A estos la primera cosa que se les enseña y persuade es el menosprecio de los dioses, el despojarse del afecto de sus patrias, y el no hacer caso de padres, de hijos, ni de hermanos. Atienden con todo eso cuidadosamente a la propagación de su pueblo, porque también entre ellos es cosa nefanda el matar a sus parientes.

Creer que son eternas las almas de los que mueren en batalla, o por ejecución de justicia; y de aquí les nace el deseo de engendrar, y el menosprecio de morir. No queman los cuerpos de sus difuntos, antes los embalsaman y entierran conforme a la costumbre de Egipcios; con los cuales convienen también en el cuidado y opinión de las cosas del infierno, pero del todo difieren en las del cielo.

Adoran los Egipcios muchas efigies de animales y estatuas fabricadas por los hombres: los Judíos con sola la lumbré del entendimiento adoran a un solo Dios. Tienen por profanos y excomulgados a los que forman y pintan a los dioses en figura humana y en materias mortales; porque dicen que aquella deidad suma, incorruptible y eterna, ni recibe mudanza, ni puede en manera alguna tener fin.

Ésta es pues la causa de que ni en las ciudades ni aun en los templos tienen simulacros, y de que no adulen a los Reyes, ni honren con ellos a los Césares. Mas porque sus Sacerdotes cantaban al son de la flauta y el tamborín, y se ceñían de hiedra, junto con haberse hallado en su templo una vid de oro, pensaron algunos que adoraban a Baco, conquistador del Oriente. Mas difieren mucho en los demás institutos; porque Libero ordenó en su religión ceremonias alegres, y las costumbres judaicas

son tristes, sucias, inusitadas y viles.

Su tierra y sus términos por la parte que mira a Oriente fenecen en los límites de Arabia; por Mediodía tienen a Egipto; por Occidente a los Fenicios y al mar; y por la parte que mira al Norte confinan por largo espacio con la provincia de Siria. Son los cuerpos de aquellos hombres sanos y sufridores de trabajos: y aunque llueve raras veces, gozan de una tierra muy fértil y abundante.

Todos los frutos de ella son como los nuestros; sólo nos ganan en el bálsamo y la palma. Este árbol de palma es muy grande y vistoso. El que lleva el bálsamo es pequeño, cuyos ramos en estando preñados de aquel humor, si se abren con hierro, se secan y se retiran las venas. Mas abriéndose con algún guijarro agudo o con algún tiesto, despide aquel licor medicinal.

El monte más principal y más alto que tienen es el Líbano: y es cosa de maravilla el ver que en tierra tan caliente como aquella esté él siempre sombrío y cubierto de nieve.

Éste cría y alimenta al río Jordán; el cual no desagua en la mar, antes, después de haber pasado por dos lagos sin mezclar sus aguas, se pierde en el tercero. Es este lago de muy gran circuito casi como un mar, de peor sabor y pestilencial para los moradores de la comarca, por su mal olor. No levanta olas en el ningún viento, ni consiente peces ni aves marítimas. Todo lo que se echa en el agua se sustenta como si estuviera sobre firme, y de la misma manera nadan sin hundirse los que no saben, como los que saben nadar.

Echa de sí a cierto tiempo del año un betún, que haciendo aquí la experiencia el oficio que en las demás artes, ha enseñado el modo de recogerlo. Es este licor de naturaleza negro, y de tal calidad, que rociado con vinagre, nada sobre el agua. En viéndole sobre aguado los que le pescan, cogen con las manos un cabo de aquel licor, y le suben hasta lo alto de la barca, y con esto lo que queda en la mar se va subiendo de sí mismo, hasta que hay dentro lo que basta para cargar el bajel. Cortan entonces el hilo, pero no con hierro ni otro metal, porque sería imposible. Huye de la sangre y de las vestiduras manchadas del menstuo mujeril. Esto es lo que escriben los autores antiguos. Pero los prácticos en la tierra dicen, que las masas del betún que anda sobre aguado se tiran y sacan con las manos a la orilla; donde en secándolas el sol, y el vapor de la tierra, se hacen pedazos como madera o piedra, con hachas y con cuñas. No muy lejos de allí hay unos campos, que según dicen fueron antiguamente muy fértiles, y poblados de grandes ciudades, hasta que los abrasó fuego del cielo; y quedan todavía en pie los vestigios, y la tierra como tostada, la cual, perdida la facultad de producir frutos, porque todas las plantas, ora sean sembradas allí, ora nazcan de suyo, en llegando a tener el fruto la forma natural conforme a su especie, se hace negro, y al fin se pierde convirtiéndose en humo y ceniza. Yo, así como concederé que fueron consumidas algunas ciudades de Judea por la ira divina, asimismo soy de opinión que la tierra se inficiona con el vapor de aquel lago, y se corrompe el aire que anda sobre ella, hasta podreecer las mieses y frutos del Otoño, siéndoles igualmente contrarios el cielo y la tierra.

Desagua también en el mar Judaico el río Belo, en cuya boca, de la arena que allí se coge mezclada y cocida con salitre, se hace después vidrio. Es pequeño el espacio donde se halla esta arena, aunque inexhausto para los que la buscan. La mayor parte de la Judea está repartida en aldeas, aunque también hay muchas ciudades. Cabeza de la nación es Jerusalén. Allí hay un templo de inmensa riqueza; rodean a la ciudad tres murallas, la interior encierra en sí solamente el templo, tan secreto y guardado, que solamente es lícito a los propios Judíos el llegar hasta las puertas de él, y de allí a dentro no entran sino solos Sacerdotes.

Mientras el Imperio de Oriente estuvo en poder de los Asirios, Medos y Persas, fue este pueblo el más menospreciado entre los que vivían en servidumbre. Después, prevaleciendo los Macedones, el Rey Antíoco que había comenzado a procurar ir desarraigando aquellas supersticiones, deseoso de introducir las costumbres griegas, impedido de la guerra de los Partos, no pudo reformar aquella gente perversa, abominable y cruel, habiéndosele en aquel tiempo rebelado Arsaces. Los Judíos entonces, estando los Macedones con pocas fuerzas, los Partos poco más adelante de sus principios, y los Romanos lejos, se eligieron ellos mismos Reyes. Los cuales, echados por la inconstancia del vulgo, y vueltos de nuevo al señorío con las armas, se atrevieron a

fomentar la superstición con destierro de ciudadanos, destrucción de ciudades, muertes de mujeres, de padres y de hermanos; y finalmente, (tomando al honor del Sacerdocio por fundamento del poderío) acometer todo aquello que suelen hacer los malos Reyes. Gneo Pompeyo fue el primero de los Romanos que los domó, habiendo en virtud de la autoridad de la victoria entrado en el templo.

De aquí se divulgó que no había dentro imagen alguna de dioses, sino lugares vacíos y secretos vanos. Derribáronse los muros de Jerusalén, pero quedó en pie el templo. Tras esto en nuestras guerras civiles, después de reducidas todas aquellas provincias a devoción de Marco Antonio, Pacoro, Rey de los Partos, que se había apoderado de Judea, fue muerto por Publio Ventidio, y los Partos reducidos a vivir de allá del Eúfrates. Cayo Sosio venció tras esto a los Judíos, cuyo reino, dado por Antonio a Heredes, se lo confirmó el vencedor Augusto.

Muerto Heredes, habiéndose un cierto Simón usurpado el nombre Real, sin aguardar orden de César, fue castigado por Quintilio Varo, Gobernador de la Siria. Gobernaron después aquella gente (refrenada ya) los hijos de Herodes, partiendo el reino entre tres, vivieron con quietud debajo del Imperio de Tiberio César; mas después habiéndoles mandado Cayo Calígula que pudiesen su imagen en el templo, escogieron antes tomar las armas, que obedecer.

Mas cesó este movimiento por la muerte de Cayo. Claudio, después de muertos o reducidos a pequeño estado los Reyes, haciendo a Judea provincia, entregó el gobierno de ella a caballeros Romanos o a libertos. De los cuales Antonio Félix, casándose con Drusila, nieta de Antonio y de Cleopatra, y haciéndose con esto tan yerno de Antonio como Claudio era nieto, ejercitó con ánimo servil la autoridad Real, usando todo genero de crueldad y apetitos desordenados.

Duró con todo eso la paciencia de los Judíos hasta Gesio Floro, Procurador, en cuyo tiempo comenzó la guerra; y habiendo Cestio Galo Legado de Siria, comenzado a querer reprimir su atrevimiento, sucedieron muchos reencuentros casi siempre contrarios a los Romanos. Muerto Cestio, o por curso natural, o por el enojo que le causaron tantas adversidades, envió Nerón en su lugar a Vespasiano: el cual, ayudado de su fama y felicidad, no menos que del valor de sus Ministros, en dos veranos corrió con el ejército victorioso toda la campaña, y tomó todas las ciudades excepto Jerusalén. El año siguiente, que todo él se ocupó con guerras civiles, se pasó en ociosidad cuanto a los Judíos.

Mas aquietadas las cosas de Italia volvieron los cuidados de las extranjeras, con tanto mayor enojo contra ellos, cuanto eran solos los que habían rehusado de obedecer. Y fuera de esto, pareció conveniente el dejar a Tito con los ejércitos, para en cualquier accidente del nuevo Principado.

Plantado pues el campo, como se ha dicho, ante los muros de Jerusalén, hizo Tito muestra de sus legiones, poniéndolas en ordenanza. Tendieron también los Judíos fuera de las murallas sus gentes, con designio de pasar más adelante si les ayudaba la fortuna, y sucediendo de otra suerte, tener a mano la retirada. La caballería que se le arrojó encima con las cohortes sueltas, peleó sin ventaja.

Después se retiraron los enemigos, y en los días siguientes trabaron varias escaramuzas delante las puertas, hasta que llevando siempre lo peor, fueron forzados a encerrarse dentro. Los Romanos, vueltos los ánimos a la expugnación, no pareciéndoles cosa digna de su valor, el esperar a vencer a los Judíos por hambre, pedían con instancia el ser llevados a los peligros; parte por valor y fiereza natural, y muchos por deseo de alcanzar los premios de la victoria. Y aun al mismo Tito se le ponían delante de los ojos Roma, las grandezas y los deleites, dilatados hasta la presa de aquella ciudad.

Ella pues, asentada en sitio alto y difícil de combatir, se hallaba muy bien fortificada de reparos, y bastiones bastantes a hacerla fuerte, cuando estuviera en sitio llano; porque los muros (que edificados artificiosamente no eran llanos, y seguidos como los de otras ciudades, sino con entradas y salidas para ofender por el costado al enemigo cuando se arrimase al asalto), coronaban dos montañas de grande altura: las extremidades de sus cumbres eran altísimos precipicios, y donde los peñascos ayudaban su parte, se levantaban las torres sesenta pies, y en los lugares bajos, subían hasta ciento y veinte: todas ellas muy vistosas, de gran hermosura, y muy iguales para quien las

miraba de lejos. Había dentro de la ciudad otro cercado de muros que rodeaba el palacio real, y una torre cuya levantada cumbre, se dejaba ver en distancia de muchas leguas, llamada por Herodes, Antonia, en honra de Marco Antonio.

El templo estaba edificado en forma de castillo, con sus murallas propias; la estructura y fortaleza del cual excedía de mucho a todos los demás edificios; y hasta los mismos pórticos que rodeaban el templo le servían de segurísima defensa. Había dentro una fuente de agua viva. Todos los montes estaban llenos de cuevas, y había grandes aljibes y cisternas para recoger las aguas llovedizas. Los que edificaron la ciudad antevieron las continuas guerras que le amenazaban, conjeturándolo por la diversidad grande de inclinaciones y costumbres. Y a esta causa estaban prevenidas todas las cosas, en orden a poderse defender en larguísimos cercos. Fuera de que en el que sobre ella tuvo Pompeyo, les abrió los ojos para muchas cosas, no menos la experiencia, que el temor. Y valiéndose de la avaricia que corrió en los tiempos de Claudio, compraron la facultad de fortificarse, y de levantar murallas en la paz, capaces de defenderse con ellas en tiempo de guerra. Habiéndose aumentado mucho de gente, tanto por la plebe que acudió a defenderse con los muros de aquella ciudad, como por la que entró después de ver destruidas las suyas; mucha parte de los cuales eran los más obstinados, insolentes, y autores de sediciones.

Había tres Capitanes, con otros tantos ejércitos. Simón guardaba las primeras y más extendidas murallas. Juan, llamado también Bargiora, la ciudad de en medio; y Eleazar el templo. Las fuerzas de Juan y Simón consistían en la muchedumbre de gente y de armas; y las de Eleazar en la fortaleza natural del puesto. Pero había entre ellos continuas peleas, traiciones e incendios en uno de los cuales se quemó cantidad de trigo.

Poco después, enviando Juan gente que, so color de ofrecer sacrificios, matase a Eleazar y a los suyos, se apoderó finalmente del templo. Con esto quedó partida en dos bandos la ciudad, hasta que acercándose los Romanos, los puso en paz el cuidado de la guerra extranjera. Habían sucedido prodigios; que a esta gente supersticiosa y ajena de toda ley de religión, no es lícito purgar con sacrificios ni con votos. Viéronse en el aire ejércitos armados que peleaban unos con otros; resplandecer armas, llenarse el templo de una subitánea luz que salió de las nubes. Habiéndose abierto repentinamente de suyo las puertas del templo, y oídose una voz mayor que humana, la cual dijo que los dioses se iban de allí, se oyó también un gran estruendo como de gente que se partía. Estas cosas daban miedo a pocos, teniendo por opinión los más, que en los libros antiguos Sacerdotales se hallaba como en aquel tiempo había de prevalecer el Oriente, y que saldrían de Judea los que habían de mandar el mundo. Estas palabras ambiguas y obscuras se habían interpretado de Vespasiano y de Tito; mas el vulgo, llevado de la codicia de la costumbre humana, interpretando en favor suyo tanta felicidad de los hados, ni aun con la prueba de sus adversidades se inducía a discurrir lo cierto y lo verdadero.

La cantidad de los sitiados sabemos que llegó a un millón y cien mil personas, contados mujeres y niños. Diéronse armas a cuantos las pudieron llevar, atreviéndose muchas personas a más de lo que pedían sus fuerzas. Era la obstinación igual en hombres y mujeres, y común la resolución de escoger antes la muerte, que la vida con obligación de dejar la patria. Contra esta ciudad pues, y contra esta gente, Tito César, visto que el sirio no daba lugar al ímpetu de los asaltos, determinó de irse arrimando con trincheras, reductos, cestones, mantas y zarzos; repartiendo entre legiones las faenas, y haciendo parar las escaramuzas, hasta tener a punto todo lo que por los antiguos y modernos ingenios había sido inventado para expugnaciones y presas de ciudades.

Civil, después de la rota recibida en los Treveros, reforzado en la Germania de nuevo ejército, puso su campo en los alojamientos Viejos, por ser lugar seguro, y por animar a los bárbaros con la memoria de los sucesos prósperos que allí habían tenido.

Siguióle al punto Cerial con dobladas fuerzas de las que antes tenía, habiéndole llegado tres legiones; es a saber, la segunda, sexta, y catorcena, y las cohortes y caballos auxiliares, que aunque habían sido llamados mucho antes, no apresuraron su camino hasta que tuvieron ciertos avisos de la victoria. Ninguno de los dos Capitanes era de su naturaleza lento ni tardío, pero estorbábales el

llegar a las manos la campiña húmeda naturalmente y pantanosa, habiendo añadido Civil una gran máquina de tierra en forma de calzada al través del Rhin, para que viéndose atajada mucha parte de su camino ordinario, inundase los campos de alrededor. Ésta era la forma de aquel puesto engañoso, y contrario a nuestra gente por la incertidumbre de los vados.

Porque los soldados Romanos, cargados de armas, temían el haber de nadar donde los Germanos, cursados en pasar aquellos ríos, con la ligereza de las armas que usan, y gran estatura de sus cuerpos vencían al contraste y hondura de las aguas, haciendo pie, y a más no poder, nadando. Los primeros que provocaron la escaramuza fueron los Bátavos, saliéndoles valerosamente al encuentro los mas arriscados de los nuestros. Mas poco después nació en todos un general temor, viendo que los pantanos se sorbían las armas y caballos, y que los enemigos prácticos en aquellos esguazos, andaban saltando por ellos, y dejándolos de acometer por la frente, se veían herir por los costados y por las espaldas. Ni se peleaba allí de cerca, como entre mangas de infantería, sino como en batalla naval, sueltos y esparcidos entre las aguas; y en topando el terreno firme, hacían todos fuerza por sustentarse en él; los heridos envueltos con los sanos; los que sabían con los que no sabían nadar; y finalmente, embarazados unos en otros, perecían con igual daño y destrucción. Fue con todo eso mayor la confusión que la mortandad: porque no atreviéndose los Germanos a desamparar los pantanos, dieron la vuelta a sus alojamientos.

El suceso de este día incitó a los dos Capitanes con varios motivos de ánimo a solicitar la batalla. Civil por seguir a su fortuna, Cerial por borrar la ignominia. Los Germanos feroces en la prosperidad; los Romanos incitados de la vergüenza; pasaron aquella noche los bárbaros con cantos y con gritos, los nuestros con ira y con amenazas. En asomando el día, ordenó Cerial su ejército en batalla, poniendo la caballería en la frente y las cohortes auxiliares. El segundo escuadrón se formó de las legiones, quedándose el con una reserva de gente escogida para en los casos improvisos y repentinos. Presentóse Civil no con batallón tendido, sino por escuadras formadas en punta. Puso en el costado derecho a los Bátavos y Gubernos, y en el izquierdo, que caía más cerca del Rhin, a los Transrenanos. La exhortación de los Capitanes no fue en forma de parlamento a todos en general, sino de paso, ora a estos, ora a aquellos, conforme los iban encontrando. «Acordaba Cerial a los suyos la antigua gloria del nombre Romano, las nuevas y viejas victorias, pidiéndoles que quisiesen acabar de destruir para siempre a aquel pérfido, vil, y tantas veces vencido enemigo: que no había de llamarse aquella en ninguna manera batalla, sino castigo: que habían si no menos que ellos los que poco antes habían peleado con muchos, rompiendo con todo eso y desbaratando a los Germanos, que era el nervio y la fuerza que tenían: que solamente habían sobrado los que traían todavía el miedo en los corazones, y las heridas en las espaldas. Encendía tras esto con particulares motivos el ánimo de las legiones, llamando a los de la catorcena domadores de Britania, y diciendo que Galba había sido hecho Príncipe por la autoridad de la legión sexta, y que era aquella la ocasión en que los de la segunda habían de consagrar sus banderas y su águila nuevamente arboladas.» Después, pasando a las legiones de los ejércitos Germánicos, mostrándoles con la mano a los contrarios: «veislos allí, decía; cobrad vuestros alojamientos y vuestra ribera a costa de la sangre de nuestros; enemigos.»

Levantóse tras esto un clamor universal lleno de alegría y confianza. Unos por el deseo que tenían de la batalla, otros porque cansados ya de la guerra pensaban alcanzar la paz por medio de la victoria, y todos por los premios y descanso que esperaban en lo venidero. Ni Civil ordenó su ejército con silencio: antes llamando por testigo de su valor al propio lugar donde se daba la batalla, decía: «que los Germanos y Bátavos estaban sobre las propias pisadas de su gloria, hollando los huesos y las cenizas de las legiones: que donde quiera que los Romanos tendiesen los ojos, no podían ver otra cosa, que la memoria de su cautiverio y de su mortandad; cosas todas horribles y temerosas: que no se espantasen del vario suceso de la batalla de Tréveris, de la cual, como todos sabían, no quitó otra cosa la victoria a los Germanos, sino la misma victoria; mientras, dejadas las armas, ocuparon las manos en la presa. Pero que después les había sucedido todo prósperamente, y a los contrarios adversa: que había prevenido y hecho todo aquello que debía hacer y prevenir un

astuto y prudente Capitán; empantanando aquellos campos donde se había de pelear, y dejándolos tan seguros para ellos que los tenían en práctica, cuanto dañosos y peligrosos para el incauto enemigo: que tenían a la vista al Rhin y a los dioses de Germania, debajo de cuya deidad fuesen alegres a la pelea, acordándose de sus mujeres, de sus padres y de su patria: porque aquel día había de ser gloriosísimo entre todos los pasados, o el más afrentoso y lleno de ignominia en los venideros.»

Después que con el sonido de las armas, y con grandes saltos y brincos (que tal es la costumbre de aquella gente) aprobaron los Germanos el parlamento de su Capitán, se comenzó la batalla con piedras, pelotas de plomo, y otras armas arrojadas; y esto a causa de rehusar los nuestros el entrar por los pantanos, por más que los enemigos les provocaban, llamándolos y desafiándolos. Gastadas de esta manera todas las armas que suelen tirarse, y encendiéndose más la escaramuza, cerraron los enemigos con gran osadía: y empleando sus grandes cuerpos y largas picas, herían desde lejos a los Romanos que andaban de una parte a otra fluctuando y resbalando dentro del agua. Y al mismo tiempo un escuadrón de Bruteros formado en punta, pasó a nado contra los nuestros desde aquella máquina de tierra hecha a manera de calzada, que dijimos haberse levantado al través del Rhin. Turbáronse las cosas, y ya comenzaban a echar del campo a las cohortes confederadas, cuando tomando las legiones sobre sí todo el peso de la batalla, y oponiéndose a la fiereza con que cargaba el enemigo, volvieron a poner en balanza el estado de la batalla. Entre tanto llegó a Cerial un Bátavo fugitivo, y le dijo: que si le daba la gente de a caballo, la pondría a las espaldas de los enemigos, con sólo hacer algún rodeo, buscando lo enjuto donde no hubiese llegado el agua: porque todo el terreno de aquel puesto estaba tan seco y tan firme, cuanto poco cuidadosos los Gubernos que le guardaban. Enviáronse con el fugitivo dos bandas de caballos, los cuales comenzaron luego a cargar por todas partes al enemigo incauto. Y conociendo las legiones el buen efecto que se hacía en la retaguardia, por las grandes voces y arma viva que allí se tocaba, cargaron valerosamente por la frente, y roto el enemigo, comenzó a huir la vuelta del Rhin, con que se acabara del todo aquel día la guerra, si la armada Romana siguiera con resolución. Ni la caballería apretó tampoco, ofendida de una repentina lluvia, y acercándose la noche.

El día siguiente se le envió a Galo Anio a la provincia superior la legión catorce, entrando en su lugar en el campo de Cerial la décima, que acababa de llegar de Hispania. Y aunque le llegó también a Civil grueso socorro de los Caucios, con todo eso no se atrevió a defender las ciudades Báticas, situadas de esta parte del Rhin. Antes sacando de unas lo que le podía ser de provecho, y abrasando a otras, se pasó a la isla sabiendo que faltaban barcas para hacer puentes, y que sin ellas, no se aventuraría a pasar el ejército Romano. Y deseando asegurarse más, rompiendo el dique fabricado por Druso Germánico, y con esto el impedimento que estorbaba la entrada al Rhin, le derramó por las campañas Gálicas, hacia donde naturalmente se inclina. Y con esto, como si se hubiera dado al río diferente curso, hizo que aquel pequeño canal que quedaba entre la isla y los Germanos, tomase forma y apariencia de tierra continente.

Pasaron también el Rhin Tutor y Clásico con ciento y trece Senadores Treveros, entre los cuales iba también Alpino Montano, aquel que dijimos arriba haber enviado Primo Antonio a las Galias. Acompañábale Decio Alpino, su hermano, y con estos juntos todos los demás; moviendo unas veces a misericordia, y otras ofreciendo presentes, procuraban ir juntando socorros entre aquellas naciones deseosas de peligros. Quedóle con todo eso a Civil tanto aparejo para hacer la guerra, que pudo acometer a un mismo tiempo cuatro presidios de cohortes, y caballería auxiliaria, y algunas legiones que estaban repartidos en cuatro pequeñas villas: es a saber, la décima legión en Arenaco, la segunda en Batavoduro, y las cohortes y caballería auxiliaria en Grinen y en Vaden: y dividió su gente de manera, que él y Verace, hijo de su hermana, Tutor y Clásico, llevase cada uno su tropa separada: y esto no porque tuviese esperanza de salir con todo, sino imaginando que, tentadas muchas empresas, sería posible sucederle bien alguna: siéndolo también el prender a Cerial, mientras él, sobre ser poco recatado, anduviese de unas partes a otras, dudando a la que había de acudir primero, llevado de la variedad de los avisos.

Los que tomaron a su cargo el asaltar el alojamiento de la legión décima, pareciéndoles temeridad emprender por combate a toda una legión, y contentándose con acometer a la gente que había salido a cortar madera, y a buscar las demás cosas necesarias para fortificarse, degollaron algunos soldados, y entre ellos al Prefecto del campo de la legión, y a cinco Centuriones, retirándose los demás dentro de los reparos. La segunda tropa entre tanto hacía gran fuerza por romper el puente que se fabricaba en Batavoduro, hasta que la noche despartió la batalla sin ventaja. Mayor fue el peligro que pasaron los que estaban en Grinen y en Vaden: a ésta combatía Civil, y Clásico a Grinen: ni podían resistir mas los auxiliares, muertos ya los más fuertes y valerosos, y entre ellos Brigántico, Capitán de una banda de caballos, aquel que dijimos que era fiel a los Romanos, y gran enemigo de Civil, su tío. Mas acudiendo al socorro Cerial con la caballería escogida, se mudó del todo la fortuna. Porque espantados los Germanos, acuden precipitadamente al río. Civil, que procuraba hacer volver el rostro a los suyos, conocido y ofendido por esto de los tiros de todos, dejando el caballo, se salvó a nado.

No tuvieron mejor retirada los Germanos. A Tutor y Clásico salvaron algunas barquillas que tenían de respeto en nuestra ribera. Faltó también a su deber en esta ocasión la armada, puesto que tuvo orden de arrimarse: mas impidióselo el miedo, y el estar mucha parte de la chusma ocupada en otros servicios militares. Pero a la verdad, Cerial dejaba poco tiempo entre el dar y el ejecutar las órdenes; siendo hombre de consejos arrebatados, aunque de sucesos venturosísimos: y de tal estrella, que de donde se le acababa la industria del ingenio, comenzaba el favor de la fortuna. Resultando de aquí, que ni él ni su ejército tenían la observancia debida a la disciplina militar. Pocos días después aunque evitó el peligro de quedar en prisión, no pudo evitar el daño de la infamia: porque habiendo ido a Novesio y a Bona a ver los alojamientos que se hacían para invernar las legiones, antojándosele volver por el río, bajaba la gente de guerra con gran desorden, y poquísimos cuidados en guardias y centinelas. Avisados de esto los Germanos, resolvieron el poner asechanzas, escogiendo una noche oscura y nublosa: y dejándose caer la corriente abajo, sin hallar quien se lo impidiese, entran dentro de la palizada. Para la primer matanza se ayudaron de la astucia; porque cortando las cuerdas de las tiendas, los hacían pedazos después, envueltos en sus mismos pabellones.

Otra tropa de enemigos acometió la armada, aferrando los bajeles, echándoles garfios, y procurando arrimarlos a su ribera. Y así como al principio se valieron del silencio para engañar, así después para aumentar el temor, lo hundían todo a gritos y vocería. Despiertos pues los Romanos con las heridas, buscan sus armas, corren con gran furia por las calles de los cuarteles, los menos armados a la soldadesca, y los más con las vestiduras revueltas al brazo, y las espadas desnudas. Cerial medio dormido y casi desnudo, se escapó por yerro de los enemigos. Porque pensando ellos que estaba en la Capitana, conocida por el estandarte, la embisten y toman. Mas él había pasado la noche en otra parte, a lo que se dijo, durmiendo con Claudia Sacrata, doncella Ubia. Las guardias y centinelas excusaban su descuido con la infamia del Capitán, dando a entender que tenían orden de guardar silencio, por no inquietarle: y que dejando de hacer las diligencias acostumbradas a los que velan, se habían dejado también ellos vencer del sueño. Retirados los enemigos, que era ya gran día, con todos los bajeles que habían tomado, metiendo la galera Capitana por el río Lipa, hicieron de ella un presente a Velede.

Vínole con esto deseo a Civil de hacer ostentación con su armada, como de una victoria naval. Hinchó pues de gente de guerra todos los bajeles que tenía de una y de dos órdenes de remos. Añadió a éstos una gran cantidad de otras suertes de barcas, adornadas con los arreos de treinta o cuarenta Libúrnicas: valiéndose también de los bajeles que habían ganado a nuestra gente, y sirviéndose, en lugar de velas, de las casacas de armas de varios colores habidas del despojo, no sin honrosa y aparente muestra para la cual escogió aquel espacio como de mar donde el Rhin arroja en el Océano las aguas del río Mosa. La causa que movió a Civil a formar esta armada, además de la natural vanidad de aquella gente, fue por impedir con su comodidad de vituallas que de las Galias les venían por mar a los nuestros. Cerial, más por la admiración que por el miedo que le causó

aquella junta de bajeles, puso en orden su armada, desigual de número, aunque más fuerte por la experiencia de la chusma, por el arte de los pilotos, y por el porte de los navíos. Iba Cerial llevado de la corriente; Civil navegaba con el viento favorable: y así, pasando unos por cerca de otros, se separan con el daño de tirarse algunos dardos y otros tiros arrojados; y sin atreverse Civil a tentar otra cosa, se retiró de allá del Rhin.

Cerial después de haber saqueado y destruido la isla de los Bátavos, dejaba enteros los lugares y heredades de Civil con artificio muy usado entre Generales de ejércitos, cuando, por estar ya muy adelante el Otoño, creció de suerte el río con las grandes lluvias, que derramándose por todas partes, inundó toda aquella isla baja y pantanosa, dejándola como si fuera una gran laguna. Estaba ausente de allí la armada; faltaban bastimentos, y los cuarteles asentados en lo llano, eran llevados de unas partes a otras por la violencia del río. Alabábase después Civil de que pudiera acabar entonces con las legiones; confesando, que aunque lo quisieron intentar los Germanos, los había él divertido engañosamente de aquella determinación. Y no deja de tener apariencia de verdad, visto que pocos días después se siguió su rendimiento. Porque Cerial con secretos mensajeros había ofrecido la paz a los Bátavos, y a Civil el perdón: amonestando a Veleda y a sus parientes: «que era ya tiempo de trocar la fortuna de la guerra, a quien habían tenido por contraria en tantas batallas, haciendo voluntariamente algún servicio al pueblo Romano: que los Treveros habían sido muertos, los Ubios vueltos a conquistar, los Bátavos echados de su patria, sin haber unos y otros granjeado otra cosa con la amistad de Civil, que heridas, destierros, llantos y lutos: que siendo aquel un bandido y fugitivo, no podía dejar de ser cargoso a quien le amparase y recogiese: que habían pecado harto en atreverse a pasar tantas veces el Rhin. Mas que si de allí adelante maquinasen otras inquietudes, quedaría de parte de ellos la culpa y el agravio, y de la suya de él, los dioses y la venganza.»

Mezclábanse promesas con amenazas, donde comenzando ya a vacilar la fe de los Transrenanos, pasaban también razonamientos entre los Bátavos diciendo: «que no les estaba bien aguardar voluntariamente su destrucción y ruina, no siendo posible a una nación sola curar a todas las del mundo del mal de las servidumbres. ¿Qué provecho se les había seguido por la muerte, destrozo y quema de las legiones, sino llamar contra sí otras en mayor número y más fuertes y poderosas? Que si la guerra se había comenzado por favorecer a Vespasiano, ya Vespasiano poseía el Imperio: mas si tenían presunción de provocar las armas Romanas, que echasen de ver cuán poca parte del genero humano era la nación de los Bátavos: que pusiesen los ojos en los Retos y en los Nóricos, y considerasen las imposiciones y gravezas de los demás confederados, y echarían de ver que no se les imponían a ellos tributos, sino una noble contribución de valor y de varones, que era el estado más cercano a 1a libertad. Y dado (decían ellos) que esté en nuestra mano el escoger Señores, ¿quién duda de que nos será más honesto y más sufrible tener por tales a los Príncipes de Roma, que no a las mujeres de Germania?»

Discurría estas cosas el vulgo; mas los nobles y gente granada decían: «que por una rabia cruel y desesperada de Civil habían sido compelidos a tomar las armas, y que para defender sus males domésticos, había hecho escudo, y abroqueládose con la total ruina de toda su nación: que entonces se habían acabado de enojar los dioses contra los Bátavos, cuando se sitiaban las legiones y se mataban los Legados, y cuando se comenzó una guerra necesaria a uno solo, y mortal a todos ellos: que ya se había llegado a lo último, si volviendo a cobrar el seso no testificaban su arrepentimiento con dar la muerte a quien era la causa de tanto daño. Conocida por Civil esta inclinación, determinó de prevenirlos, cansado por otra parte de los trabajos que habla sufrido, y llevado del común deseo de vivir: afecto que muchas veces quebranta y debilita los ánimos más grandes. Y así, habiendo pedido parlamento, cortado el puente del río Vaal y llegando ambos Generales a las cortaduras, Civil comenzó así:

«Si yo tratase de defenderme ante un Legado de Vitelio, confieso y conozco que ni mis culpas merecieran perdón, ni fe mis palabras. Todas las cosas eran entre nosotros contrarias y enemigas: y las causas de enemistad entre los dos, aunque comenzadas por él, no niego que fueron acrecentadas por mí. A Vespasiano he tenido siempre en gran estima y veneración, y cuando él era hombre

particular, tuve dicha de que nos llamásemos amigos. Esto sabe muy bien Primo Antonio, por cuyas cartas fui llamado a la guerra, para que las legiones del ejército Germánico ni la juventud de las Galias no pasasen los Alpes. Las armas que movían Antonio ausente, y Flaco en presencia nuestra, Muciano en Siria, y Flaviano en Panonia esas mismas moví yo en Germania.»

TEXTO LATINO

Tomado de:

<http://www.thelatinlibrary.com/tac.html>

P. CORNELI TACITI HISTORIARVM LIBER PRIMVS

[1] Initium mihi operis Servius Galba iterum Titus Vinius consules erunt. nam post conditam urbem octingentos et viginti prioris aevi annos multi auctores rettulerunt, dum res populi Romani memorabantur pari eloquentia ac libertate: postquam bellatum apud Actium atque omnem potentiam ad unum conferri pacis interfuit, magna illa ingenia cessere; simul veritas pluribus modis infracta, primum inscitia rei publicae ut alienae, mox libidine adsentandi aut rursus odio adversus dominantis: ita neutris cura posteritatis inter infensos vel obnoxios. sed ambitionem scriptoris facile averseris, obtrectatio et livor pronis auribus accipiuntur; quippe adulationi foedum crimen servitutis, malignitati falsa species libertatis inest. mihi Galba Otho Vitellius nec beneficio nec iniuria cogniti. dignitatem nostram a Vespasiano inchoatam, a Tito auctam, a Domitiano longius provectam non abnuerim: sed incorruptam fidem professis neque amore quisquam et sine odio dicendus est. quod si vita suppeditet, principatum divi Nervae et imperium Traiani, uberiolem securiolemque materiam, senectuti seposui, rara temporum felicitate ubi sentire quae velis et quae sentias dicere licet.

[2] Opus adgredior opimum casibus, atrox proeliis, discors seditionibus, ipsa etiam pace saevum. quattuor principes ferro interempti: trina bella civilia, plura externa ac plerumque permixta: prosperae in Oriente, adversae in Occidente res: turbatum Illyricum, Galliae nutantes, perdomita Britannia et statim ommissa: coortae in nos Sarmatarum ac Sueborum gentes, nobilitatus cladibus mutuis Dacus, mota prope etiam Parthorum arma falsi Neronis ludibrio. iam vero Italia novis cladibus vel post longam saeculorum seriem repetitis adflicta. haustae aut obrutae urbes, fecundissima Campaniae ora; et urbs incendiis vastata, consumptis, antiquissimis delubris, ipso Capitolio civium manibus incenso. pollutae caerimoniae, magna adulteria: plenum exiliimare, infecti caedibus scopuli. atrocius in urbe saevitum: nobilitas, opes, omissi gestique honores pro crimine et ob virtutes certissimum exitium. nec minus praemia delatorum invisa quam scelera, cum alii sacerdotia et consulatus ut spolia adepti, procurationes alii et interiorem potentiam, agerent verterent cuncta odio et terrore. corrupti in dominos servi, in patronos liberti; et quibus deerat inimicus per amicos oppressi.

[3] Non tamen adeo virtutum sterile saeculum ut non et bona exempla prodiderit. comitatae profugos liberos matres, secutae maritos in exilia coniuges: propinqui audentes, constantes generi, contumax etiam adversus tormenta servorum fides; supremae clarorum virorum necessitates fortiter toleratae et laudatis antiquorum mortibus pares exitus. praeter multiplicis rerum humanarum casus caelo terraque prodigia et fulminum monitus et futurorum praesagia, laeta tristia, ambigua manifesta; nec enim umquam atrocioribus populi Romani cladibus magisve iustis indiciis adprobatum est non esse curae deis securitatem nostram, esse ultionem.

[4] Ceterum antequam destinata componam, repetendum videtur qualis status urbis, quae mens exercituum, quis habitus provinciarum, quid in toto terrarum orbe validum, quid aegrum fuerit, ut non modo casus eventusque rerum, qui plerumque fortuiti sunt, sed ratio etiam causaeque noscantur. finis Neronis ut laetus primo gaudentium impetu fuerat, ita varios motus animorum non modo in urbe apud patres aut populum aut urbanum militem, sed omnis legiones ducesque

conciverat, evulgato imperii arcano posse principem alibi quam Romae fieri. sed patres laeti, usurpata statim libertate licentius ut erga principem novum et absentem; primores equitum proximi gaudio patrum; pars populi integra et magnis domibus adnexa, clientes libertique damnatorum et exulum in spem erecti: plebs sordida et circo ac theatri sueta, simul deterrimi servorum, aut qui adesis bonis per dedecus Neronis alebantur, maesti et rumorum avidi.

[5] Miles urbanus longo Caesarum sacramento imbutus et ad destituendum Neronem arte magis et impulsu quam suo ingenio traductus, postquam neque dari donativum sub nomine Galbae promissum neque magnis meritis ac praemiis eundem in pace quem in bello locum praeventamque gratiam intellegit apud principem a legionibus factum, pronus ad novas res scelere insuper Nymphidii Sabini praefecti imperium sibi molientis agitur. et Nymphidius quidem in ipso conatu oppressus, set quamvis capite defectionis ablato manebat plerisque militum conscientia, nec deerant sermones senium atque avaritiam Galbae increpantium. laudata olim et militari fama celebrata severitas eius angebat aspernantis veterem disciplinam atque ita quattuordecim annis a Nerone adsuefactos ut haud minus vitia principum amarent quam olim virtutes verebantur. accessit Galbae vox pro re publica honesta, ipsi anceps, legi a se militem, non emi; nec enim ad hanc formam cetera erant.

[6] Invalidum senem Titus Vinius et Cornelius Laco, alter deterrimus mortalium, alter ignavissimus, odio flagitiorum oneratum contemptu inertiae destruebant. tardum Galbae iter et cruentum, interfectis Cingonio Varrone consule designato et Petronio Turpiliano consulari: ille ut Nymphidii socius, hic ut dux Neronis, inauditi atque indefensi tamquam innocentes perierant. introitus in urbem trucidatis tot milibus inermium militum infaustus omine atque ipsis etiam qui occiderant formidolosus. inducta legione Hispana, remanente ea quam e classe Nero conscripserat, plena urbs exercitu insolito; multi ad hoc numeri e Germania ac Britannia et Illyrico, quos idem Nero electos praemissosque ad claustra Caspiarum et bellum, quod in Albanos parabat, opprimendis Vindicis coeptis revocaverat: ingens novis rebus materia, ut non in unum aliquem prono favore ita audenti parata.

[7] Forte congruerat ut Clodii Macri et Fonteii Capitonis caedes nuntiarentur. Macrum in Africa haud dubie turbantem Trebonius Garutianus procurator iussu Galbae, Capitonem in Germania, cum similia coeptaret, Cornelius Aquinus et Fabius Valens legati legionum interfecerant antequam iuberentur. fuere qui crederent Capitonem ut avaritia et libidine foedum ac maculosum ita cogitatione rerum novarum abstinuisse, sed a legatis bellum suadentibus, postquam impellere nequiverint, crimen ac dolum ultro compositum, et Galbam mobilitate ingenii, an ne altius scrutaretur, quoquo modo acta, quia mutari non poterant, comprobasse. ceterum utraque caedes sinistre accepta, et invisio semel principi seu bene seu male facta parem invidiam adferebant. venalia cuncta, praepotentes liberti, servorum manus subitis avidae et tamquam apud senem festinantes, eademque novae aulae mala, aequae gravia, non aequae excusata. ipsa aetas Galbae inrisui ac fastidio erat adsuetis iuventae Neronis et imperatores forma ac decore corporis, ut est mos vulgi, comparantibus.

[8] Et hic quidem Romae, tamquam in tanta multitudine, habitus animorum fuit. e provinciis Hispaniae praeerat Cluvius Rufus, vir facundus et pacis artibus, bellis inexpertus. Galliae super memoriam Vindicis obligatae recenti dono Romanae civitatis et in posterum tributum levamento. proximae tamen Germanicis exercitibus Galliarum civitates non eodem honore habitae, quaedam etiam finibus adeptis pari dolore commoda aliena ac suas iniurias metiebantur. Germanici exercitus, quod periculosissimum in tantis viribus, solliciti et irati, superbia recentis victoriae et metu tamquam alias partis fovissent. tarde a Nerone desciverant, nec statim pro Galba Verginius. an imperare nolisset dubium: delatum ei a milite imperium conveniebat. Fonteium Capitonem

occisum etiam qui queri non poterant, tamen indignabantur. dux deerat abducto Verginio per simulationem amicitiae; quem non remitti atque etiam reum esse tamquam suum crimen accipiebant.

[9] Superior exercitus legatum Hordeonium Flaccum spernebat, senecta ac debilitate pedum invalidum, sine constantia, sine auctoritate: ne quieto quidem milite regimen; adeo furentes infirmitate retinentis ultro accendebantur. inferioris Germaniae legiones diutius sine consulari fuere, donec missu Galbae A. Vitellius aderat, censoris Vitellii ac ter consulis filius: id satis videbatur. in Britannico exercitu nihil irarum. non sane aliae legiones per omnis civilium bellorum motus innocentius egerunt, seu quia procul et Oceano divisae, seu crebris expeditionibus doctae hostem potius odisse. quies et Illyrico, quamquam excita a Nerone legiones, dum in Italia cunctantur, Verginium legationibus adissent: sed longis spatiis discreti exercitus, quod saluberrimum est ad continendam militarem fidem, nec vitiis nec viribus miscebantur.

[10] Oriens adhuc immotus. Syriam et quattuor legiones obtinebat Licinius Mucianus, vir secundis adversisque iuxta famosus. insignis amicitias iuvenis ambitiose coluerat; mox attritis opibus, lubrico statu, suspecta etiam Claudii iracundia, in secretum Asiae sepositus tam prope ab exule fuit quam postea a principe. luxuria industria, comitate adrogantia, malis bonisque artibus mixtus: nimiae voluptates, cum vacaret; quotiens expedierat, magnae virtutes: palam laudares, secreta male audiebant: sed apud subiectos, apud proximos, apud collegas variis inlecebris potens, et cui expeditius fuerit tradere imperium quam obtinere. bellum Iudaicum Flavius Vespasianus (ducem eum Nero delegerat) tribus legionibus administrabat. nec Vespasiano adversus Galbam votum aut animus: quippe Titum filium ad venerationem cultumque eius miserat, ut suo loco memorabimus. occulta fati et ostentis ac responsis destinatum Vespasiano liberisque eius imperium post fortunam credidimus.

[11] Aegyptum copiasque, quibus coereretur, iam inde a divo Augusto equites Romani obtinent loco regum: ita visum expedire, provinciam aditu difficilem, annonae fecundam, superstitione ac lascivia discordem et mobilem, insciam legum, ignaram magistratuum, domi retinere. regebat tum Tiberius Alexander, eiusdem nationis. Africa ac legiones in ea interfecto Clodio Macro contenta qualicumque principe post experimentum domini minoris. duae Mauretaniae, Raetia, Noricum, Thraecia et quae aliae procuratoribus cohibentur, ut cuique exercitui vicinae, ita in favorem aut odium contactu valentiorum agebantur. inermes provinciae atque ipsa in primis Italia, cuicumque servitio exposita, in pretium belli cessurae erant. hic fuit rerum Romanarum status, cum Servius Galba iterum Titus Vinius consules inchoavere annum sibi ultimum, rei publicae prope supremum.

[12] Paucis post kalendas Ianuarias diebus Pompei Propinqui procuratoris e Belgica litterae adferuntur, superioris Germaniae legiones rupta sacramenti reverentia imperatorem alium flagitare et senatui ac populo Romano arbitrium eligendi permittere quo seditio mollius acciperetur. maturavit ea res consilium Galbae iam pridem de adoptione secum et cum proximis agitantis. non sane crebrior tota civitate sermo per illos mensis fuerat, primum licentia ac libidine talia loquendi, dein fessa iam aetate Galbae. paucis iudicium aut rei publicae amor: multi stulta spe, prout quis amicus vel cliens, hunc vel illum ambitiosis rumoribus destinabant, etiam in Titi Vini odium, qui in dies quanto potentior eodem actu invisior erat. quippe hiantis in magna fortuna amicorum cupiditates ipsa Galbae facilitas intendebat, cum apud infirmum et credulum minore metu et maiore praemio peccaretur.

[13] Potentia principatus divisa in Titum Vinium consulem Cornelium Laconem praetorii praefectum; nec minor gratia Icelo Galbae liberti, quem anulis donatum equestri nomine

Marcianum vocitabant. hi discordes et rebus minoribus sibi quisque tendentes, circa consilium eligendi successoris in duas factiones scindebantur. Vinus pro M. Othone, Laco atque Icelus consensu non tam unum aliquem fovebant quam alium. neque erat Galbae ignota Othonis ac Titi Vinii amicitia; et rumoribus nihil silentio transmittentium, quia Vinio vidua filia, caelebs Otho, gener ac socer destinabantur. credo et rei publicae curam subisse, frustra a Nerone translatae si apud Othonem relinqueretur. namque Otho pueritiam incuriose, adolescentiam petulanter egerat, gratus Neroni aemulatione luxus. eoque Poppaeam Sabinam, principale scortum, ut apud conscium libidinum deposuerat, donec Octaviam uxorem amoliretur. mox suspectum in eadem Poppaea in provinciam Lusitaniam specie legationis seposuit. Otho comiter administrata provincia primus in partis transgressus nec segnis et, donec bellum fuit, inter praesentis splendidissimus, spem adoptionis statim conceptam acrius in dies rapiebat, faventibus plerisque militum, prona in eum aula Neronis ut similem.

[14] Sed Galba post nuntios Germanicae seditionis, quamquam nihil adhuc de Vitellio certum, anxius quonam exercituum vis erumperet, ne urbano quidem militi confisus, quod remedium unicum rebatur, comitia imperii transigit; adhibitoque super Vinium ac Laconem Mario Celso consule designato ac Ducenio Gemino praefecto urbis, pauca praefatus de sua senectute, Pisonem Licinianum accersiri iubet, seu propria electione sive, ut quidam crediderunt, Lacone instante, cui apud Rubellium Plautum exercita cum Pisone amicitia; sed callide ut ignotum fovebat, et prospera de Pisone fama consilio eius fidem addiderat. Piso M. Crasso et Scribonia genitus, nobilis utrimque, vultu habituque moris antiqui et aestimatione recta severus, deterius interpretantibus tristior habebatur: ea pars morum eius quo suspectior sollicitis adoptanti placebat.

[15] Igitur Galba, adprehensa Pisonis manu, in hunc modum locutus fertur: "si te privatus lege curiata apud pontifices, ut moris est, adoptarem, et mihi egregium erat Cn. Pompei et M. Crassi subolem in penatis meos adsciscere, et tibi insigne Sulpiciae ac Lutatae decora nobilitati tuae adiecisse: nunc me deorum hominumque consensu ad imperium vocatum praeclara indoles tua et amor patriae impulit ut principatum, de quo maiores nostri armis certabant, bello adeptus quiescenti offeram, exemplo divi Augusti qui sororis filium Marcellum, dein generum Agrippam, mox nepotes sus, postremo Tiberium Neronem privignum in proximo sibi fastigio conlocavit. sed Augustus in domo successorem quaesivit, ego in re publica, non quia propinquos aut socios belli non habeam, sed neque ipse imperium ambitione accepi, et iudicii mei documentum sit non meae tantum necessitudines, quas tibi postposui, sed et tuae. est tibi frater pari nobilitate, natu maior, dignus hac fortuna nisi tu potior esses. ea aetas tua quae cupiditates adolescentiae iam effugerit, ea vita in qua nihil praeteritum excusandum habeas. fortunam adhuc tantum adversam tulisti: secundae res acrioribus stimulis animos explorant, quia miseriae tolerantur, felicitate corrumpimur. fidem, libertatem, amicitiam, praecipua humani animi bona, tu quidem eadem constantia retinebis, sed alii per obsequium imminuent: inrumpet adulatio, blanditiae [et] pessimum veri adfectus venenum, sua cuique utilitas. etiam [si] ego ac tu simplicissime inter nos hodie loquimur, ceteri libentius cum fortuna nostra quam nobiscum; nam suadere principi quod oporteat multi laboris, adsentatio erga quemcumque principem sine adfectu peragitur."

[16] "Si immensum imperii corpus stare ac librari sine rectore posset, dignus eram a quo res publica inciperet: nunc eo necessitatis iam pridem ventum est ut nec mea senectus conferre plus populo Romano possit quam bonum successorem, nec tua plus iuventa quam bonum principem. sub Tiberio et Gaio et Claudio unius familiae quasi hereditas fuimus: loco libertatis erit quod eligi coepimus; et finita Iuliorum Claudiorumque domo optimum quemque adoptio inveniet. nam generari et nasci a principibus fortuitum, nec ultra aestimatur: adoptandi iudicium integrum et, si velis eligere, consensu monstratur. sit ante oculos Nero quem longa Caesarum serie tumentem non Vindex cum inermi provincia aut ego cum una legione, sed sua immanitas, sua luxuria cervicibus

publicis depulerunt; neque erat adhuc damnati principis exemplum. nos bello et ab aestimantibus adsciti cum invidia quamvis egregii erimus. ne tamen territus fueris si duae legiones in hoc concussi orbis motu nondum quiescunt: ne ipse quidem ad securas res accessi, et audita adoptione desinam videri senex, quod nunc mihi unum obicitur. Nero a pessimo quoque semper desiderabitur: mihi ac tibi providendum est ne etiam a bonis desideretur. monere diutius neque temporis huius, et impletum est omne consilium si te bene elegi. utilissimus idem ac brevissimus bonarum malarumque rerum dilectus est, cogitare quid aut volueris sub alio principe aut nolueris; neque enim hic, ut gentibus quae regnantur, certa dominorum domus et ceteri servi, sed imperaturus es hominibus qui, nec totam servitutem pati possunt nec totam libertatem." et Galba quidem haec ac talia, tamquam principem faceret, ceteri tamquam cum facto loquebantur.

[17] Pisonem ferunt statim intuentibus et mox coniectis in eum omnium oculis nullum turbati aut exultantis animi motum prodidisse. sermo erga patrem imperatoremque reverens, de se moderatus; nihil in vultu habituque mutatum, quasi imperare posset magis quam vellet. consultatum inde, pro rostris an in senatu an in castris adoptio nuncuparetur. iri in castra placuit: honorificum id militibus fore, quorum favorem ut largitione et ambitu male adquiri, ita per bonas artis haud spernendum. circumsteterat interim Palatium publica expectatio, magni secreti impatiens; et male coercitam famam suppressentes augebant.

[18] Quartum idus Ianuarias, foedum imbribus diem, tonitrua et fulgura et caelestes minae ultra solitum turbaverunt. observatum id antiquitus comitiis dirimendis non terruit Galbam quo minus in castra pergeret, contemptorem talium ut fortuitarum; seu quae fato manent, quamvis significata, non vitantur. apud frequentem militum contionem imperatoria brevitate adoptari a se Pisonem exemplo divi Augusti et more militari, quo vir virum legeret, pronuntiat. ac ne dissimulata seditio in maius crederetur, ultro adseverat quartam et duoetvicensimam legiones, paucis seditiois auctoribus, non ultra verba ac voces errasse et brevi in officio fore. nec ullum orationi aut lenocinium addit aut pretium. tribuni tamen centurionesque et proximi militum grata auditu respondent: per ceteros maestitia ac silentium, tamquam usurpatam etiam in pace donativi necessitatem bello perdidissent. constat potuisse conciliari animos quantulacumque parci senis liberalitate: nocuit antiquus rigor et nimia severitas, cui iam pares non sumus.

[19] Inde apud senatum non comptior Galbae, non longior quam apud militem sermo: Pisonis comis oratio. et patrum favor aderat: multi voluntate, effusius qui noluerant, mediis ac plurimi obvio obsequio, privatas spes agitantes sine publica cura. nec aliud sequenti quadriduo, quod medium inter adoptionem et caedem fuit, dictum a Pisone in publico factumve. crebrioribus in dies Germanicae defectionis nuntiis et facili civitate ad accipienda credendaque omnia nova cum tristia sunt, censuerant patres mittendos ad Germanicum exercitum legatos. agitatum secreto num et Piso proficisceretur, maiore praetextu, illi auctoritatem senatus, hic dignationem Caesaris laturus. placebat et Laconem praetorii praefectum simul mitti: is consilio intercessit. legati quoque (nam senatus electionem Galbae permiserat) foeda inconstantia nominati, excusati, substituti, ambitu remanendi aut eundi, ut quemque metus vel spes impulerat.

[20] Proxima pecuniae cura; et cuncta scrutantibus iustissimum visum est inde repeti ubi inopiae causa erat. bis et viciens miliens sesteritum donationibus Nero effuderat: appellari singulos iussit, decima parte liberalitatis apud quemque eorum relictam. at illis vix decimae super portiones erant, isdem erga aliena sumptibus quibus sua prodegerant, cum rapacissimo cuique ac perditissimo non agri aut faenus sed sola instrumenta vitiorum manerent. exactioni triginta equites Romani praepositi, novum officii genus et ambitu ac numero onerosum: ubique hasta et sector, et inquieta urbs actionibus. ac tamen grande gaudium quod tam pauperes forent quibus donasset Nero quam quibus abstulisset. exauctorati per eos dies tribuni, e praetorio Antonius Taurus et Antonius Naso, ex

urbanis cohortibus Aemilius Pacensis, e vigilibus Iulius Fronto. nec remedium in ceteros fuit, sed metus initium, tamquam per artem et formidine singuli pellerentur, omnibus suspectis.

[21] Interea Othonem, cui compositis rebus nulla spes, omne in turbido consilium, multa simul extimulabant, luxuria etiam principi onerosa, inopia vix privato toleranda, in Galbam ira, in Pisonem invidia; fingebat et metum quo magis concupisceret: praegravem se Neroni fuisse, nec Lusitaniam rursus et alterius exilii honorem expectandum. suspectum semper invisumque dominanus qui proximus destinaretur. nocuisse id sibi apud senem principem, magis nociturum apud iuvenem ingenio trucem et longo exilio efferatum: occidi Othonem posse. proinde agendum audendumque, dum Galbae auctoritas fluxa, Pisonis nondum coaluisset. opportunos magnis conatibus transitus rerum, nec cunctatione opus, ubi perniciosior sit quies quam temeritas. mortem omnibus ex natura aequalem oblivione apud posteros vel gloria distingui; ac si nocentem innocentemque idem exitus maneat, acrioris viri esse merito perire.

[22] Non erat Othonis mollis et corpori similis animus. et intimi libertorum servorumque, corruptius quam in privata domo habiti, aulam Neronis et luxus, adulteria, matrimonia ceterasque regnorum libidines avido talium, si auderet, ut sua ostentantes, quiescenti ut aliena exprobrabant, urgentibus etiam mathematicis, dum novos motus et clarum Othoni annum observatione siderum adfirmant, genus hominum potentibus infidum, sperantibus fallax, quod in civitate nostra et vetabitur semper et retinebitur. multos secreta Poppaeae mathematicos pessimum principalis matrimonii instrumentum, habuerant: e quibus Ptolemaeus Othoni in Hispania comes, cum superfuturum eum Neroni promisisset, postquam ex eventu fides, coniectura iam et rumore senium Galbae et iuventam Othonis computantium persuaserat fore ut in imperium adscisceretur. sed Otho tamquam peritia et monitu fatorum praedicta accipiebat, cupidine ingenii humani libentius obscura credendi. nec deerat Ptolemaeus, iam et sceleris instinator, ad quod facillime ab eius modi voto transitur.

[23] Sed sceleris cogitatio incertum an repens: studia militum iam pridem spe successionis aut paratu facinoris adfectaverat, in itinere, in agmine, in stationibus vetustissimum quemque militum nomine vocans ac memoria Neroniani comitatus contubernalis appellando; alios agnoscere, quosdam requirere et pecunia aut gratia iuvare, inserendo saepius querelas et ambiguos de Galba sermones quaeque alia turbamenta vulgi. labores itinerum, inopia commeatuum, duritia imperii atrocius accipiebantur, cum Campaniae lacus et Aethiopiae urbes classibus adire soliti Pyrenaeum et Alpes et immensa viarum spatia aegre sub armis eniterentur.

[24] Flagrantibus iam militum animis velut faces addiderat Maevius Pudens, e proximis Tigellini. is mobilissimum quemque ingenio aut pecuniae indigum et in novas cupiditates praecipitem adliciendo eo paulatim progressus est ut per speciem convivii, quotiens Galba apud Othonem epularetur, cohorti excubias agenti viritim centenos nummos divideret; quam velut publicam largitionem Otho secretioribus apud singulos praemiis intendebat, adeo animosus corruptor ut Cocceio Proculo speculatori, de parte finium cum vicino ambigenti, universum vicini agrum sua pecunia emptum dono dederit, per socordiam praefecti, quem nota pariter et occulta fallebant.

[25] Sed tum e libertis Onomastum futuro sceleri praefecit, a quo Barbium Proculum tesserarium speculatorum et Veturium optionem eorundem perductos, postquam vario sermone callidos audacisque cognovit, pretio et promissis onerat, data pecunia ad pertemptandos plurium animos. susceperunt duo manipulares imperium populi Romani transferendum et transtulerunt. in conscientiam facinoris pauci adsciti: suspensos ceterorum animos diversis artibus stimulant, primores militum per beneficia Nymphidii ut suspectos, vulgus et ceteros ira et desperatione dilati

totiens donativi. erant quos memoria Neronis ac desiderium prioris licentiae accenderet: in commune omnes metu mutandae militiae terrebantur.

[26] Infecit ea tabes legionum quoque et auxiliorum motas iam mentis, postquam vulgatum erat labare Germanici exercitus fidem. adeoque parata apud malos seditio, etiam apud integros dissimulatio fuit, ut postero iduum die redeuntem a cena Othonem rapturi fuerint, ni incerta noctis et tota urbe sparsa militum castra nec facilem inter temulentos consensum timuissent, non rei publicae cura, quam foedare principis sui sanguine sobrii parabant, sed ne per tenebras, ut quisque Pannonici vel Germanici exercitus militibus oblatus esset, ignorantibus plerisque, pro Othone destinaretur. multa erumpentis seditionis indicia per conscios oppressa: quaedam apud Galbae auris praefectus Laco elusit, ignarus militarium animorum consillique quamvis egregii, quod non ipse adferret, inimicus et adversus peritos pervicax.

[27] Octavo decimo kalendas Februarias sacrificanti pro aede Apollinis Galbae haruspex Vmbricius tristia exta et instantis insidias ac domesticum hostem praedicit, audiente Othone (nam proximus adstiterat) idque ut laetum e contrario et suis cogitationibus prosperum interpretante. nec multo post libertus Onomastus nuntiat expectari eum ab architecto et redemptoribus, quae significatio coeuntium iam militum et paratae coniurationis convenerat. Otho, causam digressus requirentibus, cum emi sibi praedia vetustate suspecta eoque prius exploranda finxisset, innixus liberto per Tiberianam domum in Velabrum, inde ad miliarium aureum sub aedem Saturni perguit. ibi tres et viginti speculatores consalutatatum imperatorem ac paucitate salutantium trepidum et sellae festinanter impositum strictis mucronibus rapiunt; totidem ferme milites in itinere adgregantur, alii conscientia, plerique miraculo, pars clamore et gladiis, pars silentio, animum ex eventu sumpturi.

[28] Stationem in castris agebat Iulius Martialis tribunus. is magnitudine subiti sceleris, an corrupta latius castra et, si contra tenderet, exitium metuens, praebuit plerisque suspicionem conscientiae; anteposuerunt ceteri quoque tribuni centurionesque praesentia dubiis et honestis, isque habitus animorum fuit ut pessimum facinus auderent pauci, plures vellent, omnes paterentur.

[29] Ignarus interim Galba et sacris intentus fatigabat alieni iam imperii deos, cum adfertur rumor rapti in castra incertum quem senatorem, mox Othonem esse qui raperetur, simul ex tota urbe, ut quisque obvius fuerat, alii formidine augentes, quidam minora vero, ne tum quidem obliti adulationis. igitur consultantibus placuit pertemptari animum cohortis, quae in Palatio stationem agebat, nec per ipsum Galbam, cuius integra auctoritas maioribus remediis servabatur. Piso pro gradibus domus vocatos in hunc modum adlocutus est: "sextus dies agitur, commilitones, ex quo ignarus futuri, et sive optandum hoc nomen sive timendum erat, Caesar adscitus sum. quo domus nostrae aut rei publicae fato in vestra manu positum est, non quia meo nomine tristiore casum paveam, ut qui adversas res expertus cum maxime discam ne secundas quidem minus discriminis habere: patris et senatus et ipsius imperii vicem doleo, si nobis aut perire hodie necesse est aut, quod aequae apud bonos miserum est, occidere. solacium proximi motus habebamus incruentam urbem et res sine discordia translatas: provisum adoptione videbatur ut ne post Galbam quidem bello locus esset."

[30] "Nihil adrogabo mihi nobilitatis aut modestiae; neque enim relatu virtutum in comparatione Othonis opus est. vitia, quibus solis gloriatur, evertere imperium, etiam cum amicum imperatoris ageret. habitune et incessu an illo muliebri ornatu mereretur imperium? falluntur quibus luxuria specie liberalitatis imponit: perdere iste sciet, donare nesciet. stupra nunc et comissiones et feminarum coetus volvit animo: haec principatus praemia putat, quorum libido ac voluptas penes ipsum sit, rubor ac dedecus penes omnis; nemo enim umquam imperium flagitio quaesitum bonis artibus exercuit. Galbam consensus generis humani, me Galba consentientibus vobis Caesarem

dixit. si res publica et senatus et populus vacua nomina sunt, vestra, commilitones, interest ne imperatorem pessimi faciant. legionum seditio adversus duces suos audita est aliquando: vestra fides famaue inlaesa ad hunc diem mansit. et Nero quoque vos destituit, non vos Neronem. minus triginta transfugae et desertores, quos centurionem aut tribunum sibi eligentis nemo ferret, imperium adsignabunt? admittitis exemplum et quiescendo commune crimen facitis? transcendet haec licentia in provincias, et ad nos scelerum exitus, bellorum ad vos pertinebunt. nec est plus quod pro caede principis quam quod innocentibus datur, sed proinde a nobis donativum ob fidem quam ab aliis pro facinore accipietis."

[31] Dilapsis speculatoribus cetera cohors non aspernata contionantem, ut turbidis rebus evenit, forte magis et nullo adhuc consilio rapit signa [quam], quod postea creditum est, insidiis et simulatione. missus et Celsus Marius ad electos Illyrici exercitus, Vipsania in porticu tendentis; praeceptum Amullio Sereno et Domitio Sabino primipilaribus, ut Germanicos milites e Libertatis atrio accerserent. legioni classicae diffidebatur, infestae ob caedem commilitonum, quos primo statim introitu trucidaverat Galba. pergunt etiam in castra praetorianorum tribuni Cetrius Severus, Subrius Dexter, Pompeius Longinus, si incipiens adhuc et necdum adulta seditio melioribus consiliis flecteretur. tribunorum Subrium et Cetrium adorti milites minis, Longinum manibus coercent exarmantque, quia non ordine militiae, sed e Galbae amicis, fidus principi suo et desciscentibus suspectior erat. legio classica nihil cunctata praetorianis adiungitur; Illyrici exercitus electi Celsum infestis pilis proturbant. Germanica vexilla diu nutavere, invalidis adhuc corporibus et placatis animis, quod eos a Nerone Alexandriam praemissos atque inde rursus longa navigatione aegros impensiore cura Galba refovebat.

[32] Vniversa iam plebs Palatium implebat, mixtis servitiis et dissono clamore caedem Othonis et coniuratorum exitium poscentium ut si in circo aut theatro ludicrum aliquod postularent: neque illis iudicium aut veritas, quippe eodem die diversa pari certamine postulaturis, sed tradito more quemcumque principem adulandi licentia adclamationum et studiis inanibus. Interim Galbam duae sententiae distinebat: Titus Vinium manendum intra domum, opponenda servitia, firmandos aditus, non eundem ad iratos censebat: daret malorum paenitentiae, daret bonorum consensui spatium: scelera impetu, bona consilia mora valescere, denique eundi ultro, si ratio sit, eandem mox facultatem, regressum, si paeniteat, inaliena potestate.

[33] Festinandum ceteris videbatur antequam cresceret invalida adhuc coniuratio paucorum: trepidaturum etiam Othonem, qui furtim digressus, ad ignaros inlatus, cunctatione nunc et segnitia terentium tempus imitari principem discat. non expectandum ut compositis castris forum invadat et prospectante Galba Capitolium adeat, dum egregius imperator cum fortibus amicis ianua ac limine tenus domum cludit, obsidionem nimirum toleraturus. et praeclarum in servis auxilium si consensus tantae multitudinis et, quae plurimum valet, prima indignatio elanguescat. proinde intuta quae indecora; vel si cadere necesse sit, occurrendum discrimini: id Othoni invidiosius et ipsis honestum. repugnantem huic sententiae Vinium Laco minaciter invasit, stimulante Icelo privati odii pertinacia in publicum exitium.

[34] Nec diutius Galba cunctatus speciosiora suadentibus accessit. praemissus tamen in castra Piso, ut iuvenis magno nomine, recenti favore et infensus Tito Vinio, seu quia erat seu quia irati ita volebant: et facilius de odio creditur. vixdum egresso Pisone occisum in castris Othonem vagus primum et incertus rumor: mox, ut in magnis mendaciis, interfuisse se quidam et vidisse adfirmabant, credula fama inter gaudentis et incuriosos. multi arbitrabantur compositum auctumque rumorem mixtis iam Othonianis, qui ad evocandum Galbam laeta falso vulgaverint.

[35] Tum vero non populus tantum et imperita plebs in plausus et immodica studia sed

equitum plerique ac senatorum, posito metu incauti, refractis Palatii foribus ruere intus ac se Galbae ostentare, praereptam sibi ultionem querentes, ignavissimus quisque et, ut res docuit, in periculo non ausurus, nimii verbis, linguae feroces; nemo scire et omnes adfirmare, donec inopia veri et consensu errantium victus sumpto thorace Galba inruenti turbae neque aetate neque corpore [re]sistens sella levaretur. obvius in Palatio Iulius Atticus speculator, cruentum gladium ostentans, occisum a se Othonem exclamavit; et Galba "commilito", inquit, "quis iussit?" insigni animo ad coercendam militarem licentiam, minantibus intrepidus, adversus blandientis incorruptus.

[36] Haud dubiae iam in castris omnium mentes tantusque ardor ut non contenti agmine et corporibus in suggestu, in quo paulo ante aurea Galbae statua fuerat, medium inter signa Othonem vexillis circumdarent. nec tribunis aut centurionibus adeundi locus: gregarius miles caveri insuper praepositos iubebat. strepere cuncta clamoribus et tumultu et exhortatione mutua, non tamquam in populo ac plebe, variis segni adulatione vocibus, sed ut quemque adfluentium militum aspexerant, prensare manibus, complecti armis, conlocare iuxta, praeire sacramentum, modo imperatorem militibus, modo milites imperatori commendare, nec deerat Otho protendens manus adorare vulgum, iacere oscula et omnia serviliter pro dominatione. postquam universa classicorum legio sacramentum eius accepit, fidens viribus, et quos adhuc singulos extimulaverat, accendendos in commune ratus pro vallo castorum ita coepit.

[37] "Quis ad vos processerim commilitones, dicere non possum, quia nec privatum me vocare sustineo princeps a vobis nominatus, nec principem alio imperante. vestrum quoque nomen in incerto erit donec dubitabitur imperatorem populi Romani in castris an hostem habeatis. auditisne ut poena mea et supplicium vestrum simul postulentur? adeo manifestum est neque perire nos neque salvos esse nisi una posse; et cuius lenitatis est Galba, iam fortasse promisit, ut qui nullo exposcente tot milia innocentissimorum militum trucidaverit. horror animum subit quotiens recordor feralem introitum et hanc solam Galbae victoriam, cum in oculis urbis decimari deditos iuberet, quos deprecantis in fidem acceperat. his auspiciis urbem ingressus, quam gloriam ad principatum attulit nisi occisi Obultronii Sabini et Cornelii Marcelli in Hispania, Betui Cilonis in Gallia, Fonteii Capitonis in Germania, Clodii Macri in Africa, Cingonii in via, Turpiliani in urbe, Nymphidii in castris? quae usquam provincia, quae castra sunt nisi cruenta et maculata aut, ut ipse praedicat, emendata et correcta? nam quae alii scelera, hic remedia vocat, dum falsis nominibus severitatem pro saevitia, parsimoniam pro avaritia, supplicia et contumelias vestras disciplinam appellat. septem a Neronis fine menses sunt, et iam plus rapuit Icelus quam quod Polycliti et Vatini et Aegiali perdidit. minore avaritia ac licentia grassatus esset T. Vinius si ipse imperasset: nunc et subiectos nos habuit tamquam suos et vilis ut alienos. una illa domus sufficit donativo quod vobis numquam datur et cotidie exprobratur."

[38] "Ac ne qua saltem in successore Galbae spes esset accersit ab exilio quem tristitia et avaritia sui simillimum iudicabat. vidistis, commilitones, notabili tempestate etiam deos infaustam adoptionem aversantis. idem senatus, idem populi Romani animus est: vestra virtus expectatur, apud quos omne honestis consiliis robur et sine quibus quamvis egregia invalida sunt. non ad bellum vos nec ad periculum voco: omnium militum arma nobiscum sunt. nec una cohors togata defendit nunc Galbam sed detinet: cum vos aspexerit, cum signum meum acceperit, hoc solum erit certamen, quis mihi plurimum imputet. nullus cunctationis locus est in eo consilio quod non potest laudari nisi peractum." aperire deinde armamentarium iussit. rapta statim arma, sine more et ordine militiae, ut praetorianus aut legionarius insignibus suis distingueretur: miscentur auxiliariis galeis scutisque, nullo tribunorum centurionumve adhortante, sibi quisque dux et instigator; et praecipuum pessimorum incitamentum quod boni maerebant.

[39] Iam exterritus Piso fremitu crebrescentis seditionis et vocibus in urbem usque

resonantibus, egressum interim Galbam et foro adpropinquantem adsecutus erat; iam Marius Celsus haud laeta rettulerat, cum alii in Palatium redire, alii Capitolium petere, plerique rostra occupanda censerent, plures tantum sententiis aliorum contra dicerent, utque evenit in consiliis infelicibus, optima viderentur quorum tempus effugerat. agitasse Laco ignaro Galba de occidendo Tito Vinio dicitur, sive ut poena eius animos militum mulceret, seu conscium Othonis credebat, ad postremum vel odio. haesitationem attulit tempus ac locus, quia initio caedis orto difficilis modus; et turbavere consilium trepidi nuntii ac proximorum diffugia, languentibus omnium studiis qui primo alacres fidem atque animum ostentaverant.

[40] Agebatur huc illuc Galba vario turbae fluctuantis impulsu, completis undique basilicis ac templis, lugubri prospectu. neque populi aut plebis ulla vox, sed attoniti vultus et conversae ad omnia aures; non tumultus, non quies, quale magni metus et magnae irae silentium est. Othoni tamen armari plebem nuntiabatur; ire praecipitis et occupare pericula iubet. igitur milites Romani, quasi Vologaesum aut Pacorum avito Arsacidarum solio depulsuri ac non imperatorem suum inermem et senem trucidare pergerent, disiecta plebe, proculcato senatu, truces armis, rapidi equis forum inrumpunt. nec illos Capitolii aspectus et imminentium templorum religio et priores et futuri principes terruere quo minus facerent scelus cuius ultor est quisquis successit.

[41] Viso comminus armatorum agmine vexillarius comitatae Galbam cohortis (Atilium Vergilionem fuisse tradunt) dereptam Galbae imaginem solo adflixit: eo signo manifesta in Othonem omnium militum studia, desertum fuga populi forum, dextra adversus dubitantis tela. iuxta Curtii lacum trepidatione ferentium Galba proiectus e sella ac provolutus est. extremam eius vocem, ut cuique odium aut admiratio fuit, varie prodidere. alii suppliciter interrogasse quid mali meruisset, paucos dies exolvendo donativo deprecatum: plures obtulise ultro percussoribus iugulum: agerent ac ferirent, si ita [e] re publica videretur. non interfuit occidentium quid diceret. de percussore non satis constat: quidam Terentium evocatum, alii Laecanium; crebrior fama tradidit Camurium quintae decimae legionis militem impresso gladio iugulum eius hausisse. ceteri crura brachiaque (nam pectus tegebatur) foede laniavere; pleraque vulnera feritate et saevitia trunco iam corpori adiecta.

[42] Titum inde Vinium invasere, de quo et ipso ambigitur consumpseritne vocem eius instans metus, an proclamaverit non esse ab Othone mandatum ut occideretur. quod seu finxit formidine seu conscientiam coniurationis confessus est, huc potius eius vita famaue inclinat, ut conscius sceleris fuerit cuius causa erat. ante aedem divi Iulii iacuit primo ictu in poplitem, mox ab Iulio Caro legionario milite in utrumque latus transverberatus.

[43] Insignem illa die virum Sempronium Densum aetas nostra vidit. centurio is praetoriae cohortis, a Galba custodiae Pisonis additus, stricto pugione occurrens armatis et scelus exprobrans ac modo manu modo voce vertendo in se percussores quamquam vulnerato Pisoni effugium dedit. Piso in aedem Vestae pervasit, exceptusque misericordia publici servi et contubernio eius abditus non religione nec caerimoniis sed latebra imminens exitium differebat, cum advenere missu Othonis nominatim in caedem eius ardentis Sulpicius Florus e Britannicis cohortibus, nuper a Galba civitate donatus, et Staius Murcus speculator, a quibus protractus Piso in foribus templi trucidatur.

[44] Nullam caedem Otho maiore laetitia excepisse, nullum caput tam insatiabilibus oculis perlustrasse dicitur, seu tum primum levata omni sollicitudine mens vacare gaudio coeperat, seu recordatio maiestatis in Galba, amicitiae in Tito Vinio quamvis immitem animum imagine tristi confuderat, Pisonis ut inimici et aemuli caede laetari ius fasque credebat. praefixa contis capita gestabantur inter signa cohortium iuxta aquilam legionis, certatim ostentantibus cruentas manus qui occiderant, qui interfuerant, qui vere qui falso ut pulchrum et memorabile facinus iactabant. plures

quam centum viginti libellos praemium exposcentium ob aliquam notabilem illa die operam Vitellius postea invenit, omnisque conquiri et interfici iussit, non honori Galbae, sed tradito principibus more munimentum ad praesens, in posterum ultionem.

[45] Alium crederes senatum, alium populum: ruere cuncti in castra, anteire proximos, certare cum praecurrentibus, increpare Galbam, laudare militum iudicium, exoculari Othonis manum; quantoque magis falsa erant quae fiebant, tanto plura facere. nec aspernabatur singulos Otho, avidum et minacem militum animum voce vultuque temperans. Marium Celsum, consulem designatum et Galbae usque in extremas res amicum fidumque, ad supplicium expostulabant, industriae eius innocentiaeque quasi malis artibus infensi. caedis et praedarum initium et optimo cuique perniciem quaeri apparebat, sed Othoni nondum auctoritas inerat ad prohibendum scelus: iubere iam poterat. ita simulatione irae vinciri iussum et maiores poenas daturum adfirmans praesenti exitio subtraxit.

[46] Omnia deinde arbitrio militum acta: praetorii praefectos sibi ipsi legere, Plotium Firmum e manipularibus quondam, tum vigilibus praepositum et incolumi adhuc Galbae partis Othonis secutum; adiungitur Licinius Proculus, intima familiaritate Othonis suspectus consilia eius fovisse. urbi Flavium Sabinum praefecere, iudicium Neronis secuti, sub quo eandem curam obtinuerat, plerisque Vespasianum fratrem in eo respicientibus. flagitatum ut vacationes praestari centurionibus solitae remitterentur; namque gregarius miles ut tributum annuum pendebat. quarta pars manipuli sparsa per commeatus aut in ipsis castris vaga, dum mercedem centurioni exolveret, neque modum oneris quisquam neque genus quaestus pensi habebat: per latrocinia et raptus aut servilibus ministeriis militare otium redimebant. tum locupletissimus quisque miles labore ac saevitia fatigari donec vacationem emeret. ubi sumptibus exhaustus socordia insuper elanguerat, inops pro locuplete et iners pro strenuo in manipulum redibat, ac rursus alius atque alius, eadem egestate ac licentia corrupti, ad seditiones et discordias et ad extremum bella civilia ruebant. sed Otho ne vulgi largitione centurionum animos averteret, fiscum suum vacationes annuas exoluturum promisit, rem haud dubie utilem et a bonis postea principibus perpetuitate disciplinae firmatam. Laco praefectus, tamquam in insulam seponeretur, ab evocato, quem ad caedem eius Otho praemiserat, confossus; in Marcianum Icelum ut in libertum palam animadversum.

[47] Exacto per scelera die novissimum malorum fuit laetitia. vocat senatum praetor urbanus, certant adulationibus ceteri magistratus, adcurrunt patres: decernitur Othoni tribunicia potestas et nomen Augusti et omnes principum honores, adnitentibus cunctis abolere convicia ac probra, quae promisce iacta haesisse animo eius nemo sensit; omisisset offensas an distulisset brevitatem imperii in incerto fuit. Otho cruento adhuc foro per stragem iacentium in Capitolium atque inde in Palatium vectus concedi corpora sepulturae cremarique permisit. Pisonem Verania uxor ac frater Scribonianus, Titum Vinium Crispina filia composuere, quaesitis redemptisque capitibus, quae venalia interfectores servaverant.

[48] Piso unum et tricensimum aetatis annum explebat, fama meliore quam fortuna. fratres eius Magnum Claudius, Crassum Nero interfecerant: ipse diu exul, quadriduo Caesar, properata adoptione ad hoc tantum maiori fratri praelatus est ut prior occideretur. Titus Vinium quinquaginta septem annos variis moribus egit. pater illi praetoria familia, maternus avus e proscriptionis. prima militia infamis: legatum Calvisium Sabinum habuerat, cuius uxor mala cupidine visendi situm castrorum, per noctem militari habitu ingressa, cum vigilias et cetera militiae munia eadem lascivia temptasset, in ipsis principiis stuprum ausa, et criminis huius reus Titus Vinium arguebatur. igitur iussu G. Caesaris oneratus catenis, mox mutatione temporum dimissus, cursu honorum inoffenso legioni post praeturam praepositus probatusque servili deinceps probro respersus est tamquam scyphum aureum in convivio Claudii furatus, et Claudius postera die soli omnium Vinio fictilibus

ministrari iussit. sed Vinius proconsulatu Galliam Narbonensem severe integreque rexit; mox Galbae amicitia in abruptum tractus, audax, callidus, promptus et, prout animum intendisset, pravus aut industrius, eadem vi. testamentum Titi Vinii magnitudine opum inritum, Pisonis supremam voluntatem paupertas firmavit.

[49] Galbae corpus diu neglectum et licentia tenebrarum plurimis ludibriis vexatum dispensator Argius e prioribus servis humili sepultura in privatis eius hortis contextit. caput per lixas calonesque suffixum laceratumque ante Patrobii tumulum (libertus in Neronis punitus a Galba fuerat) postera demum die repertum et cremato iam corpori admixtum est. hunc exitum habuit Servius Galba, tribus et septuaginta annis quinque principes prospera fortuna emensus et alieno imperio felicior quam suo. vetus in familia nobilitas, magnae opes: ipsi medium ingenium, magis extra vitia quam cum virtutibus. famae nec incuriosus nec venditor; pecuniae alienae non adpetens, suae parcus, publicae avarus; amicorum libertorumque, ubi in bonos incidisset, sine reprehensione patiens, si mali forent, usque ad culpam ignarus. sed claritas natalium et metus temporum obtentui, ut, quod segnitia erat, sapientia vocaretur. dum vigeat aetas militari laude apud Germanas floruit. pro consule Africam moderate, iam senior citeriorem Hispaniam pari iustitia continuit, maior privato visus dum privatus fuit, et omnium consensu capax imperii nisi imperasset.

[50] Trepidam urbem ac simul atrocitatem recentis sceleris, simul veteres Othonis mores paventem novus insuper de Vitellio nuntius exterruit, ante caedem Galbae suppressus ut tantum superioris Germaniae exercitum descivisse crederetur. tum duos omnium mortalium impudicitia ignavia luxuria deterrimos velut ad perdendum imperium fataliter electos non senatus modo et eques, quis aliqua pars et cura rei publicae, sed vulgus quoque palam maerere. nec iam recentia saevae pacis exempla sed repetita bellorum civilium memoria captam totiens suis exercitibus urbem, vastitatem Italiae, direptiones provinciarum, Pharsaliam Philippos et Perusiam ac Mutinam, nota publicarum cladum nomina, loquebantur. prope eversum orbem etiam cum de principatu inter bonos certaretur, sed mansisse G. Iulio, mansisse Caesare Augusto victore imperium; mansuram fuisse sub Pompeio Brutoque rem publicam: nunc pro Othone an pro Vitellio in templa ituros? utrasque impias preces, utraque detestanda vota inter duos, quorum bello solum id scires, deteriore fore qui vicisset. erant qui Vespasianum et arma Orientis augurarentur, et ut potior utroque Vespasianus, ita bellum aliud atque alias cladis horrebant. et ambigua de Vespasiano fama, solusque omnium ante se principum in melius mutatus est.

[51] Nunc initia causasque motus Vitelliani expediam. caeso cum omnibus copiis Iulio Vindice ferox praeda gloriaque exercitus, ut cui sine labore ac periculo ditissimi belli victoria evenisset, expeditionem et aciem, praemia quam stipendia malebat. diu infructuosam et asperam militiam toleraverant ingenio loci caelique et severitate disciplinae, quam in pace inexorabilem discordiae civium resolvunt, paratis utrimque corruptoribus et perfidia impunita. viri, arma, equi ad usum et ad decus supererant. sed ante bellum centurias tantum suas turmasque noverant; exercitus finibus provinciarum discernebantur: tum adversus Vindicem contractae legiones, seque et Gallias expertae, quaerere rursus arma novasque discordias; nec socios, ut olim, sed hostis et victos vocabant. nec deerat pars Galliarum, quae Rhenum accolit, easdem partis secuta ac tum acerrima instigatrix adversum Galbianos; hoc enim nomen fastidito Vindice indiderant. igitur Sequanis Aeduisque ac deinde, prout opulentia civitatibus erat, infensi expugnationes urbium, populationes agrorum, raptus penatium hauserunt animo, super avaritiam et adrogantiam, praecipua validiorum vitia, contumacia Gallorum inritati, qui remissam sibi a Galba quartam tributorum partem et publice donatos in ignominiam exercitus iactabant. accessit callide vulgatum, temere creditum, decimari legiones et promptissimum quemque centurionum dimitti. undique atroces nuntii, sinistra ex urbe fama; infensa Lugdunensis colonia et pertinaci pro Nerone fide fecunda rumoribus; sed plurima ad fingendum credendumque materies in ipsis castris, odio metu et, ubi viris suas respexerant,

securitate.

[52] Sub ipsas superioris anni kalendas Decembris Aulus Vitellius inferiorem Germaniam ingressus hiberna legionum cum cura adierat: redditi plerisque ordines, remissa ignominia, adlevatae notae; plura ambitione, quaedam iudicio, in quibus sordis et avaritiam Fonteï Capitonis adimendis adsignandisve militiae ordinibus integre mutaverat. nec consularis legati mensura sed in maius omnia accipiebantur. et [ut] Vitellius apud severos humilis, ita comitatem bonitatemque faventes vocabant, quod sine modo, sine iudicio donaret sua, largiretur aliena; simul aviditate imperitandi ipsa vitia pro virtutibus interpretabantur. multi in utroque exercitu sicut modesti quietique ita mali et strenui. sed profusa cupidine et insigni temeritate legati legionum Alienus Caecina et Fabius Valens; e quibus Valens infensus Galbae, tamquam detectam a se Verginii cunctationem, oppressa Capitonis consilia ingratis tulisset, instigare Vitellium, ardorem militum ostentans: ipsum celebri ubique fama, nullam in Flacco Hordeonio moram; adfore Britanniam, secutura Germanorum auxilia: male fidas provincias, precarium seni imperium et brevi transiturum: panderet modo sinum et venienti Fortunae occurreret. merito dubitasse Verginium equestri familia, ignoto patre, imparem si recepisset imperium, tutum si recusasset: Vitellio tris patris consulatus, censuram, collegium Caesaris et imponere iam pridem imperatoris dignationem et auferre privati securitatem. quatiebatur his segne ingenium ut concupisceret magis quam ut speraret.

[53] At in superiore Germania Caecina, decorus iuventa, corpore ingens, animi immodicus, scito sermone, erecto incessu, studia militum inllexerat. hunc iuvenem Galba, quaestorem in Baetica impigre in partis suas transgressum, legioni praeposuit: mox compertum publicam pecuniam avertisse ut peculatorem flagitari iussit. Caecina aegre passus miscere cuncta et privata vulnera rei publicae malis operire statuit. nec deerant in exercitu semina discordiae, quod et bello adversus Vindicem universus adfuerat, nec nisi occiso Nerone translatus in Galbam atque in eo ipso sacramento vexillis inferioris Germaniae praeventus erat. et Treviri ac Lingones, quasque alias civitates atrocibus edictis aut damno finium Galba perculerat, hibernis legionum propius miscentur: unde seditiosa colloquia et inter paganos corruptior miles; et in Verginium favor cuicumque alii profuturus.

[54] Miserat civitas Lingonum vetere instituto dona legionibus dextras, hospitii insigne. legati eorum in squalorem maestitiamque compositi per principia per contubernia modo suas iniurias, modo vicinarum civitatum praemia, et ubi pronis militum auribus accipiebantur, ipsius exercitus pericula et contumelias conquerentes accendebant animos. nec procul seditione aberant cum Hordeonius Flaccus abire legatos, utque occultior digressus esset, nocte castris excedere iubet. inde atrox rumor, adfirmantibus plerisque interfectos, ac ni sibi ipsi consulerent, fore ut acerrimi militum et praesentia conquesti per tenebras et inscitiam ceterorum occiderentur. obstringuntur in ter se tacito foedere legiones, adsciscitur auxiliorum miles, primo suspectus tamquam circumdatis cohortibus alisque impetus in legiones pararetur, mox eadem acrius volvens, faciliore inter malos consensu ad bellum quam in pace ad concordiam.

[55] Inferioris tamen Germaniae legiones sollempni kalendarum Ianuariarum sacramento pro Galba adactae, multa cunctatione et raris primorum ordinum vocibus, ceteri silentio proximi cuiusque audaciam expectantes, insita mortalibus natura, propere sequi quae piget inchoare. sed ipsis legionibus inerat diversitas animorum: primani quintanique turbidi adeo ut quidam saxa in Galbae imagines iecerint: quinta decima ac sexta decima legiones nihil ultra fremitum et minas ausae initium erumpendi circumspectabant. at in superiore exercitu quarta ac duetvicensima legiones, isdem hibernis tendentes, ipso kalendarum Ianuariarum die dirumpunt imagines Galbae, quarta legio promptius, duetvicensima cunctanter, mox consensu. ac ne reverentiam imperii exuere viderentur, senatus populique Romani oblitterata iam nomina sacramento advocabant, nullo

legatorum tribunorumve pro Galba nitente, quibusdam, ut in tumultu, notabilius turbantibus. non tamen quisquam in modum contionis aut suggestu locutus; neque enim erat adhuc cui imputaretur.

[56] Spectator flagitii Hordeonius Flaccus consularis legatus aderat, non comperere ruentis, non retinere dubios, non cohortari bonos ausus, sed segnis pavidus et socordia innocens. quattuor centuriones duetvicensimae legionis, Nonius Receptus, Donatius Valens, Romilius Marcellus, Calpurnius Repentinus, cum protegerent Galbae imagines, impetu militum abrepti vinctique. nec cuiquam ultra fides aut memoria prioris sacramenti, sed quod in seditionibus accidit, unde plures erant omnes fuere. Nocte quae kalendas Ianuarias secuta est in coloniam Agrippinensem aquilifer quartae legionis epulanti Vitellio nuntiat quartam et duetvicensimam legiones proiectis Galbae imaginibus in senatus ac populi Romani verba iurasse. id sacramentum inane visum: occupari nutantem fortunam et offerri principem placuit. missi a Vitellio ad legiones legatosque qui descivisse a Galba superiorem exercitum nuntiarent: proinde aut bellandum adversus desciscentis aut, si concordia et pax placeat, faciendum imperatorem: et minore discrimine sumi principem quam quaeri.

[57] Proxima legionis primae hiberna erant et promptissimus et legatis Fabius Valens. is die postero coloniam Agrippinensem cum equitibus legionis auxiliariorumque ingressus imperatorem Vitellium consalutavit. secutae ingenti certamine eiusdem provinciae legiones; et superior exercitus, speciosis senatus populique Romani nominibus relictis, tertium nonas Ianuarias Vitellio accessit: scires illum priore biduo non penes rem publicam fuisse. ardorem exercituum Agrippinenses, Treviri, Lingones aequabant, auxilia equos, arma pecuniam offerentes, ut quisque corpore opibus ingenio validus. nec principes modo coloniarum aut castrorum, quibus praesentia ex affluentibus et parta victoria magnae spes, sed manipuli quoque et gregarius miles viatica sua et balteos phalerasque, insignia armorum argento decora, loco pecuniae tradebant, instinctu et impetu et avaritia.

[58] Igitur laudata militum alacritate Vitellius ministeria principatus per libertos agi solita in equites Romanos disponit, vacationes centurionibus ex fisco numerat, saevitiam militum plerosque ad poenam exposcentium saepius adprobat, raro simulatione vinculorum frustratur. Pompeius Propinquus procurator Belgicae statim interfectus; Iulium Burdonem Germanicae classis praefectum astu subtrahit. exarserat in eum iracundia exercitus tamquam crimen ac mox insidias Fonteio Capitoni struxisset. grata erat memoria Capitonis, et apud saevientis occidere palam, ignoscere non nisi fallendo licebat: ita in custodia habitus et post victoriam demum, stratis iam militum odiis, dimissus est. interim ut piaculum obicitur centurio Crispinus. sanguine Capitonis [se] cruentaverat eoque et postulantibus manifestior et punienti vilior fuit.

[59] Iulius deinde Civilis periculo exemptus, praepotens inter Batavos, ne supplicio eius erox gens alienaretur. et erant in civitate Lingonum octo Batavorum cohortes, quartae decimae legionis auxilia, tum discordia temporum a legione digressae, prout inclinassent, grande momentum sociae aut adversae. Nonium, Donatium, Romilium, Calpurnium centuriones, de quibus supra rettulimus, occidi iussit, damnatos fidei crimine, gravissimo inter desciscentis. accessere partibus Valerius Asiaticus, Belgicae provinciae legatus, quem mox Vitellius generum adscivit, et Iunius Blaesus, Lugdunensis Galliae rector, cum Italica legione e ala Tauriana Lugduni tendentibus. nec in Raeticis copiis mora quo minus statim adiungerentur: ne in Britannia quidem dubitatum.

60 [60] Praeerat Trebellius Maximus, per avaritiam ac sordis contemptus exercitui invisusque. accendebat odium eius Roscius Coelius legatus vicensimae legionis, olim discors, sed occasione civilium armorum atrocius proruperant. Trebellius seditionem et confusum ordinem disciplinae Coelio, spoliatis et inopes legiones Coelius Trebellio obiectabat, cum interim foedis

legatorum certaminibus modestia exercitus corrupta eoque discordiae ventum ut auxiliarium quoque militum conviciis proturbatus et adgregantibus se Coelio cohortibus alisque desertus Trebellius ad Vitellium perfugerit. quies provinciae quamquam remoto consulari mansit: rexere legati legionum, pares iure, Coelius audendo potentior.

[61] Adiuncto Britannico exercitu ingens viribus opibusque Vitellius duos duces, duo itinera bello destinavit: Fabius Valens adlicere vel, si abnuerent, vastare Gallias et Cottianis Alpibus Italiam inrumpere, Caecina propiore transitu Poeninis iugis degredi iussus. Valenti inferioris exercitus electi cum aquila quintae legionis et cohortibus alisque, ad quadraginta milia armatorum data; triginta milia Caecina e superiore Germania ducebat, quorum robur legio unaetvicensima fuit. addita utriusque Germanorum auxilia, et quibus Vitellius suas quoque copias supplevit, tota mole belli secuturus.

[62] Mira inter exercitum imperatoremque diversitas: instare miles, arma poscere, dum Galliae trepident, dum Hispaniae cunctentur: non obstare hiemem neque ignavae pacis moras: invadendam Italiam, occupandam urbem; nihil in discordiis civilibus festinatione tutius, ubi facto magis quam consulto opus esset. torpebat Vitellius et fortunam principatus inertis luxu ac prodigiis epulis praesumebat, medio diei temulentus et sagina gravis, cum tamen ardor et vis militum ultro ducis munia implebat, ut si adesset imperator et strenuis vel ignavis spem metumve adderet. instructi intentique signum profectionis exposcunt. nomen Germanici Vitellio statim additum: Caesarem se appellari etiam victor prohibuit. laetum augurium Fabio Valenti exercituique, quem in bellum agebat, ipso profectionis die aquila leni meatu, prout agmen incederet, velut dux viae praevolavit, longumque per spatium is gaudentium militum clamor, ea quies interritae alitis fuit ut haud dubium magnae et prosperae rei omen acciperetur.

[63] Et Treviros quidem ut socios securi adiere: Divoduri (Mediomatricorum id oppidum est) quamquam omni comitate exceptos subitus pavor terruit, raptis repente armis ad caedem innoxiae civitatis, non ob praedam aut spoliandi cupidine, sed furore et rabie et causis incertis eoque difficilioribus remediis, donec precibus ducis mitigati ab excidio civitatis temperavere; caesa tamen ad quattuor milia hominum. isque terror Gallias invasit ut venienti mox agmini universae civitates cum magistratibus et precibus occurrerent, stratis per vias feminis puerisque: quaeque alia placamenta hostilis irae, non quidem in bello sed pro pace tendebantur.

[64] Nuntium de caede Galbae et imperio Othonis Fabius Valens in civitate Leucorum accepit. nec militum animus in gaudium aut formidine permotus: bellumolvebat. Gallis cunctatio exempta est: in Othonem ac Vitellium odium par, ex Vitellio et metus. proxima Lingonum civitas erat, fida partibus. benigne excepti modestia certavere, sed brevis laetitia fuit cohortium intemperie, quas a legione quarta decima, ut supra memoravimus, digressas exercitui suo Fabius Valens adiunxerat. iurgia primum, mox rixa inter Batavos et legionarios, dum his aut illis studia militum adgregantur, prope in proelium exarsere, ni Valens animadversione paucorum oblitos iam Batavos imperii admonisset. frustra adversus Aeduos quaesita belli causa: iussi pecuniam atque arma deferre gratuitos insuper commeatus praebuere. quod Aedui formidine Lugdunenses gaudio fecere. sed legio Italica et ala Tauriana abductae: cohortem duodevicensimam Lugduni, solitis sibi hibernis, relinqui placuit. Manlius Valens legatus Italicae legionis, quamquam bene de partibus meritis, nullo apud Vitellium honore fuit: secretis eum criminationibus infamaverat Fabius ignarum et, quo incautior deciperetur, palam laudatum.

[65] Veterem inter Lugdunensis [et Viennensis] discordiam proximum bellum accenderat. multae in vicem clades, crebrius infestiusque quam ut tantum propter Neronem Galbamque pugnaretur. et Galba reditus Lugdunensium occasione irae in fiscum verterat; multus contra in

Viennensis honor: unde aemulatio et invidia et uno amne discretis conexum odium. igitur Lugdunenses extimulare singulos militum et in eversionem Viennensium impellere, obsessam ab illis coloniam suam, adiutos Vindicis conatus, conscriptas nuper legiones in praesidium Galbae referendo. et ubi causas odiorum praetenderant, magnitudinem praedae ostendebant, nec iam secreta exhortatio, sed publicae preces: irent ultores, excinderent sedem Gallici belli: cuncta illic externa et hostilia: se, coloniam Romanam et partem exercitus et prosperarum adversarumque rerum socios, si fortuna contra daret, iratis ne relinquerent.

[66] His et pluribus in eundem modum perpulerant ut ne legati quidem ac duces partium restingui posse iracundiam exercitus arbitrarentur, cum haud ignari discriminis sui Viennenses, velamenta et infulas praeferentes, ubi agmen incesserat, arma genua vestigia prensando flexere militum animos; addidit Valens trecenos singulis militibus sestertios. tum vetustas dignitasque coloniae valuit et verba Fabi salutem incolumitatemque Viennensium commendantis aequis auribus accepta; publice tamen armis multati, privatis et promiscis copiis iuvere militem. sed fama constans fuit ipsum Valentem magna pecunia emptum. is diu sordidus, repente dives mutationem fortunae male tegebat, accensis egestate longa cupidinibus immoderatus et inopi iuventa senex prodigus. lento deinde agmine per finis Allobrogum ac Vocontiorum ductus exercitus, ipsa itinerum spatia et stativorum mutationes venditante duce, foedis pactionibus adversus possessores agrorum et magistratus civitatum, adeo minaciter ut Luco (municipium id Vocontiorum est) faces admoverit, donec pecunia mitigaretur. quotiens pecuniae materia deesset, stupris et adulteriis exorabatur. sic ad Alpibus perventum.

[67] Plus praedae ac sanguinis Caecina hausit. inritaverant turbidum ingenium Helvetii, Gallica gens olim armis virisque, mox memoria nominis clara, de caede Galbae ignari et Vitellii imperium abnuentes. initium bello fuit avaritia ac festinatio unaetvicensimae legionis; rapuerant pecuniam missam in stipendium castelli quod olim Helvetii suis militibus ac stipendiis tuebantur. aegre id passi Helvetii, interceptis epistulis, quae nomine Germanici exercitus ad Pannonicas legiones ferebantur, centurionem et quosdam militum in custodia retinebant. Caecina belli avidus proximam quamque culpam, antequam paeniteret, ultum ibat: mota propere castra, vastati agri, direptus longa pace in modum municipii extractus locus, amoeno salubrium aquarum usu frequens; missi ad Raetica auxilia nuntii ut versos in legionem Helvetios a tergo adgrederentur.

[68] Illi ante discrimen feroces, in periculo pavidi, quamquam primo tumultu Claudium Severum ducem legerant, non arma noscere, non ordines sequi, non in unum consulere. exitiosum adversus veteranos proelium, intuta obsidio dilapsis vetustate moenibus; hinc Caecina cum valido exercitu, inde Raeticae alae cohortesque et ipsorum Raetorum iuventus, sueta armis et more militiae exercita. undique populatio et caedes: ipsi medio vagi, abiectis armis, magna pars saucii aut palantes, in montem Vocetium perfugere. ac statim immissa cohorte Thraecum depulsi et consecantibus Germanis Raetisque per silvas atque in ipsis latebris trucidati. multa hominum milia caesa, multa sub corona venundata. cumque dirutis omnibus Aventicum gentis caput infesto agmine peteretur, missi qui dederent civitatem, et deditio accepta. in Iulium Alpinum e principibus ut concitorem belli Caecina animadvertit: ceteros veniae vel saevitiae Vitellii reliquit.

[69] Haud facile dictu est, legati Helvetiorum minus placabilem imperatorem an militem invenerint. civitatis excidium poscunt, tela ac manus in ora legatorum intentant. ne Vitellius quidem verbis et minis temperabat, cum Claudius Cossus, unus ex legatis, notae facundiae sed dicendi artem apta trepidatione occultans atque eo validior, militis animum mitigavit. ut est mos, vulgus mutabile subitis et tam primum in misericordiam quam immodicum saevitia fuerat: effusis lacrimis et meliora constantius postulando impunitatem salutemque civitati impetrare.

[70] Caecina paucos in Helvetiis moratus dies dum sententiae Vitellii certior fieret, simul transitum Alpium parans, laetum ex Italia nuntium accipit alam Silianam circa Padum agentem sacramento Vitellii accessisset. pro consule Vitellium Siliani in Africa habuerant; mox a Nerone, ut in Aegyptum praemitterentur, exciti et ob bellum Vindicis revocati ac tum in Italia manentes, instinctu decurionum, qui Othonis ignari, Vitellio obstricti robor adventantium legionum et famam Germanici exercitus attollebant, transiere in partis et ut donum aliquod novo principi firmissima transpadanae regionis municipia, Mediolanum ac Novariam et Eporediam et Vercellas, adiunxere. id Caecinae per ipsos compertum. et quia praesidio alae unius latissima Italiae pars defendi nequibat, praemissis Gallorum Lusitanorumque et Britannorum cohortibus et Germanorum vexillis cum ala Petriana, ipse paulum cunctatus est num Raeticis iugis in Noricum fleteret adversus Petronium Urbicum procuratorem, qui concitis auxiliis et interruptis fluminum pontibus fidus Othoni putabatur. sed metu ne amitteret praemissas iam cohortis alasque, simul reputans plus gloriae retenta Italia et, ubicumque certatum foret, Noricos in cetera victoriae praemia cessuros, Poenino itinere subsignatum militem et grave legionum agmen hibernis adhuc Alpibus transduxit.

[71] Otho interim contra spem omnium non deliciis neque desidia torpescere: dilatae voluptates, dissimulata luxuria et cuncta ad decorem imperii composita, eoque plus formidinis adferebant falsae virtutes et vitia reditura. Marius Celsus consulem designatum, per speciem vinculorum saevitiae militum subtractum, acciri in Capitolium iubet; clementiae titulus e viro claro et partibus invisio petebatur. Celsus constanter servatae erga Galbam fidei crimen confessus, exemplum ultro imputavit. nec Otho quasi ignosceret sed deos testis mutuae reconciliationis adhibens, statim inter intimos amicos habuit et mox bello inter duces delegit, mansitque Celso velut fataliter etiam pro Othone fides integra et infelix. laeta primoribus civitatis, celebrata in vulgus Celsi salus ne militibus quidem ingrata fuit, eandem virtutem admirantibus cui irascebantur.

[72] Par inde exultatio disparibus causis consecuta impetrato Tigellini exitio. Ofonius Tigellinus obscuris parentibus, foeda pueritia, impudica senecta, praefecturam vigillum et praetorii et alia praemia virtutum, quia velocius erat, vitiis adeptus, crudelitatem mox, deinde avaritiam, virilia scelera, exercuit, corrupto ad omne facinus Nerone, quaedam ignaro ausus, ac postremo eiusdem desertor ac proditor: unde non alium pertinacius ad poenam flagitaverunt, diverso adfectu, quibus odium Neronis inerat et quibus desiderium. apud Galbam Titi Vinii potentia defensus, praetextentis servatam ab eo filiam. haud dubie servaverat, non clementia, quippe tot interfectis, sed effugium in futurum, quia pessimus quisque diffidentia praesentium mutationem pavens adversus publicum odium privatam gratiam praeparat: unde nulla innocentiae cura sed vices impunitatis. eo infensor populus, addita ad vetus Tigellini odium recenti Titi Vinii invidia, concurrere ex tota urbe in Palatium ac fora et, ubi plurima vulgi licentia, in circum ac theatra effusi seditiosis vocibus strepere, donec Tigellinus accepto apud Sinuessanas aquas supremae necessitatis nuntio inter supra concubinarum et oscula et deformis moras sectis novacula faucibus infamem vitam foedavit etiam exitu sero et inhonesto.

[73] Per idem tempus expostulata ad supplicium Calvia Crispinilla variis frustrationibus et adversa dissimulantis principis fama periculo exempta est. magistra libidinum Neronis, transgressa in Africam ad instigandum in arma Clodium Macrum, famem populo Romano haud obscure molita, totius postea civitatis gratiam obtinuit, consulari matrimonio subnixa et apud Galbam Othonem Vitellium inlaesa, mox potens pecunia et orbitate, quae bonis malisque temporibus iuxta valent.

[74] Crebrae interim et muliebribus blandimentis infectae ab Othone ad Vitellium epistulae offerebant pecuniam et gratiam et quemcumque [e] quietis prodigae vitae legisset. paria Vitellius ostentabat, primo mollius, stulta utrimque et indecora simulatione, mox quasi rixantes supra ac flagitia in vicem obiectavere, neuter falso. Otho, revocatis quos Galba miserat legatis, rursus ad

utrumque Germanicum exercitum et ad legionem Italicam easque quae Lugduni agebant copias specie senatus misit. legati apud Vitellium remansere, promptius quam ut retenti viderentur; praetoriani, quos per simulationem officii legatis Otho adiunxerat, remissi antequam legionibus miscerentur. addidit epistulas Fabius Valens nomine Germanici exercitus ad praetorias et urbanas cohortis de viribus partium magnificas et concordiam offerentis; increpabat ultro quod tanto ante traditum Vitellio imperium ad Othonem vertissent.

[75] Ita promissis simul ac minis temptabantur, ut bello impares, in pace nihil amissuri; neque ideo praetorianorum fides mutata. sed insidiatores ab Othone in Germaniam, a Vitellio in urbem missi. utrisque frustra fuit, Vitellianis inpune, per tantam hominum multitudinem mutua ignorantia fallentibus: Othoniani novitate vultus, omnibus in vicem gnaris, prodebantur. Vitellius litteras ad Titianum fratrem Othonis composuit, exitium ipsi filioque eius minitans ni incolumes sibi mater ac liberi servarentur. et stetit domus utraque, sub Othone incertum an metu: Vitellius victor clementiae gloriam tulit.

[76] Primus Othoni fiduciam addidit ex Illyrico nuntius iurasse in eum Dalmatiae ac Pannoniae et Moesiae legiones. idem ex Hispania adlatum laudatusque per edictum Cluvius Rufus: set statim cognitum est conversam ad Vitellium Hispaniam. ne Aquitania quidem, quamquam ab Iulio Cordo in verba Othonis obstricta, diu mansit. nusquam fides aut amor: metu ac necessitate huc illuc mutabantur. eadem formido provinciam Narbonensem ad Vitellium vertit, facili transitu ad proximos et validiores. longinquaе provinciae et quidquid armorum mari dirimitur penes Othonem manebat, non partium studio, sed erat grande momentum in nomine urbis ac praetexto senatus, et occupaverat animos prior auditus. Iudaicum exercitum Vespasianus, Syriae legiones Mucianus sacramento Othonis adegere; simul Aegyptus omnesque versae in Orientem provinciae nomine eius tenebantur. idem Africae obsequium, initio Carthagine orto neque expectata Vipstani Aproniani proconsulis auctoritate: Crescens Neronis libertus (nam et hi malis temporibus partem se rei publicae faciunt) epulum plebi ob laetitiam recentis imperii obtulerat, et populus pleraque sine modo festinavit. Carthaginem ceterae civitates secutae.

[77] Sic distractis exercitibus ac provinciis Vitellio quidem ad capessendam principatus fortunam bello opus erat, Otho ut in multa pace munia imperii obibat, quaedam ex dignitate rei publicae, pleraque contra decus ex praesenti usu properando. consul cum Titiano fratre in kalendas Martias ipse; proximos mensis Verginio destinat ut aliquod exercitui Germanico delentum; iungitur Verginio Pompeius Vopiscus praetexto veteris amicitiae; plerique Viennensium honori datum interpretabantur. ceteri consulatus ex destinatione Neronis aut Galbae mansere, Caelio ac Flavio Sabinis in Iulias, Arrio Antonino et Mario Celso in Septembris, quorum honoribus ne Vitellius quidem victor intercessit. sed Otho pontificatus auguratusque honoratis iam senibus cumulum dignitatis addidit, aut recens ab exilio reversos nobilis adulescentulos avitis ac paternis sacerdotiis in solacium recoluit. redditus Cadio Rufo, Pedio Blaeso, Saevino P . . . senatorius locus. repetundarum criminibus sub Claudio ac Nerone ceciderant: placuit ignoscentibus verso nomine, quod avaritia fuerat, videri maiestatem, cuius tum odio etiam bonae leges peribant.

[78] Eadem largitione civitatum quoque ac provinciarum animos adgressus Hispalensibus et Emeritensibus familiarum adiectiones, Lingonibus universis civitatem Romanam, provinciae Baeticae Maurorum civitates dono dedit; nova iura Cappadociae, nova Africae, ostentata magis quam mansura. inter quae necessitate praesentium rerum et instantibus curis excusata ne tum quidem immemor amorem statuas Poppaeae per senatus consultum reposuit; creditus est etiam de celebranda Neronis memoria agitavisse spe vulgum adliciendi. et fuere qui imagines Neronis proponerent: atque etiam Othoni quibusdam diebus populus et miles, tamquam nobilitatem ac decus adstruerent, Neroni Othoni adclamavit. ipse in suspenso tenuit, vetandi metu vel agnoscendi pudore.

[79] Conversis ad civile bellum animis externa sine cura habebantur. eo audentius Rhoxolani, Sarmatica gens, priore hieme caesis duabus cohortibus, magna spe Moesiam intruperant, ad novem milia equitum, ex ferocia et successu praedae magis quam pugnae intenta. igitur vagos et incuriosos tertia legio adiunctis auxiliis repente invasit. apud Romanos omnia proelio apta: Sarmatae dispersi aut cupidine praedae graves onere sarcinarum et lubrico iterum adempta equorum pernecitate velut vincti caedebantur. namque mirum dictu ut sit omnis Sarmatarum virtus velut extra ipsos. nihil ad pedestrem pugnam tam ignavum: ubi per turmas advenere vix ulla acies obstiterit. sed tum umido die et soluto gelu neque conti neque gladii, quos praelongos utraque manu regunt, usui, lapsantibus equis et catafractarum pondere. id principibus et nobilissimo cuique tegimen, ferreis lamminis aut praeduro corio consertum, ut adversus ictus impenetrabile ita impetu hostium provolutis inhabile ad resurgendum; simul altitudine et mollitia nivis hauriebantur. Romanus miles facilis lorica et missili pilo aut lanceis adsultans, ubi res posceret, levi gladio inermem Sarmatam (neque enim scuto defendi mos est) comminus fodiebat, donec pauci qui proelio superfuerant paludibus abderentur. ibi saevitia hiemis aut vulnerum absumpti. postquam id Romae compertum, M. Aponius Moesiam obtinens triumphali statua, Fulvus Aurelius et Iulianus Tettius ac Numisius Lupus, legati legionum, consularibus ornamentis donantur, laeto Othone et gloriam in se trahente, tamquam et ipse felix bello et suis ducibus suisque exercitibus rem publicam auxisset.

[80] Parvo interim initio, unde nihil timebatur, orta seditio prope urbi excidio fuit. septimam decimam cohortem e colonia Ostiensi in urbem acciri Otho iusserat; armandae eius cura Vario Crispino tribuno e praetorianis data. is quo magis vacuus quietis castris iussa exequeretur, vehicula cohortis incipiente nocte onerari aperto armamentario iubet. tempus in suspicionem, causa in crimen, adfectatio quietis in tumultum evaluit, et visa inter temulentos arma cupidinem sui movere. fremit miles et tribunos centurionesque prodicionis arguit, tamquam familiae senatorum ad perneciam Othonis armarentur, pars ignari et vino graves, pessimus quisque in occasionem praedarum, vulgus, ut mos est, cuiuscumque motus novi cupidum; et obsequia meliorum nox abstulerat. resistentem seditioni tribunum et severissimos centurionum obruncant; rapta arma, nudari gladii; insidentes equis urbem ac Palatium petunt.

[81] Erat Othoni celebre convivium primoribus feminis virisque; qui trepidi, fortuitusne militum furor an dolus imperatoris, manere ac deprehendi an fugere et dispergi periculosius foret, modo constantiam simulare, modo formidine detegi, simul Othonis vultum intueri; utque evenit inclinatis ad suspicionem mentibus, cum timeret Otho, timebatur. sed haud secus discrimine senatus quam suo territus et praefectos praetorii ad mitigandas militum iras statim miserat et abire prope omnis e convivio, iussit. tum vero passim magistratus proiectis insignibus, vitata comitum et servorum frequentia, senes feminaeque per tenebras diversa urbis itinera, rari domos, plurimi amicorum tecta et ut cuique humillimus cliens, incertas latebras petivere.

[82] Militum impetus ne foribus quidem Palatii coercitus quo minus convivium intrumperent, ostendi sibi Othonem expostulantes, vulnerato Iulio Martiale tribuno et Vitellio Saturnino praefecto legionis, dum ruentibus obsistunt. undique arma et minae, modo in centuriones tribunosque, modo in senatum universum, lymphatis caeco pavore animis, et quia neminem unum destinare irae poterant, licentiam in omnis poscentibus, donec Otho contra decus imperii toro insistens precibus et lacrimis aegre cohibuit, redieruntque in castra inviti neque innocentes. postera die velut capta urbe clausae domus, rarus per vias populus, maesta plebs; deiecti in terram militum vultus ac plus tristitiae quam paenitentiae. manipulatim adlocuti sunt Licinius Proculus et Plotius Firmus praefecti, ex suo quisque ingenio mitius aut horridius. finis sermonis in eo ut quina milia nummum singulis militibus numerarentur: tum Otho ingredi castra ausus. atque illum tribuni centurionesque circumsistunt, abiectis militiae insignibus otium et salutem flagitantes. sensit invidiam miles et

compositus in obsequium auctores seditionis ad supplicium ultro postulabat.

[83] Otho, quamquam turbidis rebus et diversis militum animis, cum optimus quisque remedium praesentis licentiae posceret, vulgus et plures seditionibus et ambitioso imperio laeti per turbas et raptus facilius ad civile bellum impellerentur, simul reputans non posse principatum scelere quaesitum subita modestia et prisca gravitate retineri, sed discrimine urbis et periculo senatus anxius, postremo ita disseruit: "neque ut adfectus vestros in amorem mei accenderem, commilitones, neque ut animum ad virtutem cohortarer (utraque enim egregie supersunt), sed veni postulaturus a vobis temperamentum vestrae fortitudinis et erga me modum caritatis. tumultus proximi initium non cupiditate vel odio, quae multos exercitus in discordiam egere, ac ne detrectatione quidem aut formidine periculorum: nimia pietas vestra acrius quam considerate excitavit; nam saepe honestas rerum causas, ni iudicium adhibeas, perniciosi exitus consequuntur. imus ad bellum. num omnis nuntios palam audiri, omnia consilia cunctis praesentibus tractari ratio rerum aut occasionum velocitas patitur? tam nescire quaedam milites quam scire oportet: ita se ducum auctoritas, sic rigor disciplinae habet, ut multa etiam centuriones tribunosque tantum iuberi expediat. si cur iubeantur quaerere singulis liceat, pereunte obsequio etiam imperium intercidit. an et illic nocte intempesta rapiuntur arma? unus alterve perditus ac temulentus (neque enim plaris consternatione proxima insanisse crediderim) centurionis ac tribuni sanguine manus imbuet, imperatoris sui tentorium inrumpet?"

[84] "Vos quidem istud pro me: sed in discursu ac tenebris et rerum omnium confusione patefieri occasio etiam adversus me potest. si Vitellio et satellitibus eius eligendi facultas detur, quem nobis animum, quas mentis imprecentur, quid aliud quam seditionem et discordiam optabunt? ne miles centurioni, ne centurio tribuno obsequatur, ut confusi pedites equitesque in exitium ruamus. parendo potius, commilitones, quam imperia ducum sciscitando res militares continentur, et fortissimus in ipso discrimine exercitus est qui ante discrimen quietissimus. vobis arma et animus sit: mihi consilium et virtutis vestrae regimen relinquite. paucorum culpa fuit, duorum poena erit: ceteri abolete memoriam foedissimae noctis. nec illas adversus senatum voces ullus usquam exercitus audiat. caput imperii et decora omnium provinciarum ad poenam vocare non hercule illi, quos cum maxime Vitellius in nos ciet, Germani audeant. ulline Italiae alumni et Romana vere iuventus ad sanguinem et caedem depoposcerit ordinem, cuius splendore et gloria sordis et obscuritatem Vitellianarum partium praestringimus? nationes aliquas occupavit Vitellius, imaginem quandam exercitus habet, senatus nobiscum est: sic fit ut hinc res publica, inde hostes rei publicae constiterint. quid? vos pulcherrimam hanc urbem domibus et tectis et congestu lapidum stare creditis? muta ista et inanima intercidere ac reparari promisca sunt: aeternitas rerum et pax gentium et mea cum vestra salus incolumitate senatus firmatur. hunc auspicato a parente et conditore urbis nostrae institutum et a regibus usque ad principes continuum et immortalem, sicut a maioribus accepimus, sic posteris tradamus; nam ut ex vobis senatores, ita ex senatoribus principes nascuntur."

[85] Et oratio ad perstringendos mulcendosque militum animos et severitatis modus (neque enim in plaris quam in duos animadverti iusserat) grate accepta compositique ad praesens qui coerceri non poterant. non tamen quies urbi redierat: strepitus telorum et facies belli, [et] militibus ut nihil in commune turbantibus, ita sparsis per domos occulto habitu, et maligna cura in omnis, quos nobilitas aut opes aut aliqua insignis claritudo rumoribus obiecerat: Vitellianos quoque milites venisse in urbem ad studia partium noscenda plerique credebant: unde plena omnia suspicionum et vix secreta domuum sine formidine. sed plurimum trepidationis in publico, ut quemque nuntium fama attulisset, animum vultumque conversis, ne diffidere dubiis ac parum gaudere prosperis viderentur. coacto vero in curiam senatu arduus rerum omnium modus, ne contumax silentium, ne suspecta libertas; et privato Othoni nuper atque eadem dicenti nota adulatio. igitur versare sententias et huc atque illuc torquere, hostem et parricidam Vitellium vocantes, providentissimus quisque

vulgaribus conviciis, quidam vera probra iacere, in clamore tamen et ubi plurimae voces, aut tumultu verborum sibi ipsi obstrepentes.

[86] Prodigia insuper terrebant diversis auctoribus vulgata: vestibulo Capitolii omissas habenas bigae, cui Victoria institerat, erupisse cella Iunonis maiorem humana speciem, statuam divi Iulii in insula Tiberini amnis sereno et immoto die ab occidente in orientem conversam, prolocutum in Etruria bovem, insolitos animalium partus, et plura alia rudibus saeculis etiam in pace observata, quae nunc tantum in metu audiuntur. sed praecipuus et cum praesenti exitio etiam futuri pavor subita inundatione Tiberis, qui immenso auctu proruto ponte sublicio ac strage obstantis molis refusus, non modo iacentia et plana urbis loca, sed secreta eius modi casuum implevit: rapti e publico plerique, plures in tabernis et cubilibus intercepti. fames in vulgus inopia quaestus et penuria alimentorum. corrupta stagnantibus aquis insularum fundamenta, dein remeante flumine dilapsa. utque primum vacuus a periculo animus fuit, id ipsum quod paranti expeditionem Othoni campus Martius et via Flaminia iter belli esset obstructum fortuitis vel naturalibus causis in prodigium et omen imminentium cladum vertebatur.

[87] Otho lustrata urbe et expensis bello consiliis, quando Poeninae Cottiaeque Alpes et ceteri Galliarum aditus Vitellianis exercitibus claudebantur, Narbonensem Galliam adgredi statuit classe valida et partibus fida, quod reliquos caesorum ad pontem Mulvium et saevitia Galbae in custodia habitos in numeros legionis composuerat, facta et ceteris spe honoratae in posterum militiae. addidit classi urbanas cohortis et plerosque e praetorianis, viris et robur exercitus atque ipsis ducibus consilium et custodes. summa expeditionis Antonio Novello, Suedio Clementi primipilaribus, Aemilio Pacensi, cui ademptum a Galba tribunatum reddiderat, permissa. curam navium Moschus libertus retinebat ad observandam honestiorum fidem immutatus. peditum equitumque copiis Suetonius Paulinus, Marius Celsus, Annius Gallus rectores destinati, sed plurima fides Licinio Proculo praetorii praefecto. is urbanae militiae impiger, bellorum insolens, auctoritatem Paulini, vigorem Celsi, maturitatem Galli, ut cuique erat, criminando, quod facillimum factu est, pravus et callidus bonos et modestos anteibat.

[88] Sepositus per eos dies Cornelius Dolabella in coloniam Aquinatem, neque arcta custodia neque obscura, nullum ob crimen, sed vetusto nomine et propinquitate Galbae monstratus. multos e magistratibus, magnam consularium partem Otho non participes aut ministros bello, sed comitum specie secum expedire iubet, in quis et Lucium Vitellium, eodem quo ceteros cultu, nec ut imperatoris fratrem nec ut hostis. igitur motae urbis curae; nullus ordo metu aut periculo vacuus. primores senatus aetate invalidi et longa pace desides, segnis et oblita bellorum nobilitas, ignarus militiae eques, quanto magis occultare et abdere pavorem nitebantur, manifestius pavidi. nec deerant e contrario qui ambitione stolidi conspicua arma, insignis equos, quidam luxuriosos apparatus convivorum et inritamenta libidinum ut instrumentum belli mercarentur. sapientibus quietis et rei publicae cura; levissimus quisque et futuri improvidus spe vana tumens; multi adflicta fide in pace anxii, turbatis rebus alacres et per incerta tutissimi.

[89] Sed vulgus et magnitudine nimia communium curarum expertus populus sentire paulatim belli mala, conversa in militum usum omni pecunia, intentis alimentorum pretiis, quae motu Vindicis haud perinde plebem attriverant, secreta tum urbe et provinciali bello, quod inter legiones Galliasque velut externum fuit. nam ex quo divus Augustus res Caesarum composuit, procul et in unius sollicitudinem aut decus populus Romanus bellaverat; sub Tiberio et Gaio tantum pacis adversa [ad] rem publicam pertinere; Scriboniani contra Claudium incepta simul audita et coercita; Nero nuntiis magis et rumoribus quam armis depulsus: tum legiones classesque et, quod raro alias, praetorianus urbanusque miles in aciem deducti, Oriens Occidensque et quicquid utrimque virium est a tergo, si ducibus aliis bellatum foret, longo bello materia. fuere qui proficiscenti Othoni moras

religionemque nondum conditorum ancilium adferrent: aspernatus est omnem cunctationem ut Neroni quoque exitiosam; et Caecina iam Alpes transgressus extimulabat.

[90] Pridie idus Martias commendata patribus re publica reliquias Neronianarum sectionum nondum in fiscum conversas revocatis ab exilio concessit, iustissimum donum et in speciem magnificum, sed festinata iam pridem exactione usu sterile. mox vocata contione maiestatem urbis et consensum populi ac senatus pro se attollens, adversum Vitellianas partis modeste disseruit, inscitiam potius legionum quam audaciam increpans, nulla Vitellii mentione, sive ipsius ea moderatio, seu scriptor orationis sibi metuens contumeliis in Vitellium abstinuit, quando, ut in consiliis militiae Suetonio Paulino et Mario Celso, ita in rebus urbanis Galeri Trachali ingenio Othonem ut credebatur; et erant qui genus ipsum orandi noscerent, crebro fori usu celebre et ad implendas populi aures latum et sonans. clamor vocesque vulgi ex more adulandi nimiae et falsae: quasi dictatorem Caesarem aut imperatorem Augustum prosequerentur, ita studiis votisque certabant, nec metu aut amore, sed ex libidine servitii: ut in familiis, privata cuique stimulatio, et vile iam decus publicum. profectus Otho quietem urbis curasque imperii Salvio Titiano fratri permisit.

LIBER SECVNDVS

[1] Struebat iam fortuna in diversa parte terrarum initia causasque imperio, quod varia sorte laetum rei publicae aut atrox, ipsis principibus prosperum vel exitio fuit. Titus Vespasianus, e Iudaea incolumi adhuc Galba missus a patre, causam profectionis officium erga principem et maturam petendis honoribus iuventam ferebat, sed vulgus fingendi avidum disperserat accitum in adoptionem. materia sermonibus senium et orbitas principis et intemperantia civitatis, donec unus eligatur, multos destinandi. augebat famam ipsius Titi ingenium quantaecumque fortunae capax, decor oris cum quadam maiestate, prosperae Vespasiani res, praesaga responsa, et inclinatis ad credendum animis loco ominum etiam fortuita. ubi Corinthi, Achaiae urbe, certos nuntios accepit de interitu Galbae et aderant qui arma Vitellii bellumque adfirmarent, anxius animo paucis amicorum adhibitis cuncta utrimque perlustrat: si pergeret in urbem, nullam officii gratiam in alterius honorem suscepti, ac se Vitellio sive Othoni obsidem fore: sin rediret, offensam haud dubiam victoris, set incerta adhuc victoria et concedente in partis patre filium excusatum. sin Vespasianus rem publicam susciperet, obliviscendum offensarum de bello agitantibus.

[2] His ac talibus inter spem metumque iactatum spes vicit. fuerunt qui accensum desiderio Berenices reginae vertisse iter crederent; neque abhorrebat a Berenice iuvenilis animus, sed gerendis rebus nullum ex eo impedimentum. laetam voluptatibus adulescentiam egit, suo quam patris imperio moderatior. igitur oram Achaiae et Asiae ac laeva maris praevectus, Rhodum et Cyprum insulas, inde Syriam audentioribus spatiis petebat. atque illum cupido incessit adeundi visendique templum Paphiae Veneris, inclitum per indigenas advenasque. haud fuerit longum initia religionis, templi ritum, formam deae (neque enim alibi sic habetur) paucis disserere.

[3] Conditorem templi regem Aeriam vetus memoria, quidam ipsius deae nomen id perhibent. fama recentior tradit a Cinyra sacratum templum deamque ipsam conceptam mari huc adpulsam; sed scientiam artemque haruspicum accitam et Cilicem Tamiram intulisse, atque ita pactum ut familiae utriusque posterii caerimoniis praesiderent. mox, ne honore nullo regium genus peregrinam stirpem antecelleret, ipsa quam intulerant scientia hospites cessere: tantum Cinyrades sacerdos consulitur. hostiae, ut quisque vovit, sed mares deliguntur: certissima fides haedorum fibris. sanguinem arae obfundere vetitum: precibus et igne puro altaria adolentur, nec ullis imbribus quamquam in aperto madescunt. simulacrum deae non effigie humana, continuus orbis latiore initio tenuem in ambitum metae modo exurgens, set ratio in obscuro.

[4] Titus spectata opulentia donisque regum quaeque alia laetum antiquitatibus Graecorum genus incertae vetustati adfingit, de navigatione primum consuluit. postquam pandi viam et mare prosperum accepit, de se per ambages interrogat caesis compluribus hostiis. Sostratus (sacerdotis id nomen erat) ubi laeta et congruentia exta magnisque consultis adnuere deam videt, pauca in praesens et solita respondens, petito secreto futura aperit. Titus aucto animo ad patrem pervectus suspensis provinciarum et exercituum mentibus ingens rerum fiducia accessit. Profligaverat bellum Iudaicum Vespasianus, obpugnatione Hierosolymorum reliqua, duro magis et arduo opere ob ingenium montis et pervicaciam superstitionis quam quo satis virium obsessis ad tolerandas necessitates supereset. tres, ut supra memoravimus, ipsi Vespasiano legiones erant, exercitae bello: quattuor Mucianus obtinebat in pace, sed aemulatio et proximi exercitus gloria depulerat segnitiam, quantumque illis roboris discrimina et labor, tantum his vigoris addiderat integra quies et inexperti belli ~labor. auxilia utriusque cohortium alarumque et classes regesque ac nomen dispari fama celebre.

[5] Vespasianus acer militiae anteire agmen, locum castris capere, noctu diuque consilio ac, si res posceret, manu hostibus obniti, cibo fortuito, veste habituque vix a gregario milite discrepans; prorsus, si avaritia abesset, antiquis ducibus par. Mucianum e contrario magnificentia et opes et cuncta privatum modum supergressa extollebant; aptior sermone, dispositu provisuque civilium rerum peritus: egregium principatus temperamentum, si demptis utriusque vitiis solae virtutes miscerentur. ceterum hic Syriae, ille Iudaeae praepositus, vicinis provinciarum administrationibus invidia discordes, exitu demum Neronis positus odiis in medium consulere, primum per amicos, dein praecipua concordiae fides Titus prava certamina communi utilitate aboleverat, natura atque arte compositus adliciendis etiam Muciani moribus. tribuni centurionesque et vulgus militum industria licentia, per virtutes per voluptates, ut cuique ingenium, adsciscebantur.

[6] Antequam Titus adventaret sacramentum Othonis acceperat uterque exercitus, praecipitibus, ut adsolet, nuntiis et tarda mole civilis belli, quod longa concordia quietus Oriens tunc primum parabat. namque olim validissima inter se civium arma in Italia Galliave viribus Occidentis coepta; et Pompeio, Cassio, Bruto, Antonio, quos omnis trans mare secutum est civile bellum, haud prosperi exitus fuerant; auditique saepius in Syria Iudaeaque Caesares quam inspecti. nulla seditio legionum, tantum adversus Parthos minae, vario eventu; et proximo civili bello turbatis aliis inconcussa ibi pax, dein fides erga Galbam. mox, ut Othonem ac Vitellium scelestis armis res Romanas raptum ire vulgatum est, ne penes ceteros imperii praemia, penes ipsos tantum servitii necessitas esset, fremere miles et viris suas circumspicere. septem legiones statim et cum ingentibus auxiliis Syria Iudaeaque; inde continua Aegyptus duaeque legiones, hinc Cappadocia Pontusque et quicquid castrorum Armeniis praetenditur. Asia et ceterae provinciae nec virorum inopes et pecunia opulentae. quantum insularum mari cingitur, et parando interim bello secundum tutumque ipsum mare.

[7] Non fallebat duces impetus militum, sed bellantibus aliis placuit expectari. bello civili victores victosque numquam solida fide coalescere, nec referre Vitellium an Othonem superstitem fortuna faceret. rebus secundis etiam egregios duces inolescere: discordia militis ignavia luxurie et suismet vitiis alterum bello, alterum victoria periturum. igitur arma in occasionem distulere, Vespasianus Mucianusque nuper, ceteri olim mixtis consiliis; optimus quisque amore rei publicae, multos dulcedo praedarum stimulabat, alios ambiguae domi res: ita boni malique causis diversis, studio pari, bellum omnes cupiebant.

[8] Sub idem tempus Achaia atque Asia falso exterritae velut Nero adventaret, vario super exitu eius rumore eoque pluribus vivere eum fingentibus credentibusque. ceterorum casus conatusque in contextu operis dicemus: tunc servus e Ponto sive, ut alii tradidere, libertinus ex Italia, citharae et cantus peritus, unde illi super similitudinem oris propior ad fallendum fides, adiunctis desertoribus, quos inopia vagos ingentibus promissis corruperat, mare ingreditur; ac vi tempestatum Cythnum insulam detrusus et militum quosdam ex Oriente commeantium adscivit vel abnueatis interfici iussit, et spoliatis negotiatoribus mancipiorum valentissimum quemque armavit. centurionemque Sisennam dextras, concordiae insignia, Syriaci exercitus nomine ad praetorianos ferentem variis artibus adgressus est, donec Sisenna clam relicta insula trepidus et vim metuens aufugeret. inde late terror: multi ad celebritatem nominis erecti rerum novarum cupidine et odio praesentium. gliscentem in dies famam fors discussit.

[9] Galatiam ac Pamphyliam provincias Calpurnio Asprenati regendas Galba permiserat. datae e classe Misenensi duae triremes ad prosequendum, cum quibus Cythnum insulam tenuit: nec defuere qui trierarchos nomine Neronis accirent. is in maestitiam compositus et fidem suorum quondam militum invocans, ut eum in Syria aut Aegypto sisterent orabat. trierarchi, nutantes seu dolo, adloquendos sibi milites et paratis omnium animis reversuros firmaverunt. sed Asprenati

cuncta ex fide nuntiata, cuius cohortatione expugnata navis et interfectus quisquis ille erat. corpus, insigne oculis comaque et torvitate vultus, in Asiam atque inde Romam pervectum est.

[10] In civitate discordi et ob crebras principum mutationes inter libertatem ac licentiam incerta parvae quoque res magnis motibus agebantur. Vibius Crispus, pecunia potentia ingenio inter claros magis quam inter bonos, Annium Faustum equestris ordinis, qui temporibus Neronis delationes factitaverat, ad cognitionem senatus vocabat; nam recens Galbae principatu censuerant patres, ut accusatorum causae noscerentur. id senatus consultum varie iactatum et, prout potens vel inops reus inciderat, infirmum aut validum, retinebat adhuc [aliquid] terroris. et propria vi Crispus incubuerat delatorem fratris sui pervertere, traxeratque magnam senatus partem, ut indefensum et inauditum dedi ad exitium postularent. contra apud alios nihil aequae reo proderat quam nimia potentia accusatoris: dari tempus, edi crimina, quamvis invisum ac nocentem more tamen audiendum censebant. et valere primo dilataque in paucos dies cognitio: mox damnatus est Faustus, nequaquam eo adsensu civitatis quem pessimis moribus meruerat: quippe ipsum Crispum easdem accusationes cum praemio exercuisse meminerant, nec poena criminis sed ultor displicebat.

[11] Laeta interim Othoni principia belli, motis ad imperium eius e Dalmatia Pannoniaque exercitibus. fuere quattuor legiones, e quibus bina milia praemissa; ipsae modicis intervallis sequebantur, septima a Galba conscripta, veteranae undecima ac tertia decima et praecipui fama quartadecumani, rebellione Britanniae compressa. addiderat gloriam Nero eligendo ut potissimos, unde longa illis erga Neronem fides et erecta in Othonem studia. sed quo plus virium ac roboris e fiducia tarditas inerat. agmen legionum alae cohortesque praeveniebant; et ex ipsa urbe haud spernenda manus, quinque praetoriae cohortes et equitum vexilla cum legione prima, ac deforme insuper auxilium, duo milia gladiatorum, sed per civilia arma etiam severis ducibus usurpatum. his copiis rector additus Annius Gallus, cum Vestricio Spurinna ad occupandas Padi ripas praemissus, quoniam prima consiliorum frustra ceciderant, transgresso iam Alpibus Caecina, quem sisti intra Gallias posse speraverat. ipsum Othonem comitabantur speculatorum lecta corpora cum ceteris praetoriis cohortibus, veterani e praetorio, classicorum ingens numerus. nec illi segne aut corruptum luxu iter, sed lorica ferrea usus est et ante signa pedes ire, horridus, incomptus famaeque dissimilis.

[12] Blandiebatur coeptis fortuna, possessa per mare et navis maiore Italiae parte penitus usque ad initium maritimarum Alpium, quibus temptandis adgrediendaeque provinciae Narbonensi Suedium Clementem, Antonium Novellum, Aemilium Pacensem duces dederat. sed Pacensis per licentiam militum vinctus, Antonio Novello nulla auctoritas: Suedius Clemens ambitioso imperio regebat, ut adversus modestiam disciplinae corruptus, ita proeliorum avidus. non Italia adiri nec loca sedesque patriae videbantur: tamquam externa litora et urbes hostium urere, vastare, rapere eo atrocius quod nihil usquam provisum adversum metus. pleni agri, apertae domus; occursantes domini iuxta coniuges et liberos securitate pacis et belli malo circumveniebantur. maritimas tum Alpibus tenebat procurator Marius Maturus. is concita gente (nec deest iuventus) arcere provinciae finibus Othonianos intendit: sed primo impetu caesi disiectique montani, ut quibus temere collectis, non castra, non ducem noscitantibus, neque in victoria decus esset neque in fuga flagitium.

[13] Inritatus eo proelio Othonis miles vertit iras in municipium Albintimilium. quippe in acie nihil praedae, inopes agrestes et vilia arma; nec capi poterant, pernix genus et gnari locorum: sed calamitatibus insontium expleta avaritia. auxit invidiam praeclaro exemplo femina Ligus, quae filio abdito, cum simul pecuniam occultari milites credidissent eoque per cruciatus interrogarent ubi filium occuleret, utrum ostendens latere respondit, nec ullis deinde terroribus aut morte constantiam vocis egregiae mutavit.

[14] Imminere provinciae Narbonensi, in verba Vitellii adactae, classem Othonis trepidi nuntii

Fabio Valenti attulere; aderant legati coloniarum auxilium orantes. duas Tungrorum cohortis, quattuor equitum turmas, universam Trevirorum alam cum Iulio Classico praefecto misit, e quibus pars in colonia Foroiuliensi retenta, ne omnibus copiis in terrestre iter versis vacuo mari classis adceleraret. duodecim equitum turmae et lecti e cohortibus adversus hostem iere, quibus adiuncta Ligurum cohors, vetus loci auxilium, et quingenti Pannonii, nondum sub signis. nec mora proelio: sed acies ita instructa ut pars classicorum mixtis paganis in collis mari propinquos exurgeret, quantum inter collis ac litus aequi loci praetorianus miles expleret, in ipso mari ut adnexa classis et pugnae parata conversa et minaci fronte praetenderetur: Vitelliani, quibus minor peditum vis, in equite robur, Alpinos proximis iugis, cohortis densis ordinibus post equitem locant. Trevirorum turmae obtulere se hosti incaute, cum exciperet contra veteranus miles, simul a latere saxis urgeret apta ad iaciendum etiam paganorum manus, qui sparsi inter milites, strenui ignavique, in victoria idem audebant. additus percussis terror invecta in terga pugnantium classe: ita undique clausi, deletaeque omnes copiae forent ni victorem exercitum attinisset obscurum noctis, obtentui fugientibus.

[15] Nec Vitelliani quamquam victi quievire: accitis auxiliis securum hostem ac successu rerum socordius agentem invadunt. caesi vigiles, perrupta castra, trepidatum apud navis, donec sidente paulatim metu, occupato iuxta colle defensi, mox inrupere. atrox ibi caedes, et Tungrorum cohortium praefecti sustentata diu acie telis obruuntur. ne Othonianis quidem incruenta victoria fuit, quorum improvide secutos conversi equites circumvenerunt. ac velut pactis indutiis, ne hinc classis inde eques subitam formidinem inferrent, Vitelliani retro Antipolim Narbonensis Galliae municipium, Othoniani Albingaunum interioris Liguriaere revertere.

[16] Corsicam ac Sardiniam ceterasque proximi maris insulas fama victricis classis in partibus Othonis tenuit. sed Corsicam prope adflixit Decumi Pacarii procuratoris temeritas, tanta mole belli nihil in summam profutura, ipsi exitiosa. namque Othonis odio iuvare Vitellium Corsorum viribus statuit, inani auxilio etiam si provenisset. vocatis principibus insulae consilium aperit, et contra dicere ausos, Claudium Pyrrichum trierarchum Liburnicarum ibi navium, Quintium Certum equitem Romanum, interfici iubet: quorum morte exterriti qui aderant, simul ignara et alieni metus socia imperitorum turba in verba Vitellii iuravere. sed ubi dilectum agere Pacarius et inconditos homines fatigare militiae muneribus coepit, laborem insolitum perosi infirmitatem suam reputabant: insulam esse quam incolerent, et longe Germaniam virisque legionum; direptos vastatosque classe etiam quos cohortes alaeque protegerent. et aversi repente animi, nec tamen aperta vi: aptum tempus insidiis legere. digressis qui Pacarium frequentabant, nudus et auxilii inops balineis interficitur; trucidati et comites. capita ut hostium ipsi interfectores ad Othonem tulere; neque eos aut Otho praemio adfecit aut puniit Vitellius, in multa conluvie rerum maioribus flagitiis permixtos.

[17] Aperuerat iam Italiam bellumque transmiserat, ut supra memoravimus, ala Siliana, nullo apud quemquam Othonis favore, nec quia Vitellium mallent, sed longa pax ad omne servitium fregerat facilis occupantibus et melioribus incuriosos. florentissimum Italiae latus, quantum inter Padum Alpisque camporum et urbium, armis Vitellii (namque et praemissae a Caecina cohortes advenerant) tenebatur. capta Pannoniorum cohors apud Cremonam; intercepti centum equites ac mille classici inter Placentiam Ticinumque. quo successu Vitellianus miles non iam flumine aut ripis arcebatur; inritabat quin etiam Batavos transrhenanosque Padus ipse, quem repente contra Placentiam transgressi raptis quibusdam exploratoribus ita ceteros terruere ut adesse omnem Caecinae exercitum trepidi ac falsi nuntiarent.

[18] Certum erat Spurrinae (is enim Placentiam optinebat) necdum venisse Caecinam et, si propinquaret, coercere intra munimenta militem nec tris praetorias cohortis et mille vexillarios cum paucis equitibus veterano exercitui obicere: sed indomitus miles et belli ignarus correptis signis

vexillisque ruere et retinenti duci tela intentare, spretis centurionibus tribunisque: quin prodi Othonem et accitum Caecinam clamitabant. fit temeritatis alienae comes Spurrinna, primo coactus, mox velle simulans, quo plus auctoritatis inesset consiliis si seditio mitesceret.

[19] Postquam in conspectu Padus et nox adpetebat vallari castra placuit. is labor urbano militi insolitus contundit animos. tum vetustissimus quisque castigare credulitatem suam, metum ac discrimen ostendere si cum exercitu Caecina patentibus campis tam paucas cohortis circumfudisset. iamque totis castris modesti sermones, et inserentibus se centurionibus tribunisque laudari providentia ducis quod coloniam virium et opum validam robur ac sedem bello legisset. ipse postremo Spurrinna, non tam culpam exprobrans quam rationem ostendens, relictis exploratoribus ceteros Placentiam reduxit minus turbidos et imperia accipientis. solidati muri, propugnacula addita, auctae tures, provisa parataque non arma modo sed obsequium et parendi amor, quod solum illis partibus defuit, cum virtutis haud paeniteret.

[20] At Caecina, velut relicta post Alpibus saevitia ac licentia, modesto agmine per Italiam incessit. ornatum ipsius municipia et coloniae in superbiam trahebant, quod versicolori sagulo, bracas [barbarum tegmen] indutus togatos adloqueretur. uxorem quoque eius Saloninam, quamquam in nullius iniuriam insignis equo ostroque veheretur, tamquam laesi gravabantur, insita mortalibus natura recentem aliorum felicitatem acerbis oculis introspicere modumque fortunae a nullis magis exigere quam quos in aequo viderunt. Caecina Padum transgressus, temptata Othonianorum fide per colloquium et promissa, isdem petitus, postquam pax et concordia speciosis et inritis nominibus iactata sunt, consilia curasque in obpugnationem Placentiae magno terrore vertit, gnarus ut initia belli provenissent famam in cetera fore.

[21] Sed primus dies impetu magis quam veterani exercitus artibus transactus: aperti incautique muros subiere, cibo vinoque praegraves. in eo certamine pulcherrimum amphitheatrum opus, situm extra muros, conflagravit, sive ab obpugnatoribus incensum, dum faces et glandis et missilem ignem in obsessos iaculantur, sive ab obsessis, dum regerunt. municipale vulgus, primum ad suspiciones, fraude inlata ignis alimenta credidit a quibusdam ex vicinis coloniis invidia et aemulatione, quod nulla in Italia moles tam capax foret. quocumque casu accidit, dum atrociora metuebantur, in levi habitum, reddita securitate, tamquam nihil gravius pati potuissent, maerebant. ceterum multo suorum cruore pulsus Caecina, et nox parandis operibus absumpta. Vitelliani pluteos cratisque et vineas subfodiendis muris protegendisque obpugnatoribus, Othoniani sudis et immensas lapidum ac plumbi aerisque molis perfringendis obruendisque hostibus expediunt. utrimque pudor, utrimque gloria et diversae exhortationes hinc legionum et Germanici exercitus robur, inde urbanae militiae et praetoriarum cohortium decus attollentium; illi ut segnem et desidem et circo ac theatris corruptum militem, hi peregrinum et externum increpabant. simul Othonem ac Vitellium celebrantes culpantesve uberioribus inter se probris quam laudibus stimulabantur.

[22] Vix dum orto die plena propugnatoribus moenia, fulgentes armis virisque campi: densum legionum agmen, sparsa auxiliorum manus altiora murorum sagittis aut saxis incessere, neglecta aut aevo fluxa comminus adgredi. ingerunt desuper Othoniani pila librato magis et certo ictu adversus temere subeuntis cohortis Germanorum, cantu truci et more patrio nudis corporibus super umeros scuta quatentium. legionarius pluteis et cratibus tectus subruit muros, instruit aggerem, molitur portas: contra praetoriani dispositos ad id ipsum molaris ingenti pondere ac fragore provolvunt. pars subeuntium obruti, pars confixi et exangues aut lacri: cum augeter stragem trepidatio eoque acrius e moenibus vulnerarentur, rediere infracta partium fama. et Caecina pudore coepta temere obpugnationis, ne inrisus ac vanus isdem castris adsideret, trajecto rursus Pado Cremonam petere intendit. tradidere sese abeunti Turullius Cerialis cum compluribus classicis et Iulius Briganticus cum paucis equitum, hic praefectus alae in Batavis genitus, ille primipilaris et Caecinae haud

alienus, quod ordines in Germania duxerat.

[23] Spurrina comperto itinere hostium defensam Placentiam, quaeque acta et quid Caecina pararet, Annum Gallum per litteras docet. Gallus legionem primam in auxilium Placentiae ducebat, diffusus paucitati cohortium, ne longius obsidium et vim Germanici exercitus parum tolerarent. ubi pulsum Caecinam pergere Cremonam accepit, aegre coercitam legionem et pugnandi ardore usque ad seditionem progressam Bedriaci sistit. inter Veronam Cremonamque situs est vicus, duabus iam Romanis cladibus notus infaustusque. Isdem diebus a Martio Macro haud procul Cremona prospere pugnatum; namque promptus animi Martius transvectos navibus gladiatores in adversam Padi ripam repente effudit. turbata ibi Vitellianorum auxilia, et ceteris Cremonam fugientibus caesi qui restiterant: sed repressus vincentium impetus ne novis subsidiis firmati hostes fortunam proelii mutarent. suspectum id Othonianis fuit, omnia ducum facta prave aestimantibus. certatim, ut quisque animo ignavus, procax ore, Annum Gallum et Suetonium Paulinum et Marium Celsum—nam eos quoque Otho praefecerat—variis criminibus incessebant. acerrima seditionum ac discordiae incitamenta, interfectores Galbae scelere et metu vaecordes miscere cuncta, modo palam turbidis vocibus, modo occultis ad Othonem litteris; qui humillimo cuique credulus, bonos metuens trepidabat, rebus prosperis incertus et inter adversa melior. igitur Titianum fratrem accitum bello praeposuit.

[24] Interea Paulini et Celsi ductu res egregie gestae. angebant Caecinam nequiquam omnia coepta et senescens exercitus sui fama. pulsus Placentia, caesis nuper auxiliis, etiam per concursum exploratorum, crebra magis quam digna memoratu proelia, inferior, propinquante Fabio Valente, ne omne belli decus illuc concederet, recipere gloriam avidius quam consultius properabat. ad duodecimum a Cremona (locus Castorum vocatur) ferocissimos auxiliarium imminentibus viae lucis occultos componit: equites procedere longius iussi et inritato proelio sponte refugi festinationem sequentium elicere, donec insidiae coererentur. proditum id Othonianis ducibus, et curam peditum Paulinus, equitum Celsus sumpsere. tertiae decimae legionis vexillum, quattuor auxiliorum cohortes et quingenti equites in sinistro locantur; aggerem viae tres praetoriae cohortes altis ordinibus obtinere; dextra fronte prima legio incessit cum duabus auxiliariis cohortibus et quingentis equitibus: super hos ex praetorio auxiliisque mille equites, cumulus prosperis aut subsidium laborantibus, ducebantur.

[25] Antequam miscerentur acies, terga vertentibus Vitellianis, Celsus doli prudens repressit suos: Vitelliani temere exurgentes cedente sensim Celso longius secuti ultro in insidias praecipitantur; nam a lateribus cohortes, legionum adversa frons, et subito discursu terga cinxerant equites. signum pugnae non statim a Suetonio Paulino pediti datum: cunctator natura et cui cauta potius consilia cum ratione quam prospera ex casu placerent, compleri fossas, aperiri campum, pandi aciem iubebat, satis cito incipi victoriam ratus ubi provisum foret ne vincerentur. ea cunctatione spatium Vitellianis datum in vineas nexu traducum impeditas refugiendi; et modica silva adhaerebat, unde rursus ausi promptissimos praetorianorum equitum interfecere. vulneratur rex Epiphanes, impigre pro Othone pugnam ciens.

[26] Tum Othonianus pedes erupit; protrita hostium acie versi in fugam etiam qui subveniebant; nam Caecina non simul cohortis sed singulas acciverat, quae res in proelio trepidationem auxit, cum dispersos nec usquam validos pavor fugientium abriperet. orta et in castris seditio quod non universi ducerentur: vincus praefectus castrorum Iulius Gratus, tamquam fratri apud Othonem militanti proditorem ageret, cum fratrem eius, Iulium Frontonem tribunum, Othoniani sub eodem crimine vinxissent. ceterum ea ubique formido fuit apud fugientis occurrentis, in acie pro vallo, ut deleri cum universo exercitu Caecinam potuisse, ni Suetonius Paulinus receptui cecinisset, utrisque in partibus percrebruerit. timuisse se Paulinus ferebat tantum insuper laboris

atque itineris, ne Vitellianus miles recens e castris fessos adgrederetur et percussis nullum retro subsidium foret. apud paucos ea ducis ratio probata, in vulgus adverso rumore fuit.

[27] Haud proinde id damnum Vitellianos in metum compulit quam ad modestiam composuit: nec solum apud Caecinam, qui culpam in militem conferebat seditioni magis quam proelio paratum: Fabii quoque Valentis copiae (iam enim Ticinum venerat) posito hostium contemptu et recipiendi decoris cupidine reverentius et aequalius duci parebant. gravis alioquin seditio exarserat, quam altiore initio (neque enim rerum a Caecina gestarum ordinem interrumpi oportuerat) repetam. cohortes Batavorum, quas bello Neronis a quarta decima legione digressas, cum Britanniam peterent, audito Vitellii motu in civitate Lingonum Fabio Valenti adiunctas rettulimus, superbe agebant, ut cuiusque legionis tentoria accessissent, coercitos a se quartadecimanos, ablatam Neroni Italiam atque omnem belli fortunam in ipsorum manu sitam iactantes. contumeliosum id militibus, acerbum duci; corrupta iurgiis aut rixis disciplina; ad postremum Valens e petulantia etiam perfidiam suspectabat.

[28] Igitur nuntio adlato pulsam Trevirorum alam Tungrosque a classe Othonis et Narbonensem Galliam circumiri, simul cura socios tuendi et militari astu cohortis turbidas ac, si una forent, praevalidas dispergendi, partem Batavorum ire in subsidium iubet. quod ubi auditum vulgatumque, maerere socii, fremere legiones. orbari se fortissimorum virorum auxilio; veteres illos et tot bellorum victores, postquam in conspectu sit hostis, velut ex acie abduci. si provincia urbe et salute imperii potior sit, omnes illuc sequerentur; sin victoriae [sanitas sustentaculum] columen in Italia verteretur, non abrumpendos ut corpori validissimos artus.

[29] Haec ferociter iactando, postquam immissis lictoribus Valens coercere seditionem coeptabat, ipsum invadunt, saxa iaciunt, fugientem sequuntur. spolia Galliarum et Viennensium aurum, pretia laborum suorum, occultare clamitantes, direptis sarcinis tabernacula ducis ipsamque humum pilis et lanceis rimabantur; nam Valens servili veste apud decurionem equitum tegebatur. tum Alfenus Varus praefectus castrorum, deflagrante paulatim seditione, addit consilium, vetitis obire vigiliis centurionibus, omisso tubae sono, quo miles ad belli munia cietur. igitur torpere cuncti, circumspectare inter se attoniti et id ipsum quod nemo regeret paventes; silentio, patientia, postremo precibus ac lacrimis veniam quaerebant. ut vero deformis et flens et praeter spem incolumis Valens processit, gaudium miseratio favor: versi in laetitiam, ut est vulgus utroque immodicum, laudantes gratantesque circumdatum aquilis signisque in tribunal ferunt. ille utili moderatione non supplicium cuiusquam poposcit, ac ne dissimulans suspectior foret, paucos incusavit, gnarus civilibus bellis plus militibus quam ducibus licere.

[30] Munientibus castra apud Ticinum de adversa Caecinae pugna adlatum, et prope renovata seditio tamquam fraude et cunctationibus Valentis proelio defuissent: nolle requiem, non expectare ducem, anteire signa, urgere signiferos; rapido agmine Caecinae iunguntur. improspira Valentis fama apud exercitum Caecinae erat: expositos se tanto pauciores integris hostium viribus querebantur, simul in suam excusationem et adventantium robur per adulationem attollentes, ne ut victi et ignavi despectarentur. et quamquam plus virium, prope duplicatus legionum auxiliorumque numerus erat Valenti, studia tamen militum in Caecinam inclinabant, super benignitatem animi, qua promptior habebatur, etiam vigore aetatis, proceritate corporis et quodam inani favore. hinc aemulatio ducibus: Caecina ut foedum ac maculosum, ille ut tumidum ac vanum inridebant. sed condito odio eandem utilitatem fovere, crebris epistulis sine respectu veniae probra Othoni obiectantes, cum duces partium Othonis quamvis uberrima conviciorum in Vitellium materia abstinerent.

[31] Sane ante utriusque exitum, quo egregiam Otho famam, Vitellius flagitiosissimam

meruere, minus Vitellii ignavae voluptates quam Othonis flagrantissimae libidines timebantur: addiderat huic terrorem atque odium caedes Galbae, contra illi initium belli nemo imputabat. Vitellius ventre et gula sibi inhonestus, Otho luxu saevitia audacia rei publicae exitiosior ducebatur. Coniunctis Caecinae ac Valentis copiis nulla ultra penes Vitellianos mora quin totis viribus certarent: Otho consultavit trahi bellum an fortunam experiri placeret.

[32] Tunc Suetonius Paulinus dignum fama sua ratus, qua nemo illa tempestate militaris rei callidior habebatur, de toto genere belli censere, festinationem hostibus, moram ipsis utilem disseruit: exercitum Vitellii universum advenisse, nec multum virium a tergo, quoniam Galliae tumeant et deserere Rheni ripam inrupturis tam infestis nationibus non conducat; Britannicum militem hoste et mari distineri: Hispanias armis non ita redundare; provinciam Narbonensem incursu classis et adverso proelio contremuisse; clausam Alpibus et nullo maris subsidio transpadanam Italiam atque ipso transitu exercitus vastam; non frumentum usquam exercitui, nec exercitum sine copiis retineri posse: iam Germanos, quod genus militum apud hostis atrocissimum sit, tracto in aestatem bello, fluxis corporibus, mutationem soli caelique haud toleraturos. multa bella impetu valida per taedia et moras evanuisse. contra ipsis omnia opulenta et fida, Pannoniam Moesiam Dalmatiam Orientem cum integris exercitibus, Italiam et caput rerum urbem senatumque et populum, numquam obscura nomina, etiam si aliquando obumbrentur; publicas privatasque opes et immensam pecuniam, inter civilis discordias ferro validiorem; corpora militum aut Italiae sueta aut aestibus; obiacere flumen Padum, tutas viris murisque urbis, e quibus nullam hosti cessuram Placentiae defensione exploratum: proinde duceret bellum. paucis diebus quartam decimam legionem, magna ipsam fama, cum Moesicis copiis adfore: tum rursus deliberaturum et, si proelium placuisset, auctis viribus certaturos.

[33] Accedebat sententiae Paulini Marius Celsus; idem placere Annio Gallo, paucos ante dies lapsu equi adflicto, missi qui consilium eius sciscitarentur rettulerant. Otho pronus ad decertandum; frater eius Titianus et praefectus praetorii Proculus, imperitia properantes, fortunam et deos et numen Othonis adesse consiliis, adfore conatibus testabantur, neu quis obviam ire sententiae auderet, in adulationem concesserant. postquam pugnari placitum, interesse pugnae imperatorem an seponi melius foret dubitavere. Paulino et Celso iam non adversantibus, ne principem obiectare periculis viderentur idem illi deterioris consilii auctores perpulere ut Brixillum concederet ac dubiis proeliorum exemptus summae rerum et imperii se ipsum reservaret. is primus dies Othonianas partis adflixit; namque et cum ipso praetoriarum cohortium et speculatorum equitumque valida manus discessit, et remanentium fractus animus, quando suspecti duces et Otho, cui uni apud militem fides, dum et ipse non nisi militibus credit, imperia ducum in incerto reliquerat.

[34] Nihil eorum Vitellianos fallebat, crebris, ut in civili bello, transfugiis; et exploratores cura diversa sciscitandi sua non occultabant. quieti intentique Caecina ac Valens, quando hostis imprudentia rueret, quod loco sapientiae est, alienam stultitiam opperiebantur, inchoato ponte transitum Padi simulantes adversus obpositam gladiatorum manum, ac ne ipsorum miles segne otium tereret. naves pari inter se spatio, validis utrimque trabibus conexae, adversum in flumen dirigebantur, iactis super ancoris quae firmitatem pontis continerent, sed ancorarum funes non extenti fluitabant, ut augescente flumine inoffensus ordo navium attolleretur. claudebat pontem imposita turris et in extremam navem educta, unde tormentis ac machinis hostes propulsarentur. Othoniani in ripa turrim struxerant saxaque et faces iaculabantur.

[35] Et erat insula amne medio, in quam gladiatores navibus molientes, Germani nando praelabebantur. ac forte pluris transgressos completis Liburnicis per promptissimos gladiatorum Macer adgreditur: sed neque ea constantia gladiatoribus ad proelia quae militibus, nec proinde nutantes e navibus quam stabili gradu e ripa vulnera derigebant. et cum variis trepidantium

inclinationibus mixti remiges propugnatoresque turbarentur, desilire in vada ultro Germani, retentare puppis, scandere foros aut comminus mergere: quae cuncta in oculis utriusque exercitus quanto laetiora Vitellianis, tanto acrius Othoniani causam auctoremque cladis detestabantur.

[36] Et proelium quidem, abruptis quae supererant navibus, fuga diremptum: Macer ad exitium poscebatur, iamque vulneratum eminus lancea strictis gladiis invaserant, cum intercurso tribunorum centurionumque protegitur. nec multo post Vestricius Spurrina iussu Othonis, relicto Placentiae modico praesidio, cum cohortibus subvenit. dein Flavium Sabinum consulem designatum Otho rectorem copiis misit, quibus Macer praefuerat, laeto milite ad mutationem ducum et ducibus ob crebras seditiones tam infestam militiam aspernantibus.

[37] Invenio apud quosdam auctores pavore belli seu fastidio utriusque principis, quorum flagitia ac dedecus apertiore in dies fama noscebantur, dubitasse exercitus num posito certamine vel ipsi in medium consultarent, vel senatui permetterent legere imperatorem, atque eo duces Othonianos spatium ac moras suasisse, praecipua spe Paulini, quod vetustissimus consularium et militia clarus gloriam nomenque Britannicis expeditionibus meruisset. ego ut concesserim apud paucos tacito voto quietem pro discordia, bonum et innocentem principem pro pessimis ac flagitiosissimis expetitur, ita neque Paulinum, qua prudentia fuit, sperasse corruptissimo saeculo tantam vulgi moderationem reor ut qui pacem belli amore turbaverant, bellum pacis caritate deponerent, neque aut exercitus linguis moribusque dissonos in hunc consensum potuisse coalescere, aut legatos ac duces magna ex parte luxus egestatis scelerum sibi conscios nisi pollutum obstrictumque meritis suis principem passuros.

[38] Vetus ac iam pridem insita mortalibus potentiae cupido cum imperii magnitudine adolevit erupitque; nam rebus modicis aequalitas facile habebatur. sed ubi subacto orbe et aemulis urbibus regibusve excisis securas opes concupiscere vacuum fuit, prima inter patres plebemque certamina exarsere. modo turbulenti tribuni, modo consules praevalidi, et in urbe ac foro temptamenta civilium bellorum; mox e plebe infima C. Marius et nobilium saevissimus L. Sulla victam armis libertatem in dominationem verterunt. post quos Cn. Pompeius occultior non melior, et numquam postea nisi de principatu quaesitum. non discessere ab armis in Pharsalia ac Philippis civium legiones, nedum Othonis ac Vitellii exercitus sponte posituri bellum fuerint: eadem illos deum ira, eadem hominum rabies, eadem scelerum causae in discordiam egere. quod singulis velut ictibus transacta sunt bella, ignavia principum factum est. sed me veterum novorumque morum reputatio longius tulit: nunc ad rerum ordinem venio.

[39] Profecto Brixillum Othone honor imperii penes Titianum fratrem, vis ac potestas penes Proculum praefectum; Celsus et Paulinus, cum prudentia eorum nemo uteretur, inani nomine ducum alienae culpae praetendebantur; tribuni centurionesque ambigui quod spretis melioribus deterrimi valebant; miles alacer, qui tamen iussa ducum interpretari quam exequi mallet. promoveri ad quartum a Bedriaco castra placuit, adeo imperite ut quamquam verno tempore anni et tot circum amnibus penuria aquae fatigarentur. ibi de proelio dubitatum, Othone per litteras flagitante ut maturarent, militibus ut imperator pugnae adesset poscentibus: plerique copias trans Padum agentis acciri postulabant. nec proinde diiudicari potest quid optimum factu fuerit, quam pessimum fuisse quod factum est.

[40] Non ut ad pugnam sed ad bellandum profecti confluentis Padi et Ardae fluminum, sedecim inde milium spatio distantis, petebant. Celso et Paulino abnudentibus militem itinere fessum, sarcinis gravem obicere hosti, non omissuro quo minus expeditus et vix quattuor milia passuum progressus aut incompositos in agmine aut dispersos et vallum molientis adgrederetur, Titianus et Proculus, ubi consiliis vincerentur, ad ius imperii transibant. aderat sane citus equo Numida cum

atrocibus mandatis, quibus Otho increpita ducum segnitia rem in discrimen mitti iubebat, aeger mora et spei impatiens.

[41] Eodem die ad Caecinam operi pontis intentum duo praetoriarum cohortium tribuni, conloquium eius postulantes, venerunt: audire condiciones ac reddere parabat, cum praecipites exploratores adesse hostem nuntiavere. interruptus tribunorum sermo, eoque incertum fuit insidias an proditionem vel aliquod honestum consilium coeptaverint. Caecina dimissis tribunis revector in castra datum iussu Fabii Valentis pugnae signum et militem in armis invenit. dum legiones de ordine agminis sortiuntur, equites prorupere; et mirum dictu, a paucioribus Othonianis quo minus in vallum inpingerentur, Italicae legionis virtute deterriti sunt: ea strictis mucronibus redire pulsos et pugnam resumere coegit. disposita Vitellianarum legionum acies sine trepidatione: etenim quamquam vicino hoste aspectus armorum densis arbustis prohibebatur. apud Othonianos pavidi duces, miles ducibus infensus, mixta vehicula et lixae, et praeruptis utrimque fossis via quieto quoque agmini angusta. circumstistere alii signa sua, quaerere alii; incertus undique clamor adcurrentium, vocantium: ut cuique audacia vel formido, in primam postremamve aciem prorumpabant aut relabebantur.

[42] Attonitas subito terrore mentis falsum gaudium in languorem vertit, repertis qui descivisse a Vitellio exercitum ementirentur. is rumor ab exploratoribus Vitellii dispersus, an in ipsa Othonis parte seu dolo seu forte surrexerit, parum compertum. omisso pugnae ardore Othoniani ultro salutavere; et hostili murmure excepti, plerisque suorum ignaris quae causa salutandi, metum proditionis fecere. tum incubuit hostium acies, integris ordinibus, robore et numero praestantior: Othoniani, quamquam dispersi, pauciores, fessi, proelium tamen acriter sumpserunt. et per locos arboribus ac vineis impeditos non una pugnae facies: comminus eminus, catervis et cuneis concurrebant. in aggere viae conlato gradu corporibus et umbonibus niti, omisso pilorum iactu gladiis et securibus galeas loricisque percurrere: noscentes inter se, ceteris conspicui, in eventum totius belli certabant.

[43] Forte inter Padum viamque patenti campo duae legiones congressae sunt, pro Vitellio unaetvicensima, cui cognomen Rapaci, vetere gloria insignis, e parte Othonis prima Adiutrix, non ante in aciem deducta, sed ferox et novi decoris avida. primani stratis unaetvicensimanorum principis aquilam abstulere; quo dolore accensa legio et impulit rursus primanos, interfecto Orfidio Benigno legato, et plurima signa vexillaque ex hostibus rapuit. a parte alia propulsa quintanorum impetu tertia decima legio, circumventi plurimum adcursum quartadecimani. et ducibus Othonis iam pridem profugis Caecina ac Valens subsidiis suos firmabant. accessit recens auxilium, Varus Alfenus cum Batavis, fusa gladiatorum manu, quam navibus transvectam obpositae cohortes in ipso flumine trucidaverant: ita victores latus hostium invecti.

[44] Et media acie perrupta fugere passim Othoniani, Bedriacum petentes. immensum id spatium, obstructae strage corporum viae, quo plus caedis fuit; neque enim civilibus bellis capti in praedam vertuntur. Suetonius Paulinus et Licinius Proculus diversis itineribus castra vitavere. Vedium Aquilam tertiae decimae legionis legatum irae militum inconsultus pavor obtulit. multo adhuc die vallum ingressus clamore seditiosorum et fugacium circumstrepitur; non probris, non manibus abstinent; desertorem proditoremque increpant, nullo proprio crimine eius sed more vulgi suum quisque flagitium aliis obiectantes. Titianum et Celsum nox iuivit, dispositis iam excubiis compressisque militibus, quos Annius Gallus consilio precibus auctoritate flexerat, ne super cladem adversae pugnae suismet ipsi caedibus saevirent: sive finis bello venisset seu resumere arma mallent, unicum victis in consensu levamentum. ceteris fractus animus: praetorianus miles non virtute se sed proditione victum fremebat: ne Vitellianis quidem incruentam fuisse victoriam, pulso equite, rapta legionis aquila; superesse cum ipso Othone militum quod trans Padum fuerit, venire

Moesicas legiones, magnam exercitus partem Bedriaci remansisse: hos certe nondum victos et, si ita ferret, honestius in acie perituros. his cogitationibus truces aut pavidi extrema desperatione ad iram saepius quam in formidinem stimulabantur.

[45] At Vitellianus exercitus ad quintum a Bedriaco lapidem consedit, non ausis ducibus eadem die obpugnationem castrorum; simul voluntaria deditio sperabatur: sed expeditis et tantum ad proelium egressis munimentum fuere arma et victoria. postera die haud ambigua Othoniani exercitus voluntate et qui ferocios fuerant ad paenitentiam inclinantibus missa legatio; nec apud duces Vitellianos dubitatum quo minus pacem concederent. legati paulisper retenti: ea res haesitationem attulit ignaris adhuc an impetrassent. mox remissa legatione patuit vallum. tum victi victoresque in lacrimas effusi, sortem civilium armorum misera laetitia detestantes; isdem tentoriis alii fratrum, alii propinquorum vulnera fovebant: spes et praemia in ambiguo, certa funera et luctus, nec quisquam adeo mali expertus ut non aliquam mortem maereret. requisitum Orfidii legati corpus honore solito crematur; paucos necessarii ipsorum sepelivere, ceterum vulgus super humum relictum.

[46] Opperiebatur Otho nuntium pugnae nequaquam trepidus et consilii certus. maesta primum fama, dein profugi e proelio perditas res patefaciunt. non expectavit militum ardor vocem imperatoris; bonum haberet animum iubebant: superesse adhuc novas viris, et ipsos extrema passuros ausurosque. neque erat adlatio: ire in aciem, excitare partium fortunam furore quodam et instinctu flagrabant. qui procul adstiterant, tendere manus, et proximi prensare genua, promptissimo Plotio Firmo. is praetorii praefectus identidem orabat ne fidissimum exercitum, ne optime meritos milites desereret: maiore animo tolerari adversa quam relinqui; fortis et strenuos etiam contra fortunam insistere spei, timidos et ignavos ad desperationem formidine properare. quas inter voces ut flexerat vultum aut induraverat Otho, clamor et gemitus. nec praetoriani tantum, proprius Othonis miles, sed praemissi e Moesia eandem obstinationem adventantis exercitus, legiones Aquileiam ingressas nuntiabant, ut nemo dubitet potuisse renovari bellum atrox, lugubre, incertum victis et victoribus.

[47] Ipse aversus a consiliis belli 'hunc' inquit 'animum, hanc virtutem vestram ultra periculis obicere nimis grande vitae meae pretium puto. quanto plus spei ostenditis, si vivere placeret, tanto pulchrior mors erit. experti in vicem sumus ego ac fortuna. nec tempus computaveritis: difficilius est temperare felicitati qua te non putes diu usurum. civile bellum a Vitellio coepit, et ut de principatu certarem armis initium illic fuit: ne plus quam semel certemus penes me exemplum erit; hinc Othonem posteritas aestimet. fruetur Vitellius fratre, coniuge, liberis: mihi non ultione neque solaciis opus est. alii diutius imperium tenuerint, nemo tam fortiter reliquerit. an ego tantum Romanae pubis, tot egregios exercitus sterni rursus et rei publicae eripi patiar? eat hic mecum animus, tamquam perituri pro me fueritis, set este superstites. nec diu moremur, ego incolumitatem vestram, vos constantiam meam. plura de extremis loqui pars ignaviae est. praecipuum destinationis meae documentum habete quod de nemine queror; nam incusare deos vel homines eius est qui vivere velit.'

[48] Talia locutus, ut cuique aetas aut dignitas, comiter appellatos, irent propere neu remanendo iram victoris asperarent, iuvenes auctoritate, senes precibus movebat, placidus ore, intrepidus verbis, intempestivas suorum lacrimas coercens. dari navis ac vehicula abeuntibus iubet; libellos epistulasque studio erga se aut in Vitellium contumeliis insignis abolet; pecunias distribuit parce nec ut periturus. mox Salvium Cocceianum, fratris filium, prima iuventa, trepidum et maerentem ultro solatus est, laudando pietatem eius, castigando formidinem: an Vitellium tam inmitis animi fore ut pro incolumi tota domo ne hanc quidem sibi gratiam redderet? mereri se festinato exitu clementiam victoris; non enim ultima desperatione sed poscente proelium exercitu

remisisse rei publicae novissimum casum. satis sibi nominis, satis posteris suis nobilitatis quaesitum. post Iulios Claudios Servios se primum in familiam novam imperium intulisse: proinde erecto animo capesseret vitam, neu patrum sibi Othonem fuisse aut oblivisceretur umquam aut nimium meminisset.

[49] Post quae dimotis omnibus paulum requievit. atque illum supremas iam curas animo volutantem repens tumultus avertit, nuntiata consternatione ac licentia militum; namque abeuntibus exitium minitabantur, atrocissima in Verginium vi, quem clausa domo obsidebant. increpitis seditionis auctoribus regressus vacavit abeuntium adloquiis, donec omnes inviolati digrederentur. vesperscente die sitim haustu gelidae aquae sedavit. tum adlatis pugionibus duobus, cum utrumque pertemptasset, alterum capiti subdidit. et explorato iam profectos amicos, noctem quietam, utque adfirmatur, non insomnem egit: luce prima in ferrum pectore incubuit. ad gemitum morientis ingressi liberti servique et Plotius Firmus praetorii praefectus unum vulnus invenere. funus maturatum; ambitiosis id precibus petierat ne amputaretur caput ludibrio futurum. tulere corpus praetoriae cohortes cum laudibus et lacrimis, vulnus manusque eius exosculantes. quidam militum iuxta rogam interfecere se, non noxa neque ob metum, sed aemulatione decoris et caritate principis. ac postea promisce Bedriaci, Placentiae aliisque in castris celebratum id genus mortis. Othoni sepulchrum extractum est modicum et mansurum. hunc vitae finem habuit septimo et tricensimo aetatis anno.

[50] Origo illi e municipio Ferentio, pater consularis, avus praetorius; maternum genus impar nec tamen indecorum. pueritia ac iuventa, qualem monstravimus. duobus facinoribus, altero flagitiosissimo, altero egregio, tantundem apud posteros meruit bonae famae quantum malae. ut conquirere fabulosa et fictis oblectare legentium animos procul gravitate coepti operis crediderim, ita vulgatis traditisque demere fidem non ausim. die, quo Bedriaci certabatur, avem invisitata specie apud Regium Lepidum celebri luco consedissee incolae memorant, nec deinde coetu hominum aut circumvolitantium alitum territam pulsamve, donec Otho se ipse interficeret; tum ablatam ex oculis: et tempora reputantibus initium finemque miraculi cum Othonis exitu competisse.

[51] In funere eius novata luctu ac dolore militum seditio, nec erat qui coerceret. ad Verginium versi, modo ut reciperet imperium, nunc ut legatione apud Caecinam ac Valentem fungeretur, minitantes orabant: Verginius per aversam domus partem furtim digressus inrumpentis frustratus est. earum quae Brixelli egerant cohortium preces Rubrius Gallus tulit, et venia statim impetrata, concedentibus ad victorem per Flavium Sabinum iis copiis quibus praefuerat.

[52] Posito ubique bello magna pars senatus extremum discrimen adiit, profecta cum Othone ab urbe, dein Mutinae relicta. illuc adverso de proelio adlatum: sed milites ut falsum rumorem aspernantes, quod infensum Othoni senatum arbitrabantur, custodire sermones, vultum habitumque trahere in deterius; conviciis postremo ac probris causam et initium caedis quaerebant, cum alius insuper metus senatoribus instaret, ne praevalidis iam Vitellii partibus cunctanter excepisse victoriam crederentur. ita trepidi et utrimque anxii coeunt, nemo privatim expedito consilio, inter multos societate culpae tutior. onerabat paventium curas ordo Mutinensis arma et pecuniam offerendo, appellabatque patres conscriptos intempestivo honore.

[53] Notabile iurgium fuit quo Licinius Caecina Marcellum Eprum ut ambigua disserentem invasit. nec ceteri sententias aperiebant: sed invisum memoria delationum expositumque ad invidiam Marcelli nomen inritaverat Caecinam, ut novus adhuc et in senatum nuper adscitus magnis inimicitiis claresceret. moderatione meliorum dirempti. et rediere omnes Bononiam, rursus consiliaturi; simul medio temporis plures nuntii sperabantur. Bononiae, divisus per itinera qui recentissimum quemque percontarentur, interrogatus Othonis libertus causam digressus habere se

suprema eius mandata respondit; ipsum viventem quidem relictum, sed sola posteritatis cura et abruptis vitae blandimentis. hinc admiratio et plura interrogandi pudor, atque omnium animi in Vitellium inclinavere.

[54] Intererat consiliis frater eius L. Vitellius seque iam adulantibus offerebat, cum repente Coenus libertus Neronis atroci mendacio universos perculit, adfirmans superventu quartae decimae legionis, iunctis a Brixello viribus, caesos victores; versam partium fortunam. causa fingendi fuit ut diplomata Othonis, quae neglegebantur, laetiore nuntio revalerent. et Coenus quidem raptim in urbem vectus paucos post dies iussu Vitellii poenas luit: senatorum periculum auctum credentibus Othonianis militibus vera esse quae adferebantur. intendebat formidinem quod publici consilii facie discessum Mutina desertaque partes forent. nec ultra in commune congressi sibi quisque consulere, donec missae a Fabio Valente epistulae demerent metum. et mors Othonis quo laudabilior eo velocius audita.

[55] At Romae nihil trepidationis; Ceriales ludi ex more spectabantur. ut cessisse Othonem et a Flavio Sabino praefecto urbis quod erat in urbe militum sacramento Vitellii adactum certi auctores in theatrum attulerunt, Vitellio plausere; populus cum lauru ac floribus Galbae imagines circum templa tulit, congestis in modum tumuli coronis iuxta lacum Curtii, quem locum Galba moriens sanguine infecerat. in senatu cuncta longis aliorum principatibus composita statim decernuntur; additae erga Germanicum exercitum laudes gratesque et missa legatio quae gaudio fungeretur. recitatae Fabii Valentis epistulae ad consules scriptae haud immoderate: gratior Caecinae modestia fuit quod non scripsisset.

[56] Ceterum Italia gravius atque atrocius quam bello adflictabatur. dispersi per municipia et colonias Vitelliani spoliare, rapere, vi et stupris polluere: in omne fas nefasque avidi aut venales non sacro, non profano abstinebant. et fuere qui inimicos suos specie militum interficerent. ipsique milites regionum gnari refertos agros, ditis dominos in praedam aut, si repugnatum foret, ad exitium destinabant, obnoxiiis ducibus et prohibere non ausis. minus avaritiae in Caecina, plus ambitionis: Valens ob lucra et quaestus infamis eoque alienae etiam culpae dissimulator. iam pridem attritis Italiae rebus tantum peditum equitumque, vis damnaque et iniuriae aegre tolerabantur.

[57] Interim Vitellius victoriae suae nescius ut ad integrum bellum reliquas Germanici exercitus viris trahebat. pauci veterum militum in hibernis relictis, festinatis per Gallias dilectibus, ut remanentium legionum nomina supplerentur. cura ripae Hordeonio Flacco permissa; ipse e Britannico [exercitu] delecta octo milia sibi adiunxit. et paucorum dierum iter progressus prosperas apud Bedriacum res ac morte Othonis concidisse bellum accepit: vocata contione virtutem militum laudibus cumulat. postulante exercitu ut libertum suum Asiaticum equestri dignitate donaret, inhonestam adulationem conpescit; dein mobilitate ingenii, quod palam abnuerat, inter secreta convivii largitur, honoravitque Asiaticum anulis, foedum mancipium et malis artibus ambitiosum.

[58] Isdem diebus accessisse partibus utramque Mauretianam, interfecto procuratore Albino, nuntii venire. Lucceius Albinus a Nerone Mauretaniae Caesariensi praepositus, addita per Galbam Tingitanae provinciae administratione, haud spernendis viribus agebat. decem novem cohortes, quinque alae, ingens Maurorum numerus aderat, per latrocinia et raptus apta bello manus. caeso Galba in Othonem pronus nec Africa contentus Hispaniae angusto freto diremptae imminebat. inde Cluvio Rufo metus, et decimam legionem propinquare litori ut transmissurus iussit; praemissi centuriones qui Maurorum animos Vitellio conciliarent. neque arduum fuit, magna per provincias Germanici exercitus fama; spargebatur insuper spreto procuratoris vocabulo Albinum insigne regis et Iubae nomen usurpare.

[59] Ita mutatis animis Asinius Pollio alae praefectus, e fidissimis Albino, et Festus ac Scipio cohortium praefecti opprimuntur: ipse Albinus dum e Tingitana provincia Caesariensem Mauretanium petit, adpulsu litoris trucidatus; uxor eius cum se percussoribus obtulisset, simul interfecta est, nihil eorum quae fierent Vitellio anquirente: brevi auditu quamvis magna transibat, impar curis gravioribus. Exercitum itinere terrestri pergere iubet: ipse Arare flumine devehitur, nullo principali paratu, sed vetere egestate conspicuus, donec Iunius Blaesus Lugudunensis Galliae rector, genere inlustri, largus animo et par opibus, circumdaret principi ministeria, comitaretur liberaliter, eo ipso ingratus, quamvis odium Vitellius vernilibus blanditiis velaret. praesto fuere Luguduni victricium victarumque partium duces. Valentem et Caecinam pro contione laudatos curuli suae circumposuit. mox universum exercitum occurrere infanti filio iubet, perlatumque et paludamento opertum sinu retinens Germanicum appellavit cunctis fortunae principalis insignibus. nimius honos inter secunda rebus adversis in solacium cessit.

[60] Tum interfecti centuriones promptissimi Othonianorum, unde praecipua in Vitellium alienatio per Illyricos exercitus; simul ceterae legiones contactu et adversus Germanicos milites invidia bellum meditabantur. Suetonium Paulinum ac Licinium Proculum tristi mora squalidos tenuit, donec auditi necessariis magis defensionibus quam honestis uterentur. proditionem ultro imputabant, spatium longi ante proelium itineris, fatigationem Othonianorum, permixtum vehiculis agmen ac pleraque fortuita fraudi suae adsignantes. et Vitellius credit de perfidia et fidem absolvit. Salvius Titianus Othonis frater nullum discrimen adiit, pietate et ignavia excusatus. Mario Celso consulatus servatur: sed creditum fama obiectumque mox in senatu Caecilio Simplici, quod eum honorem pecunia mercari, nec sine exitio Celsi, voluisset: restitit Vitellius deditque postea consulatum Simplici innoxium et inemptum. Trachalum adversus criminantis Galeria uxor Vitellii protexit.

[61] Inter magnorum virorum discrimina, pudendum dictu, Mariccus quidam, e plebe Boiorum, inserere sese fortunae et provocare arma Romana simulatione numinum ausus est. iamque adsertor Galliarum et deus (nam id sibi indiderat) concitis octo milibus hominum proximos Aeduorum pagos trahebat, cum gravissima civitas electa iuventute, adiectis a Vitellio cohortibus, fanaticam multitudinem disiecit. captus in eo proelio Mariccus; ac mox feris obiectus quia non laniabatur, stolidum vulgus inviolabilem credebat, donec spectante Vitellio interfectus est.

[62] Nec ultra in defectores aut bona cuiusquam saevitum: rata fuere eorum qui acie Othoniana ceciderant, testamenta aut lex intestatis: prorsus, si luxuriae temperaret, avaritiam non timeres. epularum foeda et inexplebilis libido: ex urbe atque Italia inritamenta gulae gestabantur, strepentibus ab utroque mari itineribus; exhausti convivorum apparatibus principes civitatum; vastabantur ipsae civitates; degenerabat a labore ac virtute miles adsuetudine voluptatum et contemptu ducis. praemisit in urbem edictum quo vocabulum Augusti differret, Caesaris non reciperet, cum de potestate nihil detraheret. pulsus Italia mathematici; cautum severe ne equites Romani ludo et harena polluerentur. priores id principes pecunia et saepius vi perpulerant, ac pleraque municipia et coloniae aemulabantur corruptissimum quemque adulescentium pretio inlicere.

[63] Sed Vitellius adventu fratris et inreptibus dominationis magistris superior et atrocior occidi Dolabellam iussit, quem in coloniam Aquinatem sepositum ab Othone rettulimus. Dolabella audita morte Othonis urbem introierat: id ei Plancius Varus praetura functus, ex intimis Dolabellae amicis, apud Flavium Sabinum praefectum urbis obiecit, tamquam rupta custodia ducem se victis partibus ostentasset; addidit temptatam cohortem quae Ostiae ageret; nec ullis tantorum criminum probationibus in paenitentiam versus seram veniam post scelus quaerebat. cunctantem super tanta re Flavium Sabinum Triaria L. Vitellii uxor, ultra feminam ferox, terruit ne periculo principis famam

clementiae adfectaret. Sabinus suoapte ingenio mitis, ubi formido incessisset, facilis mutatu et in alieno discrimine sibi pavens, ne adlevasse videretur, impulit ruentem.

[64] Igitur Vitellius metu et odio quod Petroniam uxorem eius mox Dolabella in matrimonium accepisset, vocatum per epistulas vitata Flaminiae viae celebritate devertere Interamnium atque ibi interfici iussit. longum interfectori visum: in itinere ac taberna proiectum humi iugulavit, magna cum invidia novi principatus, cuius hoc primum specimen noscebatur. et Triariae licentiam modestum e proximo exemplum onerabat, Galeria imperatoris uxor non immixta tristibus; et pari probitate mater Vitelliorum Sextilia, antiqui moris: dixisse quin etiam ad primas filii sui epistulas ferebatur, non Germanicum a se sed Vitellium genitum. nec ullis postea fortunae inlecebris aut ambitu civitatis in gaudium evicta domus suae tantum adversa sensit.

[65] Digressum a Luguduno Vitellium Cluvius Rufus adsequitur omissa Hispania, laetitiam et gratulationem vultu ferens, animo anxius et petitem se criminationibus gnarus. Hilarus Caesaris libertus detulerat tamquam audito Vitellii et Othonis principatu propriam ipse potentiam et possessionem Hispaniarum temptasset, eoque diplomatibus nullum principem praescripsisset; [et] interpretabatur quaedam ex orationibus eius contumeliosa in Vitellium et pro se ipso popularia. auctoritas Cluvii praevaluit ut puniri ultro libertum suum Vitellius iuberet. Cluvius comitatu principis adiectus, non adempta Hispania, quam rexit absens exemplo L. [Arrunti. sed] Arruntium Tiberius Caesar ob metum, Vitellius Cluvium nulla formidine retinebat. non idem Trebellio Maximo honos: profugerat Britannia ob iracundiam militum; missus est in locum eius Vettius Bolanus e praesentibus.

[66] Angebat Vitellium victarum legionum haudquaquam fractus animus. sparsae per Italiam et victoribus permixtae hostilia loquebantur, praecipua quartadecimanorum ferocia, qui se victos abnuebant: quippe Bedriacensi acie vexillariis tantum pulsus viris legionis non adfuisse. remitti eos in Britanniam, unde a Nerone exciti erant, placuit atque interim Batavorum cohortis una tendere ob veterem adversus quartadecimanos discordiam. nec diu in tantis armatorum odiis quies fuit: Augustae Taurinorum, dum opificem quendam Batavus ut fraudatorem insectatur, legionarius ut hospitem tuetur, sui cuique commilitones adgregati a conviciis ad caedem transiere. et proelium atrox arsisset, ni duae praetoriae cohortes causam quartadecimanorum secutae his fiduciam et metum Batavis fecissent: quos Vitellius agmini suo iungi ut fidos, legionem Grais Alpius traductam eo flexu itineris ire iubet quo Viennam vitarent; namque et Viennenses timebantur. nocte, qua proficiscebatur legio, relictis passim ignibus pars Taurinae coloniae ambusta, quod damnum, ut pleraque belli mala, maioribus aliarum urbium cladibus oblitteratum. quartadecimani postquam Alpius degressi sunt, seditiosissimus quisque signa Viennam ferebant: consensu meliorum compressi et legio in Britanniam transvecta.

[67] Proximus Vitellio e praetoriis cohortibus metus erat. separati primum, deinde addito honestae missionis lenimento, arma ad tribunos suos deferebant, donec motum a Vespasiano bellum crebresceret: tum resumpta militia robur Flavianarum partium fuere. prima classicorum legio in Hispaniam missa ut pace et otio mitesceret, undecima ac septima suis hibernis redditae, tertiadecimani struere amphitheatra iussi; nam Caecina Cremonae, Valens Bononiae spectaculum gladiatorum edere parabant, numquam ita ad curas intento Vitellio ut voluptatum oblivisceretur.

[68] Et [victas] quidem partis modeste distraxerat: apud victores orta seditio, ludicro initio ni numerus caesorum invidiam Vitellio auxisset. discutuerat Vitellius Ticini adhibito ad epulas Verginio. legati tribunisque ex moribus imperatorum severitatem aemulantur vel tempestivis conviviiis gaudent; proinde miles intentus aut licenter agit. apud Vitellium omnia indisposita, temulenta, pervigiliis ac bacchanalibus quam disciplinae et castris propiora. igitur duobus militibus,

altero legionis quintae, altero e Galli auxiliaribus, per lasciviam ad certamen luctandi accensis, postquam legionarius prociderat, insultante Gallo et iis qui ad spectandum convenerant in studia diductis, erupere legionarii in perniciem auxiliorum ac duae cohortes interfectae. remedium tumultus fuit alius tumultus. pulvis procul et arma aspiciebantur: conclamatum repente quartam decimam legionem verso itinere ad proelium venire; sed erant agminis coactores: agniti dempsere sollicitudinem. interim Verginii servus forte obvius ut percussor Vitellii insimulatur: et ruebat ad convivium miles, mortem Verginii exposcens. ne Vitellius quidem, quamquam ad omnes suspiciones pavidus, de innocentia eius dubitavit: aegre tamen cohibiti qui exitium consularis et quondam ducis sui flagitabant. nec quemquam saepius quam Verginium omnis seditio infestavit: manebat admiratio viri et fama, set oderant ut fastiditi.

[69] Postero die Vitellius senatus legatione, quam ibi opperiri iusserat, audita transgressus in castra ultro pietatem militum conlaudavit, frementibus auxiliis tantum impunitatis atque adrogantiae legionariis accessisse. Batavorum cohortes, ne quid truculentius auderent, in Germaniam remissae, principium interno simul externoque bello parantibus fati. reddita civitatibus Gallorum auxilia, ingens numerus et prima statim defectione inter inania belli adsumptus. ceterum ut largitionibus adfectae iam imperii opes sufficerent, amputari legionum auxiliorumque numeros iubet vetitis supplementis; et promiscuae missiones offerebantur. exitiabile id rei publicae, ingratum militi, cui eadem munia inter paucos periculaque ac labor crebrius redibant: et vires luxu corrumpabantur, contra veterem disciplinam et instituta maiorum apud quos virtute quam pecunia res Romana melius stetit.

[70] Inde Vitellius Cremonam flexit et spectato munere Caecinae insistere Bedriacensibus campis ac vestigia recentis victoriae lustrare oculis concupivit, foedum atque atrox spectaculum. intra quadragensimum pugnae diem lacera corpora, trunci artus, putres virorum equorumque formae, infecta tabo humus, prostratis arboribus ac frugibus dira vastitas. nec minus inhumana pars viae quam Cremonenses lauru rosaque constraverant, extractis altaribus caesisque victimis regium in morem; quae laeta in praesens mox perniciem ipsis fecere. aderant Valens et Caecina, monstrabantque pugnae locos: hinc inrupisse legionum agmen, hinc equites coortos, inde circumfusae auxiliorum manus: iam tribuni praefectique, sua quisque facta extollentes, falsa vera aut maiora vero miscebant. vulgus quoque militum clamore et gaudio deflectere via, spatia certaminum recognoscere, aggerem armorum, strues corporum intueri mirari; et erant quos varia sors rerum lacrimaeque et misericordia subiret. at non Vitellius flexit oculos nec tot milia insepulorum civium exhorruit: laetus ultro et tam propinquae sortis ignarus instaurabat sacrum dis loci.

[71] Exim Bononiae a Fabio Valente gladiatorum spectaculum editur, advecto ex urbe cultu. quantoque magis propinquabat, tanto corruptius iter immixtis histrionibus et spadonum gregibus et cetero Neronianae aulae ingenio; namque et Neronem ipsum Vitellius admiratione celebrabat, sectari cantantem solitus, non necessitate, qua honestissimus quisque, sed luxu et saginae mancipatus emptusque. ut Valenti et Caecinae vacuos honoris mensis aperiret, coartati aliorum consulatus, dissimulatus Marci Macri tamquam Othonianarum partium ducis; et Valerium Marinum destinatum a Galba consulem distulit, nulla offensa, sed mitem et iniuriam segniter laturum. Pedanius Costa omittitur, ingratus principi ut adversus Neronem ausus et Verginii extimulator, sed alias protulit causas; actaeque insuper Vitellio gratiae consuetudine servitii.

[72] Non ultra paucos dies quamquam acerbis initiis coeptum mendacium valuit. extiterat quidam Scribonianum se Camerinum ferens, Neronianorum temporum metu in Histria occultatum, quod illic clientelae et agri veterum Crassorum ac nominis favor manebat. igitur deterrimo quoque in argumentum fabulae adsumpto vulgus credulum et quidam militum, errore veri seu turbarum

studio, certatim adgregabantur, cum pertractus ad Vitellium interrogatusque quisnam mortalium esset. postquam nulla dictis fides et a domino noscebatur condicione fugitivus, nomine Geta, sumptum de eo supplicium in servilem modum.

[73] Vix credibile memoratu est quantum superbiae socordiaequae Vitellio adoleverit, postquam speculatores e Syria Iudaeaque adactum in verba eius Orientem nuntiavere. nam etsi vagis adhuc et incertis auctoribus erat tamen in ore famaue Vespasianus ac plerumque ad nomen eius Vitellius excitabatur: tum ipse exercitusque, ut nullo aemulo, saevitia libidine raptu in externos mores proruperant.

[74] At Vespasianus bellum armaque et procul vel iuxta sitas viris circumspectabat. miles ipsi adeo paratus ut praeunte sacramento et fausta Vitellio omnia precantem per silentium audierint; Muciani animus nec Vespasiano alienus et in Titum pronior; praefectus Aegypti [T.] Alexander consilia sociaverat; tertiam legionem, quod e Syria in Moesiam transisset, suam numerabat; ceterae Illyrici legiones secuturae sperabantur; namque omnis exercitus flammaverat adrogantia venientium a Vitellio militum, quod truces corpore, horridi sermone ceteros ut imparis inridebant. sed in tanta mole belli plerumque cunctatio; et Vespasianus modo in spem erectus, aliquando adversa reputabat: quis ille dies foret quo sexaginta aetatis annos et duos filios iuvenes bello permetteret? esse privatis cogitationibus progressum et, prout velint, plus minusve sumi ex fortuna: imperium cupientibus nihil medium inter summa aut praecipitia.

[75] Versabatur ante oculos Germanici exercitus robur, notum viro militari: suas legiones civili bello inexpertas, Vitellii victricis, et apud victos plus querimoniarum quam virium. fluxam per discordias militum fidem et periculum ex singulis: quid enim profuturas cohortis alasque, si unus alterve praesenti facinore paratum ex diverso praemium petat? sic Scribonianum sub Claudio interfectum, sic percussorem eius Volaginium e gregario ad summa militiae provectum: facilius universos impelli quam singulos vitari.

[76] His pavoribus nutantem et alii legati amicique firmabant et Mucianus, post multos secretosque sermones iam et coram ita locutus: 'omnes, qui magnarum rerum consilia suscipiunt, aestimare debent an quod inchoatur rei publicae utile, ipsis gloriosum, promptum effectu aut certe non arduum sit; simul ipse qui suadet considerandus est, adiciatne consilio periculum suum, et, si fortuna coeptis adfuerit, cui summum decus adquiratur. ego te, Vespasiane, ad imperium voco, quam salutare rei publicae, quam tibi magnificum, iuxta deos in tua manu positum est. nec speciem adulantis expaveris: a contumelia quam a laude propius fuerit post Vitellium eligi. non adversus divi Augusti acerrimam mentem nec adversus cautissimam Tiberii senectutem, ne contra Gai quidem aut Claudii vel Neronis fundatam longo imperio domum exurgimus; cessisti etiam Galbae imaginibus: torpere ultra et polluendam perdendamque rem publicam relinquere sopor et ignavia videretur, etiam si tibi quam inhonesta, tam tuta servitus esset. abiit iam et transvectum est tempus quo posses videri non cupisse: confugiendum est ad imperium. an excidit trucidatus Corbulo? splendidior origine quam nos sumus, fateor, sed et Nero nobilitate natalium Vitellium anteibat. satis clarus est apud timentem quisquis timetur. et posse ab exercitu principem fieri sibi ipse Vitellius documento, nullis stipendiis, nulla militari fama, Galbae odio provectus. ne Othonem quidem ducis arte aut exercitus vi, sed praepropera ipsius desperatione victum, iam desiderabilem et magnum principem fecit, cum interim spargit legiones, exarmat cohortis, nova cotidie bello semina ministrat. si quid ardoris ac ferociae miles habuit, popinis et comissionibus et principis imitatione deteritur: tibi e Iudaea et Syria et Aegypto novem legiones integrae, nulla acie exhaustae, non discordia corruptae, sed firmatus usu miles et belli domitor externi: classium alarum cohortium robora et fidissimi reges et tua ante omnis experientia.'

[77] 'Nobis nihil ultra adrogabo quam ne post Valentem et Caecinam numeremur: ne tamen Mucianum socium spreveris, quia aemulum non experiris. me Vitellio antepono, te mihi. tuae domui triumphale nomen, duo iuvenes, capax iam imperii alter et primis militiae annis apud Germanicos quoque exercitus clarus. absurdum fuerit non cedere imperio ei cuius filium adoptaturus essem, si ipse imperarem. ceterum inter nos non idem prosperarum adversarumque rerum ordo erit: nam si vincimus, honorem quem dederis habebo: discrimen ac pericula ex aequo patiemur. immo, ut melius est, tu tuos exercitus rege, mihi bellum et proeliorum incerta trade. acriore hodie disciplina victi quam victores agunt. hos ira, odium, ultionis cupiditas ad virtutem accendit: illi per fastidium et contumacia hebescunt. aperiet et recludet contexta et tumescentia victricium partium vulnera bellum ipsum; nec mihi maior in tua vigilantia parsimonia sapientia fiducia est quam in Vitellii torpore inscitia saevitia. sed meliorem in bello causam quam in pace habemus; nam qui deliberant, desciverunt.'

[78] Post Muciani orationem ceteri audentius circumsistere, hortari, responsa vatum et siderum motus referre. nec erat intactus tali superstitione, ut qui mox rerum dominus Seleucum quendam mathematicum rectorem et praescium palam habuerit. recursabant animo vetera omina: cupressus arbor in agris eius conspicua altitudine repente prociderat ac postera die eodem vestigio resurgens procera et latior virebat. grande id prosperumque consensu haruspicum et summa claritudo iuveni admodum Vespasiano promissa, sed primo triumphalia et consulatus et Iudaicae victoriae decus implese fidem ominis videbatur: ut haec adeptus est, portendi sibi imperium credebat. est Iudaeam inter Syriamque Carmelus: ita vocant montem deumque. nec simulacrum deo aut templum—sic tradidere maiores—: ara tantum et reverentia. illic sacrificanti Vespasiano, cum spes occultas versaret animo, Basilides sacerdos inspectis identidem extis 'quicquid est' inquit, 'Vespasiane, quod paras, seu domum extruereKGeu prolatare agros sive ampliare servitia, datur tibi magna sedes, ingentes termini, multum hominum.' has ambages et statim exceperat fama et tunc aperiebat; nec quicquam magis in ore vulgi. crebriores apud ipsum sermones, quanto sperantibus plura dicuntur. haud dubia destinatione discessere Mucianus Antiochiam, Vespasianus Caesaream: illa Syriae, hoc Iudaeae caput est.

[79] Initium ferendi ad Vespasianum imperii Alexandriae coeptum, festinante Tiberio Alexandro, qui kalendis Iuliis sacramento eius legiones adegit. isque primus principatus dies in posterum celebratus, quamvis Iudaicus exercitus quinto nonas Iulias apud ipsum iurasset, eo ardore ut ne Titus quidem filius expectaretur, Syria remeans et consiliorum inter Mucianum ac patrem nuntius. cuncta impetu militum acta non parata contione, non coniunctis legionibus.

[80] Dum quaeritur tempus locus quodque in re tali difficillimum est, prima vox, dum animo spes timor, ratio casus obversantur, egressum cubiculo Vespasianum pauci milites, solito adsistentes ordine ut legatum salutaturi, imperatorem salutavere: tum ceteri adcurrere, Caesarem et Augustum et omnia principatus vocabula cumulare. mens a metu ad fortunam transierat: in ipso nihil tumidum, adrogans aut in rebus novis novum fuit. ut primum tantae altitudinis obfusam oculis caliginem disiecit, militariter locutus laeta omnia et affluentia excepit; namque id ipsum opperiens Mucianus alacrem militem in verba Vespasiani adegit. tum Antiochensium theatrum ingressus, ubi illis consultare mos est, concurrentis et in adulationem effusos adloquitur, satis decorus etiam Graeca facundia, omniumque quae diceret atque ageret arte quadam ostentator. nihil aequae provinciam exercitumque accendit quam quod adseverabat Mucianus statuisse Vitellium ut Germanicas legiones in Syriam ad militiam opulentam quietamque transferret, contra Syriacis legionibus Germanica hiberna caelo ac laboribus dura mutarentur; quippe et provinciales sueto militum contubernio gaudebant, plerique necessitudinibus et propinquitatibus mixti, et militibus vetustate stipendiorum nota et familiaria castra in modum penatium diligebantur.

[81] Ante idus Iulias Syria omnis in eodem sacramento fuit. accessere cum regno Sohaemus haud spernendis viribus, Antiochus vetustis opibus ingens et servientium regum ditissimus. mox per occultos suorum nuntios excitus ab urbe Agrippa, ignaro adhuc Vitellio, celeri navigatione properaverat. nec minore animo regina Berenice partis iuvabat, florens aetate formaque et seni quoque Vespasiano magnificentia munerum grata. quidquid provinciarum adluitur mari Asia atque Achaia tenus, quantumque introrsus in Pontum et Armenios patescit, iuravere; sed inermes legati regebant, nondum additis Cappadociae legionibus. consilium de summa rerum Beryti habitum. illuc Mucianus cum legatis tribunisque et splendidissimo quoque centurionum ac militum venit, et e Iudaico exercitu lecta decora: tantum simul peditum equitumque et aemulantium inter se regum paratus speciem fortunae principalis effecerant.

[82] Prima belli cura agere dilectus, revocare veteranos; destinantur validae civitates exercendis armorum officinis; apud Antiochensis aurum argentumque signatur, eaque cuncta per idoneos ministros suis quaeque locis festinabantur. ipse Vespasianus adire, hortari, bonos laude, segnis exemplo incitare saepius quam coercere, vitia magis amicorum quam virtutes dissimulans. multos praefecturis et procurationibus, plerosque senatorii ordinis honore percoluit, egregios viros et mox summa adeptos; quibusdam fortuna pro virtutibus fuit. donativum militi neque Mucianus prima contione nisi modice ostenderat, ne Vespasianus quidem plus civili bello obtulit quam alii in pace, egregie firmus adversus militarem largitionem eoque exercitu meliore. missi ad Parthum Armeniumque legati, provisumque ne versis ad civile bellum legionibus terga nudarentur. Titum instare Iudaeae, Vespasianum obtinere claustra Aegypti placuit: sufficere videbantur adversus Vitellium pars copiarum et dux Mucianus et Vespasiani nomen ac nihil arduum fatis. ad omnis exercitus legatosque scriptae epistolae praeceptumque ut praetorianos Vitellio infensos recipendae militiae praemio invitarent.

[83] Mucianus cum expedita manu, socium magis imperii quam ministrum agens, non lento itinere, ne cunctari videretur, neque tamen properans, gliscere famam ipso spatio sinebat, gnarus modicas viris sibi et maiora credi de absentibus; sed legio sexta et tredecim vexillariorum milia ingenti agmine sequebantur. classem e Ponto Byzantium adigi iusserat, ambiguus consilii num omissa Moesia Dyrrachium pedite atque equite, simul longis navibus versum in Italiam mare clauderet, tuta pone tergum Achaia Asiaque, quas inermis exponi Vitellio, ni praesidiis firmarentur; atque ipsum Vitellium in incerto fore quam partem Italiae protegeret, si sibi Brundisium Tarentumque et Calabriae Lucaniaeque litora infestis classibus peterentur.

[84] Igitur navium militum armorum paratu strepere provinciae, sed nihil aeque fatigabat quam pecuniarum conquisitio: eos esse belli civilis nervos dictitans Mucianus non ius aut verum in cognitionibus, sed solam magnitudinem opum spectabat. passim delationes, et locupletissimus quisque in praedam correpti. quae gravia atque intoleranda, sed necessitate armorum excusata etiam in pace mansere, ipso Vespasiano inter initia imperii ad obtinendas iniquitates haud perinde obstinante, donec indulgentia fortunae et pravis magistris didicit aususque est. propriis quoque opibus Mucianus bellum iuivit, largus privatim, quod avidius de re publica sumeret. ceteri conferendarum pecuniarum exemplum secuti, rarissimus quisque eandem in recipiendo licentiam habuerunt.

[85] Adcelerata interim Vespasiani coepta Illyrici exercitus studio transgressi in partis: tertia legio exemplum ceteris Moesiae legionibus praebuit; octava erat ac septima Claudiana, imbutae favore Othonis, quamvis proelio non interfuissent. Aquileiam progressae, proturbatis qui de Othone nuntiabant laceratisque vexillis nomen Vitellii praeferentibus, rapta postremo pecunia et inter se divisa, hostiliter egerant. unde metus et ex metu consilium, posse imputari Vespasiano quae apud Vitellium excusanda erant. ita tres Moesicae legiones per epistulas adliciebant Pannonicum

exercitum aut abnuenti vim parabant. in eo motu Aponius Saturninus Moesiae rector pessimum facinus audet, misso centurione ad interficiendum Tettium Iulianum septimae legionis legatum ob simultates, quibus causam partium praetendebat. Iulianus comperto discrimine et gnaris locorum adscitis per avia Moesiae ultra montem Haemum profugit; nec deinde civili bello interfuit, per varias moras susceptum ad Vespasianum iter trahens et ex nuntiis cunctabundus aut properans.

[86] At in Pannonia tertia decima legio ac septima Galbiana, dolorem iramque Bedriacensis pugnae retinentes, haud cunctanter Vespasiano accessere, vi praecipua Primi Antonii. is legibus nocens et tempore Neronis falsi damnatus inter alia belli mala senatorium ordinem reciperaverat. praepositus a Galba septimae legioni scriptitasse Othoni credebatur, ducem se partibus offerens; a quo neglectus in nullo Othoniani belli usu fuit. labantibus Vitellii rebus Vespasianum secutus grande momentum addidit, strenuus manu, sermone promptus, serendae in alios invidiae artifex, discordiis et seditionibus potens, raptor, largitor, pace pessimus, bello non spernendus. iuncti inde Moesici ac Pannonici exercitus Dalmaticum militem traxere, quamquam consularibus legatis nihil turbantibus. Tampius Flavianus Pannoniam, Pompeius Silvanus Dalmatiam tenebant, divites senes; sed procurator aderat Cornelius Fuscus, vicens aetate, claris natalibus. prima iuventa quietis cupidine senatorium ordinem exuerat; idem pro Galba dux coloniae suae, eaque opera procurationem adeptus, susceptis Vespasiani partibus acerrimam bello faciem praetulit: non tam praemiis periculorum quam ipsis periculis laetus pro certis et olim partis nova ambigua ancipitia malebat. igitur movere et quater, quidquid usquam aegrum foret, adgrediuntur. scriptae in Britanniam ad quartadecimanos, in Hispaniam ad primanos epistulae, quod utraque legio pro Othone, adversa Vitellio fuerat; sparguntur per Gallias litterae; momentoque temporis flagrabat ingens bellum, Illyricis exercitibus palam desciscentibus, ceteris fortunam secuturis.

[87] Dum haec per provincias a Vespasiano ducibusque partium geruntur, Vitellius contemptior in dies segniorque, ad omnis municipiorum villarumque amoenitates resistens, gravi urbem agmine petebat. sexaginta milia armatorum sequebantur, licentia corrupta; calonum numerus amplior, procacissimis etiam inter servos lixarum ingeniis; tot legatorum amicorumque comitatus inhabilis ad parendum, etiam si summa modestia regeretur. onerabant multitudinem obvii ex urbe senatores equitesque, quidam metu, multi per adulationem, ceteri ac paulatim omnes ne aliis proficiscentibus ipsi remanerent. adgregabantur e plebe flagitiosa per obsequia Vitellio cogniti, scurrae, histriones, aurigae, quibus ille amicitiarum dehonostamentis mire gaudebat. nec coloniae modo aut municipia congestu copiarum, sed ipsi cultores arvaeque maturis iam frugibus ut hostile solum vastabantur.

[88] Multae et atroces inter se militum caedes, post seditionem Ticini coeptam manente legionum auxiliorumque discordia; ubi adversus paganos certandum foret, consensu. sed plurima strages ad septimum ab urbe lapidem. singulis ibi militibus Vitellius paratos cibos ut gladiatoriam saginam dividebat; et effusa plebes totis se castris miscuerat. incuriosos milites—vernacula utebantur urbanitate—quidam spoliavere, abscisis furtim balteis an accincti forent rogitantes. non tulit ludibrium insolens contumeliarum animus: inermem populum gladiis invasere. caesus inter alios pater militis, cum filium comitaretur; deinde agnitus et vulgata caede temperatum ab innoxiiis. in urbe tamen trepidatum praecurrentibus passim militibus; forum maxime petebant, cupidine visendi locum in quo Galba iacuisset. nec minus saevum spectaculum erant ipsi, tergis ferarum et ingentibus telis horrentes, cum turbam populi per inscitiam parum vitarent, aut ubi lubrico viae vel occursu alicuius procidissent, ad iurgium, mox ad manus et ferrum transirent. quin et tribuni praefectique cum terrore et armatorum catervis volitabant.

[89] Ipse Vitellius a ponte Mulvio insigni equo, paludatus accinctusque, senatum et populum ante se agens, quo minus ut captam urbem ingrederetur, amicorum consilio deterritus, sumpta

praetexta et composito agmine incessit. quattuor legionum aquilae per frontem totidemque circa e legionibus aliis vexilla, mox duodecim alarum signa et post peditum ordines eques; dein quattuor et triginta cohortes, ut nomina gentium aut species armorum forent, discretae. ante aquilas praefecti castrorum tribunique et primi centurionum candida veste, ceteri iuxta suam quisque centuriam, armis donisque fulgentes; et militum phalerae torquesque splendebant: decora facies et non Vitellio principe dignus exercitus. sic Capitolium ingressus atque ibi matrem complexus Augustae nomine honoravit.

[90] Postera die tamquam apud alterius civitatis senatum populumque magnificam orationem de semet ipso prompsit, industriam temperantiamque suam laudibus attollens, consciis flagitiorum ipsis qui aderant omnique Italia, per quam somno et luxu pudendus incesserat. vulgus tamen vacuum curis et sine falsi verique discrimine solitas adulationes edoctum clamore et vocibus adstrepebat; abnuentique nomen Augusti expressere ut adsumeret, tam frustra quam recusaverat.

[91] Apud civitatem cuncta interpretantem funesti ominis loco acceptum est quod maximum pontificatum adeptus Vitellius de caerimoniis publicis XV kalendas Augustas edixisset, antiquitus infausto die Cremerensi Alliensiue cladibus: adeo omnis humani divinique iuris expers, pari libertorum amicorum socordia, velut inter temulentos agebat. sed comitia consulum cum candidatis civiliter celebrans omnem infimae plebis rumorem in theatro ut spectator, in circo ut fautor adfectavit: quae grata sane et popularia, si a virtutibus proficiscerentur, memoria vitae prioris indecora et vilia accipiebantur. ventitabat in senatum, etiam cum parvis de rebus patres consulerentur. ac forte Priscus Helvidius praetor designatus contra studium eius censuerat. commotus primo Vitellius, non tamen ultra quam tribunos plebis in auxilium spretae potestatis advocavit; mox mitigantibus amicis, qui altiolem iracundiam eius verebantur, nihil novi accidisse respondit quod duo senatores in re publica dissentirent; solitum se etiam Thraseae contra dicere. inrisere plerique impudentiam aemulationis; aliis id ipsum placebat quod neminem ex praepotentibus, sed Thraseam ad exemplar verae gloriae legisset.

[92] Praeposuerat praetorianis Publilium Sabinum a praefectura cohortis, Iulium Priscum tum centurionem: Priscus Valentis, Sabinus Caecinae gratia pollebant; inter discordis Vitellio nihil auctoritas. munia imperii Caecina ac Valens obibant, olim anxii odiis, quae bello et castris male dissimulata pravitas amicorum et fecunda gignendis inimicitiis civitas auxerat, dum ambitu comitatu et immensis salutantium agminibus contendunt comparanturque, variis in hunc aut illum Vitellii inclinationibus; nec umquam satis fida potentia, ubi nimia est: simul ipsum Vitellium, subitis offensis aut intempestivis blanditiis mutabilem, contemnebant metuebantque. nec eo segnius invaserant domos hortos opesque imperii, cum flebilis et egens nobilium turba, quos ipsos liberosque patriae Galba reddiderat, nulla principis misericordia iuventur. gratum primoribus civitatis etiam plebs adprobavit, quod reversis ab exilio iura libertorum concessisset, quamquam id omni modo servilia ingenia corrumpebant, abditis pecuniis per occultos aut ambitiosos sinus, et quidam in domum Caesaris transgressi atque ipsis dominis potentiores.

[93] Sed miles, plenis castris et redundante multitudine, in porticibus aut delubris et urbe tota vagus, non principia noscere, non servare vigilias neque labore firmari: per inlecebras urbis et inhonesta dictu corpus otio, animum libidinibus imminuebant. postremo ne salutis quidem cura infamibus Vaticani locis magna pars tetendit, unde crebrae in vulgus mortes; et adiacente Tiberi Germanorum Gallorumque obnoxia morbis corpora fluminis aviditas et aestus impatientia labefecit. insuper confusus pravitate vel ambitu ordo militiae: sedecim praetoriae, quattuor urbanae cohortes scribebantur, quis singula milia inessent. plus in eo dilectu Valens audebat, tamquam ipsum Caecinam periculo exemisset. sane adventu eius partes convaluerant, et sinistrum lenti itineris rumorem prospero proelio verterat. omnisque inferioris Germaniae miles Valentem adsectabatur,

unde primum creditur Caecinae fides fluitasse.

[94] Ceterum non ita ducibus indulisit Vitellius ut non plus militi liceret. sibi quisque militiam sumpserunt: quamvis indignus, si ita maluerat, urbanae militiae adscribatur; rursus bonis remanere inter legionarios aut alaris volentibus permissum. nec deerant qui vellent, fessi morbis et intemperiem caeli incusantes; robora tamen legionibus alisque subtracta, convulsum castrorum decus, viginti milibus e toto exercitu permixtis magis quam electis. Contionante Vitellio postulantur ad supplicium Asiaticus et Flavus et Rufinus duces Galliarum, quod pro Vindice bellarent. nec coercebat eius modi voces Vitellius: super insitam [mortem] animo ignaviam conscius sibi instare donativum et deesse pecuniam omnia alia militi largiebatur. liberti principum conferre pro numero mancipiorum ut tributum iussi: ipse sola perdendi cura stabula aurigis extruere, circum gladiatorum ferarumque spectaculis opplere, tamquam in summa abundantia pecuniae includere.

[95] Quin et natalem Vitellii diem Caecina ac Valens editis tota urbe vicatim gladiatoribus celebrare, ingenti paratu et ante illum diem insolito. laetum foedissimo cuique apud bonos invidiae fuit quod extractis in campo Martio aris inferias Neroni fecisset. caesae publice victimae cremataeque; facem Augustales subdidere, quod sacerdotium, ut Romulus Tatio regi, ita Caesar Tiberius Iuliae genti sacrauit. nondum quartus a victoria mensis, et libertus Vitellii Asiaticus Polyclitos Patrobios et vetera odiorum nomina aequabat. nemo in illa aula probitate aut industria certavit: unum ad potentiam iter, prodigis epulis et sumptu ganeaue satiare inexplebilis Vitellii libidines. ipse abunde ratus si praesentibus frueretur, nec in longius consultans, noviens miliens sestertium paucissimis mensibus intervertisse creditur. magna et misera civitas, eodem anno Othonem Vitellium passa, inter Vinios Fabios Icelos Asiaticos varia et pudenda sorte agebat, donec successere Mucianus et Marcellus et magis alii homines quam alii mores.

[96] Prima Vitellio tertiae legionis defectio nuntiatur, missis ab Aponio Saturnino epistulis, antequam is quoque Vespasiani partibus adgregaretur; sed neque Aponius cuncta, ut trepidans re subita, perscripserat, et amici adulantes mollius interpretabantur: unius legionis eam seditionem, ceteris exercitibus constare fidem. in hunc modum etiam Vitellius apud milites disseruit, praetorianos nuper exauctoratos insectatus, a quibus falsos rumores dispergi, nec ullum civilis belli metum adseverabat, suppresso Vespasiani nomine et vagis per urbem militibus qui sermones populi coercent. id praecipuum alimentum famae erat.

[97] Auxilia tamen e Germania Britanniaque et Hispaniis excivit, segniter et necessitatem dissimulans. perinde legati provinciaeque cunctabantur, Hordeonius Flaccus suspectis iam Batavis anxius proprio bello, Vettius Bolanus numquam satis quietam Britanniam, et uterque ambigui. neque ex Hispaniis properabatur, nullo tum ibi consulari: trium legionum legati, pares iure et prosperis Vitellii rebus certaturi ad obsequium, adversam eius fortunam ex aequo detrectabant. in Africa legio cohortesque delectae a Clodio Macro, mox a Galba dimissae, rursus iussu Vitellii militiam cepere; simul cetera iuventus dabat impigre nomina. quippe integrum illic ac favorabilem proconsulatum Vitellius, famosum invisumque Vespasianus egerat: proinde socii de imperio utriusque coniectabant, sed experimentum contra fuit.

[98] Ac primo Valerius Festus legatus studia provincialium cum fide iuivit; mox nutabat, palam epistulis edictisque Vitellium, occultis nuntiis Vespasianum fovens et haec illave defensurus, prout invaluissent. deprehensi cum litteris edictisque Vespasiani per Raetiam et Gallias militum et centurionum quidam ad Vitellium missi necantur: plures fefellere, fide amicorum aut suomet astu occultati. ita Vitellii paratus noscebantur, Vespasiani consiliorum pleraque ignota, primum socordia Vitellii, dein Pannonicae Alpes praesidiis insessae nuntios retinebant. mare quoque etesiarum flatu in Orientem navigantibus secundum, inde adversum erat.

[99] Tandem inruptione hostium atrocibus undique nuntiis exterritus Caecinam ac Valentem expedire ad bellum iubet. praemissus Caecina, Valentem e gravi corporis morbo tum primum adsurgentem infirmitas tardabat. longe alia proficiscentis ex urbe Germanici exercitus species: non vigor corporibus, non ardor animis; lentum et rarum agmen, fluxa arma, segnes equi; impatiens solis pulveris tempestatum, quantumque hebes ad sustinendum laborem miles, tanto ad discordias promptior. accedebat huc Caecinae ambitio vetus, torpor recens, nimia fortunae indulgentia soluti in luxum, seu perfidiam meditati infringere exercitus virtutem inter artis erat. credidere plerique Flavii Sabini consiliis concussam Caecinae mentem, ministro sermonum Rubrio Gallo: rata apud Vespasianum fore pacta transitionis. simul odiorum invidiaeque erga Fabium Valentem admonebatur ut impar apud Vitellium gratiam virisque apud novum principem pararet.

[100] Caecina e complexu Vitellii multo cum honore digressus partem equitum ad occupandam Cremonam praemisit. mox vexilla primae, quartae, quintaedecimae, sextaedecimae legionum, dein quinta et duoetvicensima secutae; postremo agmine unaetvicensima Rapax et prima Italica incessere cum vexillariis trium Britannicarum legionum et electis auxiliis. profecto Caecina scripsit Fabius Valens exercitui, quem ipse ductaverat, ut in itinere opperiretur: sic sibi cum Caecina convenisse. qui praesens eoque validior mutatum id consilium finxit ut ingruenti bello tota mole occurreretur. ita adcelerare legiones Cremonam, pars Hostiliam petere iussae: ipse Ravennam devertit praetexto classem adloquendi; mox Patavii secretum componendae proditionis quaesitum. namque Lucilius Bassus post praefecturam alae Ravennati simul ac Misenensi classibus a Vitellio praepositus, quod non statim praefecturam praetorii adeptus foret, iniquam iracundiam flagitiosa perfidia ulciscitur. nec sciri potest traxeritne Caecinam, an, quod evenit inter malos ut et similes sint, eadem illos pravitas impulerit.

[101] Scriptores temporum, qui potente rerum Flavia domo monimenta belli huiusce composuerunt, curam pacis et amorem rei publicae, corruptas in adulationem causas, tradidere: nobis super insitam levitatem et prodito Galba vilem mox fidem aemulatione etiam invidiaque, ne ab aliis apud Vitellium anteirentur, pervertisse ipsum Vitellium videntur. Caecina legiones adsecutus centurionum militumque animos obstinatos pro Vitellio variis artibus subruebat: Basso eadem molienti minor difficultas erat, lubrica ad mutandam fidem classe ob memoriam recentis pro Othone militiae.

LIBER TERTIVS

[1] Meliore fato fideque partium Flavianarum duces consilia belli tractabant. Poetovionem in hiberna tertiae decimae legionis convenerant. illic agitavere placeretne obstrui Pannoniae Alpes, donec a tergo vires universae consurgerent, an ire comminus et certare pro Italia constantius foret. quibus opperiri auxilia et trahere bellum videbatur, Germanicarum legionum vim famamque extollebant, et advenisse mox cum Vitellio Britannici exercitus robora: ipsis nec numerum parem pulsarum nuper legionum, et quamquam atrociter loquerentur, minorem esse apud victos animum. sed insessis interim Alpibus venturum cum copiis Orientis Mucianum; superesse Vespasiano mare, classis, studia provinciarum, per quas velut alterius belli molem cieret. ita salubri mora novas viris adfore, ex praesentibus nihil perituum.

[2] Ad ea Antonius Primus (is acerrimus belli concitator) festinationem ipsis utilem, Vitellio exitiosam disseruit. plus socordiae quam fiduciae accessisse victoribus; neque enim in procinctu et castris habitos: per omnia Italiae municipia desides, tantum hospitibus metuendos, quanto ferocius ante se egerint, tanto cupidius insolitas voluptates hausisse. circo quoque ac theatris et amoenitate urbis emollitos aut valetudinibus fessos: sed addito spatio rediturum et his robur meditatione belli; nec procul Germaniam, unde vires; Britanniam freto dirimi, iuxta Gallias Hispaniasque, utrumque viros equos tributa, ipsamque Italiam et opes urbis; ac si inferre arma ultro velint, duas classis vacuumque Illyricum mare. quid tum claustra montium profutura? quid tractum in aestatem aliam bellum? unde interim pecuniam et commeatus? quin potius eo ipso uterentur quod Pannonicae legiones deceptae magis quam victae resurgere in ultionem properent, Moesici exercitus integras viris attulerint. si numerus militum potius quam legionum putetur, plus hinc roboris, nihil libidinum; et profuisse disciplinae ipsum pudorem: equites vero ne tum quidem victos, sed quamquam rebus adversis disiectam Vitellii aciem. 'duae tunc Pannonicae ac Moesicae alae perrupere hostem: nunc sedecim alarum coniuncta signa pulsu sonituque et nube ipsa operient ac superfundent oblitos proeliorum equites equosque. nisi quis retinet, idem suasor auctorque consilii ero. vos, quibus fortuna in integro est, legiones continete: mihi expeditae cohortes sufficient. iam reseratam Italiam, impulsas Vitellii res audietis. iuvabit sequi et vestigiis vincentis insistere.'

[3] Haec ac talia flagrans oculis, truci voce, quo latius audiretur (etenim se centuriones et quidam militum consilio miscuerant), ita effudit ut cautos quoque ac providos permoveret, vulgus et ceteri unum virum ducemque, sprete aliorum segnitia, laudibus ferrent. hanc sui famam ea statim contione commoverat, qua recitatis Vespasiani epistulis non ut plerique incerta disseruit, huc illuc tracturus interpretatione, prout conduxisset: aperte descendisse in causam videbatur, eoque gravior militibus erat culpae vel gloriae socius.

[4] Proxima Cornelii Fusci procuratoris auctoritas. is quoque inclementer in Vitellium invehi solitus nihil spei sibi inter adversa reliquerat. Tampius Flavianus, natura ac senecta cunctator, suspiciones militum inritabat, tamquam adfinitatis cum Vitellio meminisset; idemque, quod coeptante legionum motu profugus, dein sponte remeaverat, perfidiae locum quaesisse credebatur. nam Flavianum, omissa Pannonia ingressum Italiam et discrimini exemptum, rerum novarum cupido legati nomen resumere et misceri civilibus armis impulerat, suadente Cornelio Fusco, non quia industria Flaviani egebat, sed ut consulare nomen surgentibus cum maxime partibus honesta specie praetenderetur.

[5] Ceterum ut transmittere in Italiam impune et usui foret, scriptum Aponio Saturnino, cum exercitu Moesico celeraret. ac ne inermes provinciae barbaris nationibus exponerentur, principes

Sarmatarum Iazugum, penes quos civitatis regimen, in commilitium adsciti. plebem quoque et vim equitum, qua sola valent, offerebant: remissum id munus, ne inter discordias externa molirentur aut maiore ex diverso mercede ius fasque exuerent. trahuntur in partis Sido atque Italicus reges Sueborum, quis vetus obsequium erga Romanos et gens fidei ~commissior~ patientior. posita in latus auxilia, infesta Raetia, cui Porcius Septiminus procurator erat, incorruptae erga Vitellium fidei. igitur Sextilius Felix cum ala Auriana et octo cohortibus ac Noricorum iuventute ad occupandam ripam Aeni fluminis, quod Raetos Noricosque interfluit, missus. nec his aut illis proelium temptantibus, fortuna partium alibi transacta.

[6] Antonio vexillarios e cohortibus et partem equitum ad invadendam Italiam rapienti comes fuit Arrius Varus, strenuus bello, quam gloriam et dux Corbulo et prosperae in Armenia res addiderant. idem secretis apud Neronem sermonibus ferebatur Corbulonis virtutes criminatus; unde infami gratia primum pilum adepto laeta ad praesens male parta mox in perniciem vertere. sed Primus ac Varus occupata Aquileia <per> proxima quaeque et Opitergii et Altini laetis animis accipiuntur. relictum Altini praesidium adversus classis Ravennatis <conatus>, nondum defectione eius audita. inde Patavium et Ateste partibus adiunxere. illic cognitum tris Vitellianas cohortis et alam, cui Sebosianae nomen, ad Forum Alieni ponte iuncto consedissee. placuit occasio invadendi incuriosos; nam id quoque nuntiabatur. luce prima inermos plerosque oppressere. praedictum ut paucis interfectis ceteros pavore ad mutandam fidem cogere. et fuere qui se statim dederent: plures abrupto ponte instanti hosti viam abstulerunt. principia belli secundum Flavianos data.

[7] Vulgata victoria legiones septima Galbiana, tertia decima Gemina cum Vedio Aquila legato Patavium alacres veniunt. ibi pauci dies ad requiem sumpti, et Minicius Iustus praefectus castrorum legionis septimae, quia adductius quam civili bello imperitabat, subtractus militum irae ad Vespasianum missus est. desiderata diu res interpretatione gloriae in maius accipitur, postquam Galbae imagines discordia temporum subversas in omnibus municipiis recoli iussit Antonius, decorum pro causa ratus, si placere Galbae principatus et partes revirescere crederentur.

[8] Quaesitum inde quae sedes bello legeretur. Verona potior visa, patentibus circum campis ad pugnam equestrem, qua praevalabant: simul coloniam copiis validam auferre Vitellio in rem famamque videbatur. possessa ipso transitu Vicetia; quod per se parvum (etenim modicae municipio vires) magni momenti locum obtinuit reputantibus illic Caecinam genitum et patriam hostium duci ereptam. in Veronensibus pretium fuit: exemplo opibusque partis iuvare; et interiectus exercitus Raetiam Iuliasque Alpis, [ac] ne pervium illa Germanicis exercitibus foret, obsaepserat. quae ignara Vespasiano aut vetita: quippe Aquileiae sisti bellum expectarique Mucianum iubebat, adiciebatque imperio consilium, quando Aegyptus, claustra annonae, vectigalia opulentissimarum provinciarum obtinerentur, posse Vitellii exercitum egestate stipendii frumentique ad deditionem subigi. eadem Mucianus crebris epistulis monebat, incruentam et sine luctu victoriam et alia huiusce modi praetexendo, sed gloriae avidus atque omne belli decus sibi retinens. ceterum ex distantibus terrarum spatiis consilia post res adferebantur.

[9] Igitur repentino incursu Antonius stationes hostium inrupit; temptatisque levi proelio animis ex aequo discessum. mox Caecina inter Hostiliam, vicum Veronensium, et paludes Tartari fluminis castra permuniit, tutus loco, cum terga flumine, latera obiectu paludis tegerentur. quod si adfuisset fides, aut opprimi universis Vitellianorum viribus duae legiones, nondum coniuncto Moesico exercitu, potuere, aut retro actae deserta Italia turpem fugam conscivissent. sed Caecina per varias moras prima hostibus prodidit tempora belli, dum quos armis pellere promptum erat, epistulis increpat, donec per nuntios pacta perfidiae firmaret. interim Aponius Saturninus cum legione septima Claudiana advenit. legioni tribunus Vipstanus Messala praeerat, claris maioribus, egregius ipse et qui solus ad id bellum artis bonas attulisset. has ad copias nequaquam Vitellianis

paris (quippe tres adhuc legiones erant) misit epistulas Caecina, temeritatem victa arma tractantium incusans. simul virtus Germanici exercitus laudibus attollebatur, Vitellii modica et vulgari mentione, nulla in Vespasianum contumelia: nihil prorsus quod aut corrumperet hostem aut terreret. Flavianarum partium duces omissa prioris fortunae defensione pro Vespasiano magnifice, pro causa fidenter, de exercitu securi, in Vitellium ut inimici praesumpsere, facta tribunis centurionibusque retinendi quae Vitellius indulsisset spe; atque ipsum Caecinam non obscure ad transitionem hortabantur. recitatae pro contione epistulae addidere fiduciam, quod submitte Caecina, velut offendere Vespasianum timens, ipsorum duces contemptim tamquam insultantes Vitellio scripsissent.

[10] Adventu deinde duarum legionum, e quibus tertiam Dillius Aponianus, octavam Numisius Lupus ducebant, ostentare viris et militari vallo Veronam circumdare placuit. forte Galbianaee legioni in adversa fronte valli opus cesserat, et visi procul sociorum equites vanam formidinem ut hostes fecere. rapiuntur arma metu proditionis. ira militum in Tampium Flavianum incubuit, nullo criminis argumento, sed iam pridem invisus turbine quodam ad exitium poscebatur: propinquum Vitellii, proditorem Othonis, interceptorem donativi clamitabant. nec defensionis locus, quamquam supplicis manus tenderet, humi plerumque stratus, lacera veste, pectus atque ora singultu quatiens. id ipsum apud infensos incitamentum erat, tamquam nimius pavor conscientiam argueret. obturbabatur militum vocibus Aponius, cum loqui coeptaret; fremitu et clamore ceteros aspernantur. uni Antonio apertae militum aures; namque et facundia aderat mulcendique vulgum artes et auctoritas. ubi crudescere seditio et a conviciis ac probris ad tela et manus transibant, inici catenas Flaviano iubet. sensit ludibrium miles, disiectisque qui tribunal tuebantur extrema vis parabatur. opposuit sinum Antonius stricto ferro, aut militum se manibus aut suis moriturum obtestans, ut quemque notum et aliquo militari decore insignem aspexerat, ad ferendam opem nomine ciens. mox conversus ad signa et bellorum deos, hostium potius exercitibus illum furorem, illam discordiam inicerent orabat, donec fatisceret seditio et extremo iam die sua quisque in tentoria dilaberentur. profectus eadem nocte Flavianus obviis Vespasiani litteris discrimini exemptus est.

[11] Legiones velut tabe infectae Aponium Saturninum Moesici exercitus legatum eo atrocius adgrediuntur, quod non, ut prius, labore et opere fessae, sed medio diei exarserant, vulgatis epistulis, quas Saturninus ad Vitellium scripsisse credebatur. ut olim virtutis modestiaeque, tunc procacitatis et petulantiae certamen erat, ne minus violenter Aponium quam Flavianum ad supplicium deposcerent. quippe Moesicae legiones adiutam a se Pannonicorum ultionem referentes, et Pannonici, velut absolventur aliorum seditione, iterare culpam gaudebant. in hortos, in quibus devertebatur Saturninus, pergunt. nec tam Primus et Aponianus et Messala, quamquam omni modo nisi, eripere Saturninum quam obscuritas latebrarum, quibus occulebatur, vacantium forte balnearum fornacibus abditus. mox omissis lictoribus Patavium concessit. digressu consularium uni Antonio vis ac potestas in utrumque exercitum fuit, cedentibus collegis et obversis militum studiis. nec deerant qui crederent utramque seditionem fraude Antonii coeptam, ut solus bello frueretur.

[12] Ne in Vitellii quidem partibus quietae mentes: exitiosiore discordia non suspicionibus vulgi, sed perfidia ducum turbabantur. Lucilius Bassus classis Ravennatis praefectus ambiguos militum animos, quod magna pars Dalmatae Pannonique erant, quae provinciae Vespasiano tenebantur, partibus eius adgregaverat. nox proditioni electa, ut ceteris ignaris soli in principia defectores coirent. Bassus pudore seu metu, quisnam exitus foret, intra domum opperiebatur. trierarchi magno tumultu Vitellii imagines invadunt; et paucis resistentium obruncatis ceterum vulgus rerum novarum studio in Vespasianum inclinabat. tum progressus Lucilius auctorem se palam praebet. classis Cornelium Fuscum praefectum sibi destinat, qui propeere adcurrit. Bassus honorata custodia Liburnicis navibus Atriam pervectus a praefecto alae Vibennio Rufino, praesidium illic agitante, vincitur, sed exoluta statim vincula interventu Hormi Caesaris liberti: is

quoque inter duces habebatur.

[13] At Caecina, defectione classis vulgata, primores centurionum et paucos militum, ceteris per militiae munera dispersis, secretum castrorum adfectans in principia vocat. ibi Vespasiani virtutem virisque partium extollit: transfugisse classem, in arto commeatum, adversas Gallias Hispaniasque, nihil in urbe fidum; atque omnia de Vitellio in deterius. mox incipientibus qui conscii aderant, ceteros re nova attonitos in verba Vespasiani adigit; simul Vitellii imagines dereptae et missi qui Antonio nuntiarent. sed ubi totis castris in fama proditio, recurrens in principia miles praescriptum Vespasiani nomen, proiectas Vitellii effigies aspexit, vastum primo silentium, mox cuncta simul erumpunt. huc cecidisse Germanici exercitus gloriam ut sine proelio, sine vulnere vincitas manus et capta traderent arma? quas enim ex diverso legiones? nempe victas; et abesse unicum Othoniani exercitus robur, primanos quartadecimanosque, quos tamen isdem illis campis fuderint straverintque. ut tot armatorum milia, velut grex venalium, exuli Antonio donum darentur? octo nimirum legiones unius classis accessionem fore. id Basso, id Caecinae visum, postquam domos hortos opes principi abstulerint, etiam militem auferre. integros incruentosque, Flavianis quoque partibus vilis, quid dicturos reposcentibus aut prospera aut adversa?

[14] Haec singuli, haec universi, ut quemque dolor impulerat, vociferantes, initio a quinta legione orto, repositis Vitellii imaginibus vincla Caecinae iniciunt; Fabium Fabullum quintae legionis legatum et Cassium Longum praefectum castrorum duces deligunt; forte oblatos trium Liburnicarum milites, ignaros et insontis, trucidant; relictis castris, abrupto ponte Hostilium rursus, inde Cremonam pergunt, ut legionibus primae Italicae et unietvicensimae Rapaci iungerentur, quas Caecina ad obtinendam Cremonam cum parte equitum praemiserat.

[15] Vbi haec comperta Antonio, discordis animis, discretos viribus hostium exercitus adgredi statuit, antequam ducibus auctoritas, militi obsequium et iunctis legionibus fiducia rediret. namque Fabium Valentem profectum ab urbe adceleraturumque cognita Caecinae prodicione coniectabat; et fidus Vitellio Fabius nec militiae ignarus. simul ingens Germanorum vis per Raetiam timebatur. et Britannia Galliaque et Hispania auxilia Vitellius acciverat, immensam belli luem, ni Antonius id ipsum metuens festinato proelio victoriam praecepisset. universo cum exercitu secundis a Verona castris Bedriacum venit. postero die legionibus ad muniendum retentis, auxiliares cohortes in Cremonensem agrum missae ut specie parandarum copiarum civili praeda miles imbueretur: ipse cum quattuor milibus equitum ad octavum a Bedriaco progressus quo licentius popularentur. exploratores, ut mos est, longius curabant.

[16] Quinta ferme hora diei erat, cum citus eques adventare hostis, praegredi paucos, motum fremitumque late audiri nuntiavit. dum Antonius quidnam agendum consultat, aviditate navandae operae Arrius Varus cum promptissimis equitum prorupit impulitque Vitellianos modica caede; nam plurimum ad cursu versa fortuna, et acerrimus quisque sequentium fugae ultimus erat. nec sponte Antonii properatum, et fore quae acciderant rebatur. hortatus suos ut magno animo capessissent pugnam, diductis in latera turmis vacuum medio relinquit iter quo Varum equitesque eius reciperet; iussae armari legiones; datum per agros signum ut, qua cuique proximum, omissa praeda proelio occurreret. pavidus interim Varus turbae suorum miscetur intulitque formidinem. pulsus cum sauciis integri suomet ipsi metu et angustiis viarum conflictabantur.

[17] Nullum in illa trepidatione Antonius constantis ducis aut fortis militis officium omisit. occursare paventibus, retinere cedentis, ubi plurimus labor, unde aliqua spes, consilio manu voce insignis hosti, conspicuus suis. eo postremo ardoris proventus est ut vexillarium fugientem hasta transverberaret; mox raptum vexillum in hostem vertit. quo pudore haud plures quam centum equites restitere: iuvat locus, artiore illic via et fracto interfluentis rivi ponte, qui incerto alveo et

praecipitibus ripis fugam impediēbat. ea necessitas seu fortuna lapsas iam partis restituit. firmati inter se densis ordinibus excipiunt Vitellianos temere effusos, atque illi consternantur. Antonius instare perculsis, sternere obvios, simul ceteri, ut cuique ingenium, spoliare, capere, arma equosque abripere. et exciti prospero clamore, qui modo per agros fuga palabantur, victoriae se miscebant.

[18] Ad quartum a Cremona lapidem fulsere legionum signa Rapacis atque Italicae, laeto inter initia equitum suorum proelio illuc usque provecta. sed ubi fortuna contra fuit, non laxare ordines, non recipere turbatos, non obviam ire ultroque adgredi hostem tantum per spatium cursu et pugnando fessum. [forte victi] haud perinde rebus prosperis ducem desideraverant atque in adversis deesse intellegebant. nutantem aciem victor equitatus incursat; et Vipstanus Messala tribunus cum Moesicis auxiliariis adsequitur, quos multi e legionariis quamquam raptim ductos aequabant: ita mixtus pedes equesque rupere legionum agmen. et propinqua Cremonensium moenia quanto plus spei ad effugium minorem ad resistendum animum dabant. nec Antonius ultra institit, memor laboris ac vulnerum, quibus tam anceps proelii fortuna, quamvis prospero fine, equites equosque adfluctaverat.

[19] Inumbrante vespera universum Flaviani exercitus robur advenit. utque cumulos super et recentia caede vestigia incessere, quasi debellatum foret, pergere Cremonam et victos in deditionem accipere aut expugnare deposcunt. haec in medio, pulchra dictu: illa sibi quisque, posse coloniam plano sitam impetu capi. idem audaciae per tenebras inrumpentibus et maiorem rapiendi licentiam. quod si lucem opperiantur, iam pacem, iam preces, et pro labore ac vulneribus clementiam et gloriam, inania, luros, sed opes Cremonensium in sinu praefectorum legatorumque fore. expugnatae urbis praedam ad militem, deditae ad duces pertinere. spernuntur centuriones tribunique, ac ne vox cuiusquam audiatur, quatiunt arma, rupturi imperium ni ducantur.

[20] Tum Antonius inserens se manipulis, ubi aspectu et auctoritate silentium fecerat, non se decus neque pretium eripere tam bene meritis adfirmabat, sed divisa inter exercitum ducesque munia: militibus cupidinem pugnandi convenire, duces providendo, consultando, cunctatione saepius quam temeritate prodesse. ut pro virili portione armis ac manu victoriam iuverit, ratione et consilio, propriis ducis artibus, profuturum; neque enim ambigua esse quae occurrant, noctem et ignotae situm urbis, intus hostis et cuncta insidiis opportuna. non si pateant portae, nisi explorato, nisi die intrandum. an obpugnationem inchoaturos adempto omni prospectu, quis aequus locus, quanta altitudo moenium, tormentisne et telis an operibus et vineis adgredienda urbs foret? mox conversus ad singulos, num securis dolabrasque et cetera expugnandis urbibus secum attulissent, rogabat. et cum abnuerent, 'gladiisne' inquit 'et pilis perfringere ac subruere muros ullae manus possunt? si aggerem struere, si pluteis cratibusve protegi necesse fuerit, ut vulgus improvidum inriti stabimus, altitudinem turrium et aliena munimenta mirantes? quin potius mora noctis unius, advectis tormentis machinisque, vim victoriamque nobiscum ferimus?' simul lixas calonesque cum recentissimis equitum Bedriacum mittit, copias ceteraque usui adlaturos.

[21] Id vero aegre tolerante milite prope seditionem ventum, cum progressi equites sub ipsa moenia vagos e Cremonensibus corripunt, quorum indicio noscitur sex Vitellianas legiones omnemque exercitum, qui Hostiliae egerat, eo ipso die triginta milia passuum emensum, comperta suorum clade in proelium accingi ac iam adfore. is terror obstructas mentis consiliis ducis aperuit. sistere tertiam decimam legionem in ipso viae Postumiae aggere iubet, cui iuncta a laevo septima Galbiana patenti campo stetit, dein septima Claudiana, agresti fossa (ita locus erat) praemunita; dextro octava per apertum limitem, mox tertia densis arbustis intersepta. hic aquilarum signorumque ordo: milites mixti per tenebras, ut fors tulerat; praetorianum vexillum proximum tertianis, cohortes auxiliorum in cornibus, latera ac terga equite circumdata; Sido atque Italicus Suebi cum delectis popularium primori in acie versabantur.

[22] At Vitellianus exercitus, cui adquiescere Cremonae et reciperatis cibo somnoque viribus confectum algore atque inedia hostem postera die profligare ac prouere ratio fuit, indigus rectoris, inops consilii, tertia ferme noctis hora paratis iam dispositisque Flavianis impingitur. ordinem agminis disiecti per iram ac tenebras adseverare non ausim, quamquam alii tradiderint quartam Macedonicam dextrum suorum cornu, quintam et quintam decimam cum vexillis nonae secundaeque et vicensimae Britannicarum legionum mediam aciem, sextadecimanos duoetvicensimanosque et primanos laevum cornu complese. Rapaces atque Italici omnibus se manipulis miscuerant; eques auxiliaque sibi ipsi locum legere. proelium tota nocte varium, anceps, atrox, his, rursus illis exitiabile. nihil animus aut manus, ne oculi quidem provisu iuvabant. eadem utraque acie arma, crebris interrogationibus notum pugnae signum, permixta vexilla, ut quisque globus capta ex hostibus huc vel illuc raptabat. urgebatur maxime septima legio, nuper a Galba conscripta. occisi sex primorum ordinum centuriones, abrepta quaedam signa: ipsam aquilam Atilius Verus primi pili centurio multa cum hostium strage et ad extremum moriens servaverat.

[23] Sustinuit labentem aciem Antonius accitis praetorianis. qui ubi excepere pugnam, pellunt hostem, dein pelluntur. namque Vitelliani tormenta in aggerem viae contulerant ut tela vacuo atque aperto excuterentur, dispersa primo et arbustis sine hostium noxa inlisa. magnitudine eximia quintae decimae legionis ballista ingentibus saxis hostilem aciem prouebat. lateque cladem intulisset ni duo milites praeclarum facinus ausi, arreptis e strage scutis ignorati, vincla ac libramenta tormentorum abscidissent. statim confossi sunt eoque intercidere nomina: de facto haud ambigitur. neutro inclinaverat fortuna donec adulta nocte luna surgens ostenderet acies falleretque. sed Flavianis aequior a tergo; hinc maiores equorum virorumque umbrae, et falso, ut in corpora, ictu tela hostium citra cadebant: Vitelliani adverso lumine conlucentes velut ex occulto iaculantibus incauti offerebantur.

[24] Igitur Antonius, ubi noscere suos noscique poterat, alios pudore et probris, multos laude et hortatu, omnis spe promissisque accendens, cur resumpsissent arma, Pannonicas legiones interrogabat: illos esse campos, in quibus abolere labem prioris ignominiae, ubi reciperare gloriam possent. tum ad Moesicos conversus principes auctoresque belli ciebat: frustra minis et verbis provocatos Vitellianos, si manus eorum oculosque non tolerent. haec, ut quosque accesserat; plura ad tertianos, veterum recentiumque admonens, ut sub M. Antonio Parthos, sub Corbulone Armenios, nuper Sarmatas pepulissent. mox infensus praetorianis 'vos' inquit, 'nisi vincitis, pagani, quis alius imperator, quae castra alia excipient? illic signa armaque vestra sunt, et mors victis; nam ignominiam consumpsistis.' undique clamor, et orientem solem (ita in Syria mos est) tertiani salutavere.

[25] Vagus inde an consilio ducis subditus rumor, advenisse Mucianum, exercitus in vicem salutasse. gradum inferunt quasi recentibus auxiliis aucti, rariore iam Vitellianorum acie, ut quos nullo rectore suos quemque impetus vel pavor contraheret diduceretve. postquam impulsos sensit Antonius, denso agmine obturbabat. laxati ordines abrumpuntur, nec restitui quivere impedientibus vehiculis tormentisque. per limitem viae sparguntur festinatione consecrandi victores. eo notabilior caedes fuit, quia filius patrem interfecit. rem nominaque auctore Vipstano Messala tradam. Iulius Mansuetus ex Hispania, Rapaci legioni additus, impubem filium domi liquerat. is mox adultus, inter septimanos a Galba conscriptus, oblatum forte patrem et vulnere stratum dum semianimem scrutatur, agnitus agnoscensque et exanguem amplexus, voce flebili precabatur placatos patris manis, neve se ut parricidam aversarentur: publicum id facinus; et unum militem quotam civiliū armorum partem? simul attollere corpus, aperire humum, supremo erga parentem officio fungi. advertere proximi, deinde plures: hinc per omnem aciem miraculum et questus et saevissimi belli execratio. nec eo segnius propinquos adfinis fratres trucidant spoliant: factum esse scelus loquuntur

faciuntque.

[26] Vt Cremonam venire, novum immensumque opus occurrit. Othoniano bello Germanicus miles moenibus Cremonensium castra sua, castris vallum circumiecerat eaque munimenta rursus auxerat. quorum aspectu haesere victores, incertis ducibus quid iuberent. incipere obpugnationem fesso per diem noctemque exercitu arduum et nullo iuxta subsidio anceps: sin Bedriacum redirent, intolerandus tam longi itineris labor, et victoria ad inritum revolvebatur: munire castra, id quoque propinquis hostibus formidolosum, ne dispersos et opus molientis subita eruptione turbarent. quae super cuncta terrebat ipsorum miles periculi quam morae patientior: quippe ingrata quae tuta, ex temeritate spes; omnisque caedes et vulnera et sanguis aviditate praedae pensabantur.

[27] Huc inclinavit Antonius cingique vallum corona iussit. primo sagittis saxisque eminus certabant, maiore Flavianorum pernicie, in quos tela desuper librabantur; mox vallum portasque legionibus attribuit, ut discretus labor fortis ignavosque distingueret atque ipsa contentione decoris accenderentur. proxima Bedriacensi viae tertiani septimanique sumpsere, dexteriora valli octava ac septima Claudiana; tertiadecimanos ad Brixianam portam impetus tulit. paulum inde morae, dum ex proximis agris ligones dolabras et alii falcis scalasque convectant: tum elatis super capita scutis densa testudine succedunt. Romanae utrimque artes: pondera saxorum Vitelliani provolvunt, disiectam fluitantemque testudinem lanceis contisque scrutantur, donec soluta compage scutorum exanguis aut laceros prosternerent multa cum strage. incesserat cunctatio, ni duces fesso militi et velut inritas exhortationes abnuenti Cremonam monstrassent.

[28] Hormine id ingenium, ut Messala tradit, an potior auctor sit C. Plinius, qui Antonium incusat, haud facile discreverim, nisi quod neque Antonius neque Hormus a fama vitaeque sua quamvis pessimo flagitio degeneravere. non iam sanguis neque vulnera morabantur quin subruerent vallum quaterentque portas, innixi umeris et super iteratam testudinem scandentes prensarent hostium tela brachiaque. integri cum sauciis, semineces cum expirantibus volvuntur, varia pereuntium forma et omni imagine mortium.

[29] Acerrimum tertiae septimaeque legionum certamen; et dux Antonius cum delectis auxiliariis eodem incuberat. obstinatos inter se cum sustinere Vitelliani nequirent et superiacta tela testudine laberentur, ipsam postremo ballistam in subeuntis propulere, quae ut ad praesens disiecit obruitque quos inciderat, ita pinnas ac summa valli ruina sua traxit; simul iuncta turris ictibus saxorum cessit, qua septimani dum nituntur cuneis, tertianus securibus gladiisque portam perfregit. primum inrupisse C. Volusium tertiae legionis militem inter omnis auctores constat. is in vallum egressus, deturbatis qui restiterant, conspicuus manu ac voce capta castra conclamavit; ceteri trepidis iam Vitellianis seque e vallo praecipitantibus perrupere. completur caede quantum inter castra murosque vacui fuit.

[30] Ac rursus nova laborum facies: ardua urbis moenia, saxeae turres, ferrati portarum obices, vibrans tela miles, frequens obstrictusque Vitellianis partibus Cremonensis populus, magna pars Italiae stato in eosdem dies mercatu congregata, quod defensoribus auxilium ob multitudinem, obpugnantibus incitamentum ob praedam erat. rapi ignis Antonius inferrique amoenissimis extra urbem aedificiis iubet, si damno rerum suarum Cremonenses ad mutandam fidem traherentur. propinqua muris tecta et altitudinem moenium egressa fortissimo quoque militum complet; illi trabibus tegulisque et facibus propugnatores deturbant.

[31] Iam legiones in testudinem glomerabantur, et alii tela saxaque incutiebant, cum languescere paulatim Vitellianorum animi. ut quis ordine anteibat, cedere fortunae, ne Cremona quoque excisa nulla ultra venia omnisque ira victoris non in vulgus inops, sed in tribunos

centurionesque, ubi pretium caedis erat, reverteretur. gregarius miles futuri socors et ignobilitate tutior perstabat: vagi per vias, in domibus abditi pacem ne tum quidem orabant, cum bellum posuissent. primores castrorum nomen atque imagines Vitellii amoliuntur; catenas Caecinae (nam etiam tunc vinctus erat) exolvunt orantque ut causae suae deprecator adsistat. aspernantem tumentemque lacrimis fatigant, extremum malorum, tot fortissimi viri proditoris opem invocantes; mox velamenta et infulas pro muris ostentant. cum Antonius inhiberi tela iussisset, signa aquilasque extulere; maestum inermium agmen deiectis in terram oculis sequebatur. circumstiterant victores et primo ingerebant probra, intentabant ictus: mox, ut praeberi ora contumeliis et posita omni ferocia cuncta victi patiebantur, subito recordatio illos esse qui nuper Bedriaci victoriae temperassent. sed ubi Caecina praetexta lictoribusque insignis, dimota turba, consul incessit, exarsere victores: superbiam saevitiamque (adeo invisae scelera sunt), etiam perfidiam obiectabant. obstitit Antonius datisque defensoribus ad Vespasianum dimisit.

[32] Plebs interim Cremonensium inter armatos conflictabatur; nec procul caede aberant, cum precibus ducum mitigatus est miles. et vocatos ad contionem Antonius adloquitur, magnifice victores, victos clementer, de Cremona in neutrum. exercitus praeter insitam praedandi cupidinem vetere odio ad excidium Cremonensium incubuit. iuisse partis Vitellianas Othonis quoque bello credebantur; mox tertiadecimanos ad extruendum amphitheatrum relictos, ut sunt procacia urbanae plebis ingenia, petulantibus iurgiis inluserant. auxit invidiam editum illic a Caecina gladiatorum spectaculum eademque rursus belli sedes et praebiti in acie Vitellianis cibi, caesae quaedam feminae studio partium ad proelium progressae; tempus quoque mercatus ditem alioqui coloniam maiore opum specie complebat. ceteri duces in obscuro: Antonium fortuna famaue omnium oculis exposuerat. is balneas abluendo cruori propere petit. excepta vox est, cum teporem incusaret, statim futurum ut incalescerent: vernile dictum omnem invidiam in eum vertit, tamquam signum incendendae Cremonae dedisset, quae iam flagrabat.

[33] Quadraginta armatorum milia inrupere, calorum lixarumque amplior numerus et in libidinem ac saevitiam corruptior. non dignitas, non aetas protegebat quo minus supra caedibus, caedes stupris miscerentur. grandaevos senes, exacta aetate feminas, vilis ad praedam, in ludibrium trahebant: ubi adulta virgo aut quis forma conspicuus incidisset, vi manibusque rapientium divulsus ipsos postremo direptores in mutuam perniciem agebat. dum pecuniam vel gravia auro templorum dona sibi quisque trahunt, maiore aliorum vi truncabantur. quidam obvia aspernati verberibus tormentisque dominorum abdita scrutari, defossa eruere: faces in manibus, quas, ubi praedam egresserant, in vacuas domos et inania templa per lasciviam iaculabantur; utque exercitu vario linguis moribus, cui cives socii externi interessent, diversae cupidines et aliud cuique fas nec quicquam illicitum. per quadriduum Cremona suffecit. cum omnia sacra profanaque in igne considerent, solum Mefitis templum stetit ante moenia, loco seu numine defensum.

[34] Hic exitus Cremonae anno ducesimo octogesimo sexto a primordio sui. condita erat Ti. Sempronio P. Cornelio consulibus, ingruente in Italiam Annibale, propugnaculum adversus Gallos trans Padum agentis et si qua alia vis per Alpem rueret. igitur numero colonorum, opportunitate fluminum, ubere agri, adnexu conubiisque gentium adolevit floruitque, bellis externis intacta, civilibus infelix. Antonius pudore flagitii, crebrescente invidia, edixit ne quis Cremonensem captivum detineret. inritamque praedam militibus effecerat consensus Italiae, emptionem talium mancipiorum aspernantis: occidi coepere; quod ubi enotuit, a propinquis adfinibusque occulte redemptabantur. mox rediit Cremonam reliquus populus: reposita fora templaque magnificentia municipum; et Vespasianus hortabatur.

[35] Ceterum adsidere sepulchrae urbis ruinis noxia tabo humus haud diu permisit. ad tertium lapidem progressi vagos paventisque Vitellianos, sua quemque apud signa, componunt; et victae

legiones, ne manente adhuc civili bello ambigue agerent, per Illyricum dispersae. in Britanniam inde et Hispanias nuntios famamque, in Galliam Iulium Calenum tribunum, in Germaniam Alpinium Montanum praefectum cohortis, quod hic Trevir, Calenus Aeduus, uterque Vitelliani fuerant, ostentui misere. simul transitus Alpium praesidiis occupati, suspecta Germania, tamquam in auxilium Vitellii accingeretur.

[36] At Vitellius profecto Caecina, cum Fabium Valentem paucis post diebus ad bellum impulisset, curis luxum obtendebat: non parare arma, non adloquio exercitioque militem firmare, non in ore vulgi agere, sed umbraculis hortorum abditus, ut ignava animalia, quibus si cibum suggeras, iacent torpentque, praeterita instantia futura pari oblivione dimiserat. atque illum in nemore Aricino desidem et marcentem proditio Lucilii Bassi ac defectio classis Ravennatis perculit; nec multo post de Caecina adfertur mixtus gaudio dolor et descivisse et ab exercitu vinctum. plus apud socordem animum laetitia quam cura valuit. multa cum exultatione in urbem reductus frequenti contione pietatem militum laudibus cumulat; Publilium Sabinum praetorii praefectum ob amicitiam Caecinae vinciri iubet, substituto in locum eius Alfeno Varo.

[37] Mox senatum composita in magnificentiam oratione adlocutus, exquisitis patrum adulationibus attollitur. initium atrocis in Caecinam sententiae a L. Vitellio factum; dein ceteri composita indignatione, quod consul rem publicam, dux imperatorem, tantis opibus tot honoribus cumulatus amicum prodidisset, velut pro Vitellio conquerentes, suum dolorem proferebant. nulla in oratione cuiusquam erga Flavianos duces obrectatio: errorem imprudentiamque exercituum culpantes, Vespasiani nomen suspensi et vitabundi circumibant, nec defuit qui unum consulatus diem (is enim in locum Caecinae supererat) magno cum inrisu tribuentis accipientisque eblandiretur. pridie kalendas Novembris Rosius Regulus iniit eiuravitque. adnotabant periti numquam antea non abrogato magistratu neque lege lata alium suffectum; nam consul uno die et ante fuerat Caninius Rebilus C. Caesare dictatore, cum belli civilis praemia festinarentur.

[38] Nota per eos dies Iunii Blaesi mors et famosa fuit, de qua sic accepimus. gravi corporis morbo aeger Vitellius Servilianis hortis turrim vicino sitam conlucere per noctem crebris luminibus animadvertit. sciscitanti causam apud Caecinam Tuscum epulari multos, praecipuum honore Iunium Blaesum nuntiatur; cetera in maius, de apparatu et solutis in lasciviam animis. nec defuere qui ipsum Tuscum et alios, sed criminosius Blaesum incusarent, quod aegro principe laetos dies ageret. ubi asperatum Vitellium et posse Blaesum perverti satis patuit iis qui principum offensas acriter speculantur, datae L. Vitellio delationis partes. ille infensus Blaeso aemulatione prava, quod eum omni dedecore maculosum egregia fama anteibat, cubiculum imperatoris reserat, filium eius sinu complexus et genibus accidens. causam confusionis quaerenti, non se proprio metu nec sui anxium, sed pro fratre, pro liberis fratris preces lacrimasque attulisse. frustra Vespasianum timeri, quem tot Germanicae legiones, tot provinciae virtute ac fide, tantum denique terrarum ac maris immensis spatiis arceat: in urbe ac sinu cavendum hostem, Iunios Antoniosque avos iactantem, qui se stirpe imperatoria comem ac magnificum militibus ostendet. versas illuc omnium mentis, dum Vitellius amicorum inimicorumque neglegens fovet aemulum principis labores e convivio prospectantem. reddendam pro intempestiva laetitia maestam et funebrem noctem, qua sciat et sentiat vivere Vitellium et imperare et, si quid fato accidat, filium habere.

[39] Trepidanti inter scelus metumque, ne dilata Blaesi mors maturam perniciem, palam iussa atrocem invidiam ferret, placuit veneno grassari; addidit facinori fidem notabili gaudio, Blaesum visendo. quin et audita est saevissima Vitellii vox qua se (ipsa enim verba referam) pavisse oculos spectata inimici morte iactavit. Blaeso super claritatem natalium et elegantiam morum fidei obstinatio fuit. integris quoque rebus a Caecina et primoribus partium iam Vitellium aspernantibus ambitus abnuere perseveravit. sanctus, inturbidus, nullius repentini honoris, adeo non principatus

adpetens, parum effugerat ne dignus crederetur.

[40] Fabius interim Valens multo ac molli concubinarum spadonumque agmine segnius quam ad bellum incedens, proditam a Lucilio Basso Ravennatem classem pernicious nuntiis accepit. et si coeptum iter properasset, nutantem Caecinam praevenire aut ante discrimen pugnae adsequi legiones potuisset; nec deerant qui monerent ut cum fidissimis per occultos tramites vitata Ravenna Hostiliam Cremonamve pergeret. aliis placebat accitis ex urbe praetoriis cohortibus valida manu perrumpere: ipse inutili cunctatione agendi tempora consultando consumpsit; mox utrumque consilium aspernatus, quod inter ancipitia deterrimum est, dum media sequitur, nec ausus est satis nec providit.

[41] Missis ad Vitellium litteris auxilium postulat. venere tres cohortes cum ala Britannica, neque ad fallendum aptus numerus neque ad penetrandum. sed Valens ne in tanto quidem discrimine infamia caruit, quo minus rapere illicitas voluptates adulteriisque ac stupris polluere hospitem domus crederetur: aderant vis et pecunia et ruentis fortunae novissima libido. adventu demum peditum equitumque pravitas consilii patuit, quia nec vadere per hostis tam parva manu poterat, etiam si fidissima foret, nec integram fidem attulerant; pudor tamen et praesentis ducis reverentia morabatur, haud diuturna vincla apud pavidos periculorum et dedecoris securos. eo metu cohortis Ariminum praemittit, alam tueri terga iubet: ipse paucis, quos adversa non mutaverant, comitantibus flexit in Umbriam atque inde Etruriam, ubi cognito pugnae Cremonensis eventu non ignavum et, si provenisset, atrox consilium iniit, ut arreptis navibus in quamcumque partem Narbonensis provinciae egressus Gallias et exercitus et Germaniae gentis novumque bellum cieret.

[42] Digresso Valente trepidos, qui Ariminum tenebant, Cornelius Fuscus, admoto exercitu et missis per proxima litorum Liburnicis, terra marique circumvenit: occupantur plana Umbriae et qua Picenus ager Hadria adluitur, omnisque Italia inter Vespasianum ac Vitellium Appennini iugis dividebatur. Fabius Valens e sinu Pisano segnitia maris aut adversante vento portum Herculis Monoeci depellitur. haud procul inde agebat Marius Maturus Alpium maritimarum procurator, fidus Vitellio, cuius sacramentum cunctis circa hostilibus nondum exuerat. is Valentem comiter exceptum, ne Galliam Narbonensem temere ingrederetur, monendo terruit; simul ceterorum fides metu infracta.

[43] Namque circumiectas civitates procurator Valerius Paulinus, strenuus militiae et Vespasiano ante fortunam amicus, in verba eius adegerat; concitisque omnibus, qui exauctorati a Vitellio bellum sponte sumebant, Foroiuliensem coloniam, claustra maris, praesidio tuebatur, eo gravior auctor, quod Paulino patria Forum Iulii et honos apud praetorianos, quorum quondam tribunus fuerat, ipsique pagani favore municipali et futurae potentiae spe iuvare partis adnitebantur. quae ut paratu firma et aucta rumore apud varios Vitellianorum animos increbrueret, Fabius Valens cum quattuor speculatoribus et tribus amicis, totidem centurionibus, ad navis regreditur; Maturus ceterisque remanere et in verba Vespasiani adigi volentibus fuit. ceterum ut mare tutius Valenti quam litora aut urbes, ita futuri ambiguus et magis quid vitaret quam cui fideret certus, adversa tempestate Stoechadas Massiliensium insulas adfertur. ibi eum missae a Paulino Liburnicae oppressere.

[44] Capto Valente cuncta ad victoris opes conversa, initio per Hispaniam a prima Adiutrice legione orto, quae memoria Othonis infensa Vitellio decimam quoque ac sextam traxit. nec Galliae cunctabantur. et Britanniam inditus erga Vespasianum favor, quod illic secundae legioni a Claudio praepositus et bello clarus egerat, non sine motu adiunxit ceterarum, in quibus plerique centuriones ac milites a Vitellio provecti expertum iam principem anxii mutabant.

[45] Ea discordia et crebris belli civilis rumoribus Britanni sustulere animos auctore Venutio, qui super insitam ferociam et Romani nominis odium propriis in Cartimandua reginam stimulis accendebatur. Cartimandua Brigantibus imperitabat, pollens nobilitate; et auxerat potentiam, postquam capto per dolum rege Carataco instruxisse triumphum Claudii Caesaris videbatur. inde opes et rerum secundarum luxus: spreto Venutio (is fuit maritus) armigerum eius Vellocatum in matrimonium regnumque accepit. concussa statim flagitio domus: pro marito studia civitatis, pro adultero libido reginae et saevitia. igitur Venutius accitis auxiliis, simul ipsorum Brigantum defectione in extremum discrimen Cartimandua adduxit. tum petita a Romanis praesidia. et cohortes alaeque nostrae variis proeliis, exemere tamen periculo reginam; regnum Venutio, bellum nobis relictum.

[46] Turbata per eosdem dies Germania, et socordia ducum, seditione legionum, externa vi, perfidia sociali prope adflicta Romana res. id bellum cum causis et eventibus (etenim longius provectum est) mox memorabimus. mota et Dacorum gens numquam fida, tunc sine metu, abducto e Moesia exercitu. sed prima rerum quieti speculabantur: ubi flagrare Italiam bello, cuncta in vicem hostilia acceperere, expugnatis cohortium alarumque hibernis utraque Danuvii ripa potiebantur. iamque castra legionum excindere parabant, ni Mucianus sextam legionem opposuisset, Cremonensis victoriae gnarus, ac ne externa moles utrimque ingrueret, si Dacus Germanusque diversi inrupissent. adfuit, ut saepe alias, fortuna populi Romani, quae Mucianum virisque Orientis illuc tulit, et quod Cremonae interim transegimus. Fonteius Agrippa ex Asia (pro consule eam provinciam annuo imperio tenuerat) Moesiae praepositus est, additis copiis e Vitelliano exercitu, quem spargi per provincias et externo bello inligari pars consilii pacisque erat.

[47] Nec ceterae nationes silebant. subita per Pontum arma barbarum mancipium, regiae quondam classis praefectus, moverat. is fuit Anicetus Polemonis libertus, praepotens olim, et postquam regnum in formam provinciae verterat, mutationis impatiens. igitur Vitellii nomine adscitis gentibus, quae Pontum accolunt, corrupto in spem rapinarum egentissimo quoque, haud temnendae manus ductor, Trapezuntem vetusta fama civitatem, a Graecis in extremo Ponticae orae conditam, subitus inrupit. caesa ibi cohors, regium auxilium olim; mox donati civitate Romana signa armaque in nostrum modum, desidiam licentiamque Graecorum retinebant. classi quoque faces intulit, vacuo mari eludens, quia lectissimas Liburnicarum omnemque militem Mucianus Byzantium adegerat: quin et barbari contemptim vagabantur, fabricatis repente navibus. camaras vocant, artis lateribus latam alvum sine vinculo aeris aut ferri conexam; et tumido mari, prout fluctus attollitur, summa navium tabulis augent, donec in modum tecti claudantur. sic inter undas volvuntur, pari utrimque prora et mutabili remigio, quando hinc vel illinc adpellere indiscretum et innoxium est.

[48] Advertit ea res Vespasiani animum ut vexillarios e legionibus ducemque Viridium Geminum spectatae militiae deligeret. ille incompositum et praedae cupidine vagum hostem adortus coegit in navis; effectisque raptim Liburnicis adsequitur Anicetum in ostio fluminis Chobi, tutum sub Sedochezorum regis auxilio, quem pecunia donisque ad societatem perpulerat. ac primo rex minis armisque supplicem tueri: postquam merces prodicionis aut bellum ostendebatur, fluxa, ut est barbaris, fide pactus Aniceti exitium perfugas tradidit, belloque servili finis impositus. Laetum ea victoria Vespasianum, cunctis super vota fluentibus, Cremonensis proelii nuntius in Aegypto adsequitur. eo properantius Alexandriam pergit, ut fractos Vitellii exercitus urbemque externae opis indigam fame urgeret. namque et Africam, eodem latere sitam, terra marique invadere parabat, clausis annonae subsidiis inopiam ac discordiam hosti facturus.

[49] Dum hac totius orbis nutatione fortuna imperii transit, Primus Antonius nequaquam pari innocentia post Cremonam agebat, satis factum bello ratus et cetera ex facili, seu felicitas in tali

ingenio avaritiam superbiam ceteraque occulta mala patefecit. ut captam Italiam persultare, ut suas legiones colere; omnibus dictis factisque viam sibi ad potentiam struere. utque licentia militem imbueret interfectorum centurionum ordines legionibus offerebat. eo suffragio turbidissimus quisque delecti; nec miles in arbitrio ducum, sed duces militari violentia trahebantur. quae seditiosa et corrumpendae disciplinae mox in praedam vertebat, nihil adventantem Mucianum veritus, quod exitiosius erat quam Vespasianum sprevisse.

[50] Ceterum propinqua hieme et umentibus Pado campis expeditum agmen incedere. signa aquilaeque victricium legionum, milites vulneribus aut aetate graves, plerique etiam integri Veronae relictis: sufficere cohortes alaeque et e legionibus lecti profligato iam bello videbantur. undecima legio sese adiunxerat, initio cunctata, sed prosperis rebus anxia quod defuisset; sex milia Dalmatarum, recens dilectus, comitabantur; ducebat Pompeius Silvanus consularis: vis consiliorum penes Annum Bassum legionis legatum. is Silvanum socordem bello et dies rerum verbis terentem specie obsequii regebat ad omniaque quae agenda forent quieta cum industria aderat. ad has copias e classicis Ravennatibus, legionariam militiam poscentibus, optimus quisque adsciti: classem Dalmatae supplevere. exercitus ducesque ad Fanum Fortunae iter sistunt, de summa rerum cunctantes, quod motas ex urbe praetorias cohortis audierant et teneri praesidiis Appenninum rebantur; et ipsos in regione bello attrita inopia et seditiosae militum voces terrebant, clavarium (donativi nomen est) flagitantium. nec pecuniam aut frumentum providerant, et festinatio atque aviditas praepediebant, dum quae accipi poterant rapiuntur.

[51] Celeberrimos auctores habeo tantam victoribus adversus fas nefasque inreverentiam fuisse ut gregarius eques occisum a se proxima acie fratrem professus praemium a ducibus petierit. nec illis aut honorare eam caedem ius hominum aut ulcisci ratio belli permittebat. distulerant tamquam maiora meritum quam quae statim exolverentur; nec quidquam ultra traditur. ceterum et prioribus civium bellis par scelus inciderat. nam proelio, quo apud Ianiculum adversus Cinnam pugnatum est, Pompeianus miles fratrem suum, dein cognito facinore se ipsum interfecit, ut Sisenna memorat: tanto acrior apud maiores, sicut virtutibus gloria, ita flagitiis paenitentia fuit. sed haec aliaque ex vetere memoria petita, quotiens res locusque exempla recti aut solacia mali poscet, haud absurde memorabimus.

[52] Antonio ducibusque partium praemitti equites omnemque Umbriam explorari placuit, si qua Appennini iuga clementius adirentur: acciri aquilas signaque et quidquid Veronae militum foret, Padumque et mare comitatibus compleri. erant inter duces qui neccerent moras: quippe nimius iam Antonius, et certiora ex Muciano sperabantur. namque Mucianus tam celeri victoria anxius et, ni praesens urbe potiretur, expertem se belli gloriaeque ratus, ad Primum et Varum media scriptitabat, instandum coeptis aut rursus cunctandi utilitates disserens atque ita compositus ut ex eventu rerum adversa abnueret vel prospera agnosceret. Plotium Grypum, nuper a Vespasiano in senatorium ordinem adscitum ac legioni praepositum, ceterosque sibi fidos apertius monuit, hique omnes de festinatione Primi ac Vari sinistre et Muciano volentia rescripsere. quibus epistulis Vespasiano missis effecerat ut non pro spe Antonii consilia factaque eius aestimarentur.

[53] Aegre id pati Antonius et culpam in Mucianum conferre, cuius criminationibus eviliissent pericula sua; nec sermonibus temperabat, immodicus lingua et obsequii insolens. litteras ad Vespasianum composuit iactantius quam ad principem, nec sine occulta in Mucianum insectatione: se Pannonicas legiones in arma egisse; suis stimulis excitos Moesiae duces, sua constantia perruptas Alpes, occupatam Italiam, intersepta Germanorum Raetorumque auxilia. quod discordis dispersasque Vitellii legiones equestri procella, mox peditum vi per diem noctemque fudisset, id pulcherrimum et sui operis. casum Cremonae bello imputandum: maiore damno, plurium urbium excidiis veteres civium discordias rei publicae stetisse. non se nuntiis neque

epistulis, sed manu et armis imperatori suo militare; neque officere gloriae eorum qui Daciam interim composuerint: illis Moesiae pacem, sibi salutem securitatemque Italiae cordi fuisse; suis exhortationibus Gallias Hispaniasque, validissimam terrarum partem, ad Vespasianum conversas. sed cecidisse in inritum labores si praemia periculis soli adsequantur qui periculis non adfuerint. nec fefellere ea Mucianum; inde graves simultates, quas Antonius simplicius, Mucianus callide eoque implacabilis nutriebat.

[54] At Vitellius fractis apud Cremonam rebus nuntios cladis occultans stulta dissimulatione remedia potius malorum quam mala differebat. quippe confitenti consultantique supererant spes viresque: cum e contrario laeta omnia fingeret, falsis ingravescebat. mirum apud ipsum de bello silentium; prohibiti per civitatem sermones, eoque plures ac, si liceret, vere narraturi, quia vetabantur, atrociora vulgaverant. nec duces hostium augendae famae deerant, captos Vitellii exploratores circumductosque, ut roborum victoris exercitus noscerent, remittendo; quos omnis Vitellius secreto percontatus interfici iussit. notabili constantia centurio Iulius Agrestis post multos sermones, quibus Vitellium ad virtutem frustra accendebat, perpulit ut ad viris hostium spectandas quaeque apud Cremonam acta forent ipse mitteretur. nec exploratione occulta fallere Antonium temptavit, sed mandata imperatoris suumque animum professus, ut cuncta viseret postulat. missi qui locum proelii, Cremonae vestigia, captas legiones ostenderent. Agrestis ad Vitellium remeavit abnuentique vera esse quae adferret, atque ultro corruptum arguenti 'quando quidem' inquit 'magno documento opus est, nec alius iam tibi aut vitae aut mortis meae usus, dabo cui credas.' atque ita digressus voluntaria morte dicta firmavit. quidam iussu Vitellii interfectum, de fide constantiaque eadem tradidere.

[55] Vitellius ut e somno excitus Iulium Priscum et Alfenum Varum cum quattuordecim praetoriis cohortibus et omnibus equitum alis obsidere Appenninum iubet; secuta e classicis legio. tot milia armatorum, lecta equis virisque, si dux alius foret, inferendo quoque bello satis pollebant. ceterae cohortes ad tuendam urbem L. Vitellio fratri datae: ipse nihil e solito luxu remittens et diffidentia properus festinare comitia, quibus consules in multos annos destinabat; foedera sociis, Latium externis dilargiri; his tributa dimittere, alios immunitatibus iuvare; denique nulla in posterum cura lacerare imperium. sed vulgus ad magnitudinem beneficiorum hiabat, stultissimus quisque pecuniis mercabatur, apud sapientis cassa habebantur quae neque dari neque accipi salva re publica poterant. tandem flagitante exercitu, qui Mevaniam insederat, magno senatorum agmine, quorum multos ambitione, pluris formidine trahebat, in castra venit, incertus animi et infidis consiliis obnoxius.

[56] Contionanti—prodigiosum dictu—tantum foedarum volucrum supervolitavit ut nube atra diem obtenderent. accessit dirum omen, profugus altaribus taurus disiecto sacrificii apparatu, longe, nec ut feriri hostias mos est, confossus. sed praecipuum ipse Vitellius ostentum erat, ignarus militiae, improvidus consilii, quis ordo agminis, quae cura explorandi, quantus urgendo trahendove bello modus, alios rogans et ad omnis nuntios vultu quoque et incessu trepidus, dein temulentus. postremo taedio castrorum et audita defectione Misenensis classis Romam revertit, recentissimum quodque vulnus pavens, summi discriminis incuriosus. nam cum transgredi Appenninum integro exercitus sui robore et fessos hieme atque inopia hostis adgredi in aperto foret, dum dispergit viris, acerrimum militem et usque in extrema obstinatum trucidandum capiendumque tradidit, peritissimis centurionum dissentientibus et, si consulerentur, vera dicturis. arcuere eos intimi amicorum Vitellii, ita formati principis auribus ut aspera quae utilia, nec quidquam nisi iucundum et laesurum acciperet.

[57] Sed classem Misenensem (tantum civilibus discordiis etiam singulorum audacia valet) Claudius Faventinus centurio per ignominiam a Galba dimissus ad defectionem traxit, fictis

Vespasiani epistulis pretium prodicionis ostentans. praeerat classi Claudius Apollinaris, neque fidei constans neque strenuus in perfidia; et Apinius Tiro praetura functus ac tum forte Minturnis agens ducem se defectoribus obtulit. a quibus municipia coloniaeque impulsae, praecipuo Puteolanorum in Vespasianum studio, contra Capua Vitellio fida, municipalem aemulationem bellis civilibus miscebant. Vitellius Claudium Iulianum (is nuper classem Misenensem molli imperio rexerat) permulcendis militum animis delegit; data in auxilium urbana cohors et gladiatores, quibus Iulianus praeerat. ut conlata utrimque castra, haud magna cunctatione Iuliano in partis Vespasiani transgresso, Tarracinam occupavere, moenibus situque magis quam ipsorum ingenio tutam.

[58] Quae ubi Vitellio cognita, parte copiarum Narniae cum praefectis praetorii relicta L. Vitellium fratrem cum sex cohortibus et quingentis equitibus ingruenti per Campaniam bello opposuit. ipse aeger animi studiis militum et clamoribus populi arma poscentis refovebatur, dum vulgus ignavum et nihil ultra verba ausurum falsa specie exercitum et legiones appellat. hortantibus libertis (nam amicorum eius quanto quis clarior, minus fidus) vocari tribus iubet, dantis nomina sacramento adigit. superfluenta multitudo curam dilectus in consules partitur; servorum numerum et pondus argenti senatoribus indicit. equites Romani obtulere operam pecuniasque, etiam libertinis idem munus ultro flagitantibus. ea simulatio officii a metu profecta verterat in favorem; ac plerique haud proinde Vitellium quam casum locumque principatus miserabantur. nec deerat ipse vultu voce lacrimis misericordiam elicere, largus promissis, et quae natura trepidantium est, immodicus. quin et Caesarem se dici voluit, aspernatus antea, sed tunc superstitione nominis, et quia in metu consilia prudentium et vulgi rumor iuxta audiuntur. ceterum ut omnia inconsulti impetus coepta initiis valida spatio languescunt, dilabi paulatim senatores equitesque, primo cunctanter et ubi ipse non aderat, mox contemptim et sine discrimine donec Vitellius pudore inriti conatus quae non dabantur remisit.

[59] Vt terrorem Italiae possessa Mevania ac velut renatum ex integro bellum intulerat, ita haud dubium erga Flavianas partis studium tam pavidus Vitellii discessus addidit. erectus Samnis Paelignusque et Marsi aemulatione quod Campania praevenisset, ut in novo obsequio, ad cuncta belli munia acres erant. sed foeda hieme per transitum Appennini conflictatus exercitus, et vix quieto agmine nives eluctantibus patuit quantum discriminis adeundum foret, ni Vitellium retro fortuna vertisset, quae Flavianis ducibus non minus saepe quam ratio adfuit. obvium illic Petilium Cerialem habuere, agresti cultu et notitia locorum custodias Vitellii elapsam. propinqua adfinitas Ceriali cum Vespasiano, nec ipse inglorius militiae, eoque inter duces adsumptus est. Flavio quoque Sabino ac Domitiano patuisse effugium multi tradidere; et missi ab Antonio nuntii per varias fallendi artis penetrabant, locum ac praesidium monstrantes. Sabinus inhabilem labori et audaciae valetudinem causabatur: Domitiano aderat animus, sed custodes a Vitellio additi, quamquam se socios fugae promitterent, tamquam insidiantes timebantur. atque ipse Vitellius respectu suarum necessitudinum nihil in Domitianum atrox parabat.

[60] Duces partium ut Carsulas venire, paucos ad requiem dies sumunt, donec aquilae signaque legionum adsequerentur. et locus ipse castrorum placebat, late prospectans, tuto copiarum adgestu, florentissimis pone tergum municipiis; simul conloquia cum Vitellianis decem milium spatio distantibus et proditio sperabatur. aegre id pati miles et victoriam malle quam pacem; ne suas quidem legiones opperiebantur, ut praedae quam periculorum socias. vocatos ad contionem Antonius docuit esse adhuc Vitellio viris, ambiguas, si deliberarent, acris, si desperassent. initia bellorum civilium fortunae permittenda: victoriam consiliis et ratione perfici. iam Misenensem classem et pulcherrimam Campaniae oram descivisse, nec plus e toto terrarum orbe reliquum Vitellio quam quod inter Tarracinam Narniamque iaceat. satis gloriae proelio Cremonensi partum et exitio Cremonae nimium invidiae: ne concupiscerent Romam capere potius quam servare. maiora illis praemia et multo maximum decus, si incolumitatem senatui populoque Romano sine sanguine quaesissent. his ac talibus mitigati animi.

[61] Nec multo post legiones venere. et terrore famaue aucti exercitus Vitellianae cohortes nutabant, nullo in bellum adhortante, multis ad transitionem, qui suas centurias turmasque tradere, donum victori et sibi in posterum gratiam, certabant. per eos cognitum est Interamnam proximis campis praesidio quadringentorum equitum teneri. missus extemplo Varus cum expedita manu paucos repugnantium interfecit; plures abiectis armis veniam petivere. quidam in castra refugi cuncta formidine implebant, augendo rumoribus virtutem copiasque hostium, quo amissi praesidii dedecus lenirent. nec ulla apud Vitellianos flagitii poena, et praemiis defectorum versa fides ac reliquum perfidiae certamen. crebra transfugia tribunorum centurionumque; nam gregarius miles induruerat pro Vitellio, donec Priscus et Alfenus desertis castris ad Vitellium regressi pudore proditionis cunctos exolverent.

[62] Isdem diebus Fabius Valens Urbini in custodia interficitur. caput eius Vitellianis cohortibus ostentatum ne quam ultra spem foverent; nam pervasisse in Germanias Valentem et veteres illic novosque exercitus ciere credebant: visa caede in desperationem versi. et Flavianus exercitus immane quantum <aucto> animo exitium Valentis ut finem belli accepit. natus erat Valens Anagninae equestri familia. procax moribus neque absurdus ingenio famam urbanitatis per lasciviam petere. ludicro Iuvenalium sub Nerone velut ex necessitate, mox sponte mimos actitavit, scite magis quam probe. legatus legionis et fovit Verginium et infamavit; Fonteium Capitonem corruptum, seu quia corrumpere nequiverat, interfecit: Galbae proditor, Vitellio fidus et aliorum perfidia inlustratus.

[63] Abrupta undique spe Vitellianus miles transiturus in partis, id quoque non sine decore, sed sub signis vexillisque in subiectos Narniae campos descendere. Flavianus exercitus, ut ad proelium intentus armatusque, densis circa viam ordinibus adstiterat. accepti in medium Vitelliani, et circumdatos Primus Antonius clementer adloquitur: pars Narniae, pars Interamnae subsistere iussi. relictas simul e victricibus legiones, neque quiescentibus graves et adversus contumaciam validas. non omisere per eos dies Primus ac Varus crebris nuntiis salutem et pecuniam et secreta Campaniae offerre Vitellio, si positis armis seque ac liberos suos Vespasiano permisisset. in eundem modum et Mucianus composuit epistulas; quibus plerumque fidere Vitellius ac de numero servorum, electione litorum loqui. tanta torpedo invaserat animum ut, si principem eum fuisse ceteri non meminissent, ipse oblivisceretur.

[64] At primores civitatis Flavium Sabinum praefectum urbis secretis sermonibus incitabant, victoriae famaue partem capesseret: esse illi proprium militem cohortium urbanarum, nec defuturas vigiliam cohortis, servitia ipsorum, fortunam partium, et omnia prona victoribus: ne Antonio Varoque de gloria concederet. paucas Vitellio cohortis et maestis undique nuntiis trepidas; populi mobilem animum et, si ducem se praeberet, easdem illas adulationes pro Vespasiano fore; ipsum Vitellium ne prosperis quidem parem, adeo ruentibus debilitatum. gratiam patrati belli penes eum qui urbem occupasset: id Sabino convenire ut imperium fratri reservaret, id Vespasiano ut ceteri post Sabinum haberentur.

[65] Haudquaquam erecto animo eas voces accipiebat, invalidus senecta; sed erant qui occultis suspicionibus incesserent, tamquam invidia et aemulatione fortunam fratris moraretur. namque Flavius Sabinus aetate prior privatis utriusque rebus auctoritate pecuniaque Vespasianum anteibat, et credebatur adfectam eius fidem parce iuvisse domo agrisque pignori acceptis; unde, quamquam manente in speciem concordia, offensarum operta metuebantur. melior interpretatio, mitem virum abhorrere a sanguine et caedibus, eoque crebris cum Vitellio sermonibus de pace ponendis per condicionem armis agitare. saepe domi congressi, postremo in aede Apollinis, ut fama fuit, pepigere. verba vocesque duos testis habebant, Cluvium Rufum et Silium Italicum: vultus procul visentibus notabantur, Vitellii proiectus et degener, Sabinus non insultans et miseranti

propior.

[66] Quod si tam facile suorum mentis flexisset Vitellius, quam ipse cesserat, incruentam urbem Vespasiani exercitus intrasset. ceterum ut quisque Vitellio fidus, ita pacem et condiciones abnuebant, discrimen ac dedecus ostentantes et fidem in libidine victoris. nec tantam Vespasiano superbiam ut privatum Vitellium pateretur, ne victos quidem laturos: ita periculum ex misericordia ipsum sane senem et prosperis adversisque satiatum, sed quod nomen, quem statum filio eius Germanico fore? nunc pecuniam et familiam et beatos Campaniae sinus promitti: set ubi imperium Vespasianus invaserit, non ipsi, non amicis eius, non denique exercitibus securitatem nisi extincto aemulo redituram. Fabium illis Valentem, captivum et casibus dubiis reservatum, praegravem fuisse, nedum Primus ac Fuscus et specimen partium Mucianus ullam in Vitellium nisi occidendi licentiam habeant. non a Caesare Pompeium, non ab Augusto Antonium incolumis relictos, nisi forte Vespasianus altiores spiritus gerat, Vitellii cliens, cum Vitellius collega Claudio foret. quin, ut censuram patris, ut tris consulatus, ut tot egregiae domus honores deceret, desperatione saltem in audaciam accingeretur. perstare militem, superesse studia populi; denique nihil atrocius eventurum quam in quod sponte ruant. moriendum victis, moriendum deditis: id solum referre, novissimum spiritum per ludibrium et contumelias effundant an per virtutem.

[67] Surdae ad fortia consilia Vitellio aures: obruebatur animus miseratione curaque, ne pertinacibus armis minus placabilem victorem relinqueret coniugi ac liberis. erat illi et fessa aetate parens; quae tamen paucis ante diebus opportuna morte excidium domus praevenit, nihil principatu filii adsecuta nisi luctum et bonam famam. XV kalendas Ianuarias audita defectione legionis cohortiumque, quae se Narniae dediderant, pullo amictu Palatio degreditur, maesta circum familia; ferebatur lecticula parvulus filius velut in funebrem pompam: voces populi blandae et intempestivae, miles minaci silentio.

[68] Nec quisquam adeo rerum humanarum immemor quem non commoveret illa facies, Romanum principem et generis humani paulo ante dominum relicta fortunae suae sede per populum, per urbem exire de imperio. nihil tale viderant, nihil audierant. repentina vis dictatorem Caesarem oppresserat, occulta Gaium insidiae, nox et ignotum rus fugam Neronis absconderant, Piso et Galba tamquam in acie cecidere: in sua contione Vitellius, inter suos milites, prospectantibus etiam feminis, pauca et praesenti maestitiae congruentia locutus—cedere se pacis et rei publicae causa, retinerent tantum memoriam sui fratremque et coniugem et innoxiam liberorum aetatem miserarentur—, simul filium protendens, modo singulis modo universis commendans, postremo fletu praepediente adsistenti consuli (Caecilius Simplex erat) exolutum a latere pugionem, velut ius necis vitaeque civium, reddebat. aspernante consule, reclamantibus qui in contione adstiterant, ut in aede Concordiae positurus insignia imperii domumque fratris petiturus discessit. maior hic clamor obsistentium penatibus privatis, in Palatium vocantium. interclusum aliud iter, idque solum quo in sacram viam pergeret patebat: tum consilii inops in Palatium redit.

[69] Praevenerat rumor eiurari ab eo imperium, scripseratque Flavius Sabinus cohortium tribunis ut militem cohiberent. igitur tamquam omnis res publica in Vespasiani sinum cecidisset, primores senatus et plerique equestris ordinis omnisque miles urbanus et vigiles domum Flavii Sabini complevere. illuc de studiis vulgi et minis Germanicarum cohortium adfertur. longius iam progressus erat quam ut regredi posset; et suo quisque metu, ne disiectos eoque minus validos Vitelliani consecrarentur, cunctantem in arma impellebant: sed quod in eius modi rebus accidit, consilium ab omnibus datum est, periculum pauci sumpsere. circa lacum Fundani descendentes qui Sabinum comitabantur armatis occurrunt promptissimi Vitellianorum. modicum ibi proelium improviso tumultu, sed prosperum Vitellianis fuit. Sabinus re trepida, quod tutissimum e praesentibus, arcem Capitolii insedit mixto milite et quibusdam senatorum equitumque, quorum

nomina tradere haud promptum est, quoniam victore Vespasiano multi id meritum erga partis simulavere. subierunt obsidium etiam feminae, inter quas maxime insignis Verulana Gratilla, neque liberos neque propinquos sed bellum secuta. Vitellianus miles socordi custodia clausos circumdedit; eoque concubia nocte suos liberos Sabinus et Domitianum fratris filium in Capitolium accivit, misso per neglecta ad Flavianos duces nuntio qui circumsideri ipsos et, ni subveniretur, artas res nuntiaret. noctem adeo quietam egit ut digredi sine noxa potuerit: quippe miles Vitellii adversus pericula ferox, laboribus et vigiliis parum intentus erat, et hibernus imber repente fusus oculos aurisque impediabat.

[70] Luce prima Sabinus, antequam in vicem hostilia coeptarent, Cornelium Martialem e primipilaribus ad Vitellium misit cum mandatis et questu quod pacta turbarentur: simulationem prorsus et imaginem deponendi imperii fuisse ad decipiendos tot inlustris viros. cur enim e rostris fratris domum, imminensem foro et inritandis hominum oculis, quam Aventinum et penatis uxoris petisset? ita privato et omnem principatus speciem vitanti convenisse. contra Vitellium in Palatium, in ipsam imperii arcem regressum; inde armatum agmen emissum, stratam innocentium caedibus celeberrimam urbis partem, ne Capitolio quidem abstineri. togatum nempe se et unum e senatoribus: dum inter Vespasianum ac Vitellium proeliis legionum, captivitatibus urbium, deditionibus cohortium iudicatur, iam Hispaniis Germaniisque et Britannia desciscentibus, fratrem Vespasiani mansisse in fide, donec ultro ad condiciones vocaretur. pacem et concordiam victis utilia, victoribus tantum pulchra esse. si conventionis paeniteat, non se, quem perfidia deceperit, ferro peteret, non filium Vespasiani vix puberem—quantum occisis uno sene et uno iuvene profici? —: iret obviam legionibus et de summa rerum illic certaret: cetera secundum eventum proelii cessura. trepidus ad haec Vitellius pauca purgandi sui causa respondit, culpam in militem conferens, cuius nimio ardori imparem esse modestiam suam; et monuit Martialem ut per secretam aedium partem occulte abiret, ne a militibus internuntius invisae pacis interficeretur: ipse neque iubendi neque vetandi potens non iam imperator sed tantum belli causa erat.

[71] Vixdum regresso in Capitolium Martiale furens miles aderat, nullo duce, sibi quisque auctor. cito agmine forum et imminencia foro templa praetervecti erigunt aciem per adversum collem usque ad primas Capitolinae arcis fores. erant antiquitus porticus in latere clivi dextrae subeuntibus, in quarum tectum egressi saxis tegulisque Vitellianos obruebant. neque illis manus nisi gladiis armatae, et arcessere tormenta aut missilia tela longum videbatur: faces in prominentem porticum iecere et sequebantur ignem ambustasque Capitolii fores penetrassent, ni Sabinus revulsas undique statuas, decora maiorum, in ipso aditu vice muri obiecisset. tum diversos Capitolii aditus invadunt iuxta lucum asyli et qua Tarpeia rupes centum gradibus aditur. improvisa utraque vis; propior atque acrior per asyllum ingruebat. nec sisti poterant scandentes per coniuncta aedificia, quae ut in multa pace in altum edita solum Capitolii aequabant. hic ambigitur, ignem tectis obpugnatores iniecerint, an obsessi, quae crebrior fama, dum nitentis ac progressos depellunt. inde lapsus ignis in porticus adpositas aedibus; mox sustinentes fastigium aquilae vetere ligno traxerunt flammam alueruntque. sic Capitolium clausis foribus indefensum et indireptum conflagravit.

[72] Id facinus post conditam urbem luctuosissimum foedissimumque rei publicae populi Romani accidit, nullo externo hoste, propitiis, si per mores nostros liceret, deis, sedem Iovis Optimi Maximi auspicato a maioribus pignus imperii conditam, quam non Porsenna dedita urbe neque Galli capta temerare potuissent, furore principum excindi. arserat et ante Capitolium civili bello, sed fraude privata: nunc palam obsessum, palam incensum, quibus armorum causis? quo tantae cladis pretio stetit? pro patria bellavimus? voverat Tarquinius Priscus rex bello Sabino, ieceratque fundamenta spe magis futurae magnitudinis quam quo modicae adhuc populi Romani res sufficerent. mox Servius Tullius sociorum studio, dein Tarquinius Superbus capta Suessa Pometia hostium spoliis extruxere. sed gloria operis libertati reservata: pulsus regibus Horatius Pulvillus

iterum consul dedicavit ea magnificentia quam immensae postea populi Romani opes ornarent potius quam augerent. isdem rursus vestigiis situm est, postquam interiecto quadringentorum quindecim annorum spatio L. Scipione C. Norbano consulibus flagraverat. curam victor Sulla suscepit, neque tamen dedicavit: hoc solum felicitati eius negatum. Lutatii Catuli nomen inter tanta Caesarum opera usque ad Vitellium mansit. ea tunc aedes cremabatur.

[73] Sed plus pavoris obsessis quam obsessoribus intulit. quippe Vitellianus miles neque astu neque constantia inter dubia indigebat: ex diverso trepidi milites, dux segnis et velut captus animi non lingua, non auribus competere, neque alienis consiliis regi neque sua expedire, huc illuc clamoribus hostium circumagi, quae iusserat vetare, quae vetuerat iubere: mox, quod in perditis rebus accidit, omnes praecipere, nemo exequi; postremo abiectis armis fugam et fallendi artis circumspectabant. inrumpunt Vitelliani et cuncta sanguine ferro flammisque miscent. pauci militarium virorum, inter quos maxime insignes Cornelius Martialis, Aemilius Pacensis, Casperius Niger, Didius Scaeva, pugnam ausi obruncantur. Flavium Sabinum inermem neque fugam coeptantem circumstant, et Quintium Atticum consulem, umbra honoris et suamet vanitate monstratum, quod edicta in populum pro Vespasiano magnifica, probrosa adversus Vitellium iecerat. ceteri per varios casus elapsi, quidam servili habitu, alii fide clientium contacti et inter sarcinas abditii. fuere qui excepto Vitellianorum signo, quo inter se noscebantur, ultro rogantes respondentessve audaciam pro latebra haberent.

[74] Domitianus prima inruptione apud aedituum occultatus, sollertia liberti lineo amictu turbae sacrificarum immixtus ignoratusque, apud Cornelium Primum patrem clientem iuxta Velabrum delituit. ac potiente rerum patre, disiecto aeditui contubernio, modicum sacellum Iovi Conservatori aramque posuit casus suos in marmore expressam; mox imperium adeptus Iovi Custodi templum ingens seque in sinu dei sacravit. Sabinus et Atticus onerati catenis et ad Vitellium ducti nequaquam infesto sermone vultuque excipiuntur, frementibus qui ius caedis et praemia navatae operae petebant. clamore a proximis orto sordida pars plebis supplicium Sabini exposcit, minas adulationesque miscet. stantem pro gradibus Palatii Vitellium et preces parantem pervicere ut absisteret: tum confossum laceratumque et absciso capite truncum corpus Sabini in Gemonias trahunt.

[75] Hic exitus viri haud sane spernendi. quinque et triginta stipendia in re publica fecerat, domi militiaeque clarus. innocentiam iustitiamque eius non argueres; sermonis nimius erat: id unum septem annis quibus Moesiam, duodecim quibus praefecturam urbis obtinuit, calumniatus est rumor. in fine vitae alii segnem, multi moderatum et civium sanguinis parcum credidere. quod inter omnis constiterit, ante principatum Vespasiani decus domus penes Sabinum erat. caedem eius laetam fuisse Muciano accepimus. ferebant plerique etiam paci consultum dirempta aemulatione inter duos, quorum alter se fratrem imperatoris, alter consortem imperii cogitaret. sed Vitellius consulis supplicium poscenti populo restitit, placatus ac velut vicem reddens, quod interrogantibus quis Capitolium incendisset, se reum Atticus obtulerat eaque confessione, sive aptum tempori mendacium fuit, invidiam crimenque agnovisse et a partibus Vitellii amolitus videbatur.

[76] Isdem diebus L. Vitellius positus apud Feroniam castris excidio Tarracinae imminebat, clausis illic gladiatoribus remigibusque, qui non egredi moenia neque periculum in aperto audebant. praeerat, ut supra memoravimus, Iulianus gladiatoribus, Apollinaris remigibus, lascivia socordiaque gladiatorum magis quam ducum similes. non vigilias agere, non intuta moenium firmare: noctu dieque fluxi et amoena litorum personantes, in ministerium luxus dispersis militibus, de bello tantum inter convivia loquebantur. paucos ante dies discesserat Apinius Tiro donisque ac pecuniis acerbe per municipia conquirendis plus invidiae quam virium partibus addebat.

[77] Interim ad L. Vitellium servus Vergilii Capitonis perfugit pollicitusque, si praesidium acciperet, vacuam arcem traditurum, multa nocte cohortis expeditas summis montium iugis super caput hostium sistit: inde miles ad caedem magis quam ad pugnam decurrit. sternunt inermos aut arma capientis et quosdam somno excitos, cum tenebris, pavore, sonitu tubarum, clamore hostili turbarentur. pauci gladiatorum resistentes neque inulti cecidere: ceteri ad navis ruebant, ubi cuncta pari formidine implicabantur, permixtis paganis, quos nullo discrimine Vitelliani trucidabant. sex Liburnicae inter primum tumultum evasere, in quis praefectus classis Apollinaris; reliquae in litore captae, aut nimio ruentium onere pressas mare hausit. Iulianus ad L. Vitellium perductus et verberibus foedatus in ore eius iugulatur. fuere qui uxorem L. Vitellii Triariam incesserent, tamquam gladio militari cincta inter luctum cladisque expugnatae Tarracinae superbe saeveque egisset. ipse lauream gestae prospere rei ad fratrem misit, percontatus statim regredi se an perdomandae Campaniae insistere iuberet. quod salutare non modo partibus Vespasiani, sed rei publicae fuit. nam si recens victoria miles et super insitam pervicaciam secundis ferox Romam contendisset, haud parva mole certatum nec sine exitio urbis foret. quippe L. Vitellio quamvis infami inerat industria, nec virtutibus, ut boni, sed quo modo pessimus quisque, vitiis valebat.

[78] Dum haec in partibus Vitellii geruntur, digressus Narnia Vespasiani exercitus festos Saturni dies Ocriculi per otium agitabat. causa tam pravae morae ut Mucianum opperirentur. nec defuere qui Antonium suspicionibus arguerent tamquam dolo cunctantem post secretas Vitellii epistulas, quibus consulatum et nubilem filiam et dotalis opes pretium prodicionis offerebat. alii ficta haec et in gratiam Muciani composita; quidam omnium id ducum consilium fuisse, ostentare potius urbi bellum quam inferre, quando validissimae cohortes a Vitellio descivissent, et abscisis omnibus praesidiis cessurus imperio videbatur: sed cuncta festinatione, deinde ignavia Sabini corrupta, qui sumptis temere armis munitissimam Capitolii arcem et ne magnis quidem exercitibus expugnabilem adversus tris cohortis tueri nequivisset. haud facile quis uni adsignaverit culpam quae omnium fuit. nam et Mucianus ambiguus epistulis victores morabatur, et Antonius praepostero obsequio, vel dum regerit invidiam, crimen meruit; ceterique duces dum peractum bellum putant, finem eius insignivere. ne Petilius quidem Cerialis, cum mille equitibus praemissus, ut transversis itineribus per agrum Sabinum Salaria via urbem introiret, satis maturaverat, donec obsessi Capitolii fama cunctos simul exciret.

[79] Antonius per Flaminiam ad Saxa rubra multo iam noctis serum auxilium venit. illic interfectum Sabinum, conflagrasse Capitolium, tremere urbem, maesta omnia accepit; plebem quoque et servitia pro Vitellio armari nuntiabatur. et Petilio Ceriali equestre proelium adversum fuerat; namque incautum et tamquam ad victos ruentem Vitelliani, interiectus equiti pedes, excepere. pugnatum haud procul urbe inter aedificia hortosque et anfractus viarum, quae gnara Vitellianis, incomperta hostibus metum fecerant. neque omnis eques concors, adiunctis quibusdam, qui nuper apud Narniam dediti fortunam partium speculabantur. capitur praefectus alae Iulius Flavianus; ceteri foeda fuga consternantur, non ultra Fidenas secutis victoribus.

[80] Eo successu studia populi aucta; vulgus urbanum arma cepit. paucis scuta militaria, plures raptis quod cuique obvium telis signum pugnae exposcunt. agit grates Vitellius et ad tuendam urbem prorumpere iubet. mox vocato senatu deliguntur legati ad exercitus ut praetexto rei publicae concordiam pacemque suaderent. varia legatorum sors fuit. qui Petilio Ceriali occurrerant extremum discrimen adiere, aspernante milite condiciones pacis. vulneratur praetor Arulenus Rusticus: auxit invidiam super violatum legati praetorisque nomen propria dignatio viri. pulsantur comites, occiditur proximus lictor, dimovere turbam ausus: et ni dato a duce praesidio defensi forent, sacrum etiam inter exteris gentis legatorum ius ante ipsa patriae moenia civilis rabies usque in exitium temerasset. aequioribus animis accepti sunt qui ad Antonium venerant, non quia modestior miles, sed duci plus auctoritatis.

[81] Miscuerat se legatis Musonius Rufus equestris ordinis, studium philosophiae et placita Stoicorum aemulatus; coeptabatque permixtus manipulis, bona pacis ac belli discrimina disserens, armatos monere. id plerisque ludibrio, pluribus taedio: nec deerant qui propellerent proculcarentque, ni admonitu modestissimi cuiusque et aliis minitantibus omisisset intempestivam sapientiam. obviae fuere et virgines Vestales cum epistulis Vitellii ad Antonium scriptis: eximi supremo certamini unum diem postulabat: si moram interiecissent, facilius omnia conventura. virgines cum honore dimissae; Vitellio rescriptum Sabini caede et incendio Capitolii dirempta belli commercia.

[82] Temptavit tamen Antonius vocatas ad contionem legiones mitigare, ut castris iuxta pontem Mulvium positis postera die urbem ingrederentur. ratio cunctandi, ne asperatus proelio miles non populo, non senatui, ne templis quidem ac delubris deorum consuleret. sed omnem prolationem ut inimicam victoriae suspectabant; simul fulgentia per collis vexilla, quamquam imbellis populus sequeretur, speciem hostilis exercitus fecerant. tripertito agmine pars, ut adstiterat, Flaminia via, pars iuxta ripam Tiberis incessit; tertium agmen per Salariam Collinae portae propinquabat. plebs invectis equitibus fusa; miles Vitellianus trinis et ipse praesidiis occurrit. proelia ante urbem multa et varia, sed Flavianis consilio ducum praestantibus saepius prospera. ii tantum conflictati sunt qui in partem sinistram urbis ad Sallustianos hortos per angusta et lubrica viarum flexerant. superstantes maceris hortorum Vitelliani ad serum usque diem saxis pilisque subeuntis arcebant, donec ab equitibus, qui porta Collina inruperant, circumvenirentur. concurrere et in campo Martio infestae acies. pro Flavianis fortuna et parta totiens victoria: Vitelliani desperatione sola ruebant, et quamquam pulsi, rursus in urbe congregabantur.

[83] Aderat pugnantibus spectator populus, utque in ludicro certamine, hos, rursus illos clamore et plausu fovebat. quotiens pars altera inclinasset, abditos in tabernis aut si quam in domum perfugerant, erui iugularique expostulantes parte maiore praedae potiebantur: nam milite ad sanguinem et caedis obverso spolia in vulgus cedebant. saeva ac deformis urbe tota facies: alibi proelia et vulnera, alibi balineae popinaeque; simul cruor et strues corporum, iuxta scorta et scortis similes; quantum in luxurioso otio libidinum, quidquid in acerbissima captivitate scelerum, prorsus ut eandem civitatem et furere crederes et lascivire. conflixerant <et> ante armati exercitus in urbe, bis Lucio Sulla, semel Cinna victoribus, nec tunc minus crudelitatis: nunc inhumana securitas et ne minimo quidem temporis voluptates intermissae: velut festis diebus id quoque gaudium accederet, exultabant, fruebantur, nulla partium cura, malis publicis laeti.

[84] Plurimum molis in obpugnatione castrorum fuit, quae acerrimus quisque ut novissimam spem retinebant. eo intentius victores, praecipuo veterum cohortium studio, cuncta validissimarum urbium excidiis reperta simul admovent, testudinem tormenta aggeres facesque, quidquid tot proeliis laboris ac periculi hausissent, opere illo consummari clamitantes. urbem senatui ac populo Romano, templa dis reddita: proprium esse militis decus in castris: illam patriam, illos penatis. ni statim recipiantur, noctem in armis agendam. contra Vitelliani, quamquam numero fatoque dispares, inquietare victoriam, morari pacem, domos arasque cruore foedare suprema victis solacia amplectebantur. multi semianimes super turre et propugnacula moenium expiravere: convulsis portis reliquus globus obtulit se victoribus, et cecidere omnes contrariis vulneribus, versi in hostem: ea cura etiam morientibus decori exitus fuit. Vitellius capta urbe per aversam Palatii partem Aventinum in domum uxoris sellula defertur, ut si diem latebra vitavisset, Tarracinam ad cohortis fratremque perfugeret. dein mobilitate ingenii et, quae natura pavoris est, cum omnia metuenti praesentia maxime displicerent, in Palatium regreditur vastum desertumque, dilapsis etiam infimis servitorum aut occursum eius declinantibus. terret solitudo et tacentes loci; temptat clausa, inhorrescit vacuis; fessusque misero errore et pudenda latebra semet occultans ab Iulio Placido tribuno cohortis protrahitur. vinctae pone tergum manus; laniata veste, foedum spectaculum,

ducebatur, multis increpantibus, nullo inlacrimante: deformitas exitus misericordiam abstulerat. obvis e Germanicis militibus Vitellium infesto ictu per iram, vel quo maturius ludibrio eximeret, an tribunum adpetierit, in incerto fuit: aurem tribuni amputavit ac statim confossus est.

[85] Vitellium infestis mucronibus coactum modo erigere os et offerre contumeliis, nunc cadentis statuas suas, plerumque rostra aut Galbae occisi locum contueri, postremo ad Gemonias, ubi corpus Flavii Sabini iacuerat, propulere. una vox non degeneris animi excepta, cum tribuno insultanti se tamen imperatorem eius fuisse respondit; ac deinde ingestis vulneribus concidit. et vulgus eadem pravitate insectabatur interfectum qua foverat viventem.

[86] Patrem illi . . . Luceriam. septimum et quinquagensimum aetatis annum explebat, consulatum, sacerdotia, nomen locumque inter primores nulla sua industria, sed cuncta patris claritudine adeptus. principatum ei detulere qui ipsum non noverant: studia exercitus raro cuiquam bonis artibus quaesita perinde adfuere quam huic per ignaviam. inerat tamen simplicitas ac liberalitas, quae, ni adsit modus, in exitium vertuntur. amicitias dum magnitudine munerum, non constantia morum contineri putat, meruit magis quam habuit. rei publicae haud dubie intererat Vitellium vinci, sed imputare perfidiam non possunt qui Vitellium Vespasiano prodidere, cum a Galba descivissent. Praecipiti in occasum die ob pavorem magistratuum senatorumque, qui dilapsi ex urbe aut per domos clientium semet occultabant, vocari senatus non potuit. Domitianum, postquam nihil hostile metuebatur, ad duces partium progressum et Caesarem consalutatam miles frequens utque erat in armis in paternos penatis deduxit.

LIBER QVARTVS

[1] Interfecto Vitellio bellum magis desierat quam pax coeperat. armati per urbem victores implacabili odio victos consecrabantur: plenae caedibus viae, cruenta fora templaque, passim trucidatis, ut quemque fors obtulerat. ac mox augescente licentia scrutari ac protrahere abditos; si quem procerum habitu et iuventa conspexerant, obtruncare nullo militum aut populi discrimine. quae saevitia recentibus odiis sanguine explebatur, dein verterat in avaritiam. nihil usquam secretum aut clausum sinebant, Vitellianos occultari simulantes. initium id perfringendarum domuum, vel si resisteretur, causa caedis; nec deerat egentissimus quisque e plebe et pessimi servitiorum prodere ultro ditis dominos, alii ab amicis monstrabantur. ubique lamenta, conclamationes et fortuna captae urbis, adeo ut Othoniani Vitellianique militis invidiosa antea petulantia desideraretur. duces partium accendendo civili bello acres, temperandae victoriae impares, quippe inter turbas et discordias pessimo cuique plurima vis, pax et quies bonis artibus indigent.

[2] Nomen sedemque Caesaris Domitianus acceperat, nondum ad curas intentus, sed stupris et adulteriis filium principis agebat. praefectura praetorii penes Arrium Varum, summa potentiae in Primo Antonio. is pecuniam familiamque e principis domo quasi Cremonensem praedam rapere: ceteri modestia vel ignobilitate ut in bello obscuri, ita praemiorum expertes. civitas pavida et servitio parata occupari redeuntem Tarracina L. Vitellium cum cohortibus extinguique reliqua belli postulabat: praemissi Aricium equites, agmen legionum intra Bovillas stetit. nec cunctatus est Vitellius seque et cohortis arbitrio victoris permittere, et miles infelicia arma haud minus ira quam metu abiecit. longus deditorum ordo saeptus armatis per urbem incessit, nemo supplici vultu, sed tristes et truces et adversum plausus ac lasciviam insultantis vulgi immobiles. paucos erumpere ausos circumiecti pressere; ceteri in custodiam conditi, nihil quisquam locutus indignum, et quamquam inter adversa, salva virtutis fama. dein L. Vitellius interficitur, par vitiis fratris, in principatu eius vigilantior, nec perinde prosperis socius quam adversis abstractus.

[3] Isdem diebus Lucilius Bassus cum expedito equite ad componendam Campaniam mittitur, discordibus municipiorum animis magis inter semet quam contumacia adversus principem. viso milite quies et minoribus coloniis impunitas: Capuae legio tertiam hiemandi causa locatur et domus inlustres adfluctae, cum contra Tarracinenses nulla ope iuvarentur. tanto proclivius est iniuriae quam beneficio vicem exolvere, quia gratia oneri, ultio in quaestu habetur. solacio fuit servus Vergilii Capitonis, quem proditorem Tarracinensium diximus, patibulo adfixus in isdem anulis quos acceptos a Vitellio gestabat. at Romae senatus cuncta principibus solita Vespasiano decernit, laetus et spei certus, quippe sumpta per Gallias Hispaniasque civilia arma, motis ad bellum Germaniis, mox Illyrico, postquam Aegyptum Iudaeam Syriamque et omnes provincias exercitusque lustraverant, velut expiato terrarum orbe cepisse finem videbantur: addidere alacritatem Vespasiani litterae tamquam manente bello scriptae. ea prima specie forma; ceterum ut princeps loquebatur, civilia de se, et rei publicae egregia. nec senatus obsequium deerat: ipsi consulatus cum Tito filio, praetura Domitiano et consulare imperium decernuntur.

[4] Miserat et Mucianus epistulas ad senatum, quae materiam sermonibus praebuere. si privatus esset, cur publice loqueretur? potuisse eadem paucos post dies loco sententiae dici. ipsa quoque insectatio in Vitellium sera et sine libertate: id vero erga rem publicam superbum, erga principem contumeliosum, quod in manu sua fuisse imperium donatumque Vespasiano iactabat. ceterum invidia in occulto, adulatio in aperto erant: multo cum honore verborum Muciano triumphalia de bello civium data, sed in Sarmatas expeditio fingebatur. adduntur Primo Antonio consularia, Cornelio Fusco et Arrio Varo praetoria insignia. mox deos respexere; restitui Capitolium

placuit. eaque omnia Valerius Asiaticus consul designatus censuit: ceteri vultu manuque, pauci, quibus conspicua dignitas aut ingenium adulatione exercitum, compositis orationibus adsentiebantur. ubi ad Helvidium Priscum praetorem designatum ventum, prompsit sententiam ut honorificam in bonum principem, * * * falsa aberant, et studiis senatus attollebatur. isque praecipuus illi dies magnae offensae initium et magnae gloriae fuit.

[5] Res poscere videtur, quoniam iterum in mentionem incidimus viri saepius memorandi, ut vitam studiaque eius, et quali fortuna sit usus, paucis repetam. Helvidius Priscus [regione Italiae Carecina] e municipio Cluviis, patre, qui ordinem primi pili duxisset, ingenium inlustre altioribus studiis iuvenis admodum dedit, non, ut plerique, ut nomine magnifico segne otium velaret, sed quo firmior adversus fortuita rem publicam capesseret. doctores sapientiae secutus est, qui sola bona quae honesta, mala tantum quae turpia, potentiam nobilitatem ceteraque extra animum neque bonis neque malis adnumerant. quaestorius adhuc a Paeto Thrasea gener delectus e moribus soceri nihil aequae ac libertatem hausit, civis, senator, maritus, gener, amicus, cunctis vitae officiis aequabilis, opum contemptor, recti pervicax, constans adversus metus.

[6] Erant quibus adpetentior famae videretur, quando etiam sapientibus cupido gloriae novissima exiit. ruina soceri in exilium pulsus, ut Galbae principatu rediit, Marcellum Eprium, delatorem Thraseae, accusare adgreditur. ea ultio, incertum maior an iustior, senatum in studia diduxerat: nam si caderet Marcellus, agmen reorum sternebatur. primo minax certamen et egregiis utriusque orationibus testatum; mox dubia voluntate Galbae, multis senatorum deprecantibus, omisit Priscus, variis, ut sunt hominum ingenia, sermonibus moderationem laudantium aut constantiam requirentium. Ceterum eo senatus die quo de imperio Vespasiani censebant, placuerat mitti ad principem legatos. hinc inter Helvidium et Eprium acre iurgium: Priscus eligi nominatim a magistratibus iuratis, Marcellus urnam postulabat, quae consulis designati sententia fuerat.

[7] Sed Marcelli studium proprius rubor excitabat ne aliis electis posthabitus crederetur. paulatimque per altercationem ad continuas et infestas orationes proveci sunt, quaerente Helvidio quid ita Marcellus iudicium magistratum pavesceret: esse illi pecuniam et eloquentiam, quis multos anteiret, ni memoria flagitiorum urgeretur. sorte et urna mores non discerni: suffragia et existimationem senatus reperta ut in cuiusque vitam famamque penetrarent. pertinere ad utilitatem rei publicae, pertinere ad Vespasiani honorem, occurrere illi quos innocentissimos senatus habeat, qui honestis sermonibus auris imperatoris imbuant. fuisse Vespasiano amicitiam cum Thrasea, Sorano, Sentio; quorum accusatores etiam si puniri non oporteat, ostentari non debere. hoc senatus iudicio velut admoneri principem quos probet, quos reformidet. nullum maius boni imperii instrumentum quam bonos amicos esse. satis Marcello quod Neronem in exitium tot innocentium impulerit: frueretur praemiis et impunitate, Vespasianum melioribus relinqueret.

[8] Marcellus non suam sententiam impugnari, sed consulem designatum censuisse dicebat, secundum vetera exempla quae sortem legationibus posuissent, ne ambitioni aut inimicitiis locus foret. nihil evenisse cur antiquitus instituta exolescerent aut principis honor in cuiusquam contumeliam verteretur; sufficere omnis obsequio. id magis vitandum ne pervicacia quorundam inritaretur animus novo principatu suspensus et vultus quoque ac sermones omnium circumspectans. se meminisse temporum quibus natus sit, quam civitatis formam patres avique instituerint; ulteriora mirari, praesentia sequi; bonos imperatores voto expetere, qualiscumque tolerare. non magis sua oratione Thraseam quam iudicio senatus adflicto; saevitiam Neronis per eius modi imagines inlusisse, nec minus sibi anxiam talem amicitiam quam aliis exilium. denique constantia fortitudine Catonibus et Brutis aequaretur Helvidius: se unum esse ex illo senatu, qui simul servierit. suadere etiam Prisco ne supra principem scanderet, ne Vespasianum senem triumphalem, iuvenum liberorum patrem, praeceptis coerceret. quo modo pessimis imperatoribus

sine fine dominationem, ita quamvis egregiis modum libertatis placere. haec magnis utrimque contentionibus iactata diversis studiis accipiebantur. vicit pars quae sortiri legatos malebat, etiam mediis patrum adnitentibus retinere morem; et splendidissimus quisque eodem inclinabat metu invidiae, si ipsi eligerentur.

[9] Secutum aliud certamen. praetores aerarii (nam tum a praetoribus tractabatur aerarium) publicam paupertatem questi modum impensis postulaverant. eam curam consul designatus ob magnitudinem oneris et remedii difficultatem principi reservabat: Helvidius arbitrio senatus agendum censuit. cum perrogarent sententias consules, Vulcarius Tertullinus tribunus plebis intercessit ne quid super tanta re principe absente statueretur. censuerat Helvidius ut Capitolium publice restitueretur, adiuveret Vespasianus. eam sententiam modestissimus quisque silentio, deinde oblivio transmisit: fuere qui et meminissent.

[10] Tum invectus est Musonius Rufus in P. Celerem, a quo Barea Soranum falso testimonio circumventum arguebat. ea cognitione renovari odia accusationum videbantur. sed vilis et nocens reus protegi non poterat: quippe Sorani sancta memoria; Celer professus sapientiam, dein testis in Barea, proditor corruptorque amicitiae cuius se magistrum ferebat. proximus dies causae destinatur; nec tam Musonius aut Publius quam Priscus et Marcellus ceterique, motis ad ultionem animis, expectabantur.

[11] Tali rerum statu, cum discordia inter patres, ira apud victos, nulla in victoribus auctoritas, non leges, non princeps in civitate essent, Mucianus urbem ingressus cuncta simul in se traxit. fracta Primi Antonii Varique Arrii potentia, male dissimulata in eos Muciani iracundia, quamvis vultu tegetur. sed civitas rimandis offensis sagax verterat se transtuleratque: ille unus ambiri, coli. nec deerat ipse, stipatus armatis domos hortosque permutans, apparatu incessu excubiis vim principis amplecti, nomen remittere. plurimum terroris intulit caedes Calpurnii Galeriani. is fuit filius Gai Pisonis, nihil ausus: sed nomen insigne et decora ipsius iuventa rumore vulgi celebrabantur, erantque in civitate adhuc turbida et novis sermonibus laeta qui principatus inanem ei famam circumdarent. iussu Muciani custodia militari cinctus, ne in ipsa urbe conspectior mors foret, ad quadragesimum ab urbe lapidem Appia via fuso per venas sanguine extinguitur. Iulius Priscus praetoriarum sub Vitellio cohortium praefectus se ipse interfecit, pudore magis quam necessitate. Alfenus Varus ignaviae infamiaeque suae superfuit. Asiaticus (is enim libertus) malam potentiam servili supplicio expiavit.

[12] Isdem diebus crebrescentem cladis Germanicae famam nequaquam maesta civitas excipiebat; caesos exercitus, capta legionum hiberna, descivisse Gallias non ut mala loquebantur. id bellum quibus causis ortum, quanto externarum sociarumque gentium motu flagraverit, altius expediam. Batavi, donec trans Rhenum agebant, pars Chattorum, seditione domestica pulsati extrema Gallicae orae vacua cultoribus simulque insulam iuxta sitam occupavere, quam mare Oceanus a fronte, Rhenum amnis tergum ac latera circumluit. nec opibus (rarum in societate validiorum) attritis viros tantum armaque imperio ministrant, diu Germanicis bellis exerciti, mox aucta per Britanniam gloria, transmissis illuc cohortibus, quas vetere instituto nobilissimi popularium regebant. erat et domi delectus eques, praecipuo nandi studio, arma equosque retinens integris turmis Rhenum perrumpere . . .

[13] Iulius Paulus et Iulius Civilis regia stirpe multo ceteros anteibant. Paulum Fonteius Capito falso rebellionis crimine interfecit; iniectae Civili catenae, missusque ad Neronem et a Galba absolutus sub Vitellio rursus discrimen adiit, flagitante supplicium eius exercitu: inde causae irarum spesque ex malis nostris. sed Civilis ultra quam barbaris solitum ingenio sollers et Sertorium se aut Annibalem ferens simili oris dehonestamento, ne ut hosti obviam iretur, si a populo Romano palam

descivisset, Vespasiani amicitiam studiumque partium praetendit, missis sane ad eum Primi Antonii litteris, quibus avertere accita Vitellio auxilia et tumultus Germanici specie retentare legiones iubebatur. eadem Hordeonius Flaccus praesens monuerat, inclinato in Vespasianum animo et rei publicae cura, cui excidium adventabat, si redintegratum bellum et tot armatorum milia Italiam inrupissent.

[14] Igitur Civilis desciscendi certus, occultato interim altiore consilio, cetera ex eventu iudicaturus, novare res hoc modo coepit. iussu Vitellii Batavorum iuventus ad dilectum vocabatur, quem suapte natura gravem onerabant ministri avaritia ac luxu, senes aut invalidos conquirendo, quos pretio dimitterent: rursus impubes et forma conspicui (et est plerisque procera pueritia) ad stuprum trahebantur. hinc invidia, et compositae seditionis auctores perpulere ut dilectum abnuerent. Civilis primores gentis et promptissimos vulgi specie epularum sacrum in nemus vocatos, ubi nocte ac laetitia incaluisse videt, a laude gloriaque gentis orsus iniurias et raptus et cetera servitii mala enumerat: neque enim societatem, ut olim, sed tamquam mancipia haberi: quando legatum, gravi quidem comitatu et superbo, cum imperio venire? tradi se praefectis centurionibusque: quos ubi spoliis et sanguine expleverint, mutari, exquirique novos sinus et varia praedandi vocabula. instare dilectum quo liberi a parentibus, fratres a fratribus velut supremum dividantur. numquam magis adflitam rem Romanam nec aliud in hibernis quam praedam et senes: attollerent tantum oculos et inania legionum nomina ne pavescerent. at sibi robur peditum equitumque, consanguineos Germanos, Gallias idem cupientis. ne Romanis quidem ingratum id bellum, cuius ambiguum fortunam Vespasiano imputaturos: victoriae rationem non reddi.

[15] Magno cum adsensu auditus barbaro ritu et patriis execrationibus universos adigit. missi ad Canninefatis qui consilia sociarent. ea gens partem insulae colit, origine lingua virtute par Batavis; numero superantur. mox occultis nuntiis pellexit Britannica auxilia, Batavorum cohortis missas in Germaniam, ut supra rettulimus, ac tum Mogontiaci agentis. erat in Canninefatibus stolidae audaciae Brinno, claritate natalium insigni; pater eius multa hostilia ausus Gaiandarum expeditionum ludibrium impune spreverat. igitur ipso rebellis familiae nomine placuit impositusque scuto more gentis et sustinentium umeris vibratus dux deligitur. statimque accitis Frisiis (transrhenana gens est) duarum cohortium hiberna proximo +occupata+ Oceano inrumpit. nec providerant impetum hostium milites, nec, si providissent, satis virium ad arcendum erat: capta igitur ac direpta castra. dein vagos et pacis modo effusos lixas negotiatoresque Romanos invadunt. simul excidiis castellorum imminebant, quae a praefectis cohortium incensa sunt, quia defendi nequibant. signa vexillaque et quod militum in superiorem insulae partem congregantur, duce Aquilio primipilari, nomen magis exercitus quam robur: quippe viribus cohortium abductis Vitellius e proximis Nerviorum Germanorumque pagis segnem numerum armis oneraverat.

[16] Civilis dolo grassandum ratus incusavit ultro praefectos quod castella deseruissent: se cum cohorte, cui praeerat, Canninefatem tumultum compressurum, illi sua quisque hiberna repeterent. subesse fraudem consilio et dispersas cohortis facilius opprimi, nec Brinnonem ducem eius belli, sed Civilem esse patuit, erumpentibus paulatim indiciis, quae Germani, laeta bello gens, non diu occultaverant. ubi insidiae parum cessere, ad vim transgressus Canninefatis, Frisios, Batavos propriis cuneis componit: directa ex diverso acies haud procul a flumine Rheno et obversis in hostem navibus, quas incensis castellis illuc adpulerant. nec diu certato Tungrorum cohors signa ad Civilem transtulit, percussisque milites improvisa prodicione a sociis hostibusque caedebantur. eadem etiam <in> navibus perfidia: pars remigum e Batavis tamquam imperitia officia nautarum propugnatorumque impediabant; mox contra tendere et puppis hostili ripae obicere: ad postremum gubernatores centurionesque, nisi eadem volentis, trucidant, donec universa quattuor et viginti navium classis transfugeret aut caperetur.

[17] Clara ea victoria in praesens, in posterum usui; armaque et navis, quibus indigebant, adepti magna per Germanias Galliasque fama libertatis auctores celebrabantur. Germaniae statim misere legatos auxilia offerentis: Galliarum societatem Civilis arte donisque adfectabat, captos cohortium praefectos suas in civitates remittendo, cohortibus, abire an manere mallent, data potestate. manentibus honorata militia, digredientibus spolia Romanorum offerebantur: simul secretis sermonibus admonebat malorum, quae tot annis perpassi miseram servitatem falso pacem vocarent. Batavos, quamquam tributorum expertis, arma contra communis dominos cepisse; prima acie fustum victumque Romanum. quid si Galliae iugum exuant? quantum in Italia reliquum? provinciarum sanguine provincias vinci. ne Vindicis aciem cogitarent: Batavo equite protritros Aeduos Arvernosque; fuisse inter Verginii auxilia Belgas, vereque reputantibus Galliam suismet viribus concidisse. nunc easdem omnium partis, addito si quid militaris disciplinae in castris Romanorum vigerit; esse secum veteranas cohortis, quibus nuper Othonis legiones procubuerint. servirent Syria Asiaque et suetus regibus Oriens: multos adhuc in Gallia vivere ante tributa genitos. nuper certe caeso Quintilio Varo pulsam e Germania servitatem, nec Vitellium principem sed Caesarem Augustum bello provocatum. libertatem natura etiam mutis animalibus datam, virtutem proprium hominum bonum; deos fortioribus adesse: proinde arriperent vacui occupatos, integri fessos. dum alii Vespasianum, alii Vitellium foveant, patere locum adversus utrumque.

[18] sic in Gallias Germaniasque intentus, si destinata provenissent, validissimarum ditissimarumque nationum regno imminerebat. At Flaccus Hordeonius primos Civilis conatus per dissimulationem aluit: ubi expugnata castra, deletas cohortis, pulsum Batavorum insula Romanum nomen trepidi nuntii adferebant, Munium Lupercum legatum (is duarum legionum hibernis praeerat) egredi adversus hostem iubet. Lupercus legionarios e praesentibus, Vbios e proximis, Trevirorum equites haud longe agentis raptim transmisit, addita Batavorum ala, quae iam pridem corrupta fidem simulabat, ut proditis in ipsa acie Romanis maiore pretio fugeret. Civilis captarum cohortium signis circumdatus, ut suo militi recens gloria ante oculos et hostes memoria cladis terrerentur, matrem suam sororesque, simul omnium coniuges parvosque liberos consistere a tergo iubet, hortamenta victoriae vel pulsus pudorem. ut virorum cantu, feminarum ululatu sonuit acies, nequaquam par a legionibus cohortibusque redditur clamor. nudaverat sinistrum cornu Batavorum ala transfugiens statimque in nos versa. sed legionarius miles, quamquam rebus trepidis, arma ordinesque retinebat. Vbiorum Trevirorumque auxilia foeda fuga dispersa totis campis palantur: illuc incubuere Germani, et fuit interim effugium legionibus in castra, quibus Veterum nomen est. praefectus alae Batavorum Claudius Labeo, oppidano certamine aemulus Civili, ne interfectus invidiam apud popularis vel, si retineretur, semina discordiae praeberet, in Frisios avehitur.

[19] Isdem diebus Batavorum et Canninefatium cohortis, cum iussu Vitellii in urbem pergerent, missus a Civili nuntius adsequitur. intumescere statim superbia ferociaque et pretium itineris donativum, duplex stipendium, augeri equitum numerum, promissa sane a Vitellio, postulabant, non ut adsequerentur, sed causam seditioni. et Flaccus multa concedendo nihil aliud effecerat quam ut acrius exposcerent quae sciebant negaturum. spreto Flacco inferiorem Germaniam petivere ut Civili iungerentur. Hordeonius adhibitis tribunis centurionibusque consultavit num obsequium abnuentis vi coerceret; mox insita ignavia et trepidis ministris, quos ambiguus auxiliorum animus et subito dilectu suppletas legiones angebant, statuit continere intra castra militem: dein paenitentia et arguentibus ipsis qui suaserant, tamquam secuturus scripsit Herennio Gallo legionis primae legato, qui Bonnam obtinebat, ut arceret transitu Batavos: se cum exercitu tergis eorum haesurum. et opprimi poterant si hinc Hordeonius, inde Gallus, motis utrimque copiis, medios clausissent. Flaccus omisit inceptum aliisque litteris Gallum monuit ne terreret abeuntis: unde suspicio sponte legatorum excitari bellum cunctaque quae acciderant aut metuebantur non inertia militis neque hostium vi, sed fraude ducum evenire.

[20] Batavi cum castris Bonnensibus propinquarent, praemisere qui Herennio Gallo mandata cohortium exponeret. nullum sibi bellum adversus Romanos, pro quibus totiens bellissent: longa atque inrita militia fessis patriae atque otii cupidinem esse. si nemo obsisteret, innoxium iter fore: sin arma occurrant, ferro viam inventuros. cunctantem legatum milites perpulerant fortunam proelii experiretur. tria milia legionariorum et tumultuariae Belgarum cohortes, simul paganorum lixarumque ignava sed procax ante periculum manus omnibus portis prorumpunt ut Batavos numero imparis circumfundant. illi veteres militiae in cuneos congregantur, densi undique et frontem tergaque ac latus tuti; sic tenuem nostrorum aciem perfringunt. cedentibus Belgis pellitur legio, et vallum portasque trepidi petebant. ibi plurimum cladis: cumulatae corporibus fossae, nec caede tantum et vulneribus, sed ruina et suis plerique telis interiere. victores colonia Agrippinensium vitata, nihil cetero in itinere hostile ausi, Bonnense proelium excusabant, tamquam petita pace, postquam negabatur, sibimet ipsi consulissent.

[21] Civilis adventu veteranarum cohortium iusti iam exercitus ductor, sed consilii ambiguus et vim Romanam reputans, cunctos qui aderant in verba Vespasiani adigit mittitque legatos ad duas legiones, quae priore acie pulsae in Vetera castra concesserant, ut idem sacramentum acciperent. redditur responsum: neque proditoris neque hostium se consiliis uti; esse sibi Vitellium principem, pro quo fidem et arma usque ad supremum spiritum retenturos: proinde perfuga Batavus arbitrium rerum Romanarum ne ageret, sed meritas sceleris poenas expectaret. quae ubi relata Civili, incensus ira universam Batavorum gentem in arma rapit; iunguntur Bructeri Tencterique et excita nuntiis Germania ad praedam famamque.

[22] Adversus has concurrentis belli minas legati legionum Munius Lupercus et Numisius Rufus vallum murosque firmabant. subversa longae pacis opera, haud procul castris in modum municipii extracta, ne hostibus usui forent. sed parum provisum ut copiae in castra conveherentur; rapi permisere: ita paucis diebus per licentiam absumpta sunt quae adversus necessitates in longum suffecissent. Civilis medium agmen cum robore Batavorum obtinens utramque Rheni ripam, quo truculentior visu foret, Germanorum catervis complet, adsultante per campos equite; simul naves in adversum amnem agebantur. hinc veteranarum cohortium signa, inde depromptae silvis lucisque ferarum imagines, ut cuique genti inire proelium mos est, mixta belli civilis externique facie obstupescerant obsessos. et spem obpugnantium augebat amplitudo valli, quod duabus legionibus situm vix quinque milia armatorum Romanorum tuebantur; sed lixarum multitudo turbata pace illuc congregata et bello ministra aderat.

[23] Pars castrorum in collem leniter exurgens, pars aequo adibatur. quippe illis hibernis obsideri premique Germanias Augustus crediderat, neque umquam id malorum ut obpugnatum ultro legiones nostras venirent; inde non loco neque munimentis labor additus: vis et arma satis placebant. Batavi Transrhenanique, quo discreta virtus manifestius spectaretur, sibi quaeque gens consistunt, eminus lacescentes. post ubi pleraque telorum turribus pinnisque moenium inrita haerebant et desuper saxis vulnerabantur, clamore atque impetu invasere vallum, adpositis plerique scalis, alii per testudinem suorum; scandebantque iam quidam, cum gladiis et armorum incussu praecipitati sudibus et pilis obruuntur, praeferoces initio et rebus secundis nimii. sed tum praedae cupidine adversa quoque tolerabant; machinas etiam, insolitum sibi, ausi. nec ulla ipsis sollertia: perfugae captivique docebant struere materias in modum pontis, mox subiectis rotis propellere, ut alii superstantes tamquam ex aggere proeliarentur, pars intus occulti muros subruerent. sed excussa ballistis saxa stravere informe opus. et cratis vineasque parantibus adactae tormentis ardentes hastae, ultroque ipsi obpugnatores ignibus petebantur, donec desperata vi verterent consilium ad moras, haud ignari paucorum dierum inesse alimenta et multum imbellis turbae; simul ex inopia proditio et fluxa servitiorum fides ac fortuita belli sperabantur.

[24] Flaccus interim cognito castrorum obsidio et missis per Gallias qui auxilia concirent, lectos e legionibus Dillio Voculae duoetvicensimae legionis legato tradit, ut quam maximis per ripam itineribus celeraret, ipse navibus <invadit> invalidus corpore, invisus militibus. neque enim ambigue fremebant: emissas a Mogontiaci Batavorum cohortis, dissimulatos Civiles conatus, adsciri in societatem Germanos. non Primi Antonii neque Muciani ope Vespasianum magis adolevisse. aperta odia armaque palam depelli: fraudem et dolum obscura eoque inevitabilia. Civilem stare contra, struere aciem: Hordeonium e cubiculo et lectulo iubere quidquid hosti conducatur. tot armatas fortissimorum virorum manus unius senis valetudine regi: quin potius interfecto traditore fortunam virtutemque suam malo omine exolverent. his inter se vocibus instinctos flammavere insuper adlatae a Vespasiano litterae, quas Flaccus, quia occultari nequibant, pro contione recitavit, vinctosque qui attulerant ad Vitellium misit.

[25] Sic mitigatis animis Bonnam, hiberna primae legionis, ventum. infensor illic miles culpam cladis in Hordeonium vertebat: eius iussu directam adversus Batavos aciem, tamquam a Mogontiaci legiones sequerentur; eiusdem prodicione caesos, nullis supervenientibus auxiliis: ignota haec ceteris exercitibus neque imperatori suo nuntiari, cum ad cursu tot provinciarum extingui repens perfidia potuerit. Hordeonius exemplaris omnium litterarum, quibus per Gallias Britanniamque et Hispanias auxilia orabat, exercitui recitavit instituitque pessimum facinus, ut epistulae aquiliferis legionum traderentur, a quis ante militi quam ducibus legebantur. tum e seditiosis unum vinciri iubet, magis usurpandi iuris, quam quia unius culpa foret. motusque Bonna exercitus in coloniam Agrippinensem, adfluentibus auxiliis Gallorum, qui primo rem Romanam enixe iuvabant: mox valescentibus Germanis pleraeque civitates adversum nos arma <sumpsere> spe libertatis et, si exuissent servitium, cupidine imperitandi. gliscebant iracundia legionum, nec terrorem unius militis vincula indiderant: quin idem ille arguebat ultro conscientiam ducis, tamquam nuntius inter Civilem Flaccumque falso crimine testis veri opprimeretur. conscendit tribunal Vocula mira constantia, presumque militem ac vociferantem duci ad supplicium iussit: et dum mali pavent, optimus quisque iussis parere. exim consensu ducem Voculam poscentibus, Flaccus summam rerum ei permisit.

[26] Sed discordis animos multa efferabant: inopia stipendii frumentique et simul dilectum tributaque Galliae aspernantes, Rhenus incognita illi caelo siccitate vix navium patiens, arti commeatus, dispositae per omnem ripam stationes quae Germanos vado arcerent, eademque de causa minus frugum et plures qui consumerent. apud imperitos prodigii loco accipiebatur ipsa aquarum penuria, tamquam nos amnes quoque et vetera imperii munimenta desererent: quod in pace fors seu natura, tunc fatum et ira dei vocabatur. Ingressis Novaesium sexta decima legio coniungitur. additus Voculae in partem curarum Herennius Gallus legatus; nec ausi ad hostem pergere * * (loco Gelduba nomen est) castra fecere. ibi struenda acie, muniendo vallandoque et ceteris belli meditamentis militem firmabant. utque praeda ad virtutem accenderetur, in proximos Cugernorum pagos, qui societatem Civilis acceperant, ductus a Vocula exercitus; pars cum Herennio Gallo permansit.

[27] Forte navem haud procul castris, frumento gravem, cum per vada haesisset, Germani in suam ripam trahebant. non tulit Gallus misitque subsidio cohortem: auctus et Germanorum numerus, paulatimque adgregantibus se auxiliis acie certatum. Germani multa cum strage nostrorum navem abripiunt. victi, quod tum in morem verterat, non suam ignaviam, sed perfidiam legati culpabant. protractum e tentorio, scissa veste, verberato corpore, quo pretio, quibus consciis prodidisset exercitum, dicere iubent. redit in Hordeonium invidia: illum auctorem sceleris, hunc ministrum vocant, donec exitium minitantibus exterritus prodicionem et ipse Hordeonio obiecit; vinctusque adventu demum Voculae exolvitur. is postera die auctores seditionis morte adfecit: tanta illi exercitui diversitas inerat licentiae patientiaeque. haud dubie gregarius miles Vitellio fidus,

splendidissimus quisque in Vespasianum proni: inde scelerum ac suppliciorum vices et mixtus obsequio furor, ut contineri non possent qui puniri poterant.

[28] At Civilem immensis auctibus universa Germania extollebat, societate nobilissimis obsidum firmata. ille, ut cuique proximum, vastari Vbios Trevirosque, et aliam manum Mosam amnem transire iubet, ut Menapios et Morinos et extrema Galliarum quateret. actae utrobique praedae, infestius in Vbiis, quod gens Germanicae originis eiurata patria [Romanorum nomen] Agrippinenses vocarentur. caesae cohortes eorum in vico Marcoduro incuriosius agentes, quia procul ripa aberant. nec quievire Vbii quo minus praedas e Germania peterent, primo impune, dein circumventi sunt, per omne id bellum meliore usi fide quam fortuna. contusis Vbiis gravior et successu rerum ferocior Civilis obsidium legionum urgebat, intentis custodiis ne quis occultus nuntius venientis auxilii penetraret. machinas molemque operum Batavis delegat: Transrhenanos proelium poscentis ad scindendum vallum ire detrusosque redintegrare certamen iubet, superante multitudine et facili damno.

[29] Nec finem labori nox attulit: congestis circum lignis accensisque, simul epulantes, ut quisque vino incaluerat, ad pugnam temeritate inani ferebantur. quippe ipsorum tela per tenebras vana: Romani conspicuam barbarorum aciem, et si quis audacia aut insignibus effulgens, ad ictum destinabant. intellectum id Civili et restincto igne misceri cuncta tenebris et armis iubet. tum vero strepitus dissoni, casus incerti, neque ferendi neque declinandi providentia: unde clamor acciderat, circumagere corpora, tendere artus; nihil prodesse virtus, fors cuncta turbare et ignavorum saepe telis fortissimi cadere. apud Germanos inconsulta ira: Romanus miles periculorum gnarus ferratas sudis, gravia saxa non forte iaciebat. ubi sonus molientium aut adpositae scalae hostem in manus dederant, propellere umbone, pilo sequi; multos in moenia egressos pugionibus fodere. sic exhausta nocte novam aciem dies aperuit.

[30] Eduxerant Batavi turrim duplici tabulato, quam praetoriae portae (is aequissimus locus) propinquantem promoti contra validi asses et incussae trabes perfregere multa superstantium pernicie. pugnatumque in percussos subita et prospera eruptione; simul a legionariis peritia et arte praestantibus plura struebantur. praecipuum pavorem intulit suspensum et nutans machinamentum, quo repente demisso praeter suorum ora singuli pluresve hostium sublime rapti verso pondere intra castra effundebantur. Civilis omissa expugnandi spe rursus per otium adsidebat, nuntiis et promissis fidem legionum convellens.

[31] Haec in Germania ante Cremonense proelium gesta, cuius eventum litterae Primi Antonii docuere, addito Caecinae edicto; et praefectus cohortis e victis, Alpinius Montanus, fortunam partium praesens fatebatur. diversi hinc motus animorum: auxilia e Gallia, quis nec amor neque odium in partis, militia sine adfectu, hortantibus praefectis statim a Vitellio desciscunt: vetus miles cunctabatur. sed adigente Hordeonio Flacco, instantibus tribunis, dixit sacramentum, non vultu neque animo satis adfirmans: et cum cetera iuris iurandi verba conciperent, Vespasiani nomen haesitantes aut levi murmure et plerumque silentio transmittebant.

[32] Lectae deinde pro contione epistulae Antonii ad Civilem suspiciones militum inritavere, tamquam ad socium partium scriptae et de Germanico exercitu hostiliter. mox adlatis Geldubam in castra nuntiis eadem dicta factaque, et missus cum mandatis Montanus ad Civilem ut absisteret bello neve externa armis falsis velaret: si Vespasianum iuvare adgressus foret, satis factum coeptis. ad ea Civilis primo callide: post ubi videt Montanum praeferozem ingenio paratumque in res novas, orsus a questu periculisque quae per quinque et viginti annos in castris Romanis exhausisset, 'egregium' inquit 'pretium laborum recepi, necem fratris et vincula mea et saevissimas huius exercitus voces, quibus ad supplicium petitus iure gentium poenas reposco. vos autem Treviri

ceteraeque servientium animae, quod praemium effusi totiens sanguinis expectatis nisi ingrati militiam, immortalia tributa, virgas, securis et dominorum ingenia? en ego praefectus unius cohortis et Canninefates Batavique, exigua Galliarum portio, vana illa castrorum spatia excidimus vel saepta ferro fameque premimus. denique ausos aut libertas sequetur aut victi idem erimus.' sic accensum, sed molliora referre iussum dimittit: ille ut inritus legationis redit, cetera dissimulans, quae mox erupere.

[33] Civilis parte copiarum retenta veteranas cohortis et quod e Germanis maxime promptum adversus Voculam exercitumque eius mittit, Iulio Maximo et Claudio Victore, sororis suae filio, ducibus. rapiunt in transitu hiberna alae Asciburgii sita; adeoque improvisi castra involavere ut non adloqui, non pandere aciem Vocula potuerit: id solum ut in tumultu monuit, subsignano milite media firmare: auxilia passim circumfusa sunt. eques prorupit, exceptusque compositis hostium ordinibus terga in suos vertit. caedes inde, non proelium. et Nerviorum cohortes, metu seu perfidia, latera nostrorum nudavere: sic ad legiones perventum, quae amissis signis intra vallum sternebantur, cum repente novo auxilio fortuna pugnae mutatur. Vasconum lectae a Galba cohortes ac tum accitae, dum castris propinquant, audito proeliantium clamore intentos hostis a tergo invadunt latioreque quam pro numero terrorem faciunt, aliis a Novaesio, aliis a Mogontiaci universas copias advenisse credentibus. is error Romanis addit animos, et dum alienis viribus confidunt, suas recepere. fortissimus quisque e Batavis, quantum peditum erat, funduntur: eques evasit cum signis captivisque, quos prima acie corripuerant. caesorum eo die in partibus nostris maior numerus et imbellior, e Germanis ipsa robora.

[34] Dux uterque pari culpa meritis adversa prosperis defuere. nam Civilis si maioribus copiis instruxisset aciem, circumiri a tam paucis cohortibus nequisset castraque perrupta excidisset: Vocula nec adventum hostium exploravit, eoque simul egressus victusque; dein victoriae parum confisus, tritis frustra diebus castra in hostem movit, quem si statim impellere cursumque rerum sequi maturasset, solvere obsidium legionum eodem impetu potuit. temptaverat interim Civilis obsessorum animos, tamquam perditae apud Romanos res et suis victoria provenisset: circumferebantur signa vexillaque, ostentati etiam captivi. ex quibus unus, egregium facinus ausus, clara voce gesta patefecit, confossus illico a Germanis: unde maior indici fides; simul vastatione incendiisque flagrantium villarum venire victorem exercitum intellegebatur. in conspectu castrorum constitui signa fossamque et vallum circumdari Vocula iubet: depositis impedimentis sarcinisque expediti certarent. hinc in ducem clamor pugnam poscentium; et minari adsueverant. ne tempore quidem ad ordinandam aciem capto incompositi fessique proelium sumpsere; nam Civilis aderat, non minus vitiis hostium quam virtute suorum fretus. varia apud Romanos fortuna et seditiosissimus quisque ignavus: quidam recentis victoriae memores retinere locum, ferire hostem, seque et proximos hortari et redintegrata acie manus ad obsessos tendere ne tempori deessent. illi cuncta e muris cernentes omnibus portis prorumpunt. ac forte Civilis lapsu equi prostratus, credita per utrumque exercitum fama vulneratum aut interfectum, immane quantum suis pavoris et hostibus alacritatis indidit: sed Vocula omissis fugientium tergis vallum turrisque castrorum augebat, tamquam rursus obsidium immineret, corrupta totiens victoria non falso suspectus bellum malle.

[35] Nihil aeque exercitus nostros quam egestas copiarum fatigabat. impedimenta legionum cum imbelli turba Novaesium missa ut inde terrestri itinere frumentum adveherent; nam flumine hostes potiebantur. primum agmen securum incessit, nondum satis firmo Civile. qui ubi rursus missos Novaesium frumentatores datasque in praesidium cohortis velut multa pace ingredi accepit, rarum apud signa militem, arma in vehiculis, cunctos licentia vagos, compositus invadit, praemissis qui pontis et viarum angusta insiderent. pugnatum longo agmine et incerto Marte, donec proelium nox dirimeret. cohortes Geldubam perrexere, manentibus, ut fuerant, castris, quae relictorum illic militum praesidio tenebantur. non erat dubium quantum in regressu discriminis adeundum foret

frumentatoribus onustis percussisque. addit exercitui suo Vocula mille delectos e quinta et quinta decima legionibus apud Vetera obsessis, indomitum militem et ducibus infensum. plures quam iussum erat profecti palam in agmine fremebant, non se ultra famem, insidias legatorum toleraturos: at qui remanserant, desertos se abducta parte legionum querebantur. duplex hinc seditio, aliis revocantibus Voculam, aliis redire in castra abnuentibus.

[36] Interim Civilis Vetera circumsevit: Vocula Geldubam atque inde Novaesium concessit, [Civilis capit Geldubam] mox haud procul Novaesio equestri proelio prospere certavit. sed miles secundis adversisque perinde in exitium ducum accendebatur; et adventu quintanorum quintadecimanorumque auctae legiones donativum exposcunt, comperto pecuniam a Vitellio missam. nec diu cunctatus Hordeonius nomine Vespasiani dedit, idque praecipuum fuit seditionis alimentum. effusi in luxum et epulas et nocturnos coetus veterem in Hordeonium iram renovant, nec ullo legatorum tribunorumve obsistere auso (quippe omnem pudorem nox ademerat) protractum e cubili interficiunt. eadem in Voculam parabantur, nisi servili habitu per tenebras ignoratus evasisset.

[37] Vbi sedato impetu metus rediit, centuriones cum epistulis ad civitates Galliarum misere, auxilia ac stipendia oraturos: ipsi, ut est vulgus sine rectore praeceps pavidum socors, adventante Civile raptis temere armis ac statim omissis, in fugam vertuntur. res adversae discordiam peperere, iis qui e superiore exercitu erant causam suam dissociantibus; Vitellii tamen imagines in castris et per proximas Belgarum civitates repositae, cum iam Vitellius occidisset. dein mutati in paenitentiam primani quartanique et duoetvicensimani Voculam sequuntur, apud quem resumpto Vespasiani sacramento ad liberandum Mogontiaci obsidium ducebantur. discesserant obsessores, mixtus ex Chattis Vsipis Mattiacis exercitus, satietate praedae nec incruenti: in via dispersos et nescios miles noster invaserat. quin et loricam vallumque per finis suos Treviri struxere, magnisque in vicem cladibus cum Germanis certabant, donec egregia erga populum Romanum merita mox rebelles foedarent.

[38] Interea Vespasianus iterum ac Titus consulatum absentes inierunt, maesta et multiplici metu suspensa civitate, quae super instantia mala falsos pavores induerat, descivisse Africam res novas moliente L. Pisone. is <pro consule> provinciae nequaquam turbidus ingenio; sed quia naves saevitia hiemis prohibebantur, vulgus alimenta in dies mercari solitum, cui una ex re publica annonae cura, clausum litus, retineri commeatus, dum timet, credebat, audentibus famam Vitellianis, qui studium partium nondum posuerant, ne victoribus quidem ingrato rumore, quorum cupiditates externis quoque bellis inexplebilis nulla umquam civilis victoria satiavit.

[39] Kalendis Ianuariis in senatu, quem Iulius Frontinus praetor urbanus vocaverat, legatis exercitibusque ac regibus laudes gratesque decretae; Tettio Iuliano praetura, tamquam transgredientem in partis Vespasiani legionem deseruisset, ablata ut in Plotium Grypum transferretur; Hormo dignitas equestris data. et mox eiurante Frontino Caesar Domitianus praeturam cepit. eius nomen epistulis edictisque praeponeretur, vis penes Mucianum erat, nisi quod pleraque Domitianus instigantibus amicis aut propria libidine audebat. sed praecipuus Muciano metus e Primo Antonio Varoque Arrio, quos recentis clarosque rerum fama ac militum studiis etiam populus fovebat, quia in neminem ultra aciem saevierant. et ferebatur Antonius Scribonianum Crassum, egregiis maioribus et fraterna imagine fulgentem, ad capessendam rem publicam hortatus, haud defutura conscriptorum manu, nisi Scribonianus abnuisset, ne paratis quidem corrumpi facilis, adeo metuens incerta. igitur Mucianus, quia propalam opprimi Antonius nequibat, multis in senatu laudibus cumulatam secretis promissis onerat, citeriorem Hispaniam ostentans discessu Cluvii Rufi vacuam; simul amicis eius tribunatus praefecturasque largitur. dein postquam inanem animum spe et cupidine impleverat, viris abolet dimissa in hiberna legione septima, cuius flagrantissimus in Antonium amor. et tertia legio, familiaris Arrio Varo miles, in Syriam remissa; pars exercitus in

Germanias ducebatur. sic egesto quidquid turbidum redit urbi sua forma legesque et munia magistratum.

[40] Quo die senatum ingressus est Domitianus, de absentia patris fratrisque ac iuventa sua pauca et modica disseruit, decorus habitu; et ignotis adhuc moribus crebra oris confusio pro modestia accipiebatur. referente Caesare de restituendis Galbae honoribus, censuit Curtius Montanus ut Pisonis quoque memoria celebraretur. patres utrumque iussere: de Pisone inritum fuit. tum sorte ducti per quos redderentur bello rapta, quique aera legum vetustate delapsa noscerent figerentque, et fastos adulatione temporum foedatos exonerarent modumque publicis impensis facerent. redditur Tettio Iuliano praetura, postquam cognitus est ad Vespasianum confugisse: Grypo honor mansit. repeti inde cognitionem inter Musonium Rufum et Publium Celerem placuit, damnatusque Publius et Sorani manibus satis factum. insignis publica severitate dies ne privatim quidem laude caruit. iustum iudicium explesse Musonius videbatur, diversa fama Demetrio Cynicam sectam professo, quod manifestum reum ambitiosius quam honestius defendisset: ipsi Publio neque animus in periculis neque oratio suppeditavit. signo ultionis in accusatores dato, petit a Caesare Iunius Mauricus ut commentariorum principalium potestatem senatui faceret, per quos nosceret quem quisque accusandum poposcisset. consulendum tali super re principem respondit.

[41] Senatus inchoantibus primoribus ius iurandum concepit quo certatim omnes magistratus, ceteri, ut sententiam rogabantur, deos testis advocabant, nihil ope sua factum quo cuiusquam salus laederetur, neque se praemium aut honorem ex calamitate civium cepisse, trepidis et verba iuris iurandi per varias artis mutantibus, quis flagitii conscientia inerat. probabant religionem patres, periurium arguebant; eaque velut censura in Sariolenum Voculam et Nonium Attianum et Cestium Severum acerrime incubuit, crebris apud Neronem delationibus famosos. Sariolenum et recens crimen urgebat, quod apud Vitellium molitus eadem foret: nec destitit senatus manus intentare Voculae, donec curia excederet. ad Paccium Africanum transgressi eum quoque proturbant, tamquam Neroni Scribonios fratres concordia opibusque insignis ad exitium monstravisset. Africanus neque fateri audebat neque abnuere poterat: in Vibium Crispum, cuius interrogationibus fatigabatur, ultro conversus, miscendo quae defendere nequibat, societate culpae invidiam declinavit.

[42] Magnam eo die pietatis eloquentiaeque famam Vipstanus Messala adeptus est, nondum senatoria aetate, ausus pro fratre Aquilio Regulo deprecari. Regulum subversa Crassorum et Orfiti domus in summum odium extulerat: sponte [ex sc] accusationem subisse iuvenis admodum, nec depellendi periculi sed in spem potentiae videbatur; et Sulpicia Praetextata Crassi uxor quattuorque liberi, si cognosceret senatus, ultores aderant. igitur Messala non causam neque reum tueri, sed periculis fratris semet opponens flexerat quosdam. occurrit truci oratione Curtius Montanus, eo usque progressus ut post caedem Galbae datam interfectori Pisonis pecuniam a Regulo adpetitumque morsu Pisonis caput obiectaret. 'hoc certe' inquit 'Nero non coegit, nec dignitatem aut salutem illa saevitia redemisti. sane toleremus istorum defensiones qui perdere alios quam periclitari ipsi maluerunt: te securum reliquerat exul pater et divisa inter creditores bona, nondum honorum capax aetas, nihil quod ex te concupisceret Nero, nihil quod timeret. libidine sanguinis et hiatu praemiorum ignotum adhuc ingenium et nullis defensionibus expertum caede nobili imbuisti, cum ex funere rei publicae raptis consularibus spoliis, septuagiens sestertio saginatus et sacerdotio fulgens innocuos pueros, inlustris senes, conspicuas feminas eadem ruina prosterneret, cum segnitiam Neronis incusares, quod per singulas domos seque et delatores fatigaret: posse universum senatum una voce subverti. retinete, patres conscripti, et reservate hominem tam expediti consilii ut omnis aetas instructa sit, et quo modo senes nostri Marcellum, Crispum, iuvenes Regulum imitentur. invenit aemulos etiam infelix nequitia: quid si floreat vigeatque? et quem adhuc quaestorium offendere non audemus, praetorium et consularem ausuri sumus? an Neronem

extremum dominorum putatis? idem crediderant qui Tiberio, qui Gaio superstites fuerunt, cum interim instabilior et saevior exortus est. non timemus Vespasianum; ea principis aetas, ea moderatio: sed diutius durant exempla quam mores. elanguimus, patres conscripti, nec iam ille senatus sumus qui occiso Nerone delatores et ministros more maiorum puniendos flagitabat. optimus est post malum principem dies primus.'

[43] Tanto cum adsensu senatus auditus est Montanus ut spem caperet Helvidius posse etiam Marcellum prosterni. igitur a laude Cluvii Rufi orsus, qui perinde dives et eloquentia clarus nulli umquam sub Nerone periculum facessisset, crimine simul exemploque Eprium urgebat, ardentibus patrum animis. quod ubi sensit Marcellus, velut excedens curia 'imus' inquit, 'Prisce, et relinquimus tibi senatum tuum: regna praesente Caesare.' sequebatur Vibius Crispus, ambo infensi, vultu diverso, Marcellus minacibus oculis, Crispus renidens, donec adcursum amicorum retraherentur. cum glisceret certamen, hinc multi bonique, inde pauci et validi pertinacibus odiis tenderent, consumptus per discordiam dies.

[44] Proximo senatu, inchoante Caesare de abolendo dolore iraque et priorum temporum necessitatibus, censuit Mucianus pro accusatoribus; simul eos qui coeptam, deinde omissam actionem repeterent, monuit sermone molli et tamquam rogaret. patres coeptatam libertatem, postquam obviam itum, omisere. Mucianus, ne sperni senatus iudicium et cunctis sub Nerone admissis data impunitas videretur, Octavium Sagittam et Antistium Sosianum senatorii ordinis egressos exilium in easdem insulas redegit. Octavius Pontiam Postuminam, stupro cognitam et nuptias suas abnuentem, impotens amoris interfecerat, Sosianus pravitate morum multis exitiosus. ambo gravi senatus consulto damnati pulsique, quamvis concessio aliis reditu, in eadem poena retenti sunt. nec ideo lenita erga Mucianum invidia: quippe Sosianus ac Sagitta viles, etiam si reverterentur: accusatorum ingenia et opes et exercita malis artibus potentia timebantur.

[45] Reconciliavit paulisper studia patrum habita in senatu cognitio secundum veterem morem. Manlius Patruitus senator pulsatum se in colonia Seniensi coetu multitudinis et iussu magistratuum querebatur; nec finem iniuriae hic stetisse: planctum et lamenta et supremorum imaginem praesenti sibi circumdata cum contumeliis ac probris, quae in senatum universum iacerentur. vocati qui arguebantur, et cognita causa in convictos vindicatum, additumque senatus consultum quo Seniensium plebes modestiae admoneretur. isdem diebus Antonius Flamma <accusantibus> Cyrenensibus damnatur lege repetundarum et exilio ob saevitiam.

[46] Inter quae militaris seditio prope exarsit. praetorianam militiam repetebant a Vitellio dimissi, pro Vespasiano congregati; et lectus in eandem spem e legionibus miles promissa stipendia flagitabat. ne Vitelliani quidem sine multa caede pelli poterant: sed immensa pecunia tanta vis hominum retinenda erat. ingressus castra Mucianus, quo rectius stipendia singulorum spectaret, suis cum insignibus armisque victores constituit, modicis inter se spatiis discretos. tum Vitelliani, quos apud Bovillas in deditionem acceptos memoravimus, ceterique per urbem et urbi vicina conquisiti producuntur prope intecto corpore. eos Mucianus diduci et Germanicum Britannicumque militem, ac si qui aliorum exercituum, separatim adsistere iubet. illos primus statim aspectus obstupescerant, cum ex diverso velut aciem telis et armis trucem, semet clausos nudosque et inlucie deformis aspicerent: ut vero huc illuc distrahi coepere, metus per omnis et praecipua Germanici militis formido, tamquam ea separatione ad caedem destinaretur. prensare commanipularium pectora, cervicibus innecti, suprema oscula petere, ne desererentur soli neu pari causa disparem fortunam paterentur; modo Mucianum, modo absentem principem, postremum caelum ac deos obtestari, donec Mucianus cunctos eiusdem sacramenti, eiusdem imperatoris milites appellans, falso timori obviam iret; namque et victor exercitus clamore lacrimas eorum iuvabat. isque finis illa die. paucis post diebus adloquentem Domitianum firmati iam excepere: spernunt oblatos agros, militiam et

stipendia orant. preces erant, sed quibus contra dici non posset; igitur in praetorium accepti. dein quibus aetas et iusta stipendia, dimissi cum honore, alii ob culpam, sed carptim ac singuli, quo tutissimo remedio consensus multitudinis extenuatur.

[47] Ceterum verane pauperie an uti videretur, actum in senatu ut sescentiens sestertium a privatis mutuam acciperetur, praepositusque ei curae Pompeius Silvanus. nec multo post necessitas abiit sive ommissa simulatio. abrogati inde legem ferente Domitiano consulatus quos Vitellius dederat, funusque censorium Flavio Sabino ductum, magna documenta instabilis fortunae summaeque et ima miscentis.

[48] Sub idem tempus L. Piso pro consule interficitur. ea de caede quam verissime expediam, si pauca supra repetiero ab initio causisque talium facinorum non absurda. legio in Africa auxiliisque tutandis imperii finibus sub divo Augusto Tiberioque principibus proconsuli parebant. mox G. Caesar, turbidus animi ac Marcum Silanum obtinentem Africam metuens, ablatam proconsuli legionem misso in eam rem legato tradidit. aequatus inter duos beneficiorum numerus, et mixtis utriusque mandatis discordia quaesita auctaque pravo certamine. legatorum ius adolevit diuturnitate officii, vel quia minoribus maior aemulandi cura, proconsulum splendidissimus quisque securitati magis quam potentiae consulebant.

[49] Sed tum legionem in Africa regebat Valerius Festus, sumptuosae adulescentiae neque modica cupiens et adfinitate Vitellii anxius. is crebris sermonibus temptaveritne Pisonem ad res novas an temptanti restiterit, incertum, quoniam secreto eorum nemo adfuit, et occiso Pisone plerique ad gratiam interfectoris inclinavere. nec ambigitur provinciam et militem alienato erga Vespasianum animo fuisse; et quidam e Vitellianis urbe profugi ostentabant Pisoni nutantis Gallias, paratam Germaniam, pericula ipsius et in pace suspecto tutius bellum. inter quae Claudius Sagitta, praefectus alae Petrianae, prospera navigatione praevenit Papirium centurionem a Muciano missum, adseveravitque mandata interficiendi Pisonis centurioni data: cecidisse Galerianum consobrinum eius generumque; unam in audacia spem salutis, sed duo itinera audendi, seu mallet statim arma, seu petita navibus Gallia ducem se Vitellianis exercitibus ostenderet. nihil ad ea moto Pisone, centurio a Muciano missus, ut portum Carthagini attigit, magna voce laeta Pisoni omnia tamquam principi continuare, obvios et subitae rei miraculo attonitos ut eadem adstreperent hortari. vulgus credulum ruere in forum, praesentiam Pisonis exposcere; gaudio clamoribusque cuncta miscebant, indiligentia veri et adulandi libidine. Piso indicio Sagittae vel insita modestia non in publicum egressus est neque se studiis vulgi permisit: centurionemque percontatus, postquam quaesitum sibi crimen caedemque comperit, animadverti in eum iussit, haud perinde spe vitae quam ira in percussorem, quod idem ex interfectoribus Clodii Macri cruentas legati sanguine manus ad caedem proconsulis rettulisset. anxio deinde edicto Carthaginiensibus increpitis, ne solita quidem munia usurpabat, clausus intra domum, ne qua motus novi causa vel forte oreretur.

[50] Sed ubi Festo consternatio vulgi, centurionis supplicium veraeque et falsa more famae in maius innotuere, equites in necem Pisonis mittit. illi raptim vecti obscuro adhuc coepta lucis domum proconsulis inrumpunt dextris gladiis, et magna pars Pisonis ignari, quod Poenos auxiliaris Maurosque in eam caedem delegerat. haud procul cubiculo obvium forte servum quisnam et ubi esset Piso interrogavere. servus egregio mendacio se Pisonem esse respondit ac statim obruncatur. nec multo post Piso interficitur; namque aderat qui nosceret, Baebius Massa e procuratoribus Africae, iam tunc optimo cuique exitiosus et inter causas malorum quae mox tulimus saepius rediturus. Festus Adrumeto, ubi speculabundus substiterat, ad legionem contendit praefectumque castrorum Caetronium Pisanum vinciri iussit proprias ob simultates, sed Pisonis satellitem vocabat militesque et centuriones quosdam puniit, alios praemiis adfecit, neutrum ex merito, sed ut oppressisse bellum crederetur. mox Oeensium Lepcitanorumque discordias componit,

quae raptu frugum et pecorum inter agrestis modicis principiis, iam per arma atque acies exercebantur; nam populus Oeensis multitudine inferior Garamantas exciverat, gentem indomitam et inter accolas latrociniis fecundam. unde artae Lepcitanis res, lateque vastatis agris intra moenia trepidabant, donec interventu cohortium alarumque fusi Garamantes et recepta omnis praeda, nisi quam vagi per inaccessa mapalium ulterioribus vendiderant.

[51] At Vespasiano post Cremonensem pugnam et prosperos undique nuntios cecidisse Vitellium multi cuiusque ordinis, pari audacia fortunaque hibernum mare adgressi, nuntiavere. aderant legati regis Vologaesi quadraginta milia Parthorum equitum offerentes. magnificum laetumque tantis sociorum auxiliis ambiri neque indigere: gratiae Vologaeso actae mandatque ut legatos ad senatum mitteret et pacem esse sciret. Vespasianus in Italiam resque urbis intentus adversam de Domitiano famam accipit, tamquam terminos aetatis et concessa filio egrederetur: igitur validissimam exercitus partem Tito tradit ad reliqua Iudaici belli perpetranda.

[52] Titum, antequam digrederetur, multo apud patrem sermone orasse ferunt ne criminantium nuntiis temere accenderetur integrumque se ac placabilem filio praestaret. non legiones, non classis proinde firma imperii munimenta quam numerum liberorum; nam amicos tempore, fortuna, cupidinibus aliquando aut erroribus imminui, transferri, desinere: suum cuique sanguinem indiscretum, sed maxime principibus, quorum prosperis et alii fruuntur, adversa ad iunctissimos pertineant. ne fratribus quidem mansuram concordiam, ni parens exemplum praebisset. Vespasianus haud aeque Domitiano mitigatus quam Titi pietate gaudens, bono esse animo iubet belloque et armis rem publicam attollere: sibi pacem domumque curae fore. tum celerrimas navium frumento onustas saevo adhuc mari committit: quippe tanto discrimine urbs nutabat ut decem haud amplius dierum frumentum in horreis fuerit, cum a Vespasiano commeatus subvenere.

[53] Curam restituendi Capitolii in Lucium Vestinum confert, equestris ordinis virum, sed auctoritate famaue inter proceres. ab eo contracti haruspices monuere ut reliquiae prioris delubri in paludes aveherentur, templum isdem vestigiis sisteretur: nolle deos mutari veterem formam. XI kalendas Iulias serena luce spatium omne quod templo dicabatur evinctum vittis coronisque; ingressi milites, quis fausta nomina, felicibus ramis; dein virgines Vestales cum pueris puellisque patrimis matrimisque aqua e fontibus amnibusque hausta perluere. tum Helvidius Priscus praetor, praeunte Plautio Aeliano pontifice, lustrata suovetaurilibus area et super caespitem redditis extis, Iovem, Iunonem, Minervam praesidesque imperii deos precatus uti coepta prosperarent sedisque suas pietate hominum inchoatas divina ope attollerent, vittas, quis ligatus lapis innexique funes erant, contigit; simul ceteri magistratus et sacerdotes et senatus et eques et magna pars populi, studio laetitiaque conixi, saxum ingens traxere. passimque iniectae fundamentis argenti aurique stipes et metallorum primitiae, nullis fornacibus victae, sed ut gignuntur: praedixere haruspices ne temeraretur opus saxo aurove in aliud destinato. altitudo aedibus adiecta: id solum religio adnuere et prioris templi magnificentiae defuisse credebatur.

[54] Audita interim per Gallias Germaniasque mors Vitellii duplicaverat bellum. nam Civilis omissa dissimulatione in populum Romanum ruere, Vitellianae legiones vel externum servitium quam imperatorem Vespasianum malle. Galli sustulerant animos, eandem ubique exercituum nostrorum fortunam rati, vulgato rumore a Sarmatis Dacisque Moesica ac Pannonica hiberna circumsederi; paria de Britannia fingeantur. sed nihil aeque quam incendium Capitolii, ut finem imperio adesse crederent, impulerat. captam olim a Gallis urbem, sed integra Iovis sede mansisse imperium: fatali nunc igne signum caelestis irae datum et possessionem rerum humanarum Transalpinis gentibus portendi superstitione vana Druidae canebant. incesseratque fama primores Galliarum ab Othone adversus Vitellium missos, antequam digrederentur, pepigisse ne deessent libertati, si populum Romanum continua civilium bellorum series et interna mala fregissent.

[55] Ante Flacci Hordeonii caedem nihil prorupit quo coniuratio intellegeretur: interfecto Hordeonio commeavere nuntii inter Civilem Classicumque praefectum alae Trevirorum. Classicus nobilitate opibusque ante alios: regium illi genus et pace belloque clara origo, ipse e maioribus suis hostis populi Romani quam socios iactabat. miscuere sese Iulius Tutor et Iulius Sabinus, hic Trevir, hic Lingonus, Tutor ripae Rheni a Vitellio praefectus; Sabinum super insitam vanitatem falsae stirpis gloria incendebat: proaviam suam divo Iulio per Gallias bellanti corpore atque adulterio placuisse. hi secretis sermonibus animos ceterorum scrutari, ubi quos idoneos rebantur conscientia obstrinxere, in colonia Agrippinensi in domum privatam conveniunt; nam publice civitas talibus inceptis abhorrebat; ac tamen interfuere quidam Vbiorum Tungrorumque. sed plurima vis penes Treviros ac Lingonas, nec tulere moras consultandi. certatim proclamant furere discordiis populum Romanum, caesas legiones, vastatam Italiam, capi cum maxime urbem, omnis exercitus suis quemque bellis distineri: si Alpes praesidiis firmentur, coalita libertate disceptaturas Gallias quem virium suarum terminum velint.

[56] Haec dicta pariter probataque: de reliquiis Vitelliani exercitus dubitavere. plerique interficiendos censebant, turbidos, infidos, sanguine ducum pollutos: vicit ratio parcendi, ne sublata spe veniae pertinaciam accenderent: adliciendos potius in societatem. legatis tantum legionum interfectis, ceterum vulgus conscientia scelerum et spe impunitatis facile accessurum. ea primi concilii forma missique per Gallias concitatores belli; simulatum ipsis obsequium quo incautiorem Voculam opprimerent. nec defuere qui Voculae nuntiarent, sed vires ad coercendum deerant, infrequentibus infidisque legionibus. inter ambiguos milites et occultos hostis optimum e praesentibus ratus mutua dissimulatione et isdem quibus petebatur grassari, in coloniam Agrippinensem descendit. illuc Claudius Labeo, quem captum et [extra commentum] amendatum in Frisios diximus, corruptis custodibus perfugit; pollicitusque, si praesidium daretur, iturum in Batavos et potioem civitatis partem ad societatem Romanam retracturum, accepta peditum equitumque modica manu nihil apud Batavos ausus quosdam Nerviorum Baetasiorumque in arma traxit, et furtim magis quam bello Canninefatis Marsacosque incursabat.

[57] Vocula Gallorum fraude inlectus ad hostem contendit; nec procul Veteribus aberat, cum Classicus ac Tutor per speciem explorandi praegressi cum ducibus Germanorum pacta firmavere. tumque primum discreti a legionibus proprio vallo castra sua circumdant, obtestante Vocula non adeo turbatam civilibus armis rem Romanam ut Trevis etiam Lingonibusque despectui sit. superesse fidas provincias, victores exercitus, fortunam imperii et ultores deos. sic olim Sacrovirum et Aeduos, nuper Vindicem Galliasque singulis proeliis concidisse. eadem rursus numina, eadem fata ruptores foederum expectarent. melius divo Iulio divoque Augusto notos eorum animos: Galbam et infracta tributa hostilis spiritus induisse. nunc hostis, quia molle servitium; cum spoliati exutique fuerint, amicos fore. haec ferociter locutus, postquam perstare in perfidia Classicum Tutoremque videt, verso itinere Novaesium concedit: Galli duum milium spatio distantibus campis consedere. illuc commeantium centurionum militumque emebantur animi, ut (flagitium incognitum) Romanus exercitus in externa verba iurarent pignusque tanti sceleris nece aut vinculis legatorum daretur. Vocula, quamquam plerique fugam suadebant, audendum ratus vocata contione in hunc modum disseruit:

[58] 'Numquam apud vos verba feci aut pro vobis sollicitior aut pro me securior. nam mihi exitium parari libens audio mortemque in tot malis [hostium] ut finem miseriarum expecto: vestri me pudet miseretque, adversus quos non proelium et acies parantur; id enim fas armorum et ius hostium est: bellum cum populo Romano vestris se manibus gesturum Classicus sperat imperiumque et sacramentum Galliarum ostentat. adeo nos, si fortuna in praesens virtusque deseruit, etiam vetera exempla deficiunt, quotiens Romanae legiones perire praeoptaverint ne loco

pellerentur? socii saepe nostri excindi urbis suas seque cum coniugibus ac liberis cremari pertulerunt, neque aliud pretium exitus quam fides famaue. tolerant cum maxime inopiam obsidiumque apud Vetera legiones nec terrore aut promissis demoveantur: nobis super arma et viros et egregia castrorum munimenta frumentum et commeatus quamvis longo bello pares. pecunia nuper etiam donativo suffecit, quod sive a Vespasiano sive a Vitellio datum interpretari mavultis, ab imperatore certe Romano accepistis. tot bellorum victores, apud Geldubam, apud Vetera, fuso totiens hoste, si pavetis aciem, indignum id quidem, sed est vallum muri que et trahendi artes, donec e proximis provinciis auxilia exercitusque concurrant. sane ego displiceam: sunt alii legati, tribuni, centurio denique aut miles. ne hoc prodigium toto terrarum orbe vulgetur, vobis satellitibus Civilem et Classicum Italiam invasuros. an, si ad moenia urbis Germani Gallique duxerint, arma patriae inferetis? horret animus tanti flagitii imagine. Tutorine Treviro agentur excubiae? signum belli Batavus dabit, et Germanorum catervas supplebitis? quis deinde sceleris exitus, cum Romanae legiones contra derexerint? transfugae e transfugis et proditores e proditoribus inter recens et vetus sacramentum invisi deis errabitis? te, Iuppiter optime maxime, quem per octingentos viginti annos tot triumphis coluimus, te, Quirine Romanae parens urbis, precor venerorque ut, si vobis non fuit cordi me duce haec castra incorrupta et intemerata servari, at certe pollui foedari que a Tutore et Classico ne sinatis, militibus Romanis aut innocentiam detis aut maturam et sine noxa paenitentiam.'

[59] Varie excepta oratio inter spem metumque ac pudorem. digressum Voculam et de supremis agitantem liberti servique prohibere foedissimam mortem sponte praevenire. et Classicus misso Aemilio Longino, desertore primae legionis, caedem eius maturavit; Herennium et Numisium legatos vinciri satis visum. dein sumptis Romani imperii insignibus in castra venit. nec illi, quamquam ad omne facinus durato, verba ultra suppeditavere quam ut sacramentum recitaret: iuravere qui aderant pro imperio Galliarum. interfectorem Voculae altis ordinibus, ceteros, ut quisque flagitium navaverat, praemiis attollit. Divisae inde inter Tutorem et Classicum curae. Tutor valida manu circumdatos Agrippinensis quantumque militum apud superiorem Rheni ripam in eadem verba adigit, occisis Mogontiaci tribunis, pulso castrorum praefecto, qui detractaverant: Classicus corruptissimum quemque e deditis pergere ad obsessos iubet, veniam ostentantis, si praesentia sequerentur: aliter nihil spei, famem ferrumque et extrema passuros. adiecere qui missi erant exemplum suum.

[60] Obsessos hinc fides, inde egestas inter decus ac flagitium distrahebant. cunctantibus solita insolitaque alimenta deerant, absumptis iumentis equisque et ceteris animalibus, quae profana foedaque in usum necessitas vertit. virgulta postremo et stirpis et internatas saxi herbas vellentes miseriarum patientiaeque documentum fuere, donec egregiam laudem fine turpi macularent, missis ad Civilem legatis vitam orantes. neque ante preces admissae quam in verba Galliarum iurarent: tum pactus praedam castrorum dat custodes qui pecuniam calones sarcinas retentarent et qui ipsos levis abeuntis prosequerentur. ad quintum ferme lapidem coorti Germani incautum agmen adgrediuntur. pugnacissimus quisque in vestigio, multi palantes occubere: ceteri retro in castra perfugiunt, querente sane Civile et increpante Germanos tamquam fidem per scelus abrumperent. simulata ea fuerint an retinere saevientis nequiverit, parum adfirmatur. direptis castris faces iniciunt, cunctosque qui proelio superfuerant incendium hausit.

[61] Civilis barbaro voto post coepta adversus Romanos arma propexum rutilatumque crinem patrata demum caede legionum deposuit; et ferebatur parvulo filio quosdam captivorum sagittis iaculisque puerilibus figendos obtulisse. ceterum neque se neque quemquam Batavum in verba Galliarum adegit, fisis Germanorum opibus et, si certandum adversus Gallos de possessione rerum foret, inclutus fama et potior. Munius Lupercus legatus legionis inter dona missus Veledae. ea virgo nationis Bructerae late imperitabat, vetere apud Germanos more, quo plerasque feminarum fatidicas

et augescente superstitione arbitrantur deas. tuncque Veledae auctoritas adolevit; nam prosperas Germanis res et excidium legionum praedixerat. sed Lupercus in itinere interfectus. pauci centurionum tribunorumque in Gallia geniti reservantur pignus societati. cohortium alarum legionum hiberna subversa cremataque, iis tantum relictis quae Mogontiaci ac Vindonissae sita sunt.

[62] Legio sexta decima cum auxiliis simul deditis a Novaesio in coloniam Trevirorum transgredi iubetur, praefinita die intra quam castris excederet. medium omne tempus per varias curas egere, ignavissimus quisque caesorum apud Vetera exemplo paventes, melior pars rubore et infamia: quale illud iter? quis dux viae? et omnia in arbitrio eorum quos vitae necisque dominos fecissent. alii nulla dedecoris cura pecuniam aut carissima sibimet ipsi circumdare, quidam expedire arma telisque tamquam in aciem accingi. haec meditantibus advenit proficiscendi hora expectatione tristior. quippe intra vallum deformitas haud perinde notabilis: detexit ignominiam campus et dies. revulsae imperatorum imagines, inhonora signa, fulgentibus hinc inde Gallorum vexillis; silens agmen et velut longae exequiae; dux Claudius Sanctus effosso oculo dirus ore, ingenio debilior. duplicatur flagitium, postquam desertis Bonnensibus castris altera se legio miscuerat. et vulgata captarum legionum fama cuncti qui paulo ante Romanorum nomen horrebant, procurrentes ex agris tectisque et undique effusi insolito spectaculo nimium fruebantur. non tulit ala Picentina gaudium insultantis vulgi, spretisque Sancti promissis aut minis Mogontiacum abeunt; ac forte obvio interfectore Voculae Longino, coniectis in eum telis initium exolvendae in posterum culpae fecere: legiones nihil mutato itinere ante moenia Trevirorum considunt.

[63] Civilis et Classicus rebus secundis sublatis, an coloniam Agrippinensem diripiendam exercitibus suis permetterent dubitavere. saevitia ingenii et cupidine praedae ad excidium civitatis trahebantur: obstabat ratio belli et novum imperium inchoantibus utilis clementiae fama; Civilem etiam beneficii memoria flexit, quod filium eius primo rerum motu in colonia Agrippinensi deprehensum honorata custodia habuerant. sed Transrhenanis gentibus invisita civitas opulentia auctaque; neque alium finem belli rebantur quam si promisca ea sedes omnibus Germanis foret aut disiecta Vbios quoque dispersisset.

[64] Igitur Tencteri, Rheno discreta gens, missis legatis mandata apud concilium Agrippinensium edi iubent, quae ferocissimus e legatis in hunc modum protulit: 'redisse vos in corpus nomenque Germaniae communibus deis et praecipuo deorum Marti grates agimus, vobisque gratulamur quod tandem liberi inter liberos eritis; nam ad hunc diem flumina ac terram et caelum quodam modo ipsum clauserant Romani ut conloquia congressusque nostros arcerent, vel, quod contumeliosius est viris ad arma natis, inermes ac prope nudi sub custode et pretio coiremus. sed ut amicitia societasque nostra in aeternum rata sint, postulamus a vobis muros coloniae, munimenta servitii, detrahatis (etiam fera animalia, si clausa teneas, virtutis obliviscuntur), Romanos omnis in finibus vestris trucidetis (haud facile libertas et domini miscentur): bona interfectorum in medium cedant, ne quis occulere quicquam aut segregare causam suam possit. liceat nobis vobisque utramque ripam colere, ut olim maioribus nostris: quo modo lucem diemque omnibus hominibus, ita omnis terras fortibus viris natura aperuit. instituta cultumque patrium resumite, abruptis voluptatibus, quibus Romani plus adversus subiectos quam armis valent. sincerus et integer et servitutis oblitus populus aut ex aequo agetis aut aliis imperitabitis.'

[65] Agrippinenses sumpto consultandi spatio, quando neque subire condiciones metus futuri neque palam aspernari condicio praesens sinebat, in hunc modum respondent: 'quae prima libertatis facultas data est, avidius quam cautius sumpsimus, ut vobis ceterisque Germanis, consanguineis nostris, iungeremur. muros civitatis, congregantibus se cum maxime Romanorum exercitibus, augere nobis quam diruere tutius est. si qui ex Italia aut provinciis alienigenae in finibus nostris fuerant, eos bellum absumpsit vel in suas quisque sedis refugerunt. deductis olim et nobiscum per

conubium sociatis quique mox provenerunt haec patria est; nec vos adeo iniquos existimamus ut interfici a nobis parentes fratres liberos nostros velitis. vectigal et onera commerciorum resolvimus: sint transitus incustoditi sed diurni et inermes, donec nova et recentia iura vetustate in consuetudinem vertuntur. arbitrum habebimus Civilem et Veledam, apud quos pacta sancientur.' sic lenitis Tencteris legati ad Civilem ac Veledam missi cum donis cuncta ex voluntate Agrippinensium perpetrare; sed coram adire adloquique Veledam negatum: arcebantur aspectu quo venerationis plus inesset. ipsa edita in turre; delectus e propinquis consulta responsaque ut internuntius numinis portabat.

[66] Civilis societate Agrippinensium auctus proximas civitates adfectare aut adversantibus bellum inferre statuit. occupatisque Sunucis et iuventute eorum per cohortis composita, quo minus ultra pergeret, Claudius Labeo Baetasiorum Tungrorumque et Nerviorum tumultuaria manu restitit, fretus loco, quia pontem Mosae fluminis anteceperat. pugnabaturque in angustiis ambigue donec Germani transnatantes terga Labeonis invasere; simul Civilis, ausus an ex composito, intulit se agmini Tungrorum, et clara voce 'non ideo' inquit 'bellum sumpsimus, ut Batavi et Treviri gentibus imperent: procul haec a nobis adrogantia. accipite societatem: transgredior ad vos, seu me ducem seu militem mavultis.' movebatur vulgus condebantque gladios, cum Campanus ac Iuvenalis e primoribus Tungrorum universam ei gentem dedidere; Labeo antequam circumveniretur profugit. Civilis Baetasios quoque ac Nervios in fidem acceptos copiis suis adiunxit, ingens rerum, percussis civitatum animis vel sponte inclinantibus.

[67] Interea Iulius Sabinus proiectis foederis Romani monumentis Caesarem se salutari iubet magnamque et inconditam popularium turbam in Sequanos rapit, conterminam civitatem et nobis fidam; nec Sequani detractavere certamen. fortuna melioribus adfuit: fusi Lingones. Sabinus festinatum temere proelium pari formidine deseruit; utque famam exitii sui faceret, villam, in quam perfugerat, cremavit, illic voluntaria morte interisse creditus. sed quibus artibus latebrisque vitam per novem mox annos traduxerit, simul amicorum eius constantiam et insigne Epponinae uxoris exemplum suo loco reddemus. Sequanorum prospera acie belli impetus stetit. respiscere paulatim civitates fasque et foedera respicere, principibus Remis, qui per Gallias edixere ut missis legatis in commune consultarent, libertas an pax placeret.

[68] At Romae cuncta in deterius audita Mucianum angebant, ne quamquam egregii duces (iam enim Gallum Annum et Petilium Cerialem delegerat) summam belli parum tolerarent. nec relinquenda urbs sine rectore; et Domitiani indomitae libidines timebantur, suspectis, uti diximus, Primo Antonio Varoque Arrio. Varus praetorianis praepositus vim atque arma retinebat: eum Mucianus pulsum loco, ne sine solacio ageret, annonae praefecit. utque Domitiani animum Varo haud alienum deleniret, Arrecinum Clementem, domui Vespasiani per adfinitatem innexum et gratissimum Domitiano, praetorianis praeposuit, patrem eius sub C. Caesare egregie functum ea cura dictitans, laetum militibus idem nomen, atque ipsum, quamquam senatorii ordinis, ad utraque munia sufficere. adsumuntur e civitate clarissimus quisque et alii per ambitionem. simul Domitianus Mucianusque accingebantur, dispari animo, ille spe ac iuventa properus, hic moras nectens quis flagrantem retineret, ne ferocia aetatis et pravis impulsoribus, si exercitum invasisset, paci belloque male consuleret. legiones victrices, octava, undecima, decima tertia Vitellianarum unaetvicensima, e recens conscriptis secunda Poeninis Cottianisque Alpibus, pars monte Graio traducuntur; quarta decima legio e Britannia, sexta ac prima ex Hispania accitae. Igitur venientis exercitus fama et suopte ingenio ad mitiora inclinantes Galliarum civitates in Remos convenere. Trevirorum legatio illic opperiebatur, acerrimo instinctore belli Iulio Valentino. is meditata oratione cuncta magnis imperiis obiectari solita contumeliasque et invidiam in populum Romanum effudit, turbidus miscendis seditionibus et plerisque gratus vaecordi facundia.

[69] At Iulius Auspex e primoribus Remorum, vim Romanam pacisque bona dissertans et sumi bellum etiam ab ignavis, strenuissimi cuiusque periculo geri, iamque super caput legiones, sapientissimum quemque reverentia fideque, iuniores periculo ac metu continuit: et Valentini animum laudabant, consilium Auspiciis sequebantur. constat obstitisse Trevis Lingonibusque apud Gallias, quod Vindicis motu cum Verginio steterant. deterruit plerosque provinciarum aemulatio: quod bello caput? unde ius auspiciumque peteretur? quam, si cuncta provenissent, sedem imperio legerent? nondum victoria, iam discordia erat, aliis foedera, quibusdam opes virisque aut vetustatem originis per iurgia iactantibus: taedio futurorum praesentia placuere. scribuntur ad Treviros epistulae nomine Galliarum ut abstinerent armis, impetrabili venia et paratis deprecatoribus, si paeniteret: restitit idem Valentinus obstruxitque civitatis suae aures, haud perinde instruendo bello intentus quam frequens contionibus.

[70] Igitur non Treviri neque Lingones ceteraeve rebellium civitates pro magnitudine suscepti discriminis agere; ne duces quidem in unum consulere, sed Civilis avia Belgarum circumibat, dum Claudium Labeonem capere aut exturbare nititur; Classicus segne plerumque otium trahens velut parto imperio fruebatur; ne Tutor quidem maturavit superiorem Germaniae ripam et ardua Alpium praesidiis claudere. atque interim unaetvicensima legio Vindonissa, Sextilius Felix cum auxiliariis cohortibus per Raetiam irupere; accessit ala Singularium excita olim a Vitellio, deinde in partis Vespasiani transgressa. praeerat Iulius Briganticus sorore Civilis genitus, ut ferme acerrima proximorum odia sunt, invisus avunculo infensusque. Tutor Trevirorum copias, recenti Vangionum, Caeracatum, Tribocorum dilectu auctas, veterano pedite atque equite firmavit, corruptis spe aut metu subactis legionariis; qui primo cohortem praemissam a Sextilio Felice interficiunt, mox ubi duces exercitusque Romanus propinquabant, honesto transfugio redire, secutis Tribocis Vangionibusque et Caeracatibus. Tutor Trevis comitantibus, vitato Mogontiaci, Bingium concessit, fidens loco, quia pontem Navae fluminis abruperat, sed incursu cohortium, quas Sextilius ducebat, et reperto vado proditus fususque. ea clade percussi Treviri, et plebes omissis armis per agros palatur: quidam principum, ut primi posuisse bellum viderentur, in civitates quae societatem Romanam non exuerant, perfugere. legiones a Novaesio Bonnaque in Treviros, ut supra memoravimus, traductae se ipsae in verba Vespasiani adigunt. haec Valentino absente gesta; qui ubi adventabat furens cunctaque rursus in turbas et exitium conversurus, legiones in Mediomatricos, sociam civitatem, abscessere: Valentinus ac Tutor in arma Treviros retrahunt, occisis Herennio ac Numisio legatis quo minore spe veniae cresceret vinculum sceleris.

[71] Hic belli status erat cum Petilius Cerialis Mogontiacum venit. eius adventu erectae spes; ipse pugnae avidus et contemnendis quam cavendis hostibus melior, ferocia verborum militem incendebat, ubi primum congregari licuisset, nullam proelio moram facturum. dilectus per Galliam habitos in civitates remittit ac nuntiare iubet sufficere imperio legiones: socii ad munia pacis redirent securi velut confecto bello quod Romanae manus exceperant. auxit ea res Gallorum obsequium: nam recepta iuventute facilius tributa tolerare, proniores ad officia quod spernebantur. at Civilis et Classicus ubi pulsum Tutorem, caesos Treviros, cuncta hostibus prospera accepere, trepidi ac properantes, dum dispersas suorum copias conducunt, crebris interim nuntiis Valentinum monere ne summae rei periculum faceret. eo rapidius Cerialis, missis in Mediomatricos qui breviori itinere legiones in hostem verterent, contracto quod erat militum Mogontiaci quantumque secum transvexerat, tertiis castris Rigodulum venit, quem locum magna Trevirorum manu Valentinus insederat, montibus aut Mosella amne saeptum; et addiderat fossas obicesque saxorum. nec deterruere ea munimenta Romanum ducem quo minus peditem perrumpere iuberet, equitum aciem in collem erigeret, spreto hoste, quem temere collectum haud ita loco iuvari ut non plus suis in virtute foret. paulum morae in adscensu, dum missilia hostium praevehuntur: ut ventum in manus, deturbati ruinae modo praecipitantur. et pars equitum aequioribus iugis circumvecta nobilissimos Belgarum, in quis ducem Valentinum, cepit.

[72] Cerialis postero die coloniam Trevirorum ingressus est, avido milite eruendae civitatis. hanc esse Classici, hanc Tutoris patriam; horum scelere clausas caesasque legiones. quid tantum Cremonam meruisse? quam e gremio Italiae raptam quia unius noctis moram victoribus attulerit. stare in confinio Germaniae integram sedem spoliis exercituum et ducum caedibus ovantem. redigeretur praeda in fiscum: ipsis sufficere ignis et rebellis coloniae ruinas, quibus tot castrorum excidia pensarentur. Cerialis metu infamiae, si licentia saevitiaque imbuere militem crederetur, pressit iras: et parvum, posito civium bello ad externa modestiores. convertit inde animos accitarum e Mediomatricis legionum miserabilis aspectus. stabant conscientia flagitii maestae, fixis in terram oculis: nulla inter coeuntis exercitus consalutatio; neque solantibus hortantibusve responsa dabant, abditi per tentoria et lucem ipsam vitantes. nec proinde periculum aut metus quam pudor ac dedecus obstupefecerat, attonitis etiam victoribus, qui vocem precesque adhibere non ausi lacrimis ac silentio veniam poscebant, donec Cerialis mulceret animos, fato acta dictitans quae militum ducumque discordia vel fraude hostium evenissent. primum illum stipendiorum et sacramenti diem haberent: priorum facinorum neque imperatorem neque se meminisse. tunc recepti in eadem castra, et edictum per manipulos ne quis in certamine iurgiove seditionem aut cladem commilitoni obiectaret.

[73] Mox Treviros ac Lingonas ad contionem vocatos ita adloquitur: 'neque ego umquam facundiam exercui, et populi Romani virtutem armis adfirmavi: sed quoniam apud vos verba plurimum valent bonaque ac mala non sua natura, sed vocibus seditiosorum aestimantur, statui pauca disserere quae profligato bello utilius sit vobis audisse quam nobis dixisse. terram vestram ceterorumque Gallorum ingressi sunt duces imperatoresque Romani nulla cupidine, sed maioribus vestris invocantibus, quos discordiae usque ad exitium fatigabant, et acciti auxilio Germani sociis pariter atque hostibus servitutem imposuerant. quot proeliis adversus Cimbrum Teutonisque, quantis exercituum nostrorum laboribus quoque eventu Germanica bella tractaverimus, satis clarum. nec ideo Rhenum insedimus ut Italiam tueremur, sed ne quis alius Ariovistus regno Galliarum potiretur. an vos cariores Civili Batavisque et transrhenanis gentibus creditis quam maioribus eorum patres avique vestri fuerunt? eadem semper causa Germanis transcendendi in Gallias, libido atque avaritia et mutandae sedis amor, ut relictis paludibus et solitudinibus suis fecundissimum hoc solum vosque ipsos possiderent: ceterum libertas et speciosa nomina praetexuntur; nec quisquam alienum servitium et dominationem sibi concupivit ut non eadem ista vocabula usurparet.'

[74] 'Regna bellaque per Gallias semper fuere donec in nostrum ius concederetur. nos, quamquam totiens lacessiti, iure victoriae id solum vobis addidimus, quo pacem tueremur; nam neque quies gentium sine armis neque arma sine stipendiis neque stipendia sine tributis haberi queunt: cetera in communi sita sunt. ipsi plerumque legionibus nostris praesidetis, ipsi has aliasque provincias regitis; nihil separatum clausumve. et laudatorum principum usus ex aequo quamvis procul agentibus: saevi proximis ingruunt. quo modo sterilitatem aut nimios imbris et cetera naturae mala, ita luxum vel avaritiam dominantium tolerate. vitia erunt, donec homines, sed neque haec continua et meliorum interventu pensantur: nisi forte Tutore et Classico regnantibus moderatius imperium speratis, aut minoribus quam nunc tributis parabuntur exercitus quibus Germani Britannique arceantur. nam pulsus, quod di prohibeant, Romanis quid aliud quam bella omnium inter se gentium existent? octingentorum annorum fortuna disciplinaque compages haec coaluit, quae convelli sine exitio convellentium non potest: sed vobis maximum discrimen, penes quos aurum et opes, praecipuae bellorum causae. proinde pacem et urbem, quam victi victoresque eodem iure obtinemus, amate colite: moneant vos utriusque fortunae documenta ne contumaciam cum pernicie quam obsequium cum securitate malitis.' tali oratione graviora metuentis composuit erexitque.

[75] Tenebantur victore exercitu Treviri, cum Civilis et Classicus misere ad Cerialem

epistulas, quarum haec sententia fuit: Vespasianum, quamquam nuntios occultarent, excessisse vita, urbem atque Italiam interno bello consumptam, Muciani ac Domitiani vana et sine viribus nomina: si Cerialis imperium Galliarum velit, ipsos finibus civitatum suarum contentos; si proelium mallet, ne id quidem abnuere. ad ea Cerialis Civili et Classico nihil: eum qui attulerat <et> ipsas epistulas ad Domitianum misit. Hostes divisis copiis advenere undique. plerique culpabant Cerialem passum iungi quos discretos interciperi licuisset. Romanus exercitus castra fossa valloque circumdedit, quis temere antea intutus consederat.

[76] Apud Germanos diversis sententiis certabatur. Civilis opperiendas Transrhenanorum gentis, quarum terrore fractae populi Romani vires obtererentur: Gallos quid aliud quam praedam victoribus? et tamen, quod roboris sit, Belgas secum palam aut voto stare. Tutor cunctatione crescere rem Romanam adfirmabat, coeuntibus undique exercitibus: transvectam e Britannia legionem, accitas ex Hispania, adventare ex Italia; nec subitum militem, sed veterem expertumque belli. nam Germanos, qui ab ipsis sperentur, non iuberi, non regi, sed cuncta ex libidine agere; pecuniamque ac dona, quis solis corrumpantur, maiora apud Romanos, et neminem adeo in arma pronum ut non idem pretium quietis quam periculi malit. quod si statim congregiantur, nullas esse Ceriali nisi e reliquiis Germanici exercitus legiones, foederibus Galliarum obstrictas. idque ipsum quod inconditam nuper Valentini manum contra spem suam fuderint, alimentum illis ducique temeritatis: ausuros rursus venturosque in manus non imperiti adolescentuli, verba et contiones quam ferrum et arma meditantis, sed Civilis et Classici; quos ubi aspexerint, redituram in animos formidinem, fugam famemque ac totiens captis precariam vitam. neque Treviros aut Lingonas benevolentia contineri: resumpturos arma, ubi metus abscesserit. diremit consiliorum diversitatem adprobata Tutoris sententia Classicus, statimque exequuntur.

[77] Media acies Vbiis Lingonibusque data; dextro cornu cohortes Batavorum, sinistro Bructeri Tencterique. pars montibus, alii viam inter Mosellamque flumen tam improvisi adsilvere ut in cubiculo ac lectulo Cerialis (neque enim noctem in castris egerat) pugnari simul vincique suos audierit, increpans pavorem nuntiantium, donec universa clades in oculis fuit: perrupta legionum castra, fusi equites, medius Mosellae pons, qui ulteriora coloniae adnectit, ab hostibus insessus. Cerialis turbidis rebus intrepidus et fugientis manu retrahens, intecto corpore promptus inter tela, felici temeritate et fortissimi cuiusque adkursu recipere pontem electa manu firmavit. mox in castra reversus palantis captarum apud Novaesium Bonnamque legionum manipulos et rarum apud signa militem ac prope circumventas aquilas videt. incensus ira 'non Flaccum' inquit, 'non Voculam deseritis: nulla hic proditio; neque aliud excusandum habeo quam quod vos Gallici foederis oblitos redisse in memoriam Romani sacramenti temere credidi. adnumerabor Numisiis et Herenniis, ut omnes legati vestri aut militum manibus aut hostium ceciderint. ite, nuntiate Vespasiano vel, quod propius est, Civili et Classico, relictum a vobis in acie ducem: venient legiones quae neque me inultum neque vos impunitos patiantur.'

[78] Vera erant, et a tribunis praefectisque eadem ingerebantur. consistunt per cohortis et manipulos; neque enim poterat patescere acies effuso hoste et impediens tentoriis sarcinisque, cum intra vallum pugnaretur. Tutor et Classicus et Civilis suis quisque locis pugnam ciebant, Gallos pro libertate, Batavos pro gloria, Germanos ad praedam instigantes. et cuncta pro hostibus erant, donec legio unaetvicensima patientiore quam ceterae spatio conglobata sustinuit ruentis, mox impulit. nec sine ope divina mutatis repente animis terga victores vertere. ipsi territos se cohortium aspectu ferebant, quae primo impetu disiectae summis rursus iugis congregabantur ac speciem novi auxilii fecerant. sed obstitit vincentibus pravum inter ipsos certamen omisso hoste spolia consecrandi. Cerialis ut incuria prope rem adflixit, ita constantia restituit; secutusque fortunam castra hostium eodem die capit excinditque.

[79] Nec in longum quies militi data. orabant auxilium Agrippinenses offerebantque uxorem ac sororem Civilis et filiam Classici, relicta sibi pignora societatis. atque interim dispersos in domibus Germanos trucidaverant; unde metus et iustae preces invocantium, antequam hostes reparatis viribus ad spem vel ad ultionem accingerentur. namque et Civilis illuc intenderat, non invalidus, flagrantissima cohortium suarum integra, quae e Chaucis Frisiisque composita Tolbiaci in finibus Agrippinensium agebat: sed tristis nuntius avertit, deletam cohortem dolo Agrippinensium, qui largis epulis vinoque sopitos Germanos, clausis foribus, igne iniecto cremavere; simul Cerialis propero agmine subvenit. circumsteterat Civilem et alius metus, ne quarta decima legio adiuncta Britannica classe adflicaret Batavos, qua Oceano ambiuntur. sed legionem terrestri itinere Fabius Priscus legatus in Nervios Tungrosque duxit, eaeque civitates in deditionem acceptae: classem ultro Canninefates adgressi sunt maiorque pars navium depressa aut capta. et Nerviorum multitudinem, sponte commotam ut pro Romanis bellum capesseret, idem Canninefates fudere. Classicus quoque adversus equites Novaesium a Ceriali praemissos secundum proelium fecit: quae modica sed crebra damna famam victoriae nuper partae lacerabant.

[80] Isdem diebus Mucianus Vitellii filium interfici iubet, mansuram discordiam obtendens, ni semina belli restinxisset. neque Antonium Primum adsciri inter comites a Domitiano passus est, favore militum anxius et superbia viri aequalium quoque, adeo superiorum intolerantis. profectus ad Vespasianum Antonius ut non pro spe sua excipitur, ita neque averso imperatoris animo. trahebatur in diversa, hinc meritis Antonii, cuius ductu confectum haud dubie bellum erat, inde Muciani epistulis: simul ceteri ut infestum tumidumque insectabantur, adiunctis prioris vitae criminibus. neque ipse deerat adrogantia vocare offensas, nimius commemorandis quae meruisset: alios ut imbellis, Caecinam ut captivum ac dediticium increpat. unde paulatim levior viliorque haberi, manente tamen in speciem amicitia.

[81] Per eos mensis quibus Vespasianus Alexandriae stans aestivis flatibus dies et certa maris opperiebatur, multa miracula evenere, quis caelestis favor et quaedam in Vespasianum inclinatio numinum ostenderetur. e plebe Alexandrina quidam oculorum tabe notus genua eius advolvitur, remedium caecitatis exposcens gemitu, monitu Serapidis dei, quem dedita superstitionibus gens ante alios colit; precabaturque principem ut genas et oculorum orbis dignaretur respergere oris excremento. alius manum aeger eodem deo auctore ut pede ac vestigio Caesaris calcaretur orabat. Vespasianus primo inridere, aspernari; atque illis instantibus modo famam vanitatis metuere, modo obsecratione ipsorum et vocibus adulantium in spem induci: postremo aestimari a medicis iubet an talis caecitas ac debilitas ope humana superabiles forent. medici varie disserere: huic non exesam vim luminis et redituram si pellerentur obstantia; illi elapsos in pravum artus, si salubris vis adhibeatur, posse integrari. id fortasse cordi deis et divino ministerio principem electum; denique patrati remedii gloriam penes Caesarem, inriti ludibrium penes miseros fore. igitur Vespasianus cuncta fortunae suae patere ratus nec quicquam ultra incredibile, laeto ipse vultu, erecta quae adstabat multitudine, iussa exequitur. statim conversa ad usum manus, ac caeco reluxit dies. utrumque qui interfuere nunc quoque memorant, postquam nullum mendacio pretium.

[82] Altior inde Vespasiano cupido adeundi sacrum sedem ut super rebus imperii consuleret: arceri templo cunctos iubet. atque ingressus intentusque numini respexit pone tergum e primoribus Aegyptiorum nomine Basiliden, quem procul Alexandria plurium dierum itinere et aegro corpore detineri haud ignorabat. percontatur sacerdotes num illo die Basilides templum inisset, percontatur obvios num in urbe visus sit; denique missis equitibus explorat illo temporis momento octoginta milibus passuum afuisse: tunc divinam speciem et vim responsi ex nomine Basilidis interpretatus est.

[83] Origo dei nondum nostris auctoribus celebrata: Aegyptiorum antistites sic memorant,

Ptolemaeo regi, qui Macedonum primus Aegypti opes firmavit, cum Alexandriae recens conditae moenia templaque et religiones adderet, oblatum per quietem decore eximio et maiore quam humana specie iuvenem, qui moneret ut fidissimis amicorum in Pontum missis effigiem suam acciret; laetum id regno magnamque et inclutam sedem fore quae excepisset: simul visum eundem iuvenem in caelum igne plurimo attolli. Ptolemaeus omine et miraculo excitus sacerdotibus Aegyptiorum, quibus mos talia intellegere, nocturnos visus aperit. atque illis Ponti et externorum parum gnaris, Timotheum Atheniensem e gente Eumolpidarum, quem ut antistitem caerimoniarum Eleusine exciverat, quatenus illa superstitio, quod numen, interrogat. Timotheus quaesitis qui in Pontum meassent, cognoscit urbem illic Sinopen, nec procul templum vetere inter accolae fama Iovis Ditis: namque et muliebrem effigiem adsistere quam plerique Proserpinam vocent. sed Ptolemaeus, ut sunt ingenia regum, pronus ad formidinem, ubi securitas rediit, voluptatum quam religionum adpetens neglegere paulatim aliasque ad curas animum vertere, donec eadem species terribilior iam et instantior exitium ipsi regnoque denuntiaret nisi iussa patrentur. tum legatos et dona Scydrothemidi regi (is tunc Sinopensibus imperitabat) expediri iubet praecepitque navigaturis ut Pythicum Apollinem adeant. illis mare secundum, sors oraculi haud ambigua: irent simulacrumque patris sui reveherent, sororis relinquerent.

[84] Vt Sinopen venere, munera preces mandata regis sui Scydrothemidi adlegant. qui <di>versus animi modo numen pavescere, modo minis adversantis populi terreri; saepe donis promissisque legatorum flectebatur. atque interim triennio exacto Ptolemaeus non studium, non preces omittit: dignitatem legatorum, numerum navium, auri pondus augebat. tum minax facies Scydrothemidi offertur ne destinata deo ultra moraretur: cunctantem varia pernicies morbi et manifesta caelestium ira graviorque in dies fatigabat. advocata contione iussa numinis, suos Ptolemaei visus, ingruentia mala exponit: vulgus aversari regem, invidere Aegypto, sibi metuere templumque circumsedere. maior hinc fama tradidit deum ipsum adpulsas litori navis sponte conscendisse: mirum inde dictu, tertio die tantum maris emensi Alexandriam adpelluntur. templum pro magnitudine urbis extractum loco cui nomen Rhacotis; fuerat illic sacellum Serapidi atque Isidi antiquitus sacratum. haec de origine et advectu dei celeberrima. nec sum ignarus esse quosdam qui Seleucia urbe Syriae accitum regnante Ptolemaeo, quem tertia aetas tulit; alii auctorem eundem Ptolemaeum, sedem, ex qua transierit, Memphim perhibent, inclutam olim et veteris Aegypti columnam. deum ipsum multi Aesculapium, quod medeatur aegris corporibus, quidam Osirin, antiquissimum illis gentibus numen, plerique Iovem ut rerum omnium potentem, plurimi Ditem patrem insignibus, quae in ipso manifesta, aut per ambages coniectant.

[85] At Domitianus Mucianusque antequam Alpibus propinquarent, prosperos rerum in Treviris gestarum nuntios accepere. praecipua victoriae fides dux hostium Valentinus nequaquam abiecto animo, quos spiritus gessisset, vultu ferebat. auditus ideo tantum ut nosceretur ingenium eius, damnatusque inter ipsum supplicium exprobranti cuidam patriam eius captam accipere se solacium mortis respondit. sed Mucianus quod diu occultaverat, ut recens exprompsit: quoniam benignitate deum fractae hostium vires forent, parum decore Domitianum confecto prope bello alienae gloriae interventurum. si status imperii aut salus Galliarum in discrimine verteretur, debuisse Caesarem in acie stare, Canninefatis Batavosque minoribus ducibus delegandos: ipse Luguduni vim fortunamque principatus e proximo ostentaret, nec parvis periculis immixtus et maioribus non defuturus par.

[86] Intellegebantur artes, sed pars obsequii in eo ne deprehenderentur: ita Lugudunum ventum. unde creditur Domitianus occultis ad Cerialem nuntiis fidem eius temptavisse an praesenti sibi exercitum imperiumque traditurus foret. qua cogitatione bellum adversus patrem agitaverit an opes virisque adversus fratrem, in incerto fuit: nam Cerialis salubri temperamento elusit ut vana pueriliter cupientem. Domitianus sperni a senioribus iuventam suam cernens modica quoque et

usurpata antea munia imperii omittebat, simplicitatis ac modestiae imagine in altitudinem conditus studiumque litterarum et amorem carminum simulans, quo velaret animum et fratris <se> aemulationi subduceret, cuius disparem mitioremque naturam contra interpretabatur.

LIBER QVINTVS

[1] Eiusdem anni principio Caesar Titus, perdomandae Iudaeae delectus a patre et privatis utriusque rebus militia clarus, maiore tum vi famaue agebat, certantibus provinciarum et exercituum studiis. Atque ipse, ut super fortunam crederetur, decorum se promptumque in armis ostendebat, comitate et adloquiis officia provocans ac plerumque in opere, in agmine gregario militi mixtus, incorrupto ducis honore. Tres eum in Iudaea legiones, quinta et decima et quinta decima, vetus Vespasiani miles, excepere. Addidit e Syria duodecimam et adductos Alexandria duoetvicensimanos tertianosque; comitabantur viginti sociae cohortes, octo equitum alae, simul Agrippa Sohaemusque reges et auxilia regis Antiochi validaque et solito inter accolas odio infensa Iudaeis Arabum manus, multi quos urbe atque Italia sua quemque spes acciverat occupandi principem adhuc vacuum. His cum copiis finis hostium ingressus composito agmine, cuncta explorans paratusque decernere, haud procul Hierosolymis castra facit.

[2] Sed quoniam famosae urbis supremum diem tradituri sumus, congruens videtur primordia eius aperire. Iudaeos Creta insula profugos novissima Libyae insedis memorant, qua tempestate Saturnus vi Iovis pulsus cesserit regnis. Argumentum e nomine petitur: inclutum in Creta Idam montem, accolas Idaeos aucto in barbarum cognomento Iudaeos vocitari. Quidam regnante Iside exundantem per Aegyptum multitudinem ducibus Hierosolymo ac Iuda proximas in terras exoneratam; plerique Aethiopum prolem, quos rege Cepheo metus atque odium mutare sedis perpulerit. Sunt qui tradant Assyrios convenas, indigum agrorum populum, parte Aegypti potitos, mox proprias urbis Hebraeas- que terras et propiora Syriae coluisse. Clara alii Iudaeorum initia, Solymos, carminibus Homeri celebratam gentem, conditae urbi Hierosolyma nomen e suo fecisse.

[3] Plurimi auctores consentiunt orta per Aegyptum tabe quae corpora foedaret, regem Bocchorim adito Hammonis oraculo remedium petentem purgare regnum et id genus hominum ut invisum deis alias in terras avehere iussum. Sic conquisitum collectumque vulgus, postquam vastis locis relictum sit, ceteris per lacrimas torpentibus, Moysen unum exulum monuisse ne quam deorum hominumve opem expectarent utrisque deserti, sed sibimet duce caelesti crederent, primo cuius auxilio praesentis miserias pepulissent. Adsensere atque omnium ignari fortuitum iter incipiunt. Sed nihil aequae quam inopia aquae fatigabat, iamque haud procul exitio totis campis procubuerant, cum grex asinorum agrestium e pastu in rupem nemore opacam concessit. Secutus Moyses coniectura herbidi soli largas aquarum venas aperit. Id levamen; et continuum sex dierum iter emensi septimo pulsus cultoribus obtinere terras, in quis urbs et templum dicata.

[4] Moyses quo sibi in posterum gentem firmaret, novos ritus contrariosque ceteris mortalibus indidit. Profana illic omnia quae apud nos sacra, rursus concessa apud illos quae nobis incesta. Effigiem animalis, quo monstrante errorem sitimque depulerant, penetrati sacravere, caeso ariete velut in contumeliam Hammonis; bos quoque immolatur, quoniam Aegyptii Apin colunt. Sue abstinent memoria cladis, quod ipsos scabies quondam turpaverat, cui id animal obnoxium. Longam olim famem crebris adhuc ieiuniis fatentur, et raptarum frugum argumentum panis Iudaicus nullo fermento detinetur. Septimo die otium placuisse ferunt, quia is finem laborum tulerit; dein blandiente inertia septimum quoque annum ignaviae datum. Alii honorem eum Saturno haberi, seu principia religionis tradentibus Idaeis, quos cum Saturno pulsos et conditores gentis accepimus, seu quod de septem sideribus, quis mortales reguntur, altissimo orbe et praecipua potentia stella Saturni feratur, ac pleraque caelestium viam suam et cursus septenos per numeros commeari.

[5] Hi ritus quoquo modo inducti antiquitate defenduntur: cetera instituta, sinistra foeda,

pravitate valere. Nam pessimus quisque spretis religionibus patriis tributa et stipes illuc congebant, unde auctae Iudaeorum res, et quia apud ipsos fides obstinata, misericordia in promptu, sed adversus omnis alios hostile odium. Separati epulis, discreti cubilibus, proiectissima ad libidinem gens, alienarum concubitu abstinent; inter se nihil illicitum. Circumcidere genitalia instituerunt ut diversitate noscantur. Transgressi in morem eorum idem usurpant, nec quicquam prius imbuuntur quam contemnere deos, exuere patriam, parentes liberos fratres vilia habere. Augendae tamen multitudini consulitur; nam et necare quemquam ex agnatis nefas, animosque proelio aut suppliciiis peremptorum aeternos putant: hinc generandi amor et moriendi contemptus. Corpora condere quam cremare e more Aegyptio, eademque cura et de infernis persuasio, caelestium contra. Aegyptii pleraque animalia effigiesque compositas venerantur, Iudaei mente sola unumque numen intellegunt: profanos qui deum imagines mortalibus materiis in species hominum effingant; summum illud et aeternum neque imitabile neque interiturum. Igitur nulla simulacra urbibus suis, nedum templis sistunt; non regibus haec adlatio, non Caesaribus honor. Sed quia sacerdotes eorum tibia tympanisque concinebant, hedera vinciebantur vitisque aurea templo reperta, Liberum patrem coli, domitorem Orientis, quidam arbitrati sunt, nequaquam congruentibus institutis. Quippe Liber festos laetosque ritus posuit, Iudaeorum mos absurdus sordidusque.

[6] Terra finesque qua ad Orientem vergunt Arabia terminantur, a meridie Aegyptus obiacet, ab occasu Phoenices et mare, septentrionem e latere Syriae longe prospectant. Corpora hominum salubria et ferentia laborum. Rari imbres, uber solum: [exuberant] fruges nostrum ad morem praeterque eas balsamum et palmae. Palmetis proceritas et decor, balsamum modica arbor: ut quisque ramus intumuit, si Vim ferri adhibeas, pavent venae; fragmine lapidis aut testa aperiuntur; umor in usu medentium est. Praecipuum montium Libanum erigit, mirum dictu, tantos inter ardores opacum fidumque nivibus; idem amnem Iordanen alit funditque. Nec Iordanes pelago accipitur, sed unum atque alterum lacum integer perfluit, tertio retinetur. Lacus immenso ambitu, specie maris, sapore corruptior, gravitate odoris accolis pestifer, neque vento impellitur neque piscis aut suetas aquis volucris patitur. Inertes undae superiacta ut solido ferunt; periti imperitique nandi perinde attolluntur. Certo anni bitumen egerit, cuius legendi usum, ut ceteras artis, experientia docuit. Ater suapte natura liquor et sparso aceto concretus innatat; hunc manu captum, quibus ea cura, in summa navis trahunt: inde nullo iuvante influit oneratque, donec abscindas. Nec abscindere aere ferrove possis: fugit cruorem vestemque infectam sanguine, quo feminae per mensis exolvuntur. Sic veteres auctores, sed gnari locorum tradunt undantis bitumine moles pelli manuque trahi ad litus, mox, ubi vapore terrae, vi solis inaruerint, securibus cuneisque ut trabes aut saxa discindi.

[7] Haud procul inde campi quos ferunt olim uberes magnisque urbibus habitatos fulminum iactu arsisse; et manere vestigia, terramque ipsam, specie torridam, vim frugiferam perdidisse. Nam cuncta sponte edita aut manu sata, sive herba tenuis aut flore seu solitam in speciem adolevere, atra et inania velut in cinerem vanescunt. Ego sicut inclitas quondam urbis igne caelesti flagrasse concesserim, ita halitu lacus infici terram, corrumpi superfusum spiritum, eoque fetus segetum et autumnus putrescere reor, solo caeloque iuxta gravi. Et Belius amnis Iudaico mari inlabitur, circa cuius os lectae harenae admixto nitro in vitrum excoquantur. Modicum id litus et egerentibus inexhaustum.

[8] Magna pars Iudaeae vicis dispergitur, habent et oppida; Hierosolyma genti caput. Illic immensae opulentiae templum, et primis munimentis urbs, dein regia, templum intimis clausum. Ad fores tantum Iudaeo aditus, limine praeter sacerdotes arcebantur. Dum Assyrios penes Medosque et Persas Oriens fuit, despectissima pars servientium: postquam Macedones praepolluere, rex Antiochus demere superstitionem et mores Graecorum dare adnitus, quo minus taeterrimam gentem in melius mutaret, Parthorum bello prohibitus est; nam ea tempestate Arsaces desciverat. Tum Iudaei Macedonibus invalidis, Parthis nondum adultis—et Romani procul erant—, sibi ipsi reges

imposuere; qui mobilitate vulgi expulsi, resumpta per arma dominatione fugas civium, urbium eversiones, fratrum coniugum parentum neces aliaque solita regibus ausi superstitionem fovebant, quia honor sacerdotii firmamentum potentiae adsumebatur.

[9] Romanorum primus Cn. Pompeius Iudaeos domuit templumque iure victoriae ingressus est: inde vulgatum nulla intus deum effigie vacuum sedem et inania arcana. Muri Hierosolymorum diruti, delubrum mansit. Mox civili inter nos bello, postquam in dicionem M. Antonii provinciae cesserant, rex Parthorum Pacorus Iudaea potitus interfectusque a P. Ventidio, et Parthi trans Euphraten redacti: Iudaeos C. Sosius subegit. Regnum ab Antonio Herodi datum victor Augustus auxit. Post mortem Herodis, nihil expectato Caesare, Simo quidam regium nomen invaserat. Is a Quintilio Varo obtinente Syriam punitus, et gentem coercitam liberi Herodis tripertito rexere. Sub Tiberio quies. Dein iussi a C. Caesare effigiem eius in templo locare arma potius sumpsere, quem motum Caesaris mors diremit. Claudius, defunctis regibus aut ad modicum redactis, Iudaeam provinciam equitibus Romanis aut libertis permisit, e quibus Antonius Felix per omnem saevitiam ac libidinem ius regium servili ingenio exercuit, Drusilla Cleopatrae et Antonii nepte in matrimonium accepta, ut eiusdem Antonii Felix progener, Claudius nepos esset.

[10] Duravit tamen patientia Iudaeis usque ad Gessium Florum procuratorem: sub eo bellum ortum. Et comprimere coeptantem Cestium Gallum Syriae legatum varia proelia ac saepius adversa excepere. Qui ubi fato aut taedio occidit, missu Neronis Vespasianus fortuna famaue et egregiis ministris intra duas aestates cuncta camporum omnisque praeter Hierosolyma urbis victore exercitu tenebat. Proximus annus civili bello intentus quantum ad Iudaeos per otium transiit. Pace per Italiam parta et externae curae rediere: augebat iras quod soli Iudaei non cessissent; simul manere apud exercitus Titum ad omnis principatus novi eventus casusve utile videbatur.

[11] Igitur castris, uti diximus, ante moenia Hierosolymorum positas instructas legiones ostentavit: Iudaei sub ipsos muros struxere aciem, rebus secundis longius ausuri et, si pellerentur, parato perfugio. Missus in eos eques cum expeditis cohortibus ambigue certavit; mox cessere hostes et sequentibus diebus crebra pro portis proelia serebant, donec adsiduis damnis intra moenia pellerentur. Romani ad obpugnandum versi; neque enim dignum videbatur famem hostium opperiri, poscebantque pericula, pars virtute, multi ferocia et cupidine praemiorum. Ipsi Tito Roma et opes voluptatesque ante oculos; ac ni statim Hierosolyma conciderent, morari videbantur. Sed urbem arduam situ opera molesque firmaverant, quis vel plana satis munirentur. Nam duos collis in immensum editos claudebant muri per artem obliqui aut introrsus sinuati, ut latera obpugnantium ad ictus patescerent. Extrema rupis abrupta, et turres, ubi mons iuvisset, in sexagenos pedes, inter devexa in centenos vicenosque attollebantur, mira specie ac procul intuentibus pares. Alia intus moenia regiae circumiecta, conspicuoque fastigio turris Antonia, in honorem M. Antonii ab Herode appellata.

[12] Templum in modum arcis propriique muri, labore et opere ante alios; ipsae porticus, quis templum ambibatur, egregium propugnaculum. Fons perennis aquae, cavati sub terra montes et piscinae cisternaeque servandis imbribus. Providerant conditores ex diversitate morum crebra bella: inde cuncta quamvis adversus longum obsidium; et a Pompeio expugnatis metus atque usus pleraque monstrare. Atque per avaritiam Claudianorum temporum empto iure muniendi struxere muros in pace tamquam ad bellum, magna conluvie et ceterarum urbium clade aucti; nam pervicacissimus quisque illuc perfugerat eoque seditiosius agebant. Tres duces, totidem exercitus: extrema et latissima moenium Simo, mediam urbem Ioannes [quem et Bargioram vocabant], templum Eleazarus firmaverat. Multitudine et armis Ioannes ac Simo, Eleazarus loco pollebat: sed proelia dolus incendia inter ipsos, et magna vis frumenti ambusta. Mox Ioannes, missis per speciem sacrificandi qui Eleazarum manumque eius obtruncarent, templo potitur. Ita in duas factiones civitas

discessit, donec propinquantibus Romanis bellum externum concordiam pareret.

[13] Evenerant prodigia, quae neque hostiis neque votis piare fas habet gens superstitioni obnoxia, religionibus adversa. Visae per caelum concurrere acies, rutilantia arma et subito nubium igne conlucere templum. Apertae repente delubri fores et audita maior humana vox excedere deos; simul ingens motus excedentium. Quae pauci in metum trahebant: pluribus persuasio inerat antiquis sacerdotum litteris contineri eo ipso tempore fore ut valesceret Oriens profectique Iudaea rerum potirentur. Quae ambages Vespasianum ac Titum praedixerat, sed vulgus more humanae cupidinis sibi tantam fatorum magnitudinem interpretati ne adversis quidem ad vera mutabantur. Multitudinem obsessorum omnis aetatis, virile ac muliebre secus, sexcenta milia fuisse accepimus: arma cunctis, qui ferre possent, et plures quam pro numero audebant. Obstinatio viris feminisque par; ac si transferre sedis cogentur, maior vitae metus quam mortis. Hanc adversus urbem gentemque Caesar Titus, quando impetus et subita belli locus abnueret, aggeribus vineisque certare statuit: dividuntur legionibus munia et quies proeliorum fuit, donec cuncta expugnandis urbibus reperta apud veteres aut novis ingeniis struerentur.

[14] At Civilis post malam in Treviris pugnam reparato per Germaniam exercitu apud Vetera castra consedit, tutus loco, et ut memoria prosperarum illic rerum augescerent barbarorum animi. Secutus est eodem Cerialis, duplicatis copiis adventu secundae et tertiae decimae et quartae decimae legionum; cohortesque et alae iam pridem accitae post victoriam properaverant. Neuter ducum cunctator, sed arcebat latitudo camporum suoapte ingenio umentium; addiderat Civilis obliquam in Rhenum molem, cuius obiectu revolutus amnis adiacentibus superfunderetur. Ea loci forma, incertis vadis subdola et nobis adversa: quippe miles Romanus armis gravis et nandi pavidus, Germanos fluminibus suetos levitas armorum et proceritas corporum attollit.

[15] Igitur lacessentibus Batavis ferocissimo cuique nostrorum coeptum certamen, deinde orta trepidatio, cum praealtis paludibus arma equi haurirentur. Germani notis vadis persultabant, omissa plerumque fronte latera ac terga circumvenientes. Neque ut in pedestri acie comminus certabatur, sed tamquam navali pugna vagi inter undas aut, si quid stabile occurrebat, totis illic corporibus nitentes, vulnerati cum integris, periti nandi cum ignaris in mutuam perniciem implicabantur. Minor tamen quam pro tumultu caedes, quia non ausi egredi paludem Germani in castra rediere. Eius proelii eventus utrumque ducem diversis animi motibus ad maturandum summae rei discrimen erexit. Civilis instare fortunae, Cerialis abolere ignominiam: Germani prosperis feroces, Romanos pudor excitaverat. Nox apud barbaros cantu aut clamore, nostris per iram et minas acta.

[16] Postera luce Cerialis equite et auxiliariis cohortibus frontem explet, in secunda acie legiones locatae, dux sibi delectos retinuerat ad improvisa. Civilis haud porrecto agmine, sed cuneis adstitit: Batavi Cugernique in dextro, laeva ac propiora flumini Transrhenani tenuere. Exhortatio ducum non more contionis apud universos, sed ut quosque suorum advehebantur. Cerialis veterem Romani nominis gloriam, antiquas recentisque victorias; ut perfidum ignavum victum hostem in aeternum exciderent, ultione magis quam proelio opus esse. Pauciores nuper cum pluribus certasse, ac tamen fusos Germanos, quod roboris fuerit: superesse qui fugam animis, qui vulnera tergo ferant. Proprios inde stimulos legionibus admovebat, domitores Britanniae quartadecimanos appellans; principem Galbam sextae legionis auctoritate factum; illa primum acie secundanos nova signa novamque aquilam dicaturos. Hinc praevectus ad Germanicum exercitum manus tendebat, ut suam ripam, sua castra sanguine hostium reciperarent. Alacrior omnium clamor, quis vel ex longa pace proelii cupido vel fessis bello pacis amor, praemiaque et quies in posterum sperabatur.

[17] Nec Civilis silentem struxit aciem, locum pugnae testem virtutis ciens: stare Germanos Batavosque super vestigia gloriae, cineres ossaque legionum calcantis. Quocumque oculos

Romanus intenderet, captivitatem clademque et dira omnia obversari. Ne terrentur vario Trevirici proelii eventu: suam illic victoriam Germanis obstitisse, dum omissis telis praeda manus impediunt: sed cuncta mox prospera et hosti contraria evenisse. Quae provideri astu ducis oportuerit, providisse, campos madentis et ipsis gnaros, paludes hostibus noxias. Rhenum et Germaniae deos in aspectu: quorum numine capesserent pugnam, coniugum parentum patriae memores: illum diem aut gloriosissimum inter maiores aut ignominiosum apud posteros fore. Ubi sono armorum tripudiisque —ita illis mos—adprobata sunt dicta, saxis glandibusque et ceteris missilibus proelium incipitur, neque nostro milite paludem ingrediente et Germanis, ut elicerent, lacescentibus.

[18] Absumptis quae iaciuntur et ardescente pugna procursum ab hoste infestius: immensis corporibus et praelongis hastis fluitantem labantemque militem eminus fodiebant; simul e mole, quam eductam in Rhenum rettulimus, Bructerorum cuneus transnavit. Turbata ibi res et pellebatur sociarum cohortium acies, cum legiones pugnam excipiunt suppressaque hostium ferocia proelium aequatur. Inter quae perfuga Batavus adiit Cerialem, terga hostium promittens, si extremo paludis eques mitteretur: solidum illa et Cugernos, quibus custodia obvenisset, parum intentos. Duae alae cum perfuga missae incauto hosti circumfunduntur. Quod ubi clamore cognitum, legiones a fronte incubuere, pulsique Germani Rhenum fuga petebant. Debellatum eo die foret, si Romana classis sequi maturasset: ne eques quidem institit, repente fuis imbris et propinqua nocte.

[19] Postera die quartadecima legio in superiorem pro vinciam Gallo Annio missa: Cerialis exercitum decima ex Hispania legio supplevit: Civili Chaucorum auxilia venere. Non tamen ausus oppidum Batavorum armis tueri, raptis quae ferri poterant, ceteris iniecto igni, in insulam concessit, gnarus deesse navis efficiendo ponti, neque exercitum Romanum aliter transmissurum: quin et diruit molem a Druso Germanico factam Rhenumque prono alveo in Galliam ruentem, disiectis quae morabantur, effudit. Sic velut abacto amne tenuis alveus insulam inter Germanosque continentium terrarum speciem fecerat. Transiere Rhenum Tutor quoque et Classicus et centum tredecim Trevirorum senatores, in quis fuit Alpinus Montanus, quem a Primo Antonio missum in Gallias superius memoravimus. Comitabatur eum frater D. Alpinus; simul ceteri miseratione ac donis auxilia concibant inter gentis periculis avidas.

[20] Tantumque belli superfuit ut praesidia cohortium alarum legionum uno die Civilis quadripertito invaserit, decimam legionem Arenaci, secundam Batavoduri et Grinnes Vadamque, cohortium alarumque castra, ita divisis copiis ut ipse et Verax, sorore eius genitus, Classicusque ac Tutor suam quisque manum traherent, nec omnia patrandi fiducia, sed multa ausis aliqua in parte fortunam adfore: simul Cerialem neque satis cautum et pluribus nuntiis huc illuc cursantem posse medio intercipi. Quibus obvenerant castra decimanorum, obpugnationem legionis arduam rati egressum militem et caedendis materiis operatum turbavere, occiso praefecto castrorum et quinque primoribus centurionum paucisque militibus: ceteri se munimentis defendere. Interim Germanorum manus Batavoduri interrumpere inchoatum pontem nitebantur: ambiguum proelium nox diremit.

[21] Plus discriminis apud Grinnes Vadamque. Vadam Civilis, Grinnes Classicus obpugnabant: nec sisti poterant interfecto fortissimo quoque, in quis Briganticus praefectus alae ceciderat, quem fidum Romanis et Civili avunculo infensum diximus. Sed ubi Cerialis cum delecta equitum manu subvenit, versa fortuna; praecipites Germani in amnem aguntur. Civilis dum fugientis retentat, agnitus petitusque telis relicto equo transnavit; idem Veraci effugium: Tutorem Classicumque adpulsae luntres vexere. Ne tum quidem Romana classis pugnae adfuit, et iussum erat, sed obstitit formido et remiges per alia militiae munia dispersi. Sane Cerialis parum temporis ad exequenda imperia dabat, subitus consiliis set eventu clarus: aderat fortuna, etiam ubi artes defuissent; hinc ipsi exercituique minor cura disciplinae. Et paucos post dies, quamquam periculum captivitatis evasisset, infamiam non vitavit.

[22] Profectus Novaesium Bonnamque ad visenda castra, quae hiematuris legionibus erigebantur, navibus remeabat disiecto agmine, incuriosis vigiliis. Animadversum id Germanis et insidias composuere: electa nox atra nubibus, et prono amne rapti nullo prohibente vallum ineunt. Prima caedes astu adiuta: incisis tabernaculorum funibus suis tentoriis coopertos trucidabant. Aliud agmen turbare classem, inicere vincla, trahere puppis; utque ad fallendum silentio, ita coepta caede, quo plus terroris adderent, cuncta clamoribus miscebant. Romani vulneribus exciti quaerunt arma, ruunt per vias, pauci ornatu militari, plerique circum brachia torta veste et strictis mucronibus. Dux semisomnus ac prope intectus errore hostium servatur: namque praetoriam navem vexillo insignem, illic ducem rati, abripiunt. Cerialis alibi noctem egerat, ut plerique credidere, ob stuprum Claudiae Sacratae mulieris Vbiae. Vigiles flagitium suum ducis dedecore excusabant, tamquam iussi silere ne quietem eius turbarent; ita intermisso signo et vocibus se quoque in somnum lapsos. Multa luce revecti hostes captivis navibus, praetoriam triremem flumine Lupia donum Veledae traxere.

[23] Civilem cupido incessit navalem aciem ostentandi: complet quod biremium quaeque simplici ordine agebantur; adiecta ingens luntrium vis, tricenos quadragenosque ferunt, armamenta Liburnicis solita; et simul captae luntres sagulis versicoloribus haud indecore pro velis iuvabantur. Spatium velut aequoris electum quo Mosae fluminis os amnem Rhenum Oceano adfundit. Causa instruendae classis super insitam genti vanitatem ut eo terrore commeatus Gallia adventantes interciperentur. Cerialis miraculo magis quam metu derexit classem, numero imparem, usu remigum, gubernatorum arte, navium magnitudine potioem. His flumen secundum, illi vento agebantur: sic praevecti temptato levium telorum iactu dirimuntur. Civilis nihil ultra ausus trans Rhenum concessit: Cerialis insulam Batavorum hostiliter populatus agros villasque Civilis intactas nota arte ducum sinebat, cum interim flexu autumnii et crebris per aequinoctium imbribus superfusus amnis palustrem humilemque insulam in faciem stagni opplevit. Nec classis aut commeatus aderant, castraque in plano sita vi fluminis differebantur.

[24] Potuisse tunc opprimi legiones et voluisse Germanos, sed dolo a se flexos imputavit Civilis; neque abhorret vero, quando paucis post diebus deditio insecuta est. Nam Cerialis per occultos nuntios Batavis pacem, Civili veniam ostentans, Veledam propinquosque monebat fortunam belli, tot cladibus adversam, opportuno erga populum Romanum merito mutare: caesos Treviros, receptos Vbios, ereptam Batavis patriam; neque aliud Civilis amicitia partum quam vulnera fugas luctus. Exulem eum et extorrem recipientibus oneri, et satis peccavisse quod totiens Rhenum transcenderint. Si quid ultra moliantur, inde iniuriam et culpam, hinc ultionem et deos fore.

[25] Miscebantur minis promissa; et concussa Transrhenanorum fide inter Batavos quoque sermones orti: non prorogandam ultra ruinam, nec posse ab una natione totius orbis servitium depelli. Quid profectum caede et incendiis legionum nisi ut plures validioresque accirentur? Si Vespasiano bellum navaverint, Vespasianum rerum potiri: sin populum Romanum armis vocent, quotam partem generis humani Batavos esse? Respicerent Raetos Noricosque et ceterorum onera sociorum: sibi non tributa, sed virtutem et viros indici. Proximum id libertati; et si dominorum electio sit, honestius principes Romanorum quam Germanorum feminas tolerari. Haec vulgus, proceres atrociora: Civilis rabie semet in arma trusus; illum domesticis malis excidium gentis opposuisse. Tunc infensos Batavis deos, cum obsiderentur legiones, interficerentur legati, bellum uni necessarium, ferale ipsis sumeretur. Ventum ad extrema, ni respiscere incipiant et noxii capitis poena paenitentiam fateantur.

[26] Non fefellit Civilem ea inclinatio et praevenire statuit, super taedium malorum etiam spe vitae, quae plerumque magnos animos infringit. Petitio conloquio scinditur Nabaliae fluminis pons,

in cuius abrupta progressi duces, et Civilis ita coepit: 'si apud Vitellii legatum defenderer, neque facto meo venia neque dictis fides debebatur; cuncta inter nos inimica: hostilia ab illo coepta, a me aucta erant: erga Vespasianum vetus mihi observantia, et cum privatus esset, amici vocabamur. Hoc Primo Antonio notum, cuius epistulis ad bellum actus sum, ne Germanicae legiones et Gallica iuventus Alpibus transcenderent. Quae Antonius epistulis, Hordeonius Flaccus praesens monebat: arma in Germania movi, quae Mucianus in Syria, Aponius in Moesia, Flavianus in Pannonia * * *

CLÁSICOS DE HISTORIA

<http://clasicoshistoria.blogspot.com.es/>

- 86 Pierre-Joseph Proudhon, *El principio federativo*
- 85 Juan de Mariana, *Tratado y discurso sobre la moneda de vellón*
- 84 Andrés Giménez Soler, *La Edad Media en la Corona de Aragón*
- 83 Marx y Engels, *Manifiesto del partido comunista*
- 82 Pomponio Mela, *Corografía*
- 81 *Crónica de Turpín (Codex Calixtinus, libro IV)*
- 80 Adolphe Thiers, *Historia de la Revolución Francesa (3 tomos)*
- 79 Procopio de Cesárea, *Historia secreta*
- 78 Juan Huarte de San Juan, *Examen de ingenios para las ciencias*
- 77 Ramiro de Maeztu, *Defensa de la Hispanidad*
- 76 Enrich Prat de la Riba, *La nacionalidad catalana*
- 75 John de Mandeville, *Libro de las maravillas del mundo*
- 74 Egeria, *Itinerario*
- 73 Francisco Pi y Margall, *La reacción y la revolución. Estudios políticos y sociales*
- 72 Sebastián Fernández de Medrano, *Breve descripción del Mundo*
- 71 Roque Barcia, *La Federación Española*
- 70 Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas acaecidas en Roma*
- 69 Ibn Idari Al Marrakusi, *Historias de Al-Ándalus (de Al-Bayan al-Mughrib)*
- 68 Octavio César Augusto, *Hechos del divino Augusto*
- 67 José de Acosta, *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo*
- 66 Diógenes Laercio, *Vidas, opiniones y sentencias de los filósofos más ilustres*
- 65 Julián Juderías, *La leyenda negra y la verdad histórica*
- 64 Rafael Altamira, *Historia de España y de la civilización española (2 tomos)*
- 63 Sebastián Miñano, *Diccionario biográfico de la Revolución Francesa y su época*
- 62 Conde de Romanones, *Notas de una vida (1868-1912)*
- 61 Agustín Alcaide Ibieca, *Historia de los dos sitios de Zaragoza*
- 60 Flavio Josefo, *Las guerras de los judíos.*
- 59 Lupercio Leonardo de Argensola, *Información de los sucesos de Aragón en 1590 y 1591*
- 58 Cayo Cornelio Tácito, *Anales*
- 57 Diego Hurtado de Mendoza, *Guerra de Granada*
- 56 Valera, Borrego y Pirala, *Continuación de la Historia de España de Lafuente (3 tomos)*
- 55 Geoffrey de Monmouth, *Historia de los reyes de Britania*
- 54 Juan de Mariana, *Del rey y de la institución de la dignidad real*
- 53 Francisco Manuel de Melo, *Historia de los movimientos y separación de Cataluña*
- 52 Paulo Orosio, *Historias contra los paganos*
- 51 *Historia Silense, también llamada legionense*
- 50 Francisco Javier Simonet, *Historia de los mozárabes de España*
- 49 Anton Makarenko, *Poema pedagógico*
- 48 *Anales Toledanos*
- 47 Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*
- 46 George Borrow, *La Biblia en España*
- 45 Alonso de Contreras, *Discurso de mi vida*
- 44 Charles Fourier, *El falansterio*
- 43 José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*
- 42 Ahmad Ibn Muhammad Al-Razi, *Crónica del moro Rasis*

- 41 José Godoy Alcántara, *Historia crítica de los falsos cronicones*
- 40 Marcelino Menéndez Pelayo, *Historia de los heterodoxos españoles* (3 tomos)
- 39 Alexis de Tocqueville, *Sobre la democracia en América*
- 38 Tito Livio, *Historia de Roma desde su fundación* (3 tomos)
- 37 John Reed, *Diez días que estremecieron al mundo*
- 36 *Guía del Peregrino (Codex Calixtinus)*
- 35 Jenofonte de Atenas, *Anábasis, la expedición de los diez mil*
- 34 Ignacio del Asso, *Historia de la Economía Política de Aragón*
- 33 Carlos V, *Memorias*
- 32 Jusepe Martínez, *Discursos practicables del nobilísimo arte de la pintura*
- 31 Polibio, *Historia Universal bajo la República Romana*
- 30 Jordanes, *Origen y gestas de los godos*
- 29 Plutarco, *Vidas paralelas*
- 28 Joaquín Costa, *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España*
- 27 Francisco de Moncada, *Expedición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos*
- 26 Rufus Festus Avienus, *Ora Marítima*
- 25 Andrés Bernáldez, *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*
- 24 Pedro Antonio de Alarcón, *Diario de un testigo de la guerra de África*
- 23 Motolinia, *Historia de los indios de la Nueva España*
- 22 Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*
- 21 *Crónica Cesaraugustana*
- 20 Isidoro de Sevilla, *Crónica Universal*
- 19 Estrabón, *Iberia (Geografía, libro III)*
- 18 Juan de Biclario, *Crónica*
- 17 *Crónica de Sampiro*
- 16 *Crónica de Alfonso III*
- 15 Bartolomé de Las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*
- 14 *Crónicas mozárabes del siglo VIII*
- 13 *Crónica Albeldense*
- 12 *Genealogías pirenaicas del Códice de Roda*
- 11 Heródoto de Halicarnaso, *Los nueve libros de Historia*
- 10 Cristóbal Colón, *Los cuatro viajes del almirante*
- 9 Howard Carter, *La tumba de Tutankhamon*
- 8 Sánchez-Albornoz, *Una ciudad de la España cristiana hace mil años*
- 7 Eginardo, *Vida del emperador Carlomagno*
- 6 Idacio, *Cronicón*
- 5 Modesto Lafuente, *Historia General de España* (9 tomos)
- 4 *Ajbar Machmuâ*
- 3 *Liber Regum*
- 2 Suetonio, *Vidas de los doce Césares*
- 1 Juan de Mariana, *Historia General de España* (3 tomos)